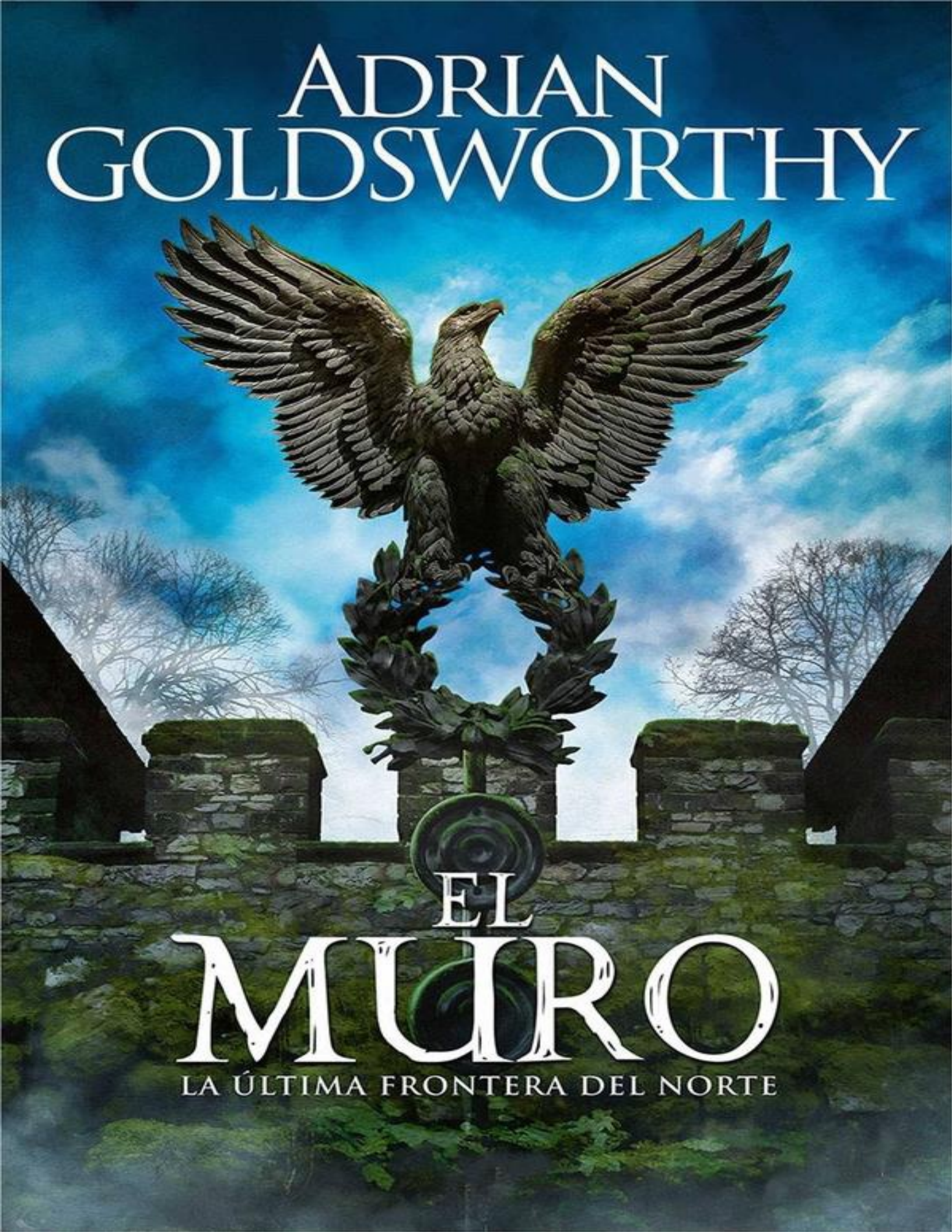
ADRIAN GOLDSWORTHY



EL MURO

LA ÚLTIMA FRONTERA DEL NORTE

117 d. C. Britania.

El centurión Flavio Ferox está tratando de vivir, por fin, de forma tranquila, supervisando las propiedades de su esposa, la reina de los brigantes, y controlando el impulso de asesinar a un vecino molesto…, hasta que alguien lo hace por él. Empujado de nuevo a una vida de violencia, pronto se encuentra persiguiendo asaltantes, luchando contra jefes guerreros y negociando con reyes tribales. Bajo el mando del nuevo emperador, Adriano, el mundo entero parece estar cambiando: los antiguos amigos ahora son enemigos, los enemigos afirman ser amigos y nuevas y mortales amenazas acechan en las sombras. Cuando el propio Adriano llega a Britania para inspeccionar la construcción de su gran muro, la guerra estalla súbitamente. Ferox es el único que puede salvar al emperador, pero con su familia y su propia vida en peligro, primero debe decidir de qué lado está.

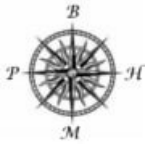
Adrian Goldswokthy

El muro

Flavio Ferox
VI

Título original: *The Wall*
Adrian Goldswokthy, 2023
Traducción: Olalla García, 2023

Revisión: 1.0



21/10/2023

Para todos los eruditos del Muro de Adriano, pasados, presentes y futuros. Que nos sigan fascinando, iluminando y confundiendo en su intento de comprender este monumento único.

Acto I

Prólogo

Antioquía del Orontes, en casa del *legatus Augusti* de Siria

Decimoséptimo día antes de las calendas de septiembre, durante el consulado de Quinto Aquilio Niger y Mario Rebilio Aproniano

16 de agosto del año 117 d. C.

Adriano suspiró mientras volvía a revisar la carta interceptada. Su autor era un individuo bastante decente y bueno en su trabajo, pero demasiado ingenuo. Los libertos solían ser perspicaces, pero Fedimo, el chambelán imperial, escribía con una indiscreción fuera de lugar en un hombre tan puntilloso para con sus deberes. Era como si creyera que nadie podía escuchar a escondidas las palabras de una página, a diferencia de lo que ocurría con una conversación a viva voz.

«*Me preocupa la salud del* princeps*, nuestro señor Trajano, el mejor de los amos, que me ha tratado con tanta justicia y que me concedió la libertad hace muchos años. Sus reglas son estrictas y precisas, sus estándares, altos, como nosotros, los que servimos en su familia sabemos muy bien. Sin embargo, si eres diligente y sigues esas mismas reglas, él siempre es amable. Pocas casas han sido tan felices como la nuestra, tanto si estábamos en Roma, en el campo o en la guerra. El* princeps *ya no es joven, cierto, pero los que lo hemos visto en estos últimos años en los montes de Armenia y los desiertos de Asiría no podíamos dejar de maravillarnos ante el vigor de un hombre de sesenta y dos años, que marchaba con tanta firmeza y cabalgaba tan lejos como cualquier soldado del ejército*».

Eso era cierto. Cuantos más años cumplía Trajano, más sentía la necesidad de demostrar su vigor a todos —y más que a nadie, a sí mismo—.

«*El señor Trajano siempre es más feliz cuando está con su ejército en campaña, cubierto de sudor, con el cabello canoso y el rostro llenos de polvo o empapados de lluvia. Sus sirvientes personales menean la cabeza al calcular la cantidad de trabajo que necesitarán para que vuelva a estar decente. Pero para la hora de la cena vuelve a presentarse Inmaculado, con túnica y manto, o, a veces, incluso con toga, y con los zapatos Impecables. Y, a la mañana siguiente, está listo antes del amanecer, con la armadura reluciente y las botas y las piezas de cuero lustrosas*».

Trajano había disfrutado de todo eso, siempre había querido mostrarse como el típico militar huraño. La lucha y la victoria ejercían sobre él una atracción aún mayor que la del vino, y eso que siempre había sido un bebedor empedernido.

«*Solo en estos últimos tiempos su apetito ha disminuido, como sé muy bien, puesto que es tarea mía supervisar cada comida. Él, sus oficiales y los comités solían comer en abundancia, con grandes cantidades de carne, todo servido y elegido con cierto estilo y discernimiento, aunque sea yo quien lo diga. Todo era del mejor gusto, ya que no puedo resistirme a hacer este juego de palabras…*».

No, no puedes, ¿verdad?, pensó Adriano.

«*… sin rebajarse nunca a la vulgaridad de tantos hombres ricos, incluso entre los senadores, que creen que algo tiene mérito simplemente por ser raro, caro o lujoso. Eran comidas buenas y decentes, para el mejor y más decente de los emperadores. Eso es exactamente lo que el Señor Trajano exigía y recibía. Comía bien, aunque a menudo los platos se quedaban fríos porque le encantaba hablar y reír. Tengo prohibido preparar raciones extra, de esas que, en las mesas elegantes, se van cocinando en distintos momentos, de modo que, cuando la conversación comienza a decaer, se pueda ordenar que los esclavos sustituyan fácilmente los platos fríos con los recién preparados*».

Adriano podía oír la voz de su primo, como si Trajano estuviera en esa misma habitación. «*Dejemos ese tipo de cosas para los de la ralea de Marco Antonio y su furcia*».

Leyó por encima las siguientes líneas, en las que Fedimo se extendía tratando sobre las comidas y su preparación, y lo que era apropiado para un *princeps* y sus invitados. Los esclavos y libertos solían tener puntos de vista muy rígidos sobre tales cosas. La mayoría de los hombres creen sinceramente que las preocupaciones de su día a día son de la mayor importancia para el resto del mundo. Después de más de una página al respecto, el chambelán expresaba una leve desaprobación por la embriaguez que acompañaba muchas de las comidas a la mesa del emperador.

«*Esto es por influencia del emperador, porque bebe lo mismo o más que todos los demás, sin perder nunca del todo el control. Sus asistentes dicen que llevarlo a la cama siempre era fácil, y que se despertaba sin necesidad de que fueran a llamarlo. Es uno de los borrachos mejor educados y más ordenados de los que se tiene noticia*».

Adriano resopló, divertido. Trajano estaría complacido con ese comentario mientras se hiciera en privado, pero no querría que se propagara más allá de su círculo. Resultaba muy fácil olvidar que los esclavos y libertos conocían mejor a su amo o a su ama que ninguna otra persona. También los juzgaban, generalmente con perspicacia, aunque desde un punto de vista muy particular. Un hombre sabio consideraría eso como una advertencia, y recordaría no ser demasiado espontáneo en sus actos o sus palabras.

«*Ahora bebe menos, y solo después de que yo haya probado su copa, en parte, porque sospecha y, en parte, por motivos de salud. El cambio en sus hábitos alimenticios es aún mayor. El* princeps *solía comer bien, tanto si la comida estaba caliente o fría como una piedra, pero ahora picotea los platos, y sufre con demasiada frecuencia de dolores de estómago o flojedad intestinal. Los viajes duros y las luchas en tierras*

hostiles no son cosas que ayuden a engordar. Tal vez no lo creas, ¡pero hasta yo estoy indudablemente delgado! El señor Trajano se ha ido quedando demacrado en los últimos años, por lo que aparenta más edad de la que tiene, incluso con todo su vigor. Desde que se puso enfermo, el mes pasado, se está consumiendo, y sus miembros, que antes eran musculosos, ahora parecen delgados como palos. Lucha para mover, aunque sea mínimamente, el brazo izquierdo, mientras que la pierna está rígida, lo que le hace cojear. El señor Trajano cree que lo están envenenando, y yo considero el mayor cumplido de mi vida que todavía confíe en mí —y solo en mí— para probar su vino y su comida».

Bueno, eso era suficiente como para asegurarse de que nadie más llegara a leer nunca aquella carta. Había rumores —siempre los había—, pero a Fedimo, cuya opinión no importaría en otras circunstancias, no se le podía permitir expresar tales preocupaciones.

«No sé si esto es cierto o no, pero conozco a mi amo, a mi patrón, y sé que es un hombre valiente que se ha enfrentado a la muerte muchas veces sin pestañear».

Nadie podría dudar de la valentía de Trajano. Dos años antes, en aquella misma ciudad, se había quedado atrapado tras el derrumbamiento de su casa, mientras la tierra temblaba y los edificios se desmoronaban. Se pasó horas en una caverna formada por los escombros, dando ánimos a los esclavos sepultados con él, hasta que el equipo de rescate logró sacarlos.

Un año antes, casi se había ahogado cuando su barco naufragó en el Tigris. Otros perecieron, mientras que él nadó con facilidad hasta la orilla. Algo muy parecido le había ocurrido a Alejandro Magno muchos siglos antes. Dicen que Trajano mostró más emoción cuando llegaron a Cárace, en la desembocadura del gran río, y vio cómo un barco zarpaba para emprender su largo viaje hasta la India. Algunos comentaban que lloró porque era demasiado viejo para hacer lo mismo que Alejandro, que condujo a sus ejércitos hasta aquellas tierras. Adriano lo dudaba, porque el *princeps* siempre había sabido dominar sus emociones en público y no era tan débil como para derramar lágrimas. Probablemente ese anhelo sí resultaba real, pero, como muchos otros impulsos, era algo que su primo mantendría bajo control.

Todo eso había ocurrido antes de que la guerra se recrudeciera. Trajano había creado nuevas provincias en los territorios arrebatados a los partos y a sus aliados. De repente, estallaron revueltas simultáneas en muchos lugares diferentes. Tal vez fuera casualidad, tal vez no, porque había muchos judíos influyentes en Babilonia, pero la población judía de Egipto, Cirenaica y más allá también se lanzó a una guerra salvaje, masacrando a sus vecinos y derrotando a las diezmadas guarniciones romanas.

Después de meses de victorias, Trajano tuvo que enfrentarse a una amenaza tras otra. Sus ejércitos estaban cansados y diseminados por las tierras recién conquistadas. Los sorprendieron, y no pudieron mostrarse fuertes en todos los frentes a la vez. Hubo derrotas y varios desastres absolutos. Fedimo notó el cambio.

«… cuando la guerra se recrudeció y estallaron rebeliones en muchas de las provincias recién conquistadas, el estado de ánimo de mi señor Trajano se volvió sombrío y los años empezaron a pesarle. No debería haber dudado de él. Una mañana, el princeps *se despertó y fue como si sus hombros se hubieran liberado del peso de varias décadas. Había encontrado el camino a seguir, y despachó órdenes*

mientras se ponía personalmente a la cabeza de una columna del ejército. A partir de entonces, todas las noticias traían ecos de victorias. Proclamó un nuevo rey de reyes en la ciudad real de Ctesifonte, poniendo a uno de sus hombres como gobernante del gran Imperio parto. Lusio Quieto, ese africano que parece envejecer casi tan bien como el señor Trajano, emprendió la marcha y fue conquistando una ciudad tras otra. Después de que amedrentara a los rebeldes, lo enviaron a Judea, donde impidió que los lugareños se unieran a sus hermanos en rebelión».

Lusio Quieto era un hombre extraordinariamente capaz, y uno de los mejores comandantes vivos. De príncipe de Mauritania, había ascendido por puro talento hasta el Senado y, ahora, hasta el consulado. Su carrera había sido una larga sucesión de empresas difíciles, de las que siempre había salido triunfante. Muchos senadores lo envidiaban, pero a aquellos que llegaban a conocerlo solía gustarles. Tenía encanto.

«Fueron tiempos duros. Y lo peor de todo llegó cuando el emperador nos condujo hasta Hatra, esa ciudad fuertemente amurallada en medio de un páramo estéril e infestado de moscas. Pasamos meses cociéndonos durante el día, congelándonos por la noche e intentando, en vano, espantar las moscas para alejarlas de nuestra comida. El señor Trajano casi muere mientras cabalgaba para inspeccionar la brecha que habíamos abierto en la muralla de la ciudad. Llevaba un sencillo uniforme de soldado, pero sin casco, y su cabello canoso debió de llamar la atención incluso a esa distancia. Un proyectil pasó a pocos dedos de su hombro y mató al hombre que cabalgaba detrás de él».

Trajano era afortunado, como las estrellas siempre habían evidenciado ante cualquiera con el ingenio y la sabiduría necesarios para entenderlas. Sin embargo, fracasó en Hatra y tuvo que abandonar el asedio. En los restantes territorios de sus nuevas provincias, el dominio era precario, en el mejor de los casos. Sencillamente, no había bastantes soldados para mantener el control en todas partes, ni tiempo suficiente para convencer a los líderes locales de que lo más sensato era aceptar el poder romano. Tal vez, con el tiempo, eso cambiaría, pero Trajano no llegaría a saberlo.

«Temo por el señor Trajano. Se está consumiendo ante nuestros ojos. No es que tenga que preocuparme por mí mismo, porque la generosidad de mi amo me asegura una casa y medios más que suficientes para pasar el resto de mi vida con considerable comodidad. Temo por él, porque es un buen hombre y el mejor de los emperadores, y quién sabe lo que pasará si él ya no está aquí para liderar la res *publica».*

Bueno, ahora lo averiguarían, porque Trajano estaba muerto. Adriano sabía que era cierto. Pero, aun así, después de tantos años de espera e incertidumbre, una parte de él luchaba por aceptar que su primo ya no estaba allí. Pese a sus muchas virtudes, Trajano no era un hombre que planeara las cosas con gran antelación. Esa era una de las razones por las que sus guerras en oriente habían llegado a tan mal resultado. Incluso en estos últimos años, mientras su salud empezaba a flaquear, había fingido que todo iba bien y había jugado a ser ese gran comandante que no moriría, o que no podía morir. Por eso no había hecho preparativos para el futuro, y, en ese sentido, había faltado a su deber para con Roma y el Imperio. Para un hombre sin hijos —y que, de hecho, nunca había mostrado el mínimo interés en tenerlos— aquello era una

irresponsabilidad.

Roma necesitaba a un *princeps*. Durante unas pocas horas, tras el asesinato de Calígula, el Senado había acariciado la idea de prescindir de uno y encargarse de guiar al estado, antes de darse cuenta de que eso era vivir en un pasado lejano. En lugar de eso, se pusieron a discutir a cuál de ellos deberían proclamar nuevo *princeps*, solo para descubrir que la guardia pretoriana ya había nombrado al tío del difunto emperador. Seiscientos ancianos no podían esperar oponerse a miles de soldados bien equipados, incluso suponiendo que los seiscientos lograran ponerse de acuerdo en algo durante más de unos instantes. Así que el Senado aceptó la elección de la guardia y Claudio se convirtió en gobernante del mundo.

En más de una ocasión, Trajano había insinuado que el Senado tendría que elegir a su sucesor llegado el momento, quizás escogiéndolo de una lista que les daría cuando estuviera redactada. Había mencionado algunos nombres, lo que resultaba desafortunado, pero no había hecho nada más. Existían procedimientos bien establecidos para nombrar un heredero, tal y como había hecho Nerva, con gran rapidez, cuando eligió a Trajano como sucesor.

Todos esperaban que un *princeps* sin hijos buscara un candidato entre sus parientes más cercanos. Eso era lo que se consideraba natural entre los romanos, los griegos y todas las razas que no fingían carecer de una familia imperial.

Adriano era primo de Trajano, de una generación más joven, por lo que su edad resultaba adecuada, y no había otro pariente más próximo. Con tan solo dieciocho años, siendo tribuno, Adriano había hecho un duro viaje para agasajar a Trajano, transmitiéndole la noticia de que Nerva lo había adoptado. A partir de entonces, Trajano le había confiado toda una sucesión de cargos en la ciudad y en el ejército. Hacía un par de años, tras un breve período como legado de Siria en funciones, el emperador lo había vuelto a poner a cargo de la provincia, esta vez, como gobernador debidamente designado. También le había otorgado el raro honor de alzarse con un segundo consulado. Adriano releyó las palabras de la carta.

«*… y quién sabe lo que pasará si él ya no está aquí para liderar la* res *publica*».

Sí. ¿Quién sabía?

A Trajano nunca le había gustado mucho Adriano. Tal vez esa hubiera sido la causa —además de la negativa del anciano a aceptar que toda vida tiene su inevitable final— de que no llegara a reconocerlo como sucesor. Eso significaba que ahora todo resultaría más difícil de lo necesario, y eso no era algo bueno para el Imperio.

Trajano estaba muerto. Había caído enfermo en Cilicia, en su viaje de regreso a Roma. Al fin y al cabo, no importaba que hubiese acabado con él un veneno o, simplemente, la fragilidad natural, siempre y cuando las pruebas de lo ocurrido no se divulgaran.

Antes de morir, el emperador había anunciado que estaba en proceso de adoptar a Adriano como hijo. Eso era todo cuanto se necesitaba, el reconocimiento de que su pariente varón más cercano sería su heredero. Plotina, la esposa de Trajano —ahora, su viuda—, había convencido a su marido para que diera ese último paso en sus horas finales. A ella siempre le había gustado Adriano, y él había cultivado esa amistad; sobre todo, durante los largos meses pasados en Antioquía, donde ella permanecía, esperando que el emperador volviese a casa de la guerra.

Adriano confiaba en la discreción de Plotina. Si había sido necesario usar veneno para

acelerar lo inevitable, la operación se habría llevado a cabo con cuidado, incluso con amabilidad, y nada llegaría a descubrirse. Lo mismo se aplicaba en el caso de su elección como heredero: ya fuese que Trajano se hubiese tragado su desagrado y hubiese pronunciado —o escrito— su nombre, o que Plotina lo hubiese arreglado para imitar su voz y su caligrafía. Los hombres podían hablar, pero no probar nada.

Había mucho que hacer, y rápido. Muchas cosas ya estaban arregladas, o se llevarían a cabo ahora que Adriano había dado las órdenes pertinentes. Los dos prefectos, comandantes conjuntos de la guardia pretoriana, sabían lo ocurrido y le habían jurado lealtad. Y también casi todos los gobernadores provinciales más cercanos, y bastantes de los que estaban más alejados. En cuanto se comunicara la muerte de Trajano, su ascensión al cielo, como todo buen emperador, y la elección de Adriano como su sucesor, tanto los pretorianos como los demás soldados recibirían también la noticia de que su nuevo *princeps* estaba a punto de concederles una generosa retribución.

Era necesario tomar algunas precauciones. La orden no llegaría a Jerusalén antes de un día o dos. Pero, cuando llegase, unos oficiales de confianza arrestarían a Lusio Quieto y lo destituirían como legado provincial. Su mandato simplemente terminaría antes de lo habitual. Ojalá aquel hombre tuviera el sentido común de aceptar una jubilación cómoda. También se destituiría a otros individuos, de carácter impredecible y peligrosamente capaces. De nuevo, Adriano esperaba que eso fuera suficiente. A otros senadores no tenía por qué gustarles, mientras tuvieran el sentido común de aceptarlo.

Aunque resultaría necesario que hubiera algunas muertes. Era lamentable, pero inevitable, pues siempre había hombres demasiado ambiciosos, o demasiado estúpidos, o ambas cosas.

Ya se había producido un fallecimiento. Fedimo había caído gravemente enfermo y había muerto unos pocos días después que su amo. Era una lástima, porque había sido un chambelán bueno y leal y, antes de eso, un esclavo fiel. Pero era preferible que no hablara. Aquella carta daba prueba de su falta de discreción.

Adriano suspiró y sujetó el papiro sobre la llama de la lámpara hasta prenderle fuego. Lo agitó para avivar las llamas, sintiendo el calor en los dedos. Luego lo dejó caer en el cubo de bronce que ya tenía las cenizas de otros documentos demasiado delicados como para permitir que sobrevivieran.

El hecho de que Trajano no hubiera preparado su sucesión significaba que todo se haría de forma menos limpia y que los ánimos estarían mucho más agitados de lo debido. Adriano sabía que su destino era gobernar, pero no se hacía ilusiones sobre la labor que tenía por delante. Implicaba un trabajo incesante, en gran parte fatigoso, y asumir la responsabilidad de hacer lo mejor para la *res publica*. Sonrió al pensar en cómo el antiguo esclavo había usado esa vieja expresión, tan romana, en su carta. Sin embargo, ese era uno de los mayores secretos de Roma, apoderarse de gran parte del mundo y convencer a todos de que eran romanos.

El Imperio traía consigo orden, paz y prosperidad. Todo eso requería estabilidad y un liderazgo firme y consistente. Adriano suspiró de nuevo, no por el liberto muerto, sino porque la tarea le proporcionaba tanto gozo como temor. Había tanto que hacer…

Una tos interrumpió sus pensamientos. Uno de sus esclavos estaba en la entrada.

—Sosio, mi señor —anunció.

Conocía a su amo lo bastante bien como para no añadir que le habían ordenado traer al

susodicho en cuanto llegara. Adriano tampoco demostró ninguna sorpresa. Se limitó a asentir.

—¿Está hecho? —preguntó, una vez que el esclavo se marchó, y Sosio, calvo y fornido, entró en la habitación.

Aquel hombre había sido cocinero en la casa de su esposa —uno de los pocos beneficios prácticos que el matrimonio le había proporcionado—, hasta que un incidente había permitido que el liberto revelara todo su potencial. Con el tiempo, se había convertido en el más eficaz, inteligente y despiadado de los agentes a sus órdenes.

—Sí, mi señor.

—¿Alguna complicación?

—Ninguna, mi señor.

—Bien. —Un emperador necesitaba ser fuerte y, a veces, despiadado. Eso significaba hacer uso de hombres aún más despiadados—. Ahora tengo un trabajo para ti en el lejano norte.

Cerca de la calzada entre Magnis y Vindolanda, en el norte de Britania
Cinco días después

Era su última oportunidad. Y lo sabía.

Esa no era razón suficiente para ser descuidados. Se movían despacio a través de la noche, deteniéndose a menudo, y durante las últimas millas habían pasado largo rato tumbados, en completo silencio, escuchando y observando. Habían estado mucho más tiempo quietos que en movimiento.

La gente no solía entender lo lejos que viajaban los sonidos en una noche tranquila como aquella. Por lo menos, no había viento, porque, mientras un vendaval fuerte puede esconder muchas cosas, un viento irregular y racheado hacía difícil saber si un ruido se amortiguaría o recorrería una larga distancia. Podrían delatarse sin darse cuenta, o toparse de bruces con alguien más que tuviera sus razones para estar al raso. Podría tratarse de otros cazadores, o, con mayor probabilidad, de simples vagabundos. Tampoco tenía ganas de matar sin una buena razón, pero, llegado el caso, todos tendrían que morir, rápida y silenciosamente, y era difícil asegurarse de que sería así si se producía un encuentro repentino.

La ruta era fácil de encontrar. Él mismo la había recorrido varias veces, incluso durante las cortas noches de principios de verano, porque quería dejar lo menos posible en manos del azar.

—No salimos a luchar —solía decir el Señor de las Colinas—. Salimos a matar.

Esas eran las costumbres guerreras de su pueblo, los siluros, las costumbres en las que él y todos los demás se habían criado siendo niños. Las costumbres que había hecho todo lo posible por enseñar a sus guerreros, solo uno de los cuales provenía de su propia tribu. Había dejado a ese hombre con los caballos, para asegurarse de que se siguieran sus instrucciones.

Después de una larga espera, tan silenciosa que un búho cazador pasó al alcance de la mano sin prestarles atención, se puso en cuclillas, esperó un poco más y luego golpeó el suelo con el asta de su jabalina, lo suficiente como para hacer un ligero ruido. Los demás se levantaron ante aquella señal y lo siguieron. Casi habían llegado.

La primera noche todo había ido bien, por lo que llegaron al sitio acordado con tiempo de sobra y preparados para lo que les esperaba. Estaba satisfecho de sus hombres, satisfecho por cómo se habían escondido, tal y como él les había enseñado, y aún más satisfecho por la paciencia con la que habían esperado, sin que ninguno de ellos pronunciara una palabra.

Esa noche, igual que la jornada anterior, había estado nublada. Hasta que, mientras ellos permanecían a la espera, las nubes se abrieron para mostrar un brillante campo de estrellas. También había un par de estrellas ardientes que resplandecían en los cielos. Aquel no era un buen augurio, especialmente para los selgovae, y llevaba consigo a dos de esa tribu. Golpeó el suelo con el asta de su lanza y se levantó. Nadie dijo nada, pero todos entendieron. Se pusieron en marcha y regresaron al campamento sin que ninguno pronunciara una palabra. Una vez allí, ella les dijo que habían hecho lo correcto, y nadie dudó de su poder.

En la segunda noche, tras un día de lluvia torrencial, el río era mucho más profundo y fluía más rápido de lo habitual. Tal vez podrían haber cruzado sin incidentes, pero era un riesgo innecesario, por lo que regresaron temprano a su campamento del bosque, y ella les dijo que habían hecho bien.

La tercera noche siguió a una jornada de sol abrasador, y el río era fácil de vadear. Avanzaron muy deprisa, hasta que casi habían llegado. Entonces, un perro ladró, mientras pasaban a tiro de flecha de la media docena de casas de una granja familiar. Quizás el animal los había olido, o quizás se tratase de otra cosa. Un segundo perro se unió a los ladridos, mucho más lejos. Pasó bastante tiempo antes de que unas voces enojadas consiguieran que se callase uno, y, luego, el otro. Para entonces, hacía rato que ellos se habían marchado, de vuelta por donde habían venido, hasta que llegaron a una hondonada y se tumbaron a esperar. Los habitantes de las granjas podían mostrarse cautelosos y vigilantes, incluso lo bastante audaces como para sacar a los perros y buscar a los ladrones en la oscuridad. Probablemente no lo harían, y simplemente volverían a dormirse, si es que podían, mientras murmuraban maldiciones contra sus perros. Los labradores solían ser perezosos y se convencían rápidamente de que estaban a salvo. Mucha gente vivía y trabajaba la tierra en aquella zona, lo que significaba que por entonces casi nunca se veía un oso, y rara vez un lobo.

Era posible que los ladridos hubieran llegado hasta el centinela de la torre, o incluso al propio puesto de avanzada. Nunca se sabe. Él había servido en el ejército, y estaba seguro de que la mayoría de los hombres, en un lugar tranquilo como aquel, prestaría poca atención a esos ruidos, mientras contaban los momentos hasta que llegara su relevo. Aun así, siempre cabía la posibilidad de que uno de ellos fuera un buen soldado, o, simplemente, uno joven y aún entusiasta, recién llegado a aquel puesto.

Regresaron, y ella les aseguró que su magia los había protegido de todo mal.

Durante la cuarta noche ningún perro ladró. Volvieron a esconderse y a esperar. Entonces uno, el más joven de todos, uno de los novantae, se agachó y se bajó los pantalones para orinar. El chorro parecía no acabar nunca, salpicando pendiente abajo, y aunque el muchacho lo hizo lo mejor que pudo y no lanzó más que un levísimo suspiro de alivio, seguro que incluso el guardia más soñoliento lo había oído. El vigía de la torre estaba más cerca de ellos que el perro de la granja de la noche anterior.

Se marcharon y regresaron al campamento. Esta vez, ella dijo que iba a lanzar un hechizo sobre la vejiga del muchacho. Todos se rieron y se quedaron contentos. Todavía tenían fe en ella y, tal vez, también en él, pero podría ser que no siguiera siendo así si volvían a fallar. Esta vez, él sentía la necesidad de triunfar a toda costa, y luchó contra ese impulso. Las lecciones de su infancia lo ayudaban, porque la imprudencia no formaba parte de las costumbres de su pueblo. Ella lo ayudó aún más, sin palabras, pues, cuando lo tocó con la mano, él sintió crecer su fuerza y

su poder.

Estaba listo para regresar, si eso era lo correcto. Las grandes incursiones se llevarían a cabo la noche siguiente y agitarían a los romanos como nada lo había hecho desde hacía años. Por eso tenían que atacar primero, antes de que los soldados se pusieran realmente en guardia. Más que eso, aquellos hombres necesitaban saber lo que habían hecho.

Aun así, avanzaron con cautela, despacio, y él no corrió más riesgos que en las noches anteriores. No hubo necesidad, ya que todo fue bien, y, dos horas antes del amanecer, estaban en el barranco. A la luz del alba podrían ver el gastado camino a través de la hierba por el que los soldados pasaban cada día, marcando con más claridad la pista utilizada por generaciones de ganaderos que llevaban a sus animales hasta el agua. La tierra solía estar blanda, incluso fangosa, aun a finales del verano.

Descendiendo por el río, a una milla y cuarto de distancia según los cálculos romanos, se encontraba el puesto de avanzada, lo que llamaban un *burgus*. Contaba con murallas y torres de piedra, y en el interior había edificios altos, pero solo tenía una décima parte del tamaño de las guarniciones de madera que salpicaban el recorrido de aquella vía. Y estas, a su vez, no tenían más que una décima parte del tamaño de las grandes bases legionarias que él había visto. El Imperio romano era enorme y fuerte, pero no tan fuerte como les gustaba pregonar a los romanos. Aquí, en el norte de Britania, era débil. Hacía apenas una década el ejército mantenía bases a varios días de marcha hacia el norte. Y, hacía treinta años, había incluso más tropas, mucho más al norte. Todos se habían ido, y tal vez podrían conseguir que estos de aquí también se marcharan, llegado el momento.

Los romanos tenían su vía y sus bases a lo largo de ella. Había media docena de las grandes y un par de pequeños puestos de avanzada como este. Pocos de ellos mantenían una guarnición completa. El ejército de toda la provincia había ido reduciendo su tamaño a medida que enviaban a los soldados a luchar en guerras lejanas. Pocos habían regresado y, por lo que decían los hombres, muchos nunca regresarían, porque sus cadáveres se estaban pudriendo bajo el sol del desierto. El gobernador de Britania estaba débil y agonizaba, igual que el emperador. Él había oído estas cosas, y ella entendía. Ya casi había llegado el momento, así que debían comenzar el trabajo. Ese era su cometido.

El sol salió, aunque pasaría un tiempo antes de que iluminara aquel estrecho barranco. Sus guerreros lo habían hecho bien. Siete estaban entre los brezos. Otros dos, además de él, tumbados en huecos superficiales, ocultos bajo capas cubiertas de césped y hierbas. Solo podría detectarlos alguien que estuviera buscando de verdad y que conociera las señales. Estaba satisfecho, y él mismo se había encargado de completar su cobertura. Palpó para asegurarse de que la lanza estaba lista, a su lado. Luego, esperaron.

Oyeron a los soldados mucho antes de poder verlos. Era una buena señal, porque sugería que los hombres estaban relajados. La torre se encontraba más o menos a media milla, en lo alto de la cresta que había al noroeste. Todas las mañanas, justo después del amanecer, ocho hombres iniciaban la marcha desde el *burgus* para hacer el cambio de guardia. Solían tomárselo con calma, así que tardaban un tiempo. Realizaban la mayoría del trayecto al descubierto, claramente visibles para el aburrido centinela apostado sobre la puerta de entrada del puesto de avanzada y para el que estaba de guardia en la torre, que esperaba con más impaciencia. El camino descendía solo en unos pocos tramos, los únicos puntos en los que, durante un breve tiempo, los hombres no

estaban a la vista. El más largo de esos tramos era el que atravesaba aquel barranco, e, incluso entonces, quedaban ocultos solo unos pocos momentos.

Él había pasado mucho tiempo observándolos antes, durante el verano. Ocurría lo mismo todos los días, a la misma hora, siguiendo la misma ruta. Los soldados eran vagos y se sentían a salvo.

El primer hombre apareció en su campo de visión mientras él vigilaba oculto entre la hierba alta, seguido de cerca por otros dos. Luego venía el resto. Cinco de ellos llevaban cota de malla y otro, una armadura de escamas, por lo que dedujo que se trataba de tropas auxiliares. Dos hombres, con las corazas segmentadas que tan solo usaban los legionarios, avanzaban a pocos pasos de distancia, en la retaguardia. Todos llevaban los escudos mirando hacia él, rectangulares en el caso de los legionarios y ovalados en el de los auxiliares, pero las decoraciones se encontraban bajo la cubierta de cuero diseñada para protegerlos de la intemperie. De no ser así, no le cabía duda de que exhibirían toda una gama de diseños y colores diferentes, porque las guarniciones de los puestos de avanzada como este solían formarse con individuos apartados de sus unidades. Por lo común, porque las unidades no querían tenerlos cerca.

—¡Vamos, moveos! —gritó a los demás el hombre que iba en cabeza. En un destacamento pequeño como ese, lo más probable era que no tuviera rango y que simplemente lo hubieran designado para liderar el grupo.

—¡Oíd lo que dice el pequeño césar! —exclamó uno de los hombres.

—Sí, señor, no, señor, ¿puedo limpiarle el culo, señor? —dijo otro.

—Muy bien, muy bien —dijo el líder—. Pero cuanto antes lleguemos, antes podremos preparar el estofado.

Siguieron adelante, murmurando y quejándose, como solían hacer los soldados. Aquello le traía muchos recuerdos.

Luego desaparecieron y se permitió sentir un momento de satisfacción. Ocho hombres habían pasado junto a sus guerreros y no habían notado nada. Solo necesitaban esperar un poco más. Pensó en comentar algo, en decirles a sus muchachos que lo estaban haciendo bien, pero decidió no hacerlo. Ellos estaban por encima de esas cosas.

Pasó una eternidad antes de que los hombres relevados de su turno en la torre pasaran por allí. Llegó a preguntarse si, justo en ese día, habrían decidido tomar una ruta diferente. De repente, aparecieron por el sendero, sin hablar, la mayoría de ellos con la cabeza gacha. Estaban cansados y prestaban incluso menos atención que los otros. Eso era lo que él quería.

Se echó la capa hacia atrás —el secreto consistía en no llevar demasiadas cosas encima, para poder apartarla sin problemas—. Mientras se incorporaba, preparó la lanza. Al oírlo, los demás se levantaron. El soldado que iba en cabeza se quedó boquiabierto cuando aquellos hombres parecieron surgir de las entrañas de la tierra.

Él sopesó la lanza, se estabilizó para apuntar y la lanzó. Los soldados estaban a solo unos pasos de distancia. Sus guerreros habían aparecido por el flanco derecho del enemigo, en el que no llevaban escudo. Arrojó con fuerza la lanza. A aquella distancia perforó con facilidad los anillos de la cota de malla y atravesó las costillas de su adversario. El romano jadeó mientras caía.

Les había dicho a dos de sus guerreros que esperaran hasta que ver cuántos soldados quedaban en pie antes de lanzar sus jabalinas, pero, en la emoción del momento, mientras las lanzas silbaban por el aire, solo uno recordó las órdenes. Cayeron otros dos hombres, además del

suyo, tres más se quedaron tambaleándose, y a uno de los restantes enseguida le impactó en plena cara la jabalina lanzada por el muchacho que había fastidiado las cosas al ponerse a orinar la noche anterior.

Solo quedaba un adversario, que, aterrorizado, soltó la lanza y el escudo, dio media vuelta y se echó a correr por donde había venido. Dos guerreros se levantaron y le bloquearon el camino. Gritar no lo habría salvado, pero podría haber revelado lo que estaba sucediendo. En lugar de eso, se arrodilló y suplicó clemencia en un idioma que no era latín. Se necesitaron tres tajos para matarlo, y más para rematar a los demás heridos. Hubo gruñidos de esfuerzo y gemidos de dolor, pero ningún ruido que pudiera llegar hasta la torre.

Todos los romanos estaban muertos, ninguno de los guerreros había resultado herido, y, aunque estaban emocionados, con los ojos desorbitados, ninguno fue tan estúpido como para lanzar un grito de triunfo.

Él asintió para manifestar su aprobación, dio unas palmaditas en la espalda al más joven de sus muchachos y sacó su espada. Tenían un trabajo que hacer y lo mejor era hacerlo rápido. Luego se irían, caminando a plena vista hasta pasar sobre una cima cercana. Los romanos los verían, si es que no estaban dormidos. A estas alturas era posible que los que estaban de servicio en el puesto de avanzada estuvieran empezando a preguntarse dónde estaban los hombres que volvían de la torre. Daba igual. Para cuando alguien comenzara a atar cabos, tuviera tiempo de ensillar unos caballos y sacar a los soldados del puesto avanzado, él y sus hombres habrían desaparecido haría mucho tiempo. Los granjeros los verían y hablarían, pero en menos de una hora llegarían al bosque. Y no lo asustaba la idea de deshacerse de cualquiera que intentara seguirlos.

Quería que los vieran, para que los soldados y los campesinos supieran lo que él y sus hombres habían hecho. Se permitió sonreír. Luego, descargó la espada sobre el cuello de uno de los cadáveres.

I

En la frontera entre los carvetos y los lopocares, en el norte de Britania

Diez días antes de las calendas de septiembre

—Puede que a ella no le guste —dijo el hombre de rostro demacrado después de seguir a su amigo hasta la pequeña habitación de paredes de yeso sin pintar. Estaban en la casa principal, construida al estilo romano, con dos pisos, aunque la mayor parte del edificio era de adobe y barro, con tan solo unas pocas hiladas de piedra. Resultaba modesta para los estándares de las villas del sur, e incluso de algunas aquí en el norte. La estancia era pequeña y estaba escasamente amueblada, pero era allí donde su amigo había elegido dormir mientras estaba solo.

—He dicho —repitió, para enfatizar— que a ella no le gustará.

Su interlocutor no dio señales de escuchar, pero eso no era nada inusual. Estaba enfadado, aunque quizás solo aquellos que lo conocían bien se darían cuenta de hasta qué punto lo estaba. Aun así, incluso un desconocido palidecería ante la frialdad de esos ojos grises.

—La reina no querrá que hagas eso. —Esta vez, el primer hombre elevó el tono. Era el más alto de los dos, aunque no por mucho, y tenía las facciones esbeltas y las extremidades espigadas propias de su pueblo. Se llamaba Vindex. Su padre había sido jefe de los carvetos, la gente de los valles occidentales. Pero, como su madre era una sirvienta, todos sabían cuál era su origen, y sabían también que no era un tema que se pudiera mencionar.

—Ya sabes lo que dijo al respecto —continuó Vindex—: que nada de problemas hasta que el caso llegue a los tribunales.

Su acompañante se detuvo mientras alargaba la mano hacia la cota de malla extendida sobre la cama. Estaba limpia, tan bien pulida como lo permitían los pequeños anillos de hierro. Solo alguien que la mirara muy de cerca distinguiría que parte del metal tenía un tono ligeramente diferente, en las secciones que se habían reparado después de romperse. Había tres de aquellos parches. Uno de ellos era tan grande que quienquiera que estuviese usando la armadura debía de haber recibido una terrible herida en el costado.

—Eso es lo que dijo. Y tú y yo sabemos que esa muchacha habla en serio.

El otro hombre lanzó una rápida ojeada a su alrededor.

—Bueno, ya sabes a lo que me refiero —admitió Vindex—. Cuando ella lo dice, lo dice en serio. Como cuando te llama por tu verdadero nombre.

Hubo un atisbo de sonrisa, que enseguida desapareció, porque eso era la pura verdad. Si su esposa lo llamaba Ferox, él comprendía que algo pasaba y que probablemente estaba en apuros. Si lo llamaba Flavio Ferox, él sabía que estaba con el agua al cuello. Nunca se había dirigido a él por sus tres nombres. Tal vez se lo estuviera reservando para el día en que decidiera matarlo.

Vindex sintió que la furia fría de su amigo disminuía. Solo un poco, pero eso ya era algo.

—Es una reina, cierto, como su abuela —añadió, con una sonrisa.

Tenía un rostro alargado, y la piel estirada, tensa sobre los rasgos, lo que le daba un aspecto siniestro, una apariencia similar a la de una calavera. Sobre todo, ahora que tenía la piel bronceada, arrugada por años de arduo servicio en los lejanos confines del Imperio. La mueca se convirtió en una sonrisa. Cuando abría tanto la boca y enseñaba los dientes, era como estar viendo a un caballo lascivo surgido de alguna oscura leyenda.

—Sabes que tengo razón —agregó, con la esperanza de que aquello reforzara su argumento.

Muchos amigos habrían bromeado diciendo que aquello estaba predestinado a ocurrir, pero Ferox no dijo nada. Después de todo el tiempo que llevaban juntos, Vindex sabía que él tenía que hacer casi todo el esfuerzo para mantener una conversación con su amigo. Ferox pertenecía a los siluros, el pueblo lobo depredador del sudoeste, donde, a diferencia de los carvetos, criaban a sus hijos para apreciar el silencio y evitar hablar a menos que fuera esencial. También era romano, puesto que lo habían enviado al Imperio para educarse, y luego lo habían nombrado centurión. Durante treinta años, había marchado y luchado por Roma. Y durante los veinte últimos, Vindex había estado casi todo el tiempo a su lado.

Ferox vaciló. Luego lanzó un gruñido y recogió la espada envainada que estaba junto a la cota de malla.

Vindex asintió.

—Supongo que eso significa que iremos armados, pero no con armadura. Eso ya es algo, supongo.

Ferox asió la empuñadura de hueso del gladio, sacó la hoja un palmo y la observó. Apenas estaba lubricada, lo justo para que el movimiento resultara suave al extraerla con fuerza. Sabía aquello porque él —y solo él— limpiaba la hoja y la mantenía afilada. En la tenue luz de la habitación, el hierro parecía anodino, pero, aun así, él lo sentía lleno de vida. En los tiempos que corrían, se había impuesto un modelo de gladio corto, de punta gruesa. Este era viejo, más largo y con una terrible punta triangular diseñada para perforar la cota de malla. Los hombres de César llevaban espadas como aquella cuando conquistaron la Galia. Bueno, no del todo iguales, porque esta era especial, un arma tan perfectamente equilibrada que, incluso sosteniéndola así, ya transmitía una sensación de poder.

—De acuerdo, ya sé que no has matado a nadie desde hace un año, pero a ella no le va a hacer gracia que empieces ahora.

Ferox volvió a meter la hoja en la vaina y se colocó el cinto sobre el hombro.

—No he matado a nadie… que tú sepas —dijo, con un rostro tan inexpresivo como su voz.

Vindex se echó a reír.

—Vaya, conque ahora sí que hablamos, ¿eh? Bueno, eso ya es una mejora.

Tenía la sensación de que iba ganando en aquel enfrentamiento. Pero, a lo largo de los años, mucha gente había tenido esa misma impresión al enfrentarse a los siluros, y luego habían caído directamente en una emboscada. En ese caso, los más afortunados morían rápidamente; y los

cautivos, despacio y con gran dolor.

Decidió que lo mejor era apelar a la máxima autoridad.

—Ya sabes lo que dijo la reina. Espera a que ella vuelva de Isurium, o a que nos llame para ir allí. Mientras tanto, no hagas nada. No podría habértelo dejado más claro.

—Según los romanos, aún no es una reina —señaló Ferox.

Su esposa, Claudia Enica, pertenecía a la casa real de los brigantes, la tribu más numerosa del norte de Britania. Hacía mucho, mucho tiempo que las autoridades le habían prometido reconocerla como reina, pero solo le daban una excusa tras otra, demorándose más y más.

—Los romanos pueden besarme el culo. Son unos bastardos, todos ellos.

Ferox, el ciudadano romano, asintió.

—Es la reina —continuó Vindex—. Es hija de reyes. Y más aún, nieta de la misma Cartimandua. Eso debería gustarles a los romanos. —Cartimandua había reinado cuando Claudio invadió Britania, se había aliado con los invasores y siempre se había mostrado leal—. Pero ¿a quién le importa lo que ellos piensen? Es mi reina, y todos los carvetos dicen lo mismo, igual que los clanes brigantes.

—No todos —señaló Ferox.

En la época de Cartimandua, los brigantes sufrieron el azote de una guerra civil, y las legiones tuvieron que rescatar a la reina. Diecisiete años antes, Claudia Enica había terminado librando una guerra contra su propio hermano, que se rebeló, alegando que él apoyaba al verdadero emperador por encima de un usurpador, cuando, en realidad, aspiraba a mucho más. Ella había vencido, y Ferox y Vindex habían perseguido y matado a su hermano. Algunos líderes brigantes nunca los perdonarían por eso, ni la apoyarían de verdad por haber ganado. Muchos otros esperaban y vigilaban, al ver que el emperador no la había confirmado como reina, preguntándose si habría alguna oportunidad para ellos.

Vindex se mostró desdeñoso.

—Unos mierdas, todos ellos. ¿A quién le importa lo que piensen? Y la muchacha se lo ha ganado. Tú lo sabes, todo el mundo lo sabe.

Aparte de permanecer leal a Roma en el momento de la rebelión, Claudia Enica había reclutado una partida de guerreros y los había guiado en persona para luchar contra los dacios, a favor de los romanos.

Ferox trató de explicarse, una vez más.

—A los romanos no les gustan las mujeres dirigentes. Y menos aún, las guerreras. Los pone nerviosos. —*A veces a mí también me pone nervioso*, añadió para sí mismo.

—Bueno, ahora ya no mata a nadie. —Vindex guiñó un ojo y añadió—: Al menos, cuando hay gente mirando.

Después de la cruenta lucha en Dacia, Claudia Enica no había querido volver a participar en ninguna otra batalla. Ferox sabía que ella todavía entrenaba, igual que lo había hecho a lo largo de los años. Pero era discreta, y siempre que tenía que tratar con la sociedad o las autoridades imperiales, se convertía en Claudia, la elegante dama romana, en lugar de en Enica, la dirigente de su tribu, rodeada de viejas tradiciones y de magia.

—Y esos cabrones, como Taximágulo, no hacen más que dar por culo a los romanos… o a cualquiera. Los únicos que lo apoyan lo hacen por obligación, porque, si no, los echará de sus granjas. Y lo mismo pasa con los demás. Aunque tampoco es que haya tantos.

—Aun así, uno menos sería una mejora —sugirió Ferox.

—Ya. Pero ella dijo que no. Y lo dijo en serio.

Ferox y Claudia se habían casado en la época de la rebelión, pero apenas habían estado juntos durante los años siguientes. Al principio fue por culpa de Ferox, porque no llevaba bien lo de ser consorte de una mujer importante. Habían discutido, y él había vuelto a beber, hasta que ella lo echó y él volvió al ejército. Luego llegaron aquellas preciosas semanas en Dacia, cuando se reconciliaron en medio de un asedio. Resultaba extraño que aquellos tiempos maravillosos se hubieran dado en medio de la traición y la inminencia de la derrota y de la muerte. Para protegerla del escándalo, él había vuelto a marcharse. Y le habían ido asignando una serie de destinos peligrosos, uno tras otro. Lo habían tratado oficialmente como a cualquier otro oficial, pero había sido el primo del emperador, Adriano, el que había movido los hilos, empleando a menudo a su agente, el liberto Sosio, para llevar a cabo sus maniobras más oscuras. Vindex había estado con Ferox casi todo ese tiempo. Habían tardado una década en liberarse y conseguir volver a casa. Adriano había prometido ayudar a Claudia a obtener el reconocimiento formal. Tal vez hubiera cumplido su palabra y lo hubiera intentado. O tal vez no. Tratándose de Adriano, nunca podía uno estar seguro de nada, pero al menos les había permitido regresar a casa. En el último año, Ferox había visto a Claudia más que nunca, y no habían tenido ni una sola pelea de verdad en todo ese tiempo. Hasta ese momento.

—Muy bien —dijo Ferox—. Solo será un pequeño paseo para hacer una visita a mi vecino, de noble a noble.

Durante la mayor parte del tiempo vivía allí, en esa pequeña villa perteneciente a una de las propiedades reales. Claudia declaró que se la había regalado, pero eso, en sí mismo, no significaba mucho. Los habitantes de las granjas y las aldeas aceptaban a Ferox porque ella les había dicho que lo hicieran, y con eso les bastaba. Él se dedicaba a haraganear, intentando no hacer ninguna tontería, y dejaba que las personas que sabían lo que hacían cuidasen a los animales y se ocupasen de los cultivos. Estaba intentando aprender todo lo posible de ellos.

—De vecino a vecino —comentó Vindex, dubitativo—. Recuerda que no estamos en una canción antigua, así que visitar a un vecino no significa quemar su casa.

Ferox lanzó un gruñido que podía significar cualquier cosa.

—Nos llevaremos a Litulo y Carnaco con nosotros —dijo—. Así quedará claro que vamos en plan amistoso.

Vindex no estaba tan seguro, pero pensó que aquello era lo mejor que podía esperarse. Litulo era viejo. Había perdido todos los dedos de la mano izquierda en una batalla, hacía años, pero todavía se pavoneaba como si fuese un guerrero. Carnaco era un hombretón gigantesco, con la paciencia, la fuerza y la astucia de un buey. No formaban una partida de guerra, solo la clase de escolta que cualquier noble debía llevar, incluso en un trayecto corto, ya que no era prudente ir solo. Taximágulo tenía a un montón hombres en su hacienda, pero probablemente no quisiera que lo consideraran causante de ningún problema. No hacía mucho, aquel individuo era solo un caudillo más de los lopocares, que no poseía más que un terreno pequeño y un prestigio aún menor. Sin embargo, con el tiempo había ido consiguiendo numerosas tierras y contratos para abastecer al ejército. Y, si su prestigio era aún escaso, su influencia no tanto. Muchos nobles de familias antiguas le debían favores o dinero. Taximágulo era ambicioso, y sus terrenos seguían creciendo, a medida que la gente se veía presionada a vincularse a él como arrendatarios o incluso

a venderle sus campos. Comprar y vender tierras no formaba parte de las antiguas costumbres.

Taximágulo no era un buen vecino. Sus hombres intimidaban y robaban con impunidad. Un montón de reses y de ovejas sin marcar habían terminado formando parte de sus rebaños. Y también bastante ganado con marcas bien visibles. Incluso la gente desaparecía, especialmente los jóvenes, que, sin duda, ahora trabajaban para su nuevo amo, o habían sido vendidos como esclavos en lugares lejanos, para que no pudieran demostrar que eran personas libres.

Durante los últimos meses había habido muchas provocaciones. La ira de Ferox había ido creciendo, y este último incidente amenazaba con romper el dique y desatar la riada. Habían golpeado a un pastorcillo de una de sus granjas de forma tan brutal que quizás no sobreviviera, y era poco probable que pudiera volver a andar. Y todo porque algunos de los hombres de Taximágulo aseguraban que la docena de ovejas que el niño cuidaba pertenecían a su amo. El pastorcillo se defendió, y lanzó una piedra con su honda que aplastó el ojo de uno de los asaltantes, así que estos lo cogieron y lo golpearon. El hombre que había recibido la pedrada en el ojo y otro más se habían quedado atrás mientras el resto se llevaba las ovejas, y los aldeanos los habían atrapado, así que estaban seguros de quién era el responsable. No se habían mostrado amables con los asaltantes, pero Vindex, que pasaba por allí, se había llevado a los cautivos a la villa. Encadenaron y encerraron a ambos en uno de los almacenes que había junto a la casa principal. Ferox los necesitaba vivos para que actuaran como testigos, por lo que había dado órdenes estrictas de que no los mataran. Pero tampoco le preocupaba mucho que su gente expresara sus sentimientos hacia los cautivos, tal y como ya habían hecho los aldeanos, mientras aquellos pudieran andar y hablar cuando fuera necesario.

La culpa la tenía Taximágulo, y a Ferox probablemente no le faltaba razón al afirmar que matarlo haría que el mundo fuese un lugar mejor. Cincuenta años antes —y aun menos— lo normal habría sido lanzar un asalto a caballo y masacrar a aquel cabronazo y a sus hombres. El caudillo tenía amigos —probablemente no amigos personales, pero sí hombres más importantes que lo consideraban útil como aliado—, así que eso podría haber llevado a la guerra entre los clanes. Así era como se hacían las cosas antes. Pero ahora estaban bajo el gobierno de Roma y a los romanos no les gustaba demasiado eso de hacer incursiones y llevarse las cabezas de los enemigos. Les gustaba que todo el mundo fuera a la corte, para que los oradores entrenados pudieran lanzar calumnias e insultos feroces sin llegar a las manos y, al final, el juez y el jurado dictaminaran lo que les pareciera un veredicto apropiado. Si la sentencia no le resultaba conveniente, el perdedor podía llevar el caso al legado provincial, que tal vez se ocuparía de él cuando celebrara audiencia en una de las grandes ciudades. O tal vez no. Y, por lo que se rumoreaba, el actual gobernador estaba en tan mal estado de salud que no hacía prácticamente nada.

La reina y sus aliados estaban envueltos en una decena de pleitos contra los nobles que se oponían a ella y los aliados de estos. La mayoría se estaban juzgando en Isurium, la nueva ciudad que ella estaba promoviendo como el centro de los brigantes. Si su esposo —que procedía de otra tribu y era un hombre sombrío e inquietante, y un reconocido homicida— iba y descuartizaba a Taximágulo, nadie se sentiría demasiado molesto, pero los rivales de la reina mencionarían implacablemente ese crimen atroz en cualquier caso contra ella y sus aliados. Eso sería malo, y resultaría aún peor en un pleito que se presentara ante el legado. Ferox ya sabía todo aquello. Al fin y al cabo, era él quien se lo había explicado a Vindex.

—Nada de matar —dijo Vindex al rato—. ¿Estamos de acuerdo?

Ferox suspiró.

—Nadie sabría que hemos sido nosotros. El muy majadero suele salir a cabalgar llevándose solo a unos pocos seguidores. Resultaría muy fácil prever su ruta y encargarse de todo.

—Aun así, te acusarían. Y a mí también.

—Entonces, no mataremos a nadie a menos que tengamos que hacerlo. —Ferox lanzó una de sus inusuales sonrisas—. Ya me conoces.

—Menudo cabronazo —dijo Vindex—. Bien, iré a avisar a los dos muchachos y a preparar los caballos. ¿Lo normal?

Ferox asintió. Siguiendo la costumbre antigua, cada vez que salían a caballo llevaban comida y agua para tres días, y algunas galletas y carne salada, que duraban un poco más. Aquello hacía que ambos se sintieran más cómodos.

Vindex dejó a Ferox buscando en un arcón su capa de viaje y el último de una larga serie de sombreros de fieltro de ala ancha. El liberto Filo, que había sido esclavo y sirviente personal de Ferox, y que ahora estaba a cargo de la casa que se suponía que este tenía que mantener en su condición de esposo de Claudia, tenía estándares mucho más altos que su amo. A lo largo de los años, se habían perdido muchas prendas, sobre todo esos sombreros andrajosos. En aquel momento, Filo y su familia estaban con la reina en Isurium, ayudándola a administrar allí su casa. Eso proporcionaba a Ferox la libertad de hacer lo que quisiera sin tener que hacer frente a la dolorosa decepción de su meticuloso sirviente. Sin embargo, no fue capaz de encontrar aquel sombrero recién comprado, lo que sugería que, una vez más, Filo iba un paso por delante de él. Ya había notado que cada mañana los esclavos pulían su casco y peinaban su alta cresta, por lo que sospechaba que habían recibido instrucciones de hacerlo así. Quizá no le haría ningún daño tener un aspecto más oficial. Volvió a mirar la cama y cambió de opinión sobre la coraza. El instinto le cosquilleaba, y empezaba a albergar sospechas.

La villa en sí se abría a un patio fangoso, rodeado por un revoltijo de chozas, graneros y almacenes. Como en cualquier granja activa, daba la impresión de que algo estaba a punto de ocurrir y de que ya habían ocurrido muchas cosas en el pasado, aunque ahora estaba casi vacío, excepto por cinco caballos ensillados. Tres de ellos tenían ya sus correspondientes jinetes. Vindex tuvo que parpadear un par de veces, cegado por la brillante luz del sol, antes de reconocer a Litulo y a Carnaco.

Eso resultaba sorprendente, ya que aún no los había llamado. El tercer jinete estaba encapuchado y envuelto en la capa, aunque ni aun así podía ocultar su identidad. Aquello resultaba aún más sorprendente que el hecho de que ya estuvieran preparados y esperando, pero lo explicaba todo.

Vindex sonrió y negó con la cabeza mientras miraba a la cara al jinete más cercano.

—Lo siento, princesa, pero no creo que puedas venir.

Senuna frunció el ceño.

—Estoy segura de que sí.

Tenía doce años y se comportaba con la seguridad de una persona que le doblara la edad —o incluso se la multiplicara por diez— y acostumbrada a mandar.

—Necesitas que te acompañe alguien con cerebro —sugirió con una expresión paciente y preocupada.

Vindex se echó a reír. Había mucho del carácter de la reina en aquella muchacha, su hija menor. Las dos mayores, las gemelas, eran el vivo retrato de Claudia Enica en su juventud, mientras que la apariencia de Senuna recordaba más a su padre. Tenía los mismos ojos grises que él, y un pelo largo y negro como ala de cuervo, del mismo color que el de Ferox antes de que empezara a poblarse de canas. Vindex se preguntaba a menudo si la niña se parecería a su abuela paterna, o a otras mujeres de su familia, porque no podía ver ni rastro de los rasgos de Ferox en aquel rostro, ni siquiera en una versión suavizada. La muchacha iba camino de convertirse en una belleza, igual que sus hermanas y la reina, pero de un tipo completamente diferente al de ellas.

—Lo siento, muchacha —dijo Vindex, acariciando el cuello del poni y alborotándole la crin. Durante los últimos meses, él mismo había ayudado a la niña a entrenar a esa pequeña yegua baya. El animal se estaba portando muy bien—. Tu padre no lo permitirá. Tampoco lo haría la reina si estuviera aquí. Podría haber problemas.

—Ah, ¿sí? —respondió ella, encantada. Se echó hacia atrás la capucha y se rio. Llevaba el cabello recogido en un moño y un toque de color en los labios y las mejillas. Vindex se percató de que portaba un vestido claro debajo de la capa y un collar de plata al cuello—. ¿Y crees que Taximágulo se arriesgaría a causar problemas en presencia de una dama de la casa real?

Soltó las riendas y la yegua ni siquiera se movió, mientras la jinete usaba las manos para señalarse modestamente a sí misma. Le faltaba muy poco para exhibir todo el aplomo mundano de una dama elegante.

—Tal vez no —admitió él.

Senuna se inclinó y le guiñó un ojo.

—Y si él causara problemas en presencia de una dama así, tan joven, una simple niña, de hecho, ¿no tendría mi padre todo el derecho a contraatacar?

—¡Mierda! —exclamó Vindex antes de que pudiera contenerse—. Lo siento, princesa. Me he dejado llevar. —La muchacha era tan inteligente como su madre y tan astuta como su padre. Negó con la cabeza—. Pero dudo que él quiera correr ese riesgo.

El aludido apareció al momento, con su armadura reluciente y el casco, aún más pulido, bajo el brazo.

—Vaya, conque esas tenemos, ¿eh? —musitó Vindex.

Ferox recorrió el patio con la vista, buscando algo o a alguien. Analeugas, uno de los ancianos de la hacienda, salió de un cobertizo, llevando una guadaña en una mano y una piedra de afilar en la otra. Pronto llegaría la época de la cosecha y había mucho que preparar. Ferox lo llamó con una seña y habló con él un rato. Vindex no podía escuchar lo que decían, pero comprobó que el anciano se volvía y miraba hacia la delgada torre de vigilancia de madera que Ferox había hecho construir el pasado invierno. Aquellas señales le resultaban familiares. Su amigo estaba presintiendo un peligro, sin saber por qué.

Analeugas dejó la guadaña y la piedra y echó a correr tambaleándose, tan rápido como podía ir un hombre de su edad. Fue entonces cuando Ferox pareció notar por primera vez la presencia de su hija, aunque Vindex sabía que no le había pasado desapercibida. Asintió y se acercó a su montura, un caballo gris llamado Helada, tan entrado en años como su amo. Pero ninguno de los dos mostraba signos de edad avanzada. Ferox subió de un salto a la silla y su montura pateó

ansiosamente el suelo.

El anciano Analeugas había llamado a algunos de los muchachos que estaban trabajando —o, mejor dicho, que estaban sentados charlando— en la villa y los alrededores. Uno de ellos ya estaba subiendo la escalera que llevaba a la plataforma de la torre, mientras otros dos salían corriendo a través de los campos.

—¿Problemas? —preguntó Vindex.

—Tal vez —dijo Ferox, antes de girar a Helada para que mirara de frente a los demás. Observó a su hija—. ¿Estás segura?

—Sí, padre.

—Entonces, tendrás que hacer exactamente lo que yo te diga, cuando te lo diga. ¿Entendido?

Senuna asintió.

—Sí, padre.

—No olvidaré que has dicho eso.

Ferox hizo girar al caballo y lo lanzó al medio galope. Los demás lo siguieron. El enorme Carnaco iba detrás. Le costaba más que a los otros poner su montura en movimiento y mantenerla en marcha. Salieron del patio y se dirigieron al norte, en lugar de al este, hacia una colina que había a una milla de distancia.

Mientras avanzaban, Senuna se acercó a Vindex. Montaba bien, cosa que no era de extrañar, porque su padre era un jinete competente, aunque falto de elegancia, y su madre parecía mitad centauro.

—¿Está padre preocupado? —preguntó.

—Sí, muchacha.

La niña escudriñó el terreno mientras galopaban a través de los pastos. Cerca de allí había un corral vallado, con cuatro vacas apáticas en su interior. El día anterior solo había una. La habían separado del rebaño porque mostraba señales de enfermedad. A Vindex le entristeció ver que su número había aumentado tanto en tan poco tiempo.

—¿Por qué está preocupado? —preguntó Senuna.

Vindex se lo pensó un momento antes de responder.

—No creo que él lo sepa. Y eso es lo que más le molesta.

II

Más al norte

Tres horas después

—¿Estamos jodidos? —preguntó Vindex, antes de darse cuenta de que la niña estaba justo detrás de él. Se encogió de hombros—. Lo siento, princesa.

Senuna levantó la vista, con el rostro aparentemente inexpresivo.

—Perdona, no estaba escuchando. ¿Has dicho algo? —La mentira resultaba casi convincente.

Ferox no respondió. Iba con la cabeza descubierta, ya que había dejado el casco colgado tras la silla de montar, y se protegía los ojos para ver mejor. Los demás estaban un poco más atrás, en la ladera de la colina, al menos parcialmente ocultos, mientras él se arrodillaba en la cima. Sin embargo, incluso desde su posición, Vindex alcanzaba a ver las lejanas columnas de humo negro.

Ferox le hizo una seña para que avanzara, indicándole que se mantuviera agachado. Senuna también se acercó, aun sin invitación.

Este era un terreno accidentado, en el que cada colina daba paso a la siguiente y muchos pequeños valles quedaban escondidos, pero, aun así, podían ver a una gran distancia. Lejos, hacia el este había tres —no, cuatro— gruesas columnas de humo sucio que se elevaban contra el azul claro del cielo.

—Así que ya están aquí —comentó Vindex.

Ferox no dijo nada. Una nueva nube de humo oscuro apareció, un poco más cerca y más hacia el noreste que al este.

—Cabro… —Vindex se interrumpió justo a tiempo—. Parece que hay bastantes.

—¿Qué pasa? —preguntó Senuna, al comprobar que nadie parecía tener intención de decir nada más.

Ferox no respondió, y siguió escudriñando las tierras a su alrededor.

—¿Es que nunca escuchas a tu padre? —le preguntó Vindex a la niña.

—Pocas veces. —Ella sonrió, solo un poco nerviosa—. Pero él tampoco habla mucho.

—Sí, eso también es verdad.

—Montad —los interrumpió Ferox.

—¿Es una incursión? —preguntó Senuna, mientras obedecía.

Sostenía en una mano el dobladillo de su delicado vestido. Debajo, llevaba pantalones y botas

para cabalgar con más comodidad.

—No una cualquiera —dijo Vindex—. La gran incursión. Tu padre lleva todo el año advirtiendo de eso a todo el mundo.

Ferox volvió a interrumpirlos.

—Montad. ¿Litulo?

—Señor.

—Cabalga hasta las granjas al oeste y al sur. Diles que andan sueltas grandes partidas de guerreros. Podrían llegar aquí enseguida. Avisa a todos para que tengan cuidado y huyan con todo lo que puedan llevarse.

—¿Volvemos a la casa? —En la voz de Senuna era había una mezcla de miedo y excitación.

Por toda respuesta, Ferox negó levemente con la cabeza.

—Nos dirigiremos al noroeste. Yo iré delante. Carnaco, quédate con ella. No te apartes de su lado.

—¿Y yo me encargo de la retaguardia? —dijo Vindex—. Bien.

Llevaban tanto tiempo juntos que no era necesario decir nada más. Ya había vuelto a subirse a la silla de montar, e hizo retroceder unos pasos a su caballo castrado.

Las mejillas de Senuna se encendieron de rabia al ver que la habían ignorado. Ferox sabía que su hija perdía los estribos con facilidad, sobre todo al tratar con él. Antes de montar, se acercó a ella.

—¿Necesitas ayuda?

Su hija resopló y se subió al poni.

—Si volviéramos la villa, podríamos resistir contra diez —le explicó con suavidad—. Tal vez, incluso, contra veinte. Si son más, lo reducirían todo a cenizas. ¿Lo entiendes?

Su interlocutora asintió levemente. De cerca, sus ojos grises parecían tener la mirada ausente, y él no podía estar seguro de lo que pensaba. Ferox tenía tres hijas, y sentía que no conocía de verdad a ninguna de ellas. Las gemelas habían estado fuera desde su regreso, y él tenía una habilidad especial para comportarse ante Senuna de forma equivocada, haciendo y diciendo lo incorrecto… o no diciendo lo correcto. No estaba seguro de que ella le tuviera el menor cariño.

—Mientras estemos al aire libre podemos escapar. Estos caballos son buenos. —Acarició el cuello del poni—. Y cabalgas tan bien como tu madre.

Senuna no reaccionó al cumplido. Parecía tensa, y se estremeció cuando él le dio una palmada la rodilla.

—Necesito que seas valiente e inteligente, como tu madre. ¿Puedes hacer eso por mí?

Ella asintió.

—Bien. —Ferox sonrió, sin saber si ese gesto era tranquilizador o inquietante para los demás —. Te pareces mucho a ella. Pero tengo que pedirte algo que ella no te ha pedido nunca.

Senuna frunció el ceño.

—Necesito que hagas lo que yo te diga, cuando yo lo diga. —Volvió a darle un golpecito en la rodilla y, esta vez, ella no se estremeció—. Tal y como me has prometido. Y, si te digo que huyas y me dejes atrás, tienes que hacer eso ¿entiendes?

—Sí. —Ella se humedeció los labios e hizo todo lo posible por sonreír—. Eso puedo hacerlo.

—Bien, creo.

Ferox los condujo por una ruta que los mantenía a cubierto la mayor parte del tiempo. A veces lo veían, explorando por delante de ellos, y a veces no. Reaparecía durante el tiempo suficiente para mostrarles hacia dónde tenían que se dirigirse. Trotaron un poco y galoparon solo de vez en cuando, para mantener las monturas frescas. Senuna no vio a nadie más. No sabía decir si se debía a que su padre había advertido a todo el que se cruzaba en su camino que huyera en busca de refugio o a que, sencillamente, no había nadie más en el exterior. Apenas se veían ovejas, lo que era extraño, aunque había muchos indicios de que habían estado en esos pastos de las tierras altas. El mundo parecía vacío, excepto cuando cruzaban una elevación y podía ver las columnas de humo. Había cada vez más, y algunas estaban más cerca, aunque le resultaba difícil juzgar a qué distancia. En cierto momento, Ferox se detuvo para que lo alcanzaran. Él y Vindex se quedaron observando lo que parecía ser otro penacho de humo, mucho más lejos, al norte.

—¿Una almenara? —sugirió Vindex.

Ferox asintió.

—Cerca de Magnis, supongo. Hay una al este de la guarnición.

Senuna no estaba segura de que fuera algo más que un jirón de nube en el horizonte. Siguieron adelante, mientras Carnaco cabalgaba en silencio a su lado. El hombre se mantenía en silencio durante la mayor parte del tiempo, algo muy extraño entre los brigantes. Senuna echaba de menos la charla de Vindex.

Habían recorrido siete u ocho millas cuando vieron que Ferox regresaba hacia ellos. Frenó junto a un grupo de pinos y esperó a que llegaran y a que Vindex los alcanzara.

—Cerca de cincuenta jinetes han pasado por delante de nosotros, por el siguiente valle —les informó—. Hace una hora, o tal vez un poco más.

—¿Damos la vuelta, padre? —Senuna expresó sus pensamientos en voz alta. Luego se sonrojó, porque no había tenido intención de hablar—. ¿Nos volvemos? —añadió, con tono más firme.

—Eso tampoco es seguro. Probablemente sea incluso más peligroso. —Ferox se frotó la barbilla—. No, quieren botín y gloria. Por detrás de nosotros hay más que por delante, así que seguimos… con cuidado. Iré primero y os llamaré cuando esté seguro de que no los sigue nadie más. Cuando silbe, venís rápido. Hay un sendero que conduce al otro lado del valle. Seguidlo. Ve tú primero, Vindex, yo cerraré la retaguardia. Por si acaso.

—¿Y quién más iba a seguirlos? —preguntó Senuna, antes de comprender lo obvio—. Crees que vienen más.

Aquello la dejó aturdida. Si cincuenta eran la vanguardia, ¿qué tamaño tendría el grupo principal?

—Podría ser —admitió Ferox—. Todos esos fuegos demuestran que hay un montón de merodeadores sueltos. Hacía mucho, mucho tiempo que no bajaban tan al sur, y con una fuerza tan numerosa. Es difícil de saber cuántas partidas habrá y de qué tamaño.

—¿Y quiénes son?

—¿Tú qué crees, muchacha? —respondió Vindex—. Novantae, selgovae. Cualquier otro al que no le gustemos mucho o que, simplemente, crea que somos ricos y débiles. Se los veía venir desde hace mucho tiempo y ahora están aquí. Tu padre intentó advertir a todos, pero nadie lo escuchó. Creo que solo esperaban que pasara un año más sin que ocurriera nada. Entonces las

cosas cambiarían o habría otra persona al mando para cargar con la culpa. Ahora es demasiado tarde. —Miró a Ferox—. Oye, ¿crees que el chico está con ellos?

—Tal vez —respondió Ferox.

—¿Quién es? —empezó a preguntar Senuna, pero se detuvo cuando Vindex levantó la mano en señal de advertencia.

—Tenemos que movernos —dijo Ferox—. Avanzaremos un buen trecho y luego acamparemos. ¡Venid cuando silbe!

A última hora de la tarde cruzaron otro sendero. Ferox, que iba de nuevo en cabeza, les dijo que un par de guerreros habían pasado por allí, y que probablemente fueran exploradores, por lo que los instó a apresurarse. El estiércol de uno de aquellos caballos todavía estaba húmedo, lo que significaba que habían pasado hacía no mucho tiempo. Se detuvieron tras la cima de la siguiente colina, desmontaron y, mientras Carnaco guardaba los caballos, Vindex y Ferox volvieron arrastrándose a la cumbre para echar un vistazo. Aunque no invitaron a Senuna, ella se les unió.

El sol ya estaba cerca del horizonte, y pronto se pondría tras los picos meridionales. Se mantuvieron largo rato a la espera. Y, cuando la niña estaba segura de que ya no pasaría nada, notó la mano de su padre sobre la suya. Él se llevó un dedo a los labios.

Un momento después, ella oyó los caballos. Entonces los vio aparecer en su campo de visión, trotando. Los contó hasta llegar a veinte, y luego se dio por vencida, porque había varias veces esa cantidad. No parecían tan diferentes a los de su propia tribu, hombres delgados, buenos jinetes. La mitad llevaban el torso desnudo, casi todos iban con la cara pintada de rojo, negro o azul y muchos de sus ponis también estaban marcados. La mitad de ellos tenía yelmos de bronce o hierro. Eran bastantes menos los que vestían cotas de malla, pero todos llevaban una lanza robusta y un par de jabalinas. Senuna también divisó más de una docena de espadas.

Los guerreros cabalgaban con seguridad. Varios tenían ovejas colgando a la grupa de sus monturas. A algunos de los ponis que iban por delante los habían pintado torpemente con manchas rojas. Entonces Senuna miró con más atención y lo comprendió. Llevaban cabezas cortadas atadas al arnés, y aquello no era pintura, sino sangre. Sintió que se atragantaba. Su padre le tapó la boca con una mano y con la otra la obligó a girar la cabeza hacia él. Mantuvo la mirada fija en la de su hija hasta asegurarse de que estaba tranquila.

Abajo, en el valle, los guerreros cabalgaban sin detenerse. O no les importaban las marcas dejadas por un puñado de viajeros o ni siquiera se preocupaban de buscar huellas, porque ninguno de ellos hizo ademán de inspeccionar el terreno. Cuando Senuna estaba a punto de alejarse gateando, su padre la detuvo. Se quedaron esperando y vieron cómo, a una media milla de distancia, un par de exploradores seguía al grupo principal.

Vindex tocó a Ferox en el hombro y se pasó el dedo por la garganta. Ferox negó con la cabeza.

Casi en el lugar por donde ellos habían cruzado el camino, los dos exploradores se detuvieron. A Senuna no le parecía que sus cuatro caballos hubieran dejado ningún rastro en la hierba, pero su padre insistía en que sí había señales que un buen explorador era capaz de ver. Uno de los dos hombres desmontó y le dijo algo a su compañero. Miraba a su alrededor, como si buscara algo, hasta que se dio por vencido, se bajó los pantalones, con el trasero desnudo mirando hacia ellos, y

se puso en cuclillas.

Vindex sonrió, mientras indicaba a Senuna que mirara hacia otro lado. Ella intentó no soltar una risita en voz alta. Pero todo su cuerpo temblaba, presa de una risa silenciosa, porque el guerrero tardaba mucho tiempo, y sus gemidos eran audibles incluso desde lo alto de la colina. Al fin, el hombre terminó y arrancó una mata de hierba para limpiarse. Luego, los dos exploradores se marcharon cabalgando tras el cuerpo principal.

—¿Dónde están nuestros soldados? —preguntó Senuna mientras volvían a los caballos—. Esos hombres avanzaban como si fueran los dueños de estas tierras.

—De momento, lo son —dijo su padre—. Las guarniciones harán lo que puedan. Pero, sencillamente, no hay suficientes hombres en la frontera como para llegar a todas partes. Y, menos aún, para detener a miles de asaltantes.

—¿Miles? —De repente, la asaltó un pensamiento—. ¿Madre está a salvo?

—Más que nosotros —le aseguró Ferox—. Puede que no lleguen tan al sur. Y en Isurium hay mucha gente. También soldados, que están trabajando en la calzada y ayudando a levantar esa basílica de la que tanto habla tu madre.

—La reina estará bien, muchacha —añadió Vindex—. Ella sabe qué hacer.

—Siempre sabe qué hacer —suspiró Ferox.

Tras la puesta del sol, siguieron avanzando durante un par de horas más, porque las estrellas brillaban y Ferox no tenía problemas para encontrar el camino.

—Le gusta la oscuridad —le explicó Vindex a Senuna—. Bueno, es feo como un demonio… Lo siento, pero con una cara como esa, ¿qué quieres? La noche es su elemento.

—Mientras que tu belleza merece resplandecer bajo la luz del sol —respondió ella, y le sacó la lengua. Vindex le caía bien.

Acamparon sin encender fuego bajo unos serbales. Había un largo camino cuesta abajo hasta un arroyo al que bajaron a buscar agua, y Ferox y Carnaco siguieron una ruta aún más larga cuando llevaron a los caballos a beber. Mientras regresaban, vieron cómo otro fuego se encendía a solo unas millas de distancia, recordándoles que era necesario extremar las precauciones. Ferox le dio su capa a su hija para ayudarla a mantener el calor, aunque en realidad la noche era pegajosa, como si se acercara una tormenta. Senuna durmió poco. Se sentía vacía tras su escasa comida.

III

Isurium Brigantum

Esa noche

—Nuestro césar pronto emprenderá una nueva guerra, recordad lo que os digo —declaró Brigomaglo, mientras extendía los dedos de su mano derecha en un gesto que, según su interpretación, era el de un orador experimentado.

Pero sus interlocutores debían de ser inexpertos en aquel arte, porque les pareció que aquel movimiento no hacía nada para enfatizar sus palabras, pero sí salpicaba con una gota de grasa el hombro de su esposa, reclinada a su lado en el diván. La mujer lanzó un gritito y se palpó desesperadamente la zona manchada, lo que hizo que un pasador se le desabrochara y el hombro de su vestido cayera hacia abajo.

Claudia Enica sintió que los dos hombres que la acompañaban en el diván, uno a cada lado de ella, desplazaban el cuerpo muy levemente al notar aquello. Al menos estarían distraídos durante un rato. Habría sentido más lástima por aquella pobre mujer si Brigomaglo no fuera un mojigato pomposo y si su esposa fuera capaz de decir una palabra amable sin esperar un favor a cambio. La muy tonta seguía manoseando el broche y el vestido abierto, llamando aún más la atención. La moda dictaba que aquella prenda y la túnica interior debían ser de tonos diferentes. La esposa de Brigomaglo —a la que le gustaba que la llamaran Ulpia, aunque ese no era su nombre y no era ciudadana romana— vestía una prenda interior de color rojo brillante. El contraste del color y el brillo del material, cuyo tejido tenía un poco de seda —aunque no mucha—, solo conseguía que aquella exposición insignificante resultara aún más notoria. Los dos comensales a ambos lados de Claudia, y la mayoría de los demás hombres presentes, miraban a Ulpia con un interés más lujurioso del que despertaría normalmente aquella mujer casi sin formas, desesperadamente delgada y de rostro agrio. Tampoco era que pudieran ver mucho, aparte de la ropa interior roja.

Brigomaglo y su esposa estaban realmente desesperados por ser romanos. En cualquier ocasión formal, incluida esa cena, él vestía una toga, y se pasaba el tiempo balanceando con torpeza aquella incomodísima prenda. Iba bien afeitado, tenía la cara muy delgada y los labios estrechos, y no le quedaba más que un mechón de pelo alrededor de la calva. Claudia Enica dudaba de que aquel tipo tuviera más de treinta años, aunque él actuaba como si poseyera toda la sabiduría y la *dignitas* —le gustaban las palabras en latín— de un anciano estadista, como un

Cicerón renacido. El hombre había estudiado en la Galia y también en Londinium. Lo había enviado allí su padre, un jefe tribal que tenía más hijos y no sabía qué hacer con aquel individuo torpe y enfermizo. Era difícil saber cuánto había aprendido, pero sin duda había desarrollado una verdadera fascinación por la ley. Diez años de arduo trabajo, la escasez de juristas experimentados en el norte de la provincia y su voluntad de tratar con inmensa solemnidad hasta el más nimio detalle de un caso y de otorgar el sentido más amplio posible a cualquier norma cuando conviniera al interés del argumento lo habían convertido en uno de los principales abogados de la tribu.

Era una pena que aquel tipo fuera tan tedioso. Ignorando la incomodidad de su esposa y el hecho de que él fuera el causante, el hombre seguía analizando el curso de las guerras que Trajano había estado librando en el este y prediciendo su futuro. Comprendía muy poco de cómo se luchaba en el campo de batalla y, menos aún, de la mentalidad y la política de un emperador —mucho menos, de Trajano— y no tenía ni idea de la realidad de la región. Hablaba de Armenia como si estuviera cerca de Egipto, y un poco más lejos que la India, mientras que la mitad de las razas y reinos que describía, hasta donde Claudia sabía, ni siquiera existían.

Por lo que ella veía, solo había otro invitado que percibía la enorme ignorancia de Brigomaglo. Aunque, dado que los otros ni siquiera lo escuchaban, tal vez Claudia los estuviera juzgando erróneamente. La excepción era Pertaco, o, dicho con mayor propiedad, Marco Ulpio Pertaco, reclinado en el diván que había frente al abogado, y que continuamente manifestaba su asombro por la sagacidad y la perspicacia de este, planteándole preguntas burlonas con tono solemne y asintiendo con cara seria mientras escuchaba las respuestas de su interlocutor, que no era consciente de lo absurdas que resultaban.

Brigomaglo se pavoneaba, orgulloso de recibir aquella atención. Sobre todo, porque Pertaco era un militar que acababa de regresar después de servir como prefecto al mando de una cohorte de auxiliares en Nórico y, ciertamente, tenía el aspecto correspondiente. Era alto, como la mayoría de los brigantes, de hombros anchos y músculos bien definidos por muchos años de esfuerzos; agraciado, de rostro sardónico, cabello castaño oscuro e impecablemente aseado, al igual que su bigote. Esto último era pura afectación, porque era estrecho, a diferencia de esos gruesos mostachos propios de los viejos tiempos, y que aún se dejaban crecer muchos miembros de la tribu. Los romanos consideraban el bigote como algo extravagante y bárbaro. Claudia se preguntaba si se lo había dejado crecer al regresar a Britania o si también lo llevaba durante su servicio militar, confiando en que su apariencia, su talento y su arrogancia le permitirían salir airoso de cualquier situación.

—Tengo entendido que los cimbrios viven en la India y han que enviado embajadores para suplicar al emperador que acepte su sumisión —dijo Pertaco—. ¿Son un pueblo poderoso?

—Mucho —le aseguró Brigomaglo.

Claudia se sorprendió de que aquel hombre no reconociera el nombre de la tribu que había amenazado Italia hacía más de dos siglos, y que había sido aniquilada por el gran —o el infame, según se mirase— Mario. Tal vez el tipo no estuviera escuchando, en realidad.

Por suerte, sus anfitriones, Atgivio y Aunilo, pidieron silencio mientras se retiraba el último plato de comida, que fue reemplazado por frutas y pasteles de miel. Trajeron a la habitación a un niño de unos ocho o nueve años, con aspecto de oponerse profundamente a la tarea que se le encomendaba, que empezó a recitar el libro segundo de *La Eneida*. Teniendo en cuenta su edad,

que el público estaba compuesto en su mayor parte por extraños y que aquella era una casa que no resultaba famosa por su interés en las artes, el niño hizo un trabajo tolerablemente bueno, avanzando por el texto como un cabestro y despojando a las palabras de todo atisbo de vida.

—Es bueno, ¿verdad? —susurró Aunilo, señalando al muchacho.

Las puntas de sus dedos rozaron a Claudia mientras él retiraba la mano. Tenía unos setenta años, así que el niño podría haber sido su nieto o incluso su bisnieto, aunque era más que probable que se tratara de uno de sus hijos. Atgivio y Aunilo eran gemelos, tan cercanos que habían actuado como jefes conjuntos de su clan desde hacía mucho tiempo. Eran ciudadanos romanos, pero usaban aquel honor a la ligera, manteniendo a varias esposas y tomando numerosas amantes. La edad no parecía haber enfriado su ardor, y los dos tenían docenas de hijos, algunos incluso más jóvenes que aquel muchacho. Los mayores vivían en sus propias fincas y eran igual de prolíficos. De hecho, cuando se hablaba del clan, pocos mencionaban su gran fama o sus logros, pero nadie dudaba de que tenía muchísimos miembros.

—La poesía moderna está muy bien —dijo Atgivio, después de dar las gracias al muchacho y desearle las buenas noches—, pero, en mi opinión, las canciones antiguas son las mejores. Seguro que estarás de acuerdo, querida.

Le dio unas palmaditas en el codo, y sus dedos acariciaron durante un momento la piel de Claudia.

—Aquí está el bardo, para hacer las cosas a la antigua usanza y hacernos soñar con los tiempos pasados.

El hombre al que introdujeron en la estancia era realmente viejo, décadas mayor que los hermanos, frágil y medio ciego. Hubo que ayudarlo a subirse al taburete.

—Me han dicho que cantó para tu abuela —susurró Atgivio, acercándose y aprovechando la oportunidad para acariciar la pierna de Claudia.

Arrastraba las palabras a causa del vino, aunque eso no marcaba mucha diferencia en su forma de comportarse. Desde el principio, los gemelos habían demostrado tener las manos sueltas. Casi cualquier movimiento, ya fuese para admirar sus joyas, mostrarle el último plato de la cena o, simplemente, ilustrar cualquier tema de la conversación, iba seguido de su correspondiente toqueteo.

—Me encantan las viejas canciones —susurró Claudia Enica, con un tono ligeramente ronco.

Estando en su propia casa, los hermanos se mostraban un poco más audaces de lo normal, aunque solo un poco. Resultaba de lo más extraño tener a cada uno de ellos a un lado y comprobar que se reían, se estiraban, eructaban y se apretaban contra ella más de lo necesario, casi al mismo tiempo y exactamente del mismo modo. Ella estaba acostumbrada a sus propias hijas, que eran casi igual de parecidas entre sí, aunque diferentes en todo lo demás a esos viejos machos cabríos en celo. Aunque eran unos viejos machos cabríos en celo de gran influencia, que habían sido leales a ella y a su familia desde hacía mucho tiempo. Claudia les gustaba y la apoyaban, y eso hacía más fácil soportar su conducta, sobre todo porque, en realidad, no intentarían llegar a nada más serio. Siendo una niña, apenas mayor que Senuna, le había clavado una horquilla en la mano a Atgivio, y a Aunilo le había pillado los dedos con una puerta cuando se volvieron demasiado ansiosos. Ninguno de los dos se lo había reprochado nunca, ni habían vacilado en apoyarla. Así que no estaba de más animarlos con un ligero coqueteo. Cuando quisiera que se detuvieran, se lo haría saber con claridad y ellos pararían.

El bardo empezó a cantar a la vieja usanza, por la nariz, emitiendo un sonido áspero a oídos de un extranjero, pero que despertaba algo profundo en el interior de todos los brigantes, quisieran admitirlo o no. Cantó sobre Cartimandua, sobre su poder y su magia, y sobre su amor por un joven que no era su marido. Claudia Enica no se ofendió —no podía sentirse ofendida por la verdad— y, mientras la reina y su consorte discutían en los versos, el anciano contaba historias de sus ancestros, o de grandes batallas y grandes amores del pasado. Lo escuchó con placer, dando un fuerte codazo de forma casi instintiva a la mano que Aunilo intentaba meter por debajo de ella. Poco después, fingiendo cambiar el peso de lado, aprovechó para darle al otro hermano una fuerte patada en la espinilla.

La historia era larga, muy larga. Brigomaglo y Ulpia no se molestaron en intentar disimular su aburrimiento. Eran los únicos ocupantes de su diván, porque otro invitado había mandado un mensaje diciendo que estaba demasiado enfermo para asistir. Pertaco tenía una mujer a cada lado, ambas jóvenes y rollizas. Aunque no las habían presentado como esposas de nadie, estaba claro que tenían una relación íntima con los hermanos. Se mostraban amistosas con el invitado, apretándose contra él por los dos lados. Mientras el bardo cantaba, el joven prefecto las besó y toqueteó a ambas, aunque de forma casi distraída. Los gemelos habían construido aquella casa de campo al estilo romano, y agasajaban a sus invitados según las nuevas costumbres de Roma, pero sin olvidar las antiguas normas de hospitalidad. El convite, ambientado sobre el suelo pavimentado, entre las paredes revocadas y en el triclinio de tres divanes, era tanto un festín brigante como una cena romana.

Seguro que Pertaco había estado en muchas comidas más romanas y Brigomaglo, en algunas. Claudia, que había cenado a menudo en presencia de senadores y, en un par de ocasiones, del mismo *princeps*, podía ver lo poco que se parecía esta velada a tales reuniones. Pero, a diferencia del abogado, y quizás del prefecto, nunca lo manifestaría. Estos jefes pertenecían a su tribu, eran su gente, y se sentía tan cómoda entre ellos como entre los romanos de más alta cuna. En cualquiera de los casos, le tocaba representar un papel, pero ese era el destino de cualquier líder; más aún, de un monarca, y especialmente, de una reina. Cada vez que aparecía en público, incluso en una pequeña cena como esa, el deber era lo primero. A pesar de todos sus vicios, los hermanos eran buena gente, y eran su gente. Brigomaglo resultaba útil, y en estos momentos defendía a más de un jefe leal a ella, incluidos los hermanos. Era un patán, y solo se podía confiar en él mientras él mismo creyera que aquella alianza le resultaba ventajosa, pero, de momento, seguía resultando útil. Era más difícil estar segura en lo concerniente a Pertaco, lo que también se aplicaba a toda su parentela. En los últimos años, habían estado del lado de Claudia, aunque, antes de eso, habían respaldado a su hermano en contra de ella. Probablemente Pertaco fuera igual de fiable que el abogado, aunque mucho más ambicioso. Por lo que ella sabía, había completado su periodo como prefecto, pero aún no había recibido un nombramiento como tribuno menor en una legión, que era la trayectoria habitual para un ecuestre que sirviese en el ejército. Valía la pena averiguar si era por propia elección o porque carecía de las conexiones adecuadas. Nunca venía mal saber lo que una persona quería.

El bardo terminó y el silencio se prolongó durante largo rato. Los hermanos no querían romper el hechizo conjurado por los antiguos versos, mientras que algunos de los invitados parecían adormilados. Era tarde, y se había servido comida variada y en abundancia, aunque no hubiera estado a la altura de las exigencias de la moda en el sur de Britania y, mucho menos, en

otras provincias.

Brigomaglo se levantó e inclinó la cabeza ante los hermanos, por ser los anfitriones, y luego ante Claudia Enica, por ser quien era. Ni los romanos ni los brigantes se inclinaban, pero ese leve gesto parecía apropiado para ambas culturas. Su esposa se incorporó e hizo lo posible por sonreír, aunque no le salió natural. Apareció un sirviente encargado de conducirlos a sus habitaciones, pues todos los invitados tenían que pernoctar en la villa, dado lo tardío de la hora. En los viejos tiempos, si un hombre estaba en condiciones de regresar a su casa la misma noche de una fiesta, el anfitrión se avergonzaba por no haber cumplido debidamente ante sus invitados. Los hermanos aún seguían ese código.

Pertaco fue el siguiente. Se retiró sin prestar atención a las palabras que le susurró una de sus acompañantes.

—Os agradezco el calor de vuestro hogar, la carne de mi plato y el vino de mi copa —dijo, poniéndose la mano derecha sobre el corazón. Romano o no, no se avergonzaba de comportarse como un brigante cuando la situación lo requería.

—Lamentamos que los tres hayan sido tan humildes —respondió Aunilo en nombre de los dos hermanos.

—Señora —prosiguió el exprefecto—. Tu belleza es como el alba, tu cabello, como los rayos de la mañana, y la dulzura de tu voz, como la alondra en el cielo. Gracias por ofrecer a este pobre hombre un atisbo de los cielos. —Mantuvo sus ojos oscuros fijos sobre ella mientras le dedicaba aquel cumplido, con una mirada que expresaba sinceridad y adoración. Claudia Enica sospechó que estaba acostumbrado a hacer latir los corazones.

—Y es bueno ver que tú has regresado a salvo de los campos de batalla, Marco. —No había nada de malo en aquella pequeña travesura, en comportarse como una romana, ni en el cumplido. Claudia sabía que, durante su periodo en el ejército, Pertaco no había participado en el servicio activo—. No queremos mantenerte más tiempo lejos de tu cama.

Pertaco insinuó una sonrisa, como si él fuera el único en comprender la broma, asintió y se fue.

—Un poco presuntuoso, ¿no? —Gruñó Atgivio.

—Su padre era casi igual. Su muerte no fue una gran pérdida —lo secundó su hermano—. Este se comporta como un dios que caminara entre los mortales —resopló, con tono de reproche —. Aunque no ha mostrado mucho interés por las chicas.

Atgivio se estiró y bostezó.

—Entonces es que es tonto. ¿Está casado? ¿Prometido?

—¿Por qué, es que alguna de nuestras chicas ya no te gusta?

—No, es solo por curiosidad.

—No está casado —les informó Claudia Enica—. Ni comprometido, al menos públicamente. Y las familias rara vez mantienen esas cosas en secreto.

—¿Tiene una mujer? —preguntó Atgivio.

Antes de que ella pudiera responder, el segundo hermano le recordó otra de las razones por las que valía la pena tenerlo como amigo.

—¿Ese? —Aunilo resopló con desdén—. ¿Una mujer? No. Quizá varias, pero no una. —Se frotó el hombro. Recostarse en un diván, apoyado sobre un codo, no era cómodo durante mucho tiempo, sobre todo para los que no se habían entrenado desde niños en esa costumbre—. Oh,

joder —rezongó—. Es hora de acostarse.

Después de eso, cada hermano por separado, pensando que el otro no podía oírlo, insinuó que a Claudia podría venirle bien un poco de consuelo y compañía en las largas horas de la noche. Aunilo estaba preocupado por si ella extrañaba el abrazo de su esposo. Siguiendo sus cánones, y las costumbres de su juventud, los dos se comportaron con cortesía. Ninguno pareció ofendido ni sorprendido cuando ella rechazó sus ofertas. Aun así, sospechaba que el mínimo estímulo por su parte habría provocado que acabaran yendo a buscarla a su habitación. Antes de acudir a cenar, se había asegurado de que había una barra en el interior de la puerta de su dormitorio.

—Buenas noches, mis viejos amigos, y gracias… sobre todo por el bardo.

—Tu abuela era toda una mujer —declaró Aunilo con reverencia.

Los dos le besaron la mano, una costumbre reservada a la casa real y a su parentela. Gracias a que ella era alta, no tuvieron que doblar mucho la espalda.

IV

En la villa de los gemelos

Claudia Enica estaba cansada, aún más porque sabía que le esperaban largas semanas de trabajo. Los juicios eran interminables. Se preguntó si el objetivo principal de la ley romana era aburrir a la gente hasta conseguir que aceptaran el dominio del Imperio. Continuarían durante semanas, lo que implicaba seguir pasando largas horas escuchando discursos, e incluso más tiempo ayudando a sus amigos con sus casos y animándolos. Y, sin duda, le esperaban más cenas como esta. Al mismo tiempo, había mucho que hacer en Isurium, porque quería convertirla en una ciudad digna de ser el centro de poder de su tribu. Los romanos no entendían de tribus, pero sí de ciudades, y no les importaba demasiado que fueran pequeñas. Los trabajos de la basílica y el foro estaban casi completos, lo que ofrecía espacio para la avalancha de disputas legales. Pero lo que más le alegraba era que las obras del anfiteatro estaban avanzando a buen ritmo. Todos se estaban beneficiando del equipo de trabajo de la Legio XX, que estaba asumiendo mucho más que la simple construcción de la calzada, la tarea para la que la habían enviado ahí. Eso había requerido de persuasión, que era necesaria, aunque nada agradable. El tribuno a cargo de las tropas tenía las manos casi tan largas como sus actuales anfitriones. Los próximos meses serían largos y agotadores, pero valdrían la pena.

Su doncella la estaba esperando en la habitación, por lo que desvestirse y prepararse para acostarse le resultó mucho más fácil. La muchacha la conocía lo bastante bien como para no ponerse a charlar, y Claudia no era una de esas damas que buscan que sus siervos elogien y admiren constantemente su aspecto. A los treinta y siete años, próxima a cumplir los treinta y ocho, ya no era la muchacha de rostro lozano de su juventud, pero aún conservaba su figura, y su piel tenía pocas imperfecciones o arrugas. Los hombres aún la miraban como siempre lo habían hecho. Con el tiempo, tal vez solo los más ancianos seguirían haciéndolo, pero ese momento aún no había llegado. Incluso seguía teniendo el cabello brillante y espeso, y no necesitaba ni una gota de tinte, y, mucho menos, esos postizos que usaban muchas damas del Imperio.

Tardó un tiempo en prepararse para ir a la cama. Aquella noche se había vestido bien, por deferencia a sus anfitriones y porque era la reina, dijeran lo que dijeran los romanos. Aparte de eso, le gustaba la ropa y disfrutaba exhibiéndose con su mejor aspecto. Se había puesto collar y pendientes, y entre los pasadores que le sostenían el peinado había delicadas cadenas de plata con

perlas. La muchacha trabajaba en silencio, quitándole con cuidado todas aquellas cosas, mientras Claudia se limpiaba el maquillaje. ¿Cómo era posible que Ovidio hubiese dedicado un poema entero a esa materia? Intentó recordar cómo empezaba, pero no pudo, y se inclinó por el *Ars Amatoria*. Citar esta obra siempre hacía que Ferox se enfureciera. Su marido tenía buena memoria para los versos y había leído mucho más de lo que dejaba entrever. Estaba bien tenerlo de nuevo en casa, sobre todo porque parecía haberse suavizado en los últimos años. Aun así, era preferible que no estuviera allí, porque, con su temperamento, tendía a estallar en los momentos menos adecuados, o caía en un silencio inquietante que, siendo siluro, llegaba a parecer realmente amenazador. En definitiva, no era nada diplomático, así que era mejor que se hubiera quedado en la granja. Eso también ayudaría a que Senuna pudiera conocer mejor a su padre. Quizás así se diera cuenta de lo afortunada que era.

Terminaron los preparativos. Claudia no llevaba más que el camisón de seda que usaba para dormir, y ya era hora de que la chica se fuera, sobre todo porque Claudia necesitaba utilizar la olla de barro negro que había debajo de la cama. A los hermanos no parecían gustarles los baños romanos, por lo que lidiaban con los excrementos nocturnos a la antigua usanza. Cuando habían llegado a la villa, a plena luz del día, ella había notado que el yeso que había bajo las ventanas de las habitaciones del piso superior, como esta, estaba descolorido, lo que sugería que los sirvientes empleaban el método más sencillo para vaciar los orinales. Era un desperdicio, ya que, en una casa bien organizada, al menos la orina podía aprovecharse. Sin embargo, se trataba de su hacienda, de modo que eran libres de hacer las cosas como quisieran.

—¿Eso es todo, señora? —preguntó la muchacha.

—Sí, Calipso. Duerme un poco. Salimos por la mañana, así que asegúrate de hacer el equipaje lo antes posible.

—Sí, señora. ¿Quieres que uno de los hombres monte guardia?

Claudia se había traído a dos guerreros de su casa, además de a la sirvienta. Estaban a menos de diez millas de Isurium, por lo que no era necesaria una escolta más numerosa, ni siquiera para una reina.

—Aquí estamos entre amigos. Que los muchachos duerman un poco. Y tú también —añadió enfáticamente, porque había notado que la chica coqueteaba con el más alto de los dos guerreros —. Buenas noches.

—Señora.

Un poco más tarde, mientras Claudia, ya acostada, intentaba dormirse, alguien llamó a la puerta.

—¿Qué pasa, Calipso? —La habían alojado en la habitación del fondo, y, por lo que ella había visto, la que había junto a la suya estaba vacía. Aun así, no quería molestar a nadie, así que no elevó la voz más lo necesario.

La única respuesta fue otro golpe en la puerta.

Enica buscó la navaja con mango de hueso que siempre guardaba bajo la almohada, donde fuera que se hospedara. Con un movimiento de muñeca extrajo la delgada hoja y ejerció una leve presión para asegurarla en su posición. No debería necesitarla para disuadir a ninguno de sus anfitriones, a menos que los viejos hubieran seguido bebiendo, así que quitó el seguro y volvió a meter la hoja en el mango.

—¿Quién es? —Una pregunta como esa siempre sonaba estúpida, pero ¿qué otra cosa iba a

decir?

—¿Señora?

Era una voz de hombre, pero en un tono demasiado bajo y apagado como para que pudiera distinguir si se trataba de uno de sus guerreros. No le parecía que fuera ninguno de los gemelos.

—Es muy tarde, señor —respondió dirigiéndose a la puerta, con el cuchillo a la espalda.

—¿Señora? Por favor, abre la puerta.

Claudia Enica era una invitada en casa de unos buenos amigos. Se suponía que estaba a salvo. Sacó la hoja y la mantuvo escondida a su espalda. Una dama sensata sin duda fingiría estar dormida e ignoraría al hombre de fuera, pero las damas sensatas no solían ser buenas reinas. Levantó de su ranura la barra de madera y entornó un poco la puerta, lista para saltar hacia atrás si la persona que había fuera cargaba sobre ella.

Pertaco sonreía. Era más alto de lo que a ella le había parecido, tan alto como Ferox. Tenía una bonita sonrisa, y él lo sabía. Incluso en la penumbra del corredor, sus ojos parecían grandes y sinceros.

—Mi señora…, quiero decir, mi reina…, esperaba poder hablar contigo a solas.

—Ya veo —dijo ella.

Bueno, los hombres no cambiaban, aunque este probablemente se follaría a una abuela si ella pudiera ayudarlo a hacer carrera. Claudia permaneció junto a la puerta, sin dejar que se abriera más.

—Piel blanca como la leche, cabello como el fuego, ojos como el mar —recitó los versos que había cantado el bardo, y se acercó como para tocar su mejilla—. Eres igual que tu abuela, renacida en toda su belleza.

Claudia Enica tuvo la impresión de que el hombre estaba acostumbrado a que ese enfoque le funcionara. Dejó que aquellos dedos le acariciaran la cara, porque, para evitarlo, tendría que alejarse de la puerta, lo que seguramente parecería una invitación a entrar. Sonrió.

—Este no es el momento.

—La noche es para los amantes —dijo él, repasándole con suavidad la mejilla con el dorso de la mano—. Cartimandua en carne y hueso, diosa de la guerra y amor. —Volvió a recitar—. Con pechos como colinas redondas.

Enica había escuchado aquella frase muchas veces. Todavía se preguntaba por qué se suponía que aquello era un cumplido. Dio un paso atrás.

—Muslos amistosos —entonó él, entrando en la habitación— y, encima de…

Pertaco se detuvo bruscamente, porque Enica sostenía la hoja de la navaja contra su garganta.

—He dicho que este no es el momento. ¿Lo entiendes? —Apretó más la hoja. Otro poco más y le haría sangre—. No es necesario que asientas.

Pertaco retrocedió. Era difícil asegurarlo con la poca luz, pero Claudia sospechaba que se había puesto pálido.

—Soy tu reina —le dijo—. Si tienes algún favor que pedirme, pídemelo en un momento más adecuado.

Él asintió, palpándose la piel de la garganta y examinando después los dedos para comprobar si había sangre.

—Achacaremos esto a la bebida y a la euforia, pero no vuelvas a actuar así jamás. Al igual que Cartimandua, yo elijo… Nadie me elige a mí.

Cerró la puerta y colocó la barra en su lugar. Había una pequeña mancha de sangre en la navaja, así que debía de haberla presionado más de lo previsto. Sonriendo, la limpió antes de volver a guardar la hoja en el mango. Luego se acostó. Se durmió con facilidad.

Se despertó sobresaltada, sin saber si el grito era parte de su sueño o algo real. Aparte de un ligero indicio de la luz de las estrellas que entraba por los huecos de los postigos de las ventanas, la habitación estaba completamente a oscuras. Cogió la navaja. Se quedó tumbada inmóvil, escuchando. Había hombres hablando en voz baja, aunque no habría sabido decir si estaban en el pasillo o en el exterior de la casa. Apartó las sábanas y, mientras se sentaba, notó el frío de la noche.

Había hombres en el pasillo, estaba segura. Su puerta crujió cuando alguien la empujó con suavidad. La barra mantuvo el batiente cerrado.

Claudia Enica buscó sus zapatos. Los encontró a los pies de la cama, donde siempre los dejaba, se los puso y se los ató a tientas. Habría preferido sus botas de viaje, pero las tenía Calipso, junto con la mayoría de sus cosas. No eran más que unas sandalias ligeras diseñadas para usarse en el interior, con un entramado de suaves bandas blancas que dejaban huecos para mostrar el color de las medias. No es que llevara medias, ni ninguna otra cosa aparte de su camisón, pero prefería no andar descalza si había problemas.

La puerta se sacudió cuando alguien le dio una fuerte patada. La barra aguantó. Antes, al examinarla, le había parecido sólida, pero eso no significaba que aguantara para siempre. Se acercó a la ventana y abrió los postigos. Los hermanos no se habían gastado dinero en poner vidrios. En ese momento, aquello parecía una buena elección. Parpadeó a causa del frío, y luego se puso de puntillas para echar una ojeada. Su habitación estaba en la parte trasera de la casa, sobre un patio de servicio rodeado por un par de casas redondas y un granero alto y rectangular. Allí fuera había hombres, una docena o más, algunos con antorchas. La luz rojiza se reflejaba en las espadas desenvainadas y las puntas de las lanzas. Había dos en el suelo, en una pose informe similar a la de un saco de ropa vieja. Tenían que ser cadáveres, porque nadie se tumbaría a dormir en medio de aquel alboroto. Estaban atacando la villa. De momento, no importaba la identidad de los asaltantes.

Volvieron a dar un golpe a la puerta, y la madera empezó a resquebrajarse. Fuera, los hombres se gritaban los unos a los otros. Claudia arrastró la cama hasta la ventana. Tenía una sábana, y un vestido ya preparado para el día siguiente. Una oleada de luz roja entró por la ventana. Se oyó el suave rugido de un fuego que empezaba a avivarse.

Una de las tablas de la puerta se rompió. La punta de una lanza atravesó el hueco. El hombre volvió a clavar el arma, astillando más la madera, y golpeó de nuevo, provocando que otro trozo se desprendiera. Claudia amarró la sábana a una de las gruesas patas de la cama. Luego, ató el vestido a la sábana y se lo enrolló alrededor de la cintura. Saltó sobre la cama y se izó hasta la ventana. Había una viga sobre su cabeza. Saltó, agarrándose a ella con ambas manos, y se balanceó consiguiendo sacar los pies por encima del alféizar. Un brazo entró por el agujero abierto en la puerta, buscando la barra a tientas. A Claudia se le había olvidado el cuchillo. Lo había soltado para atarse los zapatos, y ahora ya era demasiado tarde.

Se balanceó de nuevo, justo cuando la barra se levantaba y la puerta destrozada se abría de par en par.

—¡Coged a esa zorra! —gritó alguien.

Pero ella ya estaba saliendo, con el camisón remangado, de modo que, si alguien hubiera estado fuera mirando, habría tenido una visión muy poco frecuente de la reina de los brigantes. Consiguió salir y cayó mientras su improvisada cuerda se estiraba. Cayó cinco o seis pies y se estrelló contra un saliente. Pero el material aguantó, al menos por el momento, y solo quedaban unos diez pies de distancia hasta el suelo. Un calor salvaje llegaba desde el granero incendiado. Las llamas habían alcanzado una gran altura. Los guerreros lanzaban vítores emocionados, blandiendo las armas, y nadie parecía haberse fijado en ella.

Claudia Enica luchaba por respirar. Aquel golpe brutal le había hecho sentir como si la estuvieran partiendo en dos. Soltó el nudo que rodeaba su cintura y se dejó caer otra vez. Un momento después, alguien cortó o desató la cuerda, por encima de ella.

—¡Cogedla! —gritó una voz desde la ventana.

Ella hizo todo lo posible para mantener la flexibilidad en las piernas y rodar, lo que amortiguó parte del impacto. Todavía le dolía mucho, pero no creía que se hubiera roto nada. Un guerrero joven se había girado hacia ella y la miraba anonadado.

—¡Mata a esa zorra!

El guerrero levantó la lanza con intención de clavársela. Enica se incorporó y rodó sobre sí misma mientras el hombre asestaba el golpe. Su camisón blanco estaba sucio de barro. Esta vez, al volver a levantarse, consiguió echar a correr.

—¡Matadla! —volvió a gritar la voz desde la ventana.

Otros guerreros empezaron a reaccionar. Algunos se interpusieron en su camino al ver que la fugitiva se dirigía hacia la cerca de madera de un corral. El hombre más cercano a ella no blandía ningún arma, y había dejado caer la antorcha, así que intentó agarrarla con sus propias manos. Si la situación no hubiera sido tan grave, habría dado la sensación de que estuvieran practicando un juego infantil.

Ella lo esquivó echándose a la izquierda. Una lanza, arrojada probablemente por el joven, alcanzó al hombre en el vientre y lo derribó. Enica retrocedió y saltó por encima del caído, porque otro hombre se estaba acercando. Sintió cómo hendía el aire al descargar la espada, sin alcanzarla a ella, y dando un tajo al que ya había caído. El corral estaba a unos pasos de distancia, y ella corría rápido. Se agarró con la mano a la parte superior de la cerca y se balanceó sobre el borde. Lo superó, pero volvió a caer al suelo y a rodar.

Una voz gritaba, una voz diferente. Hubo un choque de hoja contra hoja, un gruñido de esfuerzo y ese ruido sordo del acero hundiéndose en la carne. Enica volvió a levantarse. El corral estaba vacío, excepto por un caballo de gran alzada. Era un animal de complexión fuerte y, presumiblemente, viejo, porque no se había dado cuenta de que el granero estaba en llamas y de que había una lucha; o eso, o estaba demasiado cansado para prestar atención a lo que había a su alrededor.

Claudia miró hacia atrás, vio que nadie la había seguido por encima de la valla y corrió hacia el caballo. Le dio unas palmaditas en el cuello y susurró:

—Eh, chico, buen chico.

Se agarró a la crin del animal y, de alguna manera, consiguió izarse sobre él. El caballo no se movió. Era como sentarse sobre un tronco de roble caído. Siguió hablándole, pero hasta que no se echó hacia atrás y le dio una fuerte palmada en la grupa, la bestia no se dignó moverse para avanzar unos pasos.

A su espalda, en el patio, vio cómo un grupo de asaltantes rodeaban a dos hombres, y reconoció a sus guerreros. Uno de ellos cayó en ese mismo instante, con una lanza en el costado. El alto, el que tanto le gustaba a Calipso, estaba solo, con el torso desnudo. Ya había recibido varias heridas, pero seguía blandiendo su espada larga. Un tajo alcanzó el cuello de uno de sus enemigos, que se tambaleó, con la sangre brotando hacia lo alto, y luego cayó. Pero, justo entonces, el guerrero alto recibió un tajo en la espalda. Giró, buscando con la hoja a su atacante, sin encontrarlo. Una espada le cortó el muslo, y el guerrero cayó sobre una rodilla. Sus atacantes se cerraron a su alrededor, ocultándolo a la vista. Nadie más parecía estar luchando.

—Vamos, viejo cabrón —dijo Enica, volviendo a apremiar al caballo, que empezó a tambalearse, a ir al paso y, luego, a trotar.

Lo hizo girar, pensando que aquel viejo semental era la versión equina de sus amos, porque el animal se había reanimado, agitando la cabeza, y para cuando ella completó el giro y lo dirigió hacia la parte más lejana de la cerca, estaba galopando.

—¡Cogedla!

Una lanza silbó en el aire, pero no llegó a alcanzarla. Enica condujo al semental hacia la cerca, azuzándolo, preguntándose si, en el último momento, sus rígidos músculos se resistirían y la harían quedar como una tonta. Pero ella pertenecía a la casa real de Brigantia, era nieta de Cartimandua, y todos los caballos la adoraban. Sintió esa tensión tan familiar y, luego, una maravillosa oleada de poder, y se aferró con fuerza a la crin, porque el gran caballo estaba subiendo, subiendo, saltando la cerca con facilidad. Hubo una sacudida cuando las grandes patas delanteras aterrizaron, y ella rebotó más de lo que esperaba, pero siguió agarrada, y logró recuperar la postura.

—¡Matadla!

La voz era más débil. No había visto a ningún guerrero a caballo, lo que significaba que tardarían un tiempo en llegar a sus monturas y salir tras ella para darle caza. Sin embargo, podría ser que hubiera otros esperando en la oscuridad.

—Tercer gemelo —le dijo suavemente al caballo. Había decidido llamarlo así. Le pareció que los hermanos sonreirían ante la idea de que ella estuviera a horcajadas sobre su viejo semental, sin más ropa que unos zapatos y un fino camisón remangado—. Llévame bien.

Con sus grandes pezuñas tamborileando sobre la hierba, el semental corría sin tregua, adentrándose en la noche.

V

En la región de las colinas

Al alba, nueve días antes de las calendas de septiembre

Senuna había dormido poco y se despertó rígida y fría, aunque, curiosamente, sin mucha hambre. Se forzó a sí misma a comer un poco de la galleta y la carne saladas que le ofrecieron, tras remojarlas en el agua del arroyo.

—Tenemos que irnos —les dijo Ferox, tras cepillar a los caballos.

Esperaba llegar al final del día a la gran calzada que corría de este a oeste, y, en el mejor de los casos, alcanzar a una de las guarniciones o reunirse con alguna columna que estuviera persiguiendo a los asaltantes. Pronto comenzaron a toparse con grupos de fugitivos, que se habían escondido en los valles más altos junto a sus ovejas, sus vacas y los escasos bienes que habían sido capaces de transportar. Algunos estaban deseando poder contar con todo detalle sus aventuras y el miedo que habían pasado. Otros se quedaban callados, llorando por los familiares que no habían sido tan afortunados y por sus casas, quemadas hasta los cimientos. Unos pocos, generalmente los hombres más jóvenes, trataban de convencerse entre sí de que había que enfrentarse a los asaltantes, jactándose de que su valentía compensaría su falta de armas. Ferox les dijo que se quedaran y protegieran a los demás, apelando a su autoridad como centurión de Roma y esposo de Enica. Sospechaba que la mayoría se alegraba de tener una excusa para no atacar.

Vieron bastantes haciendas quemadas, así como otras aparentemente intactas, aunque vacías. Los asaltantes se habían ido rápidamente, sin detenerse a saquear a fondo ninguno de los valles, avanzando hacia el sur. Así podían hacerse con las cosechas más ricas, los rebaños más grandes, con más granjas, algunas aldeas e incluso villas como la suya. Todo hacía pensar en un ataque bien planificado, con muchos jefes tribales y hombres ambiciosos que habían dejado de lado sus rivalidades para atacar juntos. Habían visto la debilidad de los romanos, pero alguien había tenido la sensatez de convencer a los demás de que lo mejor era entrar rápido, alcanzar los objetivos más ricos y marcharse tan deprisa como fuera posible, antes de que los soldados comenzaran a organizarse.

Por lo que parecía, los asaltantes habían atacado por sorpresa. Eso les concedía una jornada con escasas posibilidades de toparse con tropas romanas. Al día siguiente —hoy— el ejército estaría superando la conmoción y el pánico iniciales y empezaría a averiguar qué estaba

ocurriendo. Las tropas saldrían a patrullar, probablemente no en gran número, y habría mensajeros galopando de una base a otra, intentando organizar una respuesta adecuada. Eso siempre necesitaba más tiempo de lo que todo el mundo esperaba. Tal vez alguien tomaría el control y empezaría a organizar una respuesta, pero no antes de mañana. Tal vez, incluso, se tratase de alguien que supiera lo que estaba haciendo. A veces la suerte ponía a la persona adecuada en el lugar y el tiempo adecuados… y a veces no. Era difícil predecirlo, y él no sabía lo suficiente sobre ninguno de los prefectos que estaban al mando en aquella zona para juzgar cómo manejarían la situación. Pero los asaltantes aún tenían que volver a casa, y eso significaba que había una posibilidad de sacar algo de aquel desastre.

Al mediodía estaban descendiendo de las colinas más altas y el paisaje comenzó a abrirse. Desde una elevación, Ferox pudo ver varias nubes de polvo. Eran altas y dispersas, tras varios meses cálidos y mayoritariamente secos. Su forma sugería que estaban causadas por un gran número de hombres que viajaban en columna. Más allá de eso, era difícil deducir nada. Supuso, sin saber muy bien por qué, más allá del hecho de haber visto muchas formaciones de caballería en movimiento, que una de ellas estaba formada por jinetes, una *turma* o más, moviéndose en formación. Estaban demasiado lejos para que se arriesgara a acercarse a ellos, y avanzaban con rapidez, aparentemente, siguiendo a otro de los grupos. Este último no iba tan rápido, así que, o no se habían dado cuenta de que los perseguían o lo sabían de sobra. Era probable que algún audaz decurión estuviera persiguiendo a los asaltantes, con más urgencia que sentido común. Ferox esperaba que aquel oficial tuviera cuidado de no caer directamente en una emboscada. Aun así, no había nada que él pudiera hacer para ayudar.

Siguieron adelante. Ferox se arriesgó a conducir al grupo por uno de los valles, con la esperanza de que todos los asaltantes se encontraran mucho más al sur. Había muchas huellas de ponis, de vacas y de gente huyendo a pie, pero ninguna era reciente. El camino no era recto, porque el valle serpenteaba, siguiendo los meandros de un arroyo. Poco después se encontraron con el cuerpo de un anciano, tirado boca abajo sobre la hierba. Aparte de los picotazos de las aves carroñeras, no tenía ni una marca, ni una sola prenda de ropa. Probablemente hubiera muerto de miedo mientras los asaltantes lo perseguían, y estos lo habían desnudado, porque hasta la ropa vieja tenía algo de valor. Nadie se había molestado en llevarse su cabeza.

El terreno descendía suavemente. Había una senda abierta a través de la espesura de los brezales, que se abría a otro valle más ancho. Avanzaron lentamente. Antes de poder ver nada, el viento les trajo olor a ceniza. Ferox hizo un gesto a los demás, indicándoles que se detuvieran. Luego avanzó con su caballo hasta un punto en el que el camino atravesaba un grupo de hayas. Al poco rato regresó y les hizo señas para que continuaran.

Había una granja cerca, escondida tras los árboles. Una segunda se hallaba más o menos a media milla, siguiendo el valle, y una tercera, a una distancia similar, hacia el sur. Cada una tenía cinco o seis casas redondas, rodeadas de corrales de piedra seca para el ganado. El conjunto estaba cerrado por una zanja que dificultaba que alguien robara los animales, a menos que usara la única entrada. Había docenas, incluso cientos de grupos de casas similares en las tierras de los brigantes y en gran parte de Britania. La mayoría eran antiguas, y servían de hogar a la misma familia desde hacía generaciones. Hermanos, hermanas y, a veces, primos vivían unos al lado de los otros. Cada una de esas granjas albergaría a unas veinte o treinta personas, y otros tantos animales.

Así había sido en los buenos tiempos. Ahora estaban destrozadas y sin vida. Los restos de los

techos de paja cónicos no eran más que esqueletos carbonizados que ardían lentamente. Un hombre estaba tirado sobre uno de los muros, con la espalda desnuda y el cuello terminado en un muñón al que le habían arrancado la cabeza. En la zanja se veía el cadáver de un ternero torpemente descuartizado.

El viento suspiraba suavemente a través de la hierba. Senuna estaba segura de que podía oír el zumbido de las moscas.

—Quedaos atrás —les dijo su padre, mientras dirigía su caballo hacia la finca más cercana.

El animal se espantó al llegar al camino que atravesaba la zanja, y Ferox lo calmó lo bastante como para cruzar. Sorprendieron a media docena de cuervos, que aletearon perezosamente en el aire, protestando con sus graznidos al verse molestados. Senuna no se había dado cuenta antes de lo duro que era aquel sonido.

Una zanja poco profunda y la furia y la decisión de los habitantes solían bastar para mantener a raya a cualquiera, excepto a los ladrones más decididos, pero no eran defensa suficiente contra una partida de guerreros.

Senuna sintió una arcada. De repente, hacía mucho calor, más incluso que el de aquel ardiente día de verano. Azuzó a su caballo hacia delante, porque ver la escena seguramente sería menos terrible que imaginarla.

Vindex la detuvo, agarrando la brida de su caballo.

—Ha dicho que te quedes aquí, muchacha.

Ferox había desmontado y desenvainado la espada. Entró en la granja, inspeccionó los corrales y las casas en ruinas. Vieron cómo se agachaba más de una vez, antes de volver a incorporarse y continuar con la búsqueda.

—¿Por qué no salieron corriendo? —preguntó Senuna, desesperada por romper el silencio.

—Imagino que no tuvieron tiempo. Probablemente los atacaron en plena noche, o justo después del amanecer.

Ferox reapareció, con el gladio de nuevo en la vaina, y se subió a la silla de montar. Guio a Helada hacia el grupo.

—Padre, la gente… —Senuna se calló, sin saber qué decir.

Vindex le dio unas palmaditas en el brazo, pensando que, en realidad, era su padre quien debería haber hecho aquel gesto.

—¿Hasta qué punto es malo? —preguntó.

—Mucho. —Ferox hizo una mueca—. Se tomaron su tiempo.

—¿Están todos muertos?

Ferox asintió.

—Las mujeres más jóvenes y los niños no están.

—¿Han escapado? —preguntó Senuna.

Ferox se quedó mirando a su hija, como si no entendiera la pregunta.

—Se los han llevado como esclavos, muchacha —dijo al fin. Lanzó una ojeada a lo largo del valle, antes de girarse—. Sucedió ayer, pero algunos se han quedado hasta esta mañana, comiendo y. —Pareció caer en la cuenta de que Senuna estaba allí y cambió abruptamente de tema—. Bueno, creo que han seguido hacia delante, pero nunca se puede estar seguro del todo. Tenemos que ir por ese camino. —Señaló hacia el norte, siguiendo el valle principal—. Los caballos están descansados, y es mejor atravesar el campo abierto tan rápido como nos sea posible.

Nos arriesgaremos a ir al galope.

—No podemos dejar a esta gente así. —Senuna trató de que su tono reflejara mayor seguridad de la que en realidad sentía—. Son de los nuestros, son brigantes… Al menos, deberíamos cubrirlos de tierra. Os ayudaré.

—No —dijo Ferox—. Revisad vuestras cinchas.

Senuna le lanzó una mirada despectiva, irritada ante la mera sugerencia de que ella hubiera podido descuidar algo así. Resultaba insultante para cualquiera que perteneciera a la casa real, igual que la idea de estar descuidando a su gente.

—Pero, padre. ¿Y las demás granjas? Puede que haya alguien escondido.

—No.

Como tantas otras veces, Vindex sintió que necesitaba explicar las acciones de su amigo.

—Si se esconden, es que están a salvo, y no podemos ayudarlos. Pero no habrá quedado ninguno, muchacha. Y no querrás ver lo que hay ahí. —La miró a los ojos—. Yo no quiero ver lo que hay ahí.

—Venga, nos marchamos —ordenó Ferox—. Seguidme.

Hizo que Helada diera media vuelta, y con un ligerísimo toque, el caballo gris pareció cobrar vida, pasando al medio galope y luego al galope. El terreno era firme y el animal lo atravesó a toda velocidad, tanto que los demás tuvieron problemas para seguir el ritmo. Senuna fue la que se mantuvo más cerca, tras su padre, mientras que Vindex y Carnaco enseguida se encontraron a veinte pasos o más por detrás de ella.

Pasaron junto a una de las otras granjas, dejándola a la derecha. Senuna intentó detectar alguna señal de movimiento en ella, sin conseguirlo. La última estaba más cerca del centro del valle. Parecía igual de desolada, pero, de repente, ella supo lo que tenía hacer. El poni sintió que su jinete miraba en esa dirección y respondió con diligencia, girándose y dirigiéndose a la granja.

Vindex gritó algo que ella no oyó, y la montura aceleró, golpeando la dura tierra con los cascos. Ahora estaban cerca, y vio cadáveres desnudos en la zanja. Su poni meneó las orejas y trató de alejarse, pero ella lo obligó a continuar, hasta que estuvieron casi en el camino que conducía a la granja. Senuna tiró de las riendas y calmó al animal cuando se detuvo. Luego pasó una pierna sobre su cuello y se apeó de un salto.

—¡Vuelve aquí!

Esta vez, las palabras eran claras. Senuna las ignoró, sin saber por qué, con la seguridad de estar haciendo el ridículo. Recordó que, cuando ella era pequeña, su madre le decía que era preferible que te culparan por haber hecho algo a que te culparan por no haber hecho nada. Incluso en ese momento, le había parecido un consejo extraño para venir de una madre.

El hedor era espantoso, casi peor que el propio espectáculo, porque no podías apartarte de él. Un cuervo saltó sobre la parte superior de una pared y la miró fijamente con sus ojos brillantes. Había algo en su boca, algo redondo y sangriento. Senuna esperaba que aquello no fuera lo que parecía.

—¡Senuna!

Era la voz de su padre. Ella echó a correr por el patio, tropezó con algo y cayó hacia delante, metiendo el pecho en un montón de estiércol medio húmedo. Hizo una mueca y, cuando empezaba a levantarse, vio, justo delante, el cadáver de una anciana con las tripas esparcidas por el suelo.

Dejó caer adelante el torso, sosteniéndose en las manos, y vomitó. Cuando su estómago se quedó sin nada que expulsar, siguió tosiendo.

Había alguien detrás de ella, que la tomó del brazo y la ayudó a levantarse. Era su padre. No dijo nada, tan solo se quedó mirándola fijamente, con el rostro rígido. Aquello era peor que una reprimenda.

Durante unos instantes, nadie dijo nada. Senuna no pudo evitar que sus ojos volvieran a posarse sobre la anciana. Echó un poco más de vómito, parte de él, sobre Ferox.

—Tenemos que irnos —dijo él.

Senuna asintió. Entonces oyó algo.

—Espera. —Se preguntaba si aquello había sido producto de su imaginación, porque ya no oía nada.

—No hay tiempo. —Su padre la cogió de la muñeca y la apartó de allí.

—Por favor.

Ferox la soltó. Su hija solía comportarse como si ya fuera una reina, aunque su madre aún no lo era…, al menos, oficialmente. Oírla suplicar por algo resultaba impactante.

—¡Ahí! —Senuna señaló uno de los corrales para el ganado. Echó a andar hacia allí, pero Ferox le puso una mano en el hombro.

—Yo iré.

La puerta estaba abierta, arrancada de su poste por la simple razón de que a los guerreros les gustaba romper todo aquello que no podían llevarse.

—Quédate atrás —ordenó Ferox—. Lo digo en serio.

En el suelo encontró el cadáver de un potro de unos seis meses. Tenía una de las patas traseras rotas, lo que explicaba por qué los asaltantes no se lo habían llevado. Alguien había decidido rematarlo para que no siguiera sufriendo, pero no había hecho un buen trabajo, de modo que la pobre criatura debía de haber tardado mucho en morir. El suelo estaba cubierto de sangre seca.

No toda la sangre provenía del animal. Había una mujer tirada en la esquina, medio cubierta con un trapo sucio, y con un bulto fuertemente apretado contra el pecho. Su cabello debía de haber sido de un hermoso color castaño, antes de que la edad comenzara a volverlo gris. Ferox supuso que la desconocida tendría más o menos su misma edad, aunque a menudo era difícil calcularlo, porque cuidar de los cultivos, los campos y los niños no era una forma de vida benévola y la gente envejecía rápidamente. Una de las piernas desnudas de la mujer sobresalía de la manta. Tenía un corte profundo en la piel sucia. Ferox agarró la tela —en realidad, no podía distinguir si se trataba de una manta o de una capa— y la apartó. En el vientre de la mujer había más heridas, y otras marcas que evidenciaban el trato que le habían dado los hombres antes de cortarla y darla por muerta. Cerca de su cabeza había un silo abierto, de esos que, si se sellaban adecuadamente, permitían almacenar el grano en buen estado durante una temporada o más. Se encontraba vacío, y al lado estaba la tabla que lo tapaba y la tierra que la cubría. A esa mujer, probablemente una abuela, la habían despedazado. Pero ella había aguantado hasta que los atacantes se marcharon, y entonces se arrastró hasta aquel lugar para desenterrar un tesoro oculto. Luego murió, mezclando sus últimos restos de sangre con la del potro.

El siluro tocó el bulto y entendió por qué.

—¡Problemas! —gritó Vindex desde el exterior.

Ferox tuvo que separar los dedos de la mujer para liberar al bebé. Era pequeño, tendría menos de un mes, y de repente reunió la energía suficiente para echarse a llorar. El siluro se puso de pie, tratando de calmarlo, pero sin mucho éxito, hasta que tocó los labios de la criatura con su dedo meñique y el bebé empezó a succionar.

—¡Vienen guerreros! —gritó Vindex—. Selgovae, creo.

Senuna jadeó cuando vio a su padre salir del corral acunando a un bebé en sus brazos.

—¡Nos vamos! —les gritó—. ¡Ahora!

Su hija obedeció. Vindex y el enorme y plácido Carnaco estaban fuera, sosteniendo las bridas de los otros dos caballos.

—Tenemos que irnos —insistió el carveto.

Había jinetes cerca de la primera granja por la que habían pasado. Senuna hizo visera con la mano para mirar en dirección al sol y vio a cuatro, a cinco…, no, acerca de una docena de hombres con lanzas.

—¡Súbete al caballo, niña estúpida!

Vindex casi rugió aquellas palabras. Ferox estaba muy cerca y, de alguna manera, se las arregló para proteger a la criatura bajo el brazo y saltar sobre la espalda de Helada. El bebé protestó, y siguió protestando mientras el centurión se afianzaba con las piernas para recuperar el equilibrio y luego cogía las riendas de la mano de Carnaco.

—Cabrones —dijo Vindex.

Ferox giró la cabeza y vio a los guerreros.

—¿A qué estáis esperando? —gritó.

Vindex golpeó la grupa del poni de Senuna, que relinchó y echó a correr. Avanzaron por el valle a gran velocidad. El bebé siguió gritando hasta que Helada adoptó un galope fuerte. Entonces, pareció disfrutar del movimiento, porque se quedó en silencio.

—¡Oh, mierda!

El grito de Vindex hizo que Ferox mirara hacia atrás. Los guerreros los seguían, casi a media milla de distancia, pero otro grupo, tan grande como el primero, había aparecido detrás de ellos. Ya no servía de nada mantener el sigilo. Más adelante, un barranco ascendía por la ladera, mientras el valle se curvaba hacia el este. Escalar los retrasaría a todos, pero era poco probable que ganaran mucho tiempo con eso. Ferox no podía recordar ningún lugar, colina arriba, que pudiera servirles de algo. En cambio, si seguían el valle y avanzaban durante el tiempo suficiente, había un viejo puente de tablones cuya anchura solo permitía el paso de una sola persona o montura. Incluso después de aquel verano caluroso, el arroyo debería ser lo bastante profundo y sus orillas, lo bastante empinadas para impedir que sus perseguidores pudieran vadearlo. Si pudieran llegar allí y pasar, él podría pararse y contener a los guerreros mientras Vindex llevaba a los demás a un lugar seguro. El carveto querría quedarse, pero Carnaco no era lo suficientemente inteligente como para confiarle aquella tarea.

Ferox miró hacia atrás. Los guerreros no se habían acercado. Hasta ahora, ellos no habían aprovechado su ventaja, pero, al menos, sus perseguidores no estaban reduciendo la distancia. El puente estaba a cinco o seis millas, sus caballos eran buenos y estaban bastante descansados, así que podrían tener una oportunidad.

El valle se estrechaba. Había bosques de pinos que cubrían las laderas a ambos lados. Y ellos avanzaban a buen ritmo. Ferox empezó a creer que era posible salir de aquella.

Un cuerno sopló, lanzando un áspero desafío. El fornido castrado de Carnaco tropezó en un hoyo oculto por la hierba. Sus patas delanteras se doblaron e inclinó la cabeza hacia abajo. El gigantesco jinete salió volando de la silla de montar para estrellarse contra el suelo. Senuna gritó.

Aparecieron unos guerreros a caballo, surgiendo de entre los árboles que había a ambos lados. Uno llevaba un yelmo de bronce alto y reluciente y una armadura de escamas.

El bebé empezó a deslizarse del brazo de Ferox, que luchó para evitar que se cayera. La criatura comenzó a aullar otra vez.

Los guerreros los rodeaban, apuntando las lanzas hacia ellos.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo una voz.

—¡Oh, mierda! —repitió Vindex. Y se echó a reír, hasta que uno de los guerreros le golpeó la parte posterior de la cabeza con el asta de su lanza.

En las colinas frente a Magnis

A la mañana siguiente

Los romanos lo llamaban suerte, o destino, o decían que estaba escrito en las estrellas, porque solo veían en línea recta. Y, como pasa cuando alguien intenta ver a través de un bosque, había muchas cosas que permanecían ocultas a su mirada.

Los romanos se deleitaban con su vasto imperio, sus provincias y sus ciudades. Medían las tierras y contaban cuánta gente vivía en ellas, para poder cobrarles impuestos, y se consideraban a sí mismos grandes. Él había caminado y cabalgado miles de millas, había visto tierras de inviernos helados y desiertos de calor abrasador, a gente pálida y de tez oscura, como quemada, y todos estaban bajo el dominio de Roma. Muchos de ellos incluso se llamaban a sí mismos romanos, como él lo había hecho en el pasado, y se glorificaban creyéndose dueños del mundo.

Estúpidos. El mundo era mucho más grande, mucho más pleno de lo que jamás podrían imaginar. Calculaban su fuerza según el número de sus legiones y el peso de su oro y su plata. No entendían el espíritu ni el alma, que eran las verdaderas fuentes de poder. No entendían a los dioses. Hacía mucho tiempo, las legiones habían ido a Mona, y allí masacraron a los druidas y talaron las arboledas sagradas. ¿Y pensaron que así estaban matando a los dioses de aquel lugar? ¿No entendían que los dioses se movían en el aire y moraban donde querían, en las cortezas y las piedras? Estaban aquí, en el norte, y recuperarían lo que había sido suyo.

El emperador de Roma se estaba muriendo. Antes era un hombre fuerte, un guerrero, un hombre con poder en su espíritu, aunque no lo entendiera. Pero Trajano había dejado que su poder se desvaneciera. Por lo tanto, fue derrotado y no supo cómo reaccionar, debilitándose día a día.

Un hombre debía confiar en su poder, debía mimarlo y alimentarlo igual que un agricultor cuida una semilla, porque solo entonces crecería. Ella le había mostrado eso, o, como ella dijo, lo había guiado para recordar lo que antes sabía y había olvidado.

Estaba complacida con las ocho cabezas que él y sus hombres habían traído de la emboscada. Ellos también estaban emocionados, casi tan entusiasmados por haberlo logrado y haberlo hecho bien como por las espadas y yelmos que habían conseguido. Dos de las corazas estaban tan destrozadas que resultaba imposible repararlas, así que se habían traído las restantes. Ella decidiría quién las llevaría, cuando llegara el momento. Los hombres que se habían quedado en el

campamento con los caballos aplaudieron la hazaña. Estaban ansiosos por demostrar que ellos también eran dignos.

Mientras entonaban un canto de victoria, ella había puesto las manos sobre los hombros de él. No necesitó decir nada, porque él lo sabía. Era la hora de actuar.

Al principio, los guerreros respondieron con lentitud, como si se sintieran desconcertados por la necesidad de realizar otra proeza tan pronto. Sin embargo, obedecieron, aunque él no se lo explicó, porque no podía explicárselo, y se limitó a seguir el camino que parecía extenderse ante él. Su poder estaba creciendo en su interior, floreciendo, elevándose aún más, porque ella lo favorecía a él.

Mientras cabalgaban hacia el noroeste aparecieron cinco guerreros. Eran hombres que habían dicho que se unirían a ellos, pero que aún no habían aparecido cuando llegó la hora de partir. Les ordenó que lo siguieran y ellos lo hicieron.

Empezó a cabalgar cada vez más rápido. Quizás ella había introducido aquello en la mente de su poni, porque el animal parecía tener una idea muy clara de a dónde se dirigía. Llegaron al territorio boscoso, al norte de Magnis. No había señales de que las patrullas romanas los buscaran. Los enemigos eran hombres ciegos y no podían verlos. El primer día encendieron sus almenaras, pero ya tarde, muchas horas después de que se produjeran las incursiones, y no digamos ya de su ataque inicial. Durante los días siguientes surgieron más incendios al sur, cada vez más al sur, mientras las bandas errantes quemaban aldeas y granjas. Algunos de sus hombres los vieron, pero, aunque sentían deseos de ir hasta allí, no lo abandonaron. No eran romanos, no eran soldados obligados a obedecer por miedo al castigo. Eran hombres libres de las tribus, e iban a donde ellos elegían ir. Estos optaron por quedarse con él.

Llegaron a un camino que parecía muy transitado. Sus hombres se sorprendieron cuando viró hacia el norte, pero, aun así, confiaron en él y lo siguieron, sintiendo que algo lo guiaba en esta dirección.

El camino serpenteaba entre bosquecillos, subiendo y bajando por colinas y valles. Siguieron adelante, mientras el sendero giraba para rodear un denso grupo de abedules plateados. Había jinetes frente a ellos, a un tiro de arco largo de distancia. Seis jinetes.

Eran romanos. Excepto uno, todos llevaban una capa con capucha, pero no necesitaba verles la cara ni la ropa para saber lo que eran. Cabalgaban como romanos, bastante bien, pero de una forma rígida, incluso formal, no fundiéndose con su montura, como si el caballo y el hombre se hubieran convertido en una sola criatura. No podía expresarlo con palabras, pero su forma de montar era diferente a la de los hombres de las tribus, como seguramente también lo era su forma de mantenerse erguidos o de caminar.

El cabecilla del grupo tiró con fuerza de las riendas, haciendo que su alto bayo se encabritara al empezar a girarse. Su capucha cayó hacia atrás, revelando un rostro de barba tupida. Gritó algo, y los demás se volvieron y empezaron a huir. Dos de los hombres de la retaguardia llevaban lanzas pesadas. Al darse la vuelta, él vio la joroba de un jabalí muerto colgada del caballo de otro hombre.

Los guerreros cargaron sin necesidad de recibir la orden. Iban montados en pequeños ponis, animales resistentes, buenos para largos viajes a través de tierras duras. Los romanos tenían caballos más delgados y más altos, criados por su velocidad y su buen aspecto y, si hubieran estado frescos, sin duda habrían escapado. Pero sus guerreros recortaron distancias y se abrieron

en abanico para rodear al enemigo cuando lo alcanzaran.

Sus guerreros gritaban de alegría mientras daban caza a los hombres, que, evidentemente, regresaban de su propia cacería. Los cascos de las monturas martilleaban la hierba mientras avanzaban una milla, luego otra. La ventaja de los perseguidos se había reducido a menos de cuarenta pasos. Media milla más adelante, uno de los guerreros arrojó una jabalina y escupió al hombre que llevaba sobre su montura el jabalí muerto.

Ahora estaban tan cerca que podía ver que los caballos romanos iban tropezando, con los costados resbaladizos de sudor espumoso, y supuso que habían cabalgado de forma agotadora para llegar hasta allí… y caer directos en su trampa.

Sus guerreros estaban sobrepasando a los fugitivos para rodearlos. Uno de los que llevaba una lanza se volvió para presentar batalla y recibió una herida de jabalina en la cara. El guerrero gritó de placer al ver que su golpe daba en el blanco.

—¡Soltad las armas! —gritó él en latín. Tal vez aquello los sorprendió, porque tiraron de las riendas con fuerza.

—¿Sois exploradores? —preguntó uno de ellos.

—Soltad las armas —repitió.

El otro hombre que llevaba una lanza, probablemente un esclavo, apuntó la pesada asta en su dirección. Él, que tenía la espada desenvainada, apartó la lanza y siguió avanzando, sonriendo al hombre. En el último momento, lanzó un tajo que abrió la garganta del esclavo hasta el hueso.

—*Liber pater* —jadeó uno de los jinetes restantes—. Podemos pagar el rescate —añadió—. En oro.

Siempre se podía confiar en que un romano sacaría a colación el dinero en un momento como aquel.

El barbudo tenía un cuchillo en la mano y parecía dispuesto a usarlo.

—Suéltalo, Curio —ordenó el otro hombre.

Él y el que estaba suplicando eran más jóvenes que el otro, pero había huellas de arrogancia bajo su miedo. Los dos llevaban un anillo de plata en la mano izquierda, la marca de un *eques*.

El barbudo dejó caer el cuchillo y escupió sobre él.

No tardaron mucho en aclarar la situación, porque los romanos más jóvenes estaban deseando hablar y recalcar lo importantes que eran. Uno era el prefecto al mando de la cohorte de Magnis; el otro, el comandante de una guarnición más lejana. Curio, que permanecía en silencio, era el centurión mayor de Magnis y un veterano de la frontera. Tenía experiencia suficiente como para adivinar lo que probablemente iba a suceder, y apenas ocultaba su desprecio por la adulación que mostraban sus oficiales. Durante los tres últimos días habían estado en una partida de caza, al norte y, de alguna manera, no se habían topado con ninguna de las bandas de guerreros que estaban llevando a cabo la incursión. Solo al ver encendidas las almenaras en señal de advertencia se dieron cuenta que algo estaba pasando. Habían dejado atrás al resto de sus esclavos y su equipo para galopar hacia el sur y ponerse al mando de sus hombres.

—Si no hubierais venido tan deprisa, no nos habríais encontrado —les dijo—. Y si no hubierais agotado a vuestros caballos, habríais conseguido escapar de nosotros.

El centurión volvió a escupir. Probablemente había dado consejos sensatos a sus superiores con respecto a eso, y ellos lo habían ignorado. Aquel hombre era un guerrero.

Cocinaron el jabalí y se dieron un festín, y permitieron que los romanos tuvieran su ración

correspondiente. Después de eso, los dejaron atados y bajo vigilancia.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, cabalgaron hacia el fuerte de Magnis. Era muy parecido a tantas otras bases romanas, de planta rectangular con esquinas redondeadas, repleto de largos bloques de barracones e incluso con algunos edificios más grandes. Este era de madera, con techos de tejas del mismo material, igual que otros, en otras regiones del Imperio, eran de piedra, con tejas de cerámica grises o rojo intenso. Al ver las huellas, dedujo que unos doscientos hombres, muy probablemente la mitad de la guarnición residente, habían salido hacía más de un día para dirigirse al sur. Si hubiera tenido mil hombres, probablemente habría podido asaltar aquel lugar y quemarlo hasta los cimientos.

En lugar de eso, dirigió su caballo hacia la sombra oscura que proyectaba el fuerte, calculó la distancia y esperó. El sol empezó a salir, ardiente y de un rojo brillante. Los muros y las torres de la guarnición parecían negras, hasta que el sol se alzó un poco más y lo reveló todo con mayor claridad.

Frente al camino que llevaba a la puerta principal, en el lugar en el que la calzada se extendía tras atravesar el foso, había media docena de hombres. Era una fuerza pequeña, comparada con la que, según dictaba el reglamento, debía montar guardia en el exterior de cada puerta, día y de noche. Imaginó que los soldados estaban pasando aquellas horas muy nerviosos, sabiendo que había asaltantes ahí fuera.

Estaban tal vez a un cuarto de milla de distancia de él. Uno de ellos gritó al verlo. Él levantó la lanza en alto. La punta estaba dirigida hacia abajo, aunque era difícil mantenerla en equilibrio debido al peso que aguantaba. El casco de bronce de uno de los hombres a los que habían emboscado brillaba rojizo a la luz del sol. Su poni también estaba embadurnado de rojo y él se había pintado el rostro con sangre roja oscura.

—¡Romanos! —vociferó.

Uno de los centinelas corrió hacia la guarnición, dando la voz de alarma. ¿Es que pensaban que un solo hombre podría capturar el fuerte? Los demás comenzaron a avanzar hacia él.

—¡Se os ha acabado el tiempo! —les gritó.

Golpeó con todas sus fuerzas la lanza contra el suelo. El terreno era duro, pero la punta se clavó en él, hundiéndose lo suficiente como para que el asta permaneciera erguida. No temblaba, porque había demasiado peso atado a su parte posterior.

Los siluros enseñaban que lo importante era matar al enemigo, y que la mejor manera de hacerlo era engañarlo, sorprenderlo y acabar con él antes de que pudiera comprender que estaba en peligro. Todo eso estaba bien.

Pero también quedaba tiempo para el espectáculo.

Dejó la lanza y giró a su poni, azuzándolo para ponerlo al trote. No le permitió galopar, aunque el animal quería lanzarse a toda velocidad por la pendiente cubierta de hierba. No miró atrás.

—¡Mierda! —oyó gritar a uno de los romanos, a su espalda. Debían de haber llegado hasta la lanza. No se oía a nadie corriendo en su persecución.

—¡Bastardo! —gritó alguien detrás de él. Atadas por el pelo con correas de cuero y sujetas a la punta de la lanza, estaban las cabezas de los dos prefectos.

Siguió trotando. Sintió que su poder crecía aún más.

VI

Cerca de la calzada

Ocho días antes de las calendas de septiembre

—Los matamos, cogemos a las mujeres y cualquier cosa que podamos llevarnos y nos abrimos paso luchando. ¿A qué estamos esperando? —El cabecilla miró a sus compañeros—. Lo haré yo mismo, si vosotros no me acompañáis.

Desenvainó la espada, y el metal arañó la boca de su vaina. No era alto, pero tenía un pecho inmensamente ancho y unos brazos poderosos.

—He hecho un juramento, primo —dijo el hombre que había a su lado, agarrándolo del brazo.

Era aún más bajo, delgado, incluso frágil, de rostro juvenil, pero su voz era tranquila y suave, como si no pudiera concebir que alguien estuviera en desacuerdo con él.

—¡Yo no! —gritó el primero, hasta que vio la mirada firme en los ojos de su primo.

Tenía un rostro duro, con la nariz aplastada y torcida en alguna vieja pelea, pero podía haber quien dijera —sobre todo, él mismo— que era guapo. Con su armadura de escamas y su alto casco de bronce, resultaba el más llamativo de todos los guerreros, aunque algunos eran más altos y muchos habían participado en bastantes más incursiones que él. Los dos primos eran los cabecillas, y habían sido elegidos por votación para aquella incursión, tanto por la importancia de sus familias como por la fuerza de su brazo y sus pasadas hazañas. Vano, que deseaba ganar fama por matar, robar y alcanzar poder entre los novantae, estaba decidido a demostrar que él era el mejor de los dos. Volvió a envainar, muy despacio. Luego, hizo una pausa antes de hablar, con un tono rebosante de burla.

—Muy bien. Entonces, ¿qué sugieres, Bran? ¿Esperar a que nos rodeen y defendernos hasta que nos maten? ¿O rendirnos?

Había casi cincuenta jinetes en la cima de la colina. Una docena de ellos eran prisioneros. Llevaban las manos atadas —las mujeres y niñas, por delante; Ferox y Vindex, a la espalda—. También había media docena de ponis cargados de botín. Ante ellos se veían dos patrullas romanas, y sabían que había una tercera que se había dirigido hacia el este, y a la que habían perdido de vista, pero que también estaba cerca. Los soldados de esta última iban a pie, pero eran un centenar, y se movían sin descanso. Las dos primeras eran de caballería, lo que las hacía más

rápidas y peligrosas. Cada una contaba con unos veinte miembros, probablemente la mayor parte de una *turma*, al menos, aquellos capaces de montar y estar dispuestos para el combate en tan breve lapso de tiempo.

Bran sonrió y soltó el brazo de su primo.

—Usemos la cabeza para variar, Vano, y hablemos. Si actuamos con astucia, todos podemos volver vivos a casa, para jactarnos de nuestras hazañas y exhibir nuestro botín.

Levantó la voz para que lo oyeran los demás guerreros. Varios de ellos lanzaron un murmullo de aprobación.

—¿Tienes miedo, primo?

Bran ladeó la cabeza sin apartar los ojos de Vano.

—Por supuesto. —Al decirlo, oyó cómo uno de los hombres jadeaba, sorprendido—. ¡La estupidez hace que me cague de miedo!

La mayoría de los miembros de su partida se echó a reír. El odio brilló un momento en los ojos de Vano. Volvió a agarrar la espada, aunque después decidió no aceptar el desafío y la soltó.

—Si nos abrimos paso luchando, perderemos hombres —dijo Bran, sin dejar de mirar a su primo, aunque su voz llegó a todos los guerreros presentes—. Sí, los venceremos. ¡Somos novantae! —Los hombres soltaron un gruñido de aprobación—. ¿Y quiénes son ellos? —Las voces retumbaron con más fuerza, mostrando su acuerdo—. ¡Somos novantae! —repitió—. Así que podemos optar por matarlos o llevarlos por donde queramos, igual que a las ovejas, ¿verdad?

—¡Sí!

También Vano se unió al grito, aunque fruncía el ceño con incertidumbre.

—Algunos de nosotros moriremos, o saldremos heridos… o perderemos a nuestros caballos. Pero morirán muchos más de ellos, aunque sus vidas no importan. ¡No cambiaría ni a uno de vosotros por cincuenta de los suyos! ¡Ni por cien!

Los guerreros asintieron ante aquella evidente muestra de sentido común. Bran señaló a Ferox.

—¡Este es mi amigo, mi hermano! Es un gran jefe romano. Incluso los jóvenes han oído hablar de él, de sus muchas batallas. Es un guerrero de renombre. Un guerrero de corazón sincero y de lengua franca.

—Es un enemigo —interrumpió Vano—. ¿A cuántos de los nuestros ha matado?

—A muchos —exclamó Ferox—. Y he dado muerte a muchos de otras tribus, en tierras muy lejanas, a las que no llegaríais ni cabalgando durante cien días. Y todos esos hombres tuvieron la oportunidad de matarme. Sin embargo, aún sigo vivo.

—Eso está por ver —gruñó Vano.

—Donde los hombres valerosos se reúnen, no he oído contar ninguna historia sobre Vano el valiente —comentó el centurión siluro, rotundo.

—¡Primo! —gritó Bran cuando el aludido, encolerizado, volvió a sacar la espada.

—¿Todos tus enemigos tienen las manos atadas? —gritó Ferox.

Habían entregado el bebé a una de las mujeres prisioneras, que afirmaba conocer a su familia.

Bran adelantó a su caballo para interponerse entre ellos.

—Este no es el momento. Y, ahora mismo, nuestro tiempo es precioso.

Vano negó con la cabeza y escupió a Ferox. Luego hizo girar a su yegua y se alejó.

—Iremos hacia el oeste —explicó Bran—. Pondremos distancia entre nosotros y el resto de

romanos, y mandaremos a este para que hable con los de la izquierda. Les dirá que tenemos rehenes, entre ellos, a su hija. Es un hombre importante. Su esposa es Enica, de los brigantes. ¿Qué romano querrá ser responsable de dejar morir a esta muchacha?

El gruñido dejó claro que la mayoría de los guerreros estaba de acuerdo.

—¿Qué hay de eso? —Vano señaló con su espada a los otros cautivos, a los animales de carga y luego a las cabezas sujetas a más de un arnés—. ¿Van a ignorarlo?

—Devolveréis a las mujeres y nos dejaréis en libertad —les dijo Ferox—. El resto no importa.

—¿A la mitad de las mujeres? —dijo Bran.

Ignoró al hombre que preguntó en voz baja:

—¿La mitad superior o la inferior?

—A todos —insistió Ferox—. Llevaos las cabezas cortadas, llevaos el botín, pero liberad a toda la gente.

Bran se encogió de hombros.

—¿Quieres morir por un par de tetas? —le preguntó al guerrero más cercano.

Este era un hombre mayor, calvo en la parte superior de la cabeza, pero con un cabello lacio que le caía hasta la cintura. Más de una docena de anillos rojos pintados en el asta de su lanza daban testimonio de los hombres a los que había matado.

Aquel individuo esbozó una sonrisa desdentada.

—Tal vez. —Los otros se echaron a reír, y él se encogió de hombros—. Pero siempre hay otras mujeres.

—Sea —les dijo Bran—. Pueden llevarse a todos los prisioneros.

Vano agitó la espada, pero no dijo nada.

—Ve y díselo —le espetó Bran a Ferox—. Y recuerda lo que está en juego. —Asintió, mirando a Senuna.

—Necesitaré mi espada —respondió el siluro—. Y mi caballo.

Bran había entregado a Helada a uno de los guerreros de más edad, más que nada por molestar a Vano, que había mostrado el deseo evidente de quedarse con el animal. Ferox, en cambio, iba montado en el poni pinto del guerrero.

—Dale la espada —le dijo Bran a uno de los hombres— y corta sus ataduras.

—¡¿Eres estúpido?! —gritó Vano. Una o dos voces se mostraron de acuerdo.

—¿Tienes miedo de un solo hombre, cuando nosotros somos cincuenta?

Muchas más voces secundaron la burla. Pero un guerrero, y luego otros dos, movieron sus caballos para situarse detrás de Vano.

—Esa espada y este casco son las insignias de mi rango —exclamó Ferox—. Darán más fuerza a mis palabras.

—Iré con él, para demostrar que confío en su juramento… y para honrar el mío —declaró Bran.

—Muy bien —concedió Vano—. Pero no vuelvas a acusarme nunca de hacer estupideces, primo.

Ferox se colgó el cinto de la espada sobre el hombro derecho, ya que los centuriones llevaban la hoja en la cadera izquierda, atada a su casco con penacho. Miró a Bran, luego a Senuna y asintió en dirección a Vindex.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—*Omnes ad stercus* —murmuró el carveto.

Un par de hombres se rieron entre dientes, lo que significaba que sabían algo de latín, o, al menos, las imprecaciones de las legiones.

Los novantae y sus cautivos iniciaron su ruta hacia el oeste, avanzando sobre las cimas de las colinas. Recorrieron unas pocas millas antes de que el río bloqueara su camino y los obligara a cruzar por uno de los vados. Ferox y Bran bajaron la pendiente, hacia los romanos. Estaban a media milla de distancia, lo bastante cerca como para ver el verde de sus escudos ovalados, captar el destello de sus armaduras y sus armas e incluso divisar el estandarte que encabezaba el grupo. Ferox se preguntó quién era la lumbrera que había decidido llevarse la bandera de la *turma* para perseguir a los asaltantes. Supuso que formaban parte de una cohorte, una de las unidades *equitatae*, con cuatro quintas partes de infantería y el resto de caballería. Aquellos soldados no estaban tan bien pagados ni tenían tan buenas monturas como las *alae* de caballería, pero hacían muchas de las tareas ingratas del ejército. No podía distinguir el símbolo de sus escudos, por lo que aún no sabía a qué cohorte pertenecían. Las unidades del ejército se parecían un poco a las familias, cada una tenía su propia forma de hacer las cosas, y sería útil saber quiénes eran aquellos hombres. Había estado lejos de la frontera durante demasiado tiempo como para albergar la esperanza de conocer al oficial al mando.

—¿La cohorte de bátavos? —preguntó Bran, que, obviamente pensaba en lo mismo.

—Se han ido a Dacia —contestó Ferox.

—Sin embargo, están atentos —observó Bran. La *turma* había notado que el grupo principal se dirigía a la izquierda y cambió de dirección para interceptarlo, ignorando a los dos jinetes—. Muy atrevido de su parte, intentar enfrentarse a todos ellos.

A Ferox no le pasó desapercibido que había usado «ellos» en lugar de «nosotros».

—Ya sabes cómo es el ejército. Prefiere la audacia a la inteligencia.

Dirigieron sus caballos hacia la patrulla romana, pero no aceleraron. Ferox quería dar tiempo para que los auxiliares pudieran ver su yelmo, con el penacho transversal de plumas negras que lo identificaba como centurión.

—Bueno, ¿cómo te va? —preguntó Bran—. Te conozco lo bastante como para no esperar que tú me preguntes lo mismo a mí.

Diecisiete años antes, Ferox y Vindex habían atacado a un puñado de novantae que custodiaban las embarcaciones de un grupo de asalto. Los habían matado a todos, excepto a un muchacho llamado Bran. Este había jurado servir a Ferox y nunca había faltado a su palabra. Durante tres años se había ido al norte, a la isla que había más allá de la punta de Caledonia, donde un extraño culto dirigido por la Madre entrenaba a niños y a niñas para convertirse en guerreros. Enica era una de las hijas de la Madre. Había dejado atrás su parte romana, a Claudia, para aprender las antiguas costumbres, igual que sus hijas gemelas lo estaban haciendo ahora. Cuando Bran regresó, estuvo al lado de Ferox durante años, como soldado, luchando junto a él en Dacia, Moesia y muchos otros lugares, dentro y fuera del Imperio, tantos que resultaba imposible recordarlos. Permaneció con Ferox durante mucho más de los cinco años por los que se había enrolado inicialmente, porque quería quedarse con él.

—No me hace falta preguntar —dijo Ferox—. He oído cosas sobre tu tribu.

Cuando ambos regresaron del este, Bran le anunció que iba a regresar con su tribu. Siendo él joven, unos rivales habían asesinado a su padre y a gran parte de su familia. Bran había hecho

otro juramento, anterior al de Ferox, de vengarse, y el hecho de que hubiera habido varias muertes entre los novantae demostraba que lo estaba cumpliendo.

—¿Ese Vano está en tu lista? —preguntó Ferox.

Bran asintió.

—Pero necesito una buena razón.

—¿Quieres que lo mate?

—Lo mejor sería que me desafiara —dijo Bran—. Sería lo mejor. Pero, si tienes oportunidad de hacerlo… Por decirlo de alguna manera, no me sentiré obligado a vengarlo.

Uno de los auxiliares se había separado del cuerpo principal e iba hacia ellos.

—¿Quién eres?

—Flavio Ferox, *princeps* de la Legio II Augusta, en servicio especial. ¡Necesito hablar con tu comandante ahora mismo! —añadió con un gruñido.

Si el soldado se sorprendió, no lo demostró.

—¿Y él?

—Mi sirviente —dijo Ferox, ignorando el bufido que sonó a su lado—. ¿Ahora me vas a llevar ante tu decurión o tengo que acusarte de desobediencia?

—Por aquí, señor. —El soldado pronunció aquella última palabra con un asomo de duda.

La *turma* no se había detenido, sino que seguía avanzando hacia la banda de novantae. La segunda patrulla también cabalgaba en dirección a ellos, a no más de milla y media de distancia.

—¿Cómo te llamas, decurión? —exigió Ferox.

El oficial a la cabeza de la pequeña columna tenía un penacho alto y amarillo en el casco, y una decoración un poco más ornamentada en el arnés del caballo. Por lo demás, llevaba el mismo uniforme y el mismo equipo que sus hombres. Tenía un rostro joven y ansioso.

—Martialis, señor.

Ferox no estaba seguro de si aquel hombre respondía a los símbolos de su rango o simplemente a su tono. Señaló hacia el noroeste.

—¡Id hacia allí! No pueden cruzar el río por donde van, así que intercéptalos y da más tiempo para que esos otros hombres se unan a vosotros.

El decurión asintió, aparentemente aliviado de tener a alguien que se hiciera cargo de la situación, y viendo el buen tino de aquel consejo.

—Soy Ferox, de la II Augusta.

Uno de los soldados abrió la boca, sorprendido. El decurión tragó saliva. Ferox se imaginaba a Vindex riéndose disimuladamente, si hubiera estado allí en lugar de con los novantae.

—¿Ferox? ¿Quieres decir Flavio Ferox? —Aquello habría provocado un comentario por parte de su amigo—. ¿El que era *regionarius* aquí? He oído hablar de ti. —El tono sugería más preocupación que entusiasmo.

—Bien, no tenemos mucho tiempo. —Ferox miró a los novantae, que seguían yendo en dirección al río. Él y los hombres de Martialis cabalgaban en ángulo con respecto a ellos, y la brecha se ensanchaba—. Sabes quién soy yo, ¿no, hijo? Y sabes quién es mi esposa… —Martialis asintió—. Mi hija está allí arriba, prisionera de esos bandoleros. Es una *eques*, y ciudadana romana, y miembro de la casa real de Brigantia. Y también tienen a otros miembros de mi casa.

—¿Cómo?

—No importa cómo nos capturaron. Yo también era prisionero suyo. Esos guerreros son

novantae. Han matado y robado y probablemente han hecho más cosas, igual que todos los bandidos que han atacado nuestras tierras.

—Lucharemos y derramaremos hasta la última gota de sangre para salvarlos —soltó Martialis, con la cara roja.

—No necesito que luches, muchacho, todavía no. Tal vez no sea necesario en absoluto. Pero sí necesito que escuches y obedezcas. Soy centurión mayor de la Legio Augusta y asumo toda la responsabilidad. Ahora estoy al mando.

Los hombros de Martialis se hundieron un poco.

—Pronto tendremos hombres suficientes para igualarlos —sugirió.

Quienquiera que estuviera dirigiendo la otra patrulla había entendido lo que estaban haciendo y había cambiado de dirección para dirigirse hacia ellos.

—¿Y a quién crees que matarán primero si se dan cuenta de que no pueden escapar?

—Pero mi deber…

—… Es obedecer a un oficial superior. Si esto sale mal, le culpa será mía. Y, si has oído hablar de mí, ya sabrás que eso no es nada inusual. —Ferox sonrió. Vindex siempre decía que ese gesto era como el bostezo de un gran felino en la arena—. A menos que tu prefecto o alguien de rango aún más alto venga hacia nosotros en ese grupo caballería, yo soy el oficial superior, y no hay más que hablar.

—Señor.

—Bien. Han accedido a darnos a todos los prisioneros si los dejamos irse con el resto de botín.

—Señor, no puedo dejar que se lleven nada.

—Es basura. Ropa y herramientas robadas, y algunas pieles. ¿Cuánto dinero crees que han encontrado aquí arriba? Detener a esos pocos salteadores no va a borrar los desastres de estos últimos días. Salvar a la hija de la reina de los brigantes, una fiel aliada de Roma, sí que importa. Y no solo a mí. Como oficial romano, no quiero que se lleven como rehén a ninguna persona distinguida. Como padre, haría correr ríos de sangre para evitar que le toquen un solo pelo de la cabeza.

—Sí, señor —dijo Martialis—. ¿Qué quieres hacer?

—Lo primero es llegar a ellos antes de que puedan cruzar el río. Pero mantén el paso. Tampoco queremos tener que ir a la carrera a menos que no haya otra opción.

Martialis hizo señas a la columna para que continuara. Los novantae cabalgaban con conciencia de grupo. Los romanos eran diferentes, aunque el tintineo de los arneses revelaba que avanzaban de forma más regular.

—¿Quiénes son, señor? —preguntó Martialis.

—Novantae. El líder se llama Vano, pero no es nadie importante. Aún no. No confiaría en él si estuviera fuera de tiro.

Martialis resopló.

—Todos son así. No se puede confiar en la palabra de nadie al norte de aquí. Matarían a su mejor amigo solo para robarle las botas.

Bran asintió. Ninguno de los auxiliares parecía dispuesto a cuestionar quién era o por qué estaba con Ferox.

—Así está bien —decidió Ferox después de haber recorrido una milla más o menos. La

segunda patrulla de caballería aún tenía que alcanzarlos, pero ya estaba cerca, en caso de que hubiera algún problema—. Dame a dos de tus hombres —ordenó a Martialis—, lleva allí a los demás y espera.

Señaló un montículo cercano al río. El terreno se inclinaba hacia la corriente, salpicado de pequeños bosques, campos de trigo y algunas granjas.

—Señor.

Ferox y Bran condujeron a los dos soldados hacia los novantae. Iban a medio galope, aunque la nueva montura de Ferox necesitaba que la azuzaran constantemente para obligarla a continuar.

Los novantae y sus prisioneros se detuvieron. Los guerreros formaron un círculo irregular alrededor de la mayoría de los cautivos, aunque Ferox pudo ver que Senuna estaba al frente, junto a Vano y un puñado de sus partidarios y vasallos.

—Déjame hablar con ellos —le dijo a Bran. Se adelantó al galope, con un brazo en alto.

Ferox sintió el movimiento antes de poder verlo. Oteó las colinas que había detrás de los novantae, buscando algo. Vio un destello y, luego, el avance de las puntas de las lanzas. Otra patrulla romana llegó a la cima, cabalgando en columna de a dos.

—¡Señor! —Uno de los soldados estaba señalando en esa dirección.

Antes de que Ferox pudiera decirle que se detuviera, vio cómo algunos de los guerreros se giraban y daban la alarma ante aquella aparente traición.

El grupo de los novantae se disgregó, dirigiéndose hacia el río tan rápido como les fue posible. A su lado izquierdo no había un vado propiamente dicho, pero, dado el calor del verano, podría ser que el agua tuviera poca profundidad y les permitiera cruzar sin demasiados problemas. La mayor parte del grupo se dirigía directamente al río, pero Vano y sus guerreros se separaron, galopando con fuerza y llevándose a Senuna con ellos. Unos pocos hombres los siguieron.

—¡Dame tu *lancea*! —le gritó Ferox al soldado que estaba a su lado, y agarró el asta antes de que el hombre pudiera reaccionar.

Clavó los talones con fuerza en la yegua para lanzarla a un galope tan rápido como pudiera, en pos de su hija.

Bran estaba persiguiendo al cuerpo principal, gritando a todo pulmón que podían irse en libertad si soltaban a los prisioneros. Había una mujer en el suelo. Se había caído del caballo y chillaba incluso más fuerte que él, aunque no parecía haber sufrido daño.

Los soldados de Martialis se acercaban, pero no lo bastante rápido como para aislar a Vano y a sus hombres. La yegua galopaba sobre la hierba, saltó torpemente una zanja y siguió adelante, demostrando tener más fuerza de la que Ferox esperaba. Se estaba acercando a Vano, pero imaginaba que la bestia no podría mantener ese ritmo durante mucho tiempo. Pasó junto a uno de los guerreros que había salido en pos de Vano, y lo ignoró.

—¡Vano, cobarde! —gritó.

El aludido se giró para mirar por encima del hombro y tiró del freno de su caballo para obligarlo a dar la vuelta. Sus hombres galopaban por delante de él, y Senuna con ellos.

Bran gritó algo mientras se acercaba, pero Ferox lo ignoró. Vano hizo que su caballo se encabritara y escupió hacia el siluro con desprecio.

—¡Ya te mataré otro día!

Se dio la vuelta y siguió a sus hombres.

Ferox sostenía la jabalina en la mano. Era un tiro largo, y necesitaría mucha suerte, pero

sentía cómo la yegua vacilaba y sabía que al animal le estaban fallando las fuerzas. Arrojó la *lancea*, apuntando no a Vano, sino más abajo, a las patas del caballo. El proyectil falló por un pelo, y pasó rozando la hierba crecida.

Martialis se acercaba desde el flanco, muy por delante de sus hombres, lo que evidenciaba la velocidad de su caballo castrado y su habilidad como jinete. Pareció entender lo que ocurría, porque lanzó enseguida su propia jabalina, que zumbó a través del aire y se introdujo entre las patas de la montura de Vano mientras se estiraban. El arma se retorció con fuerza entre las extremidades delanteras, y el asta rompió los huesos del animal.

El caballo se desplomó. Vano salió disparado de la silla de montar, gritando y volando por los aires antes de aterrizar con un fuerte golpe. Sus hombres miraron hacia atrás, pero no se detuvieron.

La yegua de Ferox se tambaleaba y resoplaba con fuerza. Bran lo adelantó, siguiendo a los demás.

—Mañana al mediodía, en el santuario de Cocidio. Intercambiaremos a Senuna por Vano. —Detuvo el caballo el tiempo necesario para pronunciar aquellas palabras, y siguió galopando—. ¡La recuperaré! —exclamó, ahora en latín.

Vano estaba tirado en la hierba, inmóvil. Martialis desmontó junto a él, con la espada desenvainada. Ferox apareció a su lado.

—Bien hecho. Nos devolverán a mi hija a cambio de este jefe. Estoy en deuda contigo.

Martialis empujó el cuerpo de Vano con la espada y luego se inclinó a su lado.

—Lo siento, señor. Me temo que está muerto.

VII

Isurium Brigantum

Una hora antes del mediodía, siete días antes de las calendas de septiembre

—Por favor, señora, reconsidéralo, te lo ruego. —La preocupación de Tito Cornelio Próculo era real, igual que su nerviosismo—. Por favor, espera un día más.

Claudia Enica esbozó una espléndida sonrisa y colocó la mano un momento sobre el hombro del tribuno. Sintió que él temblaba levemente, y distinguió un destello de emoción en sus ojos.

—Mi querido amigo —dijo con una ternura que no sentía—, eso es justamente lo que dijiste ayer.

Llevaba años fingiendo, siendo la Claudia romana para unos y la Enica de los brigantes para otros… y siendo ella misma solo ante unas pocas personas. Así que no tuvo problemas para disimular su impaciencia.

—Con tu virtud y tu sentido del deber, y el cariño que muestras por tus amigos, estoy convencida de que dirías lo mismo mañana. Ha llegado el momento. Estoy segura de que los refuerzos llegarán pronto, y de que el enemigo lo sabe y ha huido ya. —Claudia Enica juntó las manos frente a su cintura, un gesto que Próculo podría interpretar como una súplica, si así lo deseaba—. Te preocupas profundamente por tus amigos, así que entenderás que yo tenga un deber para con los míos.

Iba vestida como una elegante dama romana, con el largo cabello rojizo cuidadosamente sujeto y arreglado en un estilo de moda en esos momentos, pero también adecuado para salir de viaje. Llevaba un maquillaje sutil, unos pendientes y un collar delicados, y la estola de color verde pálido que vestía bajo la capa de viaje era apropiada para visitar a los vecinos montada en un carruaje.

—Aun así, tal vez debería ir., solo para estar seguros. —Próculo se esforzaba por sonar valiente y entusiasta.

—Querido amigo. Ante todo, tú tienes tus propias obligaciones, y debes atenderlas. Al fin y al cabo, somos romanos. —Claudia Enica se inclinó para susurrar—: Gracias, pero estaré a salvo. —Se enderezó—. Eres el comandante de esta guarnición y es tu deber proteger la ciudad, la ciudad de mi pueblo, y de todos los que se refugian aquí. Esa es tu labor, y nadie podría realizarla mejor.

Claudia tenía su propia voz, que le surgía de forma natural, y que no tenía que ver con el hecho de que usara el latín. En su juventud, siempre estaba de cháchara, hablando sin descanso. Eso le había permitido ocultar lo que quería aprender o decir bajo un aluvión de cotilleos y muestras de coquetería. Ahora que era un poco mayor, resultaba más apropiado hablar de manera diferente, como madre de tres hijas, un número mágico de vástagos, que las proclamaciones y las leyes de todos los emperadores animaban a alcanzar, pero que los aristócratas romanos casi nunca lograban. La nueva Claudia era una matrona amable, interesada por los demás, considerada y protectora, como debe ser una madre. Eso no significaba renunciar a los cotilleos cuando resultaba oportuno, ni dejar de coquetear. Insinuar una tendencia al libertinaje estaba de moda, y rara vez hacía daño. Próculo era un oficial ecuestre, sin duda casado, aunque nunca había mencionado tener esposa, y a los treinta y cuatro años de edad estaba disfrutando de una carrera razonable, aunque lenta. Su interés por ella había sido obvio desde su primer encuentro.

—Has salvado a mi pueblo con tu valentía y con tu rápida actuación —le aseguró Claudia Enica, con un tono levemente entrecortado. Su yo más joven habría hecho una pequeña reverencia, sabiendo que el hombre intentaría asomarse al escote de su vestido—. Sin ti y tus valerosos hombres, no quiero pensar lo que podría haber ocurrido.

A decir verdad, Próculo había tardado en comprender lo que ocurría, y había reaccionado con timidez. Claudia Enica había cabalgado a marchas forzadas para escapar de la villa. Temía que la persiguieran, pero sabía que su deber era hacer todo lo posible para proteger la ciudad. A media mañana, había llegado al campamento que el ejército tenía junto al río. Estaba embarrada, mojada y fría, porque había llovido intermitentemente durante la noche y se había tenido que aferrar a la crin del semental y nadar junto a él para cruzar el río y llegar hasta Próculo y sus hombres.

La *vexillatio* de la Legio XX Valeria Victrix había establecido sus tiendas entre las murallas desgastadas del antiguo fuerte, que se había construido décadas atrás para proteger el cruce del río y que llevaba mucho tiempo abandonado. Los legionarios estaban allí para trabajar en la calzada, y Próculo no había perdido tiempo restaurando las defensas ni construyendo otras nuevas. Al fin y al cabo, nadie pensaba que pudiera haber verdadero peligro en una parte tan interior de la provincia. Los legionarios se habían puesto manos a la obra. Habían sido necesarios un buen número de invitaciones a cenar, de cartas enviadas por los muchos amigos y conocidos que Claudia Enica tenía en las altas esferas, y bastantes súplicas para que el tribuno reinterpretase sus órdenes y decidiese que el trabajo también incluía las calles de la ciudad e incluso algunos de sus edificios.

Para cuando Claudia Enica se subió otra vez a lomos del viejo caballo y alcanzó los postes que marcaban el límite del campamento, los romanos ya habían notado las columnas de humo que se elevaban en la distancia, porque la lluvia no había sido lo bastante fuerte como para extinguirlas. Cuando la llevaron al campamento, con el largo cabello aplastado y la piel pálida aún más blanca que de costumbre a causa del frío, resultó que, en un primer momento, Próculo reaccionó con despreocupación. En realidad, el oficial estaba fuera cuando ella llegó, pero un centurión la reconoció y ordenó que la condujeran a la tienda del tribuno. Allí, se sentó en una silla plegable, bien envuelta en la capa que le habían dado.

—No son más que granjeros —aclaró el tribuno al llegar—. Están quemando los rastrojos después de la cosecha.

—Es una incursión —dijo ella, sin molestarse en explicarle que la cosecha no comenzaría hasta dentro de diez días, como mínimo—. ¡Han quemado una villa, y granjas, y están masacrando a la gente!

Se incorporó de un salto, dejando caer la capa. No fue un gesto deliberado, sino un simple accidente. Estaba muy cansada, y encolerizada con aquel estúpido decidido a negar lo obvio. Su camisón húmedo se adhería con fuerza a su cuerpo, y en ciertos lugares resultaba casi transparente. Próculo la miró fijamente, con la boca abierta.

La lujuria se convirtió rápidamente en pánico.

—¡Por las pelotas de Hércules! ¿Estás segura? —No esperó una respuesta—. ¡Claudio, haz sonar la alarma! —gritó al centurión que esperaba fuera de la tienda.

Este también gritó y, seguidamente, un *cornu* resonó fuera, llamando al campamento a tomar las armas. El centurión reapareció.

—¡Nos atacan! —le informó Próculo—. ¡Saqueadores bárbaros! ¡Miles de ellos!

Claudia Enica recogió la capa y se sentó, maravillada por la imaginación del tribuno. Pero decidió que era mejor dejar que convocara a sus oficiales antes de intervenir. Durante la guerra de Dacia, había pasado tiempo en una base del ejército, bastante para entender cómo hacían las cosas los soldados. Tiempo suficiente como para añadir una dosis de sentido común a los procedimientos cuando Próculo empezara a dar órdenes. Ojalá Ferox hubiera estado allí para tomar el mando —cualquiera que fuera su rango, sabía mostrarse asertivo—, porque dudaba que el tribuno hubiera visto un enfrentamiento de verdad. Aquel pensamiento hizo que volviera a preocuparse por su esposo y por Senuna. Si había muchos asaltantes en el terreno, la villa sería un objetivo tentador. Durante la noche, se había preguntado si debía dirigirse hacia allí, pero llegó a la conclusión de que estaba demasiado lejos. Probablemente aquella ruta la habría llevado hasta otros merodeadores. Y su obligación principal era garantizar la seguridad de la ciudad. Eso le resultó más difícil de lo que esperaba. El instinto de Próculo era reunir a todos sus hombres en el campamento y hacer todo lo posible por restaurar las defensas.

—Se lo pensarán dos veces antes de enfrentarse a la legión —aseguró.

—¿Y los habitantes de la ciudad? —preguntó Claudia Enica. Un par de los oficiales se habían quedado sorprendidos al ver que estaba incluida en aquel apresurado *consilium*, hasta que Próculo le explicó que ella tenía más información que nadie—. ¿Qué pasa con mi gente?

—Pueden venir y refugiarse con nosotros —dijo Próculo.

Claudio se frotó la barbilla.

—Aunque deberíamos tener cuidado y asegurarnos cuando lleguen de que son gente de la reina. No queremos que los enemigos se cuelen junto a ellos, ¿verdad?

—¿Y qué hay de mi ciudad? —dijo ella. La capa se negaba a quedarse en su sitio y se abría por la parte frontal, donde el camisón aún se adhería con fuerza, dejando poco espacio a la imaginación. Tal vez eso sería de ayuda—. ¿Queréis que os consideren responsables de que se queme la *civitas* capital de los brigantes? El *legatus* en persona ha mostrado un gran interés por este proyecto, e incluso ha comentado que vendría de visita. Me han dicho que ha escrito al mismísimo *princeps* para elogiar lo que estamos haciendo, así que…

Al final consiguió convencerlos, y Próculo ordenó que empaquetaran equipos y suministros para llevarlos a la ciudad. Claudia Enica los dejó. Estaban ocupados organizando las cosas. Tuvo tiempo para cambiarse y ponerse una túnica y unos pantalones prestados.

Una multitud se había congregado ya en el foro a medio construir. Muchos habían visto el humo y varias personas habían corrido hasta la ciudad para describir el ataque. Varios de los jefes de las tribus se gritaban unos a otros, discutiendo si debían encerrarse todos en sus casas, agruparse y luchar contra el enemigo a campo abierto o huir y ponerse a salvo. Algunos eran enemigos de Enica, pero todos parecieron aliviados cuando ella llegó a lomos de su caballo. Seguía desaliñada y vestida con ropa de hombre, demasiado grande para ella. Pero era la reina, sin importar lo que dijeran los romanos, ni si aquel rango era del gusto de todos o no. Pero, sobre todo, traía un propósito, un plan claro, y la noticia de que los legionarios venían a ayudar. Desde ese momento, se encargó de mantenerlos ocupados.

En la ciudad había quizá unas dos mil personas. Alrededor de un tercio de ellas eran visitantes que habían acudido al mercado o para tomar parte en los procesos legales en curso. Unas doscientas más llegaron a lo largo del día. Se trataba de gente que había decidido que la ciudad sería más segura que sus granjas. Entre ellos también había viajeros que se habían visto arrastrados por la situación. Separaron a estos de los demás y los pusieron con los otros visitantes y comerciantes. Los brigantes eran un pueblo numeroso, pero, aun así, conocían a su propia gente, incluso a aquellos en segundo o tercer grado de parentesco, o a parientes aún más lejanos. Así que los lugareños avalaron a casi todos los recién llegados, a excepción de unos pocos. Enica mantuvo a estos aparte, vigilados por hombres de su casa.

—Sed amables con ellos —les dijo—. No queremos que se conviertan en enemigos.

Las murallas de la ciudad estaban sin terminar. Apenas se hallaban marcadas las tres cuartas partes del perímetro y, en la mayoría de los sitios, solo hasta unos pocos pies de altura. Una espléndida puerta, con torres gemelas de madera, se alzaba en el camino que conducía a la vía principal, pero aún no estaba unida al resto de la muralla. Enica apostó a muchachos en esas torres, pensando que su vista aguda les permitiría advertir el peligro a mayor distancia, pero, aparte de eso, no había forma de incluir aquella puerta en el área defendida. En lugar de eso, marcó un perímetro que protegía casi todas las casas, aprovechando en dos lados el muro exterior. En todos los demás lugares, los hombres se dedicaron a levantar barricadas en las calles y a convertir cualquier pared sólida en una defensa tan efectiva como el tiempo lo permitiera. Una vez que llegaron los legionarios, Próculo se hizo cargo de gran parte de la tarea y progresaron a buen ritmo. Cada hora enviaba a alguien a preguntar a los muchachos de la torre y a los demás vigías. Nadie había visto bandas de hombres armados, solo a los fugitivos que llegaban a la ciudad.

Claudia Enica trabajó duro, pues, además de las defensas, había que pensar en la comida y la bebida. De alguna manera, consiguió sacar tiempo para comer un poco. Filo, el liberto de Ferox, y su esposa Indike revoloteaban continuamente alrededor de ella. Encargó a Filo organizar el suministro de alimentos, ya que al hombre le encantaba el orden y era implacable en su determinación de imponerlo dondequiera que pudiese. Al final, Enica tuvo tiempo para retirarse a una habitación trasera y vestirse con la ropa que le había traído Indike. No podía dedicar mucho tiempo al aseo, pero logró lavarse, sujetarse el pelo en la parte posterior de la cabeza, en un conveniente moño romano, y ponerse un vestido. Aquel cambio resultaba extrañamente refrescante, aunque no estaba segura de que la gente la mirase de la misma manera. Los tiempos estaban cambiando, e incluso algunos brigantes sentían menos confianza ante una reina guerrera con ropa de hombre y dando órdenes.

Otra muestra de que el mundo había cambiado era que la ciudad no estaba preparada para la guerra. Apenas una cuarta parte de los hombres tenía algo remotamente parecido a un arma adecuada, y solo los guerreros de los jefes visitantes acudían con armadura y con escudos y espadas. El resto tendría que conformarse con lo que pudiera improvisar. Claudia Enica sopesó la idea de dividirlos en grupos y concentrar a los mejor equipados, pero decidió que era mejor que los hombres pelearan a la antigua usanza, junto a sus familiares y rodeados de los miembros de su clan. Solo los habitantes de la ciudad que carecían de esas conexiones necesitaban que los agruparan juntos.

No era una gran fuerza defensiva, y sabía que los legionarios tendrían que ocupar los lugares más amenazados, aunque los hombres de Próculo no eran de lo mejor. Casi todos ellos habían estado asignados a proyectos de construcción durante dos o tres años, por lo que rara vez habían practicado o entrenado como soldados. Comprobó que había hombres a los que les faltaban partes del equipo y que muchos de ellos se movían con una torpeza que sugería que el peso y el tacto de las armas les resultaban extraños y desconocidos. Aun así, eran, con mucho, las mejores tropas que tenía…, aunque no es que ella estuviera oficialmente al cargo, ya que había fingido entregar la defensa de la ciudad al tribuno. Próculo se envaneció ante aquel halago, aunque seguía aceptando de buen grado las sugerencias de la reina.

—¡Ven, señora, ven!

Un niño empezó a tirar del vestido de Claudia Enica mientras ella hablaba con un grupo de mujeres que estaban cosiendo bolsas, que después se llenarían de tierra para apilarlas como defensa. El crío soltó la tela y se estremeció cuando la reina se giró y lo miró. Era el más joven y el más pequeño de los muchachos de las torres. Era obvio que los demás lo habían elegido como mensajero.

Ella sonrió.

—Muy bien, guíame.

El niño se alejó saltando, agitando los brazos con entusiasmo. Claudia Enica tuvo que levantarse la falda para caminar lo más rápido posible e intentar seguirle el ritmo. Él continuaba avanzando, hasta que se dio cuenta de que la había dejado atrás. Entonces se dio la vuelta y la llamó a voces, dando botes.

—Por favor, señora, sígueme.

Al llegar a las torres, el niño subió corriendo los escalones que ascendían a lo alto del fragmento de muralla que había junto a la puerta, y luego saltó por la escalera hasta la parte superior de la torre. Claudia Enica iba mucho más despacio, porque subir una escalera con un vestido largo requería cuidado. Aquello le trajo a la memoria el fuerte de Dacia, cuando Ferox la había reprendido por escalar vestida con la túnica corta y las botas de fieltro que usaba para luchar. Un grupo de legionarios y de habitantes de la ciudad pasaba por allí, trayendo madera que habían talado. Comprobó que casi todos, más o menos abiertamente, la observaban mientras subía cada peldaño. A lo sumo verían sus zapatos, tobillos y espinillas. Quizás, una o dos veces, llegarían a tener la emoción de vislumbrar una rodilla desnuda, y, por lo que parecía, sentían que aquello ya valía la pena. A uno se le cayó un manojo de leña y el hombre que estaba a cargo le gritó. No era la primera vez que Claudia Enica se sorprendía ante las rarezas de los hombres.

Los niños estaban emocionados, aunque solo uno o dos de ellos eran lo bastante mayores como para que se les trabara la lengua y se volvieran torpes en su presencia, simplemente por el

hecho de que ella era una mujer.

—¡Allí! —El pequeño que la había guiado jadeó y señaló por encima del parapeto.

—¡Y allí! —lo interrumpió un chico mayor—. ¡Y allí!

—Yo los he visto primero —declaró otro, y empujó al pequeño.

Cuatro nuevas columnas de humo se elevaban en la distancia, muy oscuras contra el cielo, que se había despejado y ahora era de un azul tan vivo que ningún tinte podría haberlo imitado, ni siquiera sobre la seda.

—Bien hecho —dijo ella.

La más cercana estaba todavía a algunas millas de distancia. Y las demás, cerca de la villa de los gemelos, o incluso más lejos.

—¿Habéis visto a algún enemigo?

—¡Yo sí! —gritó un muchacho regordete, tan pelirrojo como Enica, cuyo rostro era un mosaico de pecas.

—¡De eso nada! ¡Eran vacas!

—¡Que no! ¿Quién va montado a lomos de una vaca?

—¡Tu padre… y tu tío el gordo!

Levantaron los puños. Claudia Enica golpeó con fuerza la parte superior del parapeto con la palma de la mano. Recordó que uno de sus tutores hacía lo mismo cuando perdía la paciencia. Se esforzó para no soltar una risita.

—Mirad —les dijo—, os he colocado aquí porque necesito que mis guerreros de ojos más agudos se encarguen de vigilar. Lo habéis hecho bien. Y los demás dependemos de que cumpláis con vuestro deber. —Todos se mostraron ufanos ante aquellas palabras—. ¿Tenéis hambre?

—Sí, señora —respondió el que la había guiado.

Otro le dio una patada en la pierna.

—¡No, tienes que decir «Sí, mi reina»!

Ella sonrió de nuevo. Los niños, especialmente los varones, siempre parecían tener hambre.

—Haré que os traigan unas manzanas. Y un poco de agua.

—¿Y qué tal una cerveza? —susurró uno de los mayores y más atrevidos, provocando las risas de los demás.

—Eso para cuando matéis a vuestro primer enemigo —les respondió ella.

El trayecto de descenso por las escaleras fue más lento, porque siempre resultaba más incómodo. Casi una docena de hombres, entre soldados y civiles, habían encontrado una razón para quedarse junto a la puerta de entrada, por lo que, una vez más, la escudriñaron a cada paso. En una ocasión, su vestido se enganchó en la cabeza de un clavo, pero ella lo notó enseguida y soltó la tela son facilidad. Durante todo ese tiempo, notó cómo los hombres la miraban. Por lo que parecía, pensaban que eso era preferible a trabajar para defenderse mejor a sí mismos y a todos los demás.

Ese día no vieron más incendios. Y, aunque alguno de los vigías afirmó haber avistado a un par de jinetes armados con lanzas, no hubo señales de ninguna partida de enemigos. Eso no significaba que no hubiera alguno ahí fuera, así que Próculo puso guardias dobles durante la noche. Una alarma sonó en la cuarta hora. Tocaron las trompetas, y todos acudieron corriendo, entre gritos. Pero después se descubrió que el alboroto lo había iniciado un granjero que se había puesto a escalar una barricada porque quería ir a echar un vistazo a su granja. Un legionario

detectó el movimiento, arrojó su *pilum* y derribó al hombre. La víctima gritó y los hombres dieron la voz de alarma, y así fue como se creó el pánico. Claudia Enica se enteró de todo esto más tarde, cuando trajeron al granjero ante ella. La pesada jabalina le había atravesado el muslo, así que tuvieron que transportarlo en brazos. Consiguieron cortar la punta del arma y arrancársela, y también sacarle la estrecha asta y detener la pérdida de sangre. Pero había muchas posibilidades de que el hombre perdiera la pierna.

Al día siguiente no hubo incendios ni señales claras del enemigo, aunque los vigías informaron de que habían visto movimiento y destellos de armas en el bosque, a unos tres cuartos de milla de distancia. Pero no se produjo ningún asalto. Claudia Enica empezaba a estaba segura de que los saqueadores ya no atacarían. Próculo seguía mostrándose cauteloso, al igual que la mayoría de los jefes tribales.

—Están esperando, ahí fuera —afirmó el tribuno—. Puedo sentirlo.

Tan solo llegaron unos pocos fugitivos. Pero, poco antes del atardecer, una figura alta se acercó a la ciudad tambaleándose. Venía ensangrentado, descalzo, con la túnica andrajosa y la cabeza vendada. Pero seguía caminando, bamboleándose, aunque sin llegar a caerse. Cuando ya estaba cerca, consiguió levantar una mano. Para entonces, ya se había congregado allí una multitud.

—Es Pertaco —lo reconoció Claudia Enica, haciendo visera con la mano para protegerse los ojos del sol poniente. Ninguna otra persona de las que se encontraban aquella noche en la villa de los gemelos había aparecido hasta entonces.

—Por las pelotas de Hércules, es él —dijo Próculo—. Hombres, id a ayudadlo.

Dos soldados salieron corriendo obedientes por un pequeño hueco de la barricada. Pertaco levantó las manos con las palmas hacia afuera y esbozó una sonrisa irónica, rechazando su ayuda. Los legionarios lo flanquearon, colocándose uno a cada lado, mientras él seguía tambaleándose hacia la barricada.

—Pertaco se incorpora al servicio —dijo con voz áspera. Parpadeó y se desmayó, cayendo hacia delante.

Durmió toda la noche, gracias a un trago administrado por el *seplasiarius* que atendía a los legionarios.

—Lo mejor es que descanse —les aseguró este—. Solo Júpiter sabe por lo que ha pasado este pobre muchacho.

Claudia Enica recordó que a ella le habían mostrado menos simpatía cuando llegó. Pero, claro, ella tampoco la había pedido. La dramática entrada de Pertaco en la ciudad le parecía más una actuación que una muestra de agotamiento genuino. Al día siguiente, el exprefecto se despertó tarde y habló poco del ataque nocturno.

—No sé cómo conseguí escapar. De verdad que no lo sé.

Cuando ella le preguntó qué había sido de los demás, su interlocutor se limitó a negar con la cabeza. Seguía sin haber señales del enemigo, ni siquiera cuando Próculo permitió que algunos hombres salieran a explorar a caballo. No vieron nada, e incluso dijeron que algunas personas empezaban a regresar a las granjas.

Al día siguiente, Claudia Enica decidió que no iba a esperar más.

—Necesito echar un vistazo.

Tenía su carruaje preparado, porque tenía que seguir representando su papel de dama

romana. Tres hombres de su casa la acompañaban. Uno conducía y los otros iban a caballo y armados.

Próculo había protestado y suplicado, pero no se atrevía a darle órdenes.

Ahora que su último esfuerzo por disuadirla había fallado, era el momento de que Claudia Enica se marchara, por si acaso el comandante de la guarnición reunía el valor suficiente para hacer gala de su autoridad.

La *raeda* estaba lista. Filo le abrió la puerta y bajó el escalón plegable. El liberto quería acompañarla, pero ella prefirió dejarlo en la ciudad para supervisar a los miembros de su casa y ocuparse de los suministros de alimentos.

—Si estás segura… —dijo Próculo.

—Lo estoy.

Claudia Enica puso un pie en el escalón. Sin duda Próculo y los demás notaron que no llevaba zapatos, sino botas, del tipo que usaban los alanos y otros sármatas. Lo que no veían era que también llevaba pantalones ajustados bajo el vestido: un truco que había enseñado a sus hijas. Sus guerreros llevaban un par de caballos de repuesto. De ser necesario, todos podrían abandonar el carruaje y escapar más rápido. Todavía se sentía dolida por haber tenido que escapar medio desnuda de la villa, y no estaba dispuesta a pasar otro trago semejante.

—He pensado que te vendría bien contar con otra espada —d jo una voz.

Era Pertaco, a lomos de uno de los pocos caballos que había en la ciudad, vestido con su cota de malla y con el gladio en la cadera. Todavía llevaba la cabeza vendada y estaba pálido, pero exhibía su acostumbrada sonrisa irónica.

Claudia Enica subió al carruaje y cerró la puerta. Aquel hombre seguía actuando, como si estuviera en un escenario, y el público lo admiraba.

—Ven solo si puedes seguir el ritmo —respondió, y golpeó el techo para indicar a su hombre que se pusiera en marcha.

Algunas personas lanzaron vítores, sin duda dirigidos a Pertaco. Después de un rato, cuando ya no se veía la ciudad, él se puso a cabalgar junto al carruaje y miró al interior a través de la ventanilla.

—¿Cómo escapaste? —preguntó ella, porque era preferible averiguar todo lo posible.

Pertaco suspiró profundamente.

—Me temo que no fue muy heroico.

—Qué decepción te habrás llevado.

Él sonrió, según su costumbre.

—No me apetecía usar el orinal que me dejaron bajo la cama. La comida no me había sentado bien, y sospeché que me aguardaba un arduo trabajo. Siento mencionar estas cosas. Así que, con el estómago haciendo ruidos, me adentré en la oscuridad. Estaba detrás de unos arbustos cuando oí a los jinetes. En pocos momentos había guerreros por todas partes, con armas y antorchas. No podía moverme, estaba, bueno, ya sabes cómo es cuando estás a mitad de esas cosas. No había nada que yo pudiera hacer. Cuando terminé, todo estaba en llamas. Me levanté, uno de los guerreros me vio, gritó y. Bueno, conseguí escapar y me escondí. Eso es todo.

—¿Y no viste escapar a nadie más?

Él volvió a negar con la cabeza.

—Solo espero que todos los asaltantes se hayan marchado. No digo que no me gustaría volver

a encontrármelos, ahora que tengo una espada en la mano.

—¿Y sabes quiénes eran?

—Gente del norte, creo. Tal vez selgovae, tal vez no. Eran muchos. Cincuenta, como mínimo.

—Bueno, ahora estoy cansada —respondió ella—, y creo que me vendría bien una siesta.

Cerró la persiana de cuero de la ventanilla e ignoró lo que él le decía desde el exterior. No durmió, pero sí que descansó, porque no le cabía duda de que el peligro ya había pasado. Lo sabía en parte por instinto, pero también por lo que había a su alrededor. En la primera parte del viaje habían visto a un arriero con una docena de cabezas de ganado y un par de fincas vacías, pero intactas. Aquella no era una tierra con miedo a los salteadores.

El viaje duró varias horas, porque la *raeda* no podía avanzar con rapidez, sobre todo cuando salieron de la vía principal y se acercaron a la villa zigzagueando por los senderos. Vieron algunas personas por el campo, y después de la cautela inicial mostrada por ambas partes, se acercaron lo suficiente como para hablar. Nadie se había encontrado con ningún asaltante, aunque la mayoría de los lugareños había oído decir que, hacía unas noches, unos saqueadores habían arrasado el lugar a sangre y fuego. Desde entonces no había señales de ellos.

Pasaron por algunas granjas con los techos de paja quemados y las casas más o menos derrumbadas. No había cadáveres ni señales de lucha, así que lo más probable era que las familias y sus animales hubieran huido mucho antes de que llegaran los guerreros.

La villa era una ruina. Si Pertaco no se hubiera unido a la expedición, Claudia Enica habría salido del carruaje y cabalgado junto a sus guerreros durante las últimas millas. En lugar de eso, tuvo que conformarse con que la condujeran hasta allí en el carruaje. No había necesidad de tomar precauciones, ya que los únicos seres vivos que quedaban eran los cuervos y otras aves carroñeras. Medio derrumbados y con las vigas carbonizadas, la casa y los edificios exteriores parecían más pequeños. En el patio había un círculo de estacas, cada una rematada con una cabeza de hombre. Los ojos habían desaparecido, igual que las lenguas, y la piel estaba teñida de verde. Pero, aun así, era fácil reconocer a los gemelos y también a Brigomaglo, el abogado. Había otras caras que le resultaban conocidas, de miembros de la casa y parientes de los hermanos. A algunos les podía poner nombre, pero había otros a los que no era capaz de recordar. Ese fallo de memoria le molestó, porque aquello era algo de lo que debería acordarse. Por lo que parecía, todos los hombres que estaban allí esa noche habían acabado muertos y decapitados. Contempló durante largo rato las cabezas de sus dos guerreros, que habían muerto luchando, dándole la oportunidad de escapar. Tocó la frente de cada uno de ellos, sintiendo la carne fría y extraña. Uno de sus escoltas los recogió. Los transportarían a casa y los colocarían donde sus familias llevaran a sus muertos.

Las mujeres estaban separadas de los hombres. No veía entre ellas a Calipso, pero dado que había un cuerpo quemado e irreconocible entre las cenizas de una choza, no podía estar segura. Tal vez los guerreros se hubieran llevado unas cuantas, tal vez no. Habían matado a todas las demás. La mayoría estaban desnudas, varias de ellas todavía atadas, y no había duda de que las habían violado antes de darles muerte.

La guerra nunca era agradable, pero esta resultaba especialmente repugnante. Hasta daba la impresión de que los guerreros habían destruido más botín del que se habían llevado. Aquello parecía una incursión asesina, con la intención de matar y no de saquear.

Pertaco se dio la vuelta y lanzó sonidos ahogados, como si se estuviera asfixiando, cuando encontró a Ulpia, la esposa del abogado, atada e inclinada sobre la parte superior de una valla.

VIII

Cerca de la calzada

Más temprano, en la tarde del octavo día antes de las calendas de septiembre

Vano no estaba muerto, aunque durante mucho tiempo pareció que su fallecimiento era una mera cuestión de tiempo. No recuperaba la consciencia y su respiración era débil. No parecía tener ningún hueso roto.

Lo colocaron de la forma más cómoda posible, instalando sobre él la única tienda que habían traído los auxiliares. Cuatro hombres quedaron a cargo de vigilarlo, no porque tuviera posibilidad de escapar, sino por si sus guerreros regresaban u otros decidían intervenir. Ferox, Vindex y dos soldados más galoparon hasta la base más cercana, uno de los puestos de avanzada situados entre los fuertes principales.

—Este lo tiene más grande —observó Vindex.

Estaban atravesando el arroyo a caballo. El carveto dirigía la vista hacia el pequeño fuerte de piedra que despuntaba en terreno elevado, al otro lado de un altozano.

Ferox no dijo nada. Allí tenía su base el *centurio regionarius* local, un oficial destacado de una de las legiones y encargado de mantener la paz en la zona. Él había realizado ese trabajo durante muchos años, en la época en que conoció a Vindex.

Este *burgus* de piedra era nuevo, mientras que él había operado desde un puesto más pequeño, bastante mal construido, al noreste, más cerca de Vindolanda. Este puesto de avanzada era más grande, estaba mejor fortificado y daba la impresión de ser algo más permanente.

—¡Eres Ferox! ¡Ese Ferox! —El centurión al mando no debía de tener más de treinta años. Estaba recién nombrado y se mostraba desesperadamente entusiasta—. Vaya, es un honor, un verdadero honor. Por aquí todo el mundo habla de ti.

Inevitablemente, Vindex rio entre dientes.

El centurión a cargo se llamaba Tito Felicio.

—Ah, y tú debes de ser Vindex, de los carvetos —añadió—. Sí, eres justo como te imaginaba.

También Ferox se permitió reírse entre dientes, pero enseguida fue al grano. Era un cambio agradable tratar con alguien tan deseoso de ayudar. Para su sorpresa, la guarnición podía proporcionarles una carreta de dos ruedas, tirada por mulas. Pero mientras preparaban el vehículo, Felicio le pidió un favor.

—Me gustaría saber tu opinión sobre una cosa. Será rápido. Comprendo que estás cansado y profundamente preocupado por tu hija. Pero valoraría mucho tu opinión, señor. Y tienes tiempo de sobra, si quieres estar en el santuario de Cocidio mañana al mediodía.

El centurión explicó que ocho de sus hombres habían sufrido una emboscada y habían sido asesinados por la mañana temprano, el día en que comenzaron las incursiones. Ferox no vio razón para no echar una ojeada a lo que el oficial quería mostrarle. En la distancia se veía una torre de vigilancia, recortada contra el cielo rojo del sol poniente. Salieron del puesto y cabalgaron para llegar allí antes de que oscureciera.

—Nos descuidamos —explicó Felicio—. Pensábamos que no había ningún peligro y nos equivocamos. Al igual que no creíamos en la amenaza de una incursión, supongo.

—¿Sabéis cuántas bandas eran?

—No del todo. Los informes están llegando, pero todo el mundo sigue dando vueltas en círculos. Tampoco ayuda el que la mayoría de las guarniciones hubieran enviado a más de la mitad de sus hombres, y, además, a los mejores de ellos, al sur, para hacer las maniobras de verano.

—No, eso no ayuda.

—Bueno, de todos modos, calculo que habría al menos una docena de bandas, y probablemente más… Tendría que haber interpretado mejor la situación y haber sido más contundente en mis informes sobre los posibles peligros.

—No te habrían creído —le aseguró Ferox.

—Sin embargo, seguro que me culpan a mí.

Una de las tareas del *regionarius* era hablar con los líderes tribales y mantener informado sobre su estado de ánimo al *legatus*, que estaba en Londinium.

—Así es el ejército. Y dudo que cambie nunca.

Llegaron a una pequeña hondonada, donde el camino desaparecía de la vista durante un breve tramo. Felicio le contó todo lo que sabía acerca de lo ocurrido y señaló dónde habían encontrado los cadáveres. Por desgracia, sus hombres habían pisoteado el suelo al despejar la zona y llevarse los cuerpos decapitados de sus compañeros para la cremación. Aun así, Ferox fue capaz de ver muchas cosas.

—Tienes razón en preocuparte —dijo al fin.

Felicio se rio.

—Lástima; esperaba que me dijeras que estoy equivocado. Entonces, esto no fue casualidad.

—No. Esos hombres sabían lo que estaban haciendo. Y, además, eran buenos.

Emprendieron el camino de vuelta, aunque la noche estaba cayendo, porque el cielo volvía a estar despejado y las estrellas brillaban con fuerza. Ferox quería volver al campamento para así tener tiempo de sobra de llegar al santuario antes del mediodía de la siguiente jornada.

Vano roncaba ruidosamente, pero no se había movido en absoluto. Al menos seguía vivo. Ferox estaba inquieto. Fingió dormir, aunque no podía, y se alegró cuando llegó su turno de guardia. Vindex se unió a él a mitad de camino y se sentaron juntos, en un silencio nada usual en el carveto. Incluso parecía aún más preocupado que el siluro.

—Bran es un buen chico —dijo al fin—. Mantendrá a la muchacha a salvo.

Ferox sabía que su viejo amigo lo intentaría.

Se pusieron en marcha temprano, con Vano todavía inconsciente en la parte trasera del carro.

Carnaco conducía, porque se le daban bien los animales, y especialmente los caballos. Ferox intuía que, de alguna manera, el gigantón se sentía responsable, como si le hubiera fallado a Senuna.

Viajaban con cautela. Ferox iba explorando por delante, los soldados escoltaban el carro y Vindex cerraba el grupo. Siempre cabía la posibilidad de que los guerreros que regresaban de las incursiones se tropezaran con ellos y decidieran matar a más gente, sobre todo, si nadie los perseguía. Por lo que le había dicho Felicio, había muy pocas tropas desplegadas como para ser efectivas. Había sido pura suerte que los novantae se hubieran topado con todas esas patrullas. Aun así, la suerte podía cambiar y volverse adversa rápidamente, así que avanzaban con cuidado. Ferox se alegró cuando estuvieron a unas tres millas del santuario de Cocidio, el dios de la guerra. Era un lugar de purificación. Y nadie estaría dispuesto a luchar tan cerca a menos que lo obligase un juramento. Cuando estaban apenas a una milla del santuario, una docena de guerreros pasó cabalgando, con sus cabezas trofeo colgando de las sillas de montar y rebotando contra sus piernas. Miraron a los romanos, haciendo todo lo posible para indicar que podrían matarlos pero que, sencillamente, no les apetecía hacerlo en aquel momento.

Uno de los novantae los estaba esperando.

—¿Está muerto mi señor? —preguntó, al no ver a Vano, y suponiendo, por tanto, que lo llevaban en el carro.

—Se ha hecho daño al caer —le contestó Vindex—. Se pondrá bien, pero no estará en condiciones de bailar durante un tiempo.

—Venid —indicó el guerrero.

Senuna había llegado a odiar la oscuridad casi tanto como temía la luz. La habían llevado a aquel lugar el día anterior. Después de que hubiera intentado escaparse cabalgando, había ido las últimas horas colgada en la parte delantera del caballo de uno de los guerreros. Estaba aterrorizada, aunque hizo todo lo posible por ocultarlo. Aquello ya no era una aventura, y temía lo que podía estarle esperando: la esclavitud, la degradación. Todavía era una niña, físicamente hablando, pero dudaba que aquello la protegiera. Los hombres eran bruscos, y tenían un acento tan fuerte que resultaba difícil entenderlos, aunque los novantae vivían solo a unos días de distancia a caballo de su propia tribu. Sentía dolor, y sin querer, se había echado a llorar.

Los guerreros se habían limitado a reírse.

Bran apareció de repente, y, de alguna manera, se colocó frente a ellos. Senuna no podía ver nada, ya que el pelo se le había soltado hacía tiempo de los prendedores y le colgaba delante de los ojos. Pero podía imaginar la sonrisa del joven guerrero, y recordar cómo su padre lo había traído a casa con él, tan solo unos meses antes. Estaban curtidos por el sol, con una actitud de absoluta confianza, como si fueran los dueños del mundo, y con una mirada que insinuaba que habían conocido vastos territorios sin sentir miedo.

—Quieren hacer un trato, muchachos —les dijo a los guerreros.

Senuna se preguntó si su padre había contagiado al joven aquella forma de hablar tan directa.

—¿Qué trato?

—Vano a cambio de la muchacha —les había dicho Bran—. Mañana en Fanum Cocidi.

—¿El jefe está bien?

—Sí. Y seguirá estándolo mientras ella también lo esté.

—Voy a destripar a ese bastardo de Ferox —dijo uno de ellos—. Fingió negociar y nos llevó a una emboscada.

Los otros tres los guerreros se mostraron de acuerdo, entre murmullos.

—Bien —les había dicho Bran—. Primero, el intercambio y luego, el destripe. Eso, si quieres a Vano de una pieza. Si solo quieres trozos suyos, puedes ponerte desagradable antes.

Eso les gustó. Se pusieron a reír y a bromear sobre las partes de la anatomía de su jefe y cuánto valía cada una.

Los ánimos habían cambiado, y Senuna ya no lloraba, aunque seguía teniendo mucho miedo. Bran apenas le prestó atención.

—¿La princesita malcriada os ha dado problemas? —preguntó en cierto momento.

—No muchos.

—Bien. Aun así, si hay que darle un azote en el culo, será mejor que me encargue yo. Soy casi de la familia.

A los guerreros también les gustó eso. Estallaron en risotadas. De hecho, estaban más alegres ahora que Bran se había unido a ellos.

Senuna pensó que no podría aguantar mucho más antes de que sus huesos se rompieran de tanto estirarse y de que su tripa estallara. Así que se sintió aliviada cuando se detuvieron. Pero el santuario era un lugar sombrío, un centro de adoración al dios de la guerra Cocidio y a otros dioses aún más antiguos y oscuros, rodeado por una zanja y una empalizada circular. En cierta ocasión, le habían dicho que en el interior había una piedra en la que habían sacrificado a centenares hombres, o incluso a más. Si estaba allí, ella no la vio.

En lugar de eso, la condujeron a una sala en el centro del santuario. Aquel era el Gran Salón, una enorme casa redonda, de techo alto y cónico. Se la llevaron los sacerdotes, unos hombres silenciosos y serios, ya que a los simples guerreros no se les permitía entrar allí, a menos que fueran a ofrecer botín o trofeos. Por lo que parecía, ella no era ninguna de esas dos cosas; al menos, todavía no. Su situación era la misma que cuando los romanos depositaban oro o riquezas en un templo, para mantener aquellos bienes a salvo. Los sacerdotes la llevaron a una jaula de madera y la encerraron allí. Después vino una joven con agua y pan. Senuna había olvidado lo sedienta que estaba y vació el tazón de inmediato. Aunque tenía hambre, no consiguió comer nada. Había demasiadas caras observándola.

El Salón de Cocidio era un lugar de batallas y muerte. Por todas partes, en las paredes, en estacas clavadas en el suelo o colgando de las vigas del techo, había cabezas. Eran el fruto de largas eras de guerra, y no se contaban por cientos, sino por millares. Eran las cabezas de los más famosos, o las que habían cortado los más famosos, porque los sacerdotes juzgaban si las hazañas de un hombre eran suficientes o no para aceptar el trofeo que este trajera. Muchas eran antiguas; algunas, poco más que cráneos, quizás con unos pocos mechones de pelo; otras, con marcas negras y la piel arrugada, y otras más, untadas de aceite y conservadas como recuerdos grotescos del hombre que habían sido en el pasado. Otras eran más recientes, sin duda identificables para aquellos que los hubieran conocido en vida. Aunque, conforme el tiempo pasaba, se iban pudriendo, y la piel se encogía a medida que se secaban al humo del fuego central, que ardía durante las horas del día.

El Salón apestaba a descomposición, y estaba lleno de las alimañas atraídas por su espantoso

despliegue. Las casas con techo de paja atraían insectos, pero este lugar de muerte bullía con el ruido constante, los movimientos y el zumbido de las diminutas criaturas, y con el aleteo de los pájaros. Senuna continuó oyendo aquel ruido incluso cuando los sacerdotes extinguieron el fuego por la noche, sentada o tumbada en la oscuridad total, sabiendo que las cabezas seguían mirándola, y escuchando los ruiditos de los carroñeros al comer. Sufrió picaduras de piojos y pulgas. Las moscas se posaban a menudo en sus manos y su cara, y no podía evitar pensar en lo que habrían comido. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no empezar a gritar… y seguir gritando, hasta volverse loca.

En los pantanos occidentales
Esa misma noche

El romano era valiente, tal y como él había intuido en su primer encuentro. Aquel hombre tenía el corazón de un guerrero. Algunos centuriones eran así, hombres a los que podrías aceptar como hermanos si el mundo fuera diferente.

El centurión no se inmutó cuando mataron a los prefectos. Solo se giró cuando obligaron al primero de ellos a arrodillarse y el condenado empezó a suplicar clemencia. Ningún guerrero querría ser testigo de la vergüenza de otro hombre. Se volvió cuando descargaron el golpe y el cadáver decapitado se desplomó, sangrando a borbotones. Luego miró al otro oficial y le transmitió algo de su propia fuerza. El segundo prefecto murió como un hombre, aprendiendo del valor del centurión.

Después de ir a Magnis para entregar el mensaje, se encontró al romano atado a un árbol, con fuertes golpes. En su ausencia, el centurión había conseguido liberarse de sus ataduras, agarrar un cuchillo corto que usaban para cortar carne y destripar a un guerrero. Le dijeron que se habría escapado si el herido no se hubiera aferrado a sus piernas y lo hubiera hecho tropezar. Aun así, fueron necesarios tres de ellos para arrojarlo al suelo e inmovilizarlo.

Atado al árbol, con un ojo tan magullado que apenas podía abrirlo, el centurión todavía lo miraba desafiante. Durante el resto del viaje, los guerreros se encargaron de vigilar a aquel hombre aún más de cerca.

—¿De dónde eres, Curio? —le había preguntado al centurión.

Si al romano le sorprendió que se dirigieran a él en latín, no lo demostró. Tampoco respondió. En lugar de eso, se quedó a la espera, observando. No había duda de que los pasaría a todos por la espada si tuviera la mínima oportunidad. Ese sí era un hombre.

El romano desconfiaba de ella. Resultaba obvio por cómo la miraba con su ojo sano, pero eso no era de extrañar. Aun así, le sostuvo la mirada cuando ella lo observó fijamente. Y eso no era una cosa nimia, porque su poder y su crueldad resultaban evidentes para cualquiera, incluso para un romano. Sin duda aquel hombre adivinaba que no se había salvado, pero que estaba destinado a algo más importante.

—¿De dónde eres, Curio?

Él repitió la misma pregunta, cada noche y cada mañana. No recibió respuesta. Estaba claro, por su piel y cabello oscuros, que no era galo, ni siquiera hispano.

Ella parecía entender por qué él preguntaba aquello, ya que parecía saberlo todo, y no hizo nada para impedírselo. Estaba tan callada como el romano, pues, de momento, no tenía nada que decirles. Cabalgaba, se sentaba y dormía con su larga capa negra, con la capucha sobre la cabeza para que su rostro quedara en sombras. Cuando estaba despierta, llevaba su báculo a todas partes, con la empuñadura pintada de negro y coronada con un cráneo de carnero. Cuando dormía, lo clavaba en el suelo, junto a su cabeza. Ningún hombre se atrevería a tocarlo.

Él no sabía su edad. Ella podría tener cincuenta años, o más. Podría tener quinientos. Le decía lo que él necesitaba saber, lo guiaba, y él la seguía. Seguiría guiándolo mientras confiara en que él difundiría la voluntad de los dioses. En el momento de conocerla, y de responder a su llamada para seguirla, él había sabido que el camino lo conduciría adonde ella eligiera. No había vuelta atrás.

—¿De dónde eres, Curio?

Se lo preguntó por última vez cuando llegaron al lago. Era pequeño y estaba rodeado de turberas, excepto por unos senderos estrechos y laberínticos que solo unos pocos conocían.

Ella los había guiado a través de esas sendas, y ahora estaban de pie bajo el roble marchito. Nadie sabía cuántos años tenía aquel árbol, o por qué había brotado en un lugar tan insólito, y nadie lo recordaba cuando estaba vivo. Hacía tiempo que había muerto. Tenía el tronco hueco y negro, y tan solo una pesada rama, que aún se extendía por encima de ellos.

Uno de sus hombres arrojó la cuerda para que colgara sobre la rama, mientras que otro tomaba el extremo de la soga y tiraba hacia abajo. El romano observaba en silencio. No dijo nada cuando lo desnudaron.

—¡Come! —ordenó ella, acercando un cuenco a la boca del centurión.

Este se giró, así que dos hombres lo agarraron y otro lo obligó a separar las mandíbulas.

—¡Come! —repitió ella, e introdujo a la fuerza las alubias en la boca del romano.

Un guerrero le cerró las mandíbulas y otro le tapó la nariz, forzándolo a tragar.

Ella incrustó su báculo en el suelo y tomó el garrote que él tenía. Se quedó sorprendido, porque había esperado que sería él quien asestaría el golpe, llegado el momento. Era importante que se descargara con fuerza suficiente como para matar.

—Soy de Útica —dijo el centurión. Aquellas palabras sonaron como un desafío.

—Los africanos son un pueblo valiente —respondió él en latín.

Un guerrero comprobó que las manos del centurión estuvieran bien atadas a la espalda. Luego deslizó la soga por la cabeza de Curio y la apretó.

El romano empezó a echar espuma por la boca.

—Muy valiente —añadió él en el idioma de las tribus.

Dos hombres tiraron de la cuerda y apretaron el lazo. Curio se puso de puntillas, pero ni siquiera eso era suficiente. Empezó a ahogarse.

Ella observaba, con la cara en la sombra de la capucha, como siempre. Los hombres siguieron tirando de la cuerda. El romano hizo todo lo posible para luchar contra ellos, pese a que le costaba respirar. La espuma goteaba de su barbilla sobre su pecho desnudo.

—¡Ahora! —dijo él, cuando le pareció que el romano estaba a punto de morir.

Los hombres relajaron un poco la cuerda. Ella levantó el garrote. Esperó, esperó, y luego asestó el golpe. La clava era de madera dura y pesada, pulida y vieja, tanto que parecía negra. El peso de arma, y la notable fuerza que aún conservaba aquel viejo brazo aplastaron el cráneo del

romano.

Estaba hecho.

Envolvieron el cadáver de Curio en una piel de ciervo, cosiéndosela alrededor del cuerpo. Luego levantaron los restos y los llevaron al pantano, empujándolos con pértigas hasta que desaparecieron en el lodo.

—Muy valiente —repitió él.

Y sintió que su poder se elevaba hasta las alturas.

IX

Fanum Cocidi

Al mediodía

Ferox y los demás siguieron al guerrero, dejando las colinas a sus espaldas. Aquella era una tierra desolada, las granjas estaban a media milla o incluso a una milla de distancia las unas de las otras. Un viento helado soplaba desde el norte, azotándoles la cara. Después se desvaneció, en un instante, y en su lugar sintieron el ardor del sol.

El guerrero dirigió su caballo hacia una empalizada circular situada sobre una suave elevación. Aquel era el santuario de Cocidio, lugar de guerra y celebración, y también el sitio donde los líderes de las tribus se reunían para dirimir sus disputas. Los sacerdotes no arbitraban, pero imponían en aquel lugar las reglas de la tregua. Los hombres podían discutir, pero no llegar a las manos, a menos que hicieran un juramento de luchar dentro de un círculo de lanzas. Esas peleas eran siempre a muerte, y conllevaban la muerte de todos los involucrados si no había un ganador claro. Los sacerdotes usaban un hacha de piedra para aplastar los cráneos de los heridos que ya no podían luchar.

En el santuario había mucha actividad. Aparte de a los hombres con los que se habían cruzado antes, vieron a otros guerreros, en grupos o cabalgando en solitario, que se dirigían al santuario o salían de él después de haber hecho su ofrenda. Pocos de ellos hablaban. Aquel no era un lugar para palabras ligeras. No decían más que lo necesario y se dedicaban a sus asuntos. Las huellas en la hierba y la profusión de rastros evidenciaban que mucha gente había pasado por allí en los dos últimos días.

Ferox bajó la mano para comprobar que su espada se deslizaba con facilidad fuera de la vaina. Vindex reparó en aquel gesto, porque ahora estaban cabalgando muy cerca el uno del otro, y suspiró. Su instinto le decía lo mismo. Aquello no iba a resultar sencillo. Sin embargo, una pelea parecía improbable, porque los sacerdotes y todos los guerreros que respondían a sus órdenes matarían a cualquiera que rompiera la tregua de aquel lugar.

Desmontaron al inicio del camino que ascendía hasta la entrada principal de la empalizada. Bran los estaba esperando, y un sacerdote vestido de blanco se encontraba junto a él. Uno de los lados de la cabeza del hombre estaba completamente afeitado, mientras que el otro tenía una melena que le llegaba hasta la cintura.

—No se permiten animales, excepto para el sacrificio —les dijo el sacerdote. Cuando le explicaron lo que había en el carro, replicó—: Si queréis entrar con él, tendréis que llevarlo vosotros mismos.

Carnaco asintió y saltó del asiento del conductor. Uno de los soldados lo ayudó a desatar el par de mulas. Luego, el gigantón se colocó el yugo mientras dos de los auxiliares empujaban desde detrás. La pendiente era suave, pero, aun así, la ascensión requería un esfuerzo, y los soldados gruñían mientras empujaban el vehículo. Carnaco no hizo el menor ruido.

Los demás caminaban por delante, a excepción del soldado que se había quedado con los caballos y las mulas.

La mayor parte de la empalizada que rodeaba el Gran Salón estaba vacía. Solo había unas pocas cabañas de menor tamaño y tres o cuatro tejos. En la hierba se veían círculos de lanzas, cada una de ellas rematada por una cabeza recién traída. Debía de haber al menos ochenta, y estaban colocando más en aquellos momentos. Las incursiones habían conllevado una buena cosecha.

La exposición seguía un orden concreto. Los hombres se colocaban en el mismo sitio que habían ocupado en el pasado sus familias, sus clanes y sus tribus, de modo que algunos círculos eran pequeños, y otros, muy grandes. Los sacerdotes decidían cuáles de entre ellos se habían ganado un lugar en el Salón de Cocidio y enviarían mensajes a las tribus para que cantaran las hazañas de los guerreros que los habían matado.

Un círculo de ocho lanzas estaba apartado de todos los demás. Rodeaba uno de los árboles y se encontraba más cerca de la pista central que el resto.

—¿Reconoces esa marca? —le susurró Ferox a Vindex mientras pasaban al lado.

—Oh, mierda, otra vez no —respondió el carveto. Alguien había hecho un símbolo con un cuchillo en la frente de cada una de las cabezas—. Creía que los habíamos matado a todos.

Los dos habían visitado la tierra natal de Ferox solo en una ocasión. Como solía ocurrirles, aquel viaje había desembocado en derramamiento de sangre y masacre.

—Menos a uno.

—Quizá —admitió Vindex—. Solo quizá. Pero ¿por qué aquí?

—¿Quién sabe? De momento, ya tenemos suficientes motivos para preocuparnos.

—Sí que los tenemos.

El camino los conducía alrededor del Salón, dejando este a la derecha. Las personas que iban en son de paz siempre pasaban frente a un desconocido, un pueblo, una granja o una vivienda en el sentido contrario, dejando a la vista su lado derecho, el que no se protegía con el escudo, para demostrar que sus intenciones eran pacíficas. En el santuario de Cocidio no había lugar para la paz. Incluso cuando los visitantes venían a hablar, se presentaban como guerreros armados y fuertes, como iguales ante el dios. Solo su valentía y la fuerza de su brazo situaban a uno por encima de otro.

El camino estaba muy pisado, duro después del verano, y las ruedas del carro avanzaban con tanta suavidad que Carnaco lo arrastraba sin necesitar la ayuda delos soldados. Después de superar el Salón llegaron a un campo en el que no se veían trofeos expuestos. Había algunas cabañas, corrales para los animales que esperaban el sacrificio y cuatro altos abedules plateados, que formaban un cuadrado. Entre ellos, la tierra se encontraba desnuda. Habían eliminado todo brote de hierba o de cualquier otra planta, y el terreno estaba tan nivelado como los patios de

armas del ejército.

—El Círculo —murmuró Vindex.

—Sí —dijo Bran. Algo en su tono hizo que el carveto lo mirara fijamente.

Senuna estaba esperando, flanqueada por dos sacerdotes y, a varios metros de distancia, por cuatro guerreros. La niña esbozó una leve sonrisa al ver a su padre. Luego hizo todo lo posible para mantener una expresión rígida y sin rastro de miedo.

—¿Tenéis a vuestro prisionero? —entonó uno de los sacerdotes, como si estuviera cantando una canción.

Era alto, exageradamente delgado, y, de encontrarse entre las fronteras del Imperio, se podría haber sospechado que fuera un eunuco, porque tenía una voz muy aguda. Ni por su fuerza ni por su actitud parecía un guardián muy adecuado para el dios de la guerra. El otro era más bajo, más ancho y su cara arrugada conservaba un solo ojo. Sin duda en su juventud había sido un guerrero de renombre, pero ahora sus brazos desnudos estaban viejos y delgados.

—Lo tenemos —respondió Ferox—. Está en el carro.

Hizo un gesto a los hombres, que desataron y quitaron la cubierta de cuero que cubría el vehículo. Tal vez fuese debido a que, de repente, la luz le pareció más brillante, o tal vez a alguna otra razón, pero, en ese momento, Vano levantó el torso y se quedó sentado. Miró a su alrededor, y parpadeó confundido.

—El festín está preparado —dijo. Luego se desplomó y volvió a quedarse tumbado.

—Que así sea —concedió el sacerdote tuerto.

—Estos hombres desafían a aquel que se hace llamar Ferox. —La voz del sacerdote alto parecía aún más aguda, casi un chirrido—. Aunque ese no es su verdadero nombre. Es romano, pero pertenece a las tribus y conoce nuestras costumbres.

—¿Cuál de vosotros es? —preguntó su compañero. Aunque era evidente que sabía quién era Ferox, porque fijó en él su único ojo—. Hablad.

Ferox se puso la mano sobre el corazón, con la palma abierta.

—Soy yo.

—¿Aceptas el desafío y su precio?

—Sí. Lo juro por el dios por el que mi tribu hace sus juramentos, y por el sol y la luna.

Mientras pronunciaba aquella fórmula, tuvo la extraña sensación de regresar a su juventud.

Incluso después de tantos años viviendo como un romano, aquello le parecía de lo más natural.

—Tocad los cuernos, echadlo a suertes y preparad el círculo. —La voz del sacerdote delgado había recuperado la calma y ahora era menos penetrante.

A Senuna le costaba esfuerzo calcular la duración de los preparativos, pero supuso que casi pasó una hora antes de que todo estuviera listo. Por suerte, no la llevaron de vuelta al Salón. El único al que dieron permiso para acercarse a ella fue a Bran, ya que Ferox y Vindex tenían que quedarse con su rehén.

—No lo entiendo —comentó, cuando los sacerdotes los llevaron hacia los cuatro abedules—. Creía que me iban a liberar. Creía… que todo había terminado.

—Confía en tu padre, princesa.

—¿Pero por qué tienen que luchar?

Bran reflexionó.

—Por orgullo, ira… y reputación. Ahora no se trata de Vano o de ti. Esupa y sus hermanos han jurado ser los escudos protectores de Vano. Es una costumbre de mi gente. Tienen el deber de protegerlo, pero han dejado que lo capturen. Es una mancha en su honor. Tienen que limpiarla o se ganarán el desprecio de los hombres.

—¿Así que se trata de eso?

Bran sonrió. El ruido a su alrededor aumentaba a medida que los cuernos sonaban. Una gran multitud se había reunido al tener la noticia del desafío. Los duelos en el santuario eran poco frecuentes y estaban destinados a la fama. El hecho de presenciarlos ya era honorable.

—Esupa es ambicioso. Se está labrando una buena reputación y ansía más fama. Si yo no mato a Vano, no me sorprendería que algún día los hermanos le den muerte para ocupar su puesto.

La multitud se abrió para dejar paso a los sacerdotes, que guiaron a los contendientes hasta uno de los árboles, el más cercano al Salón. El tuerto levantó su bastón con ambas manos y lo sostuvo por encima de la cabeza. Tras el último toque de los cuernos ceremoniales, el silencio cayó sobre el Fanum Cocidi. El sacerdote esperó, con el bastón aún en alto, durante lo que pareció una eternidad, hasta que un cuervo emitió su áspero canto.

—Ha llegado el momento —canturreó el flaco—. Que todos sepan que Esupa y sus hermanos Losio y Gavo piden un desagravio de sangre a aquel que se llama Ferox y que él ha aceptado. ¿Lo comprenden todos?

La multitud gruñó. Era un sonido extraño, que Senuna no había oído antes, casi como el grito de un jabalí.

—La suerte está echada. Pelearán los tres hermanos. El más joven irá primero.

—¡Tres! —Senuna jadeó sin poder contenerse, pero el sonido se perdió cuando el sacerdote continuó.

—Nadie puede marcharse hasta que el enemigo esté muerto. Eso se aplica también a todos los espectadores. Esta lucha acaba en la muerte, y solo la muerte permite que un alma parta antes de que termine.

Senuna miró a su espalda y vio que había otro sacerdote, más joven y con la cabeza rapada, que llevaba en la mano un hacha pulida y brillante. Miró a su alrededor y distinguió a otros tantos, de pie tras la multitud.

—Si aquel que se llama Ferox sobrevive, se lleva a su hija, la señora Senuna, y puede hacer lo que quiera con Vano de Lakeside.

Senuna no recordaba que nadie le hubiera pedido su nombre, y se preguntó cómo lo habían averiguado. No sabía que Vano tuviera un título. Claro que, antes de que todo aquello sucediera, ni siquiera había oído hablar de Vano.

—Si alguno de los hermanos sobrevive, tomará por esposa a la señora Senuna y recuperará la amistad de su señor. ¿Queda comprendido?

—Yo no lo entiendo —dijo Senuna, aunque su voz se perdió en el gruñido de aprobación de la multitud. Esta vez le recordó más a un ladrido.

—No se llevará armadura ni yelmo —canturreó el sacerdote—. Pues este es el lugar de Cocidio y el valiente lucha para matar, sin preocuparse por su propia seguridad. ¿Queda comprendido?

—¡Sí!

Senuna se sorprendió de que ahora los espectadores pronunciaran aquella palabra.

—¡Preparaos!

—¿Por qué tres? —le susurró a Bran, ahora que parecía haber una pausa—. ¿Odian a mi padre? ¿O es que odian a los romanos?

—Sí y sí. —Bran le dio una palmada en el hombro y sonrió—. Pero no se trata de eso. Se trata de reputación, y tu padre tiene una gran fama. Mucha gente lo odia, cualquiera con un poco de sentido común lo teme, y algunos buscan venganza por los parientes a los que él ha matado, o por las veces que los ha vencido. ¡Incluso hay unos pocos insensatos a los que tu padre les cae bien!

—Pero es injusto.

—Así es el mundo… Y tu madre diría que, incluso si es injusto, más vale no esperar más, no sea que los hermanos encuentren a más gentes para ayudarlos.

—¿De verdad mi padre es tan bueno?

—Ahora lo veremos, ¿no? —Bran sonrió—. De cualquier manera, o te vuelves a casa dentro de poco o te ganas un marido. Casarse es el sueño de cualquier chica, ¿verdad? Y tu padre es un viejo cabrón gruñón, así que, ¿quién va a echarlo de menos?

—Mi madre. Y a mí me lo echará en cara durante toda la vida.

—¿Ves? —señaló Bran—. Tienes más miedo a la reina que a lo que pueda pasarte. Y tu padre también, aunque nunca lo admitiría. Así que no puede morir, porque, si no, ella lo matará.

—Eso no tiene sentido.

—Así es el mundo, princesa, así es el mundo. —Bran la agarró del hombro—. Confía en él, es bueno.

Senuna asintió.

—Espero que tengas razón. Aun así, el hermano mediano es bastante guapo, en cierto modo.

Bran no se sorprendió. La niña se parecía mucho a su madre.

Ferox se quitó la cota de malla y el *subarmilis* acolchado que iba debajo de ella. Se preguntó si debería dejarse puesta la túnica, pero pensó que, sin el cinturón, le llegaría muy por debajo de las rodillas y era probable que le estorbase. Además, hacía calor. Pequeños detalles como aquellos tenían su importancia. Había leído manuales de autores griegos y romanos sobre el arte de la guerra y el mando militar; algunos, escritos incluso por hombres con conocimiento y experiencia. Todos recomendaban aprovechar cualquier ventaja posible, por pequeña que fuera, porque incluso el detalle más nimio podía marcar la diferencia.

Se quedó solo con las botas y los pantalones. Estaba listo.

—Si muero, ya sabes qué hacer —le dijo a Vindex.

—¿Desafiar a quien sea que haya quedado en pie y hacerlo pedazos?

—O esperar y llevarte a Senuna en cuanto se vayan. Lo dejo a tu elección.

—Bien —respondió su interlocutor.

No le deseó buena suerte a su amigo, pero cuando Ferox se acercó al borde del círculo, Vindex sacó la rueda de Taranis que colgaba de su cuello y la besó.

Gavo estaba al otro lado. Llevaba la mitad superior de la cara pintada de rojo y la mitad inferior, de negro. Tenía el pelo largo, casi tan negro como la pintura, y recogido en una trenza que le caía por la espalda. Iba descalzo, y solo vestía unos pantalones que le llegaban hasta la pantorrilla.

De momento, los dos contendientes tenían las manos vacías. Se giraron en dirección al Gran Salón y se tocaron la frente y el pecho en honor a Cocidio.

—¡Dos armas! —canturreó el sacerdote.

Gavo empuñó una espada larga. La hoja tenía muescas en algunos sitios. Era un arma pensada para dar tajos, del tipo que les gustaba a las tribus del norte, aunque esta tenía además una punta y un borde más afilado. En la mano izquierda portaba un escudo cuadrado, tachonado con círculos de hierro y una protuberancia central en forma de punta aguda. Los escudos contaban como armas, y este estaba diseñado para clavarse en el enemigo, además de para desviar sus ataques.

Ferox eligió su gladio, sonriendo al sentirlo en la mano, y el *pugio* que llevaba al otro lado de su cinto. A los legionarios aún les hacían entrega de ese tipo de daga, aunque pocos la usaban más que para cortar la carne. La mayoría de los auxiliares ya no la utilizaba, pero a Ferox siempre le había gustado. Con la daga en la mano izquierda y la espada en la derecha, se sentía equilibrado.

Las trompetas sonaron, ásperas.

—¡Empezad! —entonó el sacerdote.

X

Fanum Cocidi

—¡Soy Gavo, hijo de Eso, nieto de Cunomolto!

Ferox no respondió.

—En mi familia somos hombres fuertes, con las manos manchadas de sangre, feroces en la batalla.

Parte de la multitud soltó murmullos de aprobación. Ferox esperó.

—Somos los más ilustres en el clan del águila de los novantae. Todos nos conocen, y allí donde los hombres fuertes se reúnen y festejan, cantan sobre nosotros, nuestra fama y nuestras hazañas.

Gavo alzó el escudo y la espada para enfatizar sus palabras. Los murmullos aumentaron. Hizo una pausa y los espectadores miraron a su oponente, que seguía allí, sin hacer nada.

—Soy Gavo. Cuando tenía quince años maté un jabalí yo solo, clavándole en el vientre mi lanza, y así mi gente supo que yo era un adulto y un hombre de verdad.

Así hablaban los héroes cuando se preparaban para luchar. Ferox clavó la larga punta de su gladio en el suelo y esperó.

—Ya había cabalgado tres veces a la guerra, como hacen los muchachos de nuestro pueblo, para llevar la comida y cuidar de los caballos, y todos decían que lo hacía bien.

Los hombres asintieron. Esa era la costumbre de muchas tribus. Ferox empezó a juguetear con el *pugio*. El público apenas se molestaba en mirarlo, ya que se negaba a responder a su oponente.

—Desde entonces cabalgué como un guerrero, luché y maté. Quemé las granjas de nuestros enemigos, maté a sus hombres, tomé a sus mujeres. —Gavo estaba disfrutando de la admiración que recibía—. ¿Qué es esto? —Apuntó a Ferox con la espada—. ¿Quiénes son los siluros, sino perros del sur?

Casi todos los asistentes se mostraron de acuerdo, ya que, aparte de Ferox, allí no había ningún siluro. Gavo giró la cabeza para mirar, uno por uno, a todos los espectadores.

—¿Quién es este anciano? ¿Se merece que malgaste mi tiempo en matarlo? ¿Un canalla que lucha por los romanos y se lleva su oro? —Los hombres rugieron, mostrando su aprobación—. ¿Cómo se atreve a aparecer por aquí? Las hazañas que se cantan sobre él ocurrieron hace muchos

años. ¡Bah! ¡Debe de haber matado solo a hombres que le daban la espalda o que estaban dormidos! ¡Es débil y viejo! ¡Su alma ha muerto y no puede hablar! ¡Observad su expresión, como atontada, sin comprender que la muerte está cerca!

Los asistentes se rieron. Muchos agitaron los puños en el aire en señal de triunfo, porque detestaban a los romanos y a sus soldados, y acababan de saquear sus tierras y las de sus aliados.

—No sé si reír o llorar. No me imaginaba que tendría que matar de esta manera, a un perro viejo, de aliento débil y ojos ciegos, fuera de su…

Ferox se movió con rapidez. Levantó el *pugio*, aferró la punta con su mano derecha y lo lanzó con fuerza hacia delante. Gavo estaba mirando hacia otro lado, disfrutando de la aclamación, pero detectó el movimiento y se giró. El cuchillo se le clavó en la garganta. Dejó caer el escudo y la espada, mientras la sangre brotaba de la herida. Jadeando, atragantándose, agarró la empuñadura del arma con ambas manos y tiró de ella para extraerla. La sangre brotó espesa de su garganta, como un surtidor. Las rodillas le fallaron y cayó hacia delante, todavía jadeando, con los ojos abiertos de par en par, llenos de horror.

La multitud soltó una exclamación, mientras veían cómo el guerrero se desplomaba, golpeando primero con la cara el suelo enrojecido y regado de sangre. Algunos de los asistentes gritaron, furiosos. Los sacerdotes no dijeron nada. Senuna sintió arcadas, y no pudo evitar vomitar. Bran le dio unas palmadas en la espalda.

Losio ocupó su lugar en la pista cuadrada. No pareció prestar atención a los últimos estertores de su hermano menor. Había elegido un escudo redondo y liso, sin protuberancia central ni adornos, y una lanza de unos seis pies de largo, con una púa en el extremo posterior y una punta de hierro más grande de lo normal, con bordes dentados. Era un hombre delgado y nervudo, tan alto como Ferox, pero más ligero y quizá de pies más rápidos. También estaba desnudo, con el pelo cubierto de yeso y peinado hacia atrás, separado en mechones terminados en punta. No llevaba pintura, pero tenía el pecho y las piernas cubiertos de tatuajes con forma de remolinos.

Senuna soltó una risita, porque Losio era un hombre grande por naturaleza y cada uno de sus movimientos lo enfatizaba.

Ferox sacó su espada del suelo y se volvió hacia uno de los auxiliares.

—¿Me permites usar tu escudo?

—Soy Losio y he venido a matar —dijo el guerrero, directo.

Movió el brazo derecho como si fuera a arrojar la lanza. Ferox no reaccionó. Losio asintió y dio un paso adelante. Ferox también. El escudo que le habían prestado era ovalado, con una protuberancia en forma de cúpula en el centro. Los escudos de caballería solían ser más ligeros que los de infantería. Supuso que este llevaba dos capas de madera bajo la piel de becerro, en lugar de tres.

Ferox se movió hacia la derecha y Losio hizo lo mismo, yendo hacia la izquierda y manteniendo la distancia entre ellos. El círculo medía unos diez pasos de ancho, y cada uno había avanzado un par de pasos hacia el interior. No era conveniente que a un combatiente lo empujaran hacia el círculo de los espectadores, ya que el mínimo paso más allá de la línea de demarcación del terreno de lucha significaba la muerte.

Losio avanzó, porque moverse hacia el lado lo acercaría demasiado al cadáver de su hermano y no quería tropezarse con el cuerpo. Ferox dio un paso hacia él. En ese enfrentamiento entre una lanza y una espada, la distancia no jugaba a su favor. Losio hizo una finta a la derecha, luego a la

izquierda, y entonces se lanzó hacia delante, aún más rápido de lo que Ferox esperaba. Consiguió parar la lanza con su escudo. Fue un golpe fuerte, se oyó un crujido y la punta del arma enemiga atravesó la parte posterior del escudo. Ferox lo arrojó lejos, esperando que la lanza se quedase atrapada en la madera y pudiera arrancarla de la mano de su oponente, pero Losio era demasiado rápido. Ferox se arriesgó a dirigir su flanco desprotegido hacia el adversario para poder lanzar una estocada. Su contendiente la esquivó justo a tiempo y saltó hacia atrás. Y al instante, los dos estaban listos otra vez, observándose, con los escudos en alto y las armas dispuestas.

La multitud lanzó un gruñido de aprobación. Así era cómo luchaban los verdaderos guerreros.

Losio atacó de nuevo. Pareció repetir la misma maniobra, pero, en lugar de impulsarla hacia delante, desvió la hoja de la lanza hacia abajo, por debajo del escudo de Ferox, intentando que la gran punta de la lanza le abriera la pierna. El siluro retrocedió. Su oponente repitió el movimiento. Ferox saltó hacia delante y lanzó una estocada. Losio levantó el escudo en un movimiento desesperado, pero la hoja del centurión ya había atravesado su línea de defensa. Él novantae inclinó la cabeza hacia un lado para que la punta triangular del gladio le rasgara la mejilla, en lugar de introducirse por su boca. Se quedó con el carrillo abierto, salpicando sangre y saliva. Dejó caer su escudo, balanceó el asta de su lanza con todas sus fuerzas y asestó un golpe contra la pierna de Ferox. Fue como recibir un martillazo. El siluro retrocedió, con la pierna derecha débil y entumecida.

El guerrero escupió. De su boca salió buena parte de un diente, junto a una mezcla de sangre y carne arrancada.

—¡Bastardo! —Intentó decir, aunque su voz sonaba como un extraño gruñido.

Volvió a escupir, dirigió una mirada al escudo caído y decidió no usarlo. Agarró la lanza con ambas manos, lista para hundirla en el cuerpo de su adversario.

Ferox se forzó a mover la pierna. Notaba el sudor corriéndole por la espalda. Y aquello no era más que el principio… si es que vivía lo suficiente como para llegar al final del combate. No parecía tener nada roto. Aún no podía saber si Losio estaba debilitado o si pelearía de forma más salvaje a partir de ahora.

El guerrero avanzó, incluso más rápido que antes. Gritaba, aunque el sonido salía distorsionado. Ferox paró el primer golpe con el escudo. Vio cómo la punta de la lanza lo atravesaba, creando una hendidura más grande que la anterior. Se abalanzó hacia delante, girando y con el gladio dirigido hacia abajo, pero su pierna derecha casi se dobló al recibir el peso de avance, y el golpe tan solo alcanzó el extremo del muslo de su enemigo. Se apartaron el uno del otro. Y de repente, su pierna parecía volver a estar bien.

Losio sangraba con profusión por la cara y por la herida del muslo, pero distaba mucho de estar derrotado. Al levantar el escudo, listo para recibir el próximo ataque, Ferox notó que se estaba desintegrando. Las dos capas de madera estaban rotas, y apenas se sostenían gracias a la cubierta exterior.

El guerrero cargó contra él. Pero, en lugar de seguir lanzándose hacia delante, arrojó la lanza con las dos manos. Ferox tenía listo el escudo, esperando un ataque por arriba. La pesada cabeza del arma enemiga golpeó la madera, la hizo astillas y la atravesó. La punta le alcanzó cuerpo, cortando la carne.

Ferox arrojó el escudo hecho añicos y, con él, la lanza. Sintió dolor en el costado y notó cómo

fluía la sangre caliente. Losio lo fulminó con la mirada, sin tratar de huir ni de alcanzar su lanza.

—Mi hermano acabará contigo.

Las palabras eran apenas inteligibles. Las mejillas de Ferox quedaron salpicadas de gotas de sangre. Lanzó una estocada hacia delante, introduciendo la larga punta triangular de su espada a través del ojo derecho de su oponente.

Hubo un murmullo de aprobación por la valentía con que Losio había encarado la muerte, y por la actuación del vencedor. Ferox giró la hoja para extraerla y dejó caer a su adversario muerto. Se palpó el costado. La herida no era profunda, pero estaba perdiendo sangre y eso acabaría debilitándolo.

—Te agradecería que me dejaras tu escudo, soldado —le dijo al segundo auxiliar de caballería.

—Pídele que te firme un recibo —le aconsejó el primer soldado imperial, al que le habían destrozado el escudo.

Esupa eligió una *spatha* de caballería romana, una espada de doble filo, más larga que un gladio y de punta ancha; y un hacha con un mango de unos seis palmos de largo. Al igual que el de su hermano, su cabello estaba endurecido con yeso. Aunque, en su caso, la parte frontal de la cabeza estaba calva —era difícil saber si por elección o por necesidad—. Se había pintado de negro la cara y todo el cuerpo por encima del cinturón. Eso le daba una apariencia sobrenatural, encontraste con sus brillantes ojos azules. Parecía uno de los *lemures*, los espíritus muertos a los que tanto temían los romanos.

Ferox notó que Bran se tocaba dos veces la parte superior del brazo izquierdo, lo que significaba que el oponente era zurdo. Era bueno saberlo, aunque él mismo debería haberse dado cuenta de aquello durante el tiempo en que lo habían tenido prisionero. Se estaba haciendo viejo.

Rezó por poder envejecer aún más, agarró el escudo y dio un paso adelante.

—Saluda a tus hermanos de mi parte —dijo—. Eran hombres valientes.

Esupa abrió mucho los ojos. La parte blanca brilló, en contraste con la piel pintada. Tal vez le había sorprendido aquel repentino discurso del siluro, o quizá estaba enojado. Debía de tener unos treinta años y se movía con la probada confianza de un guerrero que ya había luchado y vencido. Era, sin duda alguna, el más peligroso de los tres. Pasado un momento, escupió, por toda respuesta.

El guerrero avanzó. Sus armas se balanceaban ligeramente, porque mantenía los brazos sueltos, listo para atacar. Ferox se adelantó también, más despacio que antes, porque, aunque la *spatha* era un poco más larga que su propio gladio, la diferencia era mínima. Se acercaron el uno al otro. Esupa intentó enganchar con la cabeza del hacha la parte superior del escudo del romano y tirar de él hacia abajo. Ferox lo levantó para alejar el arma de su oponente, pero estaba esperando el tajo de la *spatha* y lo paró con su gladio. Saltaron chispas cuando las hojas se entrechocaron. Ninguna se rompió.

Esupa descargó el hacha con fuerza en el escudo, atravesándolo, igual que había hecho su hermano, e intentó arrancárselo a su rival. Ferox saltó hacia él. Notó cómo su costado se retorcía de dolor, pero sorprendió a su oponente y lo golpeó con el escudo, derribándolo. Intentó clavarle la hoja, pero no podía apuntar bien. Su arma se enganchó en algo, luego se liberó, y Esupa consiguió alcanzarle el muslo derecho con un salvaje tajo circular. El siluro sintió un dolor feroz.

Se alejó, jadeando con fuerza. Pero, por desgracia, su adversario había liberado el hacha del

escudo, abriendo una brecha cerca de la protuberancia central. Ferox bajó la mirada hacia el tajo de la pierna. Aunque le parecía sentir el roce de un hierro candente, no era ni profundo ni malo. Pero sangraba, igual que la otra herida.

También Esupa se examinó la pierna. Un trozo de lana de la pernera de sus pantalones se había rasgado, y colgaba hacia abajo como una solapa. La piel se había raspado, nada más, y el guerrero se echó a reír. Parte de los espectadores sonrieron al ver aquello, y empezaron a susurrar. Enseguida, todos estaban sonriendo.

Los combatientes se acercaron de nuevo. Esta vez, Esupa tomó la delantera con la espada, asestando grandes golpes cortantes. Ferox los detuvo con el escudo, manteniendo la pierna izquierda adelantada y el gladio hacia atrás, en la posición de guardia baja que enseñaban los instructores del ejército, y que ya le resultaba tan familiar que le salía de forma instintiva. El novantae asestó golpe tras golpe contra el escudo, que, en más de una ocasión, resonaron contra el saliente en forma de cúpula. A Ferox se le entumeció el puño. El escudo tenía una hendidura y se estaba debilitando, pero aguantaba. Mientras tanto, el romano esperaba el golpe de hacha que vendría con la mano izquierda, sabiendo que ese sería el verdadero ataque.

Y llegó, más rápido de lo que había esperado y más abajo, por debajo del escudo y dirigido a su costado, casi sobre su anterior herida. Consiguió alejarse, restando al golpe gran parte de su fuerza. Sentía un dolor agónico allí donde su oponente lo había alcanzado, pero transformó aquel movimiento en un ataque, lanzando un tajo con fuerza. Esupa fue rápido, pero no lo bastante. El golpe le segó el brazo derecho, como el cuchillo de un carnicero. El guerrero chilló, dejando caer la espada. Ferox lo golpeó con el escudo, machacándole la cara, aplastándole la nariz. Pero el guerrero volvió a balancear el hacha, y la hoja laceró el muslo izquierdo del siluro. Este le dio otro golpetazo con el saliente del escudo, pero esta vez el guerrero respondió y atacó con fuerza. La cabeza del hacha atravesó el borde de latón de la parte superior del escudo. La madera se partió.

Los dos combatientes se alejaron tambaleándose, jadeando, respirando con dificultad, mientras la sangre manaba de sus heridas. En la cara de Esupa, la sangre procedente de la nariz tenía un color brillante sobre la pintura negra. Ferox se presionó con la mano izquierda la pierna, que no estaba tan mal. Pero la sangre salía a borbotones de las heridas de su costado. Esupa atacó como una serpiente, arrojando el hacha con todas sus fuerzas. Aquello cogió por sorpresa a Ferox. Levantó el gladio tan rápido como pudo, pero solo logró restarle un poco de fuerza al golpe, y el hacha se estrelló contra su hombro izquierdo. Avanzó, medio corriendo, medio tambaleándose, cargando contra el guerrero, que venía a su encuentro. La mano buena de Esupa se cerró alrededor de la garganta de Ferox y, cuando chocaron, la pierna del siluro cedió. Cayó al suelo, con su oponente encima. Había sangre en la cara de Ferox, la que salía de la mejilla cortada y la nariz rota de Esupa, y los dedos de este le aplastaban el cuello como un torno.

No podía respirar, pero todavía tenía la espada y su brazo izquierdo funcionaba, pese al dolor agónico del hombro. Era el más alto de los dos por un pelo, pero el más pesado por un amplio margen. Gruñendo a causa del esfuerzo, consiguió empujar al novantae y hacerlo rodar para dejarlo boca arriba. No había espacio para apuntar con la espada, así que descargó sobre la cara de Esupa el pomo, que tenía forma de huevo y estaba labrado en madera pesada para ayudar a equilibrar el gladio.

Los dedos de su adversario seguían apretándole cuello como un cepo de hierro, y a Ferox se le estaba empezando a nublar la vista. El mundo comenzaba a volverse negro. Volvió a martillear

con el pomo, reventándole un ojo a su enemigo. Siguió golpeando, una y otra vez, mientras la sangre le iba salpicando el rostro.

Al fin, la garra se soltó y la mano de Esupa cayó hacia atrás sin fuerzas. Ferox le asestó un nuevo golpe, y otro más. Pero, cuando recuperó la visión, comprobó que la cabeza de su oponente estaba absolutamente destrozada. Intentó ponerse en pie, pero no pudo, y tuvo que usar su espada como apoyo. Tenía la mano pegajosa de sangre y trozos de carne. Tambaleándose, ignoró a la multitud rugiente y miró a su adversario. Por increíble que pareciera, la mano izquierda seguía estirada hacia él, con los dedos curvados en un gesto de agarre. Se tambaleó hacia un lado, pero logró mantener el equilibrio y presionó con la punta del gladio, abriendo la garganta de Esupa hasta el hueso. La mano cayó hacia atrás y ya no se movió.

Ferox notó que su pierna cedía y cayó con fuerza, aterrizando sobre las nalgas, pero consiguió quedar sentado y no se desplomó. Con las fuerzas que le quedaban, levantó en alto su gladio mientras sonaban las trompetas. Los sirvientes delos sacerdotes se acercaron a por los cadáveres. Senuna corrió hacia su padre, pero, al llegar a él, dudó. No sabía si era conveniente tocarlo o no.

—Se ha respondido al desafío —canturreó el sacerdote delgado.

Los sirvientes decapitaron a los muertos, pero trataron sus cabezas con honor. Las llevarían al Salón, pues aquel era el lugar de Cocidio.

XI

Isurium Brigantum

Poco más de un mes después, tres días antes de las calendas de octubre

Ferox estaba vivo; y Senuna, a salvo. Y eso era lo que de verdad importaba. Sin embargo, se estaba haciendo viejo, y lo notó aún más en las semanas siguientes. Lo habían herido antes, muchas veces, y algunas de aquellas heridas habían sido peores que las de la pelea contra los tres hermanos. Pero ahora tardaba más en curarse. Sabía que le costaría más tiempo recuperar toda su energía, y aquello lo irritó, más aún al verse obligado a permanecer ocioso. Al menos ahora podía sentarse en el pequeño jardín vallado y pasear por la ciudad con un bastón, si le aparecía. Empezó a sentirse menos como un prisionero.

Lo habían traído en el carro desde Fanum Cocidi, porque no podía mantenerse en pie, y, mucho menos, montar a caballo. Durante el viaje, se había pasado la mayor parte del tiempo dormido. Habían liberado a Vano, que había vuelto a casa, porque Ferox no quería tenerlo prisionero y no había razón para matarlo. Bran también se había marchado; sin duda, algún día se ocuparía de su primo. El crédito que Vano había ganado al liderar la incursión se había visto afectado por la derrota de Esupa y sus hermanos, ya que todos ellos eran sus escudos protectores.

Primero, llevaron a Ferox a Magnis. Allí pasó unos días en el hospital de la guarnición, mientras le curaban y cosían las heridas. Siempre había creído que los médicos del ejército podían ser más peligrosos que cualquier enemigo declarado, así que se alegró cuando consideraron que estaba lo bastante bien como para trasladarse, y Claudia Enica vino con su carruaje. Por desgracia, ella optó por cabalgar junto a la *raeda*, en vez de quedarse dentro del vehículo.

—¡Ja! —se burló—. Como siempre, te portas como un cerdo en celo, y yo solo soy una pobre mujer indefensa. —Llevaba a la vista sus dos espadas e iba ataviada con su equipo de viaje y de combate—. Qué vergüenza. Te abalanzarías sobre mí, sin importar que se te abrieran las heridas, y morirías teniéndome debajo.

A Ferox le pareció que, al decir eso, a Enica le brillaron los ojos, pero no podía estar seguro.

Quizá estaba más herido de lo que quería creer, porque el viaje le resultó incómodo, aun a pesar de la buena suspensión de las ruedas de la *raeda*. Además de Vindex, había diez escoltas de la casa real, todos ellos armados y combatientes probados. No se habían producido nuevas incursiones, pero eso no significaba que se hubieran acabado. Y, aparte de eso, había otros

peligros.

Para decepción de Ferox, no fueron a la villa en la que él residía, sino que continuaron hacia el sur, a la casa de Isurium. Sin embargo, la villa no se había visto afectada por el ataque, ni habían perdido a ninguno de los suyos, aunque faltaban algunas cabezas de ganado.

—Es más cómodo. Y el médico que he contratado se quedará con nosotros —le explicó Enica —. Tendrás que aguantarte y ser educado con la gente.

Antes de que llegaran a la ciudad, la reina volvió a ponerse un vestido y ocupó su lugar en el carruaje, junto a él.

—Tranquilo —le dijo—, hago esto por la gente, no por ti, así que no te hagas ilusiones.

—Dirás que lo haces por los romanos —respondió él, porque a la mayoría de los brigantes no les importaba ver a su reina como guerrera.

—Nosotros somos romanos, querido, ¿o lo has olvidado?

—Ya sabes lo que quiero decir.

En respuesta, ella sonrió, se inclinó y lo besó, pero se apartó cuando él la rodeó con sus brazos.

—Recuerda lo que te he dicho. Tienes que esperar hasta que te recuperes… Te he dicho que esperes. Así está mejor. Bueno, ¿qué tal está mi cara?

—Preciosa.

—Eso dices, pero ¿qué sabrás tú? Tendré que traer a la sirvienta para que lo compruebe. Ahora duérmete, Flavio Ferox, y recupérate.

Fue mejorando, poco a poco, día a día. Como siempre, Claudia Enica había hecho bien llevándolo allí. Era frustrante no tener nada que hacer. Pero si se hubiera quedado en la villa, seguramente habría intentado salir a cabalgar antes de estar recuperado. Aquí no había ningún sitio al que ir, o, al menos, ninguno interesante. Y, ciertamente, no había forma de pasar desapercibido para escabullirse.

Se acercaba el otoño, podía sentirlo en el aire, incluso en aquel pequeño jardín. Las hojas eran marrones y pronto empezarían a caer. Sobre su cabeza, vio cómo los pájaros revoloteaban en grandes bandadas, preparándose para su largo viaje. Siempre se había preguntado adónde iban, cómo sabían el camino y percibían cuándo era el momento de volver. Antes, los druidas sabían aquellas cosas, pero los druidas habían desaparecido, porque los guardianes del santuario de Cocidio y todos los demás lugares sagrados eran sacerdotes, nada más que sacerdotes, sin las décadas de estudio necesarias para convertirse en druidas. El mundo estaba cambiando, como siempre hacía. Algunas estaciones y algunos estados de ánimo resultaban predecibles, pero otros no.

Ferox estaba vivo, pero el *princeps*, el señor Trajano, el hombre al que él había jurado servir estos últimos diecinueve años, había muerto. Resultaba que el emperador había fallecido en agosto, antes de que empezaran las grandes incursiones. Las noticias, incluso las grandes noticias como aquella, tardaban mucho tiempo viajar desde Cilicia hasta Britania.

—¿Lo conocías? —le había preguntado Claudia Enica al contárselo.

Los dos se habían sentado un rato en el jardín. Parecía cansada, como ocurría con frecuencia en estos días, porque aún se ocupaba de que las obras de la ciudad avanzasen con rapidez, y también trataba de ayudar a la gente a encontrar a sus familiares y sus posesiones, y a reconstruir las casas destruidas durante las incursiones.

—No mucho —respondió Ferox.

Recordaba a Trajano de joven, como fiel partidario de Domiciano, ese emperador tan odiado, que había sido condenado formalmente después de morir. En realidad, en aquellos tiempos Trajano no era más que un oficial que cumplía con su deber lo mejor posible. Ferox había hecho lo mismo, y vivía con pesadillas desde entonces.

—Coincidí con él algunas veces, pero no lo conocía de verdad.

—Yo coincidí con él en Roma —comentó ella—. No me prestó ninguna atención. A mí, la joven Claudia, tan devastadoramente hermosa y maravillosamente ingeniosa, ¿no es absurdo? Qué hombre más tonto. Hasta que me escuchó hablar de espadas y gladiadores con uno de sus tribunos, un tipo muy guapo de la guardia pretoriana.

—¿Tengo que estar celoso?

—Me decepcionaría que no lo estuvieras, y me enfadaría aún más si dudases de mí.

—Estoy confundido.

—Eres un hombre, ¿qué otra cosa puede esperarse? Pero estaba hablando, antes de que me interrumpieras tan groseramente. Allí estaba yo, discutiendo sobre la longitud de las espadas y las virtudes de los diferentes cortes y estocadas. Y el *princeps* estaba a mi espalda, sonriendo mientras me escuchaba. «Eres igual que un hombre, señora», me dijo, lo que supongo que era un cumplido. Me temo que, en realidad, no le gustaban las mujeres.

—Eso dicen.

—No hagas caso a los chismorreos. Era un buen hombre y un buen emperador, y ahora está muerto, el pobre. Lo han declarado un dios, así que no me cabe duda de que está complacido. Y tenemos un nuevo emperador.

—Adriano —dijo Ferox, sin inflexión en la voz.

—Sí, y ambos lo conocemos.

Ferox suspiró.

—¿Y no hay ningún otro aspirante?

—De momento, no. Al menos, no abiertamente, por lo que sabemos. Ha habido algunos arrestos, pero ningún problema serio. El ejército está recibiendo una bonificación para que las tropas se animen a renovar sus juramentos.

—Eso es bueno para nosotros —dijo Ferox.

—Tú estás de licencia. Así que, probablemente, no te darán nada.

—Qué suerte la mía.

Se quedaron un rato en silencio. Eso era algo raro, porque, aunque ella no charlaba tanto como cuando representaba el papel de Claudia, estaba acostumbrada a hablar mucho, igual que todos los brigantes. El chorro de palabras solo disminuía, y luego se detenía, cuando estaban uno en los brazos del otro. Ferox se sentía mejor, mucho mejor, así que decidió arriesgarse y puso la mano en la rodilla de su esposa. Ella la apartó.

—Estoy cansada, y tú todavía te estás recuperando, así que átate los calzones, viejo macho cabrío. —Esta vez, fue ella la que suspiró—. ¡Hombres! —comentó, con cariño—. Adriano ha decretado que Trajano celebre el triunfo sobre los partos que el Senado le ha concedido.

—¿Aunque esté muerto?

—Aunque esté muerto. Supongo que Trajano no puede negarse a eso, dadas las circunstancias, ¿verdad?

Ferox hizo otro intento por acariciar la pierna de su esposa. La seda de su vestido era maravillosamente suave.

—Es algo que nunca se ha hecho —dijo.

Ella le dio una bofetada para apartarlo.

—Bueno, eso podría aplicarse a otras cosas. Pero estaba diciendo algo, y tú me estás distrayendo con tu lascivia. ¿Qué era? Ah, sí. Mañana llega un visitante, un viejo amigo (aunque es joven, pero lo conocemos desde hace mucho tiempo), y quería hablar contigo de una cosa antes de reunirnos con él.

Feroz se quedó esperando. Pasado un rato, Enica le dio fuerte una palmada en la muñeca.

—Tienes unos modales atroces, así que será mejor que yo me encargue de llevar las dos partes de esta conversación. —Poniendo una voz profunda y áspera, continuó—: Bien, mi queridísima, dulce y hermosa esposa, mi verdadera reina. Comparado contigo, tengo tan poca gracia e ingenio como Polifemo, y veo incluso menos que él después de que Odiseo le sacara el ojo… ¿Por dónde iba yo? Eeeh, ah, sí, ¿puedes decirme quién es este invitado? —Recuperó su voz natural—: Bueno, mi pobre, patético y estúpido esposo, nunca lo adivinarás. —Volvió a su remedo de voz masculina—: No, no lo haré porque no tengo ni el mínimo atisbo de curiosidad, así que debo suplicarte que me ilumines. Te lo ruego, acaba con mi miseria, mira hacia abajo desde los cielos en los que moras, en la gloriosa belleza de la divinidad y dime quién viene. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Es Tito, el hijo mayor de Cerialis e hijastro de la querida Lepidina. —Frunció el ceño—. Eras una mala influencia para él y para los demás niños. Quizá haya sido una suerte que no estuvieras presente para corromper a tus propias hijas.

—No fue por elección mía.

—Lo sé. —Enica se acercó y le estrechó la mano—. Pero Tito ya es adulto. Tiene veinticinco años, pronto cumplirá veintiséis, y una de las últimas acciones del difunto *princeps* fue nombrarlo tribuno laticlavio de la Legio II Augusta.

—Es un poco mayor para eso.

—Sí —concedió ella—, pero, dado que su padre es un *eques* y solo su madre tiene el rango de *clarissima femina*, es un gran honor.

Había seis tribunos en cada legión, cinco de ellos de rango ecuestre. El que los dirigía siempre era un joven con buenas perspectivas de ingresar en el Senado a su debido tiempo.

—Su padre estará complacido.

Ferox conocía a Cerialis y a su esposa desde hacía mucho tiempo, desde que llegaron al fuerte de Vindolanda, cuando él era *regionarius*.

—Los dos están encantados.

Sulpicia Lepidina era una mujer notable. Ella y Ferox habían tenido una breve aventura amorosa. Claudia, siendo una de las amigas más íntimas de Lepidina, estaba al corriente de todo, y nunca se lo había echado en cara a su esposo. Cerialis no estaba enterado, al menos por lo que Ferox sabía. Eso lo molestaba desde hacía años, porque había llegado a apreciar y respetar a aquel hombre. También quería mucho a los niños, sobre todo a Marco, el más pequeño, que era hijo suyo.

—Marco está bien. —Claudia Enica no necesitaba preguntar a su esposo en qué estaba pensando—. Según me escribe Lepidina, el muchacho no piensa en otra carrera que no sea el ejército. Dice que quiere ser centurión, y ninguna otra cosa. Niño estúpido.

—Me alegrará ver a Tito —dijo Ferox.

—Sí, pero viene con órdenes de preparar una respuesta a las incursiones, y tenemos que ayudarlo. Eso significa que necesito ver qué hay en la retorcida mente de un hijo de los siluros.

—No es de extrañar que se produjeran esos ataques. Han estado fermentando durante años.

—Si la memoria no me falla, un detestable patán que servía como *centurio regionarius* informaba hace ya mucho de que ofrecíamos una impresión de debilidad.

Roma ha abandonado sus guarniciones en el lejano norte, y envía una unidad tras otra a fronteras lejanas, de las que nunca vuelven. Cuando nací (lo que, como cualquiera puede ver, sucedió no hace más de dieciséis veranos) había cuatro legiones estacionadas en Britania, y ahora hay dos.

—Los hombres del norte miran a Roma y ven un imperio que antes era poderoso, pero que ahora es débil y está en retirada. ¿Por qué deberían ser amigos nuestros si no nos temen y somos demasiado débiles para ayudarlos? —dijo Ferox.

—Cierto… Y aunque te sorprenda, las mujeres también lo notan; al menos, algunas de ellas. Aunque pocas mujeres lideran abiertamente, hay muchos jefes y reyes que actúan siempre bajo la guía de sus esposas.

—¿Y qué hay de las reinas?

Ella resopló.

—Fingimos que escuchamos a los hombres, sobre todo cuando los romanos están delante.

—¿Se te ha olvidado que somos romanos?

Claudia Enica lo ignoró.

—Así que solo era cuestión de tiempo, pero ¿no te parece que hay algo extraño en todo esto?

—Estaba planeado —dijo Ferox—. Lo normal es que se produzca una incursión aislada. Y, si los guerreros consiguen lo que querían, vuelven a intentarlo otra vez. Luego la historia se difunde y otros se animan a probar suerte. Pero, por lo que he oído, todo ha estado tranquilo durante el último año o así. Alguien ha tenido la idea, y ha convencido a muchos otros para unirse. Eso nunca resulta fácil entre las tribus.

—¿Alguna idea de quién puede haber sido? —preguntó ella.

—En realidad, no. He estado fuera demasiado tiempo. Pero lo que está pasando es algo más grande, y esto solo es el principio. Al fin y al cabo, las canciones sobre esta incursión se escucharán en todos los hogares a una distancia de cien millas o más al norte de la frontera. Han conseguido ganado, cabezas, prisioneros y todo lo que han querido, quemaban a su antojo, y la mayoría han vuelto a casa para jactarse de ello. Quedaban muy pocos soldados en la zona, y los que había no respondieron con rapidez ni de forma eficaz. Había demasiados oficiales lejos de la zona, en las maniobras, con las mejores tropas, o destinados de forma permanente a puestos más cómodos en otros lugares.

—Dos prefectos estaban de caza cuando comenzó la redada —informó Claudia Enica—. Dejaron sus cabezas fuera de Magnis.

—Mala suerte. Pero la conclusión es que, si antes parecíamos débiles, ahora damos la impresión de estar indefensos. Volverán. Así que ese es el trasfondo general, pero hay algunos detalles sospechosos. No han tocado mi granja, aunque estaba madura y al alcance de la mano.

La reina asintió.

—He leído que Aníbal no permitió que sus hombres tocaran las villas del gran Fabio

Máximo. Quería hacer creer a los demás romanos que Fabio era un traidor, que se había aliado en secreto con el enemigo.

—Las niñas no deberían leer libros destinados a los chicos.

Ella lo abofeteó de nuevo.

—¡Serás cerdo! A veces no sé para qué me molesto. Pero tú eres todo lo que hay, y no tengo paciencia para entrenar a otro marido. Les preocupas tú, y probablemente, yo también —añadió —. Somos una amenaza. No creo que el ataque a los pobres Atgivio y Aunilo fuera una casualidad… ni que formara parte de las incursiones. Lo más probable es que se trate de alguien de la tribu.

—Te buscaban a ti —dijo él con mirada seria—. Probablemente, para matarte. Tal vez quisieran llevarte prisionera. Pero lo más probable es que no.

Claudia Enica no mostró ni rastro de sorpresa, lo que indicaba que ella había llegado a la misma conclusión.

—¿Por qué? —preguntó.

—Lo sabremos si averiguamos quién está detrás de esto. No creo que su banda fuera como las demás. Pero, quienquiera que estuviera al mando, sabía que las incursiones iban a producirse y las usó como tapadera. Todo el mundo creería que había sido por casualidad, pero el caso es que habrían acabado contigo, de una forma u otra. Pero ¿por qué? ¿Se trata de alguien que quiere ocupar tu lugar a la cabeza de los brigantes? Hay bastantes candidatos. ¿O de alguien que teme que puedas unir a toda la tribu? No lo sé.

Claudia Enica asintió. Por una vez, no había nada que quisiera decir. Ferox le acarició la mejilla con los dedos y ella se lo permitió.

—Hay una cosa más. Antes de que todo empezara, mataron a ocho soldados cerca de un *burgus*, en la vía principal. Lo hicieron muy bien, con mucho cuidado, tal y como mi propia gente lo haría.

—¿Los siluros?

Él asintió.

—Eso mismo.

—¿Aquí, tan al norte?

—¿Por qué no? Yo mismo estoy aquí, al norte, como un cíclope cegado y torpe.

—Pero ¿qué significa eso?

Ella lo tomó de la mano. Sonreía.

—Que quizá cierto sobrino mío no está muerto, como yo pensaba. Había señales, ¿sabes? Señales que solo usa mi familia. Puede que no importe, pero es inteligente y despiadado. Todos lo eran, pero él, más incluso que el resto. Lo llamaban «el bastardo», y no por su nacimiento. Y mi familia es. —Ignoró la creciente sonrisa de su esposa—. Si está entrenando a los hombres en nuestra forma de luchar, eso podría tener consecuencias. Las tribus ya son lo bastante peligrosas sin necesidad de aprender más.

—Entonces tenemos mucho sobre lo que reflexionar —dijo ella—. Pero ahora tengo que irme, porque ya he pasado demasiado tiempo atendiendo a un inválido. Ferox mantuvo asida su mano un rato, antes de soltarla.

—Te quiero —le dijo.

—¡Por supuesto que sí! —Dio una palmadita en el hombro a su marido—. Asegúrate de

descansar. Todo se está curando bien, así que no lo arruines a estas alturas.

—Sí, mi reina.

—Eso está mejor. —Se apretó un instante el labio inferior con los dientes. Un extraño gesto infantil que él encontraba irresistible—. Así que Adriano es emperador.

—¿Es que lo dudabas? —Ferox se quedó pensativo un momento—. Será un buen emperador. Es un puñetero mierdecilla, pero probablemente será un buen emperador.

—Siempre me sorprendo cuando sueltas palabrotas. Eso es lo que tu gente llama «desperdiciar un buen enfado».

—Algunas personas se merecen palabrotas.

Ella se rio.

—¿Quieres que te mande a Senuna para que te haga compañía?

—Eso estaría bien.

—Pero sin usar palabrotas… No quiero que ella te enseñe alguna nueva.

—Solo querrá hablar de Bran.

Al día siguiente llegó Tito Flavio Cerialis, tribuno laticlavio de la Legio II Augusta. Con él venían una escolta de caballería y un liberto de la oficina del gobernador.

El tribuno traía órdenes para Ferox, y junto a ellas, un ascenso. El liberto tenía una carta explicando que Ferox había sido acusado de asesinato.

En el lejano norte

Durante el Samhain

Las hogueras ardían en el valle, por debajo del viejo fuerte. Aquella era la noche en la que las almas regresaron del Otro Mundo para caminar entre los vivos. Podías sentirlas pasar en el aire frío. Durante toda la noche, él se mantuvo de pie en las murallas, con la espada en una mano y la lanza en la otra. Ella le había dicho que escuchara, y él escuchó. La brisa era el susurro de sus antepasados y de los guerreros que habían vivido, luchado y muerto en aquel lugar durante incontables siglos. Lo aceptaban y él sentía que las fuerzas de todos ellos alimentaban la suya propia.

Habían puesto las cosas en marcha, y el comienzo había sido bueno. Los hombres lo llamaban «el Lobo». Ese era un nombre tan bueno como cualquiera de los otros que había usado a través de los años. Hablaban de lo que él había hecho, de cómo había acabado con las vidas de ocho soldados en un instante, antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando, y de cómo había matado a dos prefectos y se había burlado de los romanos dejándoles sus cabezas.

Los hombres venían para unirse y prestar juramento. Venían de muchas tribus, incluso algunos eran de los pueblos del sur, y otros, desertores del ejército. Todos eran bienvenidos si pasaban la prueba y pronunciaban el juramento. Ella había rechazado a cinco. Habían empalado sus cuerpos en estacas y los habían dejado pudriéndose a la entrada del valle. Casi doscientos se habían unido, para aprender de él y seguirlo a la guerra. Llegaban atraídos por su fama y su reputación, y por el poder que ella le había otorgado. Y aún vendrían más.

Él había dirigido una nueva incursión contra los romanos, preparándola con el mismo cuidado que la anterior. Esta vez se había llevado consigo al doble de hombres, y tendieron una emboscada a quince soldados de caballería romanos. La mitad de las monturas se rompieron las patas en las trampas que él había preparado, pero se quedaron con el resto y mataron a todos los soldados.

Hacía solo unos días, ella le había mandado castigar a los votadinos por golpear a un sirviente que les había enviado. Quemaron tres granjas, mataron por igual a personas y animales y no dejaron nada con vida. Cuando los votadinos reunieron una partida para perseguirlos, los condujo hasta una trampa. Los rodearon en un valle y masacraron a los ochenta hombres del grupo.

Ella los había traído a aquel lugar, un fuerte construido por gigantes en épocas pasadas, pero

abandonado hacía mucho tiempo. Iban construyendo las cabañas a medida que las necesitaban y reparando las defensas cuando disponían de tiempo. No es que tuvieran mucho, porque cada día él sacaba a los hombres y les enseñaba cómo esconderse y cómo esperar. Aquello no era un ejército, y ninguno tenía por qué obedecer, pero muchos lo seguían y aprendían. Esos serían sus guerreros más selectos.

Ella se quedó con otros, con sacerdotes y con algunos que afirmaban ser druidas o ver visiones en sueños. Las pruebas a las que los sometió fueron más duras, y la mitad de ellos murieron, pero los demás se movían entre sus hombres y los inspiraban. Cada incursión aumentaba su suministro de armas. Ella le había dicho que hicieran lo que quisieran con los trofeos, pero que los dioses no querían que les regalaran espadas, lanzas y armaduras; querían que todas aquellas cosas se usaran para expulsar a los romanos y recuperar las antiguas costumbres. Casi todos los hombres tenían espada, porque uno de los desertores había sido herrero en los talleres del ejército, e iba fabricando hojas en cuanto le traían hierro y carbón. Algunos de los hombres venían de lo más bajo. Algunos habían trabajado en las haciendas de los romanos o de los cerdos que se habían unido a ellos y vivían como romanos. Otros habían vivido marginados en sus tribus: los mendigos, los parias, los ladrones. A cualquiera que robara a uno de los suyos se le desollaba vivo, pero él solo había tenido que aplicar ese castigo una vez. Los hombres del fuerte, los seguidores del Lobo, respetaban sus juramentos y vivían en armonía, pues el castigo por levantar la mano los unos contra los otros también era la muerte.

Las reglas eran simples y los hombres las seguían, porque se estaban convirtiendo en una partida de guerra como nunca antes se había visto en aquellas tierras.

Cuando llegase la primavera, sería el momento de que los lobos aullasen.

XII

Nicomedia, en la provincia de Bitinia

De noche, el tercer día antes de los idus de noviembre

Adriano estaba tumbado en la cama, contemplando las vigas de madera talladas del techo. Se encontraba en una buena habitación, en una buena casa, sobre un buen colchón grueso, y se sentía exhausto. Sin embargo, no podía dormir.

Tenía cuarenta y un años, cumpliría cuarenta y dos en enero, y ya era *princeps*. Las estrellas habían predicho su ascenso a aquellos con la habilidad de saber leerlas, y él había trabajado muy duro para llegar hasta allí: los dioses —si es que alguna vez prestaban atención a los asuntos de los simples mortales— sabían cuánto se había esforzado.

El ejército lo había aceptado, y también el Senado, más o menos de buena gana, de modo que solo había tenido que destituir a unos pocos hombres. Sabía que a muchos les molestaba eso, y les molestaría más si algún día llegaban a saber que Sosio y otros agentes se habían encargado de causar algunas enfermedades y un par de accidentes. Hasta el momento, solo se había ejecutado a un hombre: a aquel viejo estúpido exiliado por conspiración en una isla hacía mucho tiempo, al que se le había metido en la cabeza la idea de salir de allí. El castigo por hacer aquello era justo y estaba claramente justificado. Pero eso no importaba, porque aquellas circunstancias pronto se olvidarían. Algunos senadores se indignarían al recibir la noticia. Tal vez fuera necesario descargar parte de la culpa sobre sus asesores y, llegado el momento, poner a Sosio fuera de circulación. No todos los métodos a los que había recurrido en el pasado eran apropiados para un sirviente del *princeps*.

Había deseado el título imperial y ahora lo tenía. Lo que significaba que, hasta su muerte, cada jornada estaría repleta de trabajo o de preocupaciones relacionadas con el trabajo. Aquel mismo día, había estado escuchando peticiones, se había retirado a sus estancias para trabajar con su personal y los miembros de su casa, escuchando cartas, leyendo cartas, dictando respuestas, hora tras hora. Aquello no tenía fin. No podía tenerlo, y menos si se tomaba en serio sus responsabilidades. Ya entendía por qué Tiberio había acabado destrozado por aquellas interminables demandas y solicitudes. Todos los habitantes del Imperio, desde los más importantes a los más humildes, sabían que el *princeps* tenía la autoridad suprema. Por lo tanto, si tenían un problema —o se les ofrecía una solución que no les gustaba—, acudían a él en persona

o le escribían.

Hoy, entre las cien —o quizás doscientas— pequeñas decisiones que había tomado, había dictado una carta para agradecer a los «Jóvenes de Pérgamo» el júbilo que expresaron cuando se convirtió en emperador. No tenía nada en contra de los jóvenes aristócratas de aquella ciudad, ni de cualquier otro lugar —de hecho, estaba seguro de que, si los conociera de manera informal, algunos de ellos resultarían ser cautivadores—, y se alegraba de que lo apoyaran, pero escuchar sus elogios había requerido de una enorme cantidad de tiempo y esfuerzo. Un griego nunca usaba diez palabras si podía expresar lo mismo con cien.

Tiberio no había sobrellevado bien todo aquello, ya que había conseguido el título imperial a una edad demasiado avanzada. Había dejado Roma, obligando a los peticionarios a seguirlo, y finalmente se había recluido en Capri. Adriano ignoraba si los rumores sobre el libertinaje al que el anciano se entregaba en aquella isla eran ciertos o no. Sí sabía que Tiberio había seguido trabajando, porque en el archivo se conservaban muchas de sus respuestas a las solicitudes, muchas de sus sentencias, que todavía seguían en vigor. El problema era que un emperador recluido solo podía ver y escuchar a ciertas personas, aquellas a las que sus subordinados de Roma permitían llegar hasta él. El principal de aquellos subalternos había sido el comandante de la guardia pretoriana, Sejano, un hombre al que el emperador finalmente se había visto forzado a matar. Ese era el dilema: si el emperador no analizaba todas las solicitudes y preguntas, o no leía todos los informes provenientes de todo el Imperio, muchos problemas podían enconarse, porque nadie hacía nada al respecto. O, peor aún, otros usurpaban aquella tarea. Y, a menos que fueran completamente leales y enormemente competentes —nada de lo cual se podía dar por supuesto— podían surgir peligros aún mayores.

Tiberio había dicho que liderar el Imperio era como a tener un lobo agarrado por las orejas. Todo lo que se podía hacer era aferrarse con fuerza y hacer todo lo posible para seguir montado en la espalda de la bestia. Si el jinete se soltaba y caía, moriría desgarrado. Los hombres recordaban a Tiberio como un hombre cruel, que había ordenado muchas muertes bajo falsos cargos. Sin embargo, había dirigido bien el Imperio y, como resultado, la mayoría de las provincias habían prosperado. Domiciano, de nombre maldito, no había sido un mal gobernante, a su manera, y había intentado trabajar duro y tomar buenas decisiones. Lo habían odiado desde el principio, y todas las ejecuciones que se produjeron solo significaban que aquel odio se había mantenido oculto hasta después de su muerte. ¿Cuál era frase que había pronunciado? «*¿Tengo que morir asesinado antes para os convenzáis de que están conspirando contra mí?*».

Adriano no creía que Domiciano hubiera sido cruel por el placer de serlo. Pero sobrevivir en este mundo, y, aún más, ayudar al Imperio a prosperar, requería de una buena dosis de crueldad. Tendrían que darse algunas muertes, ya que los hombres eran ambiciosos y algunos querrían ocupar su lugar como emperador. Se temía que ciertas de esas muertes llegarían pronto, porque intuía que los senadores estaban esperando para ver si alguien más se inclinaba a desafiar su gobierno. En cierta ocasión, el Divino Augusto le había dicho a Tiberio que no se preocupara por lo que los demás dijeran o escribieran sobre ellos, que solo se preocupara por lo que hicieran. Si no se les daba la oportunidad de levantarse contra él, quizás no tendría que matarlos. Un emperador aferrado a la espalda del lobo necesita cien ojos para mirar en todas direcciones a la vez.

Estaba decidido a ser un buen gobernante. La ambición era algo natural entre los hombres

preparados, pero él siempre había estado convencido de que quería elevarse a la cumbre porque era el más capacitado para dirigir el Imperio. Ahora tenía que demostrarlo, sobre todo a sí mismo. Así que trabajaría durante largas horas, durante días interminables, y daría formalmente las gracias a los jóvenes de Pérgamo y de cualquier otro lugar, para que estuvieran satisfechos y pudieran pasarse horas leyendo sus palabras, pronunciando discursos para darle las gracias por sus agradecimientos, e incluso esculpir algunos de aquellos discursos en piedra y preservarlos para siempre.

Trajano había intentado ser un buen emperador, pero le había faltado dedicación y, con demasiada frecuencia, había buscado alivio en la sencillez de la guerra. Adriano no participaría en guerras, excepto en aquellas que no pudiera evitar. Sin duda, habría muchas de esas. Ya tenían dificultades en Dacia, porque a su primo le había parecido conveniente desmantelar aquel reino y convertirlo en provincias. Y apenas unos días antes habían llegado noticias de que había graves problemas en Britania. A Roma nunca le faltarían guerras, y el ejército debía mantenerse bien preparado y eficiente. Así, existía la posibilidad de que los enemigos no iniciaran una guerra. Si lo hicieran, al menos sería más probable vencerlos, y sin sufrir demasiadas derrotas vergonzosas.

Adriano no iría a la caza de la conquista y la gloria. Casi todas las provincias orientales de Trajano ya habían desaparecido, y se habían retirado las guarniciones diseminadas a lo largo y ancho de aquellos territorios. Sospechaba que algunas de las conquistas dacias también tendrían que abandonarse. En lugar de eso, recuperarían las antiguas costumbres y confiarían en los aliados para mantener el control de aquellas fronteras, amenazándolos con las legiones si no mantenían su fidelidad.

Había mucho en qué pensar, y le resultaba difícil dormir porque siempre tenía demasiadas cosas en la cabeza. Ese era su destino. Y él lo había elegido.

En aquel momento, Adriano estaba preocupado por su esposa. No se llevaban bien. Nunca se habían llevado bien. Algo de culpa la tenían las diferencias entre ellos; diferencias de naturaleza, pura y simplemente, y de sus objetos de deseo. Sin embargo, tenía que reconocer que él había empeorado la situación. Al principio de su matrimonio, había dicho y hecho cosas que habían agriado su relación para siempre. Con la esperanza de despertar el amor, tanto en él como en ella, había ido demasiado lejos. Se había emborrachado en exceso, había perdido los estribos y se había comportado de forma brutal. Ella sufrió aterrorizada toda aquella experiencia, y luego se quedó sollozando, tumbada al lado de su esposo. Adriano nunca podría borrar el dolor que le había infligido.

El resto de las mujeres de la familia de Trajano siempre lo habían adorado, pero Sabina no podía. Y él no podía mirarla sin sentir una secreta repulsión y una pizca de culpabilidad. Antes de convertirse en *princeps* eso no importaba tanto, porque podían arreglárselas para no estar casi nunca en mutua compañía, y la mayor parte del tiempo ella vivía tranquilamente en una de sus villas. Pero eso ya no era posible, porque era la esposa del emperador y tenía que mostrarse en público. Para no restarle mérito, había que reconocer que ella estaba cumpliendo por completo con su deber, escuchando casi tantas peticiones como él, aunque la mayoría fueran de naturaleza trivial. Él sabía que Sabina odiaba todo aquello: que los extraños la examinasen con toda esa atención, y tener que saludar y dar las gracias a tanta gente, desde los senadores y sus esposas hasta las personas más humildes. En los últimos meses había habido momentos en los que, ya que él no podía amarla, al menos la admiraba. Sin embargo, se preguntaba cuánto tiempo duraría

aquello, y temía que ella hiciera algo estúpido o vergonzoso. Nunca había sido buena juzgando el carácter ajeno, y ahora había mucha gente que buscaba su favor. Adriano pasó largo tiempo entre esta y otras muchas preocupaciones, hasta que, por fin, el sueño llegó.

Acto II

XIII

Fanum Cocidi

Durante el consulado de Adriano y Cneo Pedanio Fusco Salinator, en las calendas de abril

1 de abril del año 118 d. C.

El viento empujaba ráfagas de llovizna bajo el dosel. Aquel era el lugar del consejo, empleado por las tribus durante generaciones cuando deseaban debatir un tema sin emplear amenazas ni armas. A pesar de eso, no se había construido un salón que proporcionase un refugio adecuado. Los asistentes se sentaban bajo una enorme tienda, construida con parches provenientes de cada tribu y cada clan, cosidos unos a otros. Se encontraba en el rincón más alejado del santuario, lejos del Gran Salón y del círculo. La empalizada ofrecía algo de protección por uno de sus lados, al menos, mientras soplara el viento del oeste. Ese día el clima era irregular y cambiante. De vez en cuando, un rocío húmedo bañaba a la delegación romana.

Esta era su segunda visita en un mes, y Ferox estaba más feliz. Sus heridas se habían curado, su fuerza y su resistencia estaban volviendo por fin y las reuniones lo mantenían ocupado. Nunca se sentía bien cuando tenía demasiado tiempo para darle vueltas a la cabeza.

—Diles que entendemos sus preocupaciones y que nos las tomamos en serio. Tito Cerialis se llevó la mano al pecho y esperó a que Ferox tradujera. A medida que pasaba el tiempo, iba adornando cada vez más su expresión, a la manera de aquellos consejos. Al principio, Ferox había necesitado embellecerlo todo, pero el joven Tito estaba prestando atención a las traducciones de lo que decían los jefes y aprendiendo de ellas.

—Y diles que Adriano, señor de la Tierra y gran rey de los romanos, siente su dolor. Si se descubre alguna irregularidad, se aplicará un castigo justo y se otorgará una recompensa.

Tito había hecho referencia a Adriano. A Ferox le costó esfuerzo pensar que el emperador ya no era Trajano. Sin embargo, para las tribus era mejor decir «César», un césar inmortal y todopoderoso, con todo el poder de Roma a su lado. Aun así, habría que convencer a todos de que Roma todavía era fuerte.

—Le damos las gracias. La verdad no se ha puesto en duda —dijo el anciano.

Debía de tener ochenta o noventa años y necesitaba que un joven guerrero lo sujetara para poder mantenerse de pie. Se habían reunido allí más de setenta líderes. El espacio bajo el dosel

estaba repleto de hombres sentados con las piernas cruzadas. Así lo hacían en aquella zona, a diferencia del sur, donde la tradición era sentarse en cuclillas. Ferox recordó que, hacía unos veinte años, había llevado a un prefecto recién llegado a un consejo similar. El cachorro declaró que los pantalones eran afeminados y se negó a usarlos, así que hizo el ridículo al intentar sentarse con las piernas cruzadas vestido con su túnica.

—¿«No se ha puesto en duda»? —susurró Tito al escuchar la traducción.

—Es costumbre decir eso —explicó Ferox.

El anciano había acusado a los romanos de robar setenta ovejas y una veintena de buenas vacas lecheras gordas durante los ataques cometidos en el otoño. «Expediciones punitivas», así las llamaba el ejército, aunque en esencia no eran mucho más que incursiones lanzadas por los romanos como represalia. Eso era precisamente lo que haría una tribu o un clan en respuesta a un ataque de sus vecinos.

Una expedición de castigo estaba muy bien, pero solo si servía para castigar a las personas adecuadas. Y los romanos no tenían más que una vaga idea sobre quién podía ser el responsable. Por suerte, como las tropas aún estaban regresando de sus maniobras de entrenamiento en el sur, y como a nadie se le había ocurrido prepararse para una operación importante reuniendo suministros y transportando animales y vehículos, esas expediciones estaban integradas solo por unas pocas columnas de soldados. Habían quemado algunas granjas —incluso tal vez hubieran acertado y atacado algunas donde realmente vivía alguno de los asaltantes—, habían ahuyentado a los animales y habían exigido a los líderes locales que se sometieran a Roma y entregaran las armas como señal de buena fe. Durante su estancia en Vindolanda, Ferox ya había visto esos pequeños montones de lanzas oxidadas, con las astas podridas, y de espadas rotas y llenas de muescas. No le había parecido nada imponente.

Un par de aquellos grupos de castigo habían llegado más lejos que el resto, porque sus comandantes, ansiosos, se habían mostrado demasiado audaces. Uno se había metido en serios problemas y tuvo que luchar para abrirse camino y poder regresar. Los guerreros le habían ido pisando los talones durante todo el trayecto, había perdido a una décima parte de sus hombres y un tercio de su cargamento y sus animales. Al otro le habían masacrado una patrulla y una docena de soldados, y el comandante era lo bastante estúpido como para considerarse afortunado. Esa era la columna que podía haberle quitado los animales a aquel anciano.

—A menos que fuera uno de los otros clanes —explicó Ferox en voz baja a Tito, en griego, porque cabía la posibilidad de que algunos de los allí reunidos supieran latín—. Y suponiendo que esos animales existieran en realidad. Me sorprendería que fueran tantos.

En general, los romanos no habían conseguido mucho, pero al menos habían mostrado voluntad de atacar, y eso podía ser suficiente para persuadir a todos de que era mejor conformarse con la gloria y el botín del verano pasado y quedarse satisfechos, imaginando que ya no volverían a sorprender a los romanos tan desprevenidos. Ahora que era primavera, los romanos estaban reuniendo una fuerza de campaña mucho más nutrida, y lista para atacar, con tropas venidas de todas las provincias, que estaban entrenando rigurosamente. Ferox estaba a cargo de organizar a varios miles de voluntarios de las tribus para unirse a los soldados regulares y reforzar su número. Ese trabajo debería haber venido acompañado de un ascenso, pero el cargo de asesinato seguía pendiendo sobre él. No es que hubiera llegado a los tribunales, porque los acusadores no tenían pruebas, solo sospechas. Taximágulo estaba muerto, y se sabía que a Ferox no le gustaba. En

consecuencia, le habían ordenado que ayudara a preparar la guerra, si es que esa guerra resultaba necesaria. Los romanos estaban reuniendo una fuerza como no se había visto desde hacía décadas.

Las tribus lo sabían, porque aquellas eran cosas que no podían mantenerse en secreto, por mucho que los romanos lo intentaran. Era poco probable que una repetición de las grandes incursiones volviera a tener éxito. La pregunta era si los romanos atacarían, sin importar lo que dijeran o hicieran las tribus. Esa duda, esa incertidumbre, podía ayudar al joven Tito, a Ferox y a los demás a convencer a los jefes de aceptar la paz, pero también se corría el riesgo de hacerles creer que no tenían nada que perder.

Ferox había trabajado para mantener la paz en estas tierras durante todos los años en que había servido como *regionarius*, intentando evitar el derramamiento de sangre y la destrucción que la guerra traía consigo, y que solía recaer sobre aquellos que no tenían nada que ver con el conflicto. En el proceso había matado a muchos hombres, a tantos que había perdido la cuenta hacía tiempo. En sus momentos más sombríos, esto le llevaba a preguntarse si él era como el propio Imperio, que predicaba la paz a punta de espada. Los siluros se habrían reído de aquella idea, porque ¿acaso no era la guerra algo natural para el hombre? Siempre habrá guerra, así que temednos, porque somos los más salvajes.

—¿Deberíamos hacerle un regalo? —preguntó Tito—. Como muestra de buena voluntad.

—Si hacemos eso por él, tendremos que hacerlo por todos —respondió Ferox—. ¿Tienes suficiente para permitirte algo así?

El tribuno negó con la cabeza.

—Entonces, una moneda bastará.

—Recibe este regalo como muestra de la buena voluntad del señor Adriano —declaró Tito, sosteniendo un denario de plata en su mano—. Este es su símbolo y su vínculo.

En realidad, la moneda mostraba a Nerva, el hombre que había adoptado a Trajano, pero eso no importaba. Sobre todo, porque Ferox seguía traduciendo «*César*» en lugar de «*Adriano*».

El joven guerrero extendió la mano para aceptar el regalo, soltando casi al anciano, que se tambaleó y estuvo a punto de caer.

—Este es el regalo de César, un señor generoso y poderoso, que reina sobre más reyes y más territorios de los que puedes contar. Es generoso, dadivoso, pero fuerte en su ira.

Ferox no estoy seguro con respecto a eso de la generosidad, porque había trabajado para Adriano durante mucho tiempo y había obtenido poco a cambio. En cuanto a su ira, el nuevo emperador era fuerte, ciertamente, pero, sobre todo, astuto.

—Nos da las gracias —tradujo Ferox, mientras ayudaban al anciano a sentarse.

Era uno de los jefes menores de un clan de selgovae, que vivía en una pequeña cañada en medio de los novantae. Ambas tribus estaban bien representadas allí, al igual que los votadinos del este, y también había damnonii y venicones del norte y algunos de los pequeños grupos de la región que no pertenecían a ninguna tribu. Habían venido muchos, pero Ferox estaba preocupado por los que no lo habían hecho, ya que era probable que fueran los adversarios más decididos. La mayoría de los que habían acudido eran viejos, aunque pocos lo eran tanto como el que acababa de recibir la moneda. Los hombres de edad avanzada tendían a ser cautelosos, y solían estar dispuestos a escuchar, incluso a prestar atención, ya que sus famosas hazañas y su reputación se habían perdido en el olvido hacía tiempo. Los jóvenes eran codiciosos, ansiosos y

temerarios. Pocos habían venido, aunque Bran y Vano se contaban entre ellos. Estaban allí para hablar en nombre de sus parientes. Cada uno de los presentes aceptó un denario. Al final, casi todos habían encontrado algún agravio que necesitaba una muestra de la buena voluntad del emperador, o requerían una recompensa a cambio de jurar su propia buena voluntad.

—Parecen satisfechos —sugirió Tito.

Se habían reunido después del amanecer y ahora apenas faltaba una hora para la puesta de sol. A lo largo del día, les habían traído comida y bebida en bandejas. De vez en cuando los hombres salían para hacer sus necesidades. Todos habían regresado, y algunos de los que habían llegado tarde también habían acabado tomando parte en la reunión.

—Tal vez.

Ferox tenía sus dudas acerca del último hombre en aparecer, un señor de los venicones, que venía sucio del viaje, y cuyo rostro le resultaba familiar. Aunque, dado que el recién llegado aún no tenía veinte años, tal vez hubiera conocido a su padre en el pasado. Hasta ahora se había quedado sentado en silencio, pero era obvio que los demás lo trataban con respeto.

—¿Quedan aún palabras por pronunciar en este consejo?

Los sacerdotes del santuario no tomaban parte en las discusiones, aparte de declarar cuándo se abría el turno de palabra y cuándo se cerraba. Ferox se alegraba, porque el flaco de la voz aguda estaba presente, y era un permanente recordatorio de su lucha contra los tres hermanos.

El joven se puso de pie, esperó que el sacerdote asintiera y luego habló.

—Soy Divixto, hijo de Divixto, y vengo como enviado de Tincomio, gran rey de los vacomagi y los venicones, señor de los caledonios y de muchos otros. Vengo a hablar con los enviados del señor César y deseo que todos los aquí reunidos sean testigos de mis palabras.

Eso era. Ferox había conocido al padre de aquel hombre hacía años, cuando había acompañado a otro joven tribuno a ver a Tincomio. Ese tribuno había muerto hacía unos cuatro años, mientras que Tincomio, igual que Ferox, se estaba haciendo viejo, lo que no significaba que fuera débil. Los vacomagi y los venicones nunca antes habían tenido un gran rey, hasta donde alcanzaba la memoria. Cuando Tincomio era niño, toda su familia había sido masacrada, y él había sido un fugitivo perseguido. Sin embargo, había regresado. Y, de alguna manera, había vencido o se había ganado a todos sus rivales, aprovechando cada éxito precedente para favorecer el siguiente. A algunos jefes y reyes menores les gustaba, porque tenía encanto y sabía inspirar a los demás. Muchos otros habían llegado a temerlo, y habían decidido obedecerlo mientras siguiera siendo fuerte. Y con el paso de los años, se habían acostumbrado a la situación, porque el gran rey nunca parecía débil.

A Ferox le gustaba Tincomio y lo respetaba demasiado como para confiar en él. El gran rey era ambicioso, muy ambicioso. En su ascenso lo había ayudado mucho que los romanos se retiraran de las Tierras Altas del norte. Los romanos habían humillado a los reyes y las tribus, perturbando el equilibrio que existía entre ellos, lo que había facilitado el surgimiento de un líder. Durante veinte años, Tincomio había buscado la amistad y la alianza con Roma, y las había conseguido; en gran parte, porque los romanos no tenían fuerza suficiente para desafiarlo. Para los sucesivos legados destinados en Britania resultaba más fácil tratar con un gran rey que, más o menos, cumplía su palabra, en lugar de con muchos líderes diferentes. Tincomio nunca había provocado a los romanos, y aunque su poder seguía creciendo, no suponía abiertamente un desafío a Roma. Sin embargo, a medida que los romanos iban retrocediendo, cada vez más líderes

del sur se mostraban dispuestos a reconocer al gran rey. Ferox había hecho todo lo posible por explicarle todo eso a Tito, aunque no había entrado en detalles. No esperaba que Tincomio presentase ninguna reclamación.

—En nombre de nuestro legado y en nombre del gran César, te doy la bienvenida a este consejo y escucharé tus palabras —dijo Tito, y esperó a que Ferox tradujera.

Divixto sonrió.

—Permíteme, ante todo, transmitir la tristeza del gran rey por la muerte del césar Trajano, y su alegría por el ascenso al trono de su primo, el césar Adriano.

Tito lanzó una rápida mirada a Ferox. Este le había asegurado que nadie sabía quién era en realidad el emperador. El centurión se encogió de hombros. Por supuesto, Tincomio lo sabía, pensó para sí mismo. El gran rey siempre lo sabía.

—Le agradezco su pésame y sus felicitaciones, y se los comunicaré al legado, que los transmitirá a Roma.

—Mi señor Tincomio también desea extender sus saludos a ti, Tito Flavio Cerialis. Tu padre ganó gran fama en el norte a la cabeza de sus valientes bátavos, y su esposa era igualmente famosa por su gracia, belleza y valentía. Mi señor confía en que tu padre y el resto de tu familia se encuentren bien. También está contento de ver que el hijo de Cerialis ha iniciado una carrera tan distinguida.

Una vez más, podía contarse con que el gran rey supiera aquellas cosas, y con que demostrase ante los demás que las sabía.

—Agradezco nuevamente a tu señor su interés. Todos están bien. Mi padre habla a menudo del gran rey, y lo alaba mucho.

Qué mentiroso, pensó Ferox. Pero era un buen mentiroso, y eso suponía una ventaja para alguien encargado de tareas como aquella.

—Y también… —Divixto carraspeó, con una vergüenza que parecía sincera— mi señor me ordenó pronunciar estas palabras exactas, y no otras, y me ordenó… que dijera que… que estaba complacido de ver que ese viejo pícaro de Flavio Ferox aún no estaba muerto, para felicitarlo por la victoria que había alcanzado en este mismo sitio, y maravillarse de nuevo de que una mujer tan hermosa y una reina tan grande como Enica de los brigantes se rebajara a casarse con alguien así.

Aquel no era un lugar para hablar a la ligera, ni para las risas, pero había excepciones. Cuando las carcajadas se apagaron, Ferox, que estaba al lado de Tito, se levantó y asintió.

—Asegúrale a tu señor que todavía no estoy muerto, y agradécele su preocupación.

—Mi señor también está seguro de que no mataste a ese Taximágulo ni a sus hombres.

—Es muy amable por su parte.

Eso también era típico de Tincomio. Solo los dioses sabían cómo se había enterado de la acusación de asesinato. Habían encontrado muertos a Taximágulo y a varios de sus hombres tras las incursiones.

Divixto sonrió.

—Mi señor dice que no habrías sido tan estúpido como para dejar rastro.

Tito carraspeó.

—Aunque esta conversación es buena y agradable, la hora es tardía, y nos gustaría escuchar lo que el gran rey desea decir.

Ferox intuía que Divixto entendía el latín, aunque esperó pacientemente la traducción.

—El gran rey es vigoroso y poderoso, y aunque ha visto más de cincuenta veranos, conserva una mente aguda, un cuerpo sano y un brazo fuerte. —Hubo murmullos de aprobación de la mayoría de los jefes que habían prestado juramento a Tincomio—. Sin embargo, un día, como les sucede a todos los hombres, ya sean humildes o encumbrados, sus días terminarán y su alma viajará al otro mundo, donde vivirá en honor y gloria. —Los jefes asintieron, porque esa era la pura verdad—. Cuando llegue ese momento, Tincomio transmitirá el gobierno a su amado hijo, el poderoso Epático. ¡Todos vosotros habéis oído hablar de sus hazañas en la guerra!

—¡Sí! —Aquel asentimiento fue coreado de inmediato, y parecía sincero.

—Los reyes leales a mi señor, y los jefes, y todo el pueblo, aman a Epático y confían en él. —Esta vez, Divixto no esperó a que el público manifestara su acuerdo, tal vez en caso de que fuera menos entusiasta—. Tincomio confía en que la buena voluntad y la amistad que siempre ha mostrado a Roma sigan floreciendo con la misma fuerza durante el reinado de su hijo. Por eso, desea que el césar Adriano reconozca a Epático como sucesor del gran rey y como amigo. Para que, cuando sea aclamado como nuevo gran rey, los romanos se unan a la celebración y lo reconozcan y lo admitan como amigo, ayudándolo, igual que él los ayudará siempre a ellos.

Ahí estaba. Ese era el objetivo de todo. Tincomio quería que los romanos aceptaran su reinado como algo permanente, como un gobierno que podía transmitir a sus herederos después de su muerte.

—Estoy seguro de que mi legado y mi señor Adriano considerarán la propuesta del gran rey con enorme interés —dijo Tito, hablando despacio y con cuidado—. Ese asunto es demasiado importante para que yo lo decida, pero transmitiré tus palabras a mi gobernador.

Mientras Ferox traducía, Divixto sacó un documento del interior de su túnica. El papiro era escaso y caro en el norte de la provincia, y más aún, al otro lado de la frontera. Pero resultaba evidente que aquel rollo era de buena calidad, e incluso estaba sellado de forma correcta. El portavoz del gran rey esperó cortésmente a que Ferox terminara, antes de avanzar y entregárselo a Tito.

—Mi señor sabe que la costumbre romana es dejar estas cosas por escrito —dijo, en un latín con acento, pero, claro, antes de volver al lenguaje de las tribus—. El gran rey solicita que vosotros dos seáis elegidos como fiadores del acuerdo, cuando, llegado el momento, el gran César lo acepte. Tú, Tito Cerialis, como hijo de tu padre, de la casa real de los bátavos, y como futuro senador de Roma; y tú, Flavio Ferox, que aclamaste el valor del gran Epático en su primera batalla y lo saludaste como guerrero. Ambos sois amigos y hombres de honor.

—Agradezco al gran rey su cortesía y el gran privilegio que esta implica, aunque repito que no tengo la autoridad… —Tito miró a Ferox, preguntándose si las tribus usaban esa palabra— necesaria para aceptar en nombre de mi señor.

—Por supuesto, esa es la razón de que el gran rey lo haya declarado todo por escrito en su carta. Entrega esto a tu gobernador, para que pueda entregárselo a su césar. Mi señor es consciente de que todo eso llevará su tiempo. —Divixto inclinó la cabeza y se sentó.

—¿Quedan aún palabras por pronunciar en este consejo? —Trinó el sacerdote delgado. Nadie respondió—. Entonces, ha concluido.

—¿De verdad aclamaste a ese joven en su primera batalla? —preguntó Tito al salir, hablando en griego para asegurarse de que nadie los entendía.

—¿A Epático? Por lo que yo recuerdo, lo golpeé y le dije que se fuera, y de forma nada

educada —explicó Ferox—. No sabía quién era. Pero todos se quedaron admirados. El chico había luchado contra un guerrero famoso (yo, si puedes creerlo) y había salido con vida. Por supuesto, le seguí el juego cuando me enteré. Sin duda, Tincomio sabe la verdad, pero ¿qué importa eso?

—Ya veo. Entonces, ¿qué es lo que quiere ahora ese gran rey? No creo que el Senado lo haya reconocido formalmente como *rex et amicus*, ¿verdad? Y, normalmente, no tendría derecho a nombrar a su sucesor a menos que haya recibido realmente ese favor. —Detectó la expresión de ligera sorpresa de Ferox—. Leo libros, ¿sabes?

Tito tendía a echar la cabeza hacia atrás. Su columna vertebral no estaba recta, aunque su coraza se había diseñado para ocultar que tenía los hombros arqueados hacia delante, lo que lo hacía parecer más fornido de lo que era realidad. Había aprendido a aceptar aquella deformidad, aunque le confería una forma de andar extrañamente rígida. Podía caminar bastante bien, durante el tiempo necesario, y era un jinete excelente. Correr ya era otra cosa, y hacía todo lo posible por evitarlo.

—Si ese tipo es tan listo como dices (y eso significa confiar en el juicio de un viejo pícaro), entonces es que está tramando algo —continuó—. ¿Pero busca obtener ventaja sobre nosotros o sobre sus propios súbditos y vecinos?

—Ambas cosas, probablemente —sugirió Ferox—. Puedes confiar en Tincomio mientras le interese mantenerse fiel a nosotros, ni más ni menos. En realidad, es muy parecido a los romanos.

Al cruzar la puerta, les resultó imposible seguir con la conversación. Los recibió un gran rugido de alegría. Un hombre enorme, incluso una cabeza más alto que Ferox, saltó hacia delante y palmeó los hombros del centurión. La sensación era parecida a la de ser aporreado por un martillo.

—¡Ferox! —bramó el gigante, con un extraño acento que, en cierto modo, le recordó a Tito su patria bátava—. ¡Ja, viejo perro!

Ferox sonrió.

—Este es Ganasco —explicó—. Es un amigo, y el mejor guerrero de Tincomio.

El hombre era tan viejo como Ferox, con el pelo largo y la barba teñidos de un rojo vivo, sin duda porque se habían vuelto grises. Cuando se conocieron, Ferox luchó contra él y quedó asombrado por la velocidad y la fuerza de aquel enorme germano. Los refuerzos habían llegado a tiempo; de lo contrario, no estaba seguro de que hubiera sobrevivido. Después de eso, los dos habían luchado codo con codo en más de una ocasión. Incluso después de todos estos años, no le apetecía volver a cruzar la espada con él. El germano exhibía una gran barriga, pues siempre había comido y bebido como si no hubiera un mañana, pero seguía teniendo unos brazos y unas piernas enormes y fuertes.

Hablaron durante un rato. El gigante explicó que él y media docena más habían venido como escolta de Divixto.

—Es bueno volver a verte —prosiguió—. Como en los viejos tiempos.

—¿Cómo está tu hermana? —le preguntó Ferox. Ella era la compañera, o la esposa, de Tincomio, y su consejera de mayor confianza.

El germano frunció el ceño y respondió en voz baja… Baja, según sus estándares, porque todavía debía de ser audible a cincuenta pasos de distancia.

—El invierno pasado. La fiebre. —Fue todo lo que dijo.

—Lo siento mucho.

—Era una buena hermana —gruñó Ganasco—. Sabía ver lejos, y hondo. Ahora las cosas han cambiado.

Apareció Divixto, sonriente y amistoso, pero la conversación se volvió menos cómoda. Y los romanos estaban deseosos de partir, porque querían realizar al menos parte del viaje antes de que cayera la noche.

—¿Listo para partir? —preguntó Tito, mirando hacia atrás, a la docena de soldados que le servían como escolta.

—Sí, señor —respondió el de mayor rango, un *duplicarius*, que recibía el doble de paga que los demás.

—Entonces, vámonos.

Ferox se retrasó un poco y devolvió el saludo a Ganasco cuando este levantó la mano. Se preguntó a qué se referiría su viejo amigo al decir que las cosas habían cambiado.

XIV

En la región montañosa de Dacia

Tres días antes de los idus de abril

Un trazo de pluma había convertido a un rey de los roxolanos, cubierto de tatuajes, en un ciudadano romano, con el extravagante nombre de Publio Elio Rasparagano. Quedaba confirmada por escrito una decisión tomada unas semanas antes, cuando se habían reunido cerca de las orillas del Danubio. En teoría, el rey quedaba sujeto a la justicia romana, que defendería sus derechos frente a otros posibles aspirantes, y podía casarse con una ciudadana romana si así lo deseaba… y ella estaba dispuesta, por supuesto. No sería el primero ni el último bárbaro que, sin hablar una palabra de latín, fuera recibido como miembro de la *res publica*, la gloriosa comunidad romana. En la práctica, aquel hombre ya no tendría derecho a exigir un cuantioso subsidio a cambio de proteger a los comerciantes romanos que visitaban sus tierras, pero había aceptado su reconocimiento como rey como una recompensa mucho más valiosa.

Los roxolanos eran excelentes jinetes, y sus líderes y guerreros se movían según las estaciones, mientras sus familias los seguían en carretas. Rara vez se podía confiar en pueblos como aquellos, ya que carecían de la estabilidad de las comunidades asentadas. Pero, por el momento, Adriano podía darse por satisfecho. Y eso, junto a los tratos firmados con todos los demás líderes y la amenaza de represalias, ayudaría a pacificar el área, por ahora. Había que vivir la vida en cada instante, porque, al fin y al cabo, era tan transitoria para un *princeps* como para un esclavo, o para ese bandido con melena que ahora llevaba el nombre de la familia de Adriano, Elio. Se preguntó si alguien contaba cuántos nuevos ciudadanos creaba cada emperador, dándoles su nombre. Sospechaba que habría algún empleado en Roma que llevaba esa cuenta, y que estaría ansioso por dar la respuesta a cualquier persona de autoridad.

El trabajo continuaba. Iba creciendo, en lugar de disminuir, ya que cada nueva decisión conducía a una docena más, pero todavía se aferraba a las orejas del lobo, una imagen muy adecuada aquella mañana, en la que los sabuesos ladraban inquietos, ansiosos por que los soltaran.

La frontera oriental parecía estable, por el momento. Los partos estaban demasiado ocupados luchando entre ellos como para crear problemas a Roma. Pero la cuestión de Dacia necesitaba resolverse, porque Trajano había conquistado todo el antiguo reino de Decébalo, y no valía la pena conservarlo al completo, dado el alto coste de mantenimiento de las guarniciones. Eso

significaba que parte de las tierras se abandonarían y las tribus tendrían que valerse por sí mismas en el futuro, bajo la amenaza de que las legiones regresarían sin dar cuartel si así resultaba más barato mantenerlas bajo control. Lo que, a su vez, significaba que muchos senadores se pondrían a lamentarse por la pérdida del vigor de los antiguos romanos, que los impulsaba a expandir el Imperio, para que su gran poder aumentara cada vez más., un espíritu que había florecido bajo el reinado de Trajano.

No se lo dirían a Adriano a la cara, por supuesto. Todavía no.

Avidio Nigrino se acercó a él.

—Los cazadores me dicen que ya está todo preparado, mi señor.

Era un hombre alto y delgado, de ojos grises, piel bronceada y nariz aguileña. Su cabello estaba encaneciendo, pero antaño era de ese color castaño claro que, por lo general, significaba que algún miembro de la familia provenía de la Galia Cisalpina.

—Bien —respondió Adriano.

Era obvio para cualquiera que la partida estaba preparada, pero el tono de Nigrino sugería un nivel de incertidumbre poco común en él. Adriano lo había nombrado legado de Dacia. Había sido una de sus primeras decisiones tras convertirse en *princeps*. Su primera tarea había consistido hacer frente a una crisis, ya que varias bandas de carpos, dacios libres y sármatas habían atacado la provincia. Nigrino lo había hecho bien, luchando durante el invierno para expulsar a los invasores y castigándolos después.

—¿Doy la señal? —preguntó Nigrino. Sonreía con rigidez—. Los cazadores dicen que se han avistado jabalíes, lobos y osos. Deberíamos tener un buen día de caza.

—Bien.

—Creo que seguirá haciendo buen tiempo.

Adriano asintió. Estaban a bastante altura y había amanecido hacía poco, así que su aliento formaba nubes de vapor. Estaba rígido, porque habían acampado allí para no tener que cabalgar nada antes de la caza.

Aquello era un capricho, el primero que se había permitido en ese año, porque cuando cazaba no era probable que alguien empezara un discurso en beneficio propio, o solicitara permiso para presentar una petición. Solo durante un día podría volver a ser Elio Adriano, el cazador, no el emperador. Era lo más parecido a la libertad que conseguiría nunca. Ansiaba golpear con los talones a su semental, lanzarlo a la carrera y galopar rápido, lejos, con el viento en el cabello, abandonándose a ese momento. ¿Era mucho pedir?

—Mi señor, soy consciente de que quizá este no sea el mejor momento, pero ¿has tenido oportunidad de considerar el caso de mi prima? —preguntó Nigrino en voz baja, para que nadie más lo oyera.

Eran el grupo más reducido posible, teniendo en cuenta que se trataba del séquito del *princeps*. Había treinta hombres o más en calidad de cazadores, palafreneros y para cuidar a los perros, más otros quince esclavos encargados de atender a los miembros de la partida cuando regresaran hambrientos y sedientos. Nigrino traía a seis jinetes de la escolta del gobernador, soldados auxiliares desplazados de sus unidades y bajo el mando de un centurión. Aparte de un par de tribunos de la guardia pretoriana, Adriano tenía a una docena de sus guardias a caballo, los *singulares Augusti*. Todos llevaban armaduras y, como de costumbre, brillaban tanto que se preguntó cuánto tardarían en desgastarse el hierro y el bronce al someterlos a una limpieza tan

vigorosa. Sus hombres portaban escudos hexagonales, excepto los dos arqueros, que tenían pequeños escudos colgados detrás de la silla. Los soldados de caballería tenían que permanecer cerca de él, en caso de que hubiera algún peligro. Con un equipo tan pesado, no podía esperarse que siguieran el ritmo de los cazadores, la mayoría de los cuales habían sido elegidos por el legado y conocían bien aquellas montañas.

—… Así que, aunque todos lamentamos su juvenil impetuosidad, tales cosas son señal de una naturaleza ansiosa y apasionada. Y estoy seguro de que él aprenderá a controlarlas. De hecho, ese puesto en la legión lo ayudaría a adquirir una mayor disciplina.

Adriano se giró y clavó la mirada en Nigrino.

—Mis disculpas, señor —dijo el legado—. Estropear un día de descanso no es algo propio de un amigo. Lo lamento mucho. —Se veía que estaba tenso—. ¿Nos vamos?

Alzó el brazo, y el jefe de sus cazadores levantó el pequeño cuerno de bronce que llevaba.

—¡Un momento! —gritó Adriano, más alto de lo que pretendía.

Suspiró para sus adentros. Sosio lo había mantenido bien informado del complot en marcha, pero una pequeña parte de él esperaba que no fuera verdad. Si el legado no se hubiera mostrado tan inusualmente nervioso, se habría convencido a sí mismo de que aquel hombre era inocente.

El *princeps* se encogió de hombros, de una manera quizás demasiado teatral.

Aquel no era un momento agradable.

—Lo siento, mi querido amigo, pero cada vez que veo un águila antes de una cacería, tengo por costumbre hacer una libación a Artemisa y otra a su hermano Apolo. ¿Me harías ese favor?

Nigrino no pudo evitar mirar al cielo. No veía ningún águila, pero lo cierto era que tampoco Adriano la había visto.

—Por supuesto, mi señor, por supuesto —dijo, casi tartamudeando.

—Gracias. Es una costumbre de Itálica; estúpida, sin duda: sigo siendo un pueblerino —añadió Adriano, en un tono un poco más duro.

Eran muchos los senadores que lo habían desestimado, considerándolo un vulgar provinciano. Levantó la mano y chasqueó los dedos.

Vinieron dos esclavos con copas. Sosio los seguía de forma más discreta. Llevaba la cabeza rapada cubierta por la capucha de un largo manto.

Adriano tomó las copas y le tendió una al legado.

—Nigrino, mi querido amigo, pongámonos de cara al sol naciente.

El cielo oriental centelleaba con tonos rojizos y rosados, acompañados de borrosas nubes oscuras, con la bola del sol ardiendo en el centro. Los dos parpadearon mientras alzaban las copas.

—Deslumbrante, ¿verdad? —dijo Adriano en voz baja—. Brilla más que cualquier gema terrenal. —Hizo una pausa y añadió—: Supongo que, siendo el *princeps*, será mejor que empiece yo.

Vertió el vino sobre la hierba. Parte del líquido salpicó sus botas y sus piernas.

—Ahora tú.

Nigrino estaba a punto de hacer lo que se le ordenaba, pero Adriano se volvió y lo agarró del hombro.

—Viejo amigo, a partir de este momento quedas destituido de tu cargo, expulsado del Senado y caído en desgracia, por intentar asesinar al *princeps*. Lo siento mucho.

Nigrino se quedó boquiabierto a causa de la sorpresa. Luego sintió que algo le pinchaba la espalda. Sosio estaba justo detrás de él. Había sacado una espada de debajo de la capa. Uno de *singulares* del legado lanzó un grito de advertencia.

—¡Quietos! —ordenó Adriano con voz retumbante—. Díselo tú también —añadió en voz baja, dirigiéndose a Nigrino.

Podía ver cómo los ojos grises del hombre se movían de un lado a otro, considerando sus opciones. Sabía que estaba muerto, pasara lo que pasara, porque la espada apoyada contra su espalda acabaría con él, incluso si sus hombres lograban vencer al emperador y a sus guardias. Por un momento, tuvo la determinación de seguir adelante, la idea de sacrificarse noblemente por un bien mayor.

—Piensa en tu familia —susurró Adriano—. Para ti no hay vuelta atrás, pero ellos no tienen por qué sufrir.

El acero chirrió sobre el bronce cuando el centurión al mando de la escolta del gobernador desenvainó su espada.

—¡Conmigo! —gritó.

No solo los soldados de caballería auxiliares, sino también ocho o nueve de los cazadores habían empuñado sus lanzas y hacían avanzar a sus caballos. Uno de ellos, un germano de amplio pecho con una cicatriz en la mejilla, se acercó al centurión.

Nigrino tenía la mandíbula apretada. Su cuerpo estaba haciendo un esfuerzo ímprobo por mantenerse inmóvil.

—De ti depende —le dijo Adriano.

Los hombros del legado se hundieron.

—¡Obedeced a vuestro *princeps*! —gritó, con la voz rota por la emoción.

Adriano le dio una palmadita en el hombro.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo.

Luego se dirigió hacia el centurión y los jinetes agrupados a su alrededor. Varios de los cazadores eran individuos corpulentos —obviamente, antiguos gladiadores o luchadores—. Nigrino no había sido demasiado cuidadoso al elegirlos. Mientras avanzaba hacia ellos, Adriano se entretenía pensando en cómo se podría haber planeado mejor aquel asesinato. Sus hombres se estaban desplegando en círculo alrededor de los otros jinetes.

—Te llamas Viator, ¿verdad? —dijo al centurión, con tono afable—. ¿De la Legio IV Flavia…, la Felix? —Se había tomado la molestia de informarse de antemano.

—Sí, señor.

—Este es un día triste, pero tu legado ha planeado asesinarme, y., bueno, preferiría que no lo hiciera.

—¿Señor?

—Sé que soldados tan probados y honorables como vosotros no tendrán ninguna relación con algo tan vergonzoso. Pero esos tipos no son soldados. —Señaló hacia los cazadores—. Son esclavos que tienen que hacer lo que se les dice. —Suspiró—. No sé qué locura se ha apoderado de tu legado para llevarlo a planear esta atrocidad. Es una pena, porque era un buen hombre, como ya sabrás. Lo único que necesito de ti es lo mismo que espero de cualquier soldado verdadero. Sé fiel a tu juramento, sé fiel a tus unidades y cumple con tu deber. ¿Harías eso por mí?

Viator tragó saliva, se humedeció los labios y asintió.

—¡Mi señor!

—Excelente. Pues bien: estos esclavos tienen que morir. —Señaló a los cinco hombres que, según los informes de Sosio, eran los asesinos clave—. Ahora mismo.

Viator descargó su *spatha* sobre el esclavo germano que estaba a su lado. La sangre salió a chorros, y la cabeza del hombre cayó hacia un lado, con el cuello casi seccionado. No fue una lucha, sino una masacre rápida, puesto que solo uno de los hombres se defendió, logrando clavar su lanza en el caballo de un auxiliar. El resto de los cazadores y esclavos observaban la matanza con tanta sorpresa como horror.

—Lleváoslo y mantenedlo vigilado —ordenó Adriano a un par de los *singulares Augusti*, en referencia a Nigrino.

Uno de los tribunos se cuadró junto a Adriano y lo saludó con el brazo en alto.

—Lo vigilaré de cerca, mi señor.

—No será necesario. Enseguida llegará alguien que se encargará de eso.

El tribuno frunció el ceño, obviamente desconcertado, y Adriano se preguntó cómo era posible que aquel hombre hubiera llegado tan alto. Aunque, pensándolo bien, quizás un exceso de imaginación sería inconveniente en un oficial al mando de una cohorte de la guardia pretoriana.

—¡Tenemos por delante un día de caza!

—¿Mi señor?

—¿No lo has oído? Hay un montón de jabalíes, y quizás otras delicias.

—Pero. —El tribuno no parecía saber qué decir, hasta que, de repente, su rostro adoptó una expresión decidida—. Me quedaré a tu lado.

—Te lo agradezco —mintió Adriano, temiendo el día en que su seguridad pudiera depender de aquel bufón.

Sosio apareció y se quedó a la espera, sin llamar la atención.

—Sé bueno y dile al jefe de los cazadores que ya estamos listos —indicó el *princeps* al tribuno.

—¿No es uno de los hombres de Nigrino? —preguntó el oficial, volviendo a fruncir el ceño.

—Me han dicho que es excelente en su trabajo —le aseguró Adriano.

Por un momento, consideró la posibilidad de dar algún consejo a aquel hombre, pero concluyó que sería una pérdida de tiempo.

—Encárgate de que se ponga en marcha… y de que me traigan mi caballo.

—Señor.

Sosio le presentó una lista de nombres.

—Sí, sí, no —iba diciendo Adriano, decidiendo en orden—. Todavía no. Sí, sí. ¿Qué hay de Espurio, en Britania?

—Está muy enfermo, mi señor. Todo el mundo está sorprendido de que haya aguantado tanto.

—Entonces sí, si es que la naturaleza no acaba con él antes. Todos los demás no.

Sosio no hizo comentarios. Nunca los hacía, a menos que le pidieran su opinión. Había algo inquietante en él. En los únicos momentos en que parecía apacible, incluso afectuoso, era cuando estaba cerca de Sabina, la Augusta. Algo que rara vez ocurría en aquellos días. Ella parecía no tener la menor idea de lo que aquel hombre era capaz de hacer, de lo que había que hacer por Adriano y por el Imperio.

Aquellas muertes eran necesarias. Si Adriano hubiera creído que el tribuno era capaz de aprender algo, le habría explicado que, igual que un cirujano, él tenía que extirpar la carne podrida, con la esperanza de preservar el resto y devolverle la salud. Los asesinos que Nigrino había traído para darle muerte en aquellas colinas, cuando lo sorprendieran a solas o casi a solas, debían perecer. A los esclavos no les quedaba más remedio que obedecer, pero, aun así, habían aceptado matar al emperador. No podía haber perdón para ellos.

Lo mismo se aplicaba al propio Nigrino. Debía morir, pero era un senador y había aceptado que era inútil resistirse. Por lo tanto, se había ganado la oportunidad de escribir sus últimas cartas y de quitarse la vida él mismo, si prefería eso a la espada del verdugo. Era lo bastante inteligente como para saber que sus cartas solo se entregarían a los destinatarios si no escribía nada inapropiado en ellas. Mientras lo entendiera y actuara con sensatez, su familia seguiría conservando todos sus bienes.

En la misma situación se encontraban Lusio Quieto y el resto de los hombres que habían mantenido correspondencia con Nigrino. Resultaba difícil saber la implicación de cada uno de ellos en el complot, pero, en realidad, tampoco importaba. Se habían alentado e incitado unos a otros, enviándose mensajes escritos en código, entregados subrepticiamente. Así que unos pocos de ellos morirían y serían condenados públicamente, otros perecerían sin sufrir una vergüenza oficial y el resto de la *res publica* podría vivir con mejor salud.

Adriano disfrutó el resto del día tanto como pudo.

Aquel descanso de sus obligaciones era algo que no tenía precio, e ignoraba cuándo volvería a tener otra oportunidad. El destino de Nigrino lo entristecía, porque había albergado la esperanza de que los hombres capaces lo aceptarían como *princeps* y seguirían estando a su servicio, igual que él estaba al servicio de Roma. Era una verdadera lástima.

La caza fue buena. Consiguieron varios jabalíes. A Adriano le gustaban, tanto por el desafío y el peligro que representaban como por su carne, con la que podían prepararse comidas tan exquisitas. Solo las personas realmente desesperadas se rebajarían a comer osos o lobos. Y las pieles de estos últimos tenían un aspecto demasiado áspero como para utilizarlas.

La persecución de la última pieza fue larga y dura, y Adriano tuvo la posibilidad de cabalgar, aunque no de olvidar. El complot había terminado, pero podía haber otros. Tal y como estaban las cosas, pronto tendría que encontrar un nuevo legado para Britania, y era un puesto demasiado importante como para cubrirlo a la ligera. Mientras galopaba, con los sabuesos resoplando por delante de él, iba pensando en hombres lo bastante capaces para realizar aquel trabajo, y lo bastante leales —o lo bastante pragmáticos— como para resultar de confianza.

También estaba preocupado por su esposa. La pobre Sabina aún estaba haciendo enormes esfuerzos para ser una buena Augusta. Pero, cuanto más lo intentaba, peor lo hacía, diciendo las cosas inapropiadas en el momento equivocado. Uno de sus comentarios más tontos e irreflexivos, que podía malinterpretarse con facilidad, había llegado hasta la esposa de Nigrino y había contribuido a espolearlo. Sabina no pretendía hacer mal a nadie, y probablemente nunca comprendería el daño que había hecho, pero Adriano sospechaba que no sería la última vez. El *princeps* había dado órdenes de que se abrieran y examinaran todas las cartas de su esposa antes de enviarlas. Por el momento, era todo cuanto se podía hacer. No había involucrado en aquello a Sosio ni a ninguno de sus hombres. Podría suponer una dura prueba a la lealtad del espía, porque parecía apreciar sinceramente a la Augusta. Adriano nunca había tenido motivos para dudar de la

lealtad de Sosio en el pasado, y tampoco ahora. Pero se preguntaba si aquel hombre no había hecho y visto demasiado, y aún peor, si algún día podría decir demasiado al oído equivocado. Por el momento, Sosio seguía siendo útil, pero había otros agentes, y esos podían encargarse de vigilar a Sabina y a su familia.

El *princeps* siguió cabalgando, tratando de no seguir pensando en esas cosas, sin conseguirlo. Aun así, el caballo era magnífico, y un ciervo les proporcionó una maravillosa persecución hasta que pudieron acorralarlo y abatirlo. Así terminó la jornada. Al día siguiente cabalgarían de regreso a la civilización y volvería a hacer frente a sus obligaciones, con toda su carga. Al fin y al cabo, había un imperio que gobernar.

En el valle del Lobo

Durante Beltane

En la fiesta de Imbolc, ella le había dicho que viajara durante tres días y que subiera a la cima de la gran montaña. Cada jornada, a mediodía y a medianoche, tenía que pasarse un cuchillo de pedernal por uno de los brazos y hacer fluir la sangre. Al mediodía, por el izquierdo, y a medianoche, por el derecho. No tenía que vendarse las heridas, sino dejarlas abiertas hasta que la sangre se endureciera. Y no debía lavarse.

Mientras cabalgaba por aquellas tierras, había visto a gente preparando sus sacrificios para la fiesta. Pronto nacerían los primeros corderos, exhalando vapor al salir al aire frío. En la festividad de Beltane, hombres y mujeres hacían ofrendas y rezaban para que las ovejas tuvieran un año sin complicaciones y, sobre todo, para evitar que un espíritu contaminante se apoderase de los corderos recién nacidos o, peor aún, quedase libre para deambular por el mundo.

A él nadie lo molestó, ni le ofreció hospitalidad. Los desconocidos eran peligrosos en esos días, porque era imposible saber si un espíritu malévolo se ocultaba bajo forma humana. Había dejado su caballo fuera de una finca, cerca del pie de la montaña, sabiendo que nadie se atrevería a apoderarse del animal, hasta que hubieran pasado tres días. Y, para entonces, él ya habría regresado.

La ascensión fue dura y, a medida que subía, había cada vez más nieve en el suelo. Sin embargo, no notó el frío, ni siquiera cuando se desnudó el brazo al mediodía y se hizo otro corte. Casi al final de aquel breve día llegó a la cima. Justo debajo había una choza. El resplandor de un cálido fuego se veía por la puerta abierta. Apareció una joven, tal y como ella había dicho. Era preciosa, con un pelo largo y dorado que le llegaba hasta la cintura, y llevaba un vestido de un blanco brillante.

Él la ignoró y subió el último tramo. Su cuerpo estaba agotado, pero su alma se elevaba tan alto como la propia montaña y luego, aún más arriba, en el aire. Se mantuvo en vigilia durante toda la noche. A veces cantaba, a veces bailaba, en silencio, como los primeros hombres lo hacían al principio de los tiempos.

Al amanecer, no usó el cuchillo. En lugar de eso, bajó a la cabaña. Ella lo estaba esperando, de pie junto al fuego. Se había quitado el vestido y estaba desnuda, a excepción de una cinta roja, atada alrededor de su cabeza, como una corona. Se acostaron juntos y, cuando estuvieron

saciados, él se durmió. Soñó con caballos al galope, cientos de ellos, con rebaños corriendo entre ellos, y con tiendas en llamas. Las tiendas estaban vacías, y no eran casas.

Cuando despertó, ella se había ido. Avivó el fuego, tomó una de las ramas y salió de la choza. Prendió el techo de paja y esperó, hasta asegurarse de que las llamas se extendían, aunque estaba seguro de que así sería. Luego se fue y volvió al viejo fuerte.

Era Beltane y las hogueras ardían en los muros del fuerte, en el valle y en toda la región. La primavera había llegado. Durante los siguientes días, las ovejas y las vacas serían conducidas a las tierras altas, donde se darían un festín de hierba, muy crecida después de las lluvias invernales. Antes de eso, las harían pasar entre los fuegos, para purificarlas y darles salud. Algunas personas hacían que sus hijos corrieran entre las llamas por la misma razón. Beltane era una época de esperanza, porque el mundo se estaba renovando y la vida podía florecer de nuevo.

Ella mató a un hombre esa noche, porque, como siempre, la vida y la muerte estaban entrelazadas. El hombre había asegurado que era un druida y podía hacer magia. Antes de matarlo, le cortó la lengua, tal y como lo había hecho el primer druida en el primer Beltane, después de encender la primera hoguera. Cincuenta hombres lo habían acusado de sacrilegio. Y todos afirmaban ser druidas, aunque mentían. Les cortó la lengua y los quemó en el fuego, y la historia dice que no podían gritar mientras morían. El hombre al que ella mató emitió unos extraños ruidos mientras se asfixiaba. Luchó contra las cuerdas que le sujetaban las piernas y los brazos, y su cuerpo se sacudió durante mucho más tiempo de lo que él había esperado. Cuando la víctima se quedó quieta por fin, ella lo condujo a solas hasta un bosque de pinos. Su intenso aroma se mezclaba con el olor de las hogueras.

—Mi nieta está embarazada —le dijo, cuando el primer resplandor rojo del amanecer dividió el cielo negro en el este.

Ella era la hija de Acco, el último druida, que había vivido en Mona antes de que llegaran los romanos, el último conocedor de todos los grandes secretos. Él le había enseñado mucho, pero no todo. Había aprendido mucho por sí misma, porque había cosas que nadie podía enseñar. La muchacha con la que él se había emparejado en Imbolc era su nieta. Él no sabía su nombre, ni ninguna otra cosa acerca de ella, y no la había visto desde aquella noche. Él no necesitaba saber esas cosas.

—Tendrás un hijo —le dijo ella, al rato.

El cielo se iba encendiendo en llamas a medida que el sol se elevaba.

—No vivirás para ver cómo el niño se convierte en hombre, pero será poderoso.

Las nubes se estaban difuminando, pasando de un rosa intenso a un tono más suave.

—Antes de morir, ganarás fama y gloria, conseguirás grandes victorias y obtendrás tu venganza.

El cielo se estaba volviendo azul y el sol, amarillo, en lugar de rojo.

Él no dijo nada. Ningún hombre podría pedir más que eso.

—Ahora vuelve al fuerte. Ha venido un desconocido y trae una petición. Te reunirás con él y accederás a hacer lo que quiera. Luego, él te ayudará a su vez.

Él hizo lo que le pedían. Volvió andando solo, pues ella se quedó en la arboleda, cantando en voz baja unos versos que él no entendía. El visitante estaba allí, tal y como ella había dicho. Aquello no lo sorprendió, porque ella siempre sabía.

El visitante era un gran príncipe y quería la muerte de su parentela.

Él sonrió al tomar la mano del príncipe y aceptar. Esa noche durmió y volvió a soñar con tiendas quemadas y caballos corriendo.

XV

En el *praetorium*, en Vindolanda

Duodécimo día antes de las calendas de junio

Ferox se sentó en el borde de la cama e introdujo los pies en las perneras de sus pantalones. En el aire había olor a humedad, que se mezclaba con un ligero aroma a yeso fresco. Eso, igual que el polvo sobre el cofre de la esquina, sugería que la habitación no se utilizaba a menudo. El prefecto de la cohorte III Tungrorum no solía estar junto a su unidad, porque lo requerían para otros asuntos en el sur. Tanto el comandante como su familia preferían el clima más suave de Londinium, y estaban retrasando su regreso al fuerte todo lo posible. Claudia Enica los conocía —parecía conocer a casi todo el mundo— y había conseguido que escribieran una carta para que los pocos sirvientes de su casa que se habían quedado allí hicieran que ella y Ferox se sintieran bienvenidos.

—Recuerda —le dijo—, este es tu puesto.

Se tumbó de espaldas, con el largo cabello esparcido alrededor de la cabeza. En contraste con el blanco de las sábanas, y en la tenue luz que se colaba por los huecos de las contraventanas, su pelo parecía muy oscuro.

—Así que hazlo bien.

Ferox giró la cabeza, la miró y, en ese momento, se le quitaron las ganas de marcharse.

—Ha sido un placer. Al menos, para mí.

Se abalanzó sobre ella con tanto ímpetu que casi se cayó de la cama.

—¡Cerdo!

Forcejearon, se besaron, volvieron a besarse, hasta que ella puso un dedo en los labios de su esposo.

—No hay tiempo —le dijo—. ¡Ni siquiera para ti!

—Yo estoy al mando —declaró Ferox, con fingida seriedad—. Que esperen.

Apartó las mantas, puso las manos sobre ella. Era tan suave, tan perfecta…, y, por alguna razón inexplicable, lo amaba.

—Eso dijo el tirano.

De alguna manera, Ferox se las arregló para quitarse los pantalones, a base de patadas.

—Debo hacer lo mejor para el estado —declaró, acercándola hacia sí.

—Eso decía Nerón. Ahora.

Durante un breve rato, ninguno de los dos pronunció una sola palabra, hasta que ella se apartó.

—No —dijo—. No hay tiempo.

—¿Ni siquiera para mí?

—¡Sobre todo para ti! —Le dio una palmada juguetona en la mejilla—. Ahora pórtate como un niño bueno y corre a jugar un rato a los soldados.

—Esto es lo que más les gusta hacer a los soldados —aseguró él.

Empezó a chupar el seno derecho de su esposa, antes de acariciar el espacio entre los pechos. Notó en la lengua una pequeña cicatriz, la marca de que Enica se había educado en los principios de la Madre.

—¿Sabes algo de las niñas? —preguntó Ferox, apoyándose en los brazos para incorporar el torso.

Entrelazó sus dedos con los de ella, empujando suavemente hacia atrás, hasta colocar los brazos de su esposa por detrás de su cabeza.

—Están bien.

Las gemelas proseguían su entrenamiento en aquel lugar, en el que todos los alumnos eran llamados hermano o hermana. De alguna manera, conseguían crear una conexión que les permitiría seguir en contacto durante el resto de sus vidas.

—La Madre está complacida con ellas.

—Bien.

Claudia apartó la cabeza, echándola hacia un lado.

—¿Te sorprende? Se parecen bastante a ti en muchos sentidos, pobrecitas.

—¿Pero están a salvo? —Ferox sentía temor por aquellas niñas, a las que no conocía realmente—. La guerra se acerca.

—Eso no es lo que la gente cree.

Él se quedó pensativo un momento.

—Me da en la nariz que no tardará mucho.

—¿En la nariz? ¡Vaya! ¡Me sorprende que puedas oler algo más allá de tu propio hedor! Ahora quítate de encima, saco de sebo, y ocúpate de tus asuntos. Si la guerra se acerca, entonces tienes mucho que hacer para preparar a tus hombres. ¡Levántate, soldado perezoso!

—Así estoy más cómodo. Y aprender a esperar es una de las primeras lecciones que debe recibir un soldado. Y actuar rápido, claro… Y rezongar. A propósito…

Se inclinó para besarla de nuevo. Ella lo esquivó.

—No. —Se liberó las manos, rodeó con ellas la garganta de su esposo y lo fulminó con la mirada—. Recuerda que soy la reina, y una hermana experta en el uso de las armas.

Lo miró fijamente hasta que se le arquearon los labios. Entonces empezó a reírse, sin poder parar.

Ferox estaba perplejo. Cuanto más anonadado parecía, más se reía ella. Su cuerpo se estremecía a causa de las carcajadas. Sin entender muy bien por qué, él se apartó y se sentó.

—Bueno… —dijo, y Enica se rio aún más—. No lo entiendo.

—Es.

La risa volvió a apoderarse de ella. Tenía la cara roja, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

Ferox se puso a buscar en el suelo y encontró sus pantalones arrugados. Empezó a vestirse. Cuando terminó, Claudia casi se había recuperado.

—¿Hay algo para beber? —le preguntó, antes de empezar a reírse de nuevo.

Ferox encontró una jarra de agua. La olió y se aseguró de que solo era agua, y bastante limpia. Satisfecho, sirvió un poco en un vaso y se lo tendió a su esposa.

—Gracias —le dijo ella. Bebió y tosió un poco—. Eso está mejor.

Estaba sentada, desnuda de cintura para arriba, y con el resto del cuerpo cubierto por las mantas. Notó la expresión de su marido.

—Te he dicho que no.

—Sí —admitió él—. Y luego te has partido de risa. Puede que un hombre no se lo tome muy bien.

Ella casi soltó una carcajada, rociándolo de agua. Luego le dio un ligero puñetazo en el pecho.

—¡Ay! Se me ha olvidado que llevas armadura. ¿Es que no te sientes a salvo? —Se echó a reír otra vez—. No te das cuenta, ¿verdad? Cuando te he puesto las manos al cuello, he pensado que parecíamos una de esas parejas de aristócratas libertinos que mezclan la lucha y el dolor en el acto sexual. —Soltó otra carcajada—. Me ha hecho mucha gracia.

—Ya me he dado cuenta.

—Bueno, siempre has sido muy observador, y supongo que te dejé algunas pistas sutiles, de esas que solo un esposo notaría. Ahora bien —prosiguió, repentinamente seria—, ¿de verdad crees que habrá una guerra? Me refiero a una de las grandes.

Él asintió.

—¿Y de verdad no sabes por qué lo crees? Ya veo. Sin embargo, Tincomio busca una amistad, y una alianza que resulta conveniente para Roma. Y, aunque las tribus del norte tienen a algunos líderes que parecen decididos a luchar, no están unidas. Y otros jefes, en número igual o mayor que los primeros, no quieren correr riesgos. La conclusión más lógica es que la lucha no será muy ardua… Pero tú crees lo contrario.

—Sí.

—Entonces, es aún más importante que los brigantes estén preparados, y también las demás tribus, por supuesto, ya que los romanos probablemente no distingan a un britano de otro. ¿Puedes hacerlo?

Con tan pocas tropas en Britania, el legado había respondido con entusiasmo cuando Claudia Enica se ofreció a reclutar una unidad entre su propia tribu para que lucharan como aliados. En poco tiempo, aquella idea había cobrado vida propia, como una roca que, al rodar pendiente abajo, provoca un deslizamiento de tierra. Se enviaron órdenes de hacer una leva a la mitad de las comunidades de la provincia. Pero, en vez de una unidad de mil hombres, ahora tenían seis. Al mismo tiempo, había cobrado fuerza la propuesta de que Ferox se hiciera cargo de los brigantes, hasta que le encargaron supervisar también la organización y el entrenamiento de todos los demás reclutas britanos.

Ferox se lo pensó un momento antes de responder.

—No lo sé. Depende de lo que les pidamos que hagan.

Después de tres horas entrenándolos, no estaba más cerca de saber la respuesta. La unidad se había reunido y organizado en Vindolanda para el entrenamiento. Alguien había decidido basar las unidades en una *cohors milliaria* de auxiliares, estableciendo el tamaño ideal en unos mil

hombres, divididos en diez centurias de cien. No podían denominarlo cohorte, porque eso era un regimiento del ejército regular, y ningún gobernador estaba autorizado a crear una sin instrucciones expresas del emperador. En lugar de eso, cada uno de los seis grupos de reclutas sería un *numerus*, una banda, porque el término era tan vago que podía significar casi cualquier cosa.

Este era el primero de los grupos que había formado, y el mejor, precisamente por ser el menos regular. También era el único compuesto íntegramente por brigantes o parientes suyos. Ferox había mantenido unidos a los clanes en la medida de lo posible, formando todas las centurias partiendo de las mismas áreas y los mismos grupos. Había dos centurias de carvetos, tres de textoverdi, tres más de lopocaros y dos de gabrantuices. Para apoyarlos, y aprovechando la ambigüedad de las instrucciones recibidas, había añadido ciento cincuenta jinetes en tres *turmae*. Dos estaban formadas por carvetos y la otra, en su mayoría, por textoverdi.

Tener a la reina en Vindolanda los animaba. Todos eran hombres cuyos líderes eran leales a Claudia Enica. Unos cuantos habían servido en un *numerus* anterior, reclutado por los brigantes, que ella había liderado en persona para luchar contra los dacios. En esos días desesperados, incluso algunos de sus antiguos enemigos se habían convertido en seguidores devotos. Ferox sabía que muchos de ellos esperaban que la reina se pusiera su panoplia de guerra y se uniera a ellos si de verdad se llegaba a la guerra, y puede que tuvieran razón. En lo que a la mayoría se refería, su reina los había llamado y sus jefes habían respondido al llamamiento, como era correcto y apropiado. No importaba la causa, ni el enemigo. Ella había accedido a luchar junto a los romanos, así que eso sería lo que harían.

Ferox los había elegido no solo entre los clanes del norte, sino también entre la gente que todavía vivía más cerca de los viejos caminos, anteriores a la llegada de los romanos. Llevaban una vida dura, con el riesgo de sufrir repentinos ataques de agresores dispuestos a matar o robar. En aquellos días, esos asaltos eran menos frecuentes que antaño, pero no tan infrecuentes como para que los hombres hubieran dejado de estar preparados para hacerles frente. Eran individuos que sabían pelear, porque eso era lo que significaba ser un hombre libre entre los brigantes.

Casi todos los guerreros habían acampado al otro lado de la calzada que unía el fuerte con Vindolanda. Habían traído sus propias armas, un escudo, y algunos, su casco o armadura, mientras que los soldados de caballería habían venido en sus propios caballos. Ferox había logrado encontrar espadas para todos los que carecían de ellas, sin descontarles ese dinero de su paga. Aunque aquellos combatientes no venían por el dinero, sino por el vínculo con sus jefes, y porque quedarían deshonrados frente a sus vecinos y serían castigados por esos mismos jefes si no respondían a la llamada. No había escasez de voluntarios, y Ferox dudaba que alguien hubiera venido obligado. Todos los hombres que habían recibido una espada se la quedarían, y el resto podría elegir una recompensa en plata o quedarse con uno de los cascos o las corazas que consiguiese saquear. Los jefes de las tribus ganaban oro y prestigio, tanto si dirigían a sus hombres en persona o si se limitaban a enviarlos, y estaban satisfechos con eso.

Aquella unidad —bautizada como Numerus iBrittonum, para mantener la denominación romana— estaba integrada por brigantes que, según la tradición, habían respondido al llamamiento de su rey o su reina. Llevaban dos estandartes.

Uno era el *vexillum* cuadrado, con su nombre latino y nada más. El otro era una figura de bronce que representaba a una yegua encabritada. La forma era un poco vaga, pero identificable si

se entendía el significado. Era el tótem de la reina de los brigantes desde tiempos inmemoriales.

Ferox sabía que esos hombres lucharían, y que lo harían lo mejor posible. Realizó algunos ejercicios básicos con la infantería, para que los combatientes pudieran formar más o menos en línea junto a las unidades romanas y girar a la izquierda o a la derecha. Recurriendo a un viejo truco del ejército, hizo que cada centuria compitiera con el resto, para ver cuál mantenía mejor la formación, lanzaba mejor las jabalinas, marchaba más rápido o vencía al resto en peleas simuladas. El premio era un lechón que podían asar para la cena, además de sus raciones ordinarias. Los hombres fanfarroneaban e intentaban hacer trampas. Pero, aparte de unas pocas lesiones producidas cuando algunos llegaban de verdad a las manos, aquello ayudó a mejorar el buen ambiente ya existente.

Ferox había tenido suerte con el centurión que le habían asignado. Se llamaba Claudio Amino. Aunque servía en la Legio XXX Ulpia Victrix, en el Rin, por casualidad lo habían llamado mientras estaba de permiso en Britania visitando a su familia, unos aristócratas acomodados de los atrebatos. Era joven, ansioso —aún no había participado mucho en el servicio activo— y parecía competente. Y, lo que era aún más importante, hablaba el idioma de las tribus, aunque con un acento sureño bastante monótono. Vindex estaba a cargo de la caballería, y al igual que los demás oficiales, entendía que debía comportarse como un jefe britano, no como un comandante romano.

En definitiva, Ferox estaba satisfecho con la Numerus I. Consideraba que sería un rival superior para una fuerza de combatientes similar o incluso mayor procedente de cualquiera de las tribus. No eran tropas regulares, pero tampoco iban a enfrentarse a una tropa regular, bien entrenada y fuertemente armada, y mientras nadie les exigiera que se pusieran a trabajar, todo iría bien. No podía decir lo mismo sobre ninguno de los otros grupos. El III y el IV se habían formado con lo que quedaba después de crear los demás batallones. En ambos había algunos brigantes, aunque incluso ellos formaban un grupo heterogéneo. Algunos eran de los clanes del norte, lo bastante belicosos como para no necesitar mucho entrenamiento, pero la mayoría de ellos habían sido criados por líderes que no sentían mucha simpatía por la reina. Ferox había pensado mezclarlos con los demás, hasta que decidió que era mejor mantenerlos separados, ya que lo último que se necesitaba eran luchas internas entre los grupos. Otros brigantes provenían de las tierras de los latenses y los setantii del sur, pueblos cuyas vidas eran mucho más seguras y estables bajo el dominio romano. Apenas una cuarta parte de ellos habían traído algún tipo de arma, e incluso algunos daban la impresión de no de haber blandido una en la vida.

Y eso era aún más evidente para la mayoría de los reclutas de las otras unidades, que procedían de los pueblos del centro y sur Britania. Ellos vivían en una provincia ordenada, donde apenas nadie poseía armas, y, mucho menos, las usaba. Algunos se mostraban entusiastas, otros no, y ciertas unidades se iban reduciendo a medida que la deserción pasaba factura. Necesitaban seis meses de duro entrenamiento, al igual que cualquiera de los reclutas sin formación que se unían al ejército, y estar completamente equipados y bien dirigidos. Ferox no podía proporcionarles nada de aquello. Todos parecían haber asumido que los britanos ya nacían guerreros, que solo se necesitaba llamarlos para que estuvieran listos para el servicio militar, por lo que nadie había pensado en proporcionarles equipo. La mitad de los hombres de uno de los *numeri* ni siquiera tenían botas, y, claramente, eran los pobres y los desesperados de los que algunos de los pueblos del sur habían decidido que se podía prescindir sin problemas.

Ferox había recurrido a parte de su propio dinero, y a cobrarse algunos de los favores que le debían o que los amigos de su esposa podían hacerle, para asegurarse que, en el plazo de un mes, cada uno de los hombres del II y el V tuviera una lanza, algún tipo de escudo y ropa que ponerse. No había podido encontrar suficientes oficiales capaces de hablar la misma lengua que las tropas, y había tenido que arreglárselas con lo que había podido conseguir. Algunos de los oficiales eran bastante decentes, y muchos de ellos tenían buena intención, pero carecían de experiencia o talento. Algunos se limitaban a gritar a sus hombres y a golpearlos hasta que obedecían. Bastantes habían muerto al intentar usar aquellas mismas técnicas con los brigantes, o con hombres de cualquiera de las otras tribus que todavía se portaban como guerreros, y eso había provocado castigos y resentimiento. Ferox hizo lo que pudo para seleccionarlos. Evidentemente, las mejores unidades obtuvieron a los mejores oficiales. Su última inspección al Numerus había sido de lo más deprimente, porque los hombres estaban acobardados y sin espíritu. También parecían desnutridos. Había averiguado quiénes se dedicaban a revender los suministros y se había deshecho de los malhechores, pero no había servido de mucho. Ahora los hombres, en lugar de hambrientos y ariscos, estaban correctamente alimentados y ariscos.

En cuanto al Numerus VI, lo había borrado por completo de su mente, y esperaba recibir la aprobación para poder descartarlo de forma oficial. En sus registros solo constaban unos dos centenares de reclutas y oficiales —eso, asumiendo que realmente se hubieran hecho bien los registros, lo que era dudoso—; los primeros eran de los menos entusiastas que nunca hubiera visto y los segundos, de los peores. Ninguno de los demás grupos contaba con más de quinientos o seiscientos hombres. El Numerus III, que se estaba entrenando en Coria, al este de Vindolanda, también tenía unos setenta jinetes y el comandante más distinguido de todos. A Ferox no le gustaba Pertaco, aunque aquel hombre tenía un encanto evidente y experiencia previa al mando de una cohorte. Pero, pese a al entusiasmo que exhibía y a su afán de complacer, Ferox podía sentir que el exprefecto lo despreciaba y que le molestaba tener que estar a las órdenes de alguien de inferior clase social. Sus familiares eran rivales de la reina, en el sentido de que creían que, cuanto más débil fuera la casa real, más fácil sería para ellos acrecentar su poder local.

Sin embargo, aquel hombre era inusualmente afable en persona.

—Ayudaré durante tanto tiempo como pueda —le había asegurado varias veces a Ferox durante la última inspección—. Pero cuando llegue mi asignación, tendré que marcharme enseguida a cualquier rincón del Imperio al que me manden.

Por el momento, no había disponible nadie mejor, y todos los demás *numeri* estaban comandados por centuriones adscritos. En Magnis, el Numerus II tenía a un viejo soldado de la Legio VIIII Hispana, que había ido ascendiendo desde la tropa y había pasado treinta años como centurión antes de retirarse en su último destino. Aquel hombre tenía sesenta años, como poco, y la cara roja, y era un individuo gordo y de mal genio que maldecía a sus hombres en una mezcla de su lengua y la jerga de los campamentos militares. Incluso Vindex había aprendido palabrotas nuevas de él.

—Hacía años que no me divertía tanto —admitió el anciano—. Sienta bien estar otra vez en el ejército, en cualquier ejército, incluso en este estropicio que has montado aquí. La agricultura hace que un hombre envejezca antes de tiempo. Me estaba ablandando… ¡Moveos, panda de cabronazos haraganes! —gritó, tras ordenar a una centuria que se lanzara a la carga en el campo de maniobra—. ¡Moveos! ¿Por dónde iba? Ah, sí, me alegro de estar aquí. Por la toga sagrada de

Júpiter, ¿qué se creen que hacen esos bastardos? Discúlpame, Ferox.

—Basta con que el hombre les pegue un grito y obedecen —observó Vindex—. Creo que les gusta.

—Tal vez —dijo Ferox—. Al menos, saben a lo que atenerse con él. Es predecible y está de su lado, les guste o no.

Las cosas podrían haber sido peores, mucho peores, lo que no significaba que fueran buenas. Cada vez llegaban más tropas, que creaban campamentos temporales si no podían hacerse un hueco en los barracones vacíos de los fuertes. Era difícil que tantos soldados estuvieran concentrados sin que pasara nada.

—Puede que tengas razón —admitió la reina cuando Ferox volvió a reunirse con ella en la casa del comandante, en el *praetorium*.

—Bueno, algún día tenías que darme la razón. ¿Puedo ponerlo por escrito y enseñárselo a las niñas?

—Creerían que es una falsificación. Ahora deja de decir tonterías y escucha. He recibido noticias de nuestra querida Lepidina. —Al ver la expresión de su marido, añadió—: Sí, sí, están todos bien. Parece que Tito ha escrito a casa diciéndoles que has sido muy útil. Puede que el pobre muchacho esté enfermo.

—O que sea un espléndido juez del carácter ajeno.

La reina lo ignoró.

—Adriano está ocupado recorriendo las provincias y aún no ha regresado a Roma. El legado de Dacia intentó asesinarlo, así que lo mataron, a él y otros favoritos de Trajano. No ha dicho nada abiertamente, pero planea poner a alguien nuevo a cargo de Britania.

—¿Y ella cómo lo sabe, si Adriano no ha dicho nada?

Su esposa le lanzó una mirada compasiva.

—Ya conoces a Lepidina —resopló—. Se me olvidaba, sí que conoces muy bien a mi vieja amiga, ¿verdad? Sí, a pesar de esa pose de soldado brutal, irreflexivo e indiferente, has tenido tus conquistas. Eso es algo chocante. Y aquí estoy yo, perdiendo el tiempo contigo. —Negó con la cabeza—. Si quieres saberlo, sospecho que su fuente es la esposa del *princeps*. Son bastante amigas, ya sabes, desde hace años. Bueno, el mundo del Senado es pequeño, e incluso más para las mujeres. Todo el mundo se conoce. Y, si Lepidina lo sabe, es posible que nuestro muy noble Espurio Ligustino también lo sepa. Refréscame la memoria, ¿por qué era famoso ese tipo, con ese nombre tan original?

—Por quejarse, creo. Al fin y al cabo, era un centurión.

—Oh, cielos, eso es algo terrible. Bueno, nuestro legado podría querer hacerse un nombre como militar antes de que lo reemplacen. Por lo que dicen mis fuentes.

—¿Debería saber algo sobre esas fuentes? —La interrumpió Ferox.

—Mejor no, podrías ponerte celoso. Pero estas fuentes secretas, de alto rango (y, sin duda, atractivas), me comentan que el gobernador piensa que la apelación de Tincomio es señal de debilidad, y que eso nos ofrece una oportunidad para asentar el poder de Roma en el extremo norte. Habla de hacer una demostración de fuerza, para demostrar que incluso el gran rey tiene que aceptar lo que Roma decida darle, y dejar claro que un ejército romano puede llegar a donde quiera. Que ningún enemigo estará a salvo, por muy lejos que viva de nuestra provincia. Es algo atrevido, supongo…

—Estúpido, más bien.

Claudia Enica ignoró la interrupción.

—Quiere que lo vean como un líder audaz y decidido, y ofrecer al nuevo *princeps* una victoria justo al comienzo de su gobierno. «Mirad», dirá, «en la época de Trajano hubo incursiones y disturbios, pero ahora hay fuerza y paz romanas, todo gracias a mi actuación. Este es el momento de que un hombre de calidad golpee con mano de hierro, de ser un héroe y un glorioso servidor de Roma y del *princeps*». Eso es lo que piensa nuestro gobernador. Cuando está lo bastante bien como para levantarse de la cama, claro.

Ferox suspiró y decidió cambiar de tema.

—Es extraño estar aquí otra vez.

—Estamos casados, se supone que tenemos que estar juntos, aunque los dioses parecen tener otra idea al respecto. ¿O te refieres a Vindolanda? —Hizo una mueca—. ¿Estás teniendo fantasías salvajes con mi vieja amiga?

—Sí que recuerdo algo con una rubia —dijo él con acento nostálgico, y esquivó el cojín que su esposa le arrojó—. En realidad, estaba pensando en lo extraño que es el ejército. Aquí estamos, en Vindolanda, pero no es la Vindolanda que yo conocí, porque derribaron ese fuerte y construyeron encima este otro. El lugar es casi idéntico. Y el fuerte, como cualquier otra base militar, ya que, básicamente, todas siguen el mismo plano. Sin embargo, es distinto, solo un poco, pero, aun así, distinto. Casi como un sueño, parece real, pero una parte de ti se da cuenta de que no lo es.

—Hace un siglo que no pronuncias tantas palabras juntas. ¿Pasa algo?

Él se rio entre dientes.

—Solo estaba pensando en voz alta. Esto fue (o, mejor dicho, el viejo fuerte fue) el lugar donde me topé contigo por primera vez. Solo que, entonces, no lo sabía. Irrumpiste a la fuerza y acabaste sumergiéndote en una letrina para buscar un cadáver.

—No me lo recuerdes. Pasaron meses antes de que volviera a sentirme realmente limpia otra vez. —Se estremeció—. ¿Recuerdas cómo me escapé después de la guardia?

—Sí.

Después de echarse encima una gran cantidad de agua, se rasgó el vestido, distrayendo al joven centinela que se encontró con ella por casualidad.

—Bueno, pórtate bien y sé amable con nuestros invitados en la cena, y después te daré la oportunidad de capturarme.

Ferox recordó que su esposa había invitado a los centuriones de la guarnición ya algunos de los oficiales del *numerus*, los que le parecían más dispuestos a disfrutar de una cena al estilo romano. Prometía ser una larga velada, porque Filo estaba con ellos y se había encargado él mismo de los preparativos.

Al día siguiente, Ferox se llevó a Vindex y a una docena de jinetes a patrullar. Quería ver el ambiente y tener una idea de lo que las tribus esperaban. Dieron un largo rodeo que les llevó varios días. Primero hacia el oeste, más allá de Magnis, hasta el pequeño pueblo de Banna. Luego, al norte, más allá del fuerte más grande de los selgovae, hasta Fanum Cocidi. Y después, de vuelta, trazando un gran círculo.

No le gustó lo que vio, aunque nadie los desafió ni, menos aún, los amenazó. La gente estaba inquieta, preocupada y, a veces, nerviosa. Incluso los votadinos del este llevaban más armas de lo habitual. Se acercaba la guerra. Todos parecían sentirlo, aunque pocos sabían por qué.

XVI

En tierras de los selgovae

Siete días antes de las calendas de julio

—¿Está vacío?

Calpurnio Prisco se cubrió los ojos con la mano mientras oteaba la cima de la colina. Una muralla sencilla rodeaba la cresta. Había algunos huecos irregulares en la empalizada de madera de la parte superior, pero no más de lo que cabía esperar de aquellos bárbaros, demasiado perezosos para mantener el lugar en un estado de reparación adecuado. La puerta estaba abierta, ya fuera deliberadamente o porque las vigas se hubieran podrido.

La pendiente era empinada, y eso le llevó preguntarse si un asalto directo resultaría costoso. Eso implicaría tener que levantar un campamento para instalar *ballistae* que golpearan la plaza antes de enviar a los legionarios. No quería perder el tiempo, pero tampoco quería arriesgarse ni un ápice al principio de la operación.

—No veo a nadie —aventuró Tito Cerialis—. No hay movimientos ni destellos de armas.

Prisco sospechaba que su tribuno superior tenía razón, pero se aferró a la idea un poco más. Se había hecho una imagen mental: los legionarios trepaban obstinadamente colina arriba, formando el techo de la *testudo* sobre sus cabezas, con sus escudos rectangulares, que llevaban el símbolo de Capricornio de la II Augusta. Detrás de ellos, los escorpiones ligeros disparaban dardos con una precisión mortal, y las máquinas más grandes lanzaban sus proyectiles pesados. Los bárbaros de pelo largo y bigote caían bajo el diluvio, vacilantes, reunidos por la llamada de un jefe rabioso, para ser masacrados por la irrupción de sus hombres —auxiliares de escudo ovalado y arqueros de apoyo; tal vez, incluso, algunos de sus aliados bárbaros de culos harapientos para añadir un toque de color—. Una escena, o un conjunto de escenas, perfectas para representarlas en un monumento de triunfo, muy parecido a la gran columna que estaban creando como pieza central del nuevo foro del Divino Trajano. Aunque un simple senador no podía celebrar un triunfo en estos tiempos, y ni siquiera ser conmemorado en un monumento, a menos que el nuevo *princeps* lo permitiera. Tendría que conformarse con exhibir en casa unas discretas pinturas, a no ser que Adriano resultara especialmente suspicaz. No estaría de más que el artista añadiera al emperador como figura dominante, observando desde la distancia.

—No, creo que está abandonado —concluyó Tito.

El sueño se desvaneció y Prisco, *legatus* de la Legio II Augusta, maldijo en silencio a su tribuno, su segundo al mando.

—Igual que los pueblos y las granjas —prosiguió Tito—. Nos tienen miedo.

—Y hacen bien. Hacen muy bien.

Prisco sintió que su maravilloso sueño se esfumaba por completo. Una victoria gloriosa requería a enemigos dispuestos a resistir el tiempo suficiente para ser derrotados.

—¡Espera, veo algo!

Obviamente, Tito tenía buena vista, porque Prisco no podía distinguir nada, hasta que notó movimiento en la entrada. Uno…, no, tres jinetes salieron al trote.

—¡Es Ferox! —dijo Tito.

Una vez más, Prisco quedó maravillado por la vista del tribuno. Todo lo que él alcanzaba a divisar eran las formas oscuras de los jinetes contra el verde del terraplén que tenían detrás. Estaban a media milla de distancia, un puñado de oficiales en una suave elevación, con su escolta siguiéndolos a poca distancia. Ahora los jinetes estaban más cerca, y había algo en la forma de montar de su líder —y, peor aún, ese espantoso sombrero de fieltro que le hacía parecer un granjero— que evidenciaba que realmente se trataba de Ferox.

—¡¿Hay alguien en casa?! —gritó Prisco, haciendo todo lo posible por mostrarse jovial.

De cerca, nadie confundiría a Ferox con un pacífico granjero. Aquel individuo era letal, de eso no había duda. Aunque, a veces Prisco imaginaba que ese rostro podría ser el de un oráculo especialmente tétrico, de esos que siempre predicen desastres y tienen la mala costumbre de llevar razón. Aun así, era útil, porque conocía la zona mejor que nadie, y había reclutado a un montón de tropas irregulares para la campaña.

Ferox tiró de las riendas e hizo un saludo marcial.

—No, señor. Ahora mismo no hay muchos que vivan ahí arriba. Lo usan como refugio durante las incursiones: hay sitio para cientos de ovejas o vacas, al menos, durante un tiempo. Pero casi nadie vive en ese sitio. Los que lo ocupaban se marcharon hace un par de días. Sospecho que no estaban seguros de nuestras intenciones.

—Mmm. —Prisco se quedó meditando—. ¿Crees que eran culpables? Tal vez se estaban ocultando de nosotros por una razón. ¿Crees que los hombres de este valle participaron en las incursiones del año pasado? Creía que el tipo que dirige esta zona había firmado un tratado con nosotros.

Ferox estaba convencido de que la respuesta era sí. Sí, el jefe del clan era aliado de Roma. Y sí, casi seguro que al menos algunos de sus guerreros habían tomado parte en los asaltos. Estaba mucho menos convencido de que hubiera una forma de hacer entender a un romano que un hombre libre de una tribu era precisamente eso, libre de hacer lo que quisiera. Aunque sus guerreros hubieran tomado parte en las incursiones, eso no significa que su jefe hubiera roto su promesa a Roma. Aquellos hombres eran sus compañeros de clan, no esclavos que tuvieran que obedecer todos sus caprichos, ni tampoco soldados obligados a seguir las órdenes de su oficial.

—Por lo que sabemos, no, mi señor. Se esconden porque tienen miedo de que estemos enfadados, aunque no sepan por qué. Has traído a muchos soldados, más de los que nadie ha visto por estos lugares desde hace años. Eso les pone nerviosos.

Al legado le gustó esa explicación.

—Como ya he dicho, hacen bien en ponerse nerviosos, porque el brazo de Roma es largo y

poderoso. ¿Y si quemamos el sitio para dejarlo claro?

Ferox se mantuvo inexpresivo.

—No merece la pena. Ahí arriba no hay mucho que quemar. Ya son testigos de que tu ejército marcha a su antojo por sus tierras. Eso implica que, si quieres reducirlo todo a cenizas, puedes hacerlo. Y ellos han captado el mensaje.

—Sí, sí. —Prisco asintió para sí mismo—. Tiene sentido. Es mejor demostrarles que somos amables y que vale la pena tenernos como amigos. Ya les ha quedado claro que no les conviene que seamos enemigos. —Se estiró. Aquel movimiento repentino sorprendió a su caballo, que levantó la cabeza y crispó las orejas antes de calmarse de nuevo—. Bueno, entonces, hoy, nada de lucha. Vamos a ver si los novantae tienen más pelotas, ¿eh?

Tito y los demás oficiales se rieron, porque reírle las gracias a un comandante era una muestra de tacto y de buena educación. Prisco era un hombre decente. Tenía treinta y cinco años y había dirigido la legión durante dos. Contaba con una cara redonda, muy romana, que con el tiempo desarrollaría una papada y se parecería a esos bustos sombríos y vigilantes de las tumbas que jalonaban la Vía Apia. A su edad, todavía no tenía arrugas marcadas alrededor de los ojos y la boca, y, cuando sonreía, parecía bastante agraciado. Aun así, se necesitaba cuidado y experiencia para interpretar sus estados de ánimo, porque su jovialidad podía convertirse en ira en un abrir y cerrar de ojos. La vida era mucho más fácil para su personal y sus oficiales superiores cuando el *legatus* estaba contento. Afortunadamente para todos, estaba tan emocionado de liderar esa campaña que los estallidos de furia no solían durar mucho.

—¡A ver quién llega primero al campamento! —les gritó.

Azuzó a su caballo colina abajo y por el valle. Era un jinete competente, incluso elegante, pero los demás sabían que era mejor quedarse un poco detrás de él. A Prisco le gustaba ganar.

Ferox lo veía como el típico senador. Se parecía a la mayoría de ellos: de mediana estatura, en una forma física razonable, aun sin ser realmente atlético, y, cuando lo deseaba, podía mostrarse encantador o bastante desagradable. No parecía ni inteligente ni estúpido, sino preparado, de forma moderada, y bastante serio en el desempeño de sus funciones. Era ambicioso, como todos, porque un hombre no llega tan lejos en una carrera pública a menos que ansíe el éxito. Ferox no detectaba en él esa ambición impetuosa, a menudo peligrosa, que había visto en otros aristócratas a lo largo de los años, y sospechaba que, en circunstancias normales, Prisco se habría contentado con pasar sus años al mando de una legión en territorio pacificado. Hasta el momento, había hecho el trabajo con la competencia necesaria como para tener opciones de obtener un consulado y, tal vez, a su debido tiempo, incluso el gobierno de una provincia. Eso era suficiente para la mayoría de los senadores.

Pero su suerte había cambiado en menos de un año. Gracias a las incursiones, Britania había pasado de ser un remanso de paz con una guarnición destartalada a un lugar donde se estaba desafiando el prestigio de Roma. Había un nuevo emperador, ansioso por consolidar su gobierno, por lo que tenía que presentarse como un verdadero *imperator*, cuyo liderazgo hacía que Roma fuera poderosa y, como diría el poeta Virgilio, los sumisos recibiesen misericordia y los arrogantes fuesen aplastados en la batalla. En el norte de Britania había algunos pueblos orgullosos que necesitaban volver a ser humildes o, simplemente, ser aniquilados. Y Prisco estaba en aquella provincia, a la cabeza de una de las dos únicas legiones asignadas allí, la que más se aproximaba a lo que debería ser el contingente real de una legión. Así que era inevitable que estuviese

involucrado en cualquier operación seria. Un destino rutinario como legado de una legión se había convertido, de repente, en una oportunidad para luchar y vencer, de mostrarse a la altura de la antigua familia Calpurnia de la que, recurriendo bastante a la imaginación, Prisco afirmaba descender en línea directa. No solo eso, sino que suponía la oportunidad de llamar la atención y ganarse el favor del nuevo *princeps*.

Los romanos se tomaban muy en serio la suerte, sobre todo en lo relativo a la política y la guerra. Sila, que había sido un completo cerdo y un excelente soldado, se había puesto el sobrenombre de «Afortunado». Y el Divino Julio, un sinvergüenza mucho más cautivador e incluso más hábil, también se jactaba de su buena fortuna. Ferox sospechaba que Prisco sentía ahora la misma emoción. La Legio II Augusta era el elemento más importante del ejército de campaña reclutado por el gobernador para su gran expedición estival. Naturalmente, Prisco recibió el mando de las tropas, aunque Espurio Ligustino había planeado ir con la columna. El colega de Prisco, el legado de la Legio XX Valeria Victrix, tenía un mando independiente, pero dirigía una fuerza con menos de la mitad de integrantes y se le había asignado una tarea secundaria de apoyo.

Entonces la voluble Fortuna había dado otra vuelta de tuerca a la situación. Espurio Ligustino, que llevaba mucho tiempo débil por una sucesión de enfermedades y por su excesivo estilo de vida, cayó gravemente enfermo en Eboracum, mientras se dirigía a tomar el mando de las legiones. Según el último informe, todavía estaba vivo, aunque no resultaría nada sorprendente que la próxima carta anunciara su muerte. En cualquier caso, era imposible que se recuperase lo bastante rápido como para participar en la campaña. Sin embargo, sus órdenes se mantenían, y la expedición ya se había organizado, con grandes esfuerzos y gastos, así que no podía cancelarse. Además, eso podría percibirse como debilidad por parte de las tribus que observaban las maniobras y, por tanto, producir justo el efecto contrario al deseado.

Prisco, el comandante de la columna principal, era la elección más obvia para asumir el cargo de comandante general y actuar en lugar del gobernador. Por suerte, en aquel momento aquel viejo estúpido se encontraba lo bastante bien como para confirmarlo por escrito, antes de derrumbarse y empezar a delirar a causa de la fiebre. Tito Cerialis ascendió a jefe de la columna principal, aunque, como Prisco lo acompañaba, el tribuno siempre se encontraba bajo su estricta supervisión. Parte de la cohorte del legado, su plantilla de oficiales y de empleados adscritos se habían unido a Prisco, aunque la mayoría no parecían muy convencidos de que su nuevo jefe fuera lo bastante influyente como para ayudarlos a avanzar en sus carreras.

Así que, en solo unos meses, las perspectivas de Prisco habían pasado de moderadas a buenas y, luego, a espléndidas, con la posibilidad de impresionar al *princeps* y de convertirse en uno de esos pocos hombres de confianza que obtendrían los mejores cargos en los años siguientes. El Destino lo estaba llevando de la mano, y la desbordante confianza que el legado tenía en sí mismo dejaba bien claro que lo sentía, lo sabía, y que aquello era solo el comienzo.

—Nuestro nuevo *princeps* es un hombre de acción, como su primo, el Divino Trajano —había declarado Prisco, una noche en que había invitado a los oficiales superiores a cenar en su tienda —. Un verdadero romano ve el problema y lo resuelve de inmediato, sin esperar a que le lleguen las instrucciones, ni los hombres y suministros que pueda necesitar, como ocurriría en un mundo perfecto. ¡No, actúa ahora, golpea con fuerza!

El legado había bebido mucho esa noche. Cada vez gritaba más, aunque arrastrando un poco

las palabras.

Claudia Enica, que en aquel momento acompañaba a la expedición, miró a Ferox y puso los ojos en blanco.

—Tú has sido la que quería venir —le susurró él.

Sabía que su esposa habría preferido vestirse como lo había hecho en Dacia, pero, por el momento, tenía que seguir presentándose como una respetable dama romana. El *legatus* tenía a su lado a una amante, y la reina la trató con cortesía, lo que contribuyó a convencerlo de que estaría bien dejarle tomar parte en la expedición. Para regocijo de Ferox, aquella mujer también se llamaba Claudia, y tenía el pelo teñido de un vivo color rojo. Claudia Enica quería recordar al *legatus* —y, sobre todo, a Adriano— que, una vez más, se había mostrado leal, reclutando soldados y haciendo todo lo posible para inspirarlos.

—Piensa en ti misma como si fueras un hombre honorario —sugirió Ferox a su esposa.

—¡Eh!

Borrachos o sobrios, a los aristócratas romanos les encantaba la oratoria, y Prisco no era una excepción.

—Hace solo unos pocos años, nuestro valeroso *princeps*, que entonces era un ciudadano sin cargo, fue nombrado legado interino de Siria. ¡Detectó una crisis en ciernes y reunió las escasas tropas disponibles para asaltar una ciudad en el este!

Claudia Enica puso la mano en la rodilla de Ferox y se la apretó con fuerza. Él había sido uno de los hombres elegidos para esa expedición. Aunque su esposo no le había contado mucho al respecto, ella había obtenido información de Vindex y de Bran, antes de que se marchara. Así, había deducido que el ambicioso Adriano había creado aquella guerra para su propio provecho. Una guerra que condujo a un asedio terrible y al saqueo de una plaza cuyos habitantes no habían participado en los juegos políticos que desencadenaron el conflicto. Trajano tampoco se había mostrado complacido, aunque el asunto se tapó y, evidentemente, al final acabaron convenciendo al emperador de que perdonara a Adriano.

—Deberías marcharte —le dijo Ferox en voz baja—. Yo no puedo, pero tú sí. Y haré todo lo posible para cuidar de tus hombres.

Ella sonrió y volvió a apretarle la rodilla.

—Sé que lo harás. Pero soy la reina, y ellos están aquí por mí. No puedo irme.

Ferox no estaba nada convencido. Pero, al menos hasta ahora, su esposa se había quedado con el cuerpo principal y no había sentido la necesidad de ceñirse las espadas y cabalgar junto a las patrullas. Ojalá que el deseo de ser una reina y, al mismo tiempo, una buena romana, la mantuviera en la retaguardia. Tenía que admitir que era maravilloso pasar tiempo con ella, ahora que, para variar, él era el más ocupado de los dos. Incluso tenían su propia gran carpa, cuya parte trasera se levantaba tras la de Tito Cerialis. Esta, a su vez, se había visto desplazada hacia un lado, porque, aunque él dirigía a las tropas en campaña, Prisco era el comandante general y tenía precedencia, y, en la práctica, emitía casi todas las órdenes. Si Tito se sentía ofendido por eso, no lo demostró. Después de todo, la II Augusta era la legión de Prisco.

También era el núcleo principal del ejército, porque contaba con siete cohortes, incluida la I, con el águila de la legión a la cabeza. En total, la II Augusta integraba a unos tres mil doscientos hombres, junto a una cohorte de trescientos cincuenta soldados de la Legio XX. Y, apretando a casi todos los que quedaban de la antigua VIII Hispana, habían reunido otra cohorte, unos

seiscientos hombres, la mitad de ellos veteranos, liberados de realizar trabajos, que estaban cumpliendo cinco años extra, además de los veinte iniciales. Solo los dioses sabían dónde estaba el resto de la legión. Ferox lo ignoraba. Sin duda, no estaban en Britania. La última vez que los había visto fue en Osroena. Allí habían formado el núcleo principal de las fuerzas destinadas a la guerra privada de Adriano.

Para apoyar a sus legionarios, Prisco tenía tres mil quinientos auxiliares regulares, un tercio de ellos, de caballería. Pertenecían a varias cohortes, y solo las dos *alae*, integradas por los jinetes más elegantes y, quizás, los mejores, contaban con algo parecido a su fuerza original. Luego estaban los hombres de Ferox, que, junto a los *numeri* I, II y III, sumaban más de dos mil guerreros, porque les habían quitado un par de centurias para asignarles otras tareas. Los otros dos *numeri* iban con la fuerza secundaria, que reunía a menos de cuatro mil combatientes, incluidos los irregulares. Su trabajo consistía en avanzar hacia el este, hacia las tierras de los votadinos, donde no esperaban encontrar verdaderos problemas. Prisco le había asegurado a Ferox que la intención de aquella maniobra era distraer a los enemigos, que así no sabrían cuál era el ataque principal. También debían actuar como reserva y estar listos para moverse y proteger la línea fronteriza a lo largo de la calzada que iba de este a oeste, en caso de que un gran cuerpo de asaltantes lograra superar al ejército de campaña y amenazar la provincia.

A Ferox le parecía que aquel era un plan maravilloso, siempre y cuando los enemigos —cualquiera que fuera su procedencia— fueran ciegos y estúpidos. Así, el ejército de Prisco se quedaba con menos de los diez mil soldados que él —y el pobre y enfermo Espurio Ligustino— esperaba reunir. Los *calones*, los esclavos propiedad del ejército, que realizaban muchas de las tareas físicas y supervisaban la caravana de suministros, junto con los *lixae*, esclavos y libertos de propiedad particular, y un cúmulo de otros seguidores del campamento, sumaban un total de casi trece mil.

Eran muchas bocas que alimentar. A Ferox le habían pedido su opinión a principios de año, y había aconsejado que la mayor parte del transporte lo realizasen mulas, o, en su defecto, ponis y caballos. Por supuesto, no había suficientes mulas disponibles, ya que, en tiempos de paz, el ejército no mantenía más que una fracción de lo necesario para poner en movimiento a cada unidad en caso de que se necesitara entrar en campaña. Alimentar a las mulas era costoso, mantenerlas sanas requería tiempo, esfuerzo y la atención de muchos *calones* o, incluso, de soldados, y esos animales testarudos tenían tendencia a morirse antes de que los necesitaran.

Se suponía que cada *contubernium* de regulares, ya fuesen legionarios o auxiliares, tenía una mula para llevar la tienda y el equipo pesado, incluidas algunas de las herramientas y utensilios de cocina. Se suponía que había ocho hombres por *contubernium*. Con mucho esfuerzo de reorganización en el período previo a la campaña se había conseguido alcanzar ese número en la mayoría de los casos, pero algunos seguían teniendo solo seis o siete integrantes. Otra forma de reducirla carga era decir que no todos los *contubernia* de una centuria necesitaban una tienda propia, ya que en todo momento una quinta parte o un cuarto de ellos estaría en puestos de centinela o realizando alguna otra tarea. Así pues, los manuales establecían que un comandante ahorrativo podía llevar tan solo tres cuartas partes de lo necesario, y que las tropas que acababan su turno de guardia usaran las tiendas y los sacos de dormir que dejaban desocupados los hombres que los relevaban.

A nadie le gustaba esa forma de hacer las cosas. Un soldado podía no llevar mucho para la campaña, pero lo que tenía era suyo, y solo suyo, y no le hacía gracia la idea de que otra persona revisara su mochila o durmiera bajo sus mantas. Hasta donde Ferox sabía, solo un par de cohortes habían adoptado aquella práctica, y en las noches cálidas y secas se podía ver a los hombres sin tienda, durmiendo al aire libre, de modo que tenían un pequeño trozo de terreno propio. Los hombres de su *numerus* no habían recibido tiendas de campaña, así que dormían al aire libre, sin importar el clima. Eso hacía que Ferox se sintiera aún más culpable, porque dormía a resguardo y con una mujer hermosa al lado. Ella aducía —y también lo decían los hombres a los que nos les importaba hablar— que era lo correcto, porque ella era la reina y él, su consorte, aunque fuera un extranjero. Si la reina carecía de alojamiento, los miembros de su tribu tendrían que construir cada noche un refugio para ella, así que, al menos, la tienda facilitaba las cosas. Ferox no estaba tan seguro, y se temía que la edad lo estuviera debilitando, porque accedía a estar con ella todas las noches. Cerca de una cuarta parte de los guerreros habían traído consigo a sus esposas y familias, y los cónyuges copulaban bajo las estrellas a plena vista, y a oídos de todos los que estaban a su alrededor. Siempre había sido así en tiempos de guerra, a menos que un hombre fuera lo bastante rico como para traer un carruaje, y solo un puñado de jefes lo habían hecho así.

Muchos miembros de la tribu hacían que, por la noche, el campamento tuviera un aspecto más salvaje de lo habitual. Prisco les había asignado un rincón para ellos solos, y eso preocupaba a Ferox, porque sus hombres no estaban familiarizados con las costumbres romanas. Algunos guerreros se negaban a comprender que el ejército insistía en que todo hombre hiciera sus necesidades en la zanja que servía como letrina, y solo ahí. Por suerte, habían convencido a Prisco para que ordenara a los irregulares reforzar las estacas exteriores en lugar de ocuparse de la muralla. Aun así, Ferox se aseguraba de que el *numerus* II acampara detrás de los demás, lo más lejos posible de la muralla y el *intervallum*, el área despejada que quedaba detrás de ella para que las tropas formaran. Los hombres podrían responder bien a la luz del día y después de haber tenido tiempo para entrenarse, pero estaba seguro de que cundiría el pánico entre ellos si se producía un ataque nocturno.

Prisco tenía un gran ejército, incluso si algunos de sus elementos servían más para hacer bulto de cara a la galería que para cualquier otra cosa. Y los grandes ejércitos se movían despacio. Así eran las cosas. Al colocarse en columna, la formación se alargaba, lo que implicaba que los contingentes de la retaguardia tenían que esperar mucho tiempo antes de poder iniciar siquiera la marcha del día.

Cada vez que la vanguardia encontraba un obstáculo —un lugar en el que el valle se estrechaba en un desfiladero, un barranco, o si había que cruzar un arroyo, y no digamos ya un río, o incluso si solo había que subir una pendiente empinada— se ralentizaba el avance. Mientras los de la parte delantera superaban lo que fuera que los estuviera ralentizando, todos los que iban por detrás tenían que detenerse y esperar. Un retraso de media hora para la cabeza de la formación iba aumentando a medida que se desplazaba hacia atrás por la columna, como una ola. Los integrantes de la retaguardia pronto descubrieron que tardaban en llegar a la zona de acampada nocturna tres, cuatro o incluso seis o siete horas más con respecto a lo que se tardaría si el avance fuera constante.

El comandante de la II Augusta era un hombre activo. Solía cabalgar en la vanguardia con las patrullas, sobre todo si llegaban informes de que había algo interesante. Pero, cuando no estaba

haciendo eso, recorría la columna yendo arriba y abajo, alentando y elogiando a los hombres. Prisco se tomaba su trabajo en serio. Había leído textos sobre las actuaciones de comandantes famosos. Incluso había aprendido algunas palabras en el idioma de las tribus para poder llamar a los *numeri*. Siendo romano, tampoco era muy exigente con respecto a la pronunciación, y no lograba entender la diferencia entre los grupos de las diversas tribus, por lo que les decía a carvetos lo orgulloso que estaba de los setantii o, simplemente, destrozaba las frases.

—Vitoreadlo un poco —dijo Ferox a todos los guerreros—. Si hacéis eso, se irá contento y no os molestará más.

Algunos de los guerreros empezaron a sonreír y saludar con entusiasmo al legado mientras le gritaban disparates o insultos, hasta que Ferox les recordó que, aunque el comandante no los entendiera, él sí. Después de eso, tuvieron más cuidado.

El ejército seguía adelante día a día, dirigiéndose al norte, aunque no en línea recta, porque el terreno no lo permitía. Aquella no era una tierra de calzadas, sino de senderos. Algunos estaban bien marcados y eran bastante anchos. Los mejores eran los que otros ejércitos romanos habían seguido en el pasado, cuando el Imperio llegaba hasta el norte. Eran los mejores, porque la experiencia pasada demostraba que un ejército podía recorrerlos y llegar a donde quería ir sin demasiadas dificultades. También eran los mejores porque resultaban conocidos y estaban detallados por escrito; por ejemplo, las distancias entre los diferentes puntos de parada, los ríos que había que cruzar, las colinas que había que escalar, y dónde había acceso a agua, alimentos y forraje en las diferentes épocas del año.

El equipo de Prisco había extraído todos aquellos detalles de los registros existentes. Él había planeado marchar de un punto preestablecido a otro, porque esa era la forma de hacer las cosas en el ejército. Cuando había campañas que se libraban en la misma zona durante décadas, las sucesivas columnas se detenían y establecían su campamento nocturno en el mismo sitio que habían usado los ejércitos que los habían precedido. Solo en raras ocasiones construían estructuras sobre los restos de las defensas previas. Pero el hecho de que hubiera habido un asentamiento precedente les proporcionaba la seguridad de que, si aquella había sido una buena posición en el pasado, probablemente seguiría siéndolo en el presente. Sin embargo, en esta ocasión no estaba funcionando.

—¿Por qué vamos tan despacio? —exigió Prisco una noche, sin dirigirse a nadie. Era la cuarta jornada consecutiva en la que no habían llegado tan lejos como él y su personal habían planeado —. Agrícola tenía el doble de hombres cuando una de sus columnas pasó por aquí.

—¿Tal vez tuvo más suerte con el clima? —sugirió Tito Cerialis.

Ciertamente, el clima no era el ideal, ya que llovía uno de cada dos días, con una regularidad asombrosa. Pero Ferox sospechaba que aquel otro ejército estaba, simplemente, mucho mejor preparado. En aquellos tiempos, hacía casi cuarenta años, había el doble de tropas regulares en Britania y, aún más importante, estaban acostumbradas a salir de campaña casi todos los veranos. En aquel entonces, Britania era uno de los mejores destinos para alguien que quisiera tomar parte en una verdadera batalla. Había muchos oficiales entusiastas que adquirían experiencia rápidamente, e incluso más soldados expertos en campañas. Sabían lo que hacían y, además, estaban equipados para marchar y luchar, con caravanas de equipamiento bien preparadas para cada unidad y otras que transportan los suministros que necesitaba el ejército en su conjunto. Pero Ferox dudaba que al gobernador le gustara que alguien dijera «*Ellos sí sabían lo que estaban*

haciendo», así que no comentó nada.

Este era un ejército improvisado, algo que resultaba aún más obvio al observar sus medios de transporte. La mayoría de los regulares tenían sus propias tiendas de campaña, pero solo dos tercios de entre ellos contaban con mulas para llevarlas. El resto usaba caballos, que eran muy delicados, o ponis, también bastante delicados y que, además, podían llevar menos carga. Tampoco ayudaba el hecho de que no hubiera suficientes soldados ni *calones* con experiencia reciente en el cuidado de los animales de carga, y los ya entrenados tendían a ocuparse de las mulas que necesitaban mano más dura. Bastantes caballos habían empezado a cojear, y Ferox vio y olió algunos ponis cuyas espaldas eran un amasijo de llagas. Incluso algunas de las mulas estaban sufriendo, sobre todo porque, por las necesidades insaciables de la campaña, se habían aceptado muchos animales que normalmente se rechazarían por ser demasiado pequeños o tener mala salud.

Había mulas suficientes para algunos de los carros de transporte y para todas las *carroballistae*, las catapultas ligeras montadas en carretas. Los caballos tiraban de unos cuantos más, pero más de la mitad de los numerosos vehículos eran arrastrados por bueyes, simplemente porque en Britania era más fácil encontrar bueyes que cualquier otro animal de carga. Prisco no había sido estricto en lo relativo al equipaje personal, sobre todo porque llevaba a su amante, y muchos lujos, para que la campaña le resultara cómoda. Muchos de sus oficiales seguían su ejemplo, e incluso Tito Cerialis había traído consigo a un par de esclavas, así como a sus otros sirvientes. En cuanto a los suministros militares, a Prisco también le interesaba estar preparado para cualquier contingencia. Tenían más *ballistae* pesadas de las que Ferox había visto nunca en Britania.

—¡Bien! —declaró el legado, cuando Ferox le preguntó por la gran cantidad de máquinas y de piedras necesarias como munición—. Ahí arriba nadie habrá visto nada semejante. Cuando presencien cómo nuestros artefactos destrozan sus casas y sus murallas comprenderán a qué se enfrentan. Unas cuantas piedras bien lanzadas y puede que todo haya terminado.

No tenía sentido tratar de explicárselo, así que el ejército se dirigió al norte con un lujoso tren de asedio, y también con carros llenos de brillantes monedas de oro, algunas de ellas recién acuñadas, tanto que llevaban el rostro barbado de Adriano.

—Roma puede ser un buen amigo y un enemigo terrible —declaró Prisco—. Un regalo de cien áureos entregados en el momento vale diez veces más que todo el oro prometido para el futuro. Que vean cómo brilla. Puede que necesitemos más para ese gran rey, si tiene el sentido común de mostrar el debido respeto.

Ferox dudaba que la llegada de un ejército —y, menos aún, de uno que iba lanzando piedras contra cualquier cosa lo bastante sustancial como para considerarse un buen blanco— ofreciera al gran rey muchas posibilidades de ser sumiso y, aun así, mantener la reputación frente a sus reyes y jefes menores.

—Puede que sea un bárbaro, pero sigue siendo un político —señaló el legado—. Un hombre que acepta la realidad y sabe cómo hacer un trato.

Así que el ejército avanzaba fatigosamente hacia el norte. Los bueyes eran lentos y estúpidos, lo que significaba que los carros tenían que guardar bien las distancias para evitar chocar con el que iba delante. Eso provocaba que el ejército en marcha se alargara aún más, incluso cuando el terreno era lo bastante amplio y llano como para permitir que varias columnas avanzaran una junto a otra. Los bueyes tenían que alimentarse y descansar y, ciertamente, no podían caminar

durante más de siete horas diarias; de lo contrario, apenas eran capaces de moverse al día siguiente. La lluvia provocaba que la hierba resbalara y el suelo se reblandeciera, y las botas, los cascos de los animales y las ruedas lo convertían en barro. De nuevo, los que más sufrían aquello eran los de la retaguardia. Los carros se atascaban, y se necesitaban muchos juramentos y sudor para liberarlos. Los desniveles se convirtieron en una pesadilla. Los equipos y los vehículos no hacían más que derrapar.

Una vez, al inicio de la campaña, el ejército de Prisco recorrió casi diez millas en una jornada. Aquel día, los dioses debían de estar despistados, porque aquel milagro no volvió a repetirse. Un avance de unas ocho millas era maravilloso; de siete, altamente satisfactorio; de cinco o seis, aceptablemente bueno. En los días realmente malos recorrían aún menos distancia.

Así, el poderío de Roma se arrastraba hacia el norte para enfrentarse a un enemigo que aún no era enemigo.

XVII

Entre los damnonii

Cuatro días antes de las nonas de agosto

—Siempre hemos sido amigos de Roma —dijo Epático—. Siempre —repitió—, y ese es el deseo de mi padre, mientras viva, y mi deseo más profundo para cuando lo suceda.

Ferox volvió con el pensamiento al momento en el que se había enfrentado en batalla al joven guerrero, tantos años atrás. En aquel entonces, el muchacho había luchado contra los romanos junto con su padre adoptivo, un rey de los selgovae. Aun así, entendía perfectamente lo que el príncipe quería decir. Había luchado por su padre adoptivo, llegando incluso a lanzar un ataque en solitario contra Ferox cuando el rey fue derribado en la lucha, porque eso era lo que un hombre libre tenía que hacer. Si no respetaba los juramentos y las promesas, un hombre no era nada.

—Decimos la verdad y nuestra palabra es buena —continuó Epático—. Siempre hemos sido fieles a nuestros amigos romanos, ¿no es cierto?

El príncipe hablaba un latín decente, al igual que su padre, por lo que Ferox no necesitaba traducir. El siluro permanecía sentado en una silla plegable, un poco detrás de Tito y otro par de oficiales de alto rango. Se había reunido con Epático y su escolta la noche anterior, los había instalado en su campamento y declarado que los llevaría ante los romanos al día siguiente. Como consecuencia, Prisco dio a su ejército un día de descanso, algo cada vez más frecuente a medida que avanzaban. El legado había ordenado que construyeran un estrado, aunque, como la mayor parte de la madera ya se había usado para alimentar los fuegos de los soldados y el mejor tepe se había empleado en la construcción de la muralla, tan solo pudieron levantar una plataforma cuadrada de poco más de un pie de altura, porque si intentaban elevarla más tendía a desmoronarse. Se suponía que los comandantes romanos recibían a las embajadas extranjeras desde un lugar alto, para dejar claro que Roma era poderosa y ellos no. Así que tuvieron que apañarse con lo que había.

Epático era un hombre de elevada estatura, mucho más que su diminuto padre. Era el único de los enviados al que le habían dado una silla, por lo que estaba casi a la altura de los ojos de Prisco.

—Somos amigos, amigos fieles. Protegemos a vuestros mercaderes cuando acuden a nosotros,

y siempre cumplimos nuestra palabra. ¿No es así?

Prisco no respondió. Había comenzado indicando al príncipe que hablara y dijera todo lo que quisiera, prometiendo que lo escucharía sin interrumpir.

—Es un truco que aprendí en los tribunales —explicó a su personal—. Ser cortés, no mostrar ninguna emoción, escuchar solemnemente y con la mayor educación. Luego, cuando han terminado, los rebates, punto por punto.

Epático igualaba al gobernador en dignidad y solemnidad. Llevaba cota de malla y vestía unos pantalones y una túnica de manga larga que debían de ser caros, dada la brillantez de sus colores. Tenía sobre los hombros una capa, estampada con un sencillo tartán y manchada por el viaje, para demostrar que no era un individuo debilucho y mimado, sino un guerrero. El casco de hierro colocado sobre su regazo estaba bien pulido, pero también mostraba signos de desgaste, incluida una pequeña abolladura en la parte superior.

Ferox lo había reconocido de inmediato cuando sus hombres se aproximaron al grupo de jinetes. Epático conservaba su entusiasmo y orgullo juveniles, pero fortalecidos, porque ahora era un hombre y había conseguido muchas cosas por sí mismo. Tenía una cicatriz en la barbilla y otra en el dorso de la mano izquierda que hablaban de batallas combatidas. Su cabello oscuro empezaba a ralear, sobre todo en la parte de superior de la cabeza, pero era tan áspero que no necesitaba endurecerse con cal.

—¿Qué quieres, Ferox? —le había preguntado Epático en cuanto se encontraron frente a frente—. ¿O debería preguntarte qué quieren los romanos?

El príncipe había heredado gran parte de la astucia de su padre. Podría convertirse en un excelente gran rey y, como su padre, ser amigo de Roma, siempre que esa relación siguiera interesándole.

—¿Quieren una guerra?

—Quieren una victoria —había tratado de explicar Ferox—. Quieren parecer fuertes.

—Pero son fuertes, ¿no? —Epático parecía realmente desconcertado—. Han avanzado por la región y nadie se ha atrevido a enfrentarse a ellos.

Para gran decepción de Prisco, los novantae tampoco habían demostrado tener más «pelotas» que los selgovae, y lo mismo ocurría con los damnonii del norte. Se habían producido algunas pequeñas escaramuzas, y algunos rezagados de la columna habían desaparecido, ya fuese para atacar o simplemente, porque habían desertado. Pero ningún jefe había reunido a su clan para presentar batalla. Y, por supuesto, ningún rey había convocado una reunión de su tribu. La gente había huido. Era bastante fácil escapar, dado que contaban con tiempo de sobra. De vez en cuando, algún jefe o algún rey cabalgaba hasta Ferox y los demás exploradores para hablar con ellos y jurarles lealtad a Roma. Prisco se había reunido con algunos de ellos e, incluso cuando no estaba presente en el encuentro, pedía que los britanos entregaran sus espadas y sus lanzas como signo de buena fe. Todos habían prometido hacerlo, y algunos incluso habían cumplido su palabra. Por el campamento circulaba la chanza de que el nuevo emperador había tenido esa idea brillante para asegurarse de que las provincias nunca se quedaran sin chatarra.

—¿Qué más quieren? —exigió saber Epático—. ¿Que mi padre les entregue cientos de espadas? ¡Fueron ellos quienes nos las dieron, como parte del tratado!

—Y comprasteis más, sin decir ni una palabra al respecto.

—¡Ja! ¿Y eso qué tiene que ver con esto?

Ferox hizo todo lo posible por ayudar.

—Esta es una buena oportunidad para el gran rey demuestre su generosidad. Dales más de lo que piden y hazles sentirse bienvenido con tu humildad. Si tu padre acude en persona antes de que ellos… nosotros… nos adentremos más en vuestro territorio, eso significaría mucho. El gobernador tiene que poder transmitir el mensaje de que todos respetan y temen a Roma y de que la paz se ha restablecido. Dale eso y será feliz.

Epático no se había dejado convencer por aquellas palabras. Ferox no podía reprochárselo.

—Creo que este romano tuyo quiere una guerra. Creo que quiere luchar contra nosotros porque somos lo bastante grandes como para poder jactarse del enfrentamiento. ¡Ja! Igual que un joven tonto que desafía a un famoso guerrero.

—Ambos seguimos vivos —dijo Ferox.

—Por ahora. Pero mi padre no está bien, y hay otros con voces fuertes que quieren la guerra. No solo hay que tener en consideración el orgullo y la vanidad de los romanos.

Ferox sonrió. Cada vez le gustaba más Epático. Y se sentía orgulloso de cómo el príncipe estaba haciendo frente a Prisco y su audiencia, con un par de docenas de portaestandartes formados detrás de él, y el *aquila* de II Augusta destacando entre ellos. Hablaba bien, eligiendo con cuidado sus palabras, manteniendo la calma y mostrándose muy respetuoso.

—Mi padre pregunta por qué has venido a nuestras tierras con un ejército tan grande. ¿Piensas que aquí encontrarás enemigos? No hay ninguno en la corte del gran rey. Mi padre es anciano y se encuentra en un estado delicado. Pero, aun así, está dispuesto a reunirse contigo para mostrar de nuevo su amor por Roma, si la presencia de su hijo no es suficiente. Llevará consigo regalos apropiados para honrar a Roma, su *princeps* y su legado. Estas son las palabras que traigo.

Si Prisco se sorprendió, no dio muestras de ello. Ferox sabía que el legado estaba esperando a que el príncipe le planteara el tema de que los romanos lo reconocieran como heredero del gran rey. Prisco ya había comentado en más de una ocasión que planeaba explicarle que el honor de elegir a un sucesor era algo que Roma rara vez concedía a sus aliados, ni siquiera a los mejores de entre ellos. Esos eran asuntos que debía decidir la propia Roma, cuando llegara el momento. Eso era lo correcto, y no implicaba hostilidad ninguna hacia el heredero o los herederos de un gobernante.

—Joven príncipe —Prisco tenía una edad similar a la de Epático, pero con aquella expresión asumía un aire de superioridad—, me hace muy feliz ver que has venido y oírte hablar de tu amor por Roma.

El legado aferraba los brazos de su silla plegable. Claramente, estaba realizando un inmenso esfuerzo para no ponerse de pie y empezar a gesticular como exigía la oratoria.

Ferox se esforzaba por mantener la atención, porque los discursos de los líderes tendían a ser largos y tediosos. Solían hablar mucho sobre la grandeza del Imperio, y más sobre las muchas virtudes del *princeps*, el noble Adriano, quien, según la versión oficial, unía la sabiduría de Sócrates y Aristóteles con la decisión, el vigor y el heroísmo de Alejandro Magno. Siempre le había parecido curiosa la costumbre de que los romanos se jactaban de los logros de los griegos.

Hubo más palabras, muchas más, antes de que el legado abordara el tema principal.

—Que tu padre se reúna con nosotros dentro de quince días. Seguiremos avanzando hacia él. Que hable como tú y actúe como tú, y que nos dé mil espadas y lanzas como símbolo de amistad, y dos mil ovejas o cabezas de ganado para alimentar a mis soldados. Entonces tendrá la amistad

sempiterna del césar y un regalo en oro para sellarla.

Ahí llegaba, por fin, la demanda, veinte veces mayor que las planteadas a cualquier otro líder. Aunque el gran rey era más rico y mucho más poderoso que ningún otro rey tribal, las cantidades exigidas eran escandalosas. A menos que Tincomio estuviera realmente desesperado por firmar por la paz, Ferox dudaba que aceptara. Incluso si lo hiciera, supondría una tremenda humillación. Y muchos pensarían que aquel hombre, el que había unido a tantas tribus, ya no era tan fuerte.

—Por favor, lleva estas palabras a tu padre, señor príncipe, con mis saludos y mi esperanza de verlo dentro de quince días.

Ferox sospechaba que Prisco ni siquiera creía que la fecha límite y las exigencias fueran factibles. No estaba seguro de si el comandante quería provocar una guerra o si pretendía demostrar que iba en serio.

—Intenta rebajarlo a la mitad, si puedes —le aconsejó Ferox a Epático.

El príncipe había llevado al campamento romano tan solo a una docena de hombres. Ferox y Vindex lo estaban escoltando en el camino de vuelta, para que se reuniera con el grueso de sus guerreros.

—El legado podría estar dispuesto a hacer un trato. Todo lo que quiere es un símbolo. Es verdad que ha traído mucho oro y está desesperado por regalarlo en un gran gesto.

—Supongo que podríamos aceptar el oro y comprar espadas nuevas para reemplazar las que hemos regalado —sugirió Epático—. Pero no sé si sería posible cumplir los términos en tan poco tiempo… Mi padre no quiere una guerra contra Roma, y yo tampoco.

—Ni nadie más, aparte de Prisco y otros pocos —dijo Ferox—. Pero ellos son los que mandan, por lo que el resto de nosotros no tenemos ninguna otra opción.

El príncipe frunció el ceño.

—Doy gracias a Taranis y a Cocidio por no ser romano.

—Estoy de acuerdo —añadió Vindex.

Estaban cerca de la veintena de jinetes que formaban el resto del séquito de Epático. Uno de ellos los saludó alegremente y montó en su caballo para acudir a su encuentro.

—¡Qué me jodan! —dijo Vindex al verlo.

El hombre era enorme y tenía exactamente el mismo aspecto que Ganasco cuando lo conocieron.

—Es Esuco —le explicó Ferox, que había experimentado la misma sorpresa el día anterior—. El hijo de nuestro germano.

Vindex respiró hondo.

—Mira qué tamaño. ¡Habiendo dos así, me extraña que no hayan acabado con la cerveza y la carne de todo el norte!

Hicieron las presentaciones y se despidieron. Era tarde, pero Epático quería avanzar todo lo posible en lo que quedaba de jornada.

—El tiempo no juega a mi favor. Tampoco es que nos hayan dado mucho, pero tengo que intentarlo —les dijo al separarse.

Vindex asintió.

—Buen cachorro. El mejor de la camada.

Tincomio tenía varias esposas y más de una docena de hijos. Sus hijas se habían casado con reyes en cuanto tuvieron edad suficiente. Los hijos seguían en la corte y dirigían las tropas cuando

se convocaba al ejército.

—Sí.

—¿Así que el burro está preparado para la guerra?

Los dos cabalgaban un poco por detrás de los demás carvetos, así que tenían libertad para hablar.

—¿El burro?

—Él, el gran y poderoso *legatus* de la *legio*, tal y cual. No deja de preguntarnos cómo están nuestros burros. Creo que no conoce la palabra «caballo». —Vindex se quedó pensativo un momento—. Maldito idiota. Y sediento de sangre, por lo que parece.

—Tincomio podría reunirlo todo —sugirió Ferox.

—Sí, claro. —El tono de Vindex evidenciaba su opinión al respecto.

—O podría traer parte de lo acordado, o volver a mandar al príncipe y prometer que ya entregarán el resto. Podría dejar satisfecho al legado. Después de todo, el verano se acerca y hay un largo camino a casa.

—¿Y si no?

—Si no, puede que Tincomio reúna a su ejército y descubramos lo poderoso que es en realidad… O tal vez no lo haga, se comporte igual que todos los jefes y reyes cuyas tierras hemos atravesado hasta ahora, se mantenga fuera de nuestro camino y espere. No hacemos más que marchar de acá para allá. Prisco está cada vez más impaciente y más enfadado. Puede que empiece a destruir cosas.

Hasta entonces, la columna romana tenía órdenes estrictas de no dañar ninguna casa, a menos que su propietario opusiera resistencia, pero nadie se había resistido. Los romanos se llevaban animales, grano y paja para su consumo. El hecho de que no estuviesen causando una devastación a gran escala hacía que aquella expedición resultase aún más extraña.

—¿Crees que hará eso?

—Es lo que yo haría —dijo Ferox.

—Pero tú eres inteligente, y un bastardo —observó Vindex—. Tincomio solo es inteligente.

—Pondría las cosas difíciles. Para cuando Prisco se canse de andar de acá para allá y de incendiar cosas, el mes de agosto habrá acabado y estaremos aún más lejos de casa.

—Eso no me importa —dijo Vindex—. Yo puedo renunciar en cualquier momento y volverme a casa. Yo no soy el que ha arrastrado hasta aquí toda esta mierda. Ahora bien, si tú…

Se detuvo. Ferox había levantado una mano a modo de advertencia. Señaló hacia un jinete cuya silueta se recortaba en una cima, a media milla de distancia o un poco más.

Vindex entornó los ojos.

—Ese eres tú, ¿verdad?

El jinete montaba un caballo gris, tenía una armadura que, a aquella distancia, parecía descolorida y usaba un sombrero de ala ancha.

—Sí, el sombrero ridículo, la expresión atontada. Tienes que ser tú. —Un par de soldados de caballería auxiliar cabalgaban junto a la figura solitaria—. Por lo menos esos llevan casco, como la gente sensata. Odio imaginar que todo el ejército se vistiera como tú. ¿Quieres ir para hablar contigo mismo?

Ferox estaba cansado.

—No.

—Muy listo. No eres la mejor de las compañías. Vaya, se han ido.

El jinete había desaparecido tras la colina.

—Entonces vamos a echar un vistazo. Tráete a un par de hombres. El resto puede volver al campamento.

Vindex negó con la cabeza.

—A los siluros y a los romanos no hay quien os entienda.

A cinco millas de distancia

Esa noche

Era imposible no reconocer a su tío, y a ese asesino de brigantes que solía acompañarlo. Estaban mirando hacia atrás, pero ¿qué iban a ver? A un oficial romano ocupado en sus cosas y que llevaba un sombrero indigno.

Tenía a tres guerreros junto a él, a una docena lo bastante cerca como para llamarlos enseguida y a cincuenta que podían acudir en menos de una hora. Podían vencer a Ferox y sus hombres antes de que alcanzaran a refugiarse entre otras patrullas romanas. La tentación era fuerte, y ella le había prometido venganza, aunque no había especificado si lo que vengaría sería la muerte de sus hermanos. Había muchas afrentas que exigían reparación. De niños, a los siluros se les enseñaba a valorar el odio y a nutrirlo para que creciera más y más, dándoles fuerza. También te enseñaban que era prudente esperar el momento adecuado y confiar en que los dioses te lo traerían.

Aquel no era el momento adecuado.

—Vamos —les dijo a sus hombres y los apartó de allí.

Iban vestidos como las tropas romanas, al igual que la docena de guerreros más cercanos. Los uniformes no eran perfectos, ya que los había creado a base de despojos arrancados a los muertos y de otras cosas que había podido encontrar. Tenían escudos que no conjuntaban, y no había encontrado a nadie capaz de pintar diseños que parecieran lo bastante romanos. En su lugar, habían encontrado o confeccionado fundas de cuero para cada uno. Dado que las patrullas solían mantener los escudos protegidos de esa forma, el resultado era bastante convincente. Los hombres habían tenido que afeitarse esos bigotes que se habían dejado crecer durante tanto tiempo o, al menos, cortárselos un poco, para tener un aspecto más pulcro.

Nadie que conociera realmente el ejército romano se lo creería. Al menos, de cerca. Había intentado enseñar a sus guerreros cómo sentarse en la silla, cómo llevar y vestir su equipo, cómo imitar la expresión resignada de un individuo cansado y harto, pero acostumbrado a ocultar sus sentimientos para evitar reproches y castigos. Un hombre tenía que haber sido soldado, o haber vivido entre ellos durante mucho tiempo para entender aquello, pero ese no era el caso de sus guerreros. Aun así, funcionaría, porque el engaño no tenía por qué durar mucho.

Tuvieron que cabalgar rápido para alcanzarlos, azuzando a los caballos. Si alguien los veía,

podría preguntarse qué razón tenían aquellos romanos para darse tanta prisa. Pero eso no le importaba, porque quería que lo vieran. La mitad del tiempo iba sujetándose con la mano el sombrero de fieltro sobre la cabeza, ya que el viento amenazaba con llevárselo.

Los caballos jadeaban, pero, cuando llegaron al borde del valle, vio cómo Epático y su escolta trotaban por debajo de ellos, apenas a un tiro de arco largo de distancia. Los bosques se desplegaban ante ellos, a ambos lados del camino.

—¡Id! —les dijo a cuatro de sus hombres, los que mejor podían hacerse pasar por soldados romanos.

Observó cómo golpeaban con fuerza a sus caballos con los talones para lanzarlos al galope, y comprobó que varios de los animales se tambaleaban mientras bajaban por la pendiente cubierta de musgo. Su trabajo consistía en quedarse allí sentado y dejar que lo vieran. Levantó el brazo y lo agitó. Notó que el príncipe, a la cabeza de sus hombres, se volvía para mirarlo.

—¡Mi señor! —gritaba uno de sus guerreros, tal como él le había indicado que hiciera—. ¡Mi señor!

Epático y sus hombres se detuvieron. El príncipe dirigió su caballo hacia ellos.

—¿Qué quieres? —gritó en latín.

Estaba estudiando a los recién llegados con atención. Incluso a aquella distancia resultaba obvio que estaba desconcertado.

El Lobo seguía agitando el brazo. El príncipe lo vio, creyó reconocer el sombrero y al hombre grande vestido de uniforme que montaba el caballo gris. Sonrió y le devolvió el saludo.

—¿Qué pasa?

De los cuatro guerreros disfrazados, solo uno hablaba suficiente latín como para entender la pregunta.

—Te necesitan —le respondió.

Un enorme guerrero, tan grande que su caballo, pese a ser alto, parecía un simple poni en comparación, trotaba delante del príncipe. Debía de haber visto o sentido algo, porque desenfundó la espada.

—¡Alto! —gritó, en el idioma de las tribus.

Epático parecía confundido, inseguro. Los soldados ya estaban cerca de él.

Hubo movimiento entre los árboles que había por delante de ellos, aunque, de momento, ninguno de los integrantes del grupo del príncipe lo notó. El Lobo esbozó una leve sonrisa. Los siluros no mostraban sus emociones, excepto cuando estaban con amigos de verdad y era el momento de celebrar algo. Pero estaba satisfecho, porque sus guerreros estaban allí, tal como lo había planeado, veinte de ellos a cada lado. Aún no podía ver a los otros diez que esperaban en reserva.

Uno de los guerreros del príncipe lanzó un grito de alarma al detectar la emboscada. El soldado que iba en cabeza levantó la lanza y la arrojó, en un mismo movimiento. El arma se clavó en el pecho del caballo de Epático, que se encabritó, relinchando de dolor, y lo tiró de la silla. Debía de tener el casco desatado porque cayó, brillando en el aire, y rodó por el suelo. El guerrero gigantesco se adelantó, balanceó su espada, y el «soldado» que había arrojado la lanza quedó convertido en un cadáver decapitado, con el torso aún erguido y la sangre saliendo a chorros. Otros dos guerreros disfrazados se acercaron a él, mientras que el tercero intentaba girarse para llegar hasta al príncipe caído.

Cuarenta hombres cargaron desde los árboles, con las lanzas listas y protegiéndose con pequeños escudos cuadrados. Diez jinetes salieron de la linde del bosque, por detrás de ellos. Los hombres de infantería lanzaron sus armas arrojadizas, mientras los hombres del príncipe giraban, tratando de formar una línea. Algunos caballos habían caído, otro se había desbocado y tres jinetes estaban en el suelo.

—¡Adelante! —gritó él.

Tanto él como sus acompañantes apresuraron a sus monturas para que se pusieran en movimiento. Por delante de ellos, otro de los «soldados» había caído de su caballo. Tenía la cota de malla partida y el pecho desgarrado por un corte salvaje de la hoja del gigante. El tercer hombre embistió con la lanza y alcanzó la pierna del gigante, pero este le cortó el brazo derecho, justo por debajo del codo. El atacante se quedó mirando el muñón y el chorro de sangre.

El último de los cuatro auxiliares disfrazados había atravesado la línea defensiva y se dirigía hacia Epático. El príncipe se tambaleaba, pero logró recuperarse y desenvainó su arma, una larga *spatha*. Esperó, mientras el jinete se abalanzaba sobre él, con la lanza lista, ya fuera para clavarla o para arrojarla. En el último momento, Epático agitó su espada e hizo un tajo en la boca del caballo, que se encabritó, pero el jinete ya había arrojado la jabalina. El lanzamiento había perdido parte de su fuerza, pero la distancia era muy corta y el proyectil iba bajo. Impactó por debajo de la cota de malla del príncipe y la punta se le clavó en la ingle. El herido gritó y se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie. El soldado cayó, arrojado de su montura. Epático lo alcanzó cojeando y le clavó la espada, una sola vez. La pernera del pantalón del príncipe estaba oscurecida de sangre, que salía a borbotones.

—¡Jabalinas! —gritó el Lobo mientras sus hombres se abalanzaban sobre el enorme guerrero.

Detrás de ellos pudo ver que sus combatientes, que doblaban en número a los defensores, estaban acabando con la escolta enemiga. Algunos de sus integrantes intentaron llegar hasta su príncipe y cayeron muertos.

El enorme guerrero tenía el pelo rojo y una barba peluda. Miró hacia atrás, vio que su príncipe estaba en peligro y empezó a hacer retroceder el caballo para ayudarlo. Media docena de jabalinas surcaron el aire en dirección a él. Dos fallaron, otra rebotó contra su escudo, pero otras dos hirieron a la montura y la última alcanzó al hombre en el costado. El caballo y el jinete se tambalearon. Ambos estaban sangrando, pero conseguían mantenerse en pie.

—¡Derribadlo!

El Lobo necesitaba asegurarse al príncipe, por mucho que deseara ganar fama matando a ese gran guerrero. Otra lanza hirió al caballo, que dobló las patas delanteras y quedó arrodillado. El gigante desmontó y desapareció de la vista cuando los guerreros disfrazados lo rodearon.

Él observó que el príncipe se tambaleaba, intentando ponerse en pie. Tenía la cara pálida, y un charco de sangre regaba el suelo, alrededor de su bota empapada. Miró a su atacante con el ceño fruncido.

—¿Quién eres? —preguntó. Sus ojos parecían incapaces de enfocar la visión.

El Lobo arrojó su lanza. De alguna manera, el príncipe aún conservaba fuerza suficiente para desviarla con la espada, pero el movimiento lo desequilibró y aquel esfuerzo excesivo hizo que se desplomara.

Él saltó del caballo y desenvainó la espada. Uno de los miembros de la escolta del príncipe, que sangraba por media docena de heridas, trató de bloquearle el camino. El Lobo amagó,

manteniendo la espada en alto, dejó que el hombre levantara su escudo y le asestó una fuerte patada en la barriga. El defensor cayó, y uno de los guerreros atacantes apareció para rematarlo.

Epático estaba boca arriba, mirando al cielo, pero seguía aferrando la espada y la levantó débilmente.

Su atacante lo observó. El príncipe era valiente, un buen hombre que había tenido la desgracia de interponerse en su camino. No mostraba miedo, ni siquiera frente a la muerte. Sus labios se movieron, aunque era difícil saber si estaba haciendo un último esfuerzo para hablar o para escupir a su enemigo. El Lobo le asestó una estocada.

Todo había acabado. Los últimos miembros de la escolta del príncipe estaban muertos o heridos. Durante un momento, se planteó dejar a uno con vida para que contara lo ocurrido, pero decidió ser cauteloso. Bastantes lugareños debían de haber visto cómo los «romanos» perseguían al príncipe y le daban muerte. No eran necesarios más testigos para que la historia se difundiera. Resultaba preferible no correr el riesgo de dejar vivo a un hombre que pudiera haber descubierto el engaño, como, seguramente, lo había hecho el príncipe.

El enorme guerrero estaba muerto, con el cuerpo tan destrozado que apenas resultaba reconocible. Había herido a dos combatientes más antes de caer. Uno de ellos estaba demasiado grave como para emprender el camino de vuelta, por lo que habría que rematarlo. Que algunos romanos hubieran muerto en el ataque ayudaría a dar más credibilidad a la mentira.

—¡No! —gritó el Lobo, al ver que uno de sus hombres preparaba la espada para cercenar la cabeza mutilada del enorme guerrero—. Recuerda lo que os he dicho. Ahora asegúrate de que están todos muertos, antes de irnos.

Estaba hecho. Y pronto, la guerra comenzaría.

XVIII

Entre los venicones

Durante las nonas de agosto

La torre ardía bien. Era como muchas viviendas de los jefes tribales de la zona y de más al norte: una casa alta y redonda de varios pisos, con paredes de piedra y techo de madera recubierto de paja, a cuyo alrededor había otras viviendas más pequeñas y corrales para los animales. Tenía una forma muy similar a la de un ánfora gruesa. Ahora que el techo había desaparecido, funcionaba como una enorme chimenea, y las llamas salían disparadas hacia las alturas.

Prisco parecía impresionado por el calor. Hacía muchos días que no se mostraba tan feliz.

—¡Espléndido! —seguía diciendo—. ¡Espléndido! Nos hemos adelantado y hemos asestado el primer golpe.

Media docena de prisioneros estaban sentados juntos, custodiados por un par de jinetes de la II Augusta. Eran todos muy viejos, y todos, menos uno, mujeres. Ningún traficante de esclavos querría comprarlos, pero el legado los había capturado y había rechazado la sugerencia de Ferox de dejarlos en libertad.

—Nos los quedaremos y veremos si el jefe de la tribu viene a hablar ahora. ¿No dices que una de ellas es su abuela? Pues ahí lo tienes. Imagino que querrá recuperarla, suponiendo que esa vieja zorra le caiga bien.

La carcajada del legado quedó ahogada cuando cayó una viga y parte de la torre se derrumbó.

Ferox no estaba prestándole atención. Aquella casa alta le había traído a la memoria esa vez en que él y un puñado de personas habían resistido en una torre parecida, en una isla muy al norte. Habían tenido una buena razón para aquella lucha, a diferencia de lo que estaba pasando ahora. Una patrulla romana había ido a apoderarse de un rebaño de siete ovejas, vigilado por un niño. El muchacho protestó, y con su honda lanzó una piedra al ojo del decurión que estaba al mando. Sus gritos de socorro habían atraído a algunos arrieros, así que cuando los soldados atacaron no les resultó tan fácil como esperaban. Luego, un grupo de guerreros que había estado siguiendo a los romanos, y que había evitado pelear con ellos mientras los vigilaban, decidió unirse a la lucha. Como resultado, un soldado de caballería murió, dos más quedaron gravemente heridos, el decurión perdió un ojo y acabó a las puertas de la muerte, con muchas posibilidades de traspasarlas en un día o dos, y varios caballos resultaron lastimados. Los romanos afirmaron que

habían matado a muchos más miembros de la tribu. Tal vez fuese cierto, aunque lo único seguro era que los britanos los habían hecho huir sin conseguir llevarse ninguna de las ovejas.

Durante el resto del día, varias de las patrullas del ejército de Prisco fueron atacadas con piedras e incluso con flechas, arrojadas siempre desde una posición a cubierto y por atacantes que huían tras la primera andanada. Un par de caballos quedaron heridos, y un decurión, por alguna extraña casualidad, apareció con el dedo gordo del pie izquierdo roto por un guijarro. Sorprendieron a algunas personas mientras huían y mataron a un joven que resultó ser demasiado lento.

Prisco decidió que aquella clara muestra de resistencia no podía quedar impune. Sobre todo, porque había pasado un día y ningún líder local había aparecido para pedir perdón y dar muestras de sumisión. Un par de ellos habían enviado embajadores explicando que no habían tenido nada que ver con aquello y echando la culpa a los parientes del jefe Anaviono. Eso fue suficiente para el legado, que se puso en cabeza de un *ala* de caballería, dos cohortes de legionarios y la Numerus II con intención de castigar a los culpables. Ferox estaba un poco sorprendido deque no se llevara también una *ballista* o dos. El resultado fueron unas veinte granjas quemadas, además de la casa del propio jefe, y estos seis prisioneros capturados. Todos los demás habían huido, llevándose consigo la mayor parte de sus bienes y todos sus animales, así que no se consiguió apenas botín, aunque los irregulares pusieron verdadero entusiasmo en buscarlo.

—A veces hay que darles una lección —les aseguró Prisco—. Puede que tengamos que repetirla o puede que no, pero pronto se darán cuenta de que vamos en serio.

Ferox estaba sorprendido de que no se hubieran producido muchos incidentes similares en los últimos meses. Eso indicaba que en realidad las tribus no querían luchar; al menos cuando los romanos parecían tan fuertes. Ahora los ánimos estaban cambiando. Al principio, Prisco había dado órdenes estrictas a sus hombres de no provocar a los lugareños y, desde luego, de no robarles, molestarles o destruir sus propiedades. Había ordenado flagelar severamente a los soldados que habían desobedecido, incluyendo a un par de hombres de su propia legión. Parecía que aquello, junto al hecho de no permitir que nadie, ni siquiera las patrullas, se alejaran demasiado de la columna principal, había funcionado. El ejército era como un monstruo enorme, tan pesado y ruidoso al aproximarse que todos se mantenían fuera de su camino.

Eso había sido cuando el legado rebosaba confianza y tenía una caravana de suministros bien provista de comida. Tanto su entusiasmo como los víveres del ejército habían disminuido mucho. Había llegado una carta enviada por Espurio Ligustino —que, según parecía, todavía se aferraba a la vida— para informarlo de que la respuesta de Adriano al informe de la expedición planeada era, por decirlo con suavidad, tibia.

Claudia también había recibido una carta al mismo tiempo que ese despacho.

Sulpicia Lepidina le confirmaba que el *princeps* estaba realmente furioso. La misiva se había redactado de forma cuidadosa, pero las dos mujeres tenían un código propio, informal y basado en muchos años de amistad.

—Está muy enojado —le había dicho la reina a Ferox dos noches antes, en su tienda—. Cree que esta expedición es peligrosa, temeraria y desproporcionada con respecto al problema. Hay un nuevo legado en camino para tomar el relevo. ¿Quieres saber quién?

—¿Eso importa?

—Qué hombre tan aburrido. Es Falco. Es bueno, según todos los informes. Muy bueno. Pero

tiene que venir desde su destino actual, en Moesia, así que tardará en llegar aquí.

—Lástima.

—Lepidina quiere que mantengamos a Tito a salvo… y sin que se meta en problemas serios. ¿Sabes lo que le pasó a su hermano?

Ferox asintió. El hermano mayor de Sulpicia Lepidina había sido uno de los hombres más estúpidos de entre todos los que habían vestido el uniforme del ejército, y eso ya era mucho decir. Tenía la habilidad de mezclarse en escándalos, hasta el punto de que había sufrido el exilio durante unos años.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Todo lo que podamos —le había dicho ella—. Eso es lo que un amigo debe hacer.

Prisco no decía nada, pero era obvio que el verano se estaba acabando y que aún no había logrado una gran victoria, ya fuera por medio de una batalla o consiguiendo que el gran rey y otros jefes acudieran para jurar lealtad a Roma. Seguro que un éxito rotundo complacería al *princeps*, incluso aunque llegase tan tarde.

Sin embargo, Tincomio no respondía. La noticia de la matanza de Epático y su grupo se había extendido más deprisa que el viento. Todos decían que los asesinos eran los romanos, y casi todos añadían que esos soldados estaban comandados por Ferox, el esposo de la reina de los brigantes.

—Tú no lo hiciste, ¿verdad? —Prisco apenas había sido capaz de ocultar lo mucho que lo divertía aquella noticia—. Quiero decir, sé que suelen acusarte de ser un asesino, pero sigues con vida, así que supongo que nada de eso es verdad… ¡Aunque, con el tiempo, es inevitable que la gente piense que por el humo se sabe dónde está el fuego!

Ferox le habló de ese jinete que se había disfrazado para parecerse a él.

—Ese hombre se llama a sí mismo «el Lobo». Es un renegado de los siluros.

No necesitaba decir más, porque la Legio II Augusta tenía su base en Isca Silurum, en el corazón del territorio tribal, así que Prisco debía de conocerlos bastante bien.

El legado sacudió la cabeza.

—Pensaba que por fin os habíamos pacificado. Pero ¿estás seguro de eso?

—Tanto como puedo estarlo.

Las huellas de la emboscada mostraban un grado de cuidado y planificación que pocos líderes de guerra exhibían en aquella zona. Además de eso, ¿a quién más se le ocurriría hacerse pasar por él?

El legado había enviado una delegación a Tincomio —encabezada por un centurión, el *regionarius* Felicio, acompañado de una escolta— para explicarle que los romanos no eran los responsables de la emboscada y que Ferox, el verdadero Ferox, estaba seguro de que el Lobo había matado al hijo del gran rey.

—Si no tienes cuidado, te enviaré a ti —le había dicho al siluro—. Dudo que seas muy popular en estos momentos.

Vindex no estaba allí en ese instante, así que Ferox se lo imaginó diciendo «*Ni que eso fuera algo nuevo*».

Pasaron tres días sin noticias de Felicio. Luego surgió el problema de las ovejas, y el legado empezó a divertirse prendiendo fuego a las cosas. Mientras tanto, se rumoreaba que el gran rey estaba reuniendo un ejército, convocando a todos los reyes y jefes para que trajeran a sus

guerreros y los prepararan para la guerra. En aquellos momentos, era difícil acercarse a los lugareños para hablar con ellos, dada su comprensible cautela, y Ferox tan solo pudo conseguir mantener unas pocas conversaciones a distancia, a base de gritos. Todos contaban la misma historia. Tincomio no estaba dispuesto a soportar más provocaciones de los romanos. Iba a luchar.

—¡Espero que lo haga! —declaró Prisco cuando Ferox le contó lo que decían las tribus—. De verdad que lo espero. Si aplastamos a su ejército, será una demostración insuperable del poderío romano. Eso hará que todo el mundo se lo piense dos veces antes de desafiarnos. —Suspiró—. Pero, por desgracia, no creo que llegue a eso. Lanzará bravatas y amenazas, y al final dará marcha atrás. Mi único temor es que se tome su tiempo antes de eso. Quiero volver al sur antes de fin de mes. Así que, cuanto antes luche o retroceda, mejor.

El ejército seguía avanzando despacio, y ahora, además, empezaba a tener problemas para alimentarse. La harina se había acabado hacía mucho tiempo, y los sacos de grano que los soldados trituraban a mano con sus propios molinos se estaban agotando. El bizcocho que aún quedaba estaba duro y lleno de gusanos, y necesitaba hervirse durante un tiempo antes de poder comerse. Y la carne salada restante no estaba en mucho mejor estado. Prisco se había embarcado en esta campaña con una generosa, incluso opulenta, cantidad de alimentos, y ahora la mayoría de la comida había desaparecido. Lo que no estaba mal, dado que contaban con muchos menos medios de transporte para llevarla. A espaldas del ejército había una estela de cadáveres de animales, a medida que los ponis, los caballos y los bueyes iban muriendo o quedaban incapacitados para trabajar, lo que venía a ser lo mismo. Algunas de las mulas también habían muerto, pero, en contraste con la tónica general, la mayoría de ellas lo estaba haciendo bastante bien y seguían avanzando, pese a que algunas tenían la espalda en carne viva por culpa delos arneses y los fardos mal preparados y mal ajustados. Sus llagas rezumaban pus y apestaban, y no había suficientes hombres que supieran cómo tratarlas de forma adecuada.

A estas alturas, una cuarta parte de los animales de tiro y de carga estaban muertos, todos ellos sacrificados, lo que, al menos, proporcionaba mucha comida. Los bueyes eran los más populares, aunque su carne era dura y magra, porque sus cadáveres eran los más grandes; solo algunos de los auxiliares mostraban preferencia por la carne de caballo. Aquellos animales muertos fueron de gran ayuda, así como lo fue la llegada periódica de tributos en forma de ovejas o vacas, ya que la manada destinada al matadero casi se había agotado. Podrían requisar más, pero eso significaría enviar incursiones mucho más lejos de la columna. Los miembros de las tribus, que preferían no enfrentarse al ejército principal, probablemente serían más audaces cuando se tratase de un pequeño destacamento, que además se encontrase muy lejos como para recibir refuerzos inmediatos. Aún más teniendo en cuenta que sus dueños estarían defendiendo a los animales que necesitaban para alimentar a toda su gente durante el otoño y el invierno. Lo mismo ocurría con el trigo y la cebada, que estaban casi maduros. Si los romanos se abalanzaban sobre los sembrados para llevarse la cosecha, tendrían que pasarse días o semanas recogiéndola, y emplear al menos a la misma cantidad de soldados que segaban para proteger los campos.

A Prisco no le quedaría más remedio que empezar a conseguir cereales y ganado en breve. De lo contrario, el ejército no tendría suficiente para sobrevivir. Las raciones de los regulares se habían reducido ya a tres cuartas partes; y las de los irregulares y los seguidores, a la mitad. Pero el legado no estaba listo para ordenar un saqueo a gran escala.

—Esa es la amenaza definitiva, el último castigo al que podemos recurrir. Si lo hacemos, no nos quedará nada con lo que poder convencerlos. Así que esperaremos unos días más y rezaremos para que el gran rey recobre la sensatez o nos ofrezca su ejército para la matanza. Lo que estamos haciendo ahora es presionarlo, dejarle muy claro que, si no se rinde, marcharemos hasta su plaza fuerte y quemaremos su gran salón.

Prisco decidió dividir el ejército en dos. Él mismo se adelantó con algo más dedos tercios de los regulares y con algunos de los *numeri*, portando el equipo básico para luchar y montar el campamento. Cada unidad recibió órdenes de llevar tiendas de campaña para la mitad de sus efectivos.

—Todo el mundo tendrá que meterse dentro si llueve y dormir fuera si no llueve —les dijo—. Vamos a avanzar, y a avanzar rápido, para variar.

Así lo hicieron. Recorrieron diecisiete millas y construyeron un nuevo campamento. Durante los siguientes cinco días, la mayor parte de la caravana restante iba y venía, transportando por etapas todo lo demás hasta la posición adelantada.

Dos de los *numeri*, acompañados de otras tropas, iban como escoltas y para ayudar a despejar la ruta cuando el camino era malo o estaba bloqueado.

Tito Cerialis expresó su preocupación por aquel plan.

—¿Es buena idea dividirnos cuando el enemigo puede estar cerca?

—No lucharán —le aseguró el legado—. Ojalá lo hicieran, porque si el gran rey enviara a su ejército, tendrían que pasar primero por encima de mí, y tengo hombres suficientes para derrotar a cualquier tipo de chusma que haya podido reunir. —Se inclinó para acercarse—. E incluso si, por mi mala fortuna, me esquivan, tú tienes a cuatro mil hombres, y eso es más que suficiente para rechazar cualquier ataque. Eso sí, ¡me pondré celoso si mi tribuno se lleva toda la gloria, ya lo creo que sí!

Tito se guardó para sí el resto de sus dudas. Ferox estaba ocupado. A veces cabalgaba con las patrullas de avanzada, buscando noticias, y a veces regresaba escoltando a los convoyes. Casi para su sorpresa, nadie intentó atacar la caravana de suministros mientras estaba estirada y era vulnerable. Finalmente, todo el ejército se reunió en el campamento avanzado, que se había diseñado con espacio para todos.

—Vaya, ha sido emocionante —dijo Claudia Enica. Se había quedado atrás (en sus propias palabras, «*como parte del equipaje menos importante*») y llegó cuando Tito hizo avanzar a sus tropas junto al último convoy, para alcanzar el nuevo campamento justo antes del atardecer—. ¿Cómo es este sitio?

Hubo poco tiempo para formarse una opinión. A la mañana siguiente, Prisco anunció que comenzarían de nuevo la operación, ya que planeaba liderar otro avance rápido. Estaba encantado con la elección del nuevo campamento, porque sus mapas e itinerarios indicaban que el ejército ya había usado antes aquel lugar.

—Es uno de los de Agrícola, ¿qué os parece? —preguntó, aunque no esperó a recibir una respuesta—. Qué espléndido presagio.

Se habían introducido mucho en el territorio de los venicones. Y la llegada de dos jefes locales, que ofrecieron su sumisión y prometieron entregar cincuenta cabezas de ganado en dos días, animó al legado aún más.

—Dicen que son demasiado viejos para luchar —tradujo Ferox. Los dos jefes y su media

docena de seguidores parecían realmente vetustos—. Pero aseguran que el gran rey ha reunido un ejército y viene a tu encuentro, aunque todavía espera poder llegar a un acuerdo.

Eso hizo que Prisco estuviera aún más encantado.

—Sin embargo, dicen que los jóvenes de su tribu sí han respondido a la llamada de Tincomio, y que mataron al toro hace varios días.

Ferox les había explicado aquella costumbre muchas semanas antes, pero parecía que al legado y a su personal más cercano se les habían olvidado, porque su desconcierto era evidente.

—Es una prueba ritual para los nuevos guerreros, y supongo que incluye un sacrificio. Los hombres elegidos que nunca han librado una batalla tienen que luchar a pie contra un toro y matarlo con sus propias manos. Una vez que hacen esto, el ejército está listo.

Los jefes se mostraron encantados de dar más datos al respecto.

—Dicen que casi todos los jóvenes quieren la guerra, al igual que los hermanastros de Epático. Hablan de cobrarse venganza y de cómo el gran rey destrozará a los romanos. Dicen que tiene cincuenta mil hombres.

—No creo —dijo Prisco.

—Creo que se refieren a que tiene consigo a un gran número de guerreros. Dicen que es un ejército enorme. Calculo que Tincomio podría reunir fácilmente a veinte mil hombres, incluso a treinta mil, si acuden todos sus súbditos y aliados. Si deciden unirse otras tribus que solo reconocen indirectamente su dominio, entonces… quién sabe. Tal vez muchos más. Dudo que lleguen a cincuenta mil, pero sería prudente no subestimar su fuerza.

—¡Ja! —Prisco seguía sin mostrarse impresionado—. La mayoría son escoria. Agricultores a los que han sacado de sus campos en contra de su voluntad, en el momento de la cosecha.

Como los hombres que derrotaron a Aníbal, pensó Ferox al salir de la reunión.

Prisco quería que reuniera a algunos jinetes y que explorase la ruta antes del próximo avance. Ferox eligió a Vindex y a treinta de sus carvetos, junto a una *turma* de una cohorte auxiliar.

—Si nos topamos con algún problema serio, salimos huyendo, ¿entendido? —les dijo a todos.

En aquel momento, el ejército se concentraba en un solo campamento, justo debajo de un extraño afloramiento rocoso, difícil de escalar. Se encontraba a un tiro de arco largo de la empalizada, pero eso proporcionaba un punto de referencia útil. El campamento en sí se extendía por una pendiente, formando un rectángulo un poco sesgado, debido a la naturaleza del terreno. Era grande y, de momento, estaba lleno. Prisco se negaba a abandonar las máquinas de asedio, a pesar de que aún tenía que encontrar un uso para ellas. Así que ciertas partes del interior estaban ocupadas por filas de carros y equipo apilado. Por ahora, la mayoría de los bueyes de tiro pastaban fuera, protegidos por estacas reforzadas. La escena resultaba de lo más pacífico, e incluso Ferox tuvo que recordarse a sí mismo que había muchas posibilidades de que un gran ejército enemigo se estuviera aproximando. Y que podía estar ya cerca.

El avance planeado por Prisco se llevaría a cabo por un valle poco profundo, que se extendía a lo largo de unas cinco millas. A su izquierda, hacia el noroeste, las colinas se elevaban abruptamente, salpicadas de bosquecillos y algunas porciones más grandes de bosque. A la derecha, el terreno estaba abierto. Las colinas más cercanas se encontraban a varias millas de distancia. Un arroyo corría alegremente, serpenteando de un lado a otro por el valle. Se veía con claridad la línea de una antigua vía, muy probablemente un sendero para comerciantes y rebaños, que los romanos habían mejorado cuando, durante unos años, establecieron guarniciones en

aquellas tierras. En la mayoría de los lugares donde la pista cruzaba el arroyo, la corriente podía vadearse con facilidad. Ferox detectó que había dos puntos donde habría que trabajar un poco para facilitar el paso de los carros. Tres millas más allá llegaron a los restos de un antiguo puente. Tendrían que repararlo o bien hacer que los taludes fuesen menos empinados si querían mejorar ese vado que, en los últimos tiempos, solo usaban los hombres y los animales.

Un poco más adelante, una colina bien redondeada se elevaba a su izquierda, separada de la cresta montañosa en lo que, por lo demás, era un terreno suavemente ondulado. Ferox se llevó hasta la cima a Vindex, al decurión y a un par de exploradores. El campamento podía divisarse, gracias al humo de las fogatas y al afloramiento rocoso.

—¡Señor! —El decurión estaba nervioso.

—Los veo.

Ferox ya había detectado aquel movimiento. Ante ellos, el amplio valle se curvaba hacia la derecha y empezaba a estrecharse un poco al encontrarse con una serie de crestas montañosas. En una de ellas había una mancha oscura, como la que causaría una nube. Solo que había pocas nubes y ninguna estaba en la posición adecuada para proyectar esa sombra.

—¿Qué es eso, señor?

—Unos dos mil hombres, supongo.

—¿Es el enemigo?

El oficial de caballería estaba tan nervioso que se olvidó de añadir el tratamiento debido a un superior. Ferox hizo un esfuerzo por no suspirar en voz alta.

—Serán guerreros. ¿Quién más saldría a campo abierto en un grupo tan grande? Aún está por ver si son enemigos o no. Pero, a menos que la Legio XX y el resto de la columna estén a más de cien millas de su supuesta ruta, no son nuestros hombres, ¿verdad?

El decurión sonrió. Ferox lo envió de regreso con una nota para Prisco. Habría preferido quedarse con el oficial y enviar a un hombre de confianza, pero no estaba seguro de que el legado prestara suficiente atención a un soldado ordinario. Había más posibilidades de que interrogara a un oficial, incluso a uno subalterno, y su declaración serviría para dar más fuerza al informe.

—Dile que no hemos tenido la oportunidad de explorar las colinas a nuestra izquierda —añadió Ferox cuando el hombre estaba a punto de marcharse.

Que esas elevaciones estuvieran ahí lo preocupaba, porque que no podía ver nada de lo que había al otro lado.

—¿Quieres que vaya a echar un vistazo? —se ofreció Vindex, mientras el decurión se alejaba al galope.

Era agosto y los días se iban acortando, pero aún quedaban sus buenas cuatro horas de luz. Ferox negó con la cabeza. Resultaba tentador, pero su deber era averiguar todo lo que pudiera sobre las bandas de guerreros que habían visto.

—Lo haremos mañana —dijo—. Ahora sigamos adelante.

Se mantuvieron en campo abierto, por lo que no era de esperar que se toparan con ninguna sorpresa. La masa de guerreros que había ante ellos había desaparecido por el otro lado de la cresta. Eso podría significar que se estaban moviendo hacia la izquierda de Ferox, o bien retrocediendo para esconderse.

—¿Más? —preguntó Vindex tres cuartos de hora más tarde, cuando vieron que un grupo de hombres se extendía sobre otra de las colinas que tenían delante. Estaban a poco más de una

milla de distancia. Había menos. Unos centenares, quizás—. ¿O son los mismos?

Esperaron, dejando que sus monturas descansaran. Los guerreros se acercaron. Pudieron comprobar que iban a caballo.

—Entonces, no son los mismos cabrones —decidió Vindex.

Los distantes jinetes se detuvieron, presumiblemente, porque habían divisado a la patrulla romana. Ambos bandos se quedaron observándose durante un rato. Ferox envió a dos soldados de regreso al campamento con aquella nueva información.

—Me pregunto… Si nos movemos un poco hacia un lado, ¿harán ellos lo mismo? —comentó Vindex. Luego miró hacia atrás—. Oye, ¿ves lo mismo que yo?

Ferox se giró. Una formación subía por el valle en dirección a ellos, siguiendo el camino. Iban levantando polvo en una línea de nubes delgadas e irregulares. Eso delataba que se trataba de jinetes. Varios cientos, por lo que podía juzgar.

—Ah, bueno. Supongo que eso les dará a esos cabrones de ahí arriba algo más interesante que ver, aparte de mirarnos a nosotros —comentó Vindex.

—No.

El siluro comprobó que los guerreros que tenían enfrente se habían dado la vuelta y regresaban por donde habían venido.

—¿Qué hacemos ahora?

—Sigamos adelante un poco más —les dijo Ferox—. Con mucho cuidado.

No vieron más señales de los guerreros. Sin duda había exploradores observándolos, pero, a esa distancia, uno o dos hombres serían imposibles de detectar, a menos que hicieran algo muy estúpido.

Media hora más tarde, el comandante de los refuerzos que se acercaban llegó al galope para unirse a ellos. Iba acompañado por un portaestandarte con un *vexillum* blanco que llevaba en letras doradas la leyenda «*Ala Avgvsta Gallorvm Petriana bis torquate civium Romanorum*». El blanco era un color extraño para una bandera del ejército, y tampoco era corriente deletrear los títulos completos en lugar de abreviarlos, pero los miembros de la Petriana siempre se habían considerado especiales.

Ferox conocía al comandante, Cayo Camurio Clemens. Era un hombre brusco, muy consciente de su preeminencia, al ser uno de los oficiales ecuestres de mayor rango en la provincia, y muy dado a las ceremonias. No resultaba especialmente simpático, pero era un hombre competente, y eso era lo que de verdad importaba.

—He oído que tienes algo para nosotros —dijo el prefecto mientras frenaba.

Los costados del caballo del portaestandarte estaban espumosos a causa del sudor, pero su comandante montaba una pequeña yegua, bien aseada, que parecía tan fresca como la primavera. Unos cuatrocientos hombres del *ala* se aproximaban con un trote firme, y algo más atrás había una columna de soldados a pie.

Ferox informó de todo lo que habían visto y lo que había deducido.

—Ahora se han puesto de nuevo a cubierto, mi señor —dijo—. No estoy seguro de cómo son los valles que hay más allá, ni de si pueden dar la vuelta por los lados sin que los detectemos. No hemos visto ni rastro de ellos durante más de media hora.

Vindex señaló la colina más cercana, frente a ellos. Unos guerreros habían aparecido, cabalgando sobre ella. Incluso Clemens sonrió.

—No se puede confiar en esos tipos, ¿verdad? —Observó la cima—. ¿Alrededor de cien?

—Esos son los que podemos ver desde aquí —confirmó Ferox.

—Exacto. Sin embargo, el legado quiere que bloqueemos a los enemigos y los mantengamos aquí. Le preocupa que puedan escaparse antes de que tengamos la oportunidad de caer sobre ellos como el rayo de Júpiter. He traído a mis espléndidos bribones… Ah, y hay muchos más de tu chusma que vienen detrás. Así que no creo que tengamos que preocuparnos.

Cuando llegaron, Clemens dividió su *ala* en dos frentes, cada uno con dos líneas separadas por unos ciento cincuenta pasos.

—Vigila mis flancos —ordenó a Ferox—. No creo que aparezca nadie, pero nunca está de más tener cuidado. Y forma a los hombres del *numerus* cuando se dignen a unirse a nosotros. Podríamos necesitarlos si sacamos a esa morralla a campo abierto.

El Ala Petriana avanzó hacia el cerro a paso lento. Pero, antes que llegaran a mitad de camino, los guerreros dieron media vuelta y se alejaron. Los auxiliares los siguieron, todavía al paso. Cuando estuvieron más cerca, Clemens ordenó a una *turma* que avanzara y subiera a la cima. Los jinetes obedecieron e hicieron señales para indicar que todo estaba despejado. El prefecto llegó a la cima y se detuvo. Hizo señas a Ferox para que se uniera a él.

—Acaban de desaparecer —le dijo Clemens, señalando hacia la cresta montañosa que había frente a ellos.

Era tierra de pastos, y la hierba crecida ondeaba al viento. Había un camino abierto allí donde el verde había sido pisoteado por los cascos de las monturas.

Ferox sospechaba que había habido más jinetes esperando detrás de la colina, pero que quienquiera que los dirigiera había decidió retirarse en lugar de luchar. Debían de haberse alejado rápidamente, porque ya no había nadie a la vista.

—Bueno, se acabó la diversión por hoy —anunció Clemens—. Acamparemos aquí. Dejad a los caballos en la pendiente de bajada y apostad un buen número de centinelas. Debería ser bastante seguro.

Ferox se quedó sorprendido.

—¿No volvemos al campamento, mi señor?

Quedaba muy poca luz diurna, pero era fácil seguir el camino.

—Mis órdenes son otras. El legado quiere que presionemos al enemigo. Pero no voy a ir a esas colinas de ahí delante a la caída de la tarde. Nadie espera que la caballería haga eso. Así que descansaremos aquí y partiremos por la mañana. Quién sabe, hasta es posible que recibamos nuevas órdenes antes de entonces.

Clemens se desabrochó el casco, se lo quitó y se lo entregó a un soldado que estaba esperando para recibirlo. Se pasó la mano por el espeso cabello negro.

—Necesitaré a tus exploradores. Pero si quieres ir tú mismo y llevarte a uno o dos como escolta, no tengo ninguna objeción.

Ferox se sintió tentado. Pero el sol se estaba poniendo y el Numerus II venía corriendo hacia la posición. Los hombres daban muestras de estar cansados y confundidos, mientras su anciano comandante los azuzaba alternando maldiciones y palabras de ánimo. Ninguno de ellos traía manta, pocos venían con abrigo y era más que dudoso que llevaran encima algo de comida. Ferox no podía proporcionarles ninguna de esas cosas, aquella noche no, así que lo menos que podía hacer era compartir su falta de comodidades.

Era un campamento frío, y se sintió aliviado cuando Clemens prohibió encender fuego, porque no convenía llamar demasiado la atención. Entonces el viento empujó las nubes, y siguieron casi dos horas de lluvia torrencial. Todos estaba empapados y muchos se apiñaban para compartir el escaso calor que conservaban.

—¿Te largas? —preguntó Vindex.

Estaba de pie junto a su caballo, con la capa ceñida alrededor del cuerpo y el agua goteando de la capucha.

—Solo voy a echar un vistazo —respondió Ferox.

Los siluros criaban a los suyos para no temer a la oscuridad, sino para abrazarla como a una aliada. Aprendían a moverse en silencio, a encontrar su camino y, sobre todo, a esperar y a observar. Ferox estaba tan frío e incómodo como los demás, pero quería asegurarse de que nadie los observaba en la oscuridad. La lluvia le facilitó pasar junto a los centinelas sin que lo notaran, ya que pocos de ellos podían prestar atención a otra cosa que no fueran sus propias desventuras. Avanzó unos cincuenta pasos, se tumbó en la hierba empapada y esperó. En poco tiempo dejó de llover, y enseguida el cielo se aclaró para revelar un campo de estrellas brillantes y una luna menguante. Se arrastró un poco, moviéndose tan despacio como le fue posible. Luego se detuvo y observó. La luna ascendió más en el cielo, y entonces tuvo la seguridad de que había alguien más haciendo lo mismo que él. Un hombre, al menos. Quizá dos.

Una hora más tarde, uno de los guardias lanzó un grito de advertencia al otro lado del campamento, cerca de los caballos. Aquella parte era la más cercana al arroyo. Quizá hubiera confundido con un enemigo a alguien que volvía de recoger agua. La advertencia se interpretó como una alarma, y un músico del *ala* tocó su trompeta, la caballería se levantó y tomó las armas. La mayoría de los irregulares huyeron, presa del pánico. Hubo caos y confusión, órdenes a gritos, hombres tratando de reunir a otros. El viejo soldado que estaba a cargo del *numerus* recurrió a una voz retumbante y a una notable variedad de insultos.

En medio del pánico, Ferox vio cómo una figura avanzaba rápidamente, pasaba frente a él y se tumbaba cerca del campamento.

Ya te tengo, pensó.

Ahora que sabía dónde estaba el otro hombre, podría detectar cualquier movimiento que hiciera. Aún no estaba seguro de si había un segundo espía, pero, de ser así, dudaba que estuviera cerca.

Al final se restableció algo parecido al orden, y, pasado un tiempo, incluso los juramentos cesaron. La paz volvió durante un rato, hasta que, de nuevo, se oyó una voz de alarma y se produjo otra estampida. Esta vez, los irregulares que huían debieron de meterse entre los caballos que estaban pastando, porque muchos de ellos también se dispersaron.

Una vez más, el espía se aprovechó de la confusión y avanzó acuclillado. Ferox se incorporó mientras el hombre se acercaba, dio tres pasos y divisó otra forma oscura, algo más alejada. Colocó la mano en la garganta del hombre más cercano, empujó con fuerza el *pugio* y le hundió la daga bajo la caja torácica. El guerrero jadeó, se olió el hedor su defecación y su cuerpo se aflojó.

El otro hombre huyó hacia la oscuridad. Ferox no se sintió inclinado a seguirlo. Lentamente, el pánico del campamento se calmó.

XIX

En el campamento romano

Por la mañana

Prisco avanzó antes del amanecer, llevándose consigo a cinco cohortes de la Legio II Augusta, con el águila a la cabeza. Formaban el centro de la columna. La vanguardia estaba integrada por el Ala Augusta, dos cohortes de auxiliares y la mitad del Numerus I. Junto a los legionarios iban media docena de *carroballistae* y una pequeña caravana de equipaje. Dos cohortes auxiliares más, ambas *equitatae*, con sus propias monturas, y un par de centurias del Numerus III formaban la retaguardia.

—No es que sea necesario dejar una fuerza atrás, contigo al mando —le aseguró Prisco a Tito Cerialis—, pero no hay nada de malo en hacer las cosas siguiendo el reglamento.

Se siguieron todos los rituales de costumbre que acompañaban a la marcha. Las unidades formaron y el legado en persona gritó para preguntarles tres veces si estaban listos para la guerra. Después de un largo verano de campaña, todo parecía pura rutina. Pero ese día, por primera vez, Prisco no usó un heraldo para lanzar la pregunta. Y los rumores de que pronto entrarían en acción hicieron que los hombres gritaran su respuesta con enorme entusiasmo.

—¡Listos!

Con aquel ruido nadie habría podido dormir. Pero, de todos modos, la actividad que reinaba desde hacía mucho tiempo permitía asegurar que todo el campamento estaba despierto y en pie.

—No sé si hoy tendremos una batalla o no —explicó Prisco.

Tito ya había escuchado todo aquello. Primero, en el *consilium* celebrado tres horas antes. Y luego, en privado, por boca del propio legado. Se notaba que Prisco estaba emocionado, incluso nervioso.

—Si no aparecen, estableceremos el nuevo campamento, tal y como estaba planeado. Ten un convoy listo con tiendas y comida para enviárnoslo en cuanto te dé la orden. Los muchachos de la Legio XX pueden escoltarlo, junto con algunos de los irregulares. Creo que eso será suficiente. Sí, con eso servirá. Una vez que se marchen, seguirás teniendo a cinco cohortes, incluidos los auxiliares, por supuesto, unos doscientos soldados de caballería y el resto de los *numeri*. ¡Ah, y artillería suficiente como para sitiar Cartago!

Tito sonrió, obediente.

—Nos las apañaremos.

—Y, lo que es aún mejor, estarás otra vez a cargo de todo, sin tenerme respirando en la nuca. No es que crea que vaya a pasar nada aquí atrás, pero es un alivio saber que puedo confiar en ti si algo ocurre, y saber que me apoyarás.

—Por supuesto. —Tito Cerialis realizó el saludo marcial—. ¡Buena caza!

Prisco le devolvió algo a medio camino entre un gesto militar y un saludo con la mano.

—Recuerda, envíame ese convoy tan pronto como te dé la orden. Nos veremos en unos días, cuando terminemos de trasladar todo al nuevo campamento.

Cuando salió el sol, la columna ya se había marchado. Incluso la retaguardia resultaba apenas visible en la distancia. El cielo estaba encapotado y un fuerte viento soplaba desde el oeste, haciendo que las nubes se movieran rápido. Tito mantuvo a sus unidades armadas y en formación durante una hora. Luego dejó que todos, excepto los que estaban de guardia, se fueran a comer el *prandium*. Había mucho que hacer. Esta vez, estaba decidido a erigir una torre junto a la puerta principal. Nada lujoso, simplemente una plataforma de observación elevada. No habían levantado ninguna en el último campamento. Así que, ahora, los hombres irían al bosque que había al este y talarían madera suficiente para la construcción.

Tito comió bien, algo raro en él a aquella hora tan temprana. Pero, por una vez, se sentía hambriento. Lo cual estaba bien, dado que, probablemente, el día traería una larga espera y, luego, una actividad frenética. La primera vez que se quedó a cargo de sus propias tropas disfrutó de la emoción que eso le producía, aunque su tarea fuese, en su mayoría, la de un arriero a gran escala. A medida que pasaban los días y su fuerza disminuía, se había ido poniendo más y más nervioso. Sin duda, experimentaría lo mismo en esta ocasión. Pero, de momento, se sentía feliz y libre. En los últimos días, Prisco había sido una compañía difícil, preocupado a causa de que la campaña no iba a conseguir nada que valiera la pena. Esa era una de las ventajas de ser un subordinado. El plan no era tuyo, y solo podías cargártela hasta cierto punto si la cosa fallaba.

Sus oficiales superiores aparecieron: un tribuno, dos prefectos, los centuriones mayores y Pertaco y Claudio, que se encontraban a cargo de los *numeri* que aún seguían —total o parcialmente— en el campamento. No era una fuerza pequeña, ni mala. Acababan de empezar la reunión cuando apareció un soldado trayendo un mensaje lo bastante importante como para que todos se levantaran y se dirigieran a la sección de muralla que había junto a la puerta principal, la única que miraba hacia el valle. Los mozos los esperaban con caballos, pero Tito negó con la cabeza. Un paseo los mantendría a todos alerta. Había algo muy satisfactorio en el hecho de que un grupo de oficiales te siguiera allá adonde fueras.

—¡Allí, señor! —Un centurión señaló hacia el valle, a su izquierda. Tito deseó que la torre estuviera construida, porque la pasarela de la muralla tenía apenas cinco pies de altura y no ayudaba mucho—. ¿Lo ves?

Tito observó que uno de los picos bajos se oscurecía más que los otros cuando la sombra de una nube pasó sobre él. Miró hacia donde señalaba el hombre. La mancha oscura resultaba muy visible, sobre todo a la luz del sol. Emitía destellos, como las estrellas más pequeñas en el cielo. Allí había hombres, bastantes, tal vez a una milla y media de distancia.

—No hay posibilidad de que sean de los nuestros, ¿verdad? —preguntó. Estaba seguro de la respuesta, pero quería verificarla, por si acaso.

—Allí arriba no, señor.

—Tráeme una tablilla para escribir —ordenó.

Un *cornicularius* que esperaba detrás de los oficiales se adelantó rápidamente con una tablilla de madera doblada y un estilo en la mano. Tito sintió el placer que emanaba de la autoridad.

—Anota esto —ordenó—. Un grupo grande de guerreros en las cimas del noroeste. Añade la hora. ¿Lo tienes? Bien. Envía un soldado y tres hombres como escolta. Que vayan al galope hasta alcanzar al legado.

—Creo que se van —dijo Pertaco—. Sí, estoy seguro. —Esbozó una de sus sonrisas irónicas —. Tan seguro como uno puede estarlo a esta distancia, claro.

—Tiene razón —señaló un centurión.

—Manda el mensaje de todos modos —dijo Tito con firmeza—. El legado necesita saber esto.

Se preguntaba qué hacer. La opción más obvia era la de mandar patrullas a ese risco para averiguar cuánta gente había allí y qué estaban haciendo. Pero había que tener cuidado. Prisco se había llevado consigo a la mayor parte de la caballería, y Cerialis necesitaba tener jinetes disponibles para reaccionar si había una amenaza, sobre todo una amenaza para cualquier convoy o refuerzo que se dirigiera por el camino para ayudar al legado. Su padre solía decir que uno ve tan bien como cincuenta, pero no le gustaba la idea de enviar solos a un puñado de soldados a aquella distancia. Necesitaría un par de patrullas para hacer un registro allí arriba. Le habían dicho que había una especie de meseta, pero no había tenido tiempo de comprobarlo por sí mismo. Al menos necesitaba dos patrullas, cada una de veinte hombres o más, para estar seguros. Pero eso significaba que una quinta parte de sus jinetes se marcharía de golpe, y durante varias horas, por lo menos. ¿Bastaría con ciento cincuenta para escoltar los convoyes y mantener abiertas las comunicaciones con el legado? Y, así las cosas, ¿hasta qué punto se podía confiar en los irregulares? Sumaban casi la mitad de los jinetes disponibles. Si tuviera más…

—Buenos días, mi señora —dijo Pertaco, sobresaltando a Tito—. Eres… —El adulador vaciló, aunque aquella pausa sonaba deliberada y controlada— lo más llamativo de esta mañana.

Claudia Enica esbozó una sonrisa resplandeciente cuando el tribuno se giró hacia ella.

—Buenos días, sobre todo para ti, querido Tito.

Tenía el cabello trenzado y enrollado en la parte superior de la cabeza y venía sin ningún tipo de maquillaje visible. Sin embargo, llevaba una camisa de malla sobre una túnica corta, y una capa de tartán echada hacia atrás sobre el hombro. Mostraba las piernas desnudas, excepto por unas botas de fieltro, de las que usan los pueblos de las estepas. En la mano izquierda sostenía un yelmo de bronce. En su cinto había un gladio, a la izquierda, y una sica curva, a la derecha.

Alguien tosió, y se oyó más de un murmullo o gruñido. Porque, aunque varios de los allí presentes eran más jóvenes que ella, no estaban acostumbrados a ver a una mujer noble, tan hermosa, ataviada de aquel modo y que, además, se movía con una confianza tan evidente. A la edad de nueve años, Tito se había enamorado de Claudia Enica, viéndola como la hermana mayor que no tenía. Y, después de alcanzar los doce, se había vuelto a enamorar de ella; esta vez, de manera diferente. En aquel entonces, ver así sus piernas habría sido un sueño hecho realidad. Esas piernas tan largas, tan bien formadas, tan llenas de posibilidades.

—Buen. —Se le quebró la voz, y carraspeó para aclarársela—. Buenos días, querida señora. ¿O debería decir hermosa Atenea?

—Minerva, supongo. Aunque tal vez esté siendo desleal, porque la Atenea griega suele representarse con un cuerpo más hermoso. —Dedicó otra espléndida sonrisa a la concurrencia—. Buenos días a todos. ¿Tenemos una batalla a la vista?

—¿Piensas guiarnos a la guerra, señora? —preguntó el centurión Claudio.

—Ah, eso. —Se miró a sí misma con fingida sorpresa—. Solo me apetecía dar un paseo. Una estola no es lo más adecuado en estos momentos. Pero, por supuesto, no deseo molestar.

Hubo algunas galanterías y balbuceos, hasta que Tito los cortó.

—Puede que no sea seguro salir ahí fuera… —comenzó.

—Eso es muy considerado, pero tengo mi propia escolta. Veinte hombres fuertes, la mayoría de ellos antiguos soldados, deberían ser capaces de mantener a salvo a una niñita como yo, ¿no crees? He pensado ir allí arriba. —Señaló la cima con la cabeza—. Mi esposo es muy aprensivo, y estaba ansioso por echar un vistazo desde allí, pero no creía que pudiera tener la oportunidad de hacerlo. Le prometí que haría lo posible por ir en su lugar. Como digo, se preocupa mucho, como la mayoría de los hombres de edad avanzada.

—Estaría encantado de acompañarte con mi caballería —dijo Pertaco con entusiasmo—. Después de todo, no puedo dejar que una dama corra tales riesgos.

—Es muy amable de tu parte —respondió ella, antes de que Tito tuviera oportunidad de decir nada—. Pero te necesitan aquí. Y no olvides que muchos de tus hombres pertenecen a mi tribu, y que necesitan que su comandante se quede con ellos para guiarlos. No deseo causar molestias, pero si pudieras proporcionarme algunos soldados, y un centurión, y tal vez una veintena de hombres del Numerus I. Sé que algunos se han quedado aquí, y también pertenecen a mi pueblo. Bueno, eso sería maravilloso, realmente maravilloso, y tendría escolta de sobra.

Tito recordaba que su madrastra le había contado lo bien que Claudia Enica había liderado a sus hombres y luchado junto a ellos en Dacia. Al principio se había quedado atónito, porque no era así como los romanos esperaban que se comportaran las mujeres, ni tampoco lo que esperaban los bátavos. Sin embargo, amaba a Sulpicia Lepidina y confiaba en ella, casi como si fuera esa madre a la que apenas recordaba. Y sabía que decía la verdad sin tapujos.

Tomó una decisión.

—Estoy seguro de que podemos complacerte, señora. —Hizo un gesto con la cabeza a su personal—. Encargaos de eso.

Tal vez aquella no fuera una forma ortodoxa de hacer las cosas. Pero, a costa de un solo oficial, un puñado de soldados y algunos irregulares, conseguiría tener exploradores en las colinas, con suficientes hombres de repuesto para que enviaran mensajes si encontraban algo, mientras los restantes seguían buscando. Eso le dejaba con unos ciento ochenta jinetes a su disposición, en caso de que ocurriera algo. Le hubiera gustado contar con el doble de ese número, pero tendría que arreglárselas con lo que había.

—Gracias, señora.

—Es un placer —le aseguró Claudia Enica, y bajó trotando por el terraplén.

Tito no pudo evitar admirar sus piernas, a pesar de que la capa le bloqueaba parte de la vista.

—Bueno, señores, tenemos mucho que hacer. Cada una de las cohortes de legionarios se turnará para montar guardia armada a doscientos pasos del campamento, reforzando la defensa de la línea de estacas. Empezaremos con turnos de dos horas, y luego veremos cómo transcurre el día. Adelante, pues.

Tito aún no estaba acostumbrado a dar órdenes, porque Prisco había ejercido como comandante de la columna casi todo el tiempo y lo había dejado con muy poco que hacer. Les dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa de ánimo.

—Pongámonos a trabajar.

XX

En la vanguardia

La hora segunda del día

Prisco cabalgaba al frente de la larga columna, que se abría paso serpenteando por el camino, con cincuenta soldados de caballería de la II Augusta como guardaespaldas. Apenas había escuchado los informes de la última noche.

—¿Hay algo digno de mención esta mañana?

—Unos cuantos exploradores. Hemos visto un grupo de ganado que pasaba por la cima de la colina —señaló Clemens, y movió el brazo para mostrar la dirección en la que se habían ido—. Desaparecieron por ahí abajo. Eso fue hace cosa de una hora.

Prisco frunció el ceño.

—¿Y no te acercaste más?

—El ganado es tentador, mi señor —le explicó Ferox—. Un señuelo muy tentador si estás planeando una emboscada.

El legado desestimó aquella preocupación.

—Tienes casi mil hombres, ¿qué puedes temer?

Clemens no se inmutó ante la impaciencia del comandante.

—No, ya no. Hemos perdido a bastantes irregulares durante la noche. No tengo ni idea de a dónde han huido esos cabrones… Y mi opinión coincide con la del centurión. Daba la impresión de ser una trampa, demasiado como para correr el riesgo. Cuando enviaste un mensaje diciendo que venías hacia nuestra posición con el ejército (lo recibimos antes del amanecer) era mi deber quedarme aquí y esperar. No tiene sentido iniciar una batalla tan lejos de la columna principal. Las tropas tardarían una eternidad en llegar aquí.

Prisco miró un momento a Ferox, como si le echara la culpa, antes de que su rostro se suavizara.

—Sí, bien hecho.

Se quedó un rato en silencio, como si estuviera preocupado, y Ferox se preguntó si habría recibido otra carta de Espurio Ligustino expresando la inquietud de Adriano por lo que estaba pasando. Prisco parecía desesperado por ganar la guerra en un día, incluso más que de costumbre. Sin embargo, no dejaba de ser un senador, y a los senadores les encantaba hablar, así que se puso

a explicar con gran detalle cómo estaba al mando de lo mejor del ejército y cómo iba a seguir adelante, ya fuese para luchar o para demostrar de una vez por todas que estaba dispuesto a llegar hasta a la fortaleza de Tincomio y dictar sus propios términos, si el gran rey no se sometía de antemano.

—¿Hemos mandado patrullas por las cumbres? —dijo Ferox, cuando el legado inquirió si había alguna pregunta.

Se había vuelto hacia el valle. Una fina niebla se levantaba del suelo, de modo que la cresta parecía elevarse como una hilera de islas en un mar lechoso.

Prisco no se preocupó. Miró hacia atrás solo un momento.

—Estoy seguro de que Cerialis lo hará cuando tenga tiempo.

—¿Quieres que suba yo, mi señor? —se ofreció Ferox.

Estuvo tentado de señalar que habían dividido sus fuerzas sin saber cuántos guerreros había, ni dónde estaban ni qué planeaban hacer. Pero dudaba que aquello sirviera de algo. A los oficiales superiores había que incitarlos para que llegaran por sí mismos al camino correcto. Se parecía un poco a la forma en que el pastor y sus perros manejaban las ovejas.

—No, te necesito. —Prisco realizó un amplio movimiento con el brazo para abarcar las colinas que tenían delante—. Ahí es donde se encuentran los enemigos. ¡Puedo olerlos! Ahí arriba, observándonos. Probablemente están demasiado asustados para pelear, pero pueden ser tan estúpidos como para pensar que, como solo llevamos una parte del ejército, tienen posibilidades de vencernos. Esa es nuestra esperanza. Rezad a todos vuestros dioses y prometedles cualquier cosa que deseen si consiguen que el enemigo se crea eso.

Ferox se reunió con Vindex. Ninguno de los integrantes de la caballería había desaparecido, aunque al menos una cuarta parte de los hombres del Numerus II no había regresado después del segundo ataque de pánico. El resto parecía nervioso, descontento y, sobre todo, hambriento.

—Se supone que el ejército nos va a traer comida —dijo Ferox.

—Ya, ¿y quién se la comerá primero? —preguntó Vindex—. Nosotros no, y, desde luego, tampoco esos pobres desgraciados. —Miró a su amigo—. ¿Estás preocupado?

—Siempre.

—Ya. Al menos los caballos han descansado. Creo que podríamos necesitarlos.

—Es posible que tengamos que comérnoslos, si la cosa sigue así.

Una hora más tarde, la vanguardia había llegado. La Cohorte I, con el águila a la cabeza, la seguía de cerca. También había un jinete encargado de llevar los mensajes, con una pluma atada a la lanza, porque a la II Augusta le gustaban las tradiciones, cuanto más antiguas y menos comprensibles, mejor.

—De Cerialis. Enviado durante la hora prima —explicó un tribuno, tras romper el sello de la tablilla doblada—. «Un grupo grande de guerreros en las cimas del noroeste». Eso es todo, mi señor.

—Buf —resopló Prisco—. ¿Cómo de grande? Necesita aprender a redactar sus informes con más precisión. Aun así, no importa. El tribuno tiene fuerzas de sobra para proteger el campamento y apoyarnos. ¿Cuánto falta para que se nos una el resto de las tropas?

—Una hora como mucho, mi señor.

—Espléndido —respondió Prisco—. Después de eso, dales una hora para descansar y comer algo. Luego formaremos un *agmen quadratum* y nos dirigiremos directamente hacia esa colina de

ahí. Eso debería hacer que reaccionen, y, si no lo hacen, seguiremos hasta llegar al nuevo campamento. Será mejor que mande un mensaje a Cerialis para que nos envíe el convoy tan pronto como pueda.

—Sí, señor.

Nadie dijo nada, así que Ferox se vio obligado a plantear la pregunta obvia.

—Ese grupo grande de guerreros en las cimas del noroeste… puede que sean muchos, tal vez, incluso, la mayor parte de su ejército. Todos a los que vimos alejarse ayer iban en esa dirección. Y no hemos explorado, así que no sabemos cuántos hay allí arriba.

—Si es que hay alguno. —Los dedos de la mano derecha de Prisco se apretaron y luego se relajaron. Se esforzaba por mantener la calma, algo que, claramente, le suponía una lucha ardua —. Cerialis puede ocuparse de cualquier cosa que le venga de esa dirección. Tiene media docena de cohortes, y está en el campamento, en el caso improbable de que se produzca un ataque en masa. —Sonrió, intentando convertir la situación en una broma—. No hagas que los hombres se alarmen, o empezaremos a asustarnos de nuestras propias sombras.

—Pero ¿y el convoy? Tiene que recorrer un largo camino.

—¡Silencio! —El legado tardó un poco en recuperar la compostura—. Me alegra que mis oficiales piensen por sí mismos, ¡pero espero que confíen al menos en algunas de las decisiones de su comandante! Existen ciertos riesgos, pero son pequeños y nos brindan buenas oportunidades. Si atacan el convoy, tendremos al enemigo entre nuestras dos fuerzas y podemos aplastarlo en una mordaza. Te lo repito: si son tan estúpidos como para atacar, estaré encantado, de verdad que sí. Pero recuerda que no estamos hablando de los macedonios de Alejandro Magno, ni de las variopintas tropas de Aníbal. Estos son bárbaros, pura y simplemente, y no miembros de una gran tribu militar, sino bandoleros de las colinas.

Ferox se dio por vencido, a la espera de que llegara un mejor momento. Podría estar equivocado. Después de todo, él tampoco sabía nada, pero la seguridad del legado le hizo temer aún más que el ejército de Tincomio estuviera cerca. Podrían entrar en una batalla imposible de ganar, o descubrir que el enemigo los había flanqueado y amenazaba el campamento. Cerialis tenía una fuerza decente, pero no contaba con suficientes hombres para defender un campamento enorme y todo el equipaje si los atacantes eran numerosos y sabían lo que estaban haciendo.

El hombre al que había matado la noche anterior no era su sobrino, ni tampoco un siluro, pero alguien le había enseñado las costumbres de la tribu. Si el Lobo, como se llamaba a sí mismo, estaba aquí —lo que parecía seguro—, eso significaba que el bando contrario no vendría hacia ellos frente a frente. Y Tincomio tampoco era tonto. No había reunido y entrenado a ese ejército para lanzarlo a una derrota segura. Antes de entrar en batalla, trataría de obtener toda las ventajas posibles. El instinto, ese instinto que lo había mantenido con vida durante tantos años, le gritaba que el legado estaba buscando en el lugar equivocado.

—¿Hay comida para el *numerus*? —preguntó Ferox a uno de los tribunos *angusticlavii* de la II Augusta.

—Lo dudo. Tenemos la mitad de las raciones de hoy necesarias para nosotros, pero eso es todo. Pensaba que vosotros tendríais las vuestras. Tal vez llegue algo cuando venga el convoy, pero no antes. Pero podrías preguntárselo a uno de los prefectos. Tal vez ellos lo sepan.

Ferox no consiguió ninguna respuesta, así que fue a ver al legado, que cabalgaba junto a su escolta.

—Buen hombre, veo que ya te han encontrado… Qué rápido. Vamos a echar un vistazo a esas colinas que tenemos delante, y necesito que vengas conmigo. Y tráete también a algunos de esos bribones a caballo los que tú llamas soldados, por favor. —Frunció el ceño—. No habías recibido la orden, ¿verdad?

—No, señor, he venido a preguntar por la comida.

—¿Comida? —Prisco pronunció aquella palabra como si no supiera lo que significaba.

—Sí, mi señor. Los hombres del Numerus II no han comido desde ayer por la mañana, cuando dejaron el campamento.

—Ya veo. ¿Tenemos algo de sobra? —Las caras de su personal dejaron bien claro que no había nada—. Es una pena. Mejor envíalos de vuelta al campamento. ¡Ya no los necesitamos aquí arriba, y tardarán menos en llegar a la comida de lo que la comida tardará en llegar a ellos! —El legado se rio ante su propio ingenio y sus oficiales lo secundaron—. Que alguien dé las órdenes necesarias. ¡Ahora, Ferox, trae a tus bribones y sígueme!

Claudia Enica se estaba divirtiendo más que nunca en los últimos meses, aunque esa idea le parecía una leve traición a los momentos pasados junto a su esposo. Se había librado del bullicio del campamento, de su hedor y de la sensación de que ningún lugar era privado, ya que, en el mejor de los casos, solo el cuero de la pared de una tienda la separaba del resto del mundo. Además de eso, estaba montando a caballo en el aire claro de la mañana, y haciendo algo realmente útil. Sentía la tentación de azuzar con los talones a su montura para que los animales corrieran a toda velocidad, un impulso que se hizo aún más fuerte cuando empezaron a subir por un desfiladero que conducía a la cresta. Había que sujetar a los caballos para que no subieran corriendo la suave pendiente cubierta de hierba. Era un terreno bueno y firme. La reina permitió que las monturas alcanzaran un medio galope cuando llegaron a la cima, antes de volver a reducir la velocidad. Podría ser que tuvieran un largo camino por delante, y quería que los caballos se mantuvieran frescos.

El centurión llevó a su grupo hacia la izquierda, separándose para buscar en aquella dirección, mientras ella conducía a su escolta por la cima del risco. Había un montón de pequeñas elevaciones, el terreno ascendía y descendía todo el tiempo, de modo que era difícil ver a más de media milla en cualquier dirección, excepto hacia el interior del valle. El campamento parecía el juguete de un niño, con varios agrupamientos pequeños y una línea gruesa formada por las estacas y la cohorte que montaba guardia frente a ellas. Desde ahí arriba, todo parecía diminuto. Miró en la dirección opuesta, pero no pudo divisar al legado y sus hombres, tan solo ver las colinas por donde habían ido.

Se mantuvieron cerca del borde del valle durante una milla o dos, y Claudia Enica se encargó de identificar todos los lugares por los que se podía descender con facilidad. No había señales de vida, aparte de unas pocas ovejas que salpicaban los campos como flores blancas, a lo lejos. En tiempos normales, la tierra estaría cubierta de animales, porque aquellos eran buenos pastos. Pero tal vez eso solo significara que la gente de aquellos lugares dudaba de las intenciones de los romanos.

—Por aquí todo está bien —le dijo al viejo guerrero que comandaba a sus escuderos—. Vamos a ver qué hay por allí.

Él asintió y avisó con un grito a los jinetes que habían enviado como exploradores, que estaban a unos cientos de pasos por delante de ellos.

Ascendieron de nuevo, vieron desaparecer a los exploradores y, cuando llegaron allí, comprobaron que aquel punto era una falsa cresta y que la parte superior de la colina aún estaba por delante. Alcanzaron a la cima y no vieron nada. Había un valle poco profundo delante de ellos, y más colinas al otro lado, así que siguieron adelante.

Era difícil ver lejos en cualquier dirección, a pesar de que la tierra estaba casi desprovista de árboles. A Claudia Enica aquel terreno le recordó un poco a las montañas de Dacia.

—¡Mi reina!

El viejo guerrero tiró de las riendas y extendió la mano para detenerla. Estaban en una ladera tras la cual se extendía otro pequeño valle, pero los dos exploradores que iban en cabeza se habían detenido en la cima de la colina.

—¡Quédate aquí! —le dijo ella.

Casi sonrió al comprobar que el hombre la obedecía, aunque hizo una señal a uno de los guerreros para que la siguiera. Subió la pendiente a lomos de su caballo castrado.

—*Omnes ad stercus*.

Oyó cómo uno de los exploradores maldecía asombrado, al acercarse a él. Era un antiguo soldado, de ahí la imprecación, pero ni él ni su compañero parecieron notar que la reina se detenía junto a ellos. Enica miró y comprendió por qué.

Por delante de ellos, en un valle más grande que cualquiera de los que habían visto hasta entonces en aquellas tierras elevadas, se había concentrado un ejército. Miles y miles de guerreros estaban sentados o de pie en los campos, por debajo de ellos. Había muchos caballos, algunos carros y tanta gente que a Claudia Enica le vinieron a la mente las multitudes que salían del anfiteatro Flavio, en Roma.

Los más cercanos no se encontraban a mucho más de un cuarto de milla de distancia. Era un grupo de unos pocos cientos de hombres, un poco separados de los demás. Varios estaban de pie, mirándolos desde lo alto de la pendiente. Solo uno parecía estar armado. Tal vez era el centinela. En aquel momento nadie pareció impresionado por su llegada. Había un ruido de fondo, no de conversaciones, sino una especie de alboroto sordo: el sonido de muchos hombres que se movían, comían, cepillaban a los caballos y pulían las armas.

Claudia Enica se volvió hacia el antiguo soldado.

—Ve a buscar al legado, valle arriba. ¿Sabes el camino? —Él asintió—. Bien. Cabalga tan rápido como puedas. Dile lo que has visto… Ya sabes cómo hay que hablar con ellos. Dile que el ejército está aquí, detrás de él, y explícale el tamaño que tiene. ¡Ahora vete!

Envió al otro hombre de regreso al campamento, diciéndole que cabalgara a matacaballo si era necesario, para advertir a Cerialis. Ningún brigante decía algo así a la ligera. El hombre comprendió la urgencia y se alejó al galope.

Ya está, pensó Claudia Enica, *ahora es el momento de marcharse*.

Sabía que Ferox tal vez se habría quedado más tiempo para observarlos mejor, pero que él no habría permanecido visible sobre la cresta durante tanto rato. Mientras pensaba eso, el campamento que había debajo de ella empezó a reaccionar. Sonaron cuernos y trompetas, y los murmullos se convirtieron en un rugido como el de las olas de una playa. Y, de repente, todas las figuritas se pudieron en movimiento, corriendo de un lado a otro, como hacen las hormigas

cuando un niño pincha su hormiguero con un palo.

Dio media vuelta y bajó la colina. Era hora de marcharse.

XXI

En el campamento

Hora cuarta

Tito Cerialis observó cómo partía el convoy con sentimientos encontrados. La citación le había llegado antes de lo esperado. Pero eso no importaba, porque todo estaba listo, y no tardó mucho en formarse la escolta y la propia caravana, con veinte vagones y unos ciento cincuenta animales de carga. Por lo visto, podrían alcanzar al legado en tres horas, más o menos; tal vez más, si él seguía avanzando. También parecía que Prisco estaba contento y progresaba bien, lo que sugería que todo iba según lo planeado. No había llegado ningún informe de las patrullas sobre el terreno elevado, lo que, sin duda, era una buena señal. Sonrió al recordar que su madre solía comentar que, si Claudia Enica no decía nada, era porque no había nada que decir, ni siquiera la frase más trivial.

El grupo de trabajo había regresado con madera y estaba comenzando a trabajaren la torre. Cerialis había mandado con el convoy dos cohortes y una *turma* de caballería para ayudarlas, aunque habría preferido conservarlas en el campamento. Pero, en conjunto, el día transcurría con calma y tranquilidad y no parecía haber motivo de preocupación.

Media hora más tarde, un brigante montado en un caballo cubierto de sudor apareció chapoteando en el barro de la entrada principal, llamando al tribuno. Tito lo escuchó, mientras el hombre explicaba en un latín con un fuerte acento que la reina había encontrado un gran ejército enemigo acampado en la meseta.

—Son decenas de miles —explicó—. Tienen caballos, carros, de todo.

—¿Se estaban moviendo?

—No, estaban esperando, pero deben de habernos visto.

—Entiendo —dijo Tito. Hizo un gesto al *cornicen* que estaba de servicio fuera de la tienda de los *principia*—. Da la alarma. Luego llama a las armas y convoca a los oficiales.

Las notas sonaron. Cada llamada se repitió una vez. Había algo en aquellos mensajes soplados a través del metal que llenaba a Tito de energía, aun cuando su cabeza estaba inundada de dudas. Llevaría tiempo —como siempre— explicar el cambio de situación, abordar las preguntas y tomar decisiones. Pero, de algún modo, todo parecía más fácil ahora que había menos posibilidades de pensar.

—¿Deberíamos dar la orden de que vuelva el convoy, señor?

—No. El legado lo ha reclamado y, por lo que sabemos, lo necesita más que nosotros. El hecho de que haya guerreros en la cresta no significa que no haya ninguno frente a él, y necesitará esa comida, las tiendas y las herramientas si quiere afianzar su posición.

—¿Me llevo a mi unidad de caballería para advertir al convoy?

Era Pertaco, que parecía creer que su sonrisa sardónica lo eximía de llamar «señor» a su superior. Sin embargo, la idea no era mala.

—¿Cuántos hombres tienes preparados para montar? —Tito resistió el impulso de llamarlo «prefecto interino».

—Setenta, señor.

Ahora sí había usado el tratamiento debido. Mejor así.

—Bien, llévatelos. Dejo la tarea a tu discreción. Fulvio está a cargo del convoy, así que solo dile que regrese si ve que no puede seguir adelante.

El exprefecto asintió y salió corriendo, emocionado. Un esclavo lo estaba esperando, sosteniendo las riendas de un caballo gris, tan pálido que casi parecía blanco. Era una muestra de ostentación típica de Pertaco, que siempre necesitaba hacerse notar. Tito sonrió al pensarlo. Aunque, después de todo, el adusto Ferox tenía una montura gris muy parecida; era su preferida, por encima de sus otros caballos, y eso no tenía nada que ver con las apariencias. Obligó a su mente a regresar al presente, ya que había otras cuestiones de las que ocuparse.

—¿Nos enfrentaremos con ellos en campo abierto, señor? —preguntó el único tribuno *angusticlavius* que quedaba en el campamento.

—Solo si vienen hasta aquí. Puede que no lo hagan, no lo sabemos, pero el ejército no lucha tras los muros a menos que sea necesario. Defenderemos el campamento en la llanura exterior. Dame ese papiro y una pluma. Gracias. —Hizo un diseño rápido explicando cómo quería que se desplegaran las unidades—. Los *calones* y cualquiera capaz de sostener un palo defenderán las murallas lo mejor que sepan. Incluso si todas las tropas se acantonaran dentro, no podríamos cubrir todo el perímetro, así que tendrán que intentarlo como buenamente puedan. Dudo que alguien trepe por las rocas que hay detrás de nosotros: son demasiado difíciles de escalar. Los irregulares pueden vigilar nuestro flanco izquierdo, pero la principal amenaza vendrá por el frente, así que será ahí donde concentraremos las fuerzas. El flanco derecho quedará abierto de par en par, pero detectaremos cualquier amenaza que llegue por allí con tiempo suficiente para reaccionar. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Qué pasa con los animales? ¿Los dejamos pastando, mi señor? Los bueyes lo necesitan.

—Sí, pero solo por ahora. Después, será mejor que los traigamos al interior del campamento. Habrá espacio suficiente para ellos una vez que hayamos desarmado y empaquetado las tiendas y el equipo de la fuerza del legado. Eso solo nos llevará un par de horas. Luego, traeremos a los animales.

—¿Y si usamos algo de la artillería? —preguntó el centurión mayor de la VIII Hispana—. Eso podría aguarles la fiesta.

—Sí, si hay tiempo. Sí, estaría bien. Bueno, ¿todo claro?

—Sí, señor.

—Entonces, manos a la obra.

Tito Cerialis se sentía más vivo que nunca.

Claudia Enica se giró un momento, antes de seguir a sus guerreros por la cresta. Todos iban por delante, excepto su líder y el hombre al que este le había ordenado permanecer con ella en todo momento.

—Deberíamos irnos, mi reina. No hay nada más que podamos hacer aquí.

Nadie había intentado perseguirlos. Al menos con verdadera urgencia, aunque era difícil saber si se debía a que no había demasiada caballería cerca o a que nadie los consideraba importantes. No es que el gran ejército no viniera hacia ellos, sino que ya no les importaba que los vieran acercarse. Claudia Enica había mirado hacia atrás más de una vez, y había visto a una gran cantidad de jinetes y a muchos, muchos más guerreros a pie, que avanzaban con paso firme.

—Esperad —les dijo.

Estaban en la parte más abierta de la meseta, por lo que se podía ver a más de media milla de distancia, hasta una loma baja. Mientras observaban, fila tras fila de escudos pintados de vivos colores aparecieron sobre la cresta y se dirigieron hacia ellos. Iban en grupos, sin duda reunidos por clan y tribu, pero aquellos le resultaban desconocidos, y Enica no habría sabido decir quiénes eran. Años antes, había liderado a un ejército de su tribu para enfrentarse a otro levantado por su hermano. Los guerreros que veía ahora se parecían mucho a estos últimos.

—¡Allí! ¿No están yendo algunos hacia la izquierda?

Era difícil saberlo, ya que el suelo era tan accidentado que nadie podía avanzar un largo trecho en línea recta.

—Tal vez, mi reina —admitió el viejo soldado—. Pero es posible que solo se dirijan a una de las pendientes. Tenemos que irnos y decirle al tribuno que el ataque es inminente.

Siguieron a los demás, que se habían detenido pese a las instrucciones recibidas, y los esperaban unos cincuenta pasos cuesta abajo. Aunque muchos eran antiguos soldados, estaban ahí como hombres de la reina, como sus guardaespaldas, y ninguna orden podía cambiar eso.

Mientras bajaban por la pendiente, pudo ver cómo frente al campamento se colocaba la formación habitual. Había un cuerpo de jinetes a bastante distancia por delante de ellos, siguiendo el camino y, en la lejanía, una columna de tropas y carretas que avanzaba pesadamente. La reina y sus hombres cabalgaron, manteniendo un paso enérgico hasta que la pendiente acabó en el llano. Entonces se lanzaron a medio galope, dirigiéndose hacia las tropas alineadas frente al campamento. Había una línea formada por cuatro cuerpos distintos —cada uno de los cuales sería, probablemente, una cohorte—, con auxiliares en cada flanco y legionarios en el centro. Tenían los escudos clavados en el suelo y los hombres permanecían de pie tranquilamente, hasta que, de repente, las trompetas resonaron y las filas se agitaron como olas, preparándose para entrar en acción.

—¡Mi reina! —exclamó uno de sus hombres. Había jinetes, muchos jinetes enemigos, corriendo cuesta abajo tras ellos.

—¡Vamos! —gritó ella, y azuzó a su caballo castrado para lanzarlo al galope.

Las líneas romanas ya estaban cerca, y podía distinguir los escudos azules profusamente decorados de los tungros, la cohorte de Vindolanda.

Se oyó un zumbido extraño, más fuerte que el ruido de los cascos sobre la hierba, y una piedra gris oscura rebotó unos pasos a la izquierda de Enica, levantando un gran montón de tierra.

—¡No! —gritó ella—. ¡No! ¡Somos nosotros!

Cayó otra piedra. El guerrero que cabalgaba a su lado, el que había recibido la orden de quedarse junto a con ella en todo momento, sonreía. De repente, su cabeza quedó destrozada, y Claudia Enica sintió que la sangre caliente le salpicaba lacara.

—¡No, estúpidos bastardos! —gritó, pero su voz quedó ahogada por el estruendo de las trompetas.

No hubo más piedras. La reina vio cómo Tito Cerialis, a caballo junto a los auxiliares, agitaba el brazo hacia ella.

—Has traído a unos amigos, por lo que veo —la saludó alegremente, pero luego advirtió la sangre en su rostro—. Por las pelotas de Hércules, ¿estás herida?

—Estoy bien. —No tenía sentido decirle que acababan de matar a uno de sus hombres. El resto había conseguido regresar a salvo. Y había demasiado que hacer—. Tienes una batalla a las puertas. Estarán aquí pronto. Son miles. Es difícil calcular cuántos, tratándose de esas cantidades, pero creo que en el campamento habría unos diez mil o veinte mil. Y, por lo que sabemos, podrían ser más.

Tito Cerialis no parecía del todo convencido. Y ella no podía reprochárselo, porque era muy difícil hacer números llegados a esas cantidades. Y los romanos se enorgullecían de que la disciplina y la habilidad importaban mucho más que la cantidad.

—Bueno, parece que vamos a estar muy ocupados.

—Creo que algunos podrían intentar abrirse camino por detrás de nosotros. —Claudia Enica señaló en esa dirección y el tribuno se volvió para mirar. Pero ninguno de ellos pudo ver nada, aparte de las colinas—. ¿Dónde quieres que me sitúe?

—Ya has hecho suficiente, y te lo agradezco —dijo él—. Aunque, si estás dispuesta, habla con esos irregulares de ahí y vigila ese flanco.

—Por supuesto.

Tito se volvió para inspeccionar a su pequeño ejército. La mayor parte de su caballería estaba en el extremo derecho, unos ciento cuarenta hombres. Un tercio de ellos eran irregulares y el resto, pertenecientes a las *cohortes equitatae*. También había reunido a veinticinco hombres al mando de un decurión, como reserva y para servirle de escolta personal, si llegaba a necesitarla. Junto a la caballería, la Cohorte I Tungrorum tenía poco menos de cuatrocientos hombres. A su izquierda estaban las dos cohortes de la II Augusta, cada una de las cuales contaba con alrededor de trescientos cincuenta efectivos. Y, en el extremo izquierdo, se encontraba la Cohorte II Asturum, recién llegada al norte, porque su base habitual estaba en el sur. Era la unidad más poderosa de su primera línea, con cuatrocientos cincuenta hombres, casi toda su fuerza al completo.

El ejército predicaba la importancia de las reservas, y que era mejor mantener la profundidad a dejar que una línea se volviera demasiado delgada. Las cuatro unidades en primera línea se habían desplegado con solo tres filas de profundidad, lo mínimo considerado seguro, y la segunda línea era mucho más débil. Allí tenía a la VIII Hispana, la cohorte más fuerte a su disposición, y a casi ciento cincuenta hombres que las unidades que viajaban con el legado habían dejado atrás, y que alguien había reunido, integrando una segunda formación. Esas, y su pequeña *turma* de caballería, constituían las principales unidades de combate. Tenía a unos cincuenta arqueros como hostigadores, había situado dos escorpiones entre cada cohorte y, tras la primera fila, una

línea de seis grandes *ballistae*, capaces de lanzar piedras a las cabezas de los asaltantes que vinieran por delante. Cualquiera que atacase directamente el campamento iba a pasar un mal trago, por mucho que los defensores tuvieran solo formaciones poco profundas.

El flanco izquierdo le preocupaba más, pero no tenía otra opción que confiar en que los *numeri* aguantaran. Había casi un millar de ellos, la mayoría procedentes del Numerus I, que era, obviamente, el mejor de todos; y siendo brigantes, la presencia de la reina los alentaría. Ninguna de las pendientes suaves que descendían de la cresta iba en esa dirección, así que, con algo de suerte, no sufrirían demasiada presión por parte de los atacantes.

Tito dictó otro mensaje para Prisco y se lo envió. Consideró la posibilidad de poner una escolta al mensajero, pero decidió que no podía prescindir de nadie. Le dio al enviado uno de sus propios caballos, para que al menos el hombre llevara la mejor montura posible. Entonces cayó en la cuenta de que los bueyes y el ganado seguían pastando detrás del campamento. Envió a otro soldado para que reuniera a algunos *calones* y les dijera que metieran a los animales dentro de las murallas. Eso les llevaría mucho tiempo, pero se necesitarían centenares de personas para hacerlo deprisa, y no quería sacar a esa cantidad de hombres de la línea de combate.

Después de eso, pareció que todo se ralentizaba y el enemigo se tomaba su tiempo para aproximarse. Pero cuando Tito estaba a punto de cambiar de idea, los atacantes ya estaban muy cerca. Cientos de jinetes se deslizaron por el barranco más cercano, avanzando en pequeños grupos. Al llegar a la llanura abierta, se desplegaron para cubrir el frente de la línea romana, manteniéndose a una buena distancia. Tras el desafortunado incidente de los brigantes, el tribuno había dado instrucciones estrictas para que las *ballistae* solo disparasen cuando él lo ordenase. Los guerreros se abrieron en abanico y se colocaron de frente a las cohortes. No tenía mucho sentido cansar a la caballería arriesgándose a hacer una carga, así que Tito dejó que los enemigos se situaran.

Tras ellos llegaron los carros, deslizándose sobre la hierba. A Cerialis le maravilló su agilidad, pese a que su padre solía mencionar lo mucho que se había asombrado al verlos por primera vez. Los seguían grandes cantidades de infantería, con guerreros agrupados por centenares.

Era una pena que no vinieran más deprisa. Tito habría preferido enfrentarse a una carga de hombres ya cansados, tras correr kilómetros para alcanzar el campo de batalla. Eso era lo que se esperaba de los bárbaros; o eso decían todos los libros: que eran salvajes, más animales que humanos, dominados por las pasiones, que a las tribus del norte les gustaba jactarse y presumir, arremetiendo contra el enemigo y confiando en su fuerza bruta y su valor. Tito nunca había creído de verdad en esas historias. Sobre todo porque, como miembro de la casa real de Batavia por parte de padre, era tan bárbaro como cualquiera de los que estaban frente a él. También lo eran muchos de sus soldados, además de los irregulares; y el ejército los había entrenado para pensar, además de para luchar. Ferox le había dicho que Tincomio había creado una fuerza de combate diferente a la mayoría de los ejércitos tribales. Mientras observaba cómo se desplegaban, empezó a creer que aquello pudiera ser cierto. Había distintas unidades, algunas de ellas con escudos de un solo color. Unas pocas llevaban casco y la mayoría, armadura. No se trataba de una turba, sino de algo parecido a un verdadero ejército, y eso le daba qué pensar. Sus hombres ya estaban superados en número, y cada vez salían más enemigos de los desfiladeros para unirse a los atacantes.

La idea de atacar, de golpear rápido y con fuerza, resultaba muy tentadora. El aspecto de

aquellos hombres era mucho más parecido al de unos verdaderos soldados, comparados con la mayoría de los guerreros, pero nunca se habían enfrentado al puño de hierro de una carga romana. Calculaba que tanto los legionarios como los auxiliares podían abrirse camino entre las fuerzas enemigas como un cuchillo caliente a través de la mantequilla. Y entonces, habría que ver si los atacantes seguían pareciendo tan confiados como ahora. Muchos de ellos huirían a la carrera, y él podría ordenar a sus cohortes que giraran para barrer al resto, con su pequeña fuerza de caballería cubriéndoles los flancos. El ejército fomentaba la audacia, y aquello sería una estrategia audaz, incluso imprudente. Tal vez su parte bárbara estuviera saliendo a la superficie.

Si no hubiera tenido un campamento que proteger, lo habría hecho así, tomando la iniciativa en la lucha, sin dar al adversario la oportunidad de envalentonarse, apostando por que sus hombres eran incluso mejores que el mejor ejército tribal, y atacando antes de que las fuerzas enemigas siguieran aumentando. Pero, si lo hacía, corría el riesgo de penetrar demasiado en las filas atacantes, dejando el campamento expuesto. No podía esperar que los *calones* aguantaran mucho defendiendo un perímetro tan grande. Y si el enemigo lo tomaba, aunque fuera solo temporalmente, los romanos perderían una gran cantidad de suministros y equipo que no podrían reemplazar. La comida que garantizaba la supervivencia del ejército estaba custodiada en aquel campamento. Si lo perdían, era posible que las tropas no pudieran salir adelante, estando tan lejos de la frontera.

No había elección. Tito sabía que tenía que luchar ahí, y responder a los ataques solo cuando el enemigo se acercara. Se situó detrás de la primera línea, a lomos de su caballo. Distinguió rostros demacrados y silenciosos, otros que charlaban, aunque lo más probable era que apenas fueran conscientes de lo que estaban diciendo. Estar entre las filas de soldados le tranquilizaba.

—¡Mirad a ese idiota! —dijo un hombre, de repente.

Un carro se había adelantado, hasta ponerse a un tiro de arco largo de distancia. El guerrero que lo conducía saltó a tierra desde el pescante y empezó a hacer gestos y a gritarles.

—¿Está vendiendo algo? —preguntó otro legionario.

—Por lo que parece, vende cojones.

El guerrero llevaba un casco de bronce con una alta pluma roja, un escudo y una espada colgada del cinto, pero, por lo demás, no tenía ropa. Estaba cubierto con patrones entrelazados de glasto o, tal vez, solo con pintura.

—Dile que ya tenemos bastantes.

Tito Cerialis sonrió. Sabía que ciertos comandantes creían que era bueno para la moral de los hombres dejar que algunos soldados salieran y se enfrentaran al enemigo en combate singular…, suponiendo que los romanos ganaran, claro. Su padre siempre había condenado aquellas opiniones con una vehemencia que hacía que Tito se preguntara si él no había hecho eso mismo en el pasado. Empezaron a llegar más carros, que se detenían en el espacio abierto entre los ejércitos, y se adelantaron más guerreros para cantar sus alabanzas y burlarse del enemigo.

Tito cabalgó más allá de la cohorte, hasta el espacio que la separaba de la siguiente unidad. Se detuvo junto a un escorpión, y, por suerte, recordó el nombre del soldado que estaba a cargo.

—Eres Bito, ¿no? —El hombre asintió. Parecía halagado de que lo hubiera reconocido—. Bien, cuando oigas que mi *tubicen* toca dando la señal de disparar, quiero que mates a ese tipo desnudo. Solo a él. De un tiro. Te ganarás un ánfora de vino si lo derribas. Y luego, guarda tus dardos para después, porque los vamos a necesitar. Pero espera a que dé la señal. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

Indicó a los hombres que manejaban el siguiente escorpión que apuntaran a otro guerrero, un tipo fornido con un escudo rojo intenso y una armadura de escamas reluciente. Siguió adelante, por detrás de la próxima cohorte, para dar órdenes similares a los soldados que accionaban las dos máquinas siguientes. Luego regresó al centro de la línea y le dijo al trompetero que diera la señal. Esta sonó clara y penetrante, a pesar del alboroto de la muchedumbre enemiga y el resoplar casi constante de sus cuernos.

Cada uno de los escorpiones emitió un chasquido similar al de un látigo, y lanzó su pesado dardo contra el blanco. Uno de ellos falló y rompió el rayo de la rueda del carro que había tras el combatiente enemigo, haciendo que saltaran astillas. Otro logró que un guerrero soltara un grito cuando la punta de hierro atravesó su escudo y se le clavó en el brazo. El herido se tambaleó, pero consiguió mantenerse en pie. Los otros dos blancos se habían desplomado. Uno gritaba y el otro, el que estaba desnudo, yacía inmóvil, con un proyectil saliendo de su ojo izquierdo. Bito y sus hombres se habían ganado su ánfora de vino.

Los cuernos quedaron en silencio y las líneas romanas estallaron en vítores. Los centuriones dejaron que los hombres gritaran un rato, luego levantaron la mano y los *optiones* gritaron desde detrás de las líneas, pidiendo silencio. Aquello era el ejército, después de todo.

La masa de guerreros que había frente a ellos empezó a zumbar como un enjambre de abejas, mientras los cuernos redoblaban su estridente entusiasmo y el estruendo más áspero de los *carnyxes* se unía a la llamada. Algunos individuos corrieron hacia delante, gritando en dirección al campamento. Los romanos parecían ondear y moverse como algo vivo.

La batalla estaba a punto de empezar, y Tito se alegró. Había cinco grandes aglomeraciones de guerreros de infantería delante de él, constituyendo un frente solo un poco más largo que su propia línea. Cada grupo era más profundo que las formaciones de sus propios hombres —al menos el doble, y quizá más—, aunque no en filas ordenadas. La caballería superaba en número a la suya, pero no se podía hacer nada al respecto. Por lo que podía ver, los guerreros iban en ponis bastante pequeños, y muy pocos de los jinetes llevaban armadura. Incluso sus escudos eran pequeños, así que, con suerte, eso supondría una ventaja para sus soldados.

Con un gran rugido, la masa central de la línea enemiga cargó. Los hombres empezaron a correr como si compitieran para ser los primeros en llegar al enemigo. Las trompetas y los cuernos resonaron salvajemente, porque los hombres que los tocaban intentaban cargar y soplar al mismo tiempo. El resto de los grupos avanzaba con menor rapidez.

Tito Cerialis se volvió hacia la línea de las robustas *ballistae* y agitó el brazo describiendo un círculo por encima de su cabeza. El sonido de aquellas máquinas, más pesadas, era diferente. Se parecía menos al chasquido de un látigo y más al golpe de un grueso martillo. Las piedras también sonaban de forma distinta.

Pasaron zumbando sobre su cabeza con el estruendo de un barril que rodase por el suelo. Por delante, los arqueros y los escorpiones disparaban también. Tito estiró el cuello para mirar por encima de la cohorte de legionarios alineados delante de él. Los guerreros se sacudieron cuando las flechas dieron en el blanco. Otros atacantes ralentizaron su carga para levantar los escudos y protegerse. Los dardos de los escorpiones atravesaban a sus víctimas como si fueran muñecos de trapo. Luego cayeron las pesadas piedras, abriéndose paso a través de las aglomeraciones de los atacantes, rompiendo escudos, carne y huesos. Las bandas de guerreros se estremecieron y

aminoraron el paso.

Los arqueros disparaban más deprisa. Los escorpiones lanzaban un misil por cada tres o cuatro flechas. Las *ballistae*, uno por cada docena. Hubo tiempo para otras dos andanadas de piedras antes de que el tribuno volviera a hacer una señal con el brazo y los hombres a cargo de cada máquina gritaran a sus equipos que se detuvieran.

—¡Ahora! —gritó Tito.

El músico dio la señal de avanzar. Los *cornicines* de cada cohorte repitieron la orden.

—¡Cohorte VII! ¡Avanzad! —gritó el centurión superior de la unidad frente a él. De alguna manera, el ruido del enemigo parecía haberse reducido. A lo largo de toda la línea se oyó el traqueteo de las armaduras y los escudos mientras los hombres se ponían firmes—. ¡Marcha hacia delante!

La fila dio un paso al frente. Aquella cohorte fue la primera en lanzarse a la lucha, pero solo por un instante. Ante ellos, las bandas de guerreros se habían detenido, tambaleándose bajo el aluvión de misiles, pero empezaban a avanzar de nuevo. Sus líneas eran mucho más irregulares que las de los romanos, excepto a su izquierda, donde había dos grupos con algunas de las tropas mejor organizadas y equipadas.

Las jabalinas silbaron por el aire en dirección a las líneas romanas, pero cayeron sin alcanzar el objetivo, deslizándose sobre la hierba o clavándose en el suelo. Los arqueros auxiliares seguían disparando, y los escorpiones chasquearon una última vez antes de detenerse. A medida que avanzaban las cohortes se volvía más difícil disparar sin correr el riesgo de alcanzar a uno de los suyos.

—¡Quietos, muchachos! Esperad las órdenes —exclamó el centurión.

Estaba un paso por delante del centro de la unidad, en el tercer rango, donde los seis *signa* se agrupaban.

Los guerreros avanzaron, lanzando más jabalinas. Los legionarios levantaron sus escudos, aferrando con fuerza las abrazaderas, mientras los proyectiles caían sobre ellos. Un soldado chilló. La punta de una lanza se le había clavado en la pantorrilla. Se desplomó, las filas avanzaron sobre él y volvieron a cerrarse.

—¡Primera fila! ¡Preparados!

Los guerreros estaban cerca, a menos de veinte pasos de distancia. Cada integrante de la primera fila levantó su *pilum*, listo para lanzarlo.

—¡Ahora!

Más de cien lanzas salieron disparadas, en una línea recta y nivelada, contra el enemigo que embestía.

—¡Segunda fila! —gritó el centurión cuando los *pila* golpearon al adversario.

Eran armas largas, y todo su peso estaba concentrado detrás de las pequeñas puntas en forma de pirámide. Estas golpearon los escudos enemigos. La madera crujió cuando las cabezas de hierro la atravesaron, deslizándose con rapidez, porque la larga asta era más delgada que la cabeza misma. Las puntas eran capaces de perforar las armaduras de anillas, las de escamas e incluso la carne.

Tito comprobó impresionado cómo la línea enemiga se estremecía, los hombres se desplomaban, gritaban. Luego cayó sobre ellos la segunda ráfaga de *pila*, y el caos se repitió.

—¡Tercera fila!

Algunos escudos quedaron perforados por dos proyectiles o más, que caían sobre el mismo blanco. Los guerreros gritaban. Algunos se retorcían por el suelo.

Los más afortunados, los que no habían sido alcanzados por los *pila*, intentaban arrancar de sus escudos las pesadas lanzas.

—¡A la carga!

El centurión abrió la marcha, con su gladio ya desenvainado, y convirtiendo la orden en un grito de guerra. Los soldados aferraron la empuñadura de la espada, en su cadera derecha, sacaron las hojas cortas y, al hacerlo, gritaron. Pocos de los guerreros vinieron a su encuentro, aunque lograron formar una línea de defensa irregular. Los escudos golpearon contra los escudos. Sonaron gruñidos de esfuerzo, de rabia, de miedo, algún que otro choque de espada contra espada y, con más frecuencia, el ruido del hierro mordiendo la carne.

El grupo que había a la izquierda de Tito ni siquiera se quedó para recibir la carga, sino que se dispersó y corrió hacia la retaguardia. Los romanos los siguieron, matando a placer a cualquiera que cayera en sus manos. Los guerreros situados frente a Cerialis y los que estaban en el extremo izquierdo de la línea romana lucharon un poco, luego se replegaron. Los hombres de la retaguardia huyeron primero, seguidos por el resto. Allí la matanza fue mayor, porque hubo más que tardaron en huir y otros que, estando heridos, no pudieron retirarse rápidamente. Los legionarios y los auxiliares más jóvenes se olvidaron del entrenamiento y se lanzaron a apuñalar y a cortar con todas sus fuerzas. Los soldados mayores mataban de manera más ahorrativa, economizando fuerzas y descargando golpes limpios, cuidadosamente dirigidos.

Las dos bandas mejor organizadas aguantaron más tiempo, luchando con dureza, especialmente la que estaba frente al extremo derecho de la línea romana. Allí los tungros atacaban con la *lancea*, mucho más ligera que el *pilum* y menos devastadora a corta distancia. Los guerreros lucharon fieramente, enfrentándose a la carga, usando sus escudos para golpear y desequilibrar al enemigo, tal y como hacían los romanos. En los flancos, la caballería romana realizó alguna carga, que hizo que el enemigo se alejara al galope y regresara al cabo de un rato. La mayoría de las veces, individuos sueltos o en grupo se acercaban al adversario, arrojaban una o dos jabalinas y luego se retiraban, siempre hacia la derecha, para que el escudo los protegiera.

Parecía que hubiera transcurrido mucho tiempo, pero en realidad solo pasó un rato antes de que las dos bandas de guerreros cedieran. Lo hicieron despacio, a regañadientes, pero se retiraron. El tribuno ordenó dar la señal y llamó a las cohortes para que regresaran a su posición original. A su paso, los hombres iban rematando a los adversarios heridos. Tito calculó que habría cinco veces más enemigos caídos que romanos, y eso era un buen resultado, aunque seguían llegando a la llanura más y más bandas de guerreros. El flujo parecía interminable. Una nueva línea se estaba formando a unos doscientos pasos de distancia, integrando a las bandas derrotadas y a las recién llegadas. Parecía haber más de aquellas unidades bien organizadas, varios grupos que se distinguían con facilidad. Uno de ellos, con escudos amarillos y dos más, con azules. Los muy insolentes incluso estaban formando una segunda línea de apoyo, igual que los romanos.

Un jinete apareció por detrás de Tito, uno de los brigantes de la escolta real.

—Te traigo saludos de la reina, señor —saludó el hombre, como lo haría un exsoldado—. Ha contenido el primer ataque, pero le preocupa que se extiendan hacia su izquierda y no pueda detenerlos.

Con gran reluctancia, Tito ordenó que la unidad formada por los restos que el legado había dejado atrás reforzara a los irregulares. Probablemente fuera buena idea mandar a tropas bien disciplinadas al flanco exterior, aunque eso lo dejaba solo con los hombres de la Legio Hispana y con su pequeña escolta personal como reserva.

Algunos *calones* estaban sacando a empujones unas carretas por la puerta principal del campamento. Tito alcanzó a ver que contenían *pila* y *lanceae*. Un hombre solo podía llevar una de esas armas en combate —sin duda, un *pilum* era muy pesado y engorroso—, pero un ejército transportaba más en su equipaje. Se preguntó si habría tiempo de distribuir aquellas lanzas entre las líneas de combate, pero un estruendo de cuernos y *carnyxes* disipó aquella duda.

—¡Vienen otra vez! —gritó alguien.

Los arqueros y los escorpiones empezaron a disparar, y el tribuno agitó la mano para dar la señal a las *ballistae*. Las piedras silbaron sobre su cabeza y sembraron la devastación entre las filas enemigas.

Tito se preguntó qué estaría haciendo Prisco, si estaría luchando su propia batalla o si habría ordenado a sus hombres regresar al campamento tan rápido como fuera posible. Era difícil tener esperanzas en que el convoy estuviera a salvo. Había polvo en la distancia, demasiado para estar causado por la caravana o el pequeño grupo de caballería de Pertaco.

—¡Cohorte VII! ¡Preparada para avanzar!

El grito del centurión lo devolvió al momento presente. No había nada que pudiera hacer para ayudarlos. Tampoco tenía sentido enviar otro mensajero al legado. Prisco podría mandar ayuda o no. Lo que importaba ahora era contener al enemigo.

—¡Vamos, Capricornio! —gritó Tito Cerialis a todo pulmón.

—¡Adelante!

La línea avanzó, con los escudos rojos que mostraban por arriba los símbolos de Capricornio del Divino Augusto y, por debajo, el ornamento. Las jabalinas se estrellaron contra ellos. Un hombre cayó, con una lanza arrojadiza en la garganta.

XXII

En la región de las montañas

Hora sexta

Prisco cortó el aire con su látigo de montar. ¿Por qué tardaba tanto aquel viejo estúpido? Ferox tenía su utilidad, conocía aquella tierra y a su gente mejor que nadie, pero era demasiado cauteloso y veía amenazas por todas partes. Por su culpa, todo se retrasaba una eternidad. Había un camino despejado que conducía directamente a los enviados del gran rey —si de verdad aquellos hombres eran emisarios suyos—, pero el centurión lo estaba rodeando en un amplio arco. La hondonada no parecía terreno pantanoso, vista desde ahí, y el siluro solo estaba perdiendo el tiempo, un tiempo precioso.

—¿Eso es todo lo que dice? —preguntó Prisco al tribuno que había interrogado al mensajero brigante. El legado había estado en silencio tanto tiempo que la pregunta tomó a su interlocutor por sorpresa.

—Sí, mi señor. Nuestros exploradores se encontraron con un gran acantonamiento en las colinas al norte del campamento. Decenas de miles de guerreros, afirma. Sin embargo, no dice qué hora era.

—Mmm… No estoy seguro de que esos bastardos ignorantes puedan saber la hora —dijo Prisco, obligándose a bromear—. ¡O contar más de veinte, una vez que se les acaban los dedos de los pies!

La risa fue tenue, porque el Estado Mayor notaba que el comandante estaba preocupado.

—¿Y Cerialis? —le espetó.

—Hay un gran número de fuerzas enemigas avanzando hacia el campamento. Ha formado a las tropas para enfrentarse a ellos. Dice que lo superan en número. —El tribuno se quedó pensativo un momento—. Era la hora cuarta, mi señor —añadió.

El legado había escuchado el mensaje varias veces, así que seguramente ya lo sabía, pero la escrupulosidad era la opción más segura, dado su estado de ánimo actual.

—Lo sé, hombre, lo sé.

—Podría volver con las *alae* —se ofreció Clemens por tercera vez—. Casi mil soldados de caballería llegando por la retaguardia le estropean los planes a cualquiera. Podríamos estar allí en un par de horas, incluso menos, si tenemos suerte y forzamos a los caballos.

—¡Y despojarme de toda mi caballería! —le espetó Prisco, con el rostro enrojecido, antes de recuperar el control. Se encogió de hombros, en lugar de disculparse—. No. Cerialis tiene más de cuatro mil hombres y una buena posición. Y, además, esos andrajosos del *numerus* ya tienen que haber llegado hasta allí, a estas alturas. No hay ningún ejército en estas tierras que pueda echarlo de su posición. Los habrá rechazado mucho antes de que puedas llegar, y no quiero volver a dividir mis fuerzas. Si todos regresamos, tampoco nos serviría de nada. No haríamos más que ir en círculos y perder un día. Esos tipos de allí vienen de parte de Tincomio.

—Eso dice Ferox —gruñó Clemens. Luego se dio cuenta de que había hablado en voz alta—. Mis disculpas, mi señor.

—Lo sabremos muy pronto. Si son enviados suyos, eso significa que Tincomio está listo para hablar, y dispuesto a ceder. Bueno, tal vez podríamos suavizar un poco el acto de sumisión pública, pero tendrá que hacerlo, aunque su hijo esté muerto. Es lo bastante inteligente como para saber que es preferible tener a Roma como amiga. No, no, entrará en razón, porque le conviene.

En los últimos días, el legado cada vez sonaba más como un abogado que estuviera presentando su caso. Él lo sabía, y no le importaba. De hecho, estaba feliz, porque había una lógica en el caso en cuestión. Una lógica que lo ayudaba a superar la confusión y la incertidumbre de la guerra.

—Y si están aquí, su ejército debe de hallarse en algún sitio detrás de ellos…, tal y como siempre hemos pensado.

Sentía que ese «nosotros» era un buen detalle, porque sus oficiales parecían preocupados y no era probable que en ese estado de ánimo hicieran bien su trabajo. Lo que necesitaba un soldado eran certezas, una fe absoluta en que tenía razón e iba a vencer.

—Ah, ya sé que hemos visto a algunos de esos bárbaros. Unos cientos por aquí, unos pocos miles por allá, pero ninguna fuerza realmente grande.

—Pero ¿y los informes de Cerialis, mi señor? —Clemens era el hombre más experimentado de todos los presentes, lo que inflaba aún más su autoestima, ya de por sí enorme.

—Vigías y partidas extraviadas, nada más. Recuerda que los bárbaros no tienen un ejército de verdad. Ese Tincomio llama a los líderes de sus tribus y sus clanes para que saquen de sus casas a sus muchachos, los armen y se los traigan para la guerra. Todo lo que hemos visto es gente procedente de otras direcciones. El cuerpo principal, las tropas reales, los buenos combatientes, vendrán de la capital de Tincomio, que está allí arriba, delante de nosotros. Ahí atrás no habrá tropas suficientes como para poner a Cerialis en serio peligro. El hombre debería estar contento. Tendrá una pequeña batalla, un combate limpio y una victoria fácil. ¿Cuántos recién llegados consiguen eso en su primer destino? Es una buena ayuda para impulsar una carrera que ha empezado tarde. Una vez que haya ganado, se dará cuenta de la suerte que ha tenido.

Prisco sonrió. El caso estaba claro, la evidencia era buena y la conclusión, simple y obvia. Nadie quiso contradecirlo.

—Ahora, esperemos que Ferox se ponga manos a la obra.

Por fin el siluro y ese bandido que siempre lo acompañaba se habían acercado a los bárbaros. Ferox estaba convencido de que el bastón que portaba uno de ellos era el signo de un heraldo. Dado que los tipos seguían esperando y sin hacer ningún movimiento hostil, parecía que estaba en lo cierto.

Después de tantos retrasos, por fin había un avance. Prisco había renunciado a la idea de entablar batalla ese día: aquellas colinas estaban claramente vacías y, por supuesto, la lógica dictaba que los enviados preceden a un ejército, en lugar de seguir su estela. Dejaría que aquellos bárbaros hablaran —oh, cómo hablaban—, pero, aun así, el legado iba a transmitirles su mensaje. Luego condescendería en suavizar un poco sus términos y al final los despediría, felices, en una hora o dos. Todavía le quedaría tiempo para alcanzar el nuevo campamento, y el convoy llegaría antes de que oscureciera. Cerialis podría quedarse con su pequeña y sencilla batalla. Una victoria, por minúscula que fuera, resultaba útil para la campaña, y no había nada malo en hacerle un favor a alguien que estaba dando sus primeros pasos en el mundo de la política. Prisco ya estaba planeando cómo dar crédito al joven tribuno, presentándolo como un oficial prometedor, que había tenido la oportunidad de demostrar su valía gracias a la cuidadosa estrategia de su comandante.

Las cosas estaban yendo como debían. Tan solo desearía que se apresuraran un poco más. Su estómago estaba de acuerdo. Había planeado cabalgar para echar un vistazo y regresar al cuerpo principal a tiempo para comer. Pero ahora tendría que conversar con los enviados. Probablemente sería una conversación larga, y el hambre seguía carcomiéndolo. Lástima que no hubieran visto ningún animal por allí arriba. Compartir un cordero asado o un venado con los enviados habría sido un buen gesto.

El estómago del legado rugió. Su personal fingió no haberlo oído.

Ferox y Vindex desmontaron y caminaron hacia los hombres que esperaban junto al fuego humeante. Ganasco sobresalía por encima del resto. Entre la media docena restante, al centurión le pareció reconocer a otros jefes con los que había coincidido en el pasado. A cierta distancia, aguardaban diez jinetes montados. El único que le resultaba familiar era el más extraño de todos ellos, un individuo delgado, con las piernas desnudas, famoso por conocer todos los caminos de aquellas tierras. Veinte años antes ya era considerado un anciano, pero allí estaba, tan enérgico como siempre. La gente lo llamaba «el Viajero» porque nadie recordaba su verdadero nombre.

—Vaya, que me jodan —murmuró Vindex.

Sacó su rueda de Taranis. Algunas personas decían que el Viajero era un dios errante con designios propios y profundos, quizás oscuros. Vindex y Ferox ya habían coincidido con él, en otra ocasión en que el anciano accedió a ayudar a Tincomio.

—Mejor déjame hablar a mí —dijo Ferox.

Miró hacia atrás. El legado y su escolta estaban a media milla, con una patrulla a cada lado, situada una distancia similar. Había una hondonada entre medias. Vindex y él habían tenido cuidado de rodearla en lugar de cruzarla, porque estaba llena de brezos. La atravesaba un camino, pero cualquiera podría esconderse allí. No dejaba de pensar en el hombre al que había matado y en el otro, el que había escapado.

Ya estaban cerca.

—¿Crees que saben que no matamos a Epático? —susurró Vindex.

—Probablemente. Pero llevan el bastón de los heraldos. Respetarán la tregua.

Vindex resopló.

—¿Y tú lo harías si alguien hubiera matado a uno de tus hijos?

Ferox no estaba seguro. Pero si el gran rey quería hablar, existía la posibilidad de evitar la guerra y, aun así, darle al legado lo que quería.

—¡Saludos, Flavio Ferox! —gritó el Viajero—. Saludos, Vindex de los carvetos. ¿Habláis en nombre de Roma?

—Sí —dijo Ferox—. Hablamos en nombre de Prisco, gran general de Roma y enviado del emperador.

—Entonces, venid y hablad en paz —dijo el Viajero, indicándoles por señas que se acercaran.

Ganasco pasó junto a los demás y avanzó hacia los recién llegados. No sonreía. Parecía triste.

—Lo siento mucho —le dijo Ferox.

El enorme germano descargó el puño sobre él. Fue como si una docena de caballos le dieran una coz en la cabeza. Ferox se desplomó y parpadeó, luchando por ver y por respirar.

—¡Eh! —gritó Vindex, saltando hacia atrás.

Ganasco se agachó, con la mano abierta. Ferox logró enfocar la vista, vio que el germano sonreía y aceptó su mano. La mejilla le palpitaba de dolor.

—Eso es por si acaso nos equivocamos —retumbó la voz de Ganasco, mientras lo levantaba.

Ferox se tambaleó. Intentó hablar. Le dolía, y escupió un poco de sangre. Vio que parte de la escolta del legado galopaba en su dirección, así que levantó los brazos y los agitó. Finalmente, los jinetes lo entendieron y se detuvieron.

—Ahora hablará otra persona —les dijo Ganasco.

Ferox se frotó la cara. No estaba seguro de si se le había soltado un diente.

—Bien —murmuró.

Un hombre de edad avanzada empezó.

—Nos envía el gran rey. No desea la guerra con Roma. Está listo para luchar, si no hay otra elección, pero no lo desea. —Hizo una pausa tan larga que Ferox estuvo a punto de responder, y luego continuó—: Muchos quieren la guerra. Algunos de los hijos del gran rey quieren la guerra y forman parte del ejército que se está reuniendo. Lucharán, y lucharán pronto, si las cabezas más viejas y sabias no pueden ponerse de acuerdo.

—Algunos están cerca de nuestro campamento del valle —dijo Ferox—. Por lo que sé, puede que ya estén luchando.

El jefe tribal suspiró.

—El gran rey ordenó que todos esperaran hasta que hubiéramos hablado con los romanos. Él quiere paz.

—Volisio no —gruñó Ganasco.

—Eso es cierto —admitió el jefe—. Anhela la guerra y la gloria, pero es joven y, aunque sea hijo del rey, hay muchas cabezas más sabias en el ejército. Esperarán…, a menos que los ataquéis.

—Esperemos que así sea —dijo Ferox—. Llamaré a mi general, para que puedas transmitirle el mensaje del gran rey.

Se dio la vuelta y agitó el brazo, haciendo la señal convenida. El legado y su grupo se acercaron trotando. Había siete oficiales, un par de *cornicularii* y ocho soldados de la caballería de la legión. Prisco azuzó a su caballo a medio galope, acelerando, y los demás apretaron el paso para alcanzarlo. Venían directamente, a través de la hondonada.

Ferox les hizo señas para que la rodearan. Prisco lo ignoró.

—¡No, así no!

Sacó su gladio. El legado bajaba por la pendiente, mientras los demás competían por seguirlo, porque el camino a través del brezo era tan estrecho que solo permitía el paso de una montura.

—¡Vamos! —le gritó Ferox a Vindex. Echó a correr, sin saber muy bien por qué se sentía tan seguro de lo que estaba por venir—. ¡Es una emboscada!

Prisco desapareció de la vista cuando su semental volvió a acelerar el paso. Clemens estaba justo detrás de él.

Ferox y Vindex se encontraban a unos cuarenta pasos de distancia. Más de la mitad de la escolta del legado estaba fuera de su campo de visión, avanzando por el terreno bajo. El casco emplumado de Prisco apareció en primer lugar. Luego, la cabeza de su caballo. Jinete y montura saltaron bruscamente por la ladera más cercana, ilesos. Ferox se preguntó si su sensación de peligro se debía solo a que estaba nervioso, pero siguió corriendo.

El semental de Prisco se encabritó, con el cuello arqueado. Tenía una lanza profundamente clavada en el costado. El legado luchó por mantenerse sobre la silla, pero cayó, con los brazos en alto. Él y su montura desaparecieron en la hondonada. El aire se llenó de gritos y chillidos.

Clemens trepó por la ladera, haciendo saltar a su caballo, que tenía el lomo resbaladizo de sangre, mientras intentaba, al mismo tiempo, desenvainar a tientas y estabilizar al animal. Ferox pasó corriendo a su lado, con Vindex siguiéndolo de cerca. Deseó haberse envuelto el brazo izquierdo con la capa, a modo de escudo, pero no había tenido tiempo. Cuando llegó al borde de la hondonada vio que entre los brezos se estaba librando una batalla frenética. Había caballos caídos, y también muchos jinetes. Dos guerreros estaban sobre un cuerpo, lanzándole un tajo tras otro. Era Prisco. Sus atacantes llevaban túnicas y pantalones grisáceos. Tenían la mitad de la cara pintada de negro y la otra mitad, de azul oscuro.

Ferox corrió cuesta abajo. Casi tropezó con los brezos, y eso provocó que uno de los guerreros se volviese y lo viera. Cuando este levantó su larga espada de punta roma para atacar al siluro, la hoja salpicó gotas de sangre. Ferox esquivó, superó al segundo adversario, sintiendo que su espada le pasaba muy cerca, y golpeó hacia delante con el gladio, acertando al primer guerrero en la garganta. Vindex cortó el brazo del segundo enemigo y lo golpeó con el puño izquierdo para derribarlo.

Los últimos miembros de la escolta del legado estaban bajando por la ladera más alejada o llegando al borde de la hondonada. Un soldado de caballería arrojó su lanza y atravesó a un guerrero, pero otro britano avanzó a saltos, encontró a un tribuno atrapado bajo su caballo moribundo y le hundió un hacha de mango corto en la cara. La mayoría de los oficiales habían caído, porque se habían quedado atrapados en el barranco cuando los guerreros habían surgido de la nada y habían empezado a arrojar lanzas y a perseguirlos con espadas y hachas. Un centurión veterano estaba sentado en el brezo, agarrándose desesperadamente bajo la parte inferior de la cota de malla, con las manos rojas de su propia sangre.

Con el bramido de una enorme bestia, Ganasco corrió cuesta abajo y se lanzó a la pelea. Extendió su mano gigantesca y tiró del centurión hacia atrás, justo antes de que un guerrero lo alcanzara con su lanza. Dejó al hombre herido, ignorando sus gemidos de agonía, agarró el asta de la lanza, la apartó y lanzó un fendiente con su espada, que se clavó en el cráneo del guerrero. La hoja se atascó, así que la soltó y agarró la lanza con ambas manos. La balanceó sobre la cabeza como un bastón, haciendo retroceder a un par de guerreros pintados de negro que venían hacia él. Vindex estaba a su lado. Se lanzó hacia delante para matar a uno de los hombres, y el germano golpeó con la lanza la sien del otro guerrero, una, dos veces. Luego giró el asta y, mientras su adversario se tambaleaba, le clavó el arma en el vientre.

Un hombre surgió de entre los brezos, al lado de a Ferox, que, al intentar girarse, tropezó con una rama baja y cayó con fuerza sobre la cadera, pero consiguió seguir aferrando el gladio. El guerrero tenía la parte superior de la cara pintada de negro y la barbilla, de un rojo brillante. Intentó apuñalar al adversario caído con una lanza larga, pero el extremo trasero se le enganchó en el brezo. Ferox cortó con fuerza la pierna de su atacante. El guerrero gritó y soltó la lanza. Otro corte le atravesó carne y hueso, así que se desplomó. Ferox trató de levantarse, pero volvió a tropezar, porque su pie todavía estaba atrapado. Una espada se descargó sobre él, rodó un poco y la hoja golpeó a su lado. El hombre se acercó, mostrando unos dientes muy blancos en contraste con su piel pintada. Lanzó otro tajo, que Ferox apenas logró bloquear con la espada. Se oyó un grito y un caballo se acercó corriendo entre los brezos.

—¡Bastardos! —chillaba Clemens—. ¡Bastardos!

Golpeó con su *spatha*, y falló, pero el guerrero estaba distraído y Ferox pudo abalanzarse sobre el estómago del hombre, torciendo la hoja porque, desde esa postura, era difícil introducirla mucho. Clemens lanzó otro tajo, falló de nuevo y gritó frustrado:

—¡Hijo de perra!

El enemigo dejó caer su espada y agarró la de Ferox, intentando sacársela del estómago, para lo que se puso de rodillas y echó todo su peso hacia atrás. La *spatha* de Clemens se estrelló contra el hombro del guerrero, haciéndole sangre, pero la hoja de hierro se torció, formando un ángulo.

—¡Mierda! —Gruño el prefecto, y golpeó al hombre una y otra vez en la cabeza.

La pelea había terminado, tan repentinamente como empezó. Ferox se puso de pie, dejando el gladio en el cuerpo del guerrero moribundo, y corrió cuesta arriba. Comprobó que los enviados del gran rey se habían agrupado en un círculo, y que las patrullas romanas se les acercaban por los lados.

—¡Deteneos! —chilló.

Pero tenía la boca llena de sangre y todavía dolorida a causa del puñetazo, así que aquella palabra sonó como un graznido. Corrió hacia ellos, escupiendo mientras avanzaba, agitando los brazos para llamar su atención, y logró gritar:

—¡Alto! ¡A ellos no!

Un decurión, que estaba muy por delante de sus hombres, arrojó una lanza, que centelleó mientras atravesaba el aire y que, por suerte, se clavó en el suelo sin causar ningún daño. Entonces resonaron los cascos de un caballo y Clemens pasó al galope, agitando su espada doblada.

—¡Alto! ¡Alto!

Los soldados obedecieron y se limitaron a formar un círculo alrededor de los jefes tribales.

Clemens tiró de la brida para hacer girar a su caballo. El animal jadeaba, tenía los ojos desorbitados y los flancos resbaladizos de sangre.

—Dime, ¿por qué no debería matarlos? —preguntó.

—Porque no han sido ellos, ni Tincomio.

—Resérvatelo para luego. Yo me encargo de las cosas aquí. Tú acércate a ver qué puedes hacer por ese otro lado. —El prefecto señaló con la cabeza hacia la hondonada.

No había mucho que pudiera hacerse. Prisco aún respiraba, aunque nadie se explicaba cómo. Tenía el brazo derecho seccionado por debajo del codo, el rostro irreconocible, destrozado sin posibilidad de reparación, y una punta de lanza con un trozo de asta rota había atravesado

limpiamente su coraza y estaba clavada en su pecho. Respiraba ruidosamente, y de los labios le salían burbujas rojas. Ni siquiera el mejor médico podría haber hecho nada para salvarlo. El caso del centurión era distinto, contando con que viviera lo suficiente para que pudieran traerle al cirujano. No había duda de que tenían de dejarlo allí, sin moverlo. Aparte de Clemens, los demás oficiales estaban muertos, al igual que los escribanos y dos hombres de la escolta. Otros varios habían resultado heridos.

Diecisiete guerreros habían permanecido ocultos en la hondonada desde la noche anterior. Ferox se preguntó si habría otras partidas emboscadas en lugares parecidos. De lo contrario, eso significaba que los atacantes sabían que los enviados seguirían esa ruta y ellos tenían que esperar justo en ese sitio.

El último guerrero lanzó un grito agónico cuando Ganasco lo levantó en el aire, con el cuerpo atravesado por una lanza. El germano lo sacudió como si fuera un pez, y el hombre siguió chillando, con los brazos y las manos piernas agitándose, hasta que su adversario lo arrojó contra el suelo. Ganasco arrancó la lanza salvajemente, derramando las entrañas del hombre, que jadeó un par de veces antes de quedar en silencio.

—Estos bastardos mataron al príncipe —dijo, con el tono más suave que Ferox le había oído usar nunca—. Y a mi hijo. —A veces, podía pensarse que aquel hombre era estúpido, debido a su gran fuerza y a su marcado acento—. Volisio les ordenó hacerlo. —Ahora su voz era amarga—. Voy a matar a ese mierda. Voy a matarlos a todos.

Costó más tiempo convencer a Clemens, pero al final lo entendió todo. Tras una larga discusión con los enviados, acordaron volver al gran rey para decirle que los romanos también querían la paz.

Vindex se estiró para dar una palmada a Ganasco en el hombro.

—Si necesitas cualquier cosa… —ofreció.

El germano lo miró fijamente y luego clavó la mirada en Ferox, que asintió.

—Esos bastardos tienen que morir —declaró Ganasco—. Y ese tal Lobo, también. Todos ellos.

—Ten cuidado con él. Es inteligente —le dijo Ferox.

—Es hombre muerto. Solo que aún no lo sabe.

En la parte trasera del campamento romano

Se asombró de que los romanos no hubieran colocado a nadie sobre el montículo rocoso que había junto a su campamento. Parecía un punto de observación evidente. Él y tres de sus mejores hombres habían tardado mucho en ascender, poco a poco, arrastrándose de una cobertura a otra, listos para matar a los centinelas. Solo que no había ninguno, así que los cuatro se tumbaron en la cima y se quedaron observando mientras la batalla comenzaba. Habían cabalgado muy rápido para llegar hasta allí, azuzando a los ponis, ya que no tenían intención de combatir a lomos de los animales. Habían acampado al borde del gran acantonamiento, un poco apartados de los demás, porque nadie estaba interesado en acompañarlos. Eso les convenía, tanto a él como a sus hombres. Había seleccionado a cuarenta jinetes y había galopado con ellos hasta aquel lugar. Era el momento de enviar a un hombre para que trajese al resto de sus fuerzas hasta el refugio de la colina. Otros quinientos guerreros los seguían a pie, y llegarían en poco tiempo.

El resto de sus hombres se había escondido en la ruta que seguiría la fuerza romana principal. Volisio le había hablado de la embajada del gran rey, que tenía la esperanza de negociar la paz en el último momento. Con suerte, algunos de sus hombres matarían a los emisarios, o a los romanos que fueran a su encuentro, o a ambos. No, no era cuestión de suerte, y él lo sabía. Ella le había dicho cómo sucederían las cosas. Y él lo había soñado.

Mientras miraba, todo le resultaba familiar. Frente a ellos se veía la línea romana, doblada hacia atrás en ángulo, a la izquierda. La mayoría de los combatientes brigantes y de las otras tribus cubrían ese lado del campamento. Los regulares estaban al frente, enfrentándose al ataque principal, en líneas pequeñas, delgadas y algo irregulares de figuras diminutas, y, más allá de ellos, estaban los bloques más oscuros de los guerreros de las tribus. Eran muchos más, muchos más, pero, de momento, los romanos resistían. Había manchas de colores sobre la hierba, muertos y heridos que ayudaban a narrar el desarrollo de la lucha. Observó cómo algunos guerreros cargaban. No la banda de quinientos o seiscientos hombres al completo, sino una docena, que se precipitaban hacia delante formando una especie de nudo. Otros tantos iban detrás para atacar también, pero sin el mismo entusiasmo, y el resto avanzaba arrastrando los pies. Era como clavar un dedo orondo en el enemigo. Los romanos no se adelantaron para hacerles frente, lo que sugería que estaban cansados. Durante un instante, la línea de la cohorte se abombó al recibir el choque, como si fuera un cuerpo sólido.

—Ya están aquí, señor —susurró el hombre que estaba a su lado.

Se veían brillos y destellos provenientes de los aceros, mientras los combatientes luchaban. Estaban demasiado lejos como para poder oírlos bien, y el sonido que llegaba se parecía al susurro de muchas hojas caídas arrastradas por el viento otoñal. La cohorte pareció retroceder un paso o dos. La punta del dedo formado por los guerreros de las tribus hizo lo mismo. Luego, las líneas de ambos bandos se enderezaron y se quedaron mirándose entre sí.

Los romanos estaban cediendo terreno, despacio, pero de forma evidente. Se veía que las fuerzas del gran rey y sus aliados estaban luchando bien. Sobre todo, los hombres de Tincomio, los mejor armados y equipados de todo el ejército. Atacaban con fiereza e insistían cada vez que no conseguían romper las líneas enemigas. Observó cómo una cohorte avanzaba y la partida de guerra frente a ella cedía, retrocediendo diez, incluso veinte pasos, antes de que ambos bandos se detuvieran. Sin embargo, los romanos parecían cansados, como si, en lugar de correr hacia delante, avanzaran tambaleándose. Estaban luchando bien y con obstinación, pero eso era lo que cabía esperar. Odiaba y despreciaba a los romanos, pero una parte de él recordaba los buenos tiempos del servicio militar, y se enorgullecía de los regulares que luchaban con tal terquedad.

No importaba. Los números jugaban en su contra. Las reservas romanas ya habían sido absorbidas para mantener el frente de batalla. A su derecha, cada vez se congregaban más y más enemigos, amenazando con rodear ese flanco. Y la ridícula fuerza de jinetes romanos estaba desgastada. Lo mismo sucedía a la izquierda, aunque más despacio, porque las bandas tenían mayores dificultades para maniobrar por ese lado. Pero los defensores eran en su mayoría irregulares y, aunque estaban haciendo un buen trabajo, no solían tener la maldita obstinación de los soldados disciplinados.

Más allá, en la llanura, vio que se elevaba humo, y se preguntó qué sería aquello. Un *ala* del ejército de las tribus —al menos diez mil hombres, la mitad de los que estaban atacando— se había dirigido hacia el valle, alejándose del campamento principal. Imaginó que se habían encontrado con una fuerza romana, y a menos que esta contara con un enorme número, lo más probable era que acabara siendo barrida. Casi toda la caballería del gran rey formaba parte de ese grupo, junto a muchos de los carros. Una masa oscura venía hacia el campamento, desplazándose a cierta velocidad, lo que significaba que habían matado o sobrepasado a cualquier enemigo que hubieran encontrado en el camino, y que estaban llegando al campo de batalla. Cuando eso ocurriera, barrerían con facilidad la parte derecha de la formación romana, porque allí no había nadie que pudiera contenerlos. La otra *ala* del ejército, formada por la misma cantidad de hombres, aunque pocos de ellos eran jinetes, venía por detrás de él, aunque no podía saberse si llegarían antes o después que el *ala* izquierda. Pero, cuando lo hicieran, rodearían el montículo por el sur, cerca de la parte trasera del campamento. Y todo habría acabado. *Thetatus*, por usar la jerga de los soldados.

—Vamos —dijo.

Condujo a los demás por la pendiente, sin preocuparse de que alguien pudiera verlos. Cuando llegaron al fondo y a los guerreros que esperaban junto a sus agotados ponis, el resto de sus hombres bajaron corrieron de la cresta para unirse a ellos. Era perfecto. Recordó haber soñado con tiendas en llamas y con animales corriendo. Ahora lo entendía.

Avanzaron uno por uno, porque aún tenían tiempo. Cerca de un millar de animales —en su mayoría bueyes, aunque también había algunos ponis y mulas— estaban pastando detrás del campamento. Criaturas estúpidas, ajenas a la agitación de sus amos. Algunos de los esclavos

gritaban mientras intentaban conducirlos al campamento, pero estaba claro que no tenían la mente puesta en aquello, y que estaban prestando más atención a la batalla.

Los guio hacia delante, mezclándose con el ganado, usándolo como cobertura. Fue muy fácil. Se arrastraban o caminaban ocultándose tras un animal, encorvándose si era necesario.

—¡Muévete, Aquiles, cabrón holgazán! —gritó una voz.

—Eso intento, eso intento. ¡El muy puñetero no quiere dar un paso!

Este sonaba aún más cerca. Él se agachó, mirando por debajo del vientre del buey. Vio unas botas militares y unas piernas fornidas, justo delante.

—¡Golpea a ese bastardo y grítale! —dijo la primera voz.

El hombre lo hizo así. Se oyó un profundo gemido de queja de un animal.

Él salió al descubierto. Tenía una cota de malla, un gladio en la mano derecha y un escudo ovalado en la izquierda. No llevaba casco, porque quería que sus hombres supieran que no tenía miedo, y que pudieran ver su largo cabello negro, un color muy raro en aquellas regiones.

—Oye, ¿tú quién eres? —Gruñó el hombre fornido.

Llevaba una túnica mugrienta y un yelmo de bronce de estilo antiguo, de esos con una protuberancia gruesa parecida a una cresta —aunque, en este caso, se la habían arrancado hacía mucho tiempo—. Uno de los protectores de la mejilla se balanceaba, flojo, sujeto solo por un alambre.

Otra cabeza asomaba sobre el lomo de un poni, un poco adelante. Esta tenía un casco igual de viejo, pero que brillaba por haberlo pulido obsesivamente. Supuso que eran *calones*. Solían ser así: o tan desaliñados como las mulas que cuidaban o tan impecables que como el más ansioso de los legionarios.

—¿No deberías estar peleando? —Agitó un brazo—. Por allí. Esa pelirroja está al mando, creo.

—No, no lo está. Se ha quedado en el campamento. No vamos a dejar que una mujer pelee, ¿verdad?

—¡Fausta pelea conmigo todo el tiempo!

Él sonrió, mientras caminaba hacia el hombre más cercano.

—Una mujer enfadada, ¿eh? —comentó en su mejor latín de campamento.

—Si la comparas con el Vesubio no —respondió el esclavo desaliñado—. ¿Sabes algo sobre ganado?

Él asintió.

—Un poco. El secreto es gritarles y pegarles con un palo.

—Nah —sugirió el del casco brillante—. Eso es para las mujeres.

Él sonrió, dando la vuelta por detrás del animal, como si quisiera ayudar, y apuñaló al desaliñado en el vientre.

—¡Mierda! —jadeó el otro esclavo.

Un guerrero se colocó a su espalda, le echó la cabeza hacia atrás y le cortó el cuello. El buey recalcitrante decidió que era un buen momento para caminar rápido, de regreso al campamento.

—¡Haz que se muevan! —le dijo al guerrero, y empezó a golpear a otro de los animales con la parte plana de su espada—. ¡Vamos! —gritó—. ¡Que se muevan! ¡Y manteneos agachados!

Primero se pusieron en marcha unos pocos animales. Luego, cada vez más, dirigiéndose pesadamente hacia la puerta de entrada.

—¡Por fin! —exclamó una voz. Debía de haber más *calones* entre el ganado—. ¡Despejad el camino!

Uno de sus guerreros se echó a reír a carcajadas y él estuvo tentado de hacer lo mismo, pero esa no era la costumbre de los siluros. No había ninguna estaca defensiva frente a la puerta abierta, y nadie se había molestado ni siquiera en extender el muro hasta allí. Era un grave descuido, y casi se sintió decepcionado, porque estaba resultando muy fácil. Había *calones* en la muralla, a ambos lados de la entrada, haciendo todo lo posible por actuar como soldados.

Había conseguido entrar, pese a que una vaca eligió justo ese momento para embestirlo, empujándolo contra otra bestia y haciendo que casi perdiera el equilibrio.

—¡Cuidado! ¡Llevadlos para allá! A la izquierda, a la izquierda, en el espacio vacío.

Vio al que daba las órdenes: uno de los *calones*, con tres plumas como cimera —por increíble que resultara—, y le dio un porrazo con la protuberancia de su escudo. El hombre se tambaleó, resbaló en el barro y cayó. Una rápida estocada puso fin a sus imprecaciones. Se oyeron gritos cuando sus guerreros comenzaron la matanza. No había soldados a la vista, solo los *calones* y otra chusma del campamento, y ninguno de ellos estaba preparado para hacer frente a aquello. Algunos ponis se asustaron y el ganado empezó a correr, abriéndose camino directamente a través de una línea de tiendas. Algunos hombres corrían por ambos lados de la muralla, matando a cualquiera que se interpusiera en su camino, y los guerreros trepaban sobre el muro de tepe para unirse a ellos, porque la entrada estaba atestada de animales.

Pasó un poni. Él soltó el escudo y se agarró a la crin del animal, se impulsó para subir a la grupa, cabalgó con la manada hacia el corazón del campamento y allí se separó de los demás. Las llamas se elevaban por el recinto. Los animales habían derribado algunos fuegos y sus hombres ayudaban a propagarlos. Se oían gritos por todas partes, los de las mujeres y los niños se mezclaban con los de los hombres, pero nadie parecía poner orden ni organizar una defensa.

Saltó con el poni sobre las cuerdas de una tienda y llegó a la calle principal. Ante él se encontraba el centro del campamento. Un centinela montaba guardia frente a dos de las tiendas, colocadas una al lado de la otra. Una era más pequeña que la otra. Había algunos de sus hombres detrás de él. No los había visto llegar, pero ahí estaban.

—¡Por allí!

Apuntó con su espada hacia la tienda más grande y dejó que sus muchachos avanzaran para encargarse de los centinelas. Dirigió la mirada a su alrededor. Solo veía confusión, pero ninguna señal de amenaza, así que siguió a sus hombres.

Los centinelas ya estaban muertos, aunque uno de sus guerreros se sujetaba el costado. No tenía tan mal aspecto. Una mujer lanzaba gritos fuertes y penetrantes desde el interior de la gran tienda. Él descabalgó de un salto y se abrió paso a través de la cortina de entrada. Había mesas, sillas, los lujos propios de un aristócrata, y un tabique que separaba la parte posterior de la tienda. La mujer volvió a gritar. El sonido venía de la parte trasera.

—¡Vamos, zorra! —aulló uno de sus guerreros, furioso.

Dos hombres sujetaban por los brazos a una mujer sollozante. La obligaron a arrodillarse. Su costoso vestido estaba desgarrado, sus pechos, a la vista, y su largo cabello rojo, desgreñado. El guerrero estaba luchando por quitarse el cinturón.

Se quedaron callados al verlo aparecer.

—Antes de nada, tomaremos el campamento —dijo. La mujer dejó de llorar y le dirigió una

mirada de absoluta desesperación—. ¿Eres Claudia? —le preguntó con suavidad.

Ella asintió. Así que esta era la esposa de Ferox, la reina de los brigantes, y estaba escondiéndose en su tienda. Él había oído decir que los romanos desaprobaban que luchara como una guerrera, así que tal vez la mujer no había tenido elección. Era más joven de lo que había esperado, y de menor estatura, pero, a pesar de las lágrimas, era muy hermosa. Y la belleza, muchas veces, disimulaba los años.

—Atadla y traedla —les dijo—. Es mía.

No necesitaba decir más, ni entrar en detalles. Aquellos eran sus hombres, y eran de los buenos. Sintió una intensa agitación, no solo de alegría ante la idea de hacer daño a su tío, sino de puro deseo. No había estado con una mujer desde Beltane, ya que esas habían sido las instrucciones que ella le había dado. Pero su abstinencia pronto terminaría.

—Vosotros dos, vigiladla.

Había una lámpara encendida en una mesa redonda, al lado de la cama. La llama apenas desprendía humo, lo que significaba que el aceite era caro. Encontró un cofre, medio abierto y lleno de ropa. Arrojó la lámpara en su interior y esperó a que el fuego prendiera.

—Vamos.

Los condujo fuera. La mujer iba atada, sobre el hombro de uno de sus guerreros más grandes. Todo estaba allí, frente a él: las llamas, los animales corriendo… El sueño de la victoria.

XXIII

Frente al campamento

Hora séptima

Tito Cerialis sabía que los estaban erosionando, que el enemigo estaba empujando más y más por ambos flancos y que no había nada que él pudiera hacer al respecto. Había demasiados enemigos, y muchos de ellos eran buenos combatientes, con una determinación de la que, según todos los libros, los bárbaros carecían. No le quedaban más unidades de reserva, porque incluso su escolta había ido a ayudar a la caballería a contener la marea durante un poco más de tiempo.

—¡Vamos, muchachos! —gritó, tan fuerte como pudo, a los legionarios que tenía enfrente—. ¡Seguid así! ¡Lo están pasando mal, lo están pasando mal! —Su voz era ronca, poco más que un graznido.

Los hombres eran magníficos. Habían rechazado cuatro ataques a gran escala, lanzados por todas las líneas enemigas, y tantos asaltos provenientes de una banda o de un solo grupo de adversarios que el tribuno había perdido la cuenta hacía tiempo. En ese sentido, no había diferencia entre los legionarios y los auxiliares, ya que tanto los ciudadanos como los no ciudadanos seguían adelante, extrayendo fuerzas de quién sabía dónde. El tercer gran ataque había sido sangriento, porque Tito había conseguido nuevos *pila* y *lanceae* para la primera fila, y ese golpe adicional había costado caro a los atacantes. El cuarto ataque solo pudo contenerse enviando a toda la Legio VIIII Hispana, la mitad para prolongar el *ala* derecha y el resto para reforzar la línea de combate.

—¡Vamos, muchachos! —aulló, tan fuerte como pudo—. ¡Arriba, Capricornios! —No conocía el apodo de la Hispana. Deseó haberse tomado la molestia de aprendérselo—. ¡Vamos, Novena! —gritó mientras cabalgaba por detrás de un grupo de hombres de la legión.

Al inicio de la batalla, los *optiones* se habían colocado detrás de cada formación, cada uno de ellos con su *hastile*. Aquella larga vara de mando no estaba diseñada para luchar contra el enemigo, porque su parte superior era una bola ornamental. Su función era mantener la disciplina y el orden en las filas y, cuando aumentaba la presión, evitar que alguien intentara huir. Entonces daban órdenes, convencían o avergonzaban a los hombres para que volviesen junto a sus camaradas. O, en su defecto, los empujaban físicamente a sus puestos, haciendo uso de los

bastones.

A estas alturas, todos los *optiones* habían muerto o estaban al frente de las cohortes, reemplazando a los centuriones que habían caído en combate, o, simplemente, impelidos por la necesidad de luchar y dar ejemplo. Aquellas no eran ya formaciones ordenadas. Las filas estaban debilitadas. Bastantes hombres habían muerto y había muchos, muchos más, heridos. Algunos de estos habían seguido luchando, otros habían vuelto a la batalla después de vendar sus heridas y el resto se iba tambaleando o era arrastrado por alguien para recibir cualquier tratamiento disponible. Al principio, se conducía a los hombres a la carpa del hospital, en el campamento, pero enseguida empezó a haber muchos heridos, demasiados. Ahora, los médicos y sus asistentes hacían todo lo posible por ellos en el espacio abierto que había frente a la muralla.

Ya no había filas ni formaciones ordenadas, sino grupos de hombres. Los más decididos se hallaban al frente; los que se limitaban a intentar resistir, detrás de ellos y, más atrás, los que retrocedían sin llegar a huir del todo. La línea de batalla romana estaba compuesta por estos grupos, que formaban una especie de fila discontinua, integrada por pequeñas islas con grandes espacios entre cada una de ellas. Los arqueros a los que aún les quedaban flechas a veces se adelantaban corriendo, disparaban un proyectil o dos y huían, pero, como respuesta, llegaban diez piedras de honda o lanzas enemigas. La mayoría de los equipos que manejaban los escorpiones había caído y, como la línea seguía retrocediendo, no había espacio para que las *ballistae* dispararan por encima de sus cabezas. Tito había ordenado a esos hombres que buscaran un escudo y se unieran a la lucha.

Algo se estrelló con gran fuerza contra su rodilla derecha mientras pasaba a caballo por uno de los huecos. La montura se agitó y trotó unos pasos hasta que él la contuvo. No quería ir rápido, por eso se había obligado a cruzar despacio la brecha, para que los hombres no pensaran que estaba nervioso y se preocuparan.

—¿Señor? ¡¿Estás herido, señor?! —gritó uno de los arqueros, corriendo hacia él.

—Estoy bien —mintió Tito.

El dolor era inmenso, y sospechó que tenía un hueso roto, pero, mientras estuviera a caballo, se las arreglaría.

Con un característico sonido metálico, una piedra golpeó la parte posterior del alto casco del arquero. Los ojos del hombre se agitaron, se tambaleó y cayó hacia delante, sobre la pierna del tribuno. Tito se mordió el labio, temía estar sangrando, pero logró no lanzar un grito de dolor. Agarró al soldado por el hombro y lo sostuvo.

—¡Ayuda a este hombre! —gritó a otro arquero, que corrió y se llevó a su compañero—. ¡Y tráelo de vuelta!

Llegó al final de la fila y vio que los brigantes y otros irregulares seguían resistiendo, aunque en ese momento estaban apenas a cincuenta pasos por delante del campamento. Se preguntó si podrían refugiarse tras la muralla sin que los masacraran, y si sus hombres podrían hacer lo mismo. No había una verdadera zanja, lo que facilitaría la retirada, aunque, al mismo tiempo, eso los dejaba menos protegidos. Los enemigos seguían avanzando. Eran tantos que, al final, los romanos acabarían aplastados, a menos que algo cambiara.

Al principio, Tito no vio a Claudia Enica. Luego, un movimiento llamó su atención y divisó a un jinete —no, no era un hombre—, a una jinete, con algo que parecía un penacho rojo moviéndose al viento. Era el cabello de la reina, que se había quitado el casco para que la

identificaran con más facilidad.

Tito no quería que ella muriera, pero la idea de que Claudia Enica estuviera allí, soportando todo aquello, le hizo pensar que tenía que haber una forma de seguir adelante, de sobrevivir. Por un momento, estuvo tentado de cabalgar hasta ella, pero otra oleada golpeó contra el gran grupo de la Legio Hispana, presionando el centro de su línea, y los veteranos cedieron unos pasos. Se acercó a medio galope, dándoles ánimos a gritos. Entonces, para su asombro, vio que los legionarios volvían a avanzar, peleando, y que esta vez los guerreros que tenían enfrente caían o retrocedían un paso, y luego otro. Muchos hombres habían muerto y otros habían quedado mutilados, solo para que los britanos pudieran tomar uno o dos pies de pastizales anodinos. Aquello parecía tan absurdo como admirable.

—¡Señor! —Apareció un soldado, sin casco y con la cabeza vendada. El pecho de su caballo y su escudo hexagonal estaban manchados de sangre seca—. Hay una fuerza de caballería bajando por el valle, hacia nuestra derecha. Son muchos.

—¿De los nuestros o de los suyos?

—No lo sé, señor. —El soldado no parecía optimista.

Tito hizo visera con la mano sobre los ojos y vio polvo, mucho polvo, y una masa oscura que venía rápidamente hacia ellos. Había un grupo más pequeño, un poco más adelantado, y un jinete solitario que galopaba por delante de los demás. Escudriñó, esforzándose por distinguir mejor los detalles. Sus ojos se nublaron un momento, luego consiguió enfocar. Ahora estaba seguro. El hombre en cabeza de todos esos jinetes montaba un caballo gris. Deseaba desesperadamente que fuera Ferox, que llegara justo a tiempo, trayendo dos *alae* y toda la caballería de la que disponía el legado. Un millar de hombres cargando contra la retaguardia del enemigo lo dispersaría con toda seguridad, arrebatándoles una victoria que parecía segura. A su mente acudieron los recuerdos de cómo Ferox, ese Ferox áspero, casi mítico, jugaba tanto con ellos cuando eran niños; el mismo hombre que había ganado tantas batallas y peleas de forma tan sangrienta, y había salvado a tanta gente, una y otra vez —entre ellos, a su madrastra— y había mantenido a toda la familia a salvo en el fuerte de Dacia.

Tito suspiró. No era Ferox, sino el fanfarrón de Pertaco, que avanzaba más rápido que sus propios jinetes porque su montura era mejor. Detrás de ellos no venían mil auxiliares de la fuerza principal, sino miles y miles de britanos. Incluso podía ver que había carros entre ellos, porque ahora estaban más cerca. Pertaco agitaba los brazos mientras cabalgaba por el flanco, gritando, casi como si estuviera incitando al enemigo a atacar.

Tito comprendió que aquello era el final. Entonces, un aluvión de trompetas y cuernos sonó desde atrás, por detrás del campamento. Giró la cabeza bruscamente. Había humo negro saliendo de entre las tiendas. Se escucharon gritos, algunos de ellos, de mujeres. Pensó en sus esclavas, pero supo que no había nada que pudiera hacer para salvarlas. El campamento estaba a punto de caer, si es que no había caído ya, así que ni siquiera les quedaba la esperanza de conservar su modesto refugio. El soldado seguía a su lado.

—Di a la caballería que se retire —ordenó.

El rostro del hombre mostraba una mezcla de emociones. Estaba a la vez aliviado y decidido a no rendirse.

—¡Es una orden! ¿Me oyes? Todos los que aún puedan huir, deben hacerlo. Intentad encontrar al legado, o buscad la forma de volver al sur, si podéis. ¡Vete!

—¡Pero…, señor…!

—¡Vete!

Tito hizo girar a su montura. Era una buena yegua, y no debía de estar demasiado cansada, porque la había estado llevando al paso, sin azuzarla. La batalla estaba perdida y la mayor parte de su ejército iba a morir, porque dudaba que a las tribus les apeteciera tomar prisioneros. Una muerte rápida sería preferible al destino que le esperaba a cualquiera que cayera en manos del adversario. La mayoría de sus hombres morirían y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Se volvió hacia su *tubicen*. Junto a ellos, los grupos de soldados flaqueaban. Un gran rugido de triunfo se elevó de las filas enemigas.

—¡Toca a formación en orbe! —gritó por encima del estruendo. El trompetista asintió, escupió para humedecerse los labios, sopló la señal y la repitió—. ¡Ahora vete, ya no tienes nada que hacer aquí!

Tito galopó hacia los hombres de la Legio Hispana.

—¡Dejadme entrar! —gritó.

Los legionarios, entre los que había bastantes veteranos de barba canosa, se hicieron a un lado, arrastrando los pies para dejar que el tribuno se introdujera en el centro del tosco círculo, antes de cerrarse para presentar un muro de escudos en todas direcciones. Como estaba a caballo, Cerialis pudo ver cómo se formaban otros grupos similares. Tal vez habría sido más adecuado unirse a uno de los círculos integrados por los hombres de su propia legión, pero este era el más cercano.

—¡Creo que a esos bastardos los tenemos preocupados, señor! —le gritó un centurión.

La cresta transversal del oficial había recibido un golpe durante la lucha. La mitad colgaba hacia abajo, unida en parte por hilos de crin de caballo, rebotando cada vez que el hombre se movía.

Tito Cerialis se echó a reír. Durante un momento, apenas sintió el dolor en la pierna.

—¡Y tanto que sí! —De repente, su garganta reseca pareció aclararse y pudo gritar con facilidad—. Bien, muchachos. —La mayoría de los legionarios eran mucho mayores que él, pero… qué importaba—. ¡Vamos a abrirnos paso peleando! ¡Para volver a casa tenemos que ir por ahí!

Tenía la espada en la mano, aunque no recordaba haberla desenvainado, y la usó para señalar.

—¡Sí, a unas cien millas en esa dirección! —gritó una voz.

—¡Entonces, iremos paso a paso! —clamó.

Los hombres se rieron. Era una risa sombría y aterradora, pero una risa, al fin y al cabo. Las lanzas y las piedras golpearon contra sus escudos. Después, los guerreros los embistieron, lanzando una carga.

—¡Contenedlos! —bramó Tito.

Los hombres caían, retrocedían hacia el círculo siempre que era posible, pero a veces eran arrastrados hacia la masa enemiga. Cayeron más britanos, golpeados por los escudos, acuchillados por espadas cuyos bordes se habían quedado sin filo hacía mucho tiempo, y cuyas puntas tampoco se encontraban en mejor estado. Los guerreros cedieron y recularon varios pasos.

—¡Bien, muchachos, vamos hacia allí! —ordenó el centurión.

Todos gruñeron como un solo hombre cuando los legionarios de la retaguardia dieron un paso corto. Los demás intentaron seguirlo, yendo hacia los lados o hacia atrás.

—¡Eso es! —gritó Tito—. Un paso, y ahora otro.

Gruñeron todos a la vez y arrastraron los pies. Un hombre soltó un jadeo cuando una jabalina impactó en su rostro. Otro maldijo al recibir un tajo en la pierna.

Los guerreros cargaron de nuevo, chocando contra el orbe.

Los hombres de los *numeri* lucharon más duro y durante más tiempo de lo que nadie había esperado, incluidos ellos mismos. Peleaban porque eso era lo que sus jefes les habían ordenado hacer, y porque muchos estaban junto a sus parientes y no querían quedar avergonzados a sus ojos. Pocos de ellos habían estado antes en una batalla, y casi ninguno había participado en un enfrentamiento a tal escala. Al principio, esa inexperiencia les resultó de ayuda, porque confiaban en la victoria y no podían imaginar otro resultado.

Ese estado de ánimo no duró mucho, así que tuvieron que buscar otras razones para luchar. La reina los ayudó, no solo animando a los brigantes, sino también a las demás tribus. La visión de una mujer vestida de guerrera y lanzando gritos de aliento tan agudos, incluso a veces estridentes, despertaba algo dentro de ellos. Incluso para los hombres de las comunidades ya asentadas evocaba recuerdos de historias contadas por los abuelos, de canciones de grandes hazañas y de terribles batallas que no tenían nada que ver con Roma. Eran hombres orgullosos, o que habían descubierto su orgullo en aquel trance, así que lucharon y murieron, cediendo terreno gradualmente, pero consiguiendo mantenerse unidos.

Sus oponentes eran igual de orgullosos, y seguían avanzando. Conforme pasaba el tiempo, más y más bandas de guerreros se acercaban por aquel flanco. Claudia Enica sospechaba que, si hubiera habido un camino fácil para bajar de la cresta en aquel punto, ni toda la valentía del mundo habría evitado que los hombres huyeran en lugar de mantener la posición. Tenían suerte, pero no podían resistir indefinidamente. Si los romanos ganaban la batalla, no sería en aquel frente.

No, no sería allí. Los norteños volvían, esta vez despacio, no con las salvajes cargas de antes, sino con un avance decidido, paso a paso. Entonces, los hombres empezaron a gritar, y se giraron para mirar asombrados a su espalda. Allí, muy cerca, estaba el campamento. Las tiendas habían comenzado a arder. Los grupos de guerreros temblaron, como si los sacudiera un fuerte viento. Unos momentos después se produjo un ruido atronador, y miles de enemigos aparecieron a la izquierda, bajando por un amplio desfiladero que distaba más o menos una milla de la parte trasera del campamento. Los irregulares rompieron la formación y huyeron de la lucha, cada cual por su lado, como briznas de paja cortada arrastradas por el viento.

—¡Tenemos que irnos, mi reina!

El viejo guerrero hizo un gesto al resto de los escoltas para que se agruparan alrededor de ella.

—¡No! —respondió Claudia Enica, aunque no sentía deseos de quedarse.

El anciano golpeó la grupa del caballo de la reina con la parte plana de su espada, y el animal saltó hacia delante.

—¡Por ahí! —gritó.

El guerrero los guio hasta cerca de la esquina del campamento. Luego, frente a la colina rocosa, para ir hacia el sur. Algunos de los hombres de las tribus corrían en esa misma dirección, aunque la mayoría intentaba rodear la colina hacia el otro lado, pero eso los llevaba directamente

hacia la muchedumbre de atacantes que se acercaba. Algunos iban despacio, confusos e inseguros. Pero, al ver que el pánico había provocado la desbandada, la línea enemiga se precipitó hacia delante, sin orden ni concierto, y empezó a lanzar tajos y a apuñalar a los hombres indefensos que huían.

—¡Abrid paso! —tronó el anciano.

Avanzaba sin importarle que su caballo empujara a cualquiera que se interpusiera en su camino. Los otros usaban la parte plana de sus espadas y las astas de sus lanzas para apartar a los hombres. Enseguida, la velocidad de sus monturas les permitió adelantar a la multitud.

La reina se obligó a mirar hacia atrás, para ser testigo de cómo los hombres huían, perseguidos por los enemigos ansiosos de sangre. Les debía eso, incluso si no podía hacer nada para salvarlos. Ella era la que los había traído hasta ahí, a tantos de ellos, por pura ambición personal. Tenía lágrimas en los ojos, y parpadeó para aclararse la visión. Después de Dacia, no había querido volver a participar en otra guerra. Y, sin embargo, allí estaban. Se preguntó qué habría sido de Ferox, y del pobre y joven Tito, y de muchos otros. Pero en ese momento, sobre todo, se preguntó si podrían escapar.

Rodearon la colina rocosa y el guerrero los condujo hacia el lado opuesto del valle. Había norteños a su derecha, aproximándose a la carrera. Claudia Enica no vio que hubiera ninguno a caballo. Ninguno. Pero el enemigo estaba cerca, a menos de cien pasos, y ellos tenían que ir en aquella dirección si querían llegar a campo abierto.

Los cascos tamborileaban sobre el suelo mientras su caballo corría a gran velocidad, sobrepasando a los demás. Solo el viejo guerrero estaba por delante de ella. Una jabalina pasó rozando la hierba cercana y una piedra zumbó junto a su cabeza. El anciano miraba hacia el otro lado. Por allí había docenas de jinetes que venían hacia ellos. Y, más atrás, otros miles pululaban alrededor de los restos del ejército romano.

Un jinete avanzaba a toda velocidad, adelantándose a los demás, a lomos de un caballo gris. Claudia Enica reconoció a Pertaco. Junto a él cabalgaba otro hombre, uno de sus propios legionarios, pero su caballo tropezó y el soldado salió despedido, aterrizando de mala manera. Pertaco no miró hacia atrás, ni siquiera cuando el hombre se incorporó y le rogó que lo llevara con él. La reina movió su montura para acudir en auxilio del caído, pero que el anciano guerrero empujó su caballo contra el de Claudia Enica para obligarla a seguir adelante.

—No, mi reina.

Otro miembro de la escolta se acercó al hombre, con el brazo extendido hacia abajo, y consiguió tirar de él y montarlo a la grupa. Siguieron adelante, dejando a la infantería muy atrás. Los jinetes norteños estaban cerca. Uno de los escoltas de la reina arqueó la espalda, con los brazos abiertos, cuando una jabalina lo alcanzó. Se oyó un grito y otro caballo cayó, montado por alguien a quien ella no reconoció. Estaba demasiado cerca de los perseguidores como para poder ir a salvarlo.

Siguieron cabalgando. En la escolta de la reina quedaban una docena de hombres, pues varios habían caído en la lucha, y otros tantos se habían dado a la fuga.

Uno era un *tubicen*; la delgada trompeta de bronce colgaba a su espalda y resonaba al rebotar contra él. No vio a más oficiales, aparte de a Pertaco. Cayeron sobre ellos más proyectiles, que mataron a un caballo y derribaron a otro jinete. En el grupo había un soldado al que le goteaba sangre por un vendaje de la cabeza, y que echaba más a través de los huecos abiertos en su

armadura. De repente, el hombre dio media vuelta y regresó con su montura por donde habían venido. Estaba gritando algo, pero ella no pudo captar las palabras. Cuando se volvió para mirar, vio que los primeros perseguidores se desviaban de él, en lugar de responder a su ataque. Entonces uno se enfrentó a él. La lanza del auxiliar lo derribó tras atravesar limpiamente su cuerpo. El hombre siguió adelante, forcejeando para desenvainar su espada. Varios jinetes lo rodearon, derribándolo de la silla.

Seguían cabalgando. Sus caballos habían recorrido un largo camino durante el día, pero también lo había hecho el enemigo, que se había precipitado valle abajo persiguiendo a Pertaco y a sus hombres para envolver luego la línea romana. Todos los brigantes de la reina sabían montar y todos habían cuidado bien de sus caballos. Eran monturas de la casa real. Dudaba que hubiera muchas la mitad de buenas que aquellas en ningún lugar de Britania.

Algunos de los fugitivos se quedaron atrás y los perseguidores los alcanzaron. Pertaco y un puñado más de sus hombres permanecían con la escolta de la reina. Pasado un tiempo, sacaban a los norteños una ventaja tan grande que el enemigo desistió de perseguirlos.

Estaban a varias millas del campamento. Demasiado lejos para ver nada, excepto el humo de los incendios.

—¿Vamos en busca del legado, mi reina? —preguntó el anciano, cuando al fin se detuvieron para descansar—. ¿Y de tu esposo?

Si Ferox tenía razón en sus conjeturas, eso significaba que el campamento había sido atacado por el grueso del ejército de Tincomio. Eso también podría significar que Prisco se había embarcado en una misión absurda, pero que no había tenido que luchar ni había perdido a ninguno de sus soldados. Probablemente estaban al norte, en alguna parte, tal vez a quince millas de distancia. Unas cinco mil tropas regulares y bien entrenadas, aunque se encontraran sin provisiones.

Cuando las tribus obtenían una victoria, el ejército tendía a deshacerse, a medida que cada guerrero volvía a casa con su botín y sus historias a cuestas, tras haber llevado a cabo su labor y haber ganado la guerra. También tendría que purificarse correctamente antes de volver a sentarse frente al fuego del hogar. Esas eran las cosas que un hombre necesitaba hacer tras una batalla. Y volver a luchar no estaba entre ellas.

Claudia Enica consideró que había muchas probabilidades de que el ejército de Tincomio se dispersara así, aunque no podía estar segura. El gran rey había creado algo nuevo, nunca visto en aquellas tierras, así que era posible que algunas de las tropas se quedaran para pelear de nuevo. Podría ser que Prisco tuviera que hacerles frente. Tanto si era así como si el legado no encontraba ningún enemigo contra el que luchar, lo cierto era que estaba corriendo un gran riesgo. Los romanos tendrían que encontrar comida, y mantenerse juntos, y estarían constantemente bajo la amenaza de un ataque. Más adelante, algunos de los hombres de Tincomio regresarían a sus casas. Pero, antes de eso, era probable que cualquier guerrero que oyera hablar de la difícil situación en que se encontraban los romanos pensara que valía la pena acosar a la columna principal, acabar con ella y participar en la gran victoria.

Claudia Enica tomó una decisión.

—No, vamos al sur.

Era la única manera posible de ayudar. El anciano no cuestionó la decisión. Se limitó a asentir.

—Entonces, avancemos algunas millas más antes de atender a los caballos y dormir.
No vieron a nadie. Durmieron al abrigo de un bosque. Pertaco desapareció durante la noche.

XXIV

Monte Palatino, en Roma

Víspera de los idus de noviembre

Adriano pensaba a menudo en el Divino Augusto. Cuando era joven, había leído que el primer *princeps* se había planteado en más de una ocasión retirarse del poder y volver a la vida privada. Pero cada una de esas veces, había decidido —o lo habían convencido para ello— no hacerlo, porque siempre había una gran cantidad de trabajo o alguna crisis que requería su atención.

Cuando era más joven, Adriano no podía creer que aquello fuera verdad. Imaginaba que el poder supremo era, en sí mismo, una recompensa. Ya no pensaba igual. Era una carga, una tarea interminable, como la de Sísifo y la roca. Pero había que hacer ese trabajo, y lo mejor para la *res publica* y las provincias era que se hiciera bien. Sin duda, Augusto había destacado en eso, y Adriano pensaba que él era igual de bueno.

Antes de Augusto había habido caos y una guerra civil. Resultaba casi increíble que muchos aristócratas siguieran creyendo que aquellos tiempos habían sido nobles, porque la clase senatorial competía por el poder, la distinción y el derecho a turnarse en la guía del estado. No importaba que la mayoría de los senadores actuales no fueran, en realidad, descendientes de la antigua aristocracia romana. Casi todas esas familias habían desparecido hacía mucho tiempo, y era difícil echarlas de menos.

Aun así, los descendientes de aquellos hombres que se unieron al Senado bajo los Flavios o, en algunos casos, en tiempos de Augusto y su familia, se jactaban de ser los únicos herederos de la antigua virtud. Eran esos estúpidos que veneraban a Bruto o a Casio, ninguno de los cuales había hecho nada que mereciera la pena por el bien común. La *libertas* que proclamaban, mientras la sangre de César goteaba de sus cuchillos, era la libertad de su clase para extraer hasta la última onza de oro de las provincias y para poner su orgullo y su honor egoístas por encima de los intereses de todos demás. César había sido igual de egoísta, había protegido igual su propio honor y su estatus, pero, al menos, tenía talento, un talento poco común, y consiguió todo lo que se propuso. Era preferible tener al mando a un César y no a un Bruto, sin duda alguna. Y, mejor aún, a un Augusto, que hacía bien ese trabajo sucio y siguió haciéndolo hasta el final.

Adriano llevaba en Roma desde julio y era bien consciente de que la mayor parte del Senado lo odiaba. No había mucho que pudiera hacer al respecto. Nigrino y Quieto tenían que morir, después de lo que habían hecho. Si permitía que un puñado de hombres que creían tener nobles intenciones conspirasen para matar al *princeps*, eso abriría la veda para todos los demás. Los dos eran hombres valientes, sobre todo Lusio Quieto, y sabían el riesgo que corrían. Si te juegas la vida a una tirada de dados y la tirada te sale mala, no puedes cambiar de opinión. Nadie los había obligado a organizar el complot.

Pero nada de eso tenía importancia. Lo único que importaba era que él había decretado la muerte de unos senadores… y, peor aún, que había logrado que el Senado aplicara la ley y diera la orden. Eso sería todo lo que recordarían. Había ejecutado a la clase de hombres que debían ser perdonados, incluso tras haber planeado su asesinato. La ironía era que él sería recordado como el asesino. Los senadores transmitirían eso, y tal vez solo eso, a las generaciones venideras, cuando ya no quedara nadie emparentado con los senadores de hoy. De momento, lo ocultarían, pero esa parte de la historia de Adriano ya estaba escrita, antes de que el estilo hubiera tocado la página.

Adriano miró a Suetonio Tranquilo, el norteafricano de piel tersa y algo fofo que estaba a cargo de su correspondencia en latín. Aquel hombre estaba utilizando su acceso a los archivos imperiales —incluidas las colecciones privadas— para escribir las biografías de los Divinos Julio y Augusto y de los restantes emperadores hasta Domiciano; era pedante, ingenuo en muchos sentidos, pero no tan estúpido como para escribir aún sobre Nerva y Trajano. No había pedido permiso, quizás porque todo estaba todavía en proyecto, pero Adriano estaba al tanto. También sabía que Suetonio estaba organizando el material por temas, y que tenía capítulos sobre los fracasos, derrotas y ejecuciones de cada reinado, así como sobre las cosas admirables.

—¿Eso es de Britania? —preguntó Adriano.

—Sí, mi señor.

Suetonio tenía una voz sorprendentemente áspera, lo que provocaba que todo lo que decía resultara mucho menos refinado que lo que escribía en las páginas. Era el encargado de leer la correspondencia —a excepción de los mensajes altamente confidenciales, que venían por otros cauces—, y su expresión sombría no auguraba nada bueno. Adriano solía disfrutar de la compañía de aquel hombre porque, además de ser bueno y minucioso, era también muy alegre.

El *princeps* cogió el rollo y vio el sello que Falco usaba en su cargo oficial como *legatus Augusti* de la provincia.

—Hay otro de Ligustino, mi señor. Es… —Suetonio luchó por encontrar las palabras adecuadas— un curioso documento en el que trata de dejar claro que él no tiene la culpa del percance sufrido este verano.

—¡Percance!

—Así lo llama el antiguo legado, mi señor. Parece ser que estaba enfermo, que no tenía noticia de lo que ocurría, y que fueron otros los tomaron todas las decisiones importantes.

Las palabras de Suetonio destilaban ironía.

—No exageres —le dijo Adriano—. Ambos sabemos que ese hombre es un necio.

—*Era* un necio, mi señor.

—Por supuesto.

Adriano hojeó las líneas. Ya habría tiempo para estudiar los pormenores más tarde. Esa no era la primera noticia del desastre ocurrido en el norte de Britania, pero los informes iniciales

carecían de detalles.

A finales de septiembre, Falco había llegado a su nueva provincia y había escrito para decir que su predecesor no solo había empezado una guerra, sino que también estaba haciendo todo lo posible para perderla. Un ejército se había dirigido hacia el norte, llegando mucho más allá de la frontera establecida por las guarniciones romanas, y no había regresado. Las tribus contaban historias sobre un ejército que había sido masacrado sin dejar supervivientes, pero el nuevo legado no tenía detalles.

Unas semanas más tarde, Falco informó de que parte de ese ejército perdido había reaparecido entre las tribus aliadas y que estaba regresando. Los oficiales superiores estaban muertos o heridos, y el hombre que dirigía los restos de las tropas era un centurión llamado Ferox.

Adriano recordaba que, al leer aquel nombre, soltó un profundo suspiro interior que amortiguó su intenso alivio. Ferox, tenía que ser Ferox. Eso era algo bueno, porque aquel hombre poseía un talento especial para sobrevivir, y, por lo que parecía, había salvado muchos otros en el proceso. Pero también era malo, porque, si alguien tenía la habilidad de atraer los desastres y las intrigas y conseguir salir indemne, ese era Ferox. Como mínimo, significaba que probablemente todo aquel desafortunado asunto era aún más complicado de lo que el *princeps* se temía.

La historia parecía sencilla. Espurio Ligustino, instigado por el ansioso comandante de la Legio II Augusta, ese tal Prisco, había reaccionado de forma exagerada ante una desagradable incursión, y había decidido empezar una guerra. Calculaban que podían ganarla antes de que al *princeps* le llegara la noticia de que había comenzado, de forma que Adriano confirmaría a Ligustino en su puesto como gobernador y le perdonaría lo ocurrido. Así que sacaron a rastras de las guarniciones repartidas por Britania a todo aquel que estuviera en condiciones de acudir al campo de batalla, complementaron aquellas tropas con miles de reclutas mal entrenados para inflar su número y lucharon contra un poderoso monarca aliado, que siempre había hecho lo posible para evitar conflictos con Roma.

Todo eso, de por sí, ya resultaba bastante malo. Era lo que el Divino Augusto llamaba «pescar con un anzuelo de oro», dado que era imposible que el valor de la pesca igualara al del anzuelo. Pero lo que hacía que todo fuera realmente imperdonable era la estupidez de que habían hecho gala a partir de entonces. Ligustino había caído gravemente enfermo y se había pasado todo el verano agonizando, pero sin llegar a morirse, como todos esperaban. Prisco se dirigió hacia el norte para cargar contra el enemigo; aunque, más que cargar, se arrastró, sin entablar combate con ningún adversario; primero, porque era muy lento y, además, porque nadie tenía un interés especial en luchar contra los romanos. Pero siguió adelante, provocando al rey. Y, cuando los dos ejércitos se encontraron cerca, su ineptitud militar fue tal que dividió sus fuerzas en dos, hasta dejar ambas partes tremendamente separadas.

Suetonio pareció comprender el punto al que había llegado Adriano en la lectura de la carta.

—En los archivos hay informes sobre el desdichado legado de la II Augusta. No había cometido errores tan graves, ni siquiera perceptibles, en el pasado.

—Eso es porque nunca había tenido la oportunidad de cometerlos —comentó Adriano con amargura—. Debió de haberse pasado todos esos años esperando para pifiarla de la forma más ostentosa posible.

—Ciertamente, mi señor.

Prisco había ido a buscar a los enemigos, sin percatarse de que ya estaban detrás de él. Se desgastó y luego se dejó matar en una emboscada, junto a la mayoría de los oficiales superiores. Un prefecto llamado Clemens tomó el mando. Pero, para entonces, los britanos, o los caledonios, o lo que fueran, ya habían bajado de las colinas y habían aniquilado al resto del ejército, saqueando el campamento principal. Hubo al menos cuatro mil muertos; probablemente más, si se incluía a todos los seguidores. Tal vez a algunos los hubieran hecho prisioneros, aunque eso no importaba. Tampoco importaba, de cara a las habladurías, que un tercio de los muertos fueran esas pobres tropas locales reclutadas a toda velocidad. Era un terrible desastre militar, uno de esos que Suetonio, o alguien como él, recopilaría y contaría si alguna vez escribía la biografía de Adriano.

El hecho de que el *princeps* estuviera a miles de millas de distancia y que no hubiera autorizado la guerra era irrelevante. Igual que el hecho de que, para empezar, la guarnición de la provincia se hubiera reducido mucho, porque Trajano se había llevado a hombres de todo el Imperio para sus guerras, dejando muchas regiones escasamente protegidas. Ligustino, el cretino enfermo, y Prisco, el cretino activo, eran los legados del emperador, sus representantes; su derecho a dar órdenes y aque los obedecieran emanaba del propio Adriano. El *princeps* se llevaba el mérito si ellos vencían y cargaba con la culpa si fallaban. Así eran las cosas. De modo que ese desastre era su desastre, igual que aquel otro, más pequeño, ocurrido en Dacia el año anterior. Ah, eso era lo que la gente pensaba. Elogiaban a los comandantes exitosos y murmuraban cosas lúgubres sobre los fracasados. Pero cada uno de aquellos oficiales había sido nombrado por el emperador, por lo que su competencia reflejaba la sabiduría del *princeps* que los hubiera elegido.

Como *princeps*, todo aquello era responsabilidad suya…, lo que no significaba que él no pudiera insinuar quién era el verdadero culpable. Prisco estaba muerto, lo que resultaba desafortunado, porque parecía ser tan necio que seguramente habría llamado la atención sobre sí mismo al intentar culpar a otra persona. Ligustino era igual de necio, y Adriano había cambiado de opinión y había enviado instrucciones a Sosio para que no se deshiciera de aquel hombre. No sabía si este último mensaje había llegado, porque al antiguo legado lo habían encontrado muerto en la *mansio* de Londinium, donde había hecho una parada en su largo viaje de regreso a casa. Podía ser una casualidad o podía ser obra de Sosio. En cualquier caso, aquel tipo había desaparecido del mapa. Quizás fuera mejor así. A veces la gente sentía tanta pena por alguien tan evidentemente estúpido que empezaban a creerle.

Al menos, Adriano estaba seguro de que Falco era el hombre adecuado para restaurar la situación en la provincia. Ya se habían mandado órdenes a la Hispania Tarraconense y la Germania Superior, requiriendo a cada una de las legiones estacionadas allí que enviaran a Britania a mil de sus mejores hombres para formar una *vexillatio*.

—Aquí están las órdenes para Poncio Sabino, mi señor —dijo Suetonio, tendiéndole el documento.

Ese era el nombre del tribuno que estaría al mando de aquella *vexillatio*. Suetonio se había anticipado a la siguiente petición del *princeps*. Adriano firmó y selló la carta. Falco conseguiría tres mil legionarios y casi otros tantos auxiliares, de modo que, en lugar de haber quedado debilitados, los romanos serían aún más fuertes que antes del desastre.

Sin embargo, lo que realmente importaba era un tipo de asistencia menos dramática y menos

glamurosa. Ligustino y Prisco habían reunido a la práctica totalidad de los animales de tiro y de equipaje de la provincia, y luego los habían perdido casi todos. Sin transporte, no importaba en realidad cuántos soldados fueran a Britania, porque no podrían dirigirse a ningún lado. A los gobernadores provinciales no les gustaba enviar *vexillationes* formadas con sus soldados, que estarían destinados fuera durante años. Y aún estaban menos dispuestos a renunciar a los activos que permitían que sus restantes tropas fueran operativas, así que era poco probable que una solicitud de animales y carros produjera grandes resultados. Aportarían lo peor que tuvieran, porque en el fondo sabían que las posibilidades de recuperar esos bienes eran escasas. Las unidades de combatientes solían ser aún más reacias a renunciar a algo que podrían necesitar en el futuro, lo que significaba que esas órdenes encontrarían resistencia en todos los sectores. Era mejor empezar de cero, comprar nuevos animales y fabricar los carros, los arneses y las sillas de montar. Pero, después de las muchas guerras de Trajano, el precio de esos artículos era alto en todo el Imperio.

Adriano suspiró. Si tuviera un poco de sentido común, abandonaría el cargo de *princeps* y se dedicaría a criar mulas. Amasaría una fortuna.

—¿Y qué son esos manuscritos? —preguntó.

Detrás de Suetonio había un esclavo con una cesta llena de pergaminos de varios tamaños.

—Una petición de la Augusta, mi señor.

—Por supuesto. —Adriano se quedó esperando a que el norteafricano prosiguiera.

—Ha pedido varias obras de poetas. Sobre todo, de Horacio (algunas de ellas, escritas de su puño y letra, nada menos). También de Ovidio, y un pequeño tomo de Virgilio. Además, le interesa la Divina Livia, porque ve en la esposa de Augusto un modelo perfecto que imitar.

Adriano lo miró fijamente, hasta que Suetonio se puso nervioso.

—No hay ningún texto poco apropiado, te lo aseguro. Los elegí yo mismo, siguiendo las instrucciones de las cartas de la Augusta. Hablan de asuntos familiares, del buen comportamiento, la vestimenta… Ese tipo de cosas.

Pobre Sabina. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos. Sobre todo ahora que habían vuelto a Roma.

—¿Crees que él la amaba? Me refiero a Augusto… —musitó Adriano.

Suetonio se quedó pensativo un momento, antes de responder.

—Es difícil saberlo. Son tantas las cosas que se comentan de ella, tantos los crímenes que se le atribuyen. Pero, sí, creo que sí. Ella perdió al único hijo que había tenido con Augusto, ya sabes, el bebé nació muerto, y eso ocurrió cuando ambos eran jóvenes. Augusto quería tener hijos… Bueno, un varón, para que fuera su heredero. Podría haberse divorciado de ella y buscar otra esposa, es algo que los hombres hacen sin reparos. Sin embargo, él no.

—Un *princeps* no puede hacer lo mismo que el resto de los hombres —comentó Adriano.

Él no había tenido elección. Su matrimonio con Sabina era una de las pocas cosas que a Trajano le gustaban de él, uno de los pocos favores que Adriano había hecho a su primo. No podría haberse divorciado de ella entonces, ni se le ocurriría pensar en hacerlo ahora. Seguirían juntos hasta que uno de ellos falleciera, simple y llanamente. Lo último que Adriano deseaba era que ella muriera joven, porque le echarían la culpa a él, aunque cayera alcanzada por un rayo. Su imaginación se puso a divagar. Se preguntó cómo sería volver a estar enamorado, sentir esa emoción, esa desesperación que solo se calma cuando se está en compañía de la persona amada.

Quizás algún día. Sin embargo, había algo que lo preocupaba, porque sus agentes le informaban de que había conversaciones peligrosas, e intercambios de notas secretas entre la Augusta y ciertas personas que deberían comportarse de forma más sensata. Incluso había sospechas sobre la relación entre la Augusta y Sosio. Corría el rumor —imposible de verificar a estas alturas— de que él era un bastardo engendrado por el padre de Sabina, y de que ella le tenía un cariño especial por esa razón.

Suetonio tosió.

—Mi señor, ¿necesitas algo más esta noche?

Adriano sonrió.

—No, eso es todo. Déjame esto para que pueda evaluar la magnitud de la catástrofe.

—Falco es un buen hombre, mi señor. Hará lo que sea necesario.

—Sí, ese es el consuelo que me queda. ¿Qué es lo que se supone que dijo Augusto al recibir la noticia de que ese idiota de Varo había perdido tres legiones?

—«¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!» o «¿Dónde están mis legiones?», dependiendo de la fuente. Creo que tenía pesadillas y que vagaba por el palacio, golpeándose la cabeza contra las paredes. —Suetonio se encogió de hombros—. Por entonces era muy viejo.

—Bueno, eso es algo que tener en mente por si no puedo dormir esta noche. Gracias, Suetonio.

—Mi señor.

—Ah, Suetonio. Otra cosa. Sobre los manuscritos para la emperatriz. Llévale las obras de los poetas, pero no las cartas. Dile que no has podido encontrarlas y vuelve a guardarlas donde estaban.

—Entiendo, mi señor.

Adriano se preguntó si realmente había entendido todas las implicaciones. Sin duda, Suetonio sabía que Livia había ayudado a Augusto como consejera secreta, además de como consorte, y que había viajado con él en sus numerosos viajes por las provincias. Había muchas posibilidades de que ella hubiera influido en buena parte de las decisiones que el *princeps* había tomado durante los largos años en que gobernó el Imperio. Le horrorizaba la idea de que Sabina aspirara a hacer lo mismo.

Pero aquel era un problema menor. Al menos, por el momento.

—¿Qué hora es? —le preguntó a un esclavo que aguardaba en una esquina, a la espera de que lo necesitaran.

—La hora quinta de la noche, amo.

Era más tarde de lo que Adriano pensaba, y se sintió culpable por tener a Suetonio trabajando tanto tiempo. Pero había tanto que hacer…

No podía cambiar lo que había ocurrido en Britania. Y, por mucho que se golpeara la cabeza contra las paredes, eso no lo haría sentirse mejor. Sin duda, el Divino Augusto también había acabado comprendiéndolo. Adriano, el asesino de senadores, se había convertido además en Adriano, el *princeps* que había perdido un ejército. Eso era algo que tampoco se podía cambiar. Lo mejor que podía hacer era seguir trabajando y esperar que, a la larga, Suetonio o algún otro autor lo juzgara como «Adriano el diligente» y «Adriano el buen gobernante». Tal vez los tontos no se darían cuenta de eso, pero, al menos, él sí lo sabría. A los dioses no les importaba, pero él hacía lo correcto y seguiría haciéndolo, a cualquier precio.

Era hora de irse a la cama. Adriano se puso de pie y salió de la habitación. El esclavo lo siguió. Y otro que había estado esperando fuera de la estancia también fue tras ellos. El *princeps* apenas se dio cuenta.

Acto III

XXV

Isurium Brigantum

Tres días antes de los idus de febrero, en el consulado de Marco Annio Vero y Cneo Arrio Augur (año 121 d. C.)

Ferox se despertó sobresaltado. El sudor le resbalaba por la espalda, aunque tenía la cara helada. Tiró de las mantas para taparse, porque la noche era fría y eso le afectaba cada vez más a medida que pasaban los años. Las sábanas cedieron un poco, pero estaban firmemente sujetas por la reina, que se había envuelto en ellas y roncaba suavemente, dormida a su lado. Él se movió, tratando de acercar todo su cuerpo al calor. Su capa estaba sobre la mesa cercana. La había dejado allí adrede, porque estaba hecha de lana gruesa y no era la primera vez que aquello sucedía. Pero, para cogerla, tendría que salir de la cama, y eso no le apetecía, así que pasó un rato intentando entrar en calor. No funcionó. No importaba cómo se colocara, siempre parecía haber una corriente de aire. Se levantó, agarró la capa y volvió a la cama. Las mantas se habían desplazado todavía más hacia el otro lado, sin que su esposa pareciera haberse movido en absoluto. Decididamente, la magia corría por las venas de la descendencia de Cartimandua.

Ahora estaba despierto, desvelado por completo. Se quedó tumbado boca arriba, mirando el tenue contorno del techo. Había tenido el mismo sueño de siempre. Temía volver a dormirse, por si la pesadilla volvía.

Había estado en muchos campos de batalla, muchos más que la mayoría de los soldados o guerreros. Parecía que las batallas y las matanzas lo seguían adonde fuera. Era aún joven cuando los sueños comenzaron, esas pesadillas horribles sobre las ocasiones en las que había estado a punto de morir. Y, peor aún, las ocasiones en las que había visto sufrir a sus amigos.

Cuando se casaron, se lo advirtió a Claudia Enica. Le había dicho que, a veces, cuando él se retorcía y gritaba en sueños, era mejor despertarlo y librarlo de las visiones. Ella también era una guerrera, aunque mucho menos experimentada que él, y lo había comprendido. En cualquier caso, esa confesión los había acercado más.

Su esposa rara vez lo despertaba; no era porque él no tuviera pesadillas, sino porque ella dormía profundamente. La reina tenía esa habilidad: decidía dormirse y caía en cuestión de segundos. Rara vez parecía soñar. Eso era algo nuevo, según la experiencia de Ferox, ya que las mujeres con las que se había acostado en el pasado tendían a despertarse e, inmediatamente,

empezaban a contar hasta el mínimo detalle de sus múltiples sueños. En cambio, y para sorpresa de su marido —siendo tan habladora, tan inagotable y llena de energía durante el día—, Claudia Enica caía inconsciente a su lado. Respiraba por la nariz o por la boca abierta, y roncaba a menudo —a veces, de forma muy sonora—. Dormir era lo único que hacía sin elegancia y aplomo. Sus únicos movimientos, leves pero muy efectivos, consistían en envolverse y enterrarse cada vez más en las sábanas.

La reina resopló en sueños y él sonrió. No era tan estúpido como para insinuarle que era una roncadora empedernida. La noche estaba avanzada y por los huecos de las contraventanas solo entraba el tenue brillo de las estrellas. Debían de faltar varias horas para el amanecer, así que se quedó allí tumbado, esperando, con los ojos cerrados y el cuerpo bastante tibio bajo la capa. No tenía ganas de levantarse de la cama, pues el hecho de estar allí le recordaba lo afortunado que era, acostado al lado de aquella mujer gloriosa y roncadora, que, contra toda razón, lo amaba tanto como él a ella.

Cerca de una hora más tarde, volvió a despertarse de golpe. Debía de haberse quedado dormido, pese a que creía que le resultaría imposible. En el sueño, volvía a estar en el valle, marchando con la columna que se dirigía al campamento. Era el día después de la batalla, y habían pasado una noche nerviosa y húmeda en las colinas, sin tiendas, pero protegidos detrás de una frágil muralla y una zanja. Nadie los atacó, pero, a lo largo de toda la noche, oyeron cantos y burlas, mientras la lluvia caía sin descanso.

A la mañana siguiente, el cielo estaba gris, la lluvia se había convertido en una llovizna constante y en las colinas de alrededor no había ningún enemigo. De hecho, no había nadie en absoluto. Solo algunas delgadas columnas de humo se elevaban de los incendios que se resistían a apagarse a pesar de la lluvia. Los únicos enemigos a la vista estaban muertos. Había muchos, aunque las huellas en la hierba demostraban que se habían llevado de allí a centenares de ellos, o que los habían arrastrado sobre sus escudos. No quedaba vivo ningún romano, y los campos estaban salpicados de pálidas jorobas formadas por cadáveres desnudos y decapitados. La lluvia había lavado gran parte de la sangre, así que, vistos de cerca, parecían estatuas rotas.

Primero pasaron ante los cadáveres dispersos del Numerus II. Había varios grupos de cuerpos caídos juntos, que sugerían una resistencia denodada. Pero, en general, los hombres, cansados, hambrientos y sin entrenamiento, habían huido y los habían masacrado mientras corrían. Iban a pie y la mayoría de los enemigos combatían a caballo o en carro. El convoy había luchado con más ahínco, pero el oficial al cargo había intentado cumplir con su deber y proteger los carros, los animales de carga y sus preciados suministros, así que había estirado las unidades en una línea demasiado fina. No tenían profundidad suficiente para contener a los atacantes y, para cuando alguien intentó reunirlos en grupos más grandes, ya era demasiado tarde.

En el terreno de la batalla principal, los muertos también contaban su historia. Hablaban de una dura lucha frente al campamento, allí donde las líneas principales de los ejércitos adversarios se habían enfrentado en un movimiento de vaivén; del colapso, cuando las *alae* del ejército del gran rey barrieron ambos flancos e invadieron el campamento; y de la matanza que siguió, de cómo algunos hombres corrieron aterrorizados, mientras la mayoría de los regulares se mantenían espalda contra espalda y trataban de abrirse paso luchando. El camino de cada grupo de soldados estaba señalado por un rastro de cadáveres y un denso corro allí donde se habían detenido definitivamente, abrumados por la cantidad de enemigos e incapaces de abrirse paso entre ellos.

Un grupo de unos setenta soldados había recorrido media milla, algo que parecía increíble, pero así había sido. Tito Cerialis estaba en el centro, fácilmente reconocible gracias a su espalda jorobada y sus piernas arqueadas en un ángulo extraño, aunque le faltaba la cabeza. Tenía la rodilla rota y el cuerpo lleno de heridas.

Durante el último mes, cada vez que Ferox dormía, regresaba a ese momento y a ese lugar, cuando la horrible certeza desvanecía la débil esperanza de que el muchacho hubiera conseguido escapar. A veces, el cadáver era Marco, el hijo al que no podía reconocer abiertamente, y medio hermano del tribuno muerto. Pero, en realidad, sentía una tristeza igual de profunda por Tito, el joven entusiasta al que conocía desde que era un niño. Lo peor de todo era que volvía a sentir la misma oleada de desesperación ante aquel espectáculo, cuando creyó que su esposa estaba entre los muertos o que había sido capturada. El sueño renovaba todo el miedo que había sentido por ella en una realidad vívida y brutal, de tortura, violación, asesinato y sacrificio. La muerte lenta de una reina podía operar una gran magia, en especial si se trataba de la nieta de Cartimandua. En su sueño buscaba y buscaba entre los muertos, tal y como había hecho en la realidad. Al encontrar entre ellos a algunas mujeres, revivía esa punzada de dolor al verlas y ese alivio, un alivio culpable, al darse cuenta de que no eran su esposa.

Ferox había visto muchos desastres, pero nunca había sentido un miedo como aquel. Sin embargo, era uno de los pocos oficiales que quedaban vivos, y Clemens confiaba en él para que ayudara al ejército a regresar. En sus sueños nunca aparecía Vindex murmurando «*¡Oh, mierda!*» ante aquella orden, como sí había hecho en la realidad. Había mucho que hacer, empezando por buscar la poca comida que los saqueadores hubieran dejado y que estuviera en buen estado, así como por encontrar cualquier otra cosa de utilidad. No había mucho. Las tiendas habían desaparecido, la artillería y los carros estaban quemados y, si no, los atacantes se los habían llevado. Unos pocos animales de carga habían conseguido escapar y luego decidieron regresar y ponerse a pastar en medio de los restos. Fueron capturados y se dio orden de matar a los caballos sobrantes, a las mulas y los bueyes. En los días siguientes, cualquiera que llevara encima una pizca de sal estuvo tremendamente solicitado, porque no había quedado ni rastro de la que iba en los suministros.

Habían caminado algunas millas y habían levantado otro campamento para pasar la noche, porque nadie deseaba dormir entre los muertos, y no había tiempo para enterrarlos. Al día siguiente comenzaron a ver que algunas bandas de hombres a pie y a caballo los seguían. Se detuvieron por la tarde, para recoger como pudieron la cebada madura de los campos más cercanos. Había pocas hoces, porque la mayoría estaban en el campamento y, tratándose de un instrumento tan útil, los asaltantes las habían robado, por supuesto. Los hombres hacían lo que podían con cuchillos o con cualquier otra cosa que encontraran, e incluso rompían los tallos con sus propias manos. Las patrullas hicieron algunos prisioneros, que hablaron de la gran victoria y dijeron que la mayoría del ejército se había ido a casa. Uno afirmó que la reina de los brigantes había escapado; otro, que estaba muerta, y un tercero, que era prisionera del Lobo. Eso le provocó a Ferox un terror aún mayor. Desde la niñez, su sobrino tenía la reputación de ser excepcionalmente cruel, incluso entre los siluros, que se enorgullecían de su habilidad para hacer sufrir a sus enemigos.

Los ataques empezaron cuando recolectaron más cultivos y empezaron a adentrarse en los valles más estrechos. A los hombres que se apartaban de la columna principal, o que se alejaban

demasiado en su búsqueda desesperada de comida, los capturaban y los mataban; a algunos, los torturaron antes de acabar con ellos. Los guerreros se iban volviendo más y más audaces. Emboscaban a las patrullas y, cada vez que iban a recoger grano de los campos, necesitaban desplegar una gran fuerza defensiva, y prepararse para luchar. Las pérdidas iban en aumento, debido a las heridas y a las enfermedades provocadas por la falta de alimentos, o por comer cosas podridas, medio cocidas o crudas, porque no había hachas para cortar suficiente leña. Los hombres morían de disentería, o se debilitaban tanto que había que llevarlos a cuestas, y la lluvia casi constante los empapaba a todos y les provocaba fiebres. El caballo del *primas pilas* de la Legio II Augusta murió en una emboscada y aplastó la pierna de su jinete al desplomarse y rodar sobre él.

Siguieron avanzando a duras penas, despacio, porque se negaban a abandonar a cualquiera que aún respirase. Los hombres, asustados, furiosos y presa de una rabia salvaje, quemaron granjas y aldeas después de registrar cada palmo en busca de algo que comer. Mataban a cualquier lugareño al que se encontraran, a menos que Clemens o Ferox estuvieran allí para impedirlo. Ignoraban las órdenes recibidas, que decían que aquella gente no tenía nada que ver con la batalla. Ferox entendía aquella reacción y, al mismo tiempo, esperaba que evitaran enemistarse con todas y cada una de las tribus. Aún quedaba un largo camino por recorrer.

Se entendía bien con Clemens. No eran amigos, pero ambos admitían que el otro era un oficial capaz y que quería volver a casa con tantos hombres como fuera posible. Solían ir uno en la retaguardia y el otro en cabeza, pero ambos cabalgaban sin descanso cada día, tratando de que la columna se moviera lo más rápido posible, de que los hombres se convencieran de que aún tenían una oportunidad.

Tuvieron que luchar arduamente en un paso, una estrecha hendidura en las colinas, donde se había reunido un gran número de guerreros de los clanes más cercanos. Si aún hubieran tenido escorpiones, habrían ayudado mucho. En lugar de eso, tuvieron que abrirse camino a punta de espada, ya que pocos hombres tenían *pila* o jabalinas a aquellas alturas. Ferox los guio, dejando que el temor que sentía por su esposa se transformara en odio. Tuvieron que luchar cuesta arriba, lo que siempre es difícil, pero eran hombres torvos y decididos. Después de cinco intentos, se abrieron paso y mataron a los enemigos a la fuga, hasta que los brazos se les cansaron. Todos acabaron cubiertos de sangre. Cincuenta guerreros quedaron acorralados contra la pared de un acantilado. Ninguno de ellos se salvó.

La columna consiguió abrirse paso, pero a un alto coste. Hicieron lo poco que podían para coser y vendar a los heridos, y para buscar un modo de transportarlos. Durante tres días el sol brilló, levantando los ánimos y ayudando a algunos de los enfermos a recuperarse. Pero, el segundo día, Clemens resultó gravemente herido, tras ser alcanzado por una honda en el rostro, y por una jabalina en el muslo. Ferox era el oficial de rango más alto que quedaba en pie.

—Oh, mierda y remierda —soltó Vindex, por toda aclamación.

Se produjeron algunas deserciones, sobre todo entre los soldados de caballería, que pensaban que les resultaría más fácil escapar si iban por su cuenta. Aun así, Ferox estaba sorprendido de las pocas que hubo. Un preso le aseguró que la reina había conseguido llegar cabalgando hasta los novantae. Él quería creerlo, pero estaba tan ocupado que apenas tuvo tiempo para cavilar sobre aquello.

Llegaron a tierras más abiertas, y se sintió aliviado al comprobar que nadie intentaba

impedirles vadear el gran río. Sin embargo, los damnonii ya habían recogido la mayoría de la cosecha, y la habían escondido tan bien que solo encontraron una pequeña parte. Volvieron las lluvias, dificultándoles el arrastre de los pocos carros que les quedaban y su carga de enfermos y heridos. Pero se las apañaron para seguir empujándolos. Y aquellos soldados débiles, mugrientos y casi muertos de hambre conseguían liberar las ruedas cada vez que se atascaban.

El milagro se produjo cuando llegaron a la frontera con los novantae. Deseó poder soñar con ese momento, pues, aunque cerrara los ojos y se lo imaginara, no podía revivir toda la emoción.

Claudia Enica salió a su encuentro. La mujer más hermosa que Ferox había conocido parecía más bella que nunca. Y reforzada, porque a cada lado llevaba una imagen juvenil de sí misma.

—Chicas, este es vuestro padre —se limitó a decir.

Junto a ellas se encontraba Bran, media docena de jefes de los novantae, el viejo rey de los selgovae e incluso el hosco Vano. Iban escoltados por guerreros. Pero, aunque a Ferox le avergonzaba admitirlo, la visión más hermosa de todas fue la de cientos de ovejas y vacas y gran cantidad de carros de sólidas ruedas cargados con sacos de cereales.

El precio que Roma pagaría a cambio de tamaña generosidad sería, sin duda, enorme. Pero Ferox estaba seguro de que Adriano se mostraría dispuesto a abonarlo para salvar al ejército. El *princeps* era mejor que esos estúpidos viejos del Senado que, hacía siglos, se habían negado a aceptar el tratado al que un procónsul había llegado con un pueblo de Hispania. Aquel oficial había salvado a sus tropas, pero los senadores no querían saber nada de eso. Se quedaron con el ejército, pero enviaron el general de vuelta a Hispania, arrojándolo, desnudo y en cadenas, frente a las puertas de la ciudad. Había que decir, en su favor, que los guerreros locales se negaron a aceptarlo como prisionero, así que acabó volviendo a Roma. Ferox había oído que aquel hombre incluso había levantado en su atrio una estatua de sí mismo, que lo representaba atado y desnudo, y que él exhibía con orgullo.

Bueno, Adriano era mejor persona que aquellos necios, y también era, indiscutiblemente, un hombre práctico, así que lo entendería. Por lo demás, el emperador no estaba allí presente, ni tampoco ningún otro cargo romano, por lo que la decisión recayó en Ferox, y solo en él. Clemens masculló su asentimiento a través de la mandíbula rota, y el *primus pilus* estaba tan febril que no tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Los cirujanos le habían extirpado la pierna y se temían que aquello no sería suficiente.

Tres días después, se encontraron con tropas del segundo ejército, el más pequeño, y el legado de la Legio XX tomó el mando. Estaba ansioso por impresionar al recién llegado gobernador, Falco, que, según los rumores, iba de camino al norte para reunirse con ellos.

Parecía que hubiera pasado una eternidad desde aquello, excepto cuando el sueño lo arrastraba de regreso a ese valle de las zonas altas y al hundimiento de todo un ejército.

—Eso está muy bien —dijo Claudia Enica, de repente—, pero ¿estará listo a tiempo?

Se movió ligeramente, dándose media vuelta. Pasó de apoyarse sobre el costado izquierdo a apoyarse en el derecho, y se quedó con la cara hacia el lado de su esposo. No dijo nada más. Al momento, recuperó una respiración profunda, jalonada de ásperos ronquidos.

Ferox sonrió y alargó la mano para acariciarle el pelo con suavidad. Eso era algo propio de ella. A diferencia de otras personas, su esposa soñaba con negociaciones y cenas formales, o eso parecía, porque solía dejar escapar fragmentos de las conversaciones sin despertarse siquiera. Era mejor que las pesadillas, porque nunca parecía agitada y siempre estaba serena y tranquila. Al

igual que los ronquidos, esa extraña excentricidad hacía que él la amara aún más. No quería volver a irse. Sentía que se merecía más tiempo con ella, después de todos esos años, pero Falco lo había convocado, y no podía negarse.

Le gustaba Falco, porque era uno de esos senadores que sí tenía sustancia y talento más allá del postureo y la palabrería. Se exigía mucho a sí mismo, y esperaba que todos los demás hicieran lo mismo. Durante el último año, había convocado a Ferox en varias ocasiones y le había asignado diversas tareas, ya fuera el mando temporal de una unidad auxiliar, una misión diplomática o unirse a la cohorte del gobernador como asesor. Con más tropas bajo su mando, el nuevo legado era agresivo, pero, por suerte, entendía que el éxito de Roma dependía tanto de las negociaciones, los sobornos y la formación de alianzas como de la fuerza bruta.

Muchas cosas habían cambiado. Tincomio estaba muerto. Algunos decían que de enfermedad; otros, que a causa del veneno; y algunos incluso afirmaban que había perdido las ganas de vivir al descubrir que uno de sus hijos había asesinado a otro. Volisio también estaba muerto, aunque antes de eso se había atribuido gran parte del mérito por la matanza del ejército romano y había reunido a muchos jefes y guerreros para su causa. Ganasco lo había alcanzado, a la cabeza de lo más selecto del ejército real, y habían librado una cruenta batalla en un valle elevado. Al final, las tropas reales se alzaron con la victoria, aunque a un alto precio. Había que reconocer que Volisio luchó hasta su último aliento y que se atrevió a enfrentarse a Ganasco. Se decía que, al terminar la pelea, no quedaban restos suficientes para reconocer el cuerpo del príncipe, pero nadie dudaba de que estaba muerto.

El Imperio del gran rey se había desmoronado. Algunos de sus restantes hijos reclamaron el poder y muchos reyes y caciques hicieron lo mismo. Conspiraban, hacían alianzas y promesas, las rompían, hacían otras nuevas y luchaban entre sí todo el tiempo. El lejano norte volvía a ser un hervidero de pequeños líderes y grupos, cuya suerte variaba a medida que avanzaban las estaciones. Al Lobo le convenía aquella situación, y se había convertido en un gran señor por derecho propio. Sus guerreros atacaban a cualquier vecino que no jurara seguirlo. Se decía que lo guiaba una hija del druida Acco, y Ferox se temía que fuera cierto.

Dos veranos antes, Falco se dirigió con un ejército al lejano norte. Una de las cosas que hicieron fue ir al campo de batalla y enterrar en fosas comunes los restos de los caídos. Fueron días melancólicos. Poco después, uno de los hijos del gran rey fue tan estúpido como para reunir un ejército y enfrentarse a los romanos. Escapó, fue uno de los primeros en huir, dejando que la mayoría de sus guerreros fueran masacrados. Al mes siguiente, un rey de los venicones capturó al joven y se lo envió a Falco, que lo mandó prisionero a Roma. Algo era algo, pero en el norte seguían resonando las canciones de la gran victoria, y había botín, cautivos y trofeos como recordatorios de la gloria. Entre las tribus había docenas de estandartes y banderas de las legiones, y gran cantidad de su equipo. Muchas de las cabezas estaban en el santuario de Cocidio, o en otros lugares sagrados, o colgadas fuera de las casas de los caciques.

A pesar de todos sus esfuerzos, Falco no había logrado establecer una estabilidad favorable a los intereses romanos en el lejano norte, algo que podría haberse conseguido con toda facilidad ayudando a Tincomio y reconociendo a Epático como su heredero. Pero eso ya no importaba. Por el momento, los líderes seguían despedazándose los unos a los otros.

Más al sur, Falco sí había hecho progresos, ya que era más fácil llegar a las tierras tribales de la zona y atacarlas, de ser necesario. Los líderes que habían ayudado a salvar al ejército fueron

recompensados; lo que, inevitablemente, molestó a todos los rivales y vecinos que no habían contribuido. Se intensificaron las rivalidades dentro de las tribus y entre ellas, produciéndose una incursión tras otra. Se decía que algunos animales viajaban cientos de millas cada año, ya que los robaban una y otra vez. Incluso los votadinos —los pacíficos y trabajadores votadinos— estaban más inclinados a la lucha que nunca antes. Perseguían a los incursores, y luego atacaban ellos mismos como represalia. La mayoría de los asaltos y peleas eran enfrentamientos a pequeña escala entre las tribus. Pero muchos de los líderes eran aliados de Roma, lo que significaba que los romanos estaban involucrados; y cada vez más, a medida que los hombres se acostumbraban a los asaltos. Había un montón de marginados, hombres sin señor, derrotados en alguna de las luchas anteriores, que se unían para ganarse la vida con la espada. No se repitió la gran incursión coordinada al territorio de los brigantes, pero se producían un montón de pequeños ataques.

En aquellos días, la piel de Falco tenía un tono grisáceo, pues el gobernador se afanaba como si le fuera la vida en ello. Había pocas operaciones que involucraran a mil hombres, y casi ninguna que involucrara a varios miles, porque los conflictos se producían a nivel local, pero eso era lo que hacía tan difícil controlarlos. El viejo rey de los selgovae se asfixió con un hueso de pollo, y nadie tenía suficientes apoyos como para reemplazarlo, así que la tribu se volvió mucho más impredecible. Empezaron a volverse unos contra otros, contra los vecinos y contra los romanos. En todas partes estallaron rivalidades, y el gobernador se encontró lidiando con una multitud de peleas entre los líderes de cada clan y, no digamos ya, de cada tribu. La mitad del tiempo, ese *legatus Augusti* de mediana edad estaba haciendo cargas a la cabeza de unos cientos de hombres, persiguiendo a asaltantes y a bandidos, cabalgando de aquí a allá para amenazar a este líder o negociar con aquel otro. Y a eso había que sumarle su preocupación por la frágil salud de su esposa, que estaba en Londinium. Se decía que la mayoría de los aristócratas se casaban por influencia y por dinero. Pero, si eso era cierto en general, en este caso concreto, Falco y su esposa se adoraban al uno al otro. Sin embargo, él cumplía con su deber, quedándose en la frontera, esforzándose más que nadie, y eso significaba que Ferox no podía negarse a ir cuando lo convocaba.

Era casi la hora del alba, la luz empezaba a introducirse poco a poco en la habitación. Claudia Enica roncaba a su lado. Ferox tenía que irse, porque lo aguardaba un largo viaje para reunirse con Falco en Coria y, luego, dirigirse al norte con él. El corazón le decía que su esposa tardaría mucho en abrir los ojos, porque se había acostado tarde y nunca le había gustado demasiado estar activa las primeras horas del día. Seguiría durmiendo, asistiendo a cenas y reuniones con sus amigos y rivales en sueños, y no era justo despertarla.

Había muchas posibilidades de que Ferox viera a Bran, ya que se dirigían a las tierras de los selgovae y, luego, a las de los novantae. Le estaba yendo bien, iba camino de convertirse en un gran jefe, mientras que Vano estaba muy menoscabado, a pesar de los regalos que había recibido de los romanos. Le habían dado oro, pero en las montañas no había mucho que un señor pudiera comprar con ese metal. A Bran le prometieron una esposa de la casa real de los brigantes, además del oro. La idea había sido de la reina y, para sorpresa de Ferox, Senuna se mostró entusiasmada cuando su madre se lo contó. Cuando él sugirió que tal vez una de las gemelas, una guerrera entrenada, sería mejor opción, recibió como reacción ese desdén inmediato con el que las mujeres de la familia solían responder a sus ideas.

—Son sus hermanas de juramento —se burló la reina.

Ferox sabía que la Madre obligaba a sus alumnos a declararse hermanas y hermanos y a no acostarse nunca entre ellos. Pero siempre había asumido que esos tabúes caducaban una vez que terminaban su entrenamiento.

—Y conoces a Bran mejor que nadie.

—Exactamente —dijo Ferox, intentando imitar el tono de Vindex, y fallando en el intento.

—Lo quiero, padre —le aseguró Senuna, como si explicara un hecho sencillo a un niño lento de entendederas.

Su esposa quería que el matrimonio se celebrara, su hija estaba ansiosa y, lo más importante de todo, el gobernador ya lo había aprobado. Eso significaba que no había vuelta atrás. Sin embargo, a Ferox le preocupaba que Senuna fuera tan joven.

—Dale las gracias y dile que nos gustaría que lo entregara todo a fin de mes —soltó Claudia Enica, dormida, rompiendo el silencio.

Como de costumbre, no dijo nada más. Probablemente porque esa negociación soñada había concluido satisfactoriamente. El mundo de los sueños de su esposa parecía sencillo, mucho más eficiente que el mundo real.

Claudia Enica se movió para quedarse tumbada boca arriba, y su respiración se volvió más suave. Después de eso, no se movió.

Inclinándose sobre ella, Ferox la besó suavemente en la frente. Se preguntaba si, en el otro mundo, sus antepasados lo estarían observando avergonzados, pensando que un verdadero guerrero debería despertarla y despedirse demostrándole su amor.

No lo hizo, a pesar de que ella le parecía muy hermosa. En lugar de eso, se vistió y se fue.

XXVI

Vindolanda

Tres días antes de las calendas de abril, en el consulado de Marco Acilio Aviola y Lucio Cornelio Neracio Pansa

Año 122 d. C.

Adriano estaba en camino. Todo el mundo lo sabía desde hacía casi un año, pero ahora la visita imperial era inminente.

—En un mes, más o menos —confirmó Cerialis—. Se trae al próximo *legatus Augusti* y a una nueva legión, la VI Victrix de Germania.

Ferox asintió, porque había oído los rumores, pero Cerialis, en su posición de procurador imperial de Britania, probablemente sabía la verdad. Era un puesto importante, una estupenda culminación para una carrera ya excelente, si es que de verdad era el punto y final. Tratándose de Cerialis, Ferox nunca estaba seguro. Le quedaban residuos de esa inagotable ambición tan propia de su familia. Sin embargo, parecía ya anciano. Su cabello, antes rubio rojizo, ahora estaba tan pálido que resultaba difícil decir si se había vuelto de un tono muy claro o realmente blanco.

—Por eso este lugar tiene un aspecto tan espléndido. —Estaban cenando en la *mansio*, la estación de paso para los viajeros oficiales, fuera de la guarnición de Vindolanda—. Tiene que ser apto para alojar nada menos que al primer ciudadano. ¿Quién lo habría pensado? ¡No suelen prodigar ese tipo de honores a humildes *centenarii* como yo!

—Pensaba que vosotros, los recaudadores de impuestos, vivíais como reyes, allí donde tengáis vuestra residencia.

—¡Ja! Solo los libertos. Los miembros del rango ecuestre tenemos que dar cuenta de todo.

Cerialis sacó una ostra con la cuchara. Aquel espectáculo aún hacía que Ferox sintiera náuseas, incluso después de tantos años, y se negó cortésmente cuando su viejo amigo le señaló el plato. Los siluros creían que la comida del mar abrumaba el cuerpo y corrompía el alma, aunque Ferox a veces se preguntaba si no era el simple aspecto de cosas como aquellas lo que le revolvía el estómago. En lugar de eso, bebió un poco de vino, asegurándose de diluirlo bien. A veces bebía demasiado. Tenía que ser cauto.

—¿Te resulta extraño haber vuelto aquí? —preguntó.

—¿A Vindolanda? Por Hércules, era muy joven cuando vine por primera vez. Fueron tiempos felices.

—Aparte de que intentaron secuestraros y asesinaros a ti y a tu esposa.

—¡Bueno, sí, aparte de eso! Pero aquí seguimos, aún pegando fuerte. Recuerdo la emoción de ese primer puesto de oficial. Incluso hoy, sigo echando de menos a mis bátavos. Sabías a qué atenerte con ellos, porque, cuando nos les gustaba algo, te lo dejaban muy claro… Sin embargo, es extraño estar aquí, y que todo tenga un aspecto tan distinto. Tal vez eso sea bueno. Imagino que seguiría esperando encontrarme con caras conocidas en cada esquina, si el fuerte fuera el mismo. —Se rio entre dientes—. Es una pena que Flora ya no esté.

Flora era una oriental que había dirigido un burdel muy eficiente en el borde delas *canabae* que había fuera del antiguo fuerte.

—Se había ido antes de que yo volviera del este. Nadie sabe adónde. Espero que esté bien.

Cerialis se rio.

—Sí, era una tipa decente. A Lepidina le gustaba, curiosamente, incluso fue a pedirle consejo para hacer ese baño que teníamos en el pretorio. ¿Te apetece un baño, por cierto? Hay uno aquí, la única parte del edificio hecha completamente de piedra.

—Estaría bien.

Cerialis le dijo a uno de los esclavos que se ocupara de prepararlo, antes de volver a los asuntos serios.

—Falco tiene permiso oficial para irse —continuó—. El pobre está exhausto, y su esposa, muy enferma. Lo han destinado como procónsul en Asia, con la esperanza de que el clima cálido la ayude. Aunque, por lo que me dice Lepidina, la desdichada mujer tendrá suerte si llega tan lejos. Aun así, Adriano ha dicho que puede irse ahora, en lugar de esperar a su sucesor. Falco ha hecho un trabajo tan espléndido que parece que la situación es bastante estable, incluso aquí, tan al norte. —Cerialis hizo una pausa—. Conozco esa cara, de los viejos tiempos. ¿No estás de acuerdo?

—La gente dice que las tribus han doblegado el espíritu del legado. Eso hace que algunos de los jefes se sientan fuertes, y que sean atrevidos. Hasta que llegue la nueva legión, el ejército se encuentra muy disperso, y la mayoría se dedican a otro tipo de trabajos, en lugar de estar listos para luchar.

—¿Y la gente también dice que viene el emperador?

—Sí.

—Me lo imaginaba. Y sin duda ese rumor ya corría entre las tribus antes de que se susurrara una sola palabra entre los oficiales superiores. Sí. —Cerialis negó con la cabeza—. Nunca llegaré a entender estas tierras, ni a esta gente, aunque viva cien años. Tienen un talento especial para enterarse de las cosas.

—Escuchan, piensan… A veces sueñan… Y los romanos nunca prestan atención a sus esclavos. —Señaló a un par de ellos, que esperaban en silencio en la esquina de aquel gran comedor, por lo demás, vacío—. Los esclavos cuentan chismes, y los chismes se propagan.

—Bueno, he visto lo bastante como para saber que da buen resultado, incluso sin entender cómo lo hacen. Se parece un poco a cómo funciona la ley, la verdad. —Resopló ante su propia muestra de ingenio—. Aun así, si saben que viene Adriano, junto a un nuevo gobernador y muchos soldados, ¿eso no les dará qué pensar?

—Algunos podrían pensar que vale la pena atacar ahora, antes de que los romanos se hagan más fuertes. Los que sean verdaderamente ambiciosos, o estén realmente locos, o ambas cosas, incluso podrían pensar que la llegada del emperador supone un desafío. ¿Imaginas la gloria que ganarían si hicieran algo estando él presente, o si le hicieran algo al propio Adriano?

—¿De verdad?

—¿Por qué no? Después de todo, han matado a un legado de la legión.

Ferox lamentó haber pronunciado aquellas palabras, pero ya era demasiado tarde.

—Y a un tribuno. —Cerialis se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro—. No pasa nada, viejo amigo. Echo en falta a Tito, ¿cómo no iba a hacerlo? Y me da pena, porque fui demasiado duro con él. Lepidina me lo decía a menudo.

Había una profunda tristeza en su voz. Ferox y la reina les habían escrito, dándoles toda la información que les fue posible. Y, desde su llegada a la provincia, cada vez que se encontraban volvían a repasar todos los recuerdos. A veces, cuando estaban solos, Cerialis se quedaba escuchando cómo Ferox rememoraba cada detalle del tiempo que había pasado junto a Tito durante esos últimos meses. Otras veces, Cerialis era el único que hablaba, recordando los viejos tiempos —los tiempos mejores— y las esperanzas perdidas.

—Era un buen chico, siempre se esforzaba por hacerlo todo lo mejor posible. No estoy seguro de haber sido un buen padre. Quieres lo mejor para tus hijos, todas esas cosas que tú no tuviste. Pero, en este mundo, muchas de esas cosas tienen un coste terrible. —Su tono era muy sombrío —. ¿Por qué las mujeres comprenden estas cosas mucho mejor que nosotros? —continuó—. Lepidina me lo decía. Al principio, de forma sutil, mediante insinuaciones. Y luego, de forma directa, porque no me entraba en la mollera. Ah, por cierto, ha escrito para decir que tu mujer y tus hijas están bien. Según me comenta, Claudia Enica está causando una gran impresión en las tierras del sur. Imagino que igual que lo hizo en el pasado.

—Quiere convertir a las gemelas en verdaderas damas —dijo Ferox con tristeza.

Aquella le parecía una aspiración extraña, después de haberlas entrenado como guerreras durante varios años. Pero era lo mismo que los padres de la reina habían hecho con ella.

—He echado de menos tu pesimismo. Por supuesto que quiere que se comporten como verdaderas damas. Al fin y al cabo, lo son. Parece que ellas y mi Flavia se han vuelto otra vez inseparables, aunque no se hayan visto durante años. Y, por lo que me comentan, el pequeño Marco suspira por ellas, como un colegial enamorado. —Cerialis soltó una risotada—. Oh, no te preocupes, el chico sabe cómo comportarse. Ya le he dicho a ese diablillo cachondo que se dé un baño en el río helado cada día, al amanecer, y que haga mucho ejercicio.

Ferox sonrió, por no llevarle la contraria. Confiaba en que su esposa y Lepidina los vigilaban de cerca, pero los jóvenes podían resultar muy ingeniosos, y no conocía a las gemelas lo bastante bien como para saber si eran sensatas o no.

—¿Marco no debería estar con su legión?

—Lepidina está intentando conseguirle un puesto entre el personal del nuevo gobernador. Ya la conoces. Tiene un primo, cuyo tío está casado con la sobrina del primo de una persona que creció con Platorio Nepote. Ese es el nuevo gobernador, por cierto, ya que ni te molestas en preguntar por él. Supongo que algún pastor de las montañas te dijo su nombre hace ya meses, incluso antes de que Adriano lo eligiera, ¿me equivoco?

Ferox sonrió.

—Sí, algo así.

—Bueno, pues el muchacho se ha quedado, esperando que su sonrisa lo ayude a convencer a Nepote cuando llegue. O tal vez a Adriano. El chico es ambicioso.

—¡No sé a quién habrá salido!

Ferox sonrió cuando los sirvientes trajeron nuevas bandejas de comida. El cordero sazonado tenía un aroma muy tentador. Notó que Cerialis miraba a una de las chicas con interés. Era bastante bonita, aunque tenía esa inexpresividad tan común entre los esclavos, como si dijeran «Solo veo las cosas que mis amos quieren que vea». La mayoría de los romanos daban eso por sentado, pero a Ferox siempre le había molestado. Le hacía preguntarse si el dueño no le habría escupido en la sopa.

—Gracias, niña —le sonrió Cerialis a la joven—. Te llamas Regina, ¿no? Sí, qué nombre tan bonito. Gracias de nuevo.

Se quedó mirando cómo la muchacha se alejaba, dedicándole más interés del que mostraba por la comida.

—Bueno, entonces, ¿cómo es eso de pasar de soldado a contable? —le preguntó Ferox.

—Lo siento —replicó Cerialis, saliendo de su ensimismamiento—. Ah, eso. Pues haces muchos más viajes, y desarrollas una mente desagradablemente suspicaz, que te hace desconfiar de cualquier cosa que te digan. Te gustaría. ¡Se te daría bien!

—Y has venido hasta aquí para reducir a la mitad los subsidios de la mayoría de los caciques, para exigir a los demás que paguen deudas que ni siquiera sabían que tenían, y, si no lo hacen, llevarte a sus seres más cercanos y queridos como esclavos. Y entonces, te irás y dejarás que nosotros lidiemos con el terremoto que vendrá después.

—Algo así. Aunque modificar los subsidios significaría también modificar los registros. Eso cuesta tinta y tablillas… Un despilfarro tan enorme que probablemente ni me moleste en hacerlo. No, estoy aquí, sobre todo, para ver cómo marcha el proyecto del *princeps*. Las cantidades implicadas son asombrosas, realmente asombrosas. Con números tan grandes, incluso un pequeño error puede convertirse enseguida en una pérdida masiva. Y también aprovecharé para comprobar que nadie esté robando más de lo razonable.

—¿Por ejemplo, vendiendo palas o picos a los nativos para sacar enormes beneficios? —sugirió Ferox—. ¿O miles de piedras de las canteras?

—¿Quién sabe? Hay gente que encuentra forma de sacar dinero de cualquier cosa. Pero si descubres que ahora un jefe tribal vive en un enorme fuerte de piedra, infórmame. ¡Podría haber gato encerrado! No sé, todo este asunto me tiene anonadado. Las cantidades son formidables, realmente formidables.

Ferox sentía lo mismo. Hacía dos otoños, Adriano había escrito a Falco pidiéndole que estudiara la viabilidad de una idea asombrosa y, al mismo tiempo, muy romana en su sencillez. Quería una línea de fortificaciones que se extendiera desde la costa oriental de Britania hasta la occidental.

—Menudo despropósito —dijo Falco—. No sé si detrás de esto está la brillantez de los dioses o la estupidez propia de los mortales. Por si acaso se trata de esto último, he pensado en ti —agregó, tras encargar a Ferox que indicara a los topógrafos dónde buscar—. Si los mandas a un pantano y no vuelven, eso podría resolver todos nuestros problemas.

Ferox no pudo encontrar ningún pantano en un sitio adecuado, así que los llevó a la frontera

del territorio de los brigantes y los dejó allí. En cada una de las costas desembocaba un río, de manera que el área de tierra firme era la mínima posible. La mayoría de los topógrafos eran hombres serios, a los que les encantaba su trabajo. Se abrieron camino desde las costas, mirando a través de la *gromo*, poniendo banderas en todas partes y tomando notas crípticas.

Adriano estaba encantado y, dos meses después de recibir el informe, envió órdenes detalladas para crear un foso y un muro independiente, de diez pies de espesor, con una extensión de ochenta millas. Eso había ocurrido hacía un año. Ferox aún recordaba que Falco no había dejado de maldecir mientras revisaba los planos, y que había concluido exclamando malhumorado:

—¡Me pregunto qué querrá que construyamos el próximo mes!

El trabajo comenzó, con tantos soldados como pudieron sacarse de las dos legiones, junto a las pocas *vexllationes* que quedaban, puesto que la mayoría habían regresado a sus destinos originales hacía varios meses. Las legiones tenían a más artesanos en sus filas y se adaptaban mejor a los grandes proyectos, por lo que hacían el trabajo mientras los auxiliares asumían la carga de intentar mantener el orden en la frontera.

—Es curioso —dijo Cerialis—. Yo pensaba que empezarían en un extremo y se irían abriendo camino, o que comenzarían por ambos lados y avanzarían hasta encontrarse. Aunque supongo que sería bastante vergonzoso si hicieran eso y los recorridos no coincidieran. Ya es bastante difícil hacer los cálculos para un muro; imagínate para dos. —A lo largo de la línea marcada y elegida por los agrimensores, había más de una docena de equipos de trabajo que comenzaban a construir, mientras otros extraían la piedra. Había porciones de muro, torres aisladas y cimientos desnudos que ni siquiera estaban cerca de ninguna otra parte construida—. ¿Qué opinan los lugareños de todo esto?

—Depende de a quién le preguntes. Hay muchos agricultores que no entienden qué significan esas banderas alineadas en sus campos. Me da la impresión de que muchos de ellos no llegan a creérselo. Es todo demasiado extraño, demasiado diferente a lo que hemos hecho hasta ahora.

—Sin embargo, hemos construido fuertes en sus tierras, ¿no? —sugirió Cerialis.

—Algunos, pero casi nunca en buenas tierras de cultivo. Se usa tanto tepe que siempre es más fácil construirlos donde hay mucha hierba. Por lo general, se evitan los campos arados.

—¡Vaya! No había pensado en eso. Aunque al menos no tengo que buscar tantos fondos para las secciones que están construyendo al oeste. Se levantarán con tepe, no con piedra.

—Supongo que así será más rápido —comentó Ferox.

—Probablemente. Sin embargo, las torres serán de piedra. Nadie me ha explicado la razón. Pero, volviendo a lo que los lugareños opinan sobre esto: ¿qué dicen las tribus, los novantae, los selgovae y el resto? Ya sabes, se supone que esos son los pueblos que estarán molestos o intimidados por la construcción del muro.

Ferox se quedó pensando, porque no había una respuesta fácil.

—Están desconcertados. Si a un agricultor que está viendo que van a dividir su tierra en dos y que van a cavar un foso en medio ya le cuesta creérselo, imagínate a los demás. No creo que ninguno de ellos piense que el muro vaya a construirse de verdad.

—Pero estarán viendo cómo se alzan las torres, las puertas, los lienzos de muralla. Tienen que darse cuenta de que algo está pasando.

—Bueno, pero, de momento, ninguna de esas partes está unida a las demás. Los muros empiezan y terminan sin razón aparente. Y, por ahora, solo hay cimientos o tapias lo bastante bajas para que cualquiera las cruce sin dificultad. Creo que los tenemos desconcertados.

Cerialis parecía divertido.

—Bueno, eso hace que el esfuerzo valga la pena, supongo. Pero no se imaginarán que la cosa terminará tal y como está ahora, ¿verdad?

—Puede que algunos sí. Pero, para empezar, todos piensan que estamos locos, así que tampoco se preocupan demasiado.

—Entonces, todo va bien. —Cerialis se desperezó—. Vamos a darnos ese baño. Un baño digno de un emperador, nada menos.

Valle del Lobo

Durante Beltane

Estaba solo, con los brazos llenos de sangre proveniente de las heridas abiertas con su propio cuchillo, esperando a que algo lo guiase.

—Ya verás lo que tienes que hacer —le había dicho ella—. El camino está despejado.

Hacía frío, pero ¿qué importaba eso? El frío no era nada, aunque la hierba crujiera bajo sus pies, cubierta de la última escarcha invernal.

—Lo verás.

La echaba de menos. A principios del invierno, ella había bajado con fiebre y su vida se había consumido. Había hablado mucho durante esos últimos días, a menudo, en idiomas que él no entendía. Otras veces, las palabras eran familiares, pero no tenían sentido, ninguno que él pudiera comprender. Sin embargo, cerca del final, ella lo miró directamente a los ojos. Su voz y el significado de sus palabras fueron tan claros como siempre lo habían sido. Ningún hombre podía dudar del poder de esas palabras.

—Pronto llegará. La gran venganza.

Pronunciaba cada palabra con claridad, sin arrastrar la voz. Sus ojos brillaban, y él sentía como si lo estuvieran atravesando, mirando a través de él para vislumbrar el futuro.

—El camino está despejado. Tu camino. Para traer la muerte.

Era anciana y murió, porque así eran las cosas. Ni siquiera los druidas más poderosos vivían para siempre en este mundo, porque el otro mundo los llamaba sin descanso, con voz fuerte y seductora. Allí los esperaba la vida de la eternidad, para descubrir los mayores secretos.

—Él vendrá.

Cuando se puso enferma, él comprendió que iba a morir. Percibía que ella también lo sabía y que lo aceptaba como algo que estaba destinado a ocurrir.

—Él vendrá. Pronto.

Aunque, a lo largo de años, ella había guiado cada paso que él había dado, no le asustaba la idea de perderla.

—Vendrá otro, antes que él.

Él sabía que aquello formaba parte del plan, como todo lo demás. Todo estaba listo.

—Lo verás. El camino está despejado.

Dos de sus mujeres la atendían. Estaba tumbada en su jergón, en su pequeña choza, el único el refugio que estaba dispuesta a aceptar. Sus dos acompañantes eran viejas, casi tanto como ella, y se preguntó si elegiría a una de ellas para guiarlo. No lo hizo.

—Solo tú puedes recorrerlo. Confía en tu poder. Escucha a través de mi voz.

Lo único que lo sorprendió fue que se dejó atender por la mujer que él tenía. Solo ella tenía permitido alimentarla.

—Ella te da fuerza. Úsala.

Un día después de la batalla, había descubierto que su cautiva no era Enica de los brigantes, a la que los romanos llamaban Claudia. Esta Claudia era una antigua esclava, procedente de los trinovantes del sur, una ramera convertida en cortesana y amante del comandante, Prisco. Tenía ese nombre porque el amo que la había liberado se llamaba Claudio y era ciudadano, lo que la convertía también en ciudadana.

Él había averiguado aquello cuando algunos de sus hombres le trajeron a un prisionero, un oficial romano. El hombre balbució y rogó, diciéndole todo lo que quería saber.

—En ella puedes ver todo lo que Roma es.

Él se había enfadado al enterarse. Esa noche, mientras acampaban, la había apartado de los demás, arrastrándola al interior de un corral de ovejas medio en ruinas. Ella gritó, él la golpeó, y no fue amable al tomarla. Era un guerrero y ella era su botín de guerra. Lo que ella sintiera no importaba.

—Y puedes ver lo que Roma no es.

Ella había luchado contra él, y él la había lastimado, porque, de alguna manera, aquella mujer conservaba un orgullo que normalmente quedaba destruido por la esclavitud. Luego, justo en el momento en el que él se liberó dentro de ella, aquella mujer lo había llamado por su nombre.

—Confía en ella.

Los siluros daban a cada niño un nombre, su nombre propio y verdadero, que era secreto, y que solo conocía el niño, la persona que se lo había otorgado y, a veces, los padres. Nunca volvía a pronunciarse en voz alta, porque era el nombre del alma, el que llevarían cuando caminaran por las tierras sombrías del otro mundo.

—Confía en lo que ella te hace sentir.

Claudia le explicó más tarde que aquel era el nombre de su hermano, un hermano al que había perdido siendo ambos eran muy jóvenes, cuando los vendieron como esclavos. No sabía qué le había pasado, ni si aún vivía, pero lo había llamado para pedirle ayuda.

—Las casualidades no existen.

Esos fueron casi las últimas palabras que ella dijo, repitiendo lo que ya le había dicho a él al ver por primera vez a su prisionera. Entonces él se había preguntado si ella pretendía usar a Claudia como sacrificio.

Ya no la llamaba Claudia, por su nombre de mujer libre, ni Hera, por su nombre de esclava. Ella decía que las voces tenues de sus primeros recuerdos la llamaban Vinda. A él le gustó ese nombre.

Ella comprendió que nunca debía pronunciar en voz alta el nombre de su hermano, que también era el de él, ni siquiera para susurrárselo al oído mientras hacían el amor.

—Es como Roma.

Eso era cierto en muchos sentidos. Vinda se recuperó rápidamente y volvió a ser muy

hermosa. Cuidaba su aspecto, su limpieza, su pelo, pues todo eso se conjugaba para crear su belleza. Ella también era fuerte, y se recuperó con rapidez de las heridas que él le había infligido. Muy pronto no le quedaron señales de lo ocurrido, ni ella hacía nada que sugiriera que lo recordaba.

—El rostro de Roma es una máscara.

Él ya no le arrebataba nada. Ella se lo daba todo, y le hacía sentir un placer que nunca antes había experimentado. No estaban casados, pero ella era su mujer y la señora de su salón. Él le daba lo que ella pedía, e incluso se ofreció a enviarla de vuelta a su provincia con una escolta y una gran bolsa de oro.

—Roma es suavidad y Roma es fuerza.

Vinda disfrutaba del poder. Estaba un poco rellenita, aunque más delgada que cuando él se la llevó del campamento. El año anterior le había dado un hijo, y estuvo preocupada hasta que su figura se recuperó por completo. El niño era fuerte, con el espeso cabello negro de los siluros, y él se sentía inmensamente orgulloso.

—Roma es astuta.

Vinda le daba consejo. Escuchaba lo que él decía, lo meditaba y le aconsejaba con sutileza.

—Roma es cruel.

Vinda le había aconsejado atacar, ayudando a que su poder creciera en los meses que siguieron a la batalla, ya que el norte estaba dividido por la guerra y las rivalidades. Ella le sugirió con qué hombres debería aliarse y a cuáles matar. Sabía ver más allá de la bravuconería y la reputación y le comentaba que había grandes jefes gobernados por sus esposas y amantes.

—Roma es poderosa.

Él podría haberse nombrado a sí mismo rey, de haber querido. Pero eso no le importaba, porque cada vez más familias y clanes se comprometían a apoyarlo. En lugar de a cientos, ahora podía llamar a miles de guerreros para que siguieran su estandarte, el del lobo. Vinda le había dicho que lo creara así, que fuera igual que las águilas de Roma, pero que no lo hiciera de oro o plata, sino de hierro, porque lo que importaba era la fuerza.

—Roma mira hacia el fin del mundo y no presta atención a la tierra que hay bajo sus pies.

Tenía a cerca de cien hombres entrenados en las costumbres de su pueblo. Otros tantos también habían aprendido algunas cosas, pero no habían sido capaces de asimilar con rapidez todo lo necesario. Aquellos eran sus mejores hombres. Todos ellos se habían tatuado un lobo en algún lugar de la piel, aunque él no se lo había pedido, y ni siquiera se lo había planteado. Eran cazadores y asesinos, y eran buenos. Más de un jefe de los que se le oponían había sufrido una emboscada y había muerto sin necesidad de presentar batalla.

—Roma gobierna mediante el miedo.

Había hecho que sus vecinos le temieran. Y, a medida que pasaban los meses, su reputación crecía y el miedo se extendía cada vez más.

—Roma gobierna mediante la astucia.

Los hombres aprenden a temer lo que no pueden ver. Eso decía la gente de su pueblo. Se atribuyeron algunas muertes accidentales a él, o incluso a la magia de Vinda. Para su sorpresa, los hombres parecían pensar que su nueva mujer era también descendiente de Acco, y que tenía poderes.

—El miedo, la astucia, la suavidad y la fuerza significan que Roma solo parece fuerte vista

desde lejos.

Siempre que podía, dirigía o enviaba incursiones al sur, contra los clanes y los jefes aliados de los romanos. Y, a veces contra la propia provincia. Dos meses antes había quemado una villa de Ferox y de su reina, la misma que no habían atacado durante la gran incursión para crear dudas sobre la lealtad de su tío.

—Roma es un gigante. Y los gigantes pueden tropezar y caer.

Aquellas palabras volvieron a él, mientras bailaba y cantaba. Tuvo visiones de grandes estatuas que caían al suelo, y sus cuellos se rompían, de modo que las cabezas esculpidas rodaban por el suelo.

—Pronto sucederá.

Ella estaba muerta, pero seguía con él. Vinda estaba a su lado y, de alguna manera, era en parte ella, y, en parte, algo completamente diferente.

—Pronto.

Las visiones empezaron a desvanecerse cuando el alba se elevó por detrás de un cielo sombrío. Echó a andar para regresar al fuerte, sin apresurarse. El visitante estaba allí, un romano con ojos tan fríos como uno de los siluros. Era la tercera vez que venía, y advirtió que, la próxima vez, lo más probable sería que enviara a otra persona para transmitir las noticias.

Eso no importaba. Aquel hombre era un traidor y era leal, y trabajar juntos les convenía a ambos.

—Las casualidades no existen.

Ese hombre había venido a causa de un prisionero que habían tomado en la batalla, ese cobarde que le había suplicado y adulado. Era un individuo lleno de codicia y ambición, que había prometido mucho a cambio de su vida y de su libertad. Nada en él era digno de confianza, excepto su ambición y el odio que sentía por sus rivales. Eso, sumado a su miedo, resultaba más que suficiente.

Ese individuo se había ido, libre, llevándose un caballo extra y dinero, y prometiendo que enviaría un mensaje a través de alguien con enorme poder.

Cumplió lo que había prometido, e hizo todo lo que se le pidió después. Cuando él vio por primera vez al visitante, le resultó obvio por qué. Si existía un hombre al que hubiera que temer, era aquel.

—La casualidad no existe.

El visitante no buscaba lo mismo que él. Si embargo, proporcionaría al Lobo lo que quería y, a cambio, conseguiría sus premios, cosas miserables que al Lobo no le interesaban.

El visitante traía muchas noticias. Estuvieron hablando y haciendo planes durante todo el día, y también al día siguiente.

Pronto. Ya sabía qué hacer. El camino estaba despejado. Y él lo recorrería.

XXVII

Londinium

Durante los idus de mayo

El foro estaba abarrotado. La gente se había encaramado a las paredes, los tejados y cualquier otro lugar donde pudiera mantenerse en equilibrio, aunque fuera precario. Había guardias —no la guarnición habitual de legionarios, sino los inmaculados pretorianos y *singulares Augusti*— apostados en todas las entradas de la basílica. Los más afortunados y favorecidos habían podido entrar al principio, y se les permitía permanecer allí todo el tiempo que quisieran. Otros se quedaron aguardando, con la esperanza de que su turno llegara antes del atardecer, cuando la sesión concluía. Incluso si no había nada que ver, la multitud bullía, conversando, elucubrando, cuestionando. Ningún *princeps* había venido a Britania desde Claudio, hacía casi ochenta años, y él solo se había quedado poco más de diez días.

Adriano estaba allí, y todas las personas importantes de la provincia se desesperaban por recibir una invitación a aquella ceremonia o, en su defecto, a alguna de las más modestas que se celebrarían en Londinium durante los días siguientes, y en otras ciudades en fechas posteriores. Todos aquellos que tenían una petición, un problema ignorado o resuelto de manera insatisfactoria, o que creyeran que llamar la atención del señor del Imperio los ayudaría, habían acudido en masa a Londinium con la esperanza de verlo. No quedaban habitaciones en alquiler, ni albergues con espacio disponible. Incluso las letrinas o los endebles refugios colocados en cualquier pared conveniente, en los patios y calles estaban llenos.

Los precios eran escandalosos, porque los propietarios podían cobrar lo que quisieran, y mucha gente estaba dispuesta a ofrecer más por encontrar un lugar. Lo mismo sucedía fuera de las murallas, en un radio de millas alrededor de la ciudad, y había tiendas de campaña diseminadas o gente durmiendo en el suelo. En el interior, las calles estaban mucho más sucias que de costumbre, excepto por los senderos cuidadosamente barridos y limpiados para uso del grupo imperial, una tarea que había que repetir varias veces al día. El calor sofocante contribuía a incrementar el hedor a sudor y a excrementos. Las letrinas públicas estaban desbordadas; los baños públicos, demasiado llenos para admitir a más de unas pocas personas. Todo el que tenía algo para vender conseguía un buen precio, ya se tratase de comida o bebida, de leer la fortuna o echar maldiciones, o de alquilar sus cuerpos. También se aprovechaban los ladrones, porque era

muy fácil escabullirse entre la multitud. Había robos y asesinatos, y no era prudente que un visitante se apartara de sus compañeros, especialmente si era joven y atractivo, ya que las personas podían desaparecer tan fácilmente como las monedas o las joyas, y en el puerto siempre había barcos que navegaban hacia tierras lejanas.

Los soldados actuaban como guardias en las calles y, en ocasiones, se ofrecían a ayudar a los desconocidos que habían perdido sus bienes o a sus amigos, o que habían sufrido abusos. A veces se tomaban la tarea en serio, sobre todo cuando se les recompensaba, y a veces hacían su trabajo con gran interés incluso sin tales incentivos. El *legatus Augusti* era nuevo, y los hombres deseosos de formar parte de su escolta —ya fuera a pie o a caballo— querían causar una buena impresión. Los pretorianos y otros guardias ya habían vivido aquello en las Galias, en Recia, en Nórico y en las dos Germanias y se esforzaban por parecer eficientes, disciplinados y enérgicos. Eso era lo que Trajano les había exigido, y el nuevo *princeps* era igual de riguroso. Las armaduras y el equipo brillaban, y estaban tan limpios como sus rostros, porque, si el emperador notaba algo que le desagradaba, informaba a sus oficiales a cargo, que transmitían las críticas a sus subordinados, y estas iban ganando peso en cada etapa, como una roca que rodase cuesta abajo por la ladera de una colina.

Claudia Enica, sus gemelas y sus asistentes inmediatos estaban entre los afortunados con asientos reservados dentro de la basílica. El día había empezado temprano. Habían ido junto a Sulpicia Lepidina y su esposo, que había regresado la noche anterior. Tenía a tres soldados de su personal y a un bátavo que actuaba como su ordenanza, así que Claudia se llevó solo a dos escoltas, ambos exsoldados y con una apariencia lo más romana posible. Ese día vestía de blanco deslumbrante, porque sospechaba que eso y su cabello rojo la harían destacar, ya que la mayoría de las mujeres presentes preferiría vestir de color. Lepidina iba de azul claro, porque le gustaba el tono y le sentaba bien. Las gemelas, de un azul más profundo. Todas llevaban un peinado sencillo, porque Sabina, como el resto de su familia, había rechazado los elaborados tocados tan de moda en el pasado. Claudia Enica tenía el pelo trenzado y recogido en la parte superior de la cabeza, lo que, sin duda, a algunos romanos les parecería algo raro y extranjero. Lepidina llevaba un moño, y las niñas, moños dobles. Ninguna cometió la grosería de copiar el estilo con el que la Augusta aparecía representada en la mayoría de las pinturas y estatuas. Pero, mientras recorrían las calles y llegaban al foro, comprobaron que muchas otras habían hecho precisamente eso.

—Me temo que será una larga espera —les dijo Cerialis mientras los introducían en la basílica.

El sol aún no había salido. A Adriano le gustaba empezar a trabajar temprano, lo que significaba que todos los demás tenían que estar listos incluso antes. Desde el comienzo de sus viajes, el *princeps* había comunicado que no recibiría el saludo matutino de nadie, más que de su personal superior y sus funcionarios. No tenía ningún deseo de que los dignatarios locales discutieran sobre quién debía asistir cada día, ni, mucho menos, aprenderse tantos nombres. Estaba disponible durante todo el día, y eso debería bastarles. Cerialis había asistido por su cuenta, como procurador imperial —el hombre de confianza del emperador—, con poder para enviar informes y recibir instrucciones del *princeps* con total independencia del gobernador.

Estaban a la izquierda del podio levantado al final del gran salón. Enseguida, la gente se puso a cuchichear sobre ellos. Algunos los miraban con envidia mientras ellos se dirigían a aquel lugar tan prominente. Todos, menos unos pocos, lo ocultaron y saludaron a Cerialis y a su mujer, pues

el procurador era uno de los funcionarios más importantes en cualquier provincia; de hecho, el más importante en lo relativo a las finanzas y la tributación, así como a la supervisión de las sustanciales propiedades de las tierras del emperador. Hubo amplias sonrisas y acogidas entusiastas para él y su esposa, ya que todos suponían que Lepidina debía de ejercer una gran influencia sobre él, siendo una *clarissima femina*, la hija de un senador.

—Creo que me han dado un pellizco que me ha dejado un cardenal —le susurró Belicia a su hermana, mientras esperaban a que el rey de los atrebatos le pidiera un favor a Cerialis.

—A mí también —añadió Corotica, frotándose el trasero.

Aun con la escolta, las calles estaban tan concurridas que la multitud las había ido empujando.

—Y ninguna de vosotras ha matado a nadie, así que lo estáis haciendo muy bien, ¿veis? —les dijo su madre con dulzura—. Dentro de nada, os comportaréis como verdaderas damas. —Estaba utilizando el lenguaje de las tribus, y recurriendo todo lo posible al dialecto brigante, de forma que, con suerte, su conversación resultara incomprensible para los que estaban cerca—. Pero una verdadera dama romana no se frota el culo en público. ¿Qué hace una verdadera dama?

—Fingir interés por todo lo que dice un noble, sin importar lo fatuo que sea —sugirió Corotica.

—Escuchar con atención, esperando el momento adecuado para burlarte, de forma que parezca más un coqueteo que una muestra de desprecio —añadió su hermana—. Ah, y no decirles que podrías matarlos con facilidad.

—Muy bien. Estáis aprendiendo mucho.

Era cierto, se reconoció a sí misma Claudia Enica, recordando que ella había tenido que aprender esas mismas lecciones años atrás. La memoria le hacía creer que había sido fácil; primero, cuando vivía en Lugdunum, en la Galia; luego, en Roma, bajo la guía de Lepidina. Todo era más fácil si tenías a Lepidina como amiga.

Cerialis prometió hacer todo lo posible por el rey de los atrebatos y se pusieron otra vez en marcha para recorrer los últimos pasos. Claudia Enica usaba la excusa de saludar a amigos y conocidos para observar a sus hijas, que iban detrás de ella. No se movían como las jóvenes damas romanas, con pasitos recatados para conservar el vestido y el peinado en su lugar, y manteniendo los ojos bajos en presencia de los desconocidos. Se movían como panteras, o como esos grandes felinos que se veían en la arena. Mostraban confianza en sí mismas, una arrogancia adquirida al aprender a pelear bajo el severo ojo de la Madre. Allí no se luchaba a muerte, pero se les inculcaba la creencia de que podían enfrentarse a cualquiera y derrotarlo.

Las gemelas estaban desarrollándose, su belleza aumentaba casi día a día. Por el momento, no parecían muy femeninas, al menos, desde el punto de vista romano. Necesitaban aprender a esconder esa parte de ellas, igual que lo había hecho su madre, dejando salir a la guerrera solo cuando fuese necesario. Eso significaba aprender a vivir como dos personas distintas, sentirse siempre diferente a los demás. Y era difícil. Pero ellas pertenecían a la casa real de los brigantes, y debían vivir tanto en el mundo de la tribu como en el de Roma, para conseguir lo mejor para su gente.

—Me recuerdan tanto a ti cuando tenías su edad… —repetía Lepidina.

Quizás Claudia Enica tuviera ese mismo aire salvaje en aquel entonces. No lo recordaba. Por el momento, a las niñas les resultaba impactante empezar a vivir en la sociedad romana, y la

llegada del *princeps* las estaba obligando a adaptarse mucho más rápido de lo que su madre había planeado. Probablemente fuera preferible así, e incluso podría jugar en favor de las gemelas. Si a Adriano le llamaban la atención sus hijas —y era imposible que no lo hicieran, dado que eran altas, pelirrojas, idénticas y, además, estarían justo al lado del podio—, con suerte se fijaría en su forma de moverse. Al emperador no le gustaban mucho las mujeres. Sin embargo, había muchas posibilidades de que le gustaran dos muchachas ágiles, esbeltas y que se movían con el equilibrio de los atletas o los guerreros. En ese sentido, eran bastante parecidas al tipo de jóvenes varones que lo fascinaban, un poco más llenas y rollizas, lo que las haría aún más atractivas. Aunque habría sido necesario cortarles el pelo, como a las muchachas espartanas de antaño, y apretarles los pechos todo lo posible para que el parecido fuera aún mayor.

Pero nada de eso sería necesario en el caso de Adriano. Tenía deseos, muy fuertes, pero los había mantenido bajo control durante más de una década; al menos, según Lepidina, que estaba muy enterada de esas cosas, como cualquier otro miembro de la alta sociedad. Cualesquiera que fueran sus pasiones, el antiguo senador —ahora, *princeps*— había aprendido a mantenerlas en secreto, al menos por el momento. Siendo emperador, nadie se negaría abiertamente a ninguna sugerencia que él hiciera, por lo que se necesitaba una voluntad de hierro para no ceder a los propios deseos, al menos, hasta cierto punto. Por el momento, el único placer que Adriano obtenía era el derivado de observar algo o a alguien. Así las cosas, Claudia Enica pensó que al *princeps* le gustaría ver las evoluciones de las gemelas.

La verdad es que resultaban muy llamativas. Había otros reyes y jefes tribales reunidos en el salón. Los más importantes estaban sentados bastante cerca. También se encontraban presentes otros brigantes. Algunos de ellos eran simpatizantes de la reina; otros no. Todos estaban a cierta distancia. Ella se hacía notar porque, a pesar de su edad, seguía siendo espectacular —y el deslumbrante vestido blanco ayudaba—. Y, además, estaba acompañada de dos versiones más jóvenes de sí misma, y se sentaba junto al procurador y su incomparable esposa, tan cerca del meollo de todo. La gente susurraba, las señalaba y les explicaba a sus amigos quiénes eran.

Al fin, llegó Adriano, precedido de fanfarrias de trompetas y un desfile de pretorianos, cuyas botas claveteadas golpeaban rítmicamente el suelo, al ritmo de la marcha, que cambiaban de formación cada vez que se gritaba la orden correspondiente. El *princeps* no era muy dado al espectáculo y la ceremonia, a diferencia de otros emperadores. Pero, en ocasiones como esta —la primera audiencia formal en su visita a una provincia— no tenía opción. Había que adorar a los dioses —ya se habían hecho los sacrificios correspondientes esa mañana— y habría cánticos y discursos, muchos discursos. Todos tenían que recibir y alabar a Adriano de la forma adecuada; incluso Platorio Nepote, el nuevo *legatus Augusti*, que había llegado en el mismo barco que el emperador.

Después de una hora, Claudia miró hacia atrás y notó que Corotica ponía los ojos en blanco.

—Hay que fingir interés —le susurró su hermana.

Ambas soltaron una risita. La reina las miró fijamente.

Pasó otra hora antes de que el *princeps* diera su discurso, agradeciendo a todos la acogida y explicándoles el lugar que Britania ocupaba en su corazón. Claudia Enica tuvo mucho tiempo para estudiar al emperador y a su séquito mientras las palabras recorrían la sala.

Hacía diecisiete años que no veía a Adriano. Por entonces, él tendría unos treinta.

Conservaba esa misma energía inquieta, esos rápidos ojos marrones de mirada inteligente, que daban la sensación de que él sabía que estabas equivocado, y que le suponía un gran esfuerzo abstenerse de decírtelo. Ahora era más corpulento, con la cara rellena, y aunque sus miembros se conservaban bien musculados, ya no era joven. Estaba segura de que el *princeps* tenía algunos cabellos grises en la barba. Entre el público había bastantes rostros barbados. Tras la sorpresa, casi confusión, creada cuando empezaron a llegar las estatuas, los retratos y las monedas del emperador, que mostraban un rostro con barba, muchos habían adoptado esa moda que, anteriormente, resultaba muy rara, excepto entre los rangos inferiores del ejército.

La comitiva de Adriano, sus distinguidos amigos y compañeros de viaje, estaban bien afeitados, según la tradición, lo que sugería que eran conscientes de que el emperador no se sentía halagado por que imitaran su estilo. Aulo Platorio Nepote tenía una cara redonda, cabello espeso y orejas prominentes, y guardaba un notable parecido con la familia de Augusto. Tenía el aspecto que la mayoría de la gente imaginaba al pensar en un senador romano. Los demás senadores eran de mayor edad, la mayoría de unos cincuenta o sesenta años, pero aún vigorosos. Septicio Claro, uno de los dos prefectos a cargo de la guardia pretoriana —una medida de precaución, para evitar que un solo comandante pudiera volverse demasiado ambicioso— representaba un contraste extraño. Era bajo y muy ancho, y estaba lejos de ser guapo, por lo que descubrir que la barba estaba de moda sin duda le había supuesto un gran alivio. La impresión inmediata que daba era la de que alguien hubiera vestido de soldado a un mono de la arena. Parecía muy fuerte y bastante feroz, nada de lo cual era malo para un oficial de la guardia. Sin embargo, Lepidina aseguraba que las apariencias engañaban, y que aquel era un hombre culto y dado a las letras, y no un soldado empedernido.

Mientras duraron los discursos, la Augusta no dejó de repasar con la mirada a los asistentes. Sus ojos eran grandes, de un marrón profundo, y se quedaba observando fijamente durante un rato a cada persona, insinuando una sonrisa en el rostro. Lepidina decía que la esposa del emperador tenía muy mala vista, ya fuera de cerca o de lejos, pero que estaba convencida de que una expresión regia y un aparente interés por cada individuo transmitían la impresión de que ella se preocupaba por el bienestar de cada una de esas personas.

Después de mucho tiempo, terminaron las bienvenidas y los saludos, y comenzaron a tratarse los asuntos serios. Esto implicaba más discursos, pero con un propósito más claro. Adriano había dado instrucciones estrictas de que nadie debía hablar más de un cuarto de hora, medido con el reloj de agua oficial utilizado para los asuntos públicos. También dejó claro que era más probable que su favor se ganara con la brevedad, y no con grandes ejercicios de oratoria.

Los reyes de las tribus del sur fueron los primeros. Muchos de ellos pertenecían a la segunda o la tercera generación de la familia, y eran descendientes de esos hombres que en su día habían jurado lealtad a Claudio y a Roma. Querían honores y derechos, ayuda en las disputas que involucraban a las comunidades que vivían sus tierras y, sobre todo, querían que se los considerara importantes. Adriano ya conocía los problemas, porque su personal había exigido que cada una de las peticiones se presentara por anticipado, y las decisiones ya estaban tomadas. Aquel acto no era más que una forma de honrar a todas las partes y de dar a conocer públicamente la sentencia, incluso en el caso de que fuera «*Consideraremos este asunto con la mayor urgencia*». Claudia Enica conocía de maravilla esa respuesta, porque era la que le habían dado a ella durante más de veinte años.

Tardaron casi tres horas en resolver todos esos asuntos. Pronto habría un descanso para tomar refrigerio. Pero, antes de eso, había que tratar una última cuestión.

—La *res publica* es una reunión de ciudadanos y amigos para hacer que Roma sea más fuerte y más grande. Renovar las amistades y las alianzas, como hemos hecho hoy, nos trae la promesa de un gran futuro. —El *princeps* dejó que esas palabras calaran en la audiencia. A todos les gustaba eso—. Hoy están presentes muchas tribus. Sus líderes son romanos, pero también padres para su pueblo, y repartirán entre su gente los beneficios de nuestra paz y nuestra justicia. Pero hay una gran tribu que no ha tenido líder durante muchos años, hasta el día de hoy. Me refiero a los brigantes, el pueblo del norte. La reina Cartimandua fue amiga del Divino Claudio, una amiga siempre leal, porque entre esta gente el liderazgo de las mujeres no se teme ni se desprecia. Esa no es la costumbre romana.

Claudia Enica veía a los jefes de los brigantes entre la masa de cabezas que se movían. Varios se habían animado al oír aquellas palabras, y ella podía notar su expectación. Era difícil no sonreír.

—Sin embargo, hoy nombro una reina y un rey de los brigantes, y los declaro amigos del pueblo romano.

Hubo murmullos de sorpresa. Uno de los jefes frunció el ceño, confundido, preguntándose si la tribu iba a dividirse en dos.

—Me refiero a Flavio Ferox, el muy condecorado oficial Flavio Ferox, príncipe de los siluros, y amigo mío. Y a Claudia, descendiente de Cartimandua, y una aliada igual de leal a Roma. Nadie debería olvidar los servicios que ella prestó hace unos pocos años, durante los disturbios del norte. En estos momentos, su esposo está con nuestro ejército, por lo que no ha podido asistir hoy. Por lo tanto, le pido a la reina que se ponga en pie para que todos puedan verla y ser testigos de la fe que deposito en ella. Ven, Claudia, recibe mi mano y mi bendición.

La reina se levantó. Los murmullos de sorpresa se habían hecho más fuertes. Alguien empezó a golpear el suelo con los pies y otras personas se le unieron. Aquella era una antigua forma de aclamación de las tribus del sur. El ruido se extendió por la enorme basílica hasta resonar en las paredes.

Unos amplios escalones conducían al podio sobre el que estaba sentado Adriano, con Sabina a su lado y los senadores y comandantes detrás. El ruido creció cuando los vítores se unieron al pisoteo. Probablemente, muchos no tenían ni idea de qué iba todo aquello, pero querían demostrar lo impresionados que estaban por aquella muestra de sabiduría del emperador.

Claudia Enica inclinó la cabeza hacia la Augusta, que le respondió con una amplia sonrisa. Repitió el gesto ante el *princeps*, que le tendió la mano para que se la besara.

—Si pronuncias un discurso, podría cambiar de opinión —le dijo Adriano en voz baja.

—¿Una mujer dando un discurso, mi señor? Por supuesto que no.

El *princeps* dejó escapar un atisbo de sonrisa, casi imperceptible, pero sus ojos reflejaban diversión.

—Eso sería impactante, realmente impactante. ¿Sigue Ferox tan sombrío como siempre?

—Sí, mi señor.

—Eso me tranquiliza. Bien, ¿qué opinas de mi muro?

Ella se quedó pensativa un momento.

—Tengo algunas preguntas, mi señor.

—Bien. Quiero que me acompañes cuando vaya al norte. Ahora vuélvete y sonríe con cortesía, pero con moderación. ¡Salve, reina de los brigantes! —gritó Adriano—. ¡Amiga del pueblo romano!

—¡Salve, reina! —resonó por el salón.

—¡Larga vida al *princeps*! —se oyó a continuación.

El grito se repitió una y otra vez hasta que Adriano levantó la mano y un heraldo anunció que la sesión se suspendía durante una hora.

Una gran cantidad de gente se acercó a felicitar a la reina durante el receso. Había algunas caras conocidas y muchas otras personas que aprovechaban para presentarse. Claudia Enica disfrutaba del momento menos de lo que había esperado. En parte, por lo mucho que había tenido que aguardar para conseguirlo y, en parte, por el nombramiento de Ferox como rey con derecho propio y no como mero consorte. Pero la sensación predominante era la de que la larga espera había terminado, y que ahora había cosas mucho más importantes que hacer.

Esa noche habría dos cenas: una, ofrecida por Adriano para los hombres más distinguidos; y la otra, por Augusta, para las damas. Esta última sería una celebración tranquila, muy correcta, con buena comida, pero cuidando de que no fuera lujosa, y con lecturas de poesía como entretenimiento. Sería aburrida, pero supondría una buena práctica para las gemelas. Parecían haber heredado la afición de su madre por la ropa y las joyas, y se pasaron las pocas horas entre la recepción y la cena ayudándose mutuamente a prepararse y examinando las diferentes opciones con sus esclavas.

—Mis señoras, felicitad a vuestra madre de mi parte.

Aquella voz suave era muy familiar, y Claudia Enica se forzó a esperar y a no girarse para mirar.

—Estoy segura de que estará encantada de conocer tu opinión —dijo Corotica, y se rio de una manera preocupante.

La reina miró hacia atrás, vio cómo aquel descarado se inclinaba para besar a cada una de las gemelas en la mejilla, les lanzaba una mirada ardiente y volvía a sumergirse entre la multitud.

Marco se había ido por fin con su legión, tras recibir la promesa de que en el futuro tendría un puesto mejor, o incluso de que recibiría un ascenso inmediato, y eso le había quitado una preocupación de encima a Claudia Enica. Pero ahora, Pertaco, que ya había intentado seducirla a ella unos pocos años antes, estaba intentado de forma descarada acostarse con sus hijas. Eso era tan ofensivo como preocupante. Pudiera ser que él estuviera ansioso por congraciarse con ella, dado su reconocimiento oficial como reina. Pero lo dudaba. A Pertaco por fin lo habían nombrado tribuno de una legión, estacionada en Dacia, nada menos. Pero, de momento, había obtenido un permiso para formar parte del séquito del nuevo legado. Alguien le había conseguido ese favor, lo que sugería que no necesitaba el patrocinio de la reina.

Después del gran desastre, Pertaco había disfrutado de una breve fama. Fue el primer hombre en llegar a una guarnición del ejército, o, al menos, el primer romano y el primer oficial, ya que a nadie le importaban los irregulares que habían vuelto antes. Sin duda, había representado bien su papel. Había cabalgando hasta Magnis en un caballo exhausto y manchado de sudor, con la cabeza vendada, la ropa desgarrada y ensangrentada y la espada rota, como si fuera el último hombre en salir de Troya.

Se corrió la voz, porque era el primero que traía noticias reales. Se mostró deliberadamente

modesto acerca de sus propias acciones, dejando que la audiencia imaginara su heroísmo. Habló de la derrota y de la escasa probabilidad de que hubiera supervivientes que regresaran a casa. Prisco había muerto, junto a muchos otros valientes. Tito Cerialis había demostrado su juventud e inexperiencia al alejarse demasiado de las defensas, de modo que sus hombres se vieron abrumados. Aquellas historias se difundieron en una provincia desesperada por recibir noticias. Solo cuando llegaron los mensajes de Claudia, seguidos a su debido tiempo por Ferox y su ejército harapiento, comenzaron a surgir preguntas sobre la versión de los hechos presentada por Pertaco y, de hecho, sobre su propia aparición.

Sin embargo, la historia de Pertaco seguía ahí, y respondía a lo que algunos querían escuchar y creer; sobre todo, las familias de Ligustino y Prisco. Necesitaban a alguien a quien imputar la derrota, y el relato de un joven tribuno imprudente, el primero de su linaje en perseguir una carrera senatorial, era perfecto. Desde entonces, se mantenía una guerra de declaraciones, de cartas y hasta de panfletos, pero Sulpicia Lepidina estaba decidida a defender a su hijastro. Claudia Enica y Ferox desempeñaron su parte, al igual que muchos otros. La recuperación de Clemens también añadió su voz, aunque en un tono enojado que no siempre ayudaba.

En la cena, Lepidina tuvo cuidado de agradecer a la Augusta su asistencia en aquel asunto.

—La de tu hijo fue una gran pérdida para Roma, querida —le aseguró Sabina—. Una gran pérdida. Es una vergüenza que el ejército solo condecore a los que sobreviven, porque era digno de la más alta recompensa.

La emperatriz hablaba con total libertad con las comensales de los divanes contiguos.

—Me alegró mucho que recibieras tu justa recompensa —le dijo a Claudia Enica—. Aunque yo deseaba, y argumenté también a favor de eso, que te permitieran gobernar sola.

—Mi esposo es un buen hombre —le aseguró Claudia—. Y lo bastante inteligente como para comprender sus limitaciones.

—Eres afortunada. ¿Es amable? Muchos hombres no lo son. Pueden comportarse como bestias y…

Sulpicia Lepidina trató de cambiar de tema, preguntando a la esposa de Platorio Nepote si le gustaba Londinium y lo que había visto de Britania.

—Los hombres pueden ser crueles —añadió la Augusta, ignorándolas—. Muy crueles.

Para romper el incómodo silencio, Claudia Enica le preguntó a la Augusta si, como esposa y asistente del hombre más poderoso del mundo, le proporcionaría algunos consejos para ayudarla a gobernar bien.

—Es difícil. Yo intento hacerlo lo mejor posible, ya sabes. Sí que lo intento.

El mayordomo, que llevaba un rato con expresión preocupada, se acercó a ella.

—Mi señora, me temo que no te encuentras bien.

Los ojos de Sabina estaban vidriosos. Casi parecía asustada.

—Ay, cielos. Ay, cielos. Estoy haciendo tantos esfuerzos…

—Estás cansada, mi señora. Ha sido un largo día, y después de un duro viaje.

—Sí —dijo la Augusta—. Sí, estoy cansada. Será mejor que me retire. ¿Me ayudarías, mi querida Claudia?

La emperatriz apartó el brazo del mayordomo para que la reina la ayudara a levantarse. No era vieja, pero parecía frágil. Se inclinó un momento sobre su acompañante.

—No te fíes de nadie —susurró.

XVIII

Entre los novantae

Siete días antes de las calendas de junio

—Allí arriba —sugirió Vindex—. O están en los árboles o en esa hondonada. Son dos, creo.

—Tres —dijo Ferox—. Y hay otro par de ellos cerca, entre los brezos.

Estaban solos, en un collado. Habían dejado a los exploradores y los soldados varias millas más atrás, con instrucciones de que siguieran aquel camino.

—¿Tan cerca? Debo de estar haciéndome viejo. ¿Así que son cinco?

—Por lo menos son cinco las huellas de ponis que hemos visto. No creo que el que iba sobre el sexto esté en condiciones de hacer mucho.

—Y estás seguro.

—Bastante.

Ferox avanzó con su caballo, jugueteando con la piedra que llevaba en la mano. Era suave, probablemente de río, y, sin duda, se trataba de una señal. Las tribus usaban piedras y otras cosas para dejar mensajes y advertencias, aunque cada tribu tenía su propio sistema. Este era uno que el siluro no veía desde hacía tiempo. Se dirigió hacia el brezo y arrojó el guijarro en el centro.

—¡Salid, torpes bastardos! —gritó Vindex—. ¡Os estamos viendo!

—¡Mentiroso! —dijo una voz—. Además, el que tiene que rastrear es ese cabrón tramposo que va contigo. —Un hombre se puso de pie entre los brezos, y al momento lo siguió otro—. Aun así, hemos tenido que poneros las cosas fáciles.

—¿Y si los matamos? —sugirió Vindex.

Bran sonrió.

—¡Podrías intentarlo, viejo! —gritó, y tres guerreros salieron de entre los árboles—. ¿Tenéis hambre? —les preguntó a Ferox y a Vindex.

—Siempre —respondió el carveto.

—Entonces, venid con nosotros.

Su campamento estaba aún más arriba, en una cañada protegida. Había varias granjas repartidas por los valles de abajo, y algunas de esas cabañas humildes que usan los pastores.

—Son buena gente, pero no rica —les explicó Bran—. No hay necesidad de que nos convirtamos en una carga para ellos aceptando su hospitalidad. Aquí tenemos todo lo que

necesitamos.

Había cuatro hombres más alrededor del fuego, asando un ciervo. Uno de ellos era enorme y sobresalía por encima de los demás.

—Ja, me ha dicho que no se me da bien esconderme, y que tenía que esperar aquí —rugió Ganasco, golpeando a Bran en la espalda con tanta fuerza que casi lo derriba.

El cabello y la barba del germano eran de un blanco puro, sin el menor rastro de tinte, y había gruesas arrugas en su rostro, pero su risa resonaba tan fuerte como siempre.

—Tengo noticias para ti —dijo, cuando se sentaron a comer.

La carne lo distrajo, así que Ferox pudo aprovechar para hablar con Bran.

—¿Cómo está Senuna?

—Lo dirige todo con mano de hierro —le aseguró Bran—. El fuerte, el clan…, ¡a mí!

—Esa es nuestra chica —dijo Vindex, con tono alegre.

Bran volvió a sonreír.

—Quiere que vengas a visitarla cuando puedas, e incluso que te traigas a este viejo carveto estúpido. Tendremos noticias para ti antes de que acabe el año.

—¿Un niño? —preguntó Vindex antes de que Ferox tuviera oportunidad de decir nada—. ¿Tan pronto? Vaya, no te andas con bromas.

Bran se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabéis…

—Prefiero no saberlo. Soy su padre —lo interrumpió Ferox—. Y me gustaría ir a visitaros. Podría ser la única forma de calmar a la reina, cuando se entere de que va a ser abuela. Pero ya sabes que no es tan fácil en estos momentos. ¿No lo sientes en el aire?

—Por eso es por lo que quería hablar. Ese enorme buey de ahí —señaló con el pulgar a Ganasco— vino a verme hace poco, porque quería hablar contigo. Es importante.

De repente, su tono era muy serio.

El germano se dio cuenta, engulló unos bocados más de carne, se lamió los labios y, finalmente, dijo:

—He matado a un romano.

—Bueno —comentó Vindex—, quedan muchos más.

Ferox le ordenó que se callara.

—No murió enseguida —prosiguió Ganasco—. Antes me contó algunas cosas. —No era un hombre cuya conversación fluyera con facilidad—. Iba a ver al Lobo.

—¿Aún no te has encargado de él? —preguntó Vindex, al ver que el germano se interrumpía de nuevo.

Ganasco se sacó un trozo de carne de venado de entre los dientes y lo escupió.

—Tiene demasiados hombres y a mí me quedan pocos. Ya le llegará su hora.

—Sí —intervino Bran—. El romano era un soldado, o lo había sido, pero no vestía como un soldado, sino como un comerciante, e incluso llevaba un par de esclavos y burros.

—Intentaron robar una oveja y, cuando el pastor se quejó, lo golpearon —explicó Ganasco—. Nosotros solo pasábamos por allí. No sé por qué, pero me cayó mal ese hombre. No era un tipo agradable.

—Iba a ver al Lobo y llevaba esto —dijo Bran, con una tablilla de madera en la mano.

El sello estaba roto. Era una de esas en las que la cera se podía derretir y alisar para poder

reescribir en ella una y otra vez.

—Recordé ese viejo truco que solían usar, raspando la cera.

Aquella tablilla particular solo se había usado una vez antes de que se añadiera la cera. Debajo había cuatro líneas de letras bien ordenadas.

—No las distingo bien —dijo Ferox, después de estudiarlas, tratando de ver un patrón—. Pero seguramente mi sobrino sí podría leerlo, si le hubiera llegado.

—El hombre dijo que ya había estado allí antes, y que también habían ido otros —añadió Ganasco—. Además, me dijo que no podía leerlo.

—¿Y te lo creíste? —preguntó Ferox.

—Al final sí.

—Le dijo a Ganasco que lo enviaron para contarle al Lobo que Adriano venía de visita —dijo Bran—. Que pronto estaría aquí, en el norte, para ver cómo sus soldados cavan hoyos y construyen muros. El mensaje tenía más detalles, pero eso era todo lo que él sabía. Excepto una cosa más: quién es el hombre que lo ha enviado. Otra de esas personas a las que pronto le llegará la hora.

—Sosio —dijo Ferox, cayendo en la cuenta.

—Oh, mierda —añadió Vindex.

—Es un hombre al que tengo que matar.

El tono de Bran carecía de inflexión. Años atrás, Sosio había abandonado a una mujer por la que Bran sentía un profundo cariño, una hermana de entrenamiento, para que la violaran. Eso la había dejado destrozada. Después, mató a los atacantes, pero ella misma cayó, tan solo un poco más tarde.

—Pero ¿no es el agente de Adriano? —preguntó Vindex—. ¿Qué está tramando ese gran bastardo?

—¿Y si ya no es el agente de Adriano? —se preguntó Ferox—. No me imagino al Lobo volviendo con los romanos.

Bran se frotó la barbilla.

—¿Querrá vengarse de ti? ¿O hacerte daño a través de tu familia, de la reina, de tus hijas? —Su tono iba sonando cada vez más violento—. ¿Crees que Adriano lo ayudaría a hacer eso?

—Solo si le reportara algún beneficio. —Ferox se quedó un momento pensativo y negó con la cabeza—. No me imagino cómo. Así que tal vez Sosio esté haciendo esto por su cuenta. Tal vez quiera liberarse de Adriano, después de tantos años.

—Para hacer ¿qué? ¿Criar una familia de pequeños asesinos furtivos? —preguntó Vindex, desdeñoso.

—No lo sé —admitió Ferox.

—Tienen que morir —dijo Bran—. Sosio y el Lobo.

Ferox asintió.

—Ya —confirmó Vindex.

—No conozco a ese Sosio, pero os ayudaré a matarlo si conseguimos al Lobo. Todavía me quedan algunos hombres —aprobó Ganasco con su voz retumbante.

—¿Algún arquero?

Ferox recordaba, de años atrás, a aquellos guerreros altos, de poderosos arcos. Una idea empezaba a tomar forma en su cabeza.

—Cinco de los buenos. Y otros tantos que no están mal.

—¿Sabes cuándo se producirán las incursiones de este verano? —le preguntó Ferox a Bran.

—Soy un fiel aliado de Roma. ¿Cómo voy a saber eso?

—He oído que a finales de junio o en julio —dijo Ferox—. Antes de lo habitual, para cogernos por sorpresa.

Bran sonrió.

—Eso parece bastante acertado. Aunque yo no iré, estaba pensando en viajar al norte mientras todos están fuera. Para ver cómo van las cosas por casa.

—No tendrás tiempo —le dijo Ferox—. El Lobo atacará primero, antes de que lo hagan los demás. Le gusta la sorpresa, y hacer cosas que den que hablar a la gente. Te necesitaré a ti y a tus mejores guerreros, lo mejor que tengas, hombres en los que puedas confiar.

—Mmm… Serán unos treinta, como máximo. No, mejor veinte, si queremos que sean realmente buenos.

—Yo, otros tantos —dijo Ganasco.

—Bien.

—Como en los viejos tiempos, ¿no? —preguntó Bran—. Tú mandas y el resto seguimos órdenes. Ya funcionó en el pasado… y todos seguimos aquí. Así que supongo que podría volver a funcionar. Pero ¿cómo lo hacemos?

—No lo sé.

Vindex soltó una carcajada.

—Vaya, sí que es como en los viejos tiempos.

Regresaron cabalgando junto a los demás, antes del atardecer. Les agradó comprobar que estaban montando una buena guardia. Aquel no era territorio hostil propiamente dicho, pero estaban en tierras salvajes y nunca se sabía. Habían llegado hasta allí, supuestamente buscando un rastro que habían perdido. Como Ferox nunca perdía un rastro, Vindex imaginaba que, en realidad, su amigo planeaba reunirse con Bran desde el principio, y que no se trataba de algo que se le hubiera ocurrido de repente, al encontrarse las nuevas huellas.

Al día siguiente empezaron a dirigirse hacia el sur. Se encontraron con algunos guerreros —novantae, y, a medida que avanzaba el viaje, muchos más selgovae y algunos votadinos—. Ninguno los amenazó más de lo esperado, ya que los guerreros tenían que bravuconear un poco para demostrar su fuerza, igual que las franjas amarillas de una abeja advierten de que puede usar su aguijón. La mayoría se mostraron bastante amables y dispuestos a hablar. Bromeaban sobre las locuras de los romanos, con sus muros bajos y sus gruesas torres.

—¿Es magia? —inquirieron algunos.

—A mí no me preguntes —respondió Vindex—. Soy un simple carveto. A nosotros nadie nos cuenta nada.

A algunos de los soldados romanos no parecían divertirles tanto aquellos comentarios.

—Ya veréis, muchachos, un día el muro será más alto que una casa. ¿Por qué no intentáis saltarlo entonces, a ver qué pasa?

—Los romanos son grandes mentirosos —replicaron los guerreros, y siguieron cabalgando.

Antes de que llegaran a la línea de guarniciones y a los grupos de trabajo dispersos, se corrió la voz de que bandas de selgovae habían lanzado incursiones en la provincia, mucho antes de lo esperado, mientras que algunos de novantae se habían embarcado y estaban devastando la costa

occidental. Los romanos no estaban listos, ni preparados, por lo que cundieron la alarma y el pánico. Se formaron apresuradamente columnas, que realizaron largas persecuciones y no atraparon a casi nadie. La mayoría de los triunfos se debieron a que los brigantes formaban sus propias bandas y protegían sus fincas, o luchaban contra un grupo de asaltantes que se retiraba, recuperando el botín y a los cautivos. No hubo muchas victorias de ese tipo, ya que, tras el desastre de la gran guerra, la mayoría de los jefes contaban con menos hombres hábiles con la espada a los que reunir. Aun así, algo era algo.

En Magnis, a Ferox le esperaban órdenes que lo emplazaban a aguardar la llegada del emperador. También había una carta informándolo de que iban a inscribirlo en el ordo ecuestre. Otra misiva declaraba que ahora era rey de los brigantes.

—Entonces, sí que estamos realmente jodidos, ¿verdad? —concluyó Vindex, en nombre de la tribu y de sus parientes.

XXIX

En la fiesta de los estandartes, en Eboracum

El día antes de las calendas de junio

Aquel era un día de descanso para el ejército, a excepción de los hombres ocupados en actividades esenciales. Siempre había guardias que hacer, letrinas que limpiar, registros que actualizar y, para los más desafortunados, escaramuzas y batallas en las que luchar. Por lo que Adriano sabía, la provincia de Britania estaba tranquila. No había una amenaza inmediata de ataques, grandes ni pequeños, así que la mayor parte del ejército pudo desfilar, decorar las águilas, los *signa* y otros estandartes con coronas de flores y ofrecer sacrificios a los dioses. El *princeps* asistió a la ceremonia en Eboracum, donde se estaban asentando dos tercios de la Legio VI Victrix, mientras que el tercio restante tenía prevista su llegada en los próximos días. En los últimos años, desde la marcha de la Legio VIII Hispana, la fortaleza se encontraba en muy mal estado de conservación. Nunca estaba llena y, a veces, albergaba solo a pequeños destacamentos. Había mucho trabajo para la nueva legión, pero eso podía esperar unos días.

Al amanecer del día siguiente, Adriano y su escolta viajarían hacia el norte. Los pretorianos y otros los seguirían a su ritmo. Sabina se quedaría ahí. Estaba tan ansiosa por ver aquellas tierras bárbaras que había sido sencillo llevarla hasta allí, y la naturaleza del viaje también hacía que fuera bastante fácil pasar muy poco tiempo con ella. El gran *praetorium* de la base legionaria estaba en buen estado. Podía ser signo de que alguien había pensado en el futuro; o, con más probabilidad, de que a los respectivos oficiales que habían estado al mando de la base en los últimos años les gustaba el lujo.

La Augusta podría quedarse allí con su séquito. La acompañarían la esposa de Nepote, la del legado de la legión y Sulpicia Lepidina. Adriano también dejaría allí a Claro, el prefecto del pretorio, y a Suetonio, para que filtraran la correspondencia y solo le reenviaran a él lo que fuera realmente importante y urgente. A los dos parecía gustarles Sabina, solo los dioses sabían por qué. Ahí, la Augusta estaría a salvo, y sería incapaz de hacer daño. Londinium era un lugar demasiado ajetreado, demasiado cercano a la Galia y a Renania como para tentar a los ambiciosos dispuestos a visitar a la emperatriz y a presentarle sus peticiones. Era mucho menos relevante lo que ella pudiera decir y hacer en un sitio como Eboracum, donde había menos gente importante a la que prestar atención y sobre la que hablar.

Su esposa estaría bajo estricta vigilancia. El liberto encargado de organizarlo todo parecía saber lo que hacía. Sin embargo, el hombre estaba preocupado. Un niño que le ayudaba a revisar las lámparas del dormitorio de la Augusta, y que era una fuente de información fiable, había aparecido con la garganta cortada, flotando en el río, fuera de la fortaleza. Pero los niños pasaban por calles oscuras y podían tener un mal final, así que podría tratarse de una mera casualidad. Nadie había visto a Sosio desde hacía tiempo, lo que simplemente podía significar que estaba haciendo bien su trabajo. Aunque también podía significar que sospechaba algo.

Cuando, a la mañana siguiente, Adriano pasó a caballo bajo la puerta principal de la fortaleza, sintió una inmensa sensación de alivio, probablemente similar a la de muchos hombres que atravesaban esa misma puerta para irse de permiso. Iba a trabajar, a viajar lejos y a mantenerse muy ocupado, pero los problemas prácticos que le esperaban serían un alivio después de las negociaciones, de los interminables discursos y de los temores sobre su esposa. Era mucho más simple y más fácil ver cuándo se completaba cada tarea y si se realizaba bien. Tras recorrer unas pocas millas, dejó el caballo para viajar en el carruaje, lo que le permitía dictar cartas durante la marcha.

Siguieron los caminos principales, deteniéndose en las bases del ejército. El *princeps* inspeccionó a los guardias apostados en cada puerta y presenció cómo desfilaban las unidades estacionadas allí. Le gustaba hablar con los soldados y se preocupaba por recibir de antemano información sobre algunos de ellos. Incluso había algunas personas que, en el pasado, habían estado en el ejército junto a él, y Adriano tenía buena memoria para los nombres y las caras. De camino al sur, si había tiempo, podría inspeccionar las maniobras de muchas de aquellas unidades. Quería asegurarse de que cada uno de los ejércitos provinciales comprendiera lo que se esperaba de él.

La guerra era el más eficaz y el más cruel de los tutores. Si un oficial o un soldado cometía errores contra un enemigo real, había consecuencias. Durante varias décadas, Trajano había mantenido guerras más largas y a mayor escala que ningún otro emperador. En cada campaña, los soldados tenían que aprender qué cosas funcionaban y cuáles no. Siempre había errores, malos entrenamientos, hábitos peligrosos. La guerra castigaba tales cosas con dureza —al menos, la mayoría de las veces, porque siempre había que tener en cuenta la suerte—. Los hombres morían o aprendían rápidamente a hacerlo mejor.

Adriano no quería ese tipo de guerras, porque el Imperio no podía permitírselas. Entre otras cosas, se habían mejorado ciertas secciones del ejército, mientras el resto de las fuerzas se oxidaban y debilitaban. Los mejores hombres, sobre todo los oficiales más ambiciosos, se habían sentido atraídos por las grandes campañas. Algunas unidades habían tenido buenas experiencias en la guerra; habían sufrido un poco, pero no demasiado, y, al final, habían vencido, por lo que se habían convertido en magníficas máquinas de combate que podían compararse con los veteranos del Divino Julio, capaces de ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa y derrotar a cualquiera. Otras unidades, que se habían pasado el tiempo holgazaneando en las provincias más tranquilas —el refugio de los poco ambiciosos, los perezosos y los estúpidos—, no habían recibido buenos reclutas, ni recursos ni atención, debido a su falta de actividad, por lo que habían acabado yéndose al garete. Aquel tipo de deterioro tendía a volverse profundo y duradero, mientras que la

confianza y la habilidad de los veteranos ganadores de la guerra nunca duraban. Los oficiales se trasladaban a otros puestos, los soldados se retiraban y todos se volvían conformistas. Los hombres que habían luchado de verdad y con frecuencia despreciaban el entrenamiento, creyendo que ya lo sabían todo.

—El entrenamiento debe ser tan realista y práctico como sea posible.

Adriano dictaba aquellas palabras mientras el carruaje avanzaba dando tumbos por la calzada. En cuanto hubiera tiempo, habría que incluir la reparación de aquel vehículo entre las tareas del ejército.

—Los soldados deben aprender las cosas que importan, repitiéndolas hasta que se conviertan en un hábito. Los oficiales deben hacer lo mismo, y estar dispuestos a olvidar las antiguas reglas si las circunstancias cambian.

No estaba satisfecho con aquellas palabras. Quería dictar algo que tuviera vigencia durante generaciones: un conjunto de órdenes oficiales que fuera una síntesis de las mejores prácticas, condensadas para resultar lo más sencillas y fáciles de entender y recordar.

Cuando lo pensabas, era evidente que la guerra revestía una gran simplicidad. Sus principios eran absurdamente sencillos. Aprovecha todas las ventajas, inflige en el espíritu y los recursos del enemigo un daño mucho mayor del que tú sufres, hasta que se rinda. Las diferentes tropas, las diferentes tácticas, tenían sus fortalezas y debilidades inherentes. Realmente, la teoría no era complicada. El problema surgía al aplicar todas estas ideas sencillas y sensatas cuando el clima era malo, la suerte no te acompañaba y un enemigo astuto y decidido hacía lo posible por matarte. No había palabras que pudieran explicar todo eso, ningún conjunto de reglas podía ser tan exhaustivo como para brindar a los hombres una solución fácil y precisa para cada problema. Sería como si un médico se sintiera satisfecho con su manual porque dijese que el objetivo del galeno es mantener vivo y sano al paciente.

Adriano se preguntó si debía incluir esa idea en su texto, pero decidió que recurrir al humor sería un error. Los oficiales inteligentes ya entendían que las reglas no pueden ser rígidas ni abarcar todas las circunstancias, y los más lerdos necesitaban certezas que les infundieran confianza. Quería que todo fuera lo más breve y claro posible, pero también sería bueno inspeccionar a tantas unidades como pudiera mientras se entrenaban. Así, podría transmitirles mejor lo que esperaba de ellos, y animarlos a que se tomaran la tarea en serio.

—Sus entrenamientos son como batallas sin sangre, y sus batallas son entrenamientos empapados de sangre.

Eso lo había dicho un judío. Y era algo elegante, incluso sin ser cierto. Aun así, un hombre que se había rebelado y había luchado contra Roma y que, al final, afirmaba haber recibido una revelación divina antes de cambiar de bando, tenía una perspectiva inusual sobre el asunto.

Nadie podría lograr que el entrenamiento fuera completamente real, porque, aunque fingieran lo contrario, todos sabían que no era así. Un hombre no podía —ni, mucho menos, una unidad o un todo un ejército— estar siempre preparado para la guerra, incluso si era improbable que estallase una. La gente no funcionaba así. El mundo era imperfecto y se basaba en hacer concesiones.

Seguía pensando en eso cuando empezó su inspección del río Tinea, que desembocaba en el mar al este de la isla. Los equipos de trabajo estaban esperando, ansiosos por impresionarlo. Junto a la orilla del río, en su primer punto de parada, alguien había erigido un gran cartel de madera

que declaraba en letras pintadas de rojo brillante que allí se había colocado la primera piedra del *Vallum Aelium*.

La idea de levantar aquella construcción había sido de Adriano, pero no recordaba haberle dado un nombre, aunque admitió que había considerado aquella posibilidad. El *princeps* había redactado unas instrucciones, un esquema muy general, algo parecido al conjunto de reglamentos militares que estaba intentando crear. Había enviado su diseño a Falco, con la intención de que sirviera de guía, no como un patrón rígido. Luego, el gobernador lo había transformado en órdenes para los legados de las dos legiones que harían la mayor parte del trabajo preliminar. Y estos, a su vez, tuvieron que escribir a sus subordinados y darles las instrucciones pertinentes.

Adriano quería que pensaran, que estudiaran la idea y luego la modificaran en función del paisaje, los materiales disponibles y la mano de obra, teniendo siempre presente el propósito de la construcción.

—Supongo que Falco no ha pensado mucho en la idea —le dijo Adriano a Ferox, que lo estaba esperando, según las órdenes recibidas—. ¿Y tú, por qué no llevas tu anillo?

Un *eques* exhibía un anillo de plata como insignia de su clase, un símbolo que, supuestamente, era más sencillo que el anillo de un senador, aunque esa regla se infringía a menudo. Ferox tenía uno, porque su mujer había insistido, pero odiaba ponerse cosas en los dedos, así que lo llevaba en una cuerda, colgando del cuello.

—Se me salía todo el rato, mi señor. Lo están ajustando.

Adriano no se creyó ni una palabra.

—Y no me has agradecido que te nombrara rey.

—Soy un soldado, mi señor. Voy a donde me envían y hago lo que me dicen. —El rostro de Ferox estaba rígido, con la expresión impasible de un soldado que tiene que tolerar a un oficial superior, pero dejó que se suavizara durante un momento—. Sin embargo, mi esposa está encantada, así que gracias.

Adriano gruñó, divertido.

—¿Y Falco?

—Obedeció las órdenes, mi señor. Es un buen hombre, si permites que te lo diga un simple miembro del orden ecuestre.

El emperador suspiró. Ferox era casi tan irritante como útil.

—¿Pero?

—El antiguo *legatus Augusti* estaba muy ocupado, mi señor. Había mucho que hacer: perseguir a los asaltantes; luchar, si había un enemigo al que pudiéramos atacar; y parlamentar mucho. Nunca escatimó esfuerzos, ni una sola vez, y estaba cansado… Creo que no le quedaban energías para este proyecto. Pero obedeció, mi señor, y cumplió con su deber. Como el mejor.

Falco había delegado la tarea en sus subalternos, y Adriano no podía culparlo, aunque desearía que hubiera habido una sola mente supervisando el proyecto, en lugar de muchas. Las instrucciones del *princeps* se habían copiado, adornado e interpretado de formas sorprendentes.

Algo de lo que habían hecho sí estaba bien; muy bien, de hecho: el puente sobre el río Tinea. Aunque también era verdad que el ejército ya había construido su buena ración de puentes, así que en las cuadrillas solía haber hombres con experiencia, que ya habían realizado ese trabajo en el pasado. Su habilidad para acordarse de los rostros le resultó útil, y recordó a un centurión que había trabajado en el gran puente de Trajano sobre el Danubio.

—Me alegro de volver a verte, Sabino —exclamó.

Luego preguntó a aquel hombre detalles sobre la construcción y sobre las pequeñas peculiaridades propias de cada proyecto. A Adriano no le importaba ensuciarse, escalar por las obras y meterse en el barro del río.

En los días siguientes, fueron avanzando gradualmente hacia el este. El terreno ascendía, lo que significaba que también lo hacía la línea del muro, siguiendo las subidas y bajadas de las suaves laderas de las colinas.

—¿Y dices que estos montes no son nada comparados con los de las tierras que hay más al este? —preguntó Adriano.

—A partir de aquí, el terreno es bastante bajo durante un buen trecho. Luego, hay colinas altas durante un tramo. Y después es más fácil y llano hasta la orilla opuesta —confirmó Ferox.

Cada día, Adriano cabalgaba durante un rato junto a Ferox, seguido por un par de *singulares Augusti*, sus guardias a caballo, y por el resto del séquito imperial a más distancia.

—Hablar contigo hace que empiece a sospechar de todo el mundo —afirmó el emperador—. Aprendo cosas, desconfío, y luego es mucho más refrescante volver a tener una conversación educada con mis oficiales y *comités*.

Ferox había llegado con los informes de las incursiones de los selgovae y el resto de las tribus. Comentó que sospechaba que vendrían más, y que estaba sorprendido de que hubieran empezado tan pronto.

—Así que no eres infalible después de todo. ¡Demos gracias a Júpiter!

Adriano ya había respondido emitiendo una nueva orden para Nepote. El tercio occidental del muro se estaba levantando en tepe, no en piedra. El ejército sabía cómo construir con tepe y madera mejor incluso que hacer puentes, porque utilizaban aquellos materiales para los campamentos provisionales y en muchos otros tipos de construcción.

Entendían cómo usarlos, y podían edificar con ellos rápidamente, por lo que el *princeps* había ordenado al legado concentrarse en que esa sección estuviera completada en bruto el final del verano; y que, a finales de año, se hubieran terminado las partes más complicadas, como los castillos miliares, que se construirían aproximadamente cada milla. El oeste era, sin duda, el sector más vulnerable a corto plazo, por lo que lo levantarían lo más rápido posible.

—No había previsto que en estas regiones hubiera tal cantidad de campos de cultivo —comentó Adriano—. Pensaba que serían demasiado frías y húmedas, excepto en algunas zonas.

Estaban cabalgando junto a una granja familiar, mientras dos niños pequeños y muy embarrados los observaban con fascinación. En aquel tramo, el recorrido de la muralla no era más que una hilera de banderas y estacas clavadas en la tierra, con cuadrados que marcaban las torres y unos rectángulos más grandes para los castillos miliares. Adriano les guiñó un ojo a los niños, que salieron corriendo entre chillidos.

—Bueno, supongo que no se ven muchos emperadores por esta zona.

—Ni barbas, mi señor.

Dos pares de ojos se asomaron con cautela, refugiados tras una valla.

—Entonces, ¿usan arados, o simplemente escarban la tierra y plantan las semillas en filas con una pala?

La curiosidad de Adriano se extendía a muchos temas, y a menudo pensaba en voz alta, sin buscar que le dieran la respuesta, porque le gustaba resolver enigmas.

—Esperaba que hubiera más bosques.

Los árboles eran un problema; o, más bien, la falta de ellos, como le explicó un centurión que trabajaba en un tramo de cimientos, un poco más adelante. En aquel momento, todo el personal del *princeps* se había reunido a su alrededor.

—¿Y no hay problema con la piedra? —preguntó Adriano.

—No, mi señor. Hay gran cantidad disponible, en casi todas partes. No creo que tengamos las canteras lejos, en ningún lugar de este tramo, ni en cualquiera de los otros en los que ya he estado. Tendremos que transportar la piedra media milla como máximo, y, casi siempre, menos que eso. Es dura, y no muy bonita, pero servirá. Guardaremos los mejores bloques para el frente de cada uno de los lados, y en la parte intermedia meteremos lo que sea. La arcilla probablemente servirá para compactarlo bien y, a veces, podemos dejarlo suelto. Eso significa que deberíamos tener mortero suficiente para toda la obra.

—¿Pero no madera? —El emperador seguía desconcertado.

—No, mi señor, con perdón. Ya ves que solo podemos construir un muro independiente hasta esta altura. —El centurión levantó la mano al nivel del pecho, con la palma hacia abajo—. No puedes llegar más arriba, a menos que tengas algo sobre lo que apoyarte.

—Andamios —dijo Adriano. Al fin y al cabo, resultaba obvio.

—Sí, mi señor, en efecto. Necesitamos madera para levantar armazones y plataformas. Entonces podemos subir un nivel más. —De nuevo, usó la mano para marcar la altura—. Y luego otro, y otro, y así sucesivamente. Por el momento, nos sobran hombres, porque no queda buena madera para seguir trabajando. Una vez que terminamos un tramo, tenemos que desmontar los andamios y llevárnoslos para construir otra sección.

Todo aquello tenía lógica. Y era otra razón para enviar a más soldados al oeste, donde podían usar su equipo estándar para terminar el sector de tepe. Aun así, le molestó un poco no haber entendido el problema mucho más rápido, porque realmente era obvio.

—La cosa debería ser más fácil cuando lleguemos al oeste —prosiguió el centurión, que había notado el interés de Adriano y la rara capacidad del *princeps* para comprender aquellas explicaciones, así que comenzó a hablar en un tono de ingeniero a ingeniero—. Es algo nuevo para nosotros, ya ves, un muro de piedra independiente como este. Nadie lo había hecho antes.

Eso era cierto, y Adriano se sintió orgulloso de la originalidad de su idea. Las paredes de las fortalezas estaban respaldadas con bancos de tierra, incluso siendo de piedra. Eso significaba que aquel hombre tenía razón. El ejército nunca antes había construido un muro de piedra independiente, especialmente, de aquel tamaño. El año anterior, en Germania, había inspeccionado algo parecido a un muro, pero en realidad era solo una gran cerca, una simple empalizada hecha de una sola fila de postes, fáciles de encontrar en aquella tierra boscosa. Era sencilla, porque no necesitaba ser más que una simple barrera para ayudar al ejército a evitar que alguien entrara o saliera de la provincia sin permiso.

Él había previsto algo diferente para Britania, y no solo porque supiera que aquel lugar carecía de las interminables hileras de imponentes árboles de Germania. No había ríos de un tamaño y un trazado que pudieran servir de fronteras, a la manera del Rin y el Danubio, sino montañas, u otro tipo de barreras naturales. Por lo tanto, la solución más simple era construir un muro. Sin embargo, y al igual que pasaba con la guerra, lograr algo sencillo rara vez resultaba fácil.

—¿Por qué son tan anchos? —preguntó Adriano.

El centurión se quedó mirando los cimientos, de unos doscientos pasos de largo, que sus hombres casi habían completado, como si los viera por primera vez. Frunció el ceño, se rascó la barbilla, notó que tenía un poco de barba, lo que era vergonzoso, y luego recordó que estaba en presencia del *princeps*. Se puso rígido.

—Órdenes, señor. —Hubo un silencio, así que, al rato, añadió—: Eso es lo que nos dijeron que querían. Diez pies. Ni más ni menos.

Adriano contuvo un suspiro. No era culpa de aquel hombre, pero eso ilustraba la diferencia entre unas instrucciones planteadas como simples directrices y la forma en la que se implementaban. Pensando en retrospectiva, recordó que le había preocupado que el muro fuera una construcción independiente. No quería usar una piedra fina y bien tallada, ni abundante mortero para fijarla con solidez. Tenía que ser algo fácil, que utilizara solo materiales locales, y lo más rápido y barato posible. También necesitaba mantenerse en pie a pesar de la erosión del viento, la lluvia y la escarcha. Eso requería una construcción simple, necesariamente sólida y, por lo tanto, ancha. Recordaba vagamente una frase del tipo «*Bien hecho para resistir los rigores del clima y que no necesite reparaciones frecuentes, por lo que tal vez deba alcanzar los diez pies de anchura cuando sea necesario*».

En algún momento de la transmisión, a medida que se copiaban las órdenes, se embellecían y se comunicaban, aquello se había convertido en «*Construidme un muro de diez pies de ancho*». Estaba seguro de que eso habría provocado un montón de suspiros y negaciones de cabeza. La mano de obra estaba integrada por soldados, pero los encargados eran ingenieros, por vocación y con experiencia, y esos eran todos iguales.

La visita continuó, deteniéndose en todos los lugares donde se estaban haciendo obras, incluso en su estadio inicial. Adriano había anunciado que quería verlo todo, así que eso era precisamente lo que los oficiales a cargo le mostraban. Había largos tramos en los que no encontró nada, solo banderas, pero era fascinante tener la libertad de montar a caballo y hacer frente a aquel problema. Ya estaba redactando mentalmente un cambio de órdenes, reduciendo el grosor del muro de diez pies a siete u ocho, según lo que se ajustara mejor a cada tramo. El ahorro en piedra y en horas de trabajo sería inmenso.

Las primeras noches descansaron en algunos de los campamentos temporales construidos por las partidas de trabajo, o en una base más permanente, si es que había alguna cerca. Aunque la escolta personal del emperador y su séquito rara vez sumaban más de cincuenta hombres, había varios cientos de *singulares Augusti* desplegados en las proximidades, apoyados por un número similar de caballería auxiliar y muchos más legionarios y auxiliares a pie, estacionados como piquetes o patrullas en los alrededores. Cualquier torre que ya se hubiera completado, estuviera exenta o en uno de los castillos miliares, tenía guardias apostados noche y día. Aun así, Ferox seguía preocupado, porque solo un necio podía despreocuparse en una región como aquella.

—La preocupación y el poder van de la mano —le había dicho Claudia Enica, una noche—. Tendrás que acostumbrarte.

—Esperaba que tú te ocuparas de eso por mí.

—Ja, típico de los hombres. Recuerda, cada vez que veas una oportunidad, intenta convencer al *princeps* para que haga que a la gente cuyas tierras queden atravesadas por el muro le resulte más fácil reclamar una compensación. Tal y como están las cosas ahora, es demasiado complicado

y… Estate quieto, esto es importante… ¿Por dónde iba? Ah, sí, ahora necesitan pruebas escritas, y eso es algo que nadie tiene, y luego… te he dicho que te estés quieto, y lo digo en serio. Quieto, o daré órdenes de que te ejecuten. Los jefes tribales saben quiénes son los dueños de cada tierra, y yo puedo encargarme de supervisar a los jefes. Eh, eh., para. Estamos en una tienda, ya sabes. Ya no tienes edad para esas cosas. Así, mejor. Tendría que bastar con que presentaran un testigo respetable. Y no quieren dinero a cambio, sino algo útil. ¿Lo entiendes?

—Sí. ¿Y yo qué consigo?

—Nada, como no te portes bien. Tienes que hacer esto, esposo, por mi pueblo, que ahora también es el tuyo. Y tienes que hacerlo antes de irte. ¿Cuándo será eso?

—Pasado mañana. El emperador no me necesita durante un tiempo y yo tengo que… ocuparme de unas cosas.

—¿Crees que todo irá bien?

—No lo sé. Pero ten mucho cuidado. Mucho.

—Sí, mi rey —dijo ella mansamente, en tono de burla.

Después, mucho después, cayó dormida. Y él se quedó observando el techo de la tienda y escuchando cómo su esposa soltaba de vez en cuando frases claras y coherentes.

—Bien, procedamos así —fue una de ellas.

A los romanos les gustaban los presagios. Los veían en los lugares equivocados y los interpretaban de forma errónea. Si él fuera realmente un ciudadano romano y un *eques*, como le habían dicho, probablemente se habría sentido animado por las palabras de su esposa, pensando que un dios se las había inspirado para predecir su éxito.

En lugar de eso, se quedó despierto, intentando prever todas las posibilidades, los diferentes los ataques y sus combinaciones. Sobre todo, le preocupaba perder a la mujer que yacía a su lado, envuelta en casi todas las mantas, mientras roncaba suavemente.

En las montañas

Unos días antes del festival de Lug

Pasó tres días solo en la cima de la montaña, escuchando, sin oír nada. Eso no le molestó. El camino seguía despejado. Y él lo recorrería. No había nada más que ella, su espíritu guía, pudiera decirle hasta que él llegara al final del recorrido. No había ido allí en busca de respuestas, sino a crecer, a nutrir el poder que se acumulaba en su interior y a encontrar la calma antes de las pruebas que vendrían. Sentía que ella estaba allí, observando, y que, simplemente, no tenía nada importante que decir.

Había hecho el amor con su mujer antes de irse y no volvería a tomarla hasta su regreso. Estos no eran tiempos para el amor, para la carne entregada gratuitamente, porque eso disminuía sus fuerzas. Solo tendría éxito si su poder se encontraba en su punto máximo y su propósito era claro.

Aun así, se despidió de Vinda cuando regresó al fuerte para reunir a sus hombres. Ella le dijo que llevaba otro niño en el vientre, fruto de esa última noche juntos, y quizás tuviera razón. En cierto modo, la idea le complació, pero su alma ya no miraba hacia el hogar, no de momento.

La venganza estaba cerca. El liberto calvo, ese tal Sosio, se encontraba allí. Tenía información, información fresca, de alguien en los altos círculos, que sabía dónde estaría Adriano, y cuándo.

Al atardecer, sus guerreros escogidos empezarían a desplazarse con sigilo hacia el sur, viajando en grupos de dos, tres y cinco integrantes. Esa era la costumbre de los siluros y lo que él les había enseñado. Una partida de asaltantes se dispersó, pero todos sabían dónde reunirse cuando estuvieran cerca de su objetivo. Viajarían principalmente de noche, y algunos se disfrazarían de comerciantes y viajeros. Un grupo de hombres especiales acompañaría como escolta a Sosio y a otros romanos, con las pieles guardadas entre el cargamento de las mulas. Otros tantos de sus hombres irían encadenados, como esclavos listos para la venta.

Había otros fardos en las mulas, en los que llevaban cosas que necesitarían y que debían permanecer escondidas hasta el último momento. Más de veinte de sus hombres eran exsoldados, o él les habían enseñado a adoptar el aspecto de los legionarios y a actuar como tales. A estas alturas ya estaban equipados adecuadamente y por completo, así que podrían acercarse más a su objetivo. Incluso el emperador estaría orgulloso de tenerlos a su lado, hasta que fuera demasiado

tarde. Sosio los había ayudado, y gruñó de satisfacción al ver cómo daban sus últimos pasos.

No había necesidad de apresurarse. Tenían tiempo de sobra, así que podrían hacer las cosas con cuidado, de modo que todo pareciera natural. Nadie se fiaba de los novantae o los selgovae, pero no había razón para que vieran nada raro en un grupo de viajeros aislados.

Él cabalgaba solo, acompañado por un niño, por delante de todos los demás, viajando solo de noche. Sosio le había dado mucha información sobre un lugar que parecía ideal. Él lo conocía, lo recordaba, porque habían pasado cerca durante la gran incursión. Los siluros enseñaban a sus hijos a entender la tierra, a buscar lugares para evitar a los enemigos y lugares para matarlos. El verano pasado, él había vuelto allí, para investigar lo que estaban haciendo los romanos.

Avanzó durante tres días, dejando que su caballo pastara al cuidado del niño. Se preguntó si algún día su hijo realizaría aquella tarea para él, pero desechó ese pensamiento. Ella no le había prometido una larga vida, pero sí le había prometido venganza. Con suerte, su hijo —o hijos, tal vez— crecerían fuertes y saludables, y se convertirían en guerreros capaces de dar caza a sus enemigos y de vivir libres.

Los romanos habían avanzado mucho en la obra desde su última visita. Y había algunas cosas que Sosio y sus espías no habían visto, o que quizá no habían entendido. El liberto era un asesino, pero no un guerrero ni, mucho menos, un hijo de los siluros.

Los observó durante largo tiempo, analizó las patrullas y las cuadrillas de trabajo que iban y venían, y se maravilló de la arrogancia de aquellos individuos, que creían poder domar el paisaje como si estuvieran adiestrando un perro. Los hombres que tenían perros rara vez entendían a los lobos. Al día siguiente se escondió en otro lugar, uno de los muchos bosquecillos en el sinuoso valle del río, y volvió a estudiar a los soldados y sus rutinas. Las cosas serían diferentes cuando llegara el emperador. Pero, aun así, los hombres tendían a seguir por pura costumbre los caminos familiares.

Satisfecho después de haber visto todo lo que necesitaba, y de saber que lo recordaría, esa noche volvió a donde estaba su caballo. Por el camino, tuvo la sensación —solo la sensación— de que alguien lo observaba. Se quedó quieto, protegido por un arbusto. Bajo él había una pendiente que descendía hasta el río cantarín. No había nada que pudiera venir desde esa dirección, así que se tumbó y esperó.

Sus sentidos se desvanecieron. Un lobo aulló, triste y solo. Los lobos eran raros en aquellas tierras. La mayoría habían sido expulsados por los granjeros y los pastores. Vivían en las colinas y montañas, sobre todo en esta época del año, en que los hombres llevaban sus rebaños a los pastos de las alturas.

El animal volvió a aullar, un poco más lejos, y él escuchó, débilmente, la respuesta de la manada.

El camino está despejado, le había dicho ella. Y así era.

XXX

Entre Banna y Magnis

Ocho días antes de los idus de junio

La partida imperial se había instalado en Vindolanda. El emperador residía en la *mansio* construida a ese propósito, junto a algunas otras personas favorecidas, mientras el resto se repartía entre el *praetorium* y los edificios más respetables de las *canabae*. Encantado, Cerialis descubrió que alguien había alquilado la antigua casa de Flora, la había limpiado a fondo y había encontrado enseres para amueblarla de forma adecuada. Por lo que parecía, no había escasez de camas.

—Lástima que no hayan mantenido también al antiguo personal —dijo.

A Claudia Enica le gustaba el procurador. Y, como la amiga más íntima de su esposa, sabía que aquel hombre casi siempre obtenía el placer fuera del lecho conyugal. Ese arreglo solía ser satisfactorio para ambas partes, y resultaba bastante común entre los romanos acomodados.

—Ten cuidado, Lepidina me dijo que te vigilara —le comentó, sonriendo.

Por alguna razón, le vino a la mente esa otra Claudia, la amante de Prisco, y se preguntó qué habría sido de ella. Adriano no era de los que fomentaban ese tipo de liviandades entre su personal.

El procurador se sintió casi igual de complacido al descubrir que bastantes delos *singulares Augusti* eran compatriotas suyos. La unidad había recibido el sobrenombre de bátava, pero esas denominaciones no significaban mucho en el ejército, sobre todo a medida que pasaba el tiempo. Se había reclutado entre lo mejor delos hombres enviados a Roma procedentes de las *alae* auxiliares —y, a veces, de la caballería de las cohortes, si alguno de sus integrantes mostraba un valor o un talento realmente excepcional—. Había galos, sirios, mauritanos, tracios, algunos hispanos y germanos, pero también unos cuantos bátavos, encabezados por un veterano de barba gris llamado Sorano, que aclamaba a Cerialis como rey.

—¿Dónde aprendiste a usar el arco? —le preguntó el procurador, porque entre su pueblo no había una verdadera tradición en el manejo de esa arma.

—En el ejército —respondió el hombre.

Conservaba un fuerte acento de Renania, seguramente mantenido adrede, porque hablaba

latín y griego con fluidez. Los *singulares* siempre habían permitido que algunas *turmae* y algunos individuos usan armas diferentes, algo que Adriano quería fomentar entre el resto del ejército. Sorano era jinete y arquero. Llevaba por arma uno de esos arcos compuestos cuidadosamente fabricados, originarios del este, que el ejército había copiado.

—Dicen que tu hombre es muy bueno —le comentó Claudia Enica al procurador.

—Has estado oyendo los chismes de los soldados.

—Sí. Uno me ha dicho que el regimiento hizo que sus caballos cruzaran a nado el Danubio para que Adriano pudiera impresionar a una delegación de líderes tribales. Sorano disparó una flecha alta, y la alcanzó con una segunda flecha antes de que cayera al suelo.

—Él se quedará contigo, además de otro soldado… y, sí, otro de los míos. Es un favor especial para Ferox, así que no te niegues. El *princeps* lo sabe y lo aprueba.

Cerialis tenía que volver a Eboracum a la mañana siguiente, porque había un problema con los rendimientos que habían enviado los oficiales a cargo de una gran hacienda imperial.

Claudia sabía que lo iba a echar de menos. Había algunas esclavas en la *mansio*, y, obviamente, también en la casa del comandante de la guarnición, pero la reina era la única mujer respetable del grupo imperial, aunque algunos de sus miembros de más edad, los más tradicionales, podrían cuestionarlo. A medida que pasaba el tiempo, la visión de una Claudia Enica ataviada con pantalones y botas y que cabalgaba a horcajadas se iba volviendo cada vez más familiar y, poco a poco, menos impactante. Sin embargo, el *princeps* valoraba su opinión y, a menudo, le pedía consejo sobre cuestiones relacionadas con los brigantes y sus vecinos, ya fueran parientes o enemigos. Todas las respuestas que ella le daba mostraban conocimientos e inteligencia, así como una buena dosis de ingenio. Lentamente, la reina había conseguido encandilar a la mayoría de los hombres mayores y a casi todos los jóvenes. Incluso había empezado a conquistar a aquellos que no quedaban conmovidos por su apariencia —ya fuera porque preferían una tez más oscura, unas formas diferentes, a mujeres de otra edad, o porque tenían un interés limitado en las féminas.

Resultaba duro montar a caballo en el terreno escabroso del centro de la región y, a veces, incluso el emperador prefería ir a pie. Pertaco parecía estar en todas partes. Tenía que ayudar a dirigir la línea de defensa exterior, pero siempre se las arreglaba para aparecer cerca del emperador y ofrecerle su ayuda. Una mañana, el ansioso tribuno, siguiendo las instrucciones del *princeps*, ordenó que se apostaran hombres en todos los sitios donde estaba planeado construir torres que aún no se habían erigido. Al propio Pertaco se le ocurrió la idea de que cada uno sostuviera una vara de unos veinte pies de alto y terminada en un gallardete rojo intenso para simular la altura de la torre.

Adriano se quedó impresionado. Él y su séquito cabalgaban por el camino del fondo del valle, tras las crestas por las que se extendería el muro.

—Bien.

Quienquiera que hubiera proyectado aquella sección había comprendido sus intenciones.

—No todas las torres pueden verse entre sí, mi señor —le explicó otro centurión—. Pero sí son visibles desde el camino principal y desde las bases.

El emperador daba la impresión de pasar mucho tiempo hablando con los centuriones de las legiones, y eso le hacía sentirse a gusto.

—¿Y allí? —Adriano señaló hacia atrás, en dirección a Vindolanda—. ¿Esa torre es la que

está en la colina que hay sobre el fuerte?

—Sí, mi señor. Desde allí arriba, los hombres pueden recibir cualquier señal o enviar una. El fuerte no puede ver el muro en sí, pero sí divisa la torre, y esta puede ver el muro. Hemos hecho lo mismo en otras secciones en las que no se podía seguir una línea recta. En algunos sitios, ha bastado con quitar un par de árboles que bloqueaban la visión. Sobre todo, cerca de Banna. Por allí hay muchos bosques, pero los estamos talando para usar la madera y para dar una mejor visibilidad.

—¿No necesitan verse también entre ellas? —preguntó Nepote, que intentaba comprender la idea general—. Las torres, quiero decir. Están a…, ¿cuánto?, a una distancia de no más de un tercio de milla con respecto a las puertas. De ahí es de donde puede llegarles con mayor rapidez la ayuda. Al menos, en casi todas las secciones de la línea.

—Pero no servirían de gran ayuda si hay muchos enemigos —le dijo Adriano—. Los hombres de las torres están ahí para vigilar, no para luchar. Lanzan la señal de advertencia, como un perro que ladra al oler a un ladrón. Esa advertencia podría bastar para asustar a los asaltantes. Si no, hay que empezar a pensar en cómo lidiar con ellos. Recuerda, no solo tienen que saltar el muro para entrar, sino que también tienen que volver a cruzarlo de vuelta a casa.

—Y nosotros defendemos todas las puertas —dijo el centurión con entusiasmo, antes de darse cuenta de que podría haber interrumpido al emperador. Se puso pálido.

—Eso es —dijo Adriano—. Nosotros defendemos las puertas. Y no podrán conquistar una a menos que vengan en grandes cantidades y estén dispuestos a asumir pérdidas y a gastar tiempo en el ataque. El tiempo es lo importante: lo que tardemos en dar la alarma para saber qué está pasando, y dónde; lo que tardemos en reunir suficientes tropas para caer sobre ellos. —Ahora, su tono era tan entusiasta como el de su centurión—. Todo esto se hace con ese fin. Para que cada etapa sea más difícil y más lenta para ellos. Para que a nosotros nos sea más fácil y rápido darnos cuenta de que se está produciendo un ataque. Luego, respondemos y los aplastamos. Esa es la etapa final, pero, sin ella, nada de lo demás importa.

Tenemos que caer sobre ellos antes de que lleguen a casa, y aplastarlos. ¡*Thetatus*, como dicen los muchachos! Ya no volverán a casa para jactarse y exhibir su botín. Ya no volverán a casa, simple y llanamente.

El emperador miró los rostros a su alrededor, especialmente los de Nepote y los oficiales superiores, y se preguntó si lo habían comprendido bien. Al igual que ocurría con el muro independiente, nadie había hecho nunca nada parecido, pero ninguna otra provincia ofrecía una zona estrecha como aquella, que se pudiera defender… ¡si una distancia de ochenta millas podía considerarse estrecha! En esencia, otras provincias que lindaban con zonas más o menos hostiles trabajaban sobre el mismo principio, pero las soluciones tenían que ser diferentes cuando se trataba de terrenos más extensos.

—¿Y qué pasa si no vienen, mi señor? —La pregunta provenía de la reina de los brigantes. Nadie más parecía tener nada que decir.

Adriano vio un brillo en aquellos ojos verdes, que sugería que Claudia era consciente de la ironía, y comprendió que la pregunta que ella le planteaba ayudaba a que él pudiera explicarlo mejor.

El *princeps* abrió los brazos y sonrió.

—Ese es el verdadero objetivo. Si este muro y las tropas que lo defienden hacen que sea

demasiado difícil asaltar las tierras al otro lado, al final dejarán de intentarlo. Verán el muro que recorre las cimas de las colinas y comprenderán que representa el poder abrumador de Roma. Será como el ladrido de advertencia delos perros guardianes. Intenta cruzar esto y sufrirás un tremendo dolor. Y, probablemente, no vuelvas más. Puede que se tarde un tiempo, pero, al final, aprenderán. Una vez que lo hayan hecho, podremos reducir el número de soldados estacionados aquí de forma permanente. Sencillamente, no serán necesarios, gracias al muro. Ese es el objetivo: que la piedra, el tepe y las estacas afiladas hagan el trabajo duro, en vez de los hombres.

Nepote asintió varias veces. Adriano no sabría decir si realmente lo estaba entendiendo o si se limitaba a mostrar abiertamente su apoyo, para complacer al *princeps*. Una de las pequeñas alegrías del poder supremo era que todos se mostraban de acuerdo contigo. ¿Qué había comentado un erudito senador sobre él?

«*¡No se discute con un hombre que tiene treinta legiones!*». En consecuencia, resultaba muy difícil saber lo que los demás pensaban y creían en realidad. ¿Lo habían entendido lo bastante bien como para conseguir que aquello funcionara?

—Necesitaremos muchas unidades de caballería —dijo Nepote al cabo de un rato. Eso era bueno, indicaba que sí lo había comprendido—. Para darles caza antes de que se escapen.

—En efecto —asintió Adriano—. Aunque, en realidad, eso es algo que siempre necesitamos. La velocidad es una gran ventaja. Pero recordad que, a menos que asalten una puerta para poder entrar, probablemente irán a pie. ¡Al fin y al cabo, es difícil conseguir que un caballo supere una pared de quince pies de altura!

Hubo risas, como era de rigor, porque ¿cómo podía no haberlas cuando el *princeps* decía algo ingenioso?

—Podrían usar una *ballista* grande —sugirió Nepote.

El hecho de que fuera el oficial superior, unido a la carcajada que soltó Adriano, lograron que aquella broma también tuviera mucho éxito.

Sin embargo, el emperador empezaba a sentirse preocupado. Una idea le rondaba la cabeza. Una duda que no tenía que ver con que su gobernador y los demás oficiales hubieran entendido de verdad su propósito, sino con sus propias conclusiones. Pensaba en el muro como si estuviera ya terminado. La necesidad de acelerar la construcción del sector de tepe era una buena muestra. Querer que algo sucediera no hacía que se concretara al instante y funcionara tan bien como uno tenía en mente. Existía un riesgo real de que hubiera problemas antes de que todo estuviera listo; sobre todo, si las tribus comprendían lo que traería consigo la finalización de las obras. Bastarían unas pocas derrotas y todo el mundo se pondría a murmurar sobre las ínfulas de grandeza del *princeps* y sus caprichos sin sentido.

A eso se sumaba otro tema que lo preocupaba aún más. Se trataba de alcanzar al enemigo antes de que escapara, y de matarlo o capturarlo. ¿Quién se encargaría de hacerlo? Aquí, los planes de Adriano también contemplaban la versión final: un muro perfecto y completo, que rara vez tendría que lidiar con una incursión, porque su simple existencia haría que las incursiones fueran virtualmente imposibles. Se necesitaría algo más, o varias cosas más, para que todo funcionara a corto plazo.

—Recordad que también habrá gente honesta que necesite cruzar al otro lado —dijo Claudia Enica, una vez que las risas se calmaron—. No todo el mundo es un bandido. Algunos miembros de mi propia tribu vivirán al norte del muro. Seguirán siendo brigantes, súbditos míos y leales

aliados de Roma.

—Sí, señores, y señora, por supuesto, eso es algo que no hay que olvidar. Roma no se detiene aquí. Esto es una barrera para aquellos que quieran hacernos daño, no para los nuestros. —Adriano estiró los brazos hacia arriba, en el gesto más cercano a un bostezo que un emperador podría llegar a realizar en público, incluso en un lugar como aquel—. Vamos, por hoy ya hemos trabajado bastante. ¡Cabalguemos de regreso a Vindolanda!

Al día siguiente se dirigieron al oeste. Partieron antes del amanecer y recorrieron una buena distancia. El prefecto de Magnis había intentado convencer al emperador de que se quedara en el fuerte, ofreciéndose a renunciar al *praetorium* —presumiblemente para desalojar a uno de sus centuriones y mantenerlo encerrado en sus habitaciones durante un par de noches—. Adriano le agradeció su amabilidad, pero se negó. En Vindolanda le habían construido una *mansio* mucho más grande de lo necesario, y lo menos que podía hacer era alojarse allí el mayor tiempo posible. Además, le gustaba aquel sitio, a pesar de los mosquitos que pululaban al aire libre por la noche. Otra ventaja era que, al tener que cabalgar cada día para inspeccionar las diferentes posiciones, tenía más tiempo para entender aquella tierra. Al día siguiente se dirigieron de nuevo al oeste, siguiendo la vía principal.

Un buen arquitecto trabajaba aprovechando el terreno. Solo lo cambiaba cuando no le quedaba otro remedio, porque, en una contienda entre el paisaje y el hombre, el paisaje partía con una gran ventaja, muy difícil de superar. Era preferible seducir a la tierra, y no intentar violarla. Aquella idea le pareció divertida. Como ya era hora y los caballos estaban calientes, dio la señal de trotar y, luego, de avanzar a medio galope. Se sentía bien. Estaba cabalgando con frecuencia, y largas distancias, algo que no ocurría desde hacía bastantes años. Pensó que había encontrado la solución para hacer que el muro funcionara correctamente desde el principio. Eso implicaba construir más, mucho más, lo que suponía un motivo de preocupación, ya que, incluso los cálculos aproximados que había hecho de cabeza apuntaban a un alto coste en material y mano de obra, puesto que muchos trabajadores necesitarían tener un alto grado de especialización. Su idea original era más sencilla, mucho más sencilla, pero no podía funcionar por sí sola.

Estaba casi seguro, y pensó que aquel mismo día tomaría la decisión definitiva, porque el ejército de Britania iba a mostrarle la sección más completa del muro. Los ejércitos eran así, se esforzaban por presentar ciertas cosas pulidas a la perfección, ya fuera un ejercicio en particular, un edificio, una máquina o, simplemente, un turno de guardia de soldados, preparando aquellas exhibiciones con más cuidado, esfuerzo y atención al detalle que la matrona más vanidosa y elegante de Roma. Todos sabían cómo funcionaba la cosa. Y, quien estuviera realizando la inspección —ya fuera el comandante, el gobernador o el emperador en persona— conocía el guion y sabía que tenía un papel que representar, parte del cual consistía en mostrarse impresionado y fingir no darse cuenta de que todo aquello era artificial, una muestra de lo que la unidad podía llegar a hacer, en lugar de lo que normalmente hacía. El truco, en el caso de Adriano, era quedarse admirado por las exhibiciones, comentando y criticando lo conveniente para demostrar que realmente había prestado atención, pero, al mismo tiempo, detectar todas las cosas que no querían que él notara y decidir hasta qué punto importaban.

Antes del final de la hora prima, llegaron a un *burgus* que se levantaba en una elevación, justo al lado de la calzada. Aunque no formaba parte de la inspección oficial, sería de mala educación que un *princeps* desatendiera a algunos de sus soldados. Había muchos de aquellos pequeños

fuertes en todo el Imperio, con espacio suficiente para albergar un destacamento que vigilara el tráfico a lo largo de la vía e hiciera cumplir la ley en un área amplia. Su comandante era un centurión ansioso, el *regionarius* local. Anunció que tenía bajo su mando a setenta y cuatro hombres, sesenta y dos de los cuales estaban presentes y aptos para el servicio, incluidos los centinelas de la torre de vigilancia. Adriano había visto la torre en lo alto del risco, al noroeste. Era más grande que las que él había planeado para el muro, pero estaba tan bien ubicada que los arquitectos habían tenido la sensatez de incluirla en el diseño, aunque tendría un aspecto un poco diferente al resto.

Adriano se esforzaba por recordar cada nombre, aunque estaba reuniéndose con muchos oficiales. En este caso, la imagen de la torre le trajo a la memoria un informe de Ferox y del propio *regionarius*.

—Eres Felicio, ¿verdad? Sí, claro que sí. Eres de gran ayuda aquí, y estás haciendo un espléndido trabajo. Muy bien, muy bien. Estoy seguro de que, algún día, te necesitaré para cosas más grandes. Pero, de momento, sigue haciendo tu trabajo igual de bien. ¡Y eso vale para todos vosotros! —añadió, alzando la voz.

Mientras se alejaban, pasaron junto a un campamento lleno de hileras de tiendas para las partidas de trabajo de los legionarios. El *princeps* respondió al saludo de un pelotón formado frente a la puerta principal, con las armaduras tan pulidas que casi deslumbraban. Había más hombres de los que requería el reglamento, lo que significaba que alguien se había esforzado para montar aquel espectáculo.

Se detuvieron en una cantera. El emperador desmontó y un *optio* rollizo, que sudaba profusamente en presencia de tantos oficiales superiores, le sirvió de guía. El lugar parecía estar bien administrado, con un montón de piedra de construcción ya cortada y apilada cuidadosamente en forma de pared, lista para su uso. Adriano consideró preferible ignorar los mensajes tallados en la cara del acantilado, con sus insultos, sus fanfarronadas y sus imágenes de penes.

El camino era bastante recto. Seguía la ladera sur del valle, porque por el fondo corría un arroyo. Al norte, los peñascos parecían la cresta de una ola alta. Había otras torres, algunas de las cuales no eran más que pequeñas protuberancias, y un montón de banderines para marcar el recorrido del muro. Adriano se preguntó con qué frecuencia los arrancaba el viento, y con qué frecuencia alguien tenía que llegar y plantarlos de nuevo. Como el emperador estaba de visita, todo tenía ser perfecto, aunque solo fuera durante unas pocas horas.

Aquella mañana prometedora se volvió gris y nublada. Poco después, el aire estaba húmedo, casi como si lloviera, aunque no caían gotas propiamente dichas. A Adriano no le importó, porque eso evitaría que hiciera demasiado calor durante la jornada, y tenían mucho trabajo que hacer. Acarició el cuello de su semental, uno de sus favoritos, y decidió que era el momento de galopar otra vez, frenando solo cuando la pendiente comenzó a descender hacia un valle poco profundo, justo detrás de Magnis. Ya había inspeccionado aquel fuerte y a su guarnición, por lo que no había necesidad de hacerlo otra *vez*. El prefecto estaba allí, con una guardia de honor, aunque la comitiva imperial se limitaría a pasar frente a ellos sin detenerse.

Además, se encontraba allí el tribuno Pertaco, un hombre bien parecido, que debía de haber sido un joven cautivador. Estaba supervisando los puestos avanzados de los jinetes y los soldados para cubrir el terreno por ambos lados, por si había algún bárbaro lo bastante estúpido como para

atacar cuando el ejército estaba en alerta. Adriano se percató de que el tribuno galopaba por la zona, dando órdenes, sentado muy erguido en la silla de montar y mirando hacia el horizonte con gesto de severa resolución. Era obvio que a aquel tipo le gustaba tener espectadores. Eso no era necesariamente algo malo, y el Imperio funcionaba —y siempre había funcionado— a base de promover a los aristócratas locales. Intuyó que a la reina no le gustaba Pertaco, y recordó la guerra de acusaciones sobre quién era culpable de la derrota en el norte, y la «preocupación» expresada por la escapada del tribuno. A decir verdad, aquel hombre parecía estar a la altura, aunque podría carecer de verdadero talento o valor. Eso no importaba demasiado, mientras nunca tuviera que enfrentarse a una situación en la que todo dependiera de él.

Siguieron adelante. El camino volvía a ascender suavemente y se acercaba a la línea del muro.

—¡Ah!

El *princeps* no pudo evitar detenerse y contemplar un momento la vista. Su séquito tardó en reaccionar, así que Nepote y unos cuantos más lo adelantaron estrepitosamente, chocando entre sí mientras avanzaban intentando no empujar el caballo del emperador. Adriano había pasado muchas horas pensado en aquello, dibujado bocetos, escribiendo sus pensamientos y haciendo cálculos, pero nada lo había preparado del todo para ver esas ideas hechas realidad.

Ante ellos se alzaba una versión en miniatura del *burgus*, un recinto rectangular de entre un cuarto y un tercio del tamaño de aquel. Estaba bien construido, con paredes gruesas, de unos diez pies de espesor y quince pies de altura hasta las almenas del parapeto. Tenía puertas en los lados norte y sur y, sobre la entrada septentrional, una torre rectangular de unos treinta pies de altura. En su parte superior había una plataforma abierta y, sobre ella, un auxiliar se mantenía erguido, con la lanza vertical. Su yelmo de bronce exhibía un brillo pálido, y tenía el escudo descubierto para mostrar su campo verde y su colorida decoración. No estaba en posición de firme, no del todo, pero casi, mientras oteaba hacia el norte, sobre el sinuoso valle boscoso que había frente a la torre. El humo se elevaba desde los edificios con techos de tejas, apenas visibles tras las murallas.

Adriano era consciente de estar sonriendo como un colegial emocionado. Al este no había más que un breve trozo de cortina de muralla que salía de la pared frontal del pequeño fuerte. Hacia el oeste se extendía el muro propiamente dicho, fuerte y ancho. Había centinelas de aspecto serio, que recorrían el camino de ronda de un lado a otro; eran muchos, lo que probablemente significaba que sabían que el emperador estaba a punto de llegar. El muro tenía la misma altura y anchura que las murallas del pequeño fuerte, y estaba construido en la misma piedra gris oscura, casi monótona, que, aun sin ser bonita, resultaba impresionante a gran escala. Una torre se elevaba a una distancia aproximada de un tercio de milla.

Delante del muro había un foso cuidadosamente excavado, profundo, con sección en forma de V, que aprovechaba la pendiente natural siempre que era posible. Entre el foso y la pared había filas de estacas afiladas, clavadas en ángulo. Algunas de ellas sostenían vigas de las que salían otros palos afiladísimos que creaban una sólida cobertura.

Era hermoso. Adriano se imaginó el muro, serpenteando sobre las alturas, avanzando más recto por las llanuras, extendiéndose de costa a costa. Era consciente de que tenía los ojos húmedos. Era algo cautivador, no con la belleza natural de una cúpula, de una hilera de columnas o del mármol pulido, sino por ser tan enorme, tan funcional. Nadie había hecho nunca nada parecido.

—Me pregunto si podríamos cabalgar un rato siguiendo el muro —dijo, al fin.

Hubo sorpresa y murmullos, porque ese no era el plan original. Aun así, nadie discute con un hombre que tiene treinta legiones, y un leve deseo del *princeps* era, naturalmente, una orden. Adriano dejó que se hicieran a la idea antes de explicarlo.

—Me gustaría verlo desde la perspectiva de un miembro de la tribu.

—¿Me pinto de azul y escenifico un ataque? —sugirió Claudia Enica animadamente.

El emperador rio entre dientes. Un instante después, todos los demás lo imitaron.

—Quizá la próxima vez, mi querida señora.

Cabalgaron frente al foso. Pertaco y otros oficiales galopaban y gritaban, apartando algunos de los puestos de avanzada para dar más espacio al grupo imperial. Adriano inspeccionó el muro y también las tierras que había frente a él. Habían avanzado hacia el este, descendiendo un poco desde la zona más alta. El terreno seguía siendo montañoso. Había sectores abiertos, pero también depresiones y barrancos, así como una gran cantidad de bosques que permitían ocultarse a los ojos de los centinelas, incluso de los que recorrían el camino de ronda o vigilaban desde lo alto de una torre. Cuando Adriano y su séquito cabalgaron hacia el oeste, comprobaron que la tierra empezaba a descender hacia el profundo valle de un río, que venía del norte y luego serpenteaba hacia occidente. Era el terreno perfecto para los asaltantes, o para cualquiera que deseara pasar desapercibido, y esa era razón principal por la que se había elegido esa zona para levantar allí un tramo del muro. Si la idea funcionaba bien en aquel sitio, con mayor razón funcionaría en cualquier otro lugar. Al *princeps* le alegró comprobar que los constructores habían modificado algunos detalles por propia iniciativa. Frente a cada una de las torres, el foso se inclinaba hacia atrás, hasta quedar casi pegado a la muralla, de modo que nadie podía esconderse en él sin ser visto, o sin que lo alcanzara un proyectil. Eso no figuraba en su plan original, y era bueno ver que se habían introducido ciertas mejoras. Se preguntó si habrían montado un escorpión en cada torre. Eso haría que resultara muy peligroso acercarse a ellas.

Descendieron a un barranco, algunas de cuyas cuestas eran casi precipicios, con un arroyo que se precipitaba desde lo alto para unirse al río principal. Mientras volvían a subir, el semental del emperador tropezó más de una vez. Más adelante había otro pequeño fuerte, una de esas estructuras a las que, en sus planes originales, él había denominado «puertas fortificadas», porque no se le ocurría ningún nombre mejor, aparte de algo tan vago como *praesidium*. No era tan grande como para ser un *burgus* y estaba construido en el muro, por lo que realmente formaba parte de él.

Este era igual que el anterior, el que había una milla más atrás, con un frontal de unos sesenta pies de largo. En la ladera, la torre se erguía sobre ellos, con su puerta terminada en arco. El centinela apostado sobre ella podría haber sido el gemelo del de la otra torre. Estaba erguido, tremendamente alerta, de una forma que habría hecho que Pertaco se sintiera orgulloso.

Adriano olfateó el aire.

—Vayamos con ellos y comamos algo. Huele bien.

—¡Abrid las puertas! —gritó Pertaco.

Aquel hombre parecía estar en todas partes, aunque Adriano no lo había visto llegar. Una de las puertas chirrió al abrirse. El *princeps* se imaginó al comandante de la guarnición haciendo una mueca porque se le había olvidado comprobar si las bisagras estaban engrasadas. Para cruzar el foso había un puente de tierra apisonada, con los laterales reforzados en madera.

Dos filas de soldados de infantería se cuadraron con estrépito, alineados a cada lado del

acceso. El semental de Adriano agitó las orejas y quiso acelerar, no por el ruido, sino porque el camino ascendía bruscamente hasta la puerta del otro lado. Con una leve presión de las piernas y un tirón de la brida el animal se calmó, pero el jinete estaba casi tan sorprendido como su montura. Tuvo que contener una sonrisa, porque la parte inferior de la puerta de enfrente estaba al nivel de sus ojos, de tan empinada como era la pendiente.

—Descansad —les dijo a los soldados—. ¿Eso que huelo es pan, centurión?

—Sí, mi señor. El horno está allí.

Señaló a la derecha de Adriano. Había un horno de barro junto a la esquina formada por la pared lateral y la principal.

—Espléndido. Me encanta el pan del ejército, sobre todo si está recién hecho y todavía caliente. No hay nada que se le iguale. ¿Puedo compartir un poco de vuestra comida?

Adriano pensó un momento en qué haría si el hombre se negaba.

—Por supuesto, mi señor. ¿Te gustaría comer en mis aposentos?

Había duda en su tono, una mezcla entre la esperanza de ser un buen anfitrión para el emperador y el temor a dispensarle un recibimiento miserable, porque las habitaciones que le habían sido asignadas no eran nada suntuosas.

—No, comeremos aquí fuera. —Adriano se giró y vio que los principales miembros de su personal estaban reunidos en un semicírculo, detrás de él—. Nepote, que alguien meta dentro los caballos y los atienda. Vamos a echar un vistazo a este sitio.

El emperador descendió de su semental y le tendió las riendas a un soldado, que se puso tan nervioso que casi dejó caer la lanza al intentar apoyarla contra la pared. Había dos largos edificios a cada lado del camino de entrada, cada uno con una galería baja. Tenían cimientos de piedra e hiladas del mismo material en la parte inferior, y paredes enlucidas, con entramados de madera, más arriba. Había varias puertas en cada uno, así como ventanas, nada menos que con paneles de cristal. Sin embargo, estaban en esa pendiente formidable, así que colocar los catres para dormir debía de ser todo un desafío. Era una pequeña base, bien provista y cuidadosamente construida, aunque el *princeps* notó que la piedra era áspera. Probablemente, era lo mejor que podían ofrecer las canteras más cercanas.

—Gracias —le dijo Adriano al soldado nervioso.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la izquierda, hacia unas escaleras de piedra que conducían hasta lo alto del muro. En muchos de los fuertes permanentes se usaban escaleras de mano o escalones excavados en el banco de tierra que había detrás de la muralla, así que era una gran sorpresa ver aquello. Ascendió a saltos, con la capa ondulando a su espalda. El centurión se apresuró a seguirlo. Entonces se dio cuenta de que el *legatus Augusti* también había bajado del caballo y que él no debía andar por delante de su superior, pero no estaba seguro de si tenía que hacer señas al comandante. Se sintió aliviado cuando Nepote siguió al emperador sin necesidad de que lo incitaran a hacerlo. Luego venía una mujer, una mujer hermosa, inconfundiblemente hermosa a pesar de su atuendo varonil, y el oficial comprendió que debía de ser la reina de los brigantes. Ella le sonrió, lo que fue muy agradable, y subió los escalones detrás del gobernador. El centurión dedujo que eso también estaba bien.

Adriano ascendió a la torre. El último tramo era una humilde escalera de mano que llegaba hasta una trampilla en el techo.

—Descansa, soldado —dijo al asomar la cabeza. No quería que el centinela se pusiera más

firme todavía, no fuera a romperse algo por la tensión—. No hay necesidad de andarse con ceremonias.

La vista era impresionante. El valle se extendía ante ellos, aunque había muchos sitios en los que esconderse. El muro avanzaba hacia su izquierda, cuesta abajo, pero como solo tenía una altura de tres hileras de piedra, era poco más que una línea oscura que atravesaba el campo. La estructura se curvaba para seguir el curso del río hasta que este giraba bruscamente hacia el sur. Ese era otro de los lugares que Adriano quería ver, una vez que hubieran terminado aquí. Más allá había otra subida empinada, la de una colina cubierta por una masa de árboles.

—¿Ese es el sitio al que los lugareños llaman Banna? —le preguntó al centinela.

—Sí, señor.

Adriano miró hacia su derecha y se dio cuenta de que volvía a sonreír al ver el muro en toda su altura y su gloria. Se tomó un momento para recuperarse y caminó hacia el parapeto de la parte trasera de la torre. A causa de la pendiente, solo podía ver los campos ondulados que asomaban sobre la pared del fondo, que se extendían hasta el horizonte en grandes franjas, cubiertos de cebada ya crecida. A media milla de distancia, tal vez menos, estaba el camino, aunque no podía verlo. Solo alcanzaba a vislumbrar la parte superior de una de las torres de un *burgus*, muy parecido al que habían visitado al principio de la jornada. La vista le hizo comprender lo especial que era aquel lugar, y no solo por la pendiente.

—¿A cuántos hombres tienes aquí? —le preguntó al centurión, que acababa de unirse a ellos.

—Treinta soldados, un *duplicarius* y yo, señor.

Parecía apropiado. Tenían sus pequeños barracones, como en un campamento de verdad, habitaciones acogedoras con buenas ventanas, hornos para hacer pan y un mundo propio, todo al mando de un centurión. Adriano inspiró. Había ochenta y un establecimientos similares en el plan, lo que significaba ochenta y un centuriones y dos mil quinientos soldados para habitarlos. Si los hombres estaban haciendo guardia en las torres, eso no dejaba a casi nadie disponible para responder a un problema, lo que no importaba mientras no surgiera ninguno. Mientras tanto, aquellos hombres estarían desplazados de sus unidades originales durante…, ¿cuánto tiempo?, meses, tal vez años. Aquel era un alojamiento pequeño y cómodo, si no te importaba tener que estar inclinado cuando te ponías de pie. Y a los soldados les gustaba tener un lugar en el que instalarse y mantenerse fuera de peligro. Eso estaba bien para ellos, pero significaba que la disciplina y el entrenamiento probablemente desaparecerían.

—Demasiado grande y, al mismo tiempo, demasiado pequeño —musitó Adriano en voz baja.

—¿Mi señor? —El centurión se preguntaba si había hecho algo mal.

El muro era una gran medida, y no se podía echar a perder por falta de recursos para realizar el trabajo adecuadamente.

—Nepote, necesitamos fuertes. También pueden levantarse en la línea de la muralla, porque eso no está demasiado lejos de la vía principal.

—Sí, mi señor —respondió el comandante.

¿Qué otra cosa podía decir?

En el valle

—Es una lástima que no tengas arqueros. De los buenos, quiero decir —comentó el romano.

Ahora, aquel hombre parecía audaz y lleno de arrogancia. Costaba mucho recordar que era el mismo tipo balbuceante y temeroso que le habían traído después de la gran victoria.

—Habrá muchas oportunidades de disparar. Al emperador le gusta subir a lo alto de las torres y suele cabalgar a la cabeza de su Estado Mayor.

—Una flecha rara vez mata limpiamente —dijo él, como respuesta—. Podría fallar si el viento sopla en ese momento o si el emperador se mueve.

—Tienes razón —concedió Pertaco—. Tenemos que estar seguros. La emperatriz cuenta con nosotros.

Él no replicó, porque le importaba un rábano la esposa de Adriano.

—En cuanto a la reina —prosiguió el tribuno—, estaría bien que muriera.

Él no tenía ganas de discutir sobre aquel punto. Ni tampoco de explicar a su interlocutor que, si el emperador moría, su esposa podría convencer al nuevo *princeps* de que se deshiciera de cualquier rey o reina menor. Los brigantes hablaban demasiado, pero Pertaco estaba nervioso, a pesar de sus fanfarronadas.

—Primero, Adriano. Los demás, si podemos —dijo con voz opaca—. Ahora, tenemos que irnos.

El tribuno llevaba consigo a un guardaespaldas. Era un gladiador o un luchador, con músculos sobreentrenados que hacían que sus brazos y piernas parecieran tensos e hinchados, y una cara maltratada por el oficio. Estaba vestido de soldado —de legionario, nada menos— pero resultaba obvio que se trataba de un guardaespaldas profesional. Era bastante normal que los ricos fueran acompañados de hombres así, incluso en el ejército. A los soldados no les gustaban y se mostraban cautelosos ante ellos. Evidentemente, cualquier oficial que sintiera la necesidad de una protección como aquella desconfiaba y estaba nervioso, así que era mejor no hacer enfadar a aquellos hombres si no había una buena razón.

El tribuno, con el gladiador cabalgando a su espalda, los guio a él y a veinte hombres vestidos de soldados auxiliares en dirección norte, hacia el *burgus*. Habían pasado dos días y dos noches escondidos en un bosque apartado, esperando el momento. Él había elegido para sus escudos la insignia de su antigua cohorte, a pesar de que estaba muy lejos, en Panonia. Con el emperador de visita, habría muchas caras desconocidas, muchos símbolos extraños por todas partes, y no era

probable que nadie hiciera preguntas, sobre todo cuando vieran al tribuno y a su guardaespaldas, que sí les resultaban familiares. El grupo tenía el aspecto de una *turma* de caballería cualquiera que estuviera haciendo su trabajo. Él llevaba un alto penacho amarillo en el casco, para hacerse pasar por su decurión.

Fueron directos al *burgus*. La mitad de ellos atravesó sin problemas el arco de entrada, porque las puertas estaban abiertas. El resto se quedó fuera.

—¿Está aquí el centurión? —preguntó Pertaco al centinela que vigilaba sobre la torre.

—No señor. Él y sus hombres están de guardia. Decio es quien está a cargo, señor.

El mencionado apareció, ajustándose la correa del casco bajo la barbilla.

—¡Señor! —saludó con gran formalidad.

Resultaba obvio que estaba nervioso y que sentía curiosidad, aunque no preguntó qué estaba pasando.

—Necesito soldados para un desfile extra. El emperador desea visitar la obra más de lo previsto. ¿Cuántos hombres te quedan?

—Veintiséis, señor, incluyéndome a mí. El resto está fuera, con el centurión.

—¡Ponlos a desfilar a todos! ¡Ahora! —Pertaco se giró—. Rufo, tus hombres pueden descansar. Llenad los odres de agua.

—Señor —respondió él.

Ese era el nombre que había decidido asumir. Rufo era el oficial que había estado a cargo de su *turma*. Era un hombre mezquino, uno de esos que ya no van a llegar más lejos en su carrera y que están resentidos por esa razón. Se desfogaba tratando a sus subordinados con crueldad, hasta que uno de ellos estalló y lo mató, para después desertar.

Le pareció que aquel sería un nombre adecuado.

La guarnición salió rápidamente, mientras Pertaco les gritaba que se apresuraran.

—Tú —señaló a uno de los guerreros disfrazados—. Sube a esa torre y dime si ves a la escolta imperial. ¡Vamos, muévete!

Él notó que uno de los hombres de la guarnición ponía los ojos en blanco ante el alboroto que estaba montando el oficial. Era un veterano y ya había visto de todo.

Decio golpeó el suelo con el pie al cuadrarse y volvió a hacer el signo de saludo oficial.

—¡Todos presentes, señor!

—Bien. Elige a veinte hombres y ven conmigo. ¡A paso ligero!

Pertaco dio la vuelta a su caballo y salió trotando por la puerta.

—¡Vamos!

Se oyeron maldiciones ahogadas, un claro «*Omnes ad stercus*» y el destacamento echó a correr a trompicones. Su equipamiento iba haciendo ruido porque no habían tenido tiempo de atarlo correctamente y dejarlo bien sujeto.

Solo quedaron cuatro hombres frente a la casa.

—¡Quién os ha dicho que podéis romper filas! —Les gruñó él.

Obedecieron por la fuerza de la costumbre. Se pusieron firmes de nuevo, con expresión rígida.

—Por las pelotas de Hércules —les dijo—. El emperador en persona podría veros ¿y así es cómo os presentáis ante él? —Recordó algunas de las muchas arengas que había tenido que tragarse desde que hizo su juramento a Trajano y a Roma, así que prosiguió—: ¿Soldados? He

visto a eunucos con más pelotas que vosotros…

Lo escucharon sin moverse, en posición de firmes, porque eso es lo que hacen los soldados. Quedarse ahí, dejar que todo pase y no prestar atención, porque no son más que palabras. El oficial está al mando, y tú no. No le des ninguna excusa, no le muestres ninguna emoción y, cuando te vengues de él, asegúrate de que no te pillen. Todo el odio que el Lobo sentía hacia Roma y hacia su ejército volvió a fluir, todo su resentimiento por cómo se llevaban a los guerreros y los trataban como a perros, y se dio cuenta de que estaba escupiendo mientras les gritaba.

—Por suerte para vosotros, lo dejaré en una advertencia. Ahora os voy a dar la orden de romper filas, y os iréis a limpiar vuestro equipo hasta que quede a gusto del propio Marte. —Sonrió, como hacían los oficiales que querían hacerse pasar por amigos tuyos—. Bien, ¿tenéis cebada para los caballos de mis hombres?

Sus cuatro oyentes murieron al momento, porque aquella era la señal convenida. Durante la diatriba, uno de sus hombres se había colocado detrás de cada uno de ellos. Los soldados sabían que estaban allí, pero no podían girarse, y no les habían prestado atención, ya que se encontraban en ese estado medio letárgico propio de los hombres sometidos a los abusos verbales de un superior. Una mano les tapó la boca, mientras la otra les clavaba un *pugio* en el cuello, entre el casco y la armadura. Los romanos lucharon. Uno de ellos incluso consiguió morder con fuerza los dedos de su atacante. Pero la sorpresa fue tan repentina, y sus hombres lo hicieron tan bien, que no se oyó ningún ruido. Había mucha sangre bombeando de los cuellos de las víctimas, pero eso no se podía evitar. El centinela de la torre murió con la misma rapidez, sin lanzar más que un leve jadeo de dolor que no llegaría a ninguna parte. El guerrero que lo había ejecutado arrastró el cadáver a un lado y ocupó el lugar del centinela.

Él sacó la espada al ver que alguien aparecía en la puerta de uno de los edificios, con un cuchillo en la mano. Era Sosio. Su cabeza afeitada y su cara redonda y plácida eran fáciles de reconocer.

—¿Había alguien más? —preguntó él.

—Tres esclavos —respondió Sosio.

Eso había sido un problema. Se podía ordenar que los soldados saliesen a desfilar, pero no había forma de expulsar al resto del personal que quedara en la base. El liberto se inclinó y usó el dobladillo de la túnica de un cadáver para limpiar la hoja de su daga.

No había necesidad de preguntar si Sosio se había encargado de ellos.

—El almacén está allí —el liberto señaló un edificio—. Verás el aceite y los sacos. En ese ya hay un fuego ardiendo —apuntó con la cabeza hacia otro edificio—. Todo está listo.

—Bien.

—¿Hay algo más? —preguntó Sosio.

Él negó con la cabeza.

—Entonces, tengo que irme. Para que podamos estar seguros.

Mientras el liberto se marchaba, los hombres arrastraron los cadáveres hasta uno de los barracones. Otro guerrero abrió un saco de cereal y lo esparció sobre la sangre.

Pertaco le había asegurado que nadie vendría a interrumpirles antes de que estuvieran listos, pero, tratándose del ejército, uno nunca podía estar seguro. Dos hombres, además del de la torre, permanecerían allí para hacer lo que fuera necesario. El guerrero que fingía ser un centinela les daría la señal. Esperaría a que el Lobo y los demás se desvanecieran en el horizonte y luego

contaría hasta quinientos.

Él estaba recorriendo el camino. Y sabía adónde iba.

XXXI

En el río

—Confieso que estaría tentada de probar, mi señor —dijo Claudia Enica—, si no recordara el destino de Remo.

Adriano se rio. Estaba de buen humor y disfrutaba de la compañía de las mujeres capaces de apreciar el ingenio; y, más aún, de las que lo poseían.

—Bueno, no he traído una pala —replicó a la reina—. Y admitiré que incluso yo estoy tentado de hacer saltar a este muchacho por encima del gran muro. —Añadió, dando una palmada en el cuello de su semental.

El gran muro tenía apenas dos pies de alto, a pesar de su enorme anchura. Ahora se encontraban detrás de él, porque, como el foso estaba tan cerca del terreno empinado que bajaba hasta el río, no había espacio para acercarse por el otro lado. Las copas de los árboles ocultaban la vista, cargadas de hojas estivales. Rara vez llegaban a divisar la corriente, pero podían oír su flujo. Los árboles eran pequeños, con troncos retorcidos que se aferraban a la pendiente, por lo que era poco probable que sirvieran para el andamiaje, tan difícil de conseguir en aquellas regiones. Aun así, tendrían que cortarlos cuando el muro se construyera del todo.

—Habrá que quitarlos —dijo Nepote, agitando un brazo hacia ellos.

Adriano notaba que el legado iba entendiendo cada vez mejor el funcionamiento del proyecto.

—Sí, cuando haya tiempo. No tiene sentido dejar que el enemigo pueda llegar hasta nosotros arrastrándose.

—¿Y a qué distancia quieres que estén esos fuertes, mi señor? —preguntó Nepote.

No habían tenido mucho tiempo para hablar de esas cosas mientras Adriano comía algo y les hacía preguntas a los soldados. Pero, ahora que estaban otra vez cabalgando, era más fácil. Aquel tramo del muro ondulaba, siguiendo las características del terreno, de modo que no podían ver a gran distancia en ninguna dirección.

—Ya estudiaremos los detalles después. Diría que, como máximo, a diez millas, y probablemente, a menos distancia. Eso significa que tendrá que haber muchas tropas en cada sector. Nadie podrá pasar demasiado tiempo en las torres, ni en las puertas. No queremos que se ablanden. En el peor de los casos, no debería haber más de unas pocas horas a pie entre cualquier

punto del muro y la guarnición más cercana. Y, con suficientes caballos, las noticias (y los refuerzos) deberían tardar mucho menos que eso. Puede que las tropas no necesiten mantenerse para siempre, pero harán que el muro sea tan formidable que los lugareños aprendan a temerlo. Como ya hemos dicho, será posible cruzar al otro lado, pero…

Adriano giró bruscamente la cabeza para mirar hacia atrás. Levantó la mano.

—¿Habéis oído eso?

Nepote frunció el ceño.

—Era un grito —dijo Claudia Enica.

—Probablemente se trate de un pájaro, querida señora. A cierta distancia, el ruido puede parecerse mucho a.

Nepote calló. Un cuerno resonó con fuerza en algún lugar, a su espalda.

—¡Mi señor!

Uno de los quince *singulares Augusti* de la escolta cercana estaba gritando y señalando hacia atrás, hacia la zona sobre la pendiente. Una columna de humo negro se elevaba por encima de la colina. Su tamaño aumentaba por momentos.

—¿Eso es el *burgus*? —preguntó Nepote, que parecía más desconcertado que otra cosa—. ¿Qué está pasando?

—¡Tú! —gritó Adriano al guardia que había dado la alarma—. Sube hasta allí, echa un vistazo y vuelve a informarme tan pronto como puedas.

—¡Señor! —El soldado se alejó, trepando a galope por la ladera.

Se oyó otro cuerno, más cerca, y les llegó el eco de gritos y chillidos.

Nepote se rehízo.

—Debe de ser un ataque. ¿Corremos a refugiarnos en el fuerte? Tiene muros sólidos y muchas tropas. ¿Me llevo a algunos hombres para averiguar qué está pasando? Seguro que hay vigilantes y patrullas cerca de aquí.

Adriano vaciló. Recordó el complot para matarlo en la cacería de Dacia. No todos sus enemigos eran bárbaros. Aun así, Nepote tenía razón. Debía de haber soldados bastante cerca, y no todos serían traidores.

—¡Ve!

El *legatus Augusti* de Britania llamó a algunos de los *singulares* y se alejaron, seguidos de algunos oficiales superiores. Cuando desaparecieron por el borde dela cañada, el emperador se quedó con catorce *singulares Augusti*, un par de tribunos, un esclavo personal y la reina. Debía de haber cientos, incluso miles de soldados a menos de una milla de distancia.

Claudia Enica situó su caballo junto al emperador, mientras Sorano y el otro bátavo se mantenían a unos pasos de distancia. Durante un instante, los ojos de Adriano brillaron, llenos de sospecha.

—Este es un mal lugar, mi señor. No pueden vernos, pero nosotros tampoco podemos ver nada.

Unos jinetes aparecieron sobre la cresta que había a su izquierda. Los cascos de sus caballos levantaban fragmentos de barro del suelo. Al frente de ellos iba un oficial, un hombre alto, un tribuno. Adriano reconoció enseguida a Pertaco, el brigante. Detrás de él venía una docena de soldados. Todos descendían en ángulo por la pendiente, siguiendo la línea del muro. El caballo de alguien tomó la delantera y avanzó, y enseguida el grupo imperial se puso al trote,

manteniéndose al lado de la construcción.

—¡Cuidado, mi señor! ¡Es una emboscada! ¡Debes ponerte a salvo! —Pertaco estaba señalando hacia el oeste, a lo largo de la línea del muro—. ¡Hay un campamento junto al puente, mi señor! —gritó—. Allí estarás a salvo. ¡Sígueme!

Los caballos notaban el nerviosismo de sus jinetes y estaban agrupados. Así que, cuando uno se lanzó al medio galope, todos lo imitaron. Pronto, Adriano y el resto de la comitiva estaban galopando, trepando por otra ladera que daba a un prado. Más adelante había una torre —terminada de construir, por lo que parecía— con un centinela en la parte superior y dos más montando guardia frente a la puerta, con los escudos apoyados contra las piernas. Cuando el grupo se abalanzó sobre ellos, se quedaron boquiabiertos y se cuadraron.

—Ya estamos cerca, mi señor —gritó Pertaco.

Los hombres del tribuno cabalgaban extendidos detrás de él, casi en fila. El muro discurría en paralelo con respecto a Adriano y a su escolta, a escasa altura. Al otro lado, más allá del muro bajo, aún no habían excavado el foso y, a unos diez pasos de distancia, la tierra se inclinaba bruscamente hacia el río.

La montura de Claudia Enica fue embestida por la de uno de los tribunos del pretorio del séquito imperial. La yegua tropezó y estuvo a punto de caer. La reina quedó colgando de uno de los cuernos de la silla de montar, se enderezó y advirtió que Pertaco la estaba mirando, al igual que su guardaespaldas. Cuando ella se giró para mirar hacia atrás, el tribuno le enseñó los dientes en una sonrisa satisfecha, antes de agitar su brazo hacia delante. En la distancia, a un tiro de arco largo más allá de la torre, el suelo se elevaba ligeramente. Más soldados auxiliares aparecieron en su campo de visión. Había un decurión en cabeza y se dirigían directamente hacia ellos.

Adriano levantó la mano.

—¡Alto!

No obedecieron la orden con elegancia, porque nadie se la esperaba. El grupo desoldados experimentados y los oficiales que los acompañaban se habían lanzado a cabalgar porque todos los demás estaban haciendo lo mismo. No es que estuvieran sufriendo un ataque pánico, pero tampoco había nadie que tuviera la cabeza fría. Los caballos se encabritaron cuando los jinetes tiraron de las riendas. La montura del tribuno del pretorio resbaló y dobló las patas delanteras, arrojando a su jinete sobre la hierba.

A los auxiliares que cabalgaban junto a ellos también los cogió por sorpresa, pero iban casi en fila, a cierta distancia los unos de los otros. Ninguno cayó al suelo. Al instante, sus caballos dieron media vuelta.

—¡Ahora! —gritó Pertaco—. ¡Ataque!

Los soldados levantaron sus lanzas y las arrojaron. Una de ellas alcanzó al semental del emperador en el pecho, hundiéndose profundamente. El animal lanzó un chillido y cayó a tierra. Adriano saltó para evitar que lo arrastrara y aterrizó con fuerza sobre el hombro, en el muro bajo. Dos de los *singulares Augusti* estaban en el suelo. Un tribuno gritó; su caballo se había desplomado y había rodado sobre él.

Claudia Enica miró al otro lado del muro, lista para ordenar a su yegua que saltara sobre él. De repente, de los arbustos y los árboles raquíticos del margen del río empezaron a salir hombres, guerreros con pequeños escudos y largas lanzas. Abrieron las bocas y estallaron en gritos, mientras bullían por la orilla y cargaban contra el séquito imperial. No había posibilidad de

escapar por allí y atravesar el río nadando con los caballos.

Los *singulares* intentaban formar algo parecido a una línea, lanzando estocadas con las lanzas para mantener alejados a los atacantes. Los oficiales luchaban para desenvainar las espadas, mientras los hombres se defendían. Un soldado se alejó tambaleándose, agarrándose la garganta, de la que brotaba sangre. Los jinetes se mezclaban unos con otros, mientras clavaban las lanzas o lanzaban tajos con las espadas.

Adriano se levantó, pero se agachó para evitar una jabalina, que pasó silbando sobre su hombro.

—¡A la torre! —gritó.

Estaban cerca, apenas a treinta pasos de distancia. Era la mejor salvaguarda posible, contando con que los hombres de la guarnición fueran soldados de verdad.

Los *singulares Augusti* eran buenos combatientes. Originalmente, se reclutaban entre los bátavos y otros germanos, porque los romanos sabían que esos guerreros consideraban sagrado el juramento a su jefe y que sacrificarían sus vidas sin pensárselo para salvar la de su oficial al mando, o, de lo contrario quedarían deshonrados. En esos días, eran muchas las razas que podían formar parte de esos jinetes de élite, pero, por tradición, todos ellos pronunciaban ese mismo juramento. Eran los hombres del emperador, y si llegaba el caso, estaban allí para protegerlo con sus cuerpos, porque ese era el precio que pagar a cambio del estipendio, el prestigio y el orgullo de servir en la mejor caballería del Imperio.

Cuatro de ellos estaban en el suelo, muertos o en malheridos, pero había muchos más que seguían luchando, pese a los agujeros abiertos en sus armaduras. Uno, con la cabeza descubierta tras perder el casco y con un corte en el muslo, se arrojó sobre uno de los jinetes del Lobo, agarrándolo por la garganta y arrojándolo al suelo. Otro clavó su lanza en el vientre de un soldado, atravesando los anillos de su cota de malla, y mientras desenvainaba la espada, derribó de la silla a otro enemigo, golpeándole la cara con la protuberancia del escudo. Sorano atravesó con una flecha la boca de un enemigo, luego se giró y derribó con otro proyectil a un guerrero que cargaba desde el río.

—¡Vamos! —gritó Claudia Enica.

Hubiera deseado tener una espada, pero, aunque el emperador le había permitido cabalgar en su séquito, autorizarla a ir armada era demasiado. Llevaba un cuchillo de hoja delgada metido en la bota derecha, pero eso no servía de nada en aquel momento. Incapaz de luchar, azuzó a su caballo para ponerse a la altura de Adriano, y llamó a los bátavos para que acudieran a defenderla.

El emperador tenía su gladio en la mano. Un hombre con el torso desnudo se lanzó gritando sobre él, con la lanza apuntando en su dirección. Adriano sorprendió al guerrero desplazándose hacia delante. Agarró el asta enemiga, justo por detrás de la cabeza del arma, metió la espada por debajo del escudo cuadrado y la clavó en el estómago de su atacante, girando la hoja para extraerla. Otro guerrero saltó hacia el *princeps* desde el flanco. Sorano detectó el peligro, apuntó y disparó, pero, mientras lo hacía, otro caballo chocó contra el suyo. El proyectil cayó bajo y atravesó el muslo del guerrero, que lanzó un grito y trastabilló.

Adriano se precipitó hacia la torre, saltando entre la yegua de Claudia Enica y el caballo del otro bátavo. Los dos soldados que estaban de guardia corrían hacia el combate, mientras Pertaco les gritaba.

—¡Matadlo! ¡Matad al tribuno! —gritó la reina.

Un hombre levantó la lanza, pero no la arrojó hasta que un soldado se precipitó hacia ellos. La jabalina siseó en el aire, arrancando al jinete de la silla. Los dos auxiliares se adelantaron. El segundo de ellos arrojó su lanza y rozó el costado del caballo de Pertaco, que se apartó. Los otros jinetes atacantes, los que dirigía el decurión, se acercaban al galope. Adriano notó que tenían la misma decoración en el escudo que los que acompañaban a Pertaco. Le resultaba familiar, pero no pertenecía a ninguna de las unidades estacionadas en la provincia.

—¡A la torre! —gritó.

Un tribuno, un joven bisoño y bastante tímido, al que su familia había empujado a la carrera militar, pasó junto a ellos, blandiendo una espada manchada de sangre, y se dirigió directo hacia el decurión y sus hombres. Gritaba a todo pulmón, con una extraña mezcla de miedo y rabia. Lanzó un tajo con fuerza contra al decurión, destrozando su escudo ovalado y provocando que se golpeara contra el cuerno trasero de la silla de montar. Una piedra, lanzada por el centinela desde lo alto de la torre, golpeó al jinete que iba detrás. El tribuno estaba en medio de los atacantes, lanzando estocadas salvajes. Las espadas refulgían a su alrededor. Claudia Enica no pudo verlo morir, atacado por todos lados, pero la acción del tribuno les concedió unos momentos preciosos. La puerta abierta de la torre estaba a solo unos pasos de distancia, y despejada. Adriano corría seguido por el bátavo. Sorano iba justo detrás de él, sin dejar de disparar. Los dos jinetes saltaron a tierra y el emperador atravesó la puerta.

—¡Señora! —exclamó Sorano.

La yegua de Claudia había caído, con el cuello arqueado y los dientes al descubierto, en un grito agónico. La reina sintió un golpe en la espalda, un golpe fuerte que la lanzó disparada por los aires. Se estrelló contra el suelo, magullada y sin aliento. Sorano retrocedió hacia ella, oyó cómo un jinete estaba a punto de caer sobre él, colocó una flecha en la cuerda y la disparó con suave un movimiento, resultado de años de entrenamiento.

—¡Vamos! —jadeó Claudia, intentando levantarse.

Pero algo la golpeó en la cabeza y sintió sabor a vómito en la garganta. El mundo se volvió negro.

XXXII

Al otro lado del río

Ferox oyó sonar el cuerno y supo que algo iba mal, terriblemente mal. Las cabezas de los hombres se volvieron hacia él, sin necesidad de preguntar nada.

—Esperad —les dijo.

El anciano guerrero, el líder de la escolta de la reina, asintió, mientras Ferox intentaba pensar. Esperaba una distracción, pero no allí arriba, tan cerca de ese pequeño fuerte que había al extremo de la milla del muro construido. Tenía que tratarse de una distracción, porque ni los mejores guerreros del mundo podían conseguir llegar al emperador a través de tantos soldados, y contando con la protección de sus nuevas fortificaciones. Aunque se tratase de una traición, aquello no tenía ningún sentido. A no ser que la traición fuera a tan gran escala que resultara casi imposible detenerla. Eso no parecía probable, porque no había señales de que la gente estuviera resentida con Adriano. Para la mayor parte de los habitantes del Imperio, todos los emperadores eran iguales, tan poderosos y distantes como Júpiter.

Ferox miró al otro lado del río. Había un pequeño campamento y, cerca de él, una partida de trabajo que estaba construyendo un puente para que las patrullas pudieran cruzarlo. A Adriano le gustaban los puentes, y tampoco había tantos en su gran proyecto, así que era obvio que iría allí y echaría un vistazo a las obras. Era probable que aquella fuera su última parada del día, antes de volver a casa. Había patrullas en la colina que se elevaba detrás de Ferox, a ese lado del río, y veía más al otro lado, en las cimas. Los hombres estaban nerviosos, porque habían oído el sonido distante y se preguntaban qué hacer.

Este sería el sitio que él habría elegido para matar a Adriano. Habría ocultado a algunos hombres en los bosques, que distaban cincuenta pasos del campamento, y a otros en los arbustos y los árboles, en ambas orillas del río. Podrían haber esperado hasta que el grupo imperial estuviera observando los cimientos del puente, salir de improviso y acorralar al emperador contra el río. Habrían sufrido pérdidas, muchas pérdidas, pero cualquiera que intentase matar al señor de Roma tenía que estar dispuesto a eso. La única vía de escape posible consistía en cruzar el río. Ferox se había preguntado si también habría hombres esperando allí. No había nadie, él mismo lo había comprobado en las primeras horas de la noche anterior. Había explorado ese bosque de abetos, antes de volver a reunirse con sus hombres. Ahora había acudido al mismo sitio para tener

la oportunidad de reaccionar, por si se había equivocado; y, en ese caso, cerrar la huida al enemigo y ayudar a que el *princeps* nadara hasta un lugar seguro. Se suponía que a los *singulares* se les daban bien esas cosas, después de todo.

Bran y otros tres estaban en algún lugar a orillas del río. Ferox no estaba seguro de dónde, ni en qué orilla, pero confiaba en que su amigo había encontrado el mejor lugar posible. Era demasiado arriesgado enviar más hombres por delante; en parte, porque eso haría que permanecer oculto fuera mucho más difícil. Peor aún, las fuerzas defensivas romanas podrían confundirlos con enemigos.

Ganasco era demasiado grande para esconderse y no estaba hecho para el sigilo, así que él y Vindex se habían encargado de la mayor parte de los hombres y estaban más atrás, con los caballos listos, más allá del perímetro establecido por los romanos. Se habían dividido en dos grupos —de nuevo, tenía que confiar en que habrían tomado la decisión más correcta— para poder atrapar al Lobo y a sus hombres mientras intentaran escapar. Pasara lo que pasara, su sobrino no sobreviviría para jactarse de sus hazañas.

En el mejor de los casos, también atraparían a Sosio, si el liberto estaba realmente implicado, pero eso era menos probable y menos urgente. El Lobo podría despertar a las tribus contándoles cómo casi había matado, o incluso despedazado, al gran rey de los romanos, y habría luchas sin cuartel durante años, hasta que Roma pudiera restaurar su reputación.

Ferox había imaginado que aquella sería la emboscada que su sobrino tendería, pero se había equivocado. Ahora tenía que reaccionar a lo que estaba sucediendo y hacer todo lo posible por contrarrestarlo. La maniobra de distracción era brutal. Y ahora había humo saliendo de algún sitio, al otro lado de las colinas. Era espeso y negro, y seguía aumentando a pesar de la llovizna, lo que significaba que el fuego era grande. ¿Se trataba de otra distracción o del ataque principal?

—Coge los botes —le dijo Ferox al viejo guerrero—. Me llevaré a tres hombres. El resto, quedaos, en caso de que todavía aparezcan por aquí.

Los botes en cuestión eran *coracles*, las pequeñas embarcaciones de armazón en forma de cuenco y cubierta con pieles que la gente más pobre usaba para pescar. Ferox y un guerrero iban en una y, en la otra, dos brigantes más, remando furiosamente contra la fuerte corriente. Aquello parecía mejor opción que vadear y cruzar a nado, lo que implicaría dejar atrás sus armaduras. Ferox quería llevar el casco y parecerse todo lo posible a un centurión romano. Con un poco de suerte, eso evitaría que cualquier soldado les disparara.

—¡Más rápido! ¡Más rápido! —gritó, mientras él y su compañero introducían los gruesos remos en el agua.

Allí el río no era tan ancho, pero corría a gran velocidad a causa de la pendiente, y tenían que desviarse mucho a la izquierda para intentar avanzar rectos. Los soldados que montaban guardia fuera del campamento los vieron y lanzaron un grito de alarma.

—¡Firmes! —bramó Ferox, con su mejor voz de oficial instructor, un poco malograda, porque dejó de remar y la barca redonda se tambaleó bruscamente, arrastrada por la corriente—. ¡Soy Ferox, de la II Augusta!

Un *pilum* voló por el aire y cayó en el río, donde habrían estado de haber avanzado en línea recta.

—¡Eh, bastardo desgraciado! ¡Arrestad a ese hombre! ¡Soy un centurión! —Se volvió para mirar al guerrero que iba a su espalda—. ¡Rema, antes de que esos malditos estúpidos vuelvan a

intentarlo!

Adriano retiró la escalerilla de mano después de que él y su acompañante subieran. No le agradaba hacer aquello, pero, si él moría, probablemente estallaría una guerra civil, y su deber era evitar que eso llegara a ocurrir. Había una cámara interior a media altura de la torre, con una puerta a cada lado, al nivel del paseo de ronda de una muralla que aún no se había construido. Por suerte, alguien se había tomado en serio el trabajo y las puertas ya estaban colocadas, así que se aseguró de que estuvieran atrancadas. Había hecho lo mismo con la puerta de la planta baja, aunque la madera no era lo bastante resistente para aguantar mucho tiempo los embates de un enemigo decidido.

—¡Sube ahí arriba! —le ordenó a Sorano.

El otro bátavo había intentado regresar junto a la reina cuando el caballo de Enica cayó. Adriano había visto cómo el hombre usaba su escudo para golpear a un guerrero a pie, pero otro lo había alcanzado por detrás, atravesando su cota de malla por el revestimiento del hombro.

El *princeps* tenía que sobrevivir, lo que implicaba ser egoísta y no dedicarse a desafortunadas heroicidades. Tal vez aquel hombre sobreviviera y, con suerte, Claudia también, pero eso no dependía de él. Tenía consigo a aquel arquero montado de sus *singulares*, y al centinela de lo alto de la torre. En total, eran tres, pero solo dos podían correr verdaderos riesgos. Oyó golpes en la puerta de abajo, y el ruido de la madera astillada. El batiente empezaba a romperse.

—¡Coge esto! —gritó, luchando por sostener la escalerilla que había quitado y por introducirla por la trampilla del techo.

Sorano apareció y se agachó para agarrarla.

—¡No! —ordenó Adriano—. Tú encárgate de disparar, deja que el otro se ocupe de esto.

—Está muerto, señor.

Con una buena ristra de reniegos —y las correspondientes disculpas del *singular* cada vez que maldecía ante su emperador—, Sorano consiguió izar la escalerilla hasta la plataforma abierta de la parte superior de la torre. Adriano trepó por la otra escalerilla, la que subía desde aquel piso. Estaba anclada a la pared, así que no había forma de arrancarla. Tendrían que confiar en que no fuera necesario. Adriano se encaminó al parapeto para ver lo que estaba ocurriendo. Seguramente los refuerzos no tardarían mucho en llegar, con todo aquel estrépito.

—¡Retrocede, estúpido bastardo! —aulló Sorano, dirigiéndose al emperador como si fuera un simple recluta. No prestó más atención a su amo y señor. Se giró, sacó una flecha y disparó.

Adriano oyó un grito y obedeció. No tenía sentido haber llegado hasta allí para recibir ahora una piedra o una jabalina en la cara por mirar hacia abajo. Se dio cuenta de que tenía un corte en el muslo derecho y de que sus pantalones estaban desgarrados. No recordaba cuándo se había hecho esa herida. No parecía tan mala, pero volvió a desenfundar el gladio y, torpemente, cortó un trozo de tela de la capa para vendársela.

Sonaron trompetas —esta vez, *tubicines* romanos— y dos grupos de cerca de una docena de jinetes aparecieron en la cima que había hacia el sur. Teniendo en cuenta la reciente emboscada, eso no significaba que fueran amigos, pero se acercaban rápidamente.

—¡Hola, guapos! —gritó Sorano, eufórico.

A pesar del riesgo, Adriano se acercó al parapeto. Su corazón dio un vuelco cuando vio a dos

turmae de sus *singulares* que se aproximaban desde el este, siguiendo la línea del muro. Iban al galope, deshaciéndose de los enemigos a la carrera, para llegar cuanto antes al lugar de la lucha. No importaba si lo hacían para disipar cualquier sospecha sobre su lealtad o por el orgullo de demostrar que su unidad era la mejor.

El ruido se había reducido. Adriano tuvo la sensación de que la lucha había terminado, o casi, igual que se nota cuándo una tormenta ha pasado. Se puso en pie, protegido casi totalmente tras una almena. Había gran cantidad de hombres muertos y caballos desperdigados por todas partes. Muchos de los guerreros disfrazados de soldados romanos tenían flechas de astiles largos sobresaliendo de sus cadáveres, lo que sugería que su bátavo había hecho un gran trabajo. El *princeps* buscó a sus oficiales y divisó varios de sus cuerpos. No había ni rastro de Claudia, aunque podría estar sepultada bajo otros muertos.

Sorano lo empujó con fuerza cuando una jabalina silbó, dirigiéndose hacia ellos.

La cara del bátavo estaba cerca, y el *princeps* vio cómo se estremecía cuando la punta de la lanza pasó como un relámpago, a escasa distancia de su rostro. De alguna manera, se deslizó entre ellos sin tocarlos, excepto la parte posterior del asta, que rozó la mejilla del *singular*.

Adriano se tambaleó y se obligó a volver al centro de la plataforma. Tardó unos instantes en recuperar el aliento y el ingenio.

—Ya lo sé, *commilito* —dijo—. ¡Soy un estúpido bastardo!

Sorano asintió.

—No me corresponde a mí decirlo, señor, si me disculpas. Pero eres un bastardo vivo, y eso es lo que importa. —El hombre tenía lágrimas en los ojos y en las mejillas—. Pero ¿y la señora, señor? ¿Y la señora?

Bran había pasado una noche fría y húmeda en una hondonada situada en la orilla sur del río. Sabía que había guerreros escondidos a poco más de cien pasos al este. Eran buenos, pero no lo bastante, porque él había oído los suaves ruidos de sus movimientos, y a un hombre cuyos intestinos parecían más activos de lo habitual. El torrente de agua cubría parte del rastro, al igual que las lluvias, pero las señales estaban ahí para quien supiera verlas. Una vez se había acercado lo suficiente para mirar y había detectado un leve movimiento. Supuso que había veinte hombres, o más, esperando, y no tuvo dudas sobre quiénes eran.

Después de eso, volvió a la hondonada, junto a sus hombres. Se quedaron acurrucados juntos, cubiertos por sus capas, protegidos por la orilla y un arbusto que colgaba sobre ella. Dudaba que ninguno fuera capaz de dormir. Aquellos eran buenos hombres, todos mayores que él, pero dispuestos a aceptar sus órdenes. Dos eran germanos, seguidores de Ganasco desde hacía mucho tiempo, y llevaban arcos tan altos como ellos mismos, cuidadosamente envueltos y con las cuerdas guardadas aparte, para protegerlos de la humedad.

Eran cuatro contra veinte —o, probablemente, muchos más, aparte de los que el Lobo traería a la emboscada—. Las probabilidades no eran buenas, pero las cosas tampoco eran tan sencillas. Adriano tendría a su escolta —presumiblemente, buenos hombres—. Al emperador y su séquito los tomarían por sorpresa, pero lo mismo les ocurriría a los guerreros que preparaban la emboscada cuando Bran y su pequeño grupo se lanzaran sobre ellos por el costado o por la espalda.

El alba llegó, fría y gris, casi tan húmeda como la noche. Pero siguieron esperando, hora tras hora. El tercer hombre pertenecía a la escolta de la reina. Era un antiguo auxiliar del ejército, lo

que podría ayudar a Bran a convencer a los romanos de que estaban en el mismo bando. El tipo seguía frotándose las piernas para que no se le durmieran del todo.

Todos debieron de haberse quedado dormidos, aletargados por el cansancio, el frío y la interminable espera, porque los ojos de Bran se abrieron de golpe cuando escuchó el sonido de un cuerno de buey. Dio un suave codazo a los demás, y se sintió aliviado de que ninguno de ellos gimiera ni dijera nada en ese breve lapso de tiempo en que la persona que se despierta aún está demasiado adormilada para pensar con claridad. Estaban todos rígidos, doloridos y helados. Empezaron a moverse despacio, preparándose lo más silenciosamente posible. Los germanos desenvolvieron sus arcos.

Bran se llevó un dedo a los labios, se señaló a sí mismo y les hizo un gesto para que se quedaran donde estaban. Subió hasta la orilla en cuclillas y, una vez allí, avanzó a rastras. Había un montón de arbustos y árboles doblados a su izquierda, pero, aun así, tuvo cuidado. Llegó hasta la orilla del río. Vio que, a poca distancia, había una torre y, a ambos lados de ella, una muralla que parecía tener poco más que los cimientos. Adriano y su escolta avanzaban por el otro lado del muro. Junto a ellos iba una fila de soldados capitaneados por alguien que parecía ser un tribuno elegantemente vestido. Bran silbó. Era la señal convenida, pero parecía que nadie la había oído, porque se hizo el silencio. Estaba a punto de repetir la llamada cuando los soldados se abalanzaron para atacar al séquito del *princeps* y un montón de guerreros salieron gritando de entre los árboles. Había más soldados que se aproximaban a toda velocidad, a la derecha. Distinguió el cabello rojo de Enica en medio del caos, mientras los hombres y los caballos se desplomaban. Vio cómo el emperador caía. Los hombres de Bran llegaron corriendo y se pusieron a su lado, conscientes de que el sigilo ya no importaba.

Bran los guio, acercándose a la torre y al combate. El segundo grupo de soldados entró en liza, hasta que un jinete solitario se lanzó en medio de ellos. Detuvieron el ataque y lo rodearon para acabar con él.

Bran señaló hacia aquellos auxiliares apiñados.

—Empezad matándolos a ellos —dijo a los germanos.

Él y el brigante dieron media vuelta, para sorprender por el flanco a los hombres que subían desde el río. Llevaban espada y escudo, y vestían una cota de malla.

Los cascos y las lanzas le habían parecido demasiado engorrosos para arrastrarse y mantenerse ocultos durante tanto tiempo.

Un caballo se desplomó como una piedra, con una flecha clavada en el costado de la cabeza. Su jinete cayó. El soldado que había a su lado se sacudió sobre la silla de montar cuando otra flecha atravesó la madera de su escudo y se detuvo en su cota de malla. La siguiente pasó por encima del borde del escudo y le perforó la armadura. El jinete lanzó un jadeo y miró hacia abajo horrorizado, sin posibilidad de respirar.

—¡Oye, amigo! —exclamó Bran.

Se dirigía a un guerrero vestido con túnica oscura y pantalones. El aludido se volvió hacia ellos, perplejo, ofreciéndoles su flanco derecho, en el que no tenía escudo. Bran le clavó la espada, ignoró el grito del hombre, sacó la hoja y siguió adelante. Su siguiente adversario lo esperaba, y lo atacó con una lanza de empuñadura gruesa que golpeó contra el escudo de Bran, haciendo un desgarrón en la cobertura de piel de becerro, que quedó colgando. Bran le lanzó un tajo a nivel de los ojos, haciendo que su oponente retrocediera y se agachara, y entonces cambió el peso a la

pierna izquierda y lo golpeó con la protuberancia del escudo, empujando al guerrero hacia atrás. Otro hombre venía hacia él, pero el brigante estaba allí, protegiéndole el flanco. Bran atacó de nuevo. Las botas de su adversario resbalaron sobre la hierba. Aprovechando la guardia abierta, Bran cortó el vientre del guerrero con su hoja, lo golpeó otra vez con el escudo y siguió adelante.

La lucha más encarnizada tenía lugar cerca de la torre. Vio cómo Claudia Enica cabalgando junto a otro hombre, protegiendo a alguien. Comprendió que se trataba de Adriano cuando una figura con una capa púrpura corrió a grandes zancadas hacia la entrada a la torre. De repente, el caballo de la reina se desplomó. Pero entonces, un guerrero, con la cara pintada de negro con rayas rojas en las mejillas, gritó y lanzó a Bran un tajo con su gladio. Bran lo esquivó, ganó terreno, fingió resbalarse y vio que su atacante sonreía y levantaba la espada para clavársela, porque, aunque tenía el arma de un soldado romano, no estaba entrenado para usarla. Bran lo atacó por encima del escudo. Su oponente fue demasiado lento en su respuesta y solo consiguió desviar la hoja hacia arriba. En lugar de acertarle en la garganta, la punta de la espada de Bran le atravesó la mejilla pintada. El guerrero dejó caer la espada y Bran usó su peso para clavar su arma con más fuerza. Vio que su adversario ponía los ojos en blanco y oyó cómo lanzaba sonidos de asfixia hasta morir.

—¡Estamos de vuestro lado, estúpidos! —gritó el brigante cuando un auxiliar de infantería romano vino hacia él.

El hombre lo ignoró, le clavó una lanza que tenía la empuñadura rota, y Bran vio que llevaba el mismo escudo que los hombres del tribuno, los que habían atacado al emperador.

—¡Mátalo! —gritó.

Atacó al hombre, que bloqueó el golpe con su escudo. El brigante tenía una herida cerca de la muñeca, donde la punta de la lanza enemiga lo había rozado, pero aún le quedaba mucha fuerza y lanzó una estocada que alcanzó el hombro de su adversario. La cota de malla aguantó, pero el hombre se agachó y gruñó dolorido. Bran le lanzó un tajo bajo y le hizo un corte en la pierna, de manera que el hombre se apoyó sobre la otra rodilla. Pero el brigante apretó con más fuerza contra el hombro enemigo, mellando la hoja de su espada, y los anillos de la malla se partieron. La sangre fluyó. Bran lo golpeó una y otra vez, pero el guerrero ya estaba cayendo.

Los jinetes galopaban a través de la pelea, intentando dirigirse al río. Había un auxiliar, quizá un oficial, que se sostenía con las manos la cara ensangrentada, mientras uno de los soldados guiaba su caballo. Bran pensó que aquel oficial le resultaba familiar y vio cómo, al pasar, intentaba dar un tajo a un guardia, fallando el golpe. Otro hombre, de miembros gruesos y rechonchos, estaba con él, y llevaba algo colgando del cuello de su caballo. Bran distinguió el pelo rojo, suelto, que ondeaba, y comprendió que el fardo no era algo, sino alguien.

—¡Quédate aquí! ¡Asegúrate de que entiendan que los germanos están de nuestro lado! —le dijo al brigante, mientras buscaba un caballo para seguir al oficial.

Divisó uno, con las riendas sueltas, que pastaba tan feliz en medio del caos. Bran corrió, esquivó una lanza, se desvió a la izquierda para pasar junto a un guerrero cubierto de heridas, pero que aún blandía la espada. El hombre se acercó a él, así que le golpeó la cara con el escudo, lo dejó atrás y saltó sobre la montura. El caballo se estremeció, pero no se movió. Le dio unas palmaditas y notó la mano mojada al contacto con el cuello del animal, pero ya era demasiado tarde para buscar otro. Cogió las riendas, azuzó al caballo, vio cómo un jinete —uno de los *singulares Augusti*, nada menos— se dirigía hacia él, y le gritó:

—¡Vete a tomar por culo, bastardo! ¡Estoy de tu lado!

El hombre sonrió, le creyera o no, pero aún estaba lejos. Bran clavó los talones en el caballo para hacerlo correr y lo condujo directamente hacia el muro bajo. Sintió que los músculos del animal se tensaban, notó el salto y, luego sintió y oyó cómo uno de los cascos chocaba contra el borde de piedra. La montura tropezó y el pomo delantero izquierdo de la silla se clavó dolorosamente en el estómago de Bran. Pero seguía montado, y el animal se lanzó a correr, abriéndose paso entre los arbustos, y casi volvió a caerse cuando el terreno descendió de repente unos buenos cinco pies. Bran se aferró. No podía ver al tribuno, ni al hombre que llevaba a la reina, pero reparó en que otro soldado obligaba a su caballo a trepar por la orilla contraria. El hombre llegó a lo alto y desapareció en el bosque que había sobre el río. Bran lo siguió.

Claudia Enica cayó al suelo con un fuerte golpe. Abrió los ojos, pero no podía ver nada. Tenía la boca llena de hierba, la misma hierba que la rodeaba por todas partes.

—¿Estás herida? —preguntó suavemente una voz—. Déjame ayudarte.

Una mano la agarró del brazo, otra la hizo rodar sobre su espalda. Había ramas sobre ella, un espeso dosel de árboles, y un rostro hermoso y sonriente.

—Gracias a Taranis —dijo Pertaco—. Estaba preocupado. Pero no veo nada más que algunos pequeños cortes.

Paseó las manos sobre las caderas y las piernas de la reina, para comprobarlo. Ella estaba falta de aliento, demasiado lastimada y confundida para protestar. Sentía punzadas por casi todo el cuerpo, pero no había nada que le doliera más que el resto.

—Creo que el *princeps* está a salvo, pero la lucha sigue, y quería llevarte a un lugar seguro. ¡Soy un brigante, después de todo, tanto como un romano! Y por supuesto, soy un hombre, y tú eres… Bueno, digamos que nos hemos salvado por un pelo, y dejémoslo ahí.

Apareció otra cara, redonda, estropeada por los golpes y llena de cicatrices, con unos ojos diminutos. Nada de lo que sugería ese rostro invitaba a sentirse agradecida ni segura.

—Me preocupaba que mi aviso llegara demasiado tarde —dijo el tribuno—. Tardé en darme cuenta de que esos hombres no eran soldados, sino traidores, o algo así. ¿Quién sabe qué locura se habrá apoderado de ellos?

—Gritaste «¡Ataque!» —replicó ella, ronca. Tenía la garganta espesa a causa de la bilis.

Pertaco se encogió de hombros, con aspecto avergonzado.

—No es muy original. Pero es lo único que se me ocurrió en el calor del momento. Bien, ¿puedes levantarte? Deberíamos buscar una patrulla. Un grupo grande, y asegurarnos de que son verdaderos servidores del emperador. Me alegro mucho de que no estés herida.

—Agárrame el brazo —dijo ella, extendiendo el izquierdo.

Estaba intentando averiguar dónde había ido el guardaespaldas. No se había creído ni una sola palabra de lo que el tribuno le había dicho, ni siquiera con la mente embotada. Solo tendría una oportunidad. Pertaco la tomó del brazo y la levantó. Claudia Enica se movía despacio, con una torpeza deliberada. Introdujo la mano derecha en la bota y sacó el cuchillo. Se incorporó, pero sintió un terrible dolor. Le habían inmovilizado los brazos y tiraban de ellos hacia atrás.

Pertaco jadeó sorprendido, se enderezó y soltó un suspiro.

—Ah, bueno, supongo que era demasiado esperar que te lo creyeras. —Agarró la mano de la

reina y le quitó el cuchillo—. Vaya, esto no propio de una dama, ¿verdad? —La abofeteó con la otra mano, tan fuerte que la mejilla de Enica palpitó de dolor—. Zorra.

—Adriano se enterará de esto —dijo ella, jadeando, porque la presa del gladiador era como un cepo—. Tu única oportunidad es pedir perdón y aceptar el exilio. Si me haces daño, nada te salvará. Mi esposo te encontrará dondequiera que vayas. Lo sabes, ¿verdad?

Pertaco la golpeó de nuevo, usando esta vez el dorso de la mano. El labio de la reina empezó a sangrar.

El tribuno suspiró.

—Tenemos tan poco tiempo, querida… Si hubieras sido amable conmigo en el pasado, eso no importaría. Pero no eres agradable, ¿verdad? Eres ambiciosa y cruel, tan hermosa como la diosa Morrigan, y con su misma sed de sangre.

Soltó el cuchillo y agarró la parte superior de la túnica de su prisionera con ambas manos. Tiró con fuerza. La estiró, pero no la desgarró, así que siguió tirando hasta conseguirlo. Entonces la abrió, arrancándosela del todo. Claudia Enica no podía liberarse. Pertaco la golpeó de nuevo, agarró el ceñidor de pecho de la reina y lo rompió.

—A mi padre lo mataron mientras estaba al servicio de tu hermano, ¿lo sabías? —preguntó. Estaba jadeando, con la cara enrojecida de rabia.

—Sabía que murió cuando eras joven. No sé cómo.

—Zorra. —La golpeó de nuevo, luego comenzó a buscarle a tientas el cinturón. Ella le lanzó una patada, pero él reaccionó con rapidez y la esquivó—. ¿Por qué iba a importarte? Así que no sabías que Ferox, tu querido esposo, nuestro rey —escupió esa palabra— lo mató como a un perro, porque mi padre fue leal a tu hermano, el verdadero rey.

La hebilla se soltó y él le bajó a la fuerza los pantalones, aunque ella seguía intentando lanzarle patadas. La golpeó dos veces más.

—Me encantaría que tuviéramos más tiempo. Aunque también desearía que te hubieras quemado en esa villa, hace tantos años. Pero he tenido que esperar mucho desde entonces, y ahora tenemos prisa. No fue fácil organizar ese ataque y hacerlo coincidir con la gran incursión. Y todo para que, después de todo, no muriera ninguna de las personas que de verdad importaban. Quiero que tú sufras y que el bastardo de tu marido sufra también, para que venga a buscarme y yo pueda matarlo. —Extendió la mano, repasando con los dedos la mejilla magullada de Claudia Enica, casi con ternura—. Tenía muchas ganas de disfrutar de este momento. Y de ser amable contigo, si tuvieras tu aspecto habitual. Al fin y al cabo, tengo mis exigencias. La ropa elegante y el maquillaje ayudan a disimular el hecho de que eres una vieja.

La tomó de la barbilla con ambas manos y la besó.

—Tan fría como la propia Morrigan. —Empezó a quitarse la túnica y la armadura y a desatarse los ceñidos pantalones de montar—. Pero eres una mujer, y no una diosa. Y tienes que saber que estás derrotada. Adriano morirá, porque esto es solo una parte del plan, y antes de fin de mes tendremos un nuevo emperador. ¿Veo sorpresa en tus ojos? Estás derrotada, en todos los sentidos, y morirás cuando yo haya terminado contigo.

—¡En eso no tardarás mucho! —dijo ella, y le escupió en la cara.

Él volvió a golpearla, aunque con menos fuerza que antes.

—El nuevo emperador y la viuda de Adriano recompensarán a los que los hayan ayudado, como yo. Así que, mi dulce reina, el exilio no es mi destino. Yo gano.

—¿Estás bien, hermana? —preguntó una voz familiar.

El gladiador, que todavía agarraba con fuerza a Claudia Enica, se volvió hacia el recién llegado, girando a su prisionera en la misma dirección. Bran estaba allí, con la ropa y la armadura llenas de salpicaduras de barro. Solo tenía ojos para los dos hombres, sin prestar atención a la desnudez de la mujer. Al igual que ella, había recibido las enseñanzas de la Madre, lo que los convertía en parientes por juramento; eso sin contar con que estaba casado con la hija de Enica y era amigo de Ferox desde hacía mucho tiempo.

—Siento haber tardado tanto, pero el inútil de mi caballo se rompió una pierna y se me murió encima. —Sonrió—. Así que, amigos míos, podéis elegir. Soltáis a la señora y seguís vuestro camino. Dudo que lleguéis lejos, porque hay muchos soldados enfadados y avergonzados pululando por la zona, desesperados por redimirse después de permitir que casi mataran al emperador. Probablemente lo mejor es que os entreguéis y supliquéis misericordia.

—¿O? —preguntó Pertaco, atándose los pantalones—. Has dicho que podíamos elegir.

—Ah, sí. —La sonrisa de Bran se ensanchó—. U os mato y acabamos con esto ahora mismo.

—Felix —ordenó Pertaco.

Su captor arrojó con fuerza a Claudia Enica contra el suelo. El tribuno y su guardaespaldas desenvainaron sus espadas, separándose para flanquear a Bran.

—Me gusta mucho más cuando las cosas son sencillas —dijo Bran, y desenvainó su *spatha*.

La reina luchaba por respirar. Tenía los pantalones enredados bajo las rodillas, trabándole las piernas.

El gladiador se adelantó. Aun con toda su corpulencia, era un combatiente bien equilibrado y rápido de pies. Se abalanzó sobre el recién llegado, pero este lo esquivó y lanzó un tajo. Las hojas chocaron con un ruido metálico. Pertaco llegó por el otro lado, girando la espada de forma salvaje. Bran saltó hacia atrás. El gladiador dio otro paso y, cuando estaba a punto de lanzar un nuevo ataque, la reina lo agarró del tobillo con ambas manos y tiró de él con todas sus fuerzas. Era como tirar de la columna de un templo, pero el hombre gruñó y miró hacia abajo, dándole a Bran la oportunidad de lanzar un tajo a su costado. Fue un golpe fuerte, pero la armadura era buena. Y, aunque la hoja se introdujo entre dos de las placas y atravesó el jubón inferior, no provocó una herida paralizante. Pertaco lanzó otro ataque, casi al mismo lugar, y la malla de Bran se rompió antes de que pudiera saltar hacia atrás.

El gladiador gruñó sordamente, se giró e intentó pisotear a la reina con la otra bota. Ella lo soltó, rodando, maldiciendo sus piernas, que todavía estaban sujetas, pero los pantalones eran demasiado ajustados como para sacárselos con facilidad por encima de las botas. Claudia Enica volvió a rodar y se ayudó con las manos para levantarse. Si pudiera ponerse en pie, tal vez podría quitarse aquella maldita prenda de vestir. Entonces vio el cuchillo y se abalanzó sobre él. Volvió a caer al suelo, pero tenía el arma, y eso ya era algo. Se puso otra vez de rodillas, y apoyando una mano en el suelo, logró levantarse.

Bran había hecho un corte al tribuno en el brazo y había dejado otra cicatriz en la nariz destrozada del gladiador. A cambio, tenía otro desgarro en la armadura. La sangre manaba de sus dos heridas, y pronto comenzaría a debilitarse, si nada lo impedía. El gladiador también había ralentizado sus movimientos. Por debajo del corte de la armadura, su túnica y su pierna estaban empapadas de líquido oscuro.

La reina de los brigantes tiró con todas sus fuerzas de la parte superior de sus pantalones y

consiguió quitárselos casi del todo, lo bastante para poder caminar.

—¡Ya recuerdo a tu padre, Pertaco! —gritó, con voz áspera, pero fuerte—. Era un…

Usó una expresión que nadie se esperaba que una reina supiera. Durante un momento, la lucha se detuvo. Bran soltó una risotada. Pertaco se volvió, y vio a una mujer sucia, manchada de barro y casi desnuda que sostenía un pequeño cuchillo.

—¿Y qué esperas hacer con eso, señora? —Se dirigió hacia ella, apuntándola con el gladio—. Bueno, habría preferido usar otra espada contigo, pero esta servirá.

El gladiador consiguió reunir energías y cargó. Bran retrocedió, fingió resbalar, pero el veterano de la arena sabía reconocer ese tipo de trucos y redujo la velocidad antes de acercarse. Vio cómo la mano de su oponente cogía barro y retrocedió, girando la cara para que la bola de cieno no lo cegara.

Claudia Enica dio un paso atrás. Tenía un cuchillo afilado y ligero, pero que no era rival frente a la envergadura de una espada. Le vino a la mente una historia que Vindex le había contado, y tuvo una idea.

Bran no lanzó el barro, pero aprovechó que estaba en cuclillas para saltar hacia delante. Con la mano izquierda agarró el brazo derecho del gladiador por la muñeca, tratando de detener la estocada. Pero aquel hombre era fuerte como un buey, y la punta de su gladio seguía empujando, presionando la cota de malla de Bran. Al mismo tiempo, este intentó clavarle la espada, y el guardaespaldas tardó un instante más de lo debido en agarrarle el brazo. Bran gruñó por el esfuerzo y el dolor cuando el gladio atravesó las anillas y se clavó en su carne. Pero, pese a la fuerza de su oponente, él se había servido de todo su peso para lanzar su ataque, y su *spatha* tenía una hoja mucho más larga. Los ojos del gladiador eran claros, como los de un niño, y vio cómo parpadeaban, aunque no demostraron ninguna otra emoción. Entonces, la punta afilada de la *spatha* se introdujo en el ojo derecho del hombre. Bran sintió que la fuerza del gladio clavado en su cuerpo se aflojaba. Empujó con más fuerza, hasta que su enemigo cayó inerte. El gran peso del gladiador lo ayudó a sacar la *spatha*, pero también arrancó el gladio del hombre, ensanchando la herida.

Bran sabía que el tajo era grave, pero estaba vivo, de pie, y Claudia Enica se encontraba en peligro.

—¿Tienes cojones como para pelear conmigo, o solo con mujeres?

La cabeza de Pertaco se giró bruscamente, revelando sorpresa al ver a su hombre tirado en el suelo. Claudia arrojó el cuchillo —había oído que Ferox había hecho eso mismo en su primer duelo—. Tenía buena puntería, y la distancia era corta. La delgada hoja se enterró profundamente a un lado del cuello del tribuno. Él jadeó, miró a la reina, volvió a girarse hacia Bran. La sangre brotó con tanta fuerza que sacó el cuchillo de la carne. El tribuno se hundió, como un antiguo edificio que se derrumbara.

Claudia Enica se limpió el labio sangrante.

—Es una lástima; me habría venido bien hablar un poco más con él.

XXXIII

Esa noche

Ferox llegó a la pelea cuando todo había terminado. Se encontró con que el emperador estaba a salvo, la reina se había marchado y Bran había ido tras ella. Para su sorpresa, una de las primeras personas a las que vio fue a Marco Cerialis, a la cabeza de media docena de jinetes de la Legio II Augusta. Dentro de la legión, Ferox tenía un rango muy superior al del muchacho. Veía que muchas tropas habían llegado o estaban ya cerca, así que ordenó a Marco que siguiera a Bran.

—¡Por ahí! —dijo, señalando hacia el río—. ¡Intenta no perderte, o tus padres nunca me lo perdonarán!

El muchacho le dedicó una sonrisa alegre, mientras Ferox empezaba a buscar entre los muertos. Su sobrino no estaba entre ellos.

—¡Tú! —Eligió a uno de los singulares, que parecía tener una buena montura—. ¡Dame tu caballo!

—¡Señor!

—¡Haz lo que dice! —Adriano estaba inclinado sobre el parapeto de la torre.

Ferox asintió en señal de agradecimiento y montó. Encontró un rastro y, luego, a Vindex y Ganasco. Tardó tiempo, porque, a diferencia de los regulares, se movía sobre todo por los valles de los riachuelos y las tierras cercanas. Cinco jinetes fugitivos huían hacia el norte, más allá del cordón establecido para proteger al emperador. Aquello no le sorprendió, porque, en el pánico que seguía a una emboscada, todos corrían y muy pocos pensaban con claridad.

En total, tenía a quince de sus hombres, que seguían a los fugitivos a lo largo de una ruta sinuosa, desplegándose para cubrir todo el terreno posible. Cuando ascendieron al otro lado del valle, Ferox envió a cuatro jinetes a cada lado, para que recorrieran a toda prisa los caminos principales, con la esperanza de adelantarse al enemigo. Ganasco y Vindex se negaron a irse y se quedaron con él.

—Tú atraes los problemas —le dijo el germano—. Así que los encontraremos nosotros, y yo lo mataré.

Siguieron adelante y, al cabo de una hora, encontraron el cadáver de un hombre tendido de espaldas, con las piernas y los brazos perfectamente colocados y la espada desnuda a su lado. Tenía el asta de una flecha sobresaliendo del pecho.

—Mis hombres son buenos —dijo Ganasco con gran orgullo.

Eso significaba que quedaban cuatro fugitivos, y que tenían un caballo de repuesto, pero seguían perdiendo terreno. Por el aspecto de las huellas, Ferox sospechó que uno o más de aquellos jinetes estaban heridos y que ralentizaban a los demás. No parecía propio del Lobo mimar así a sus hombres, a menos que estuvieran obligados por un juramento solemne, del tipo que los siluros hacían a veces antes de intentar algo especialmente arriesgado.

Dos horas más tarde, calculó que apenas se encontraban a una milla de distancia, porque el estiércol de los caballos fugitivos todavía estaba blando y muy húmedo, y las moscas revoloteaban encantadas sobre él.

—Tengamos cuidado y vayamos con calma —dijo.

Ganasco gruñó, pero obedeció.

Ferox guiaba la marcha, cincuenta pasos por delante de los demás, y avanzaba con cautela. Su sobrino tenía que suponer que lo estaban siguiendo. Si los había dejado aproximarse tanto, tal vez fuera porque quería tenerlos cerca. Podría haber planeado reunirse con más guerreros suyos.

Estaban de nuevo en un valle sinuoso. El arroyo que corría por su fondo tenía como un pie de profundidad y poco más o menos la misma anchura. Más adelante, el suelo ascendía hacia una abertura entre los bosques. Ferox se detuvo y se quedó mirando en aquella dirección. Hizo una señal a Ganasco y Vindex, que se acercaron, uno a cada costado, y luego indicó por gestos al resto de hombres que vigilaran ambos lados del barranco.

—Veo a dos —dijo, en voz baja—. Solo a dos, uno a cada borde del camino. Pero podría haber más.

—¿Esperamos? —dijo Vindex.

—Eso podría ser lo que ellos quieren —sugirió Ganasco.

Ferox desenvainó su gladio.

—Vamos a ir hacia ellos, y a ver qué hacen.

Vindex sacó la rueda de Taranis y la tocó con los labios.

—¿Sabes? Algún día, voy a dejar de hacerte caso.

—Pero hoy no —gruñó Ganasco.

Ambos sacaron las espadas. A diferencia de Ferox, tenían también escudos. Avanzaron en fila.

—¡Muchachos, no tenéis por qué morir aquí! —gritó Ferox.

Primero vino un hombre por la izquierda, gritando mientras corría hacia ellos, con la espada lista y el escudo ovalado en alto.

—¡Cuidado! —gritó Ferox a Vindex, que estaba a su derecha.

Otro hombre venía por ese lado, cargando en silencio, con lanza levantada, lista para arrojarla.

Vindex giró su caballo a tiempo para detener la lanza con el escudo. Ganasco galopaba hacia el otro hombre. Se oyó un sordo ruido metálico cuando su hoja arrojó al hombre al suelo, con una abolladura en el casco. Vindex mató con facilidad al otro, porque no parecía estar atacando con verdadero afán.

Descubrieron la razón cuando avanzaron un poco más. Ante de ellos, dos jinetes los esperaban en el camino. Ambos vestían uniforme romano y estaban gravemente heridos.

—¿Eres Ferox? —preguntó uno. Su brazo derecho colgaba inerte, roto e inútil.

—Sí.

—Es él —dijo el otro hombre, y empezó a desenrollar el vendaje que cubría su rostro.

Ferox reconoció la voz de inmediato. Era su sobrino, aquel al que llamaban el Lobo.

—Una flecha —explicó el otro hombre—. Le dio desde el lado.

El ojo izquierdo del Lobo había desaparecido por completo, dejando la cuenca vacía. Su nariz estaba rota y su ojo derecho, destruido. Aquello le había ocurrido mientras perseguía al emperador, cuando Sorano disparó esa última flecha antes de huir a la torre.

—¡Lo último que vi fue a Adriano! —dijo con amargura—. Ese bastardo romano estaba haciendo lo peor, estaba huyendo… Supongo que aún está vivo…

—Lo está.

—Entonces será mejor que me matéis y acabemos con esto —les dijo el Lobo.

Un jefe ciego no era jefe, especialmente cuando no tenía parientes en la tribu y su poder provenía tan solo de su valía como guerrero. Ferox se volvió hacia Ganasco.

—Tú decides.

—Tú mataste a mi hijo —gruñó el germano.

—He matado a muchos —replicó el Lobo.

—Tienes que pagar por eso —añadió Ganasco.

Ferox podía sentir la reluctancia del germano. Su sobrino era muchas cosas, pero entre ellas, un valiente, y los guerreros no podían dejar de admirar la valentía. Aunque también valoraban la venganza.

—Hijo de mi hermana, ¿recuerdas los relatos de nuestro pueblo? —preguntó Ferox.

—Sí.

—¿La historia de Camulorix?

El Lobo vaciló y se humedeció los labios.

—Eres un cabrón —dijo al fin.

—Serás recordado, vivas o mueras. Recordado para siempre.

El ciego sonrió.

—Estoy de acuerdo.

Todos desmontaron. Ferox contó la historia. Tras tomar un largo trago de vino, el Lobo se tendió en el suelo.

—Esto es afilado —dijo Ferox, ofreciéndole a Ganasco su gladio.

—Esto es pesado —respondió el germano, levantando su propia espada. Pero no sonreía.

Sujetaron al Lobo. El gigante apuntó con cuidado y cortó la muñeca derecha del siluro. Luego le cortó el pie izquierdo.

El guerrero con el brazo roto no podía encargarse de atar los miembros arrancados y vendar los muñones, así que lo hicieron ellos.

—Llévalo a Fanum Cocidi —le dijo Ferox al guerrero—. Los sacerdotes lo ayudarán. Y, si no sobrevive, es un buen lugar para morir.

—¿No vamos con ellos? —preguntó Vindex.

—¿Para qué? —dijo Ferox.

Pero, cuando sus caballos empezaban a alejarse, se detuvo un momento.

—Adiós, Rues —exclamó—. Nos veremos en el otro mundo.

—Bueno, no debería ser difícil reconocerlo —señaló Vindex.

XXXIV

Vindolanda

Diecisiete días antes de las calendas de julio

Ferox observaba el techo. Todos le aseguraban que era un honor contarse entre los pocos invitados a los que se les permitía quedarse en la *mansio* junto al emperador, aunque eso significara tener por habitación un cubículo minúsculo y, por cama, una caja dura de menos de cuatro pies de anchura. Al menos, estaban en verano, y las noches eran templadas, porque hacía tiempo que había perdido la batalla de las mantas frente a su mujer. La reina estaba haciendo de las suyas y había conseguido ocupar el centro del saco mal relleno y plagado de bultos que tenían por colchón. Ferox estaba boca arriba. Si mantenía las piernas rectas y los brazos a los lados, cabía justo en la parte libre de la cama, aunque el armazón de madera se le clavara en la carne.

No podía dormir, así que escuchaba los sonoros ronquidos de Claudia Enica. Su esposa no había hablado mucho durante la noche, pero él sospechaba que lo haría, probablemente cuando él consiguiera conciliar el sueño.

Estaba cada vez más recuperada. Aunque no parecía tener nada roto, los días siguientes a la emboscada le dolían terriblemente la espalda, el costado y las extremidades. Al principio, no podía dormir bien, lo que significaba que por las noches se quedaba en la cama despierta y hablando —de forma consciente—, mientras él intentaba no tocarla, ni siquiera accidentalmente, porque eso le causaba un dolor espantoso.

Bran parecía estar mejorando. Estaba herido de gravedad, y su viaje en carreta hasta el hospital del fuerte debía de haber sido una dolorosa pesadilla. Sin embargo, había recibido toda la atención del médico privado del emperador. El muchacho seguía vivo, así que, en conjunto, la situación era alentadora. Pronto, Ferox, Vindex y Ganasco lo llevarían junto a Senuna.

Aparte de los ruidos familiares de su esposa, la *mansio* nunca estaba en silencio. Había guardias fuera de la habitación del emperador y en cada entrada, porque nadie quería correr riesgos después del ataque de principios de mes. La reina había expuesto las revelaciones de Pertaco, y que el tribuno estaba convencido de que el complot seguía en marcha. Aunque Adriano prefería descartar esa preocupación, estaba de acuerdo en que era prudente tomar algunas precauciones, al menos para que sus oficiales superiores y sus guardias se sintieran mejor. Los centinelas hacían rondas durante la noche, eran relevados cada dos horas e inspeccionados a

mitad de su turno, por lo que siempre había sonidos de botas, el ruido metálico de las armaduras y los equipos y conversaciones en voz baja. Algunas duraban mucho tiempo, y eran de esas en las que podías distinguir unas pocas palabras, pero no lo suficiente para que la mente consiguiera dar sentido a lo que se estaba diciendo.

Ferox oía todo eso, al igual que oía otras cosas, como a los esclavos cumpliendo con sus deberes. Lo hacían en silencio, pero tenían que revisar las lámparas, atender el fuego que calentaba los baños y, a intervalos regulares, alguien iba a limpiar el suelo y los asientos de la letrina, a quitar las esponjas sucias, a traer otras limpias, a abrir la esclusa y a lavar los canales bajo los asientos.

Ferox había vivido toda su vida confiando en sus sentidos, mirando y escuchándolo todo. A menos que se durmiera rápidamente, cada vez le resultaba más difícil no prestar atención, sobre todo, encontrándose en un lugar desconocido, como aquel.

Se oyó un suave chirrido y, luego, el ligero silbido del agua que salía del tanque que había en el techo del edificio. Un esclavo estaba descargando las letrinas. Estas se hallaban al lado de su habitación; otra razón más para preguntarse hasta qué punto alojarse allí era un honor. Volvió a oír el chirrido cuando la esclusa se colocó de nuevo en su lugar. Después, un ruido de pasos. El esclavo había terminado y se marchaba a realizar otra tarea.

Ferox se quedó esperando, pero los sonidos traían consigo un nuevo dilema. Su cuerpo le decía que necesitaba orinar, lo que le parecía injusto, porque ya había ido varias veces durante la noche y no recordaba haber bebido mucho la tarde anterior. Si volvía a levantarse, probablemente se desvelaría aún más, aparte de que corría el riesgo de que, durante su ausencia, la reina se anexara el resto de la cama, pues tenía la habilidad de extenderse en diagonal para llenar todo el espacio disponible. No le gustaba el suelo, pero el deseo de aguantarse y defender aquel trozo de cama hasta las últimas consecuencias tampoco hacía que desapareciera la sensación de necesidad.

La reina se puso boca arriba.

—Necesitamos abrillantar el mármol —dijo.

Ya está bien, pensó Ferox, y tomó una decisión.

Se levantó, alargó la mano para coger el *pugio* que guardaba junto a la cama, como siempre. Extendió la mano hacia la daga y se detuvo, recordando dónde se hallaba. Aun así, le suponía un esfuerzo dejar el arma allí y limitarse a echarse una capa sobre los hombros. Pero cualquiera que deambulara con una daga tan cerca de la habitación del emperador tendría mucho que explicar.

Entonces oyó algo, un silbido que podría haber sido la respiración de su esposa, excepto por el hecho de que ella se había vuelto a poner boca abajo y no parecía que el sonido viniera de tan cerca. Su instinto le estaba lanzando una llamada de advertencia, y decidió que, si tenía que dar explicaciones, así lo haría. Sacó el *pugio* de su vaina. Se lo puso en la mano izquierda, cerrando bien la capa con un broche para que los pliegues lo ocultaran.

Levantó suavemente el pestillo, desconcertado porque su vejiga ya no exigía su atención con el mismo rigor implacable, y abrió la puerta. El pasillo estaba oscuro, lo que no era normal, ya que las lámparas estaban preparadas para mantenerse ardiendo a todas horas. En el otro extremo del corredor, en la habitación del emperador, la luz salía de la puerta abierta, y había una sombra encorvada en el suelo, delante del dintel.

Ferox miró en todas direcciones, preguntándose si debía dar la voz de alarma, porque la sombra que había frente a la puerta no se movía, y seguramente se tratara de uno de los

pretorianos que estaban de guardia. En lugar de eso, corrió hacia la puerta, manteniendo la daga en la mano izquierda, apuntando hacia abajo. Si gritaba, todo el mundo lo oiría, incluido el asesino, si es que estaba ya en la habitación del emperador.

Sus pies desnudos golpearon las tablas pulidas del suelo, y el eco del ruido resonó por el pasillo. Un hombre apareció en la puerta abierta, recortado contra la luz. Tenía la capucha echada hacia atrás y la piel de su cabeza rapada brillaba. Llevaba un gladio en su mano, apuntando hacia abajo. La hoja estaba cubierta de un líquido oscuro.

—Tú —jadeó.

Ferox se arrancó la capa, rompiendo el alfiler del broche, y la arrojó sobre Sosio. Había reconocido su rostro y su voz.

El liberto luchó por quitársela, con la cabeza atrapada bajo la tela. Ferox corrió hacia delante y clavó la daga en la barriga de su oponente. Sacó la hoja y volvió a apuñalarlo, una y otra vez, mientras trataba de aferrar con la mano derecha la garganta del liberto, que gruñía. Había sangre por todas partes. Sosio lanzó un grito agónico y se desplomó. La capa cayó a un lado.

Miró a Ferox desde el suelo, con los ojos parpadeando. La vida se escapaba de su cuerpo.

—¿Por qué? —dijo suavemente. Y se quedó quieto.

Ferox entró en el dormitorio del emperador, temiéndose lo peor. Había un esclavo muerto en un rincón, con la cabeza echada hacia atrás en un ángulo extraño, y la garganta abierta. Su túnica blanca brillaba en contraste con el charco oscuro que lo rodeaba.

La figura tumbada en la cama estaba encorvada, y la sombra del dosel hacía difícil distinguir los detalles. El corazón de Ferox latía con fuerza. Tenía la mano izquierda pegajosa de sangre. La bajó, apuntando la daga hacia el suelo, y se acercó.

Oyó otro sonido, el de una respiración suave.

—¡Mi señor! —gritó.

El emperador se agitó.

—¡Mi señor Adriano!

El aludido se incorporó, estiró los brazos y bostezó tanto que el gesto parecía casi teatral. Bueno, la gente dormía y se despertaba de diferentes maneras. Él lo sabía muy bien, al estar casado con Claudia Enica.

—¿Ferox?

—¿Estás herido, mi señor?

—Un poco rígido, pero bastante bien. —El *princeps* se fijó en la daga—. Por las pelotas de Hércules, ¿qué estás haciendo?

—Salvarte la vida, cabrón desagradecido —dijo Ferox sin poder contenerse.

—¿Qué?

El emperador saltó de la cama. Estaba desnudo, lo que no era un espectáculo muy digno, pero no había rastro de ninguna herida.

—Sosio —explicó Ferox—. Estaba aquí. Ha matado a dos personas, quizá a más.

Adriano miró al esclavo asesinado.

—¿Dónde está?

—*Thetatus*.

El *princeps* suspiró.

—Entonces, ¿no sería mejor dar la alarma, centurión?

—Sí, señor. Lo siento, señor —dijo Ferox. Y gritó, llamando a los guardias.

Epílogo

Vindolanda

La víspera de las calendas de julio

—Entonces, si lo he entendido bien, ¿el destino del Imperio se decidió gracias a tu vejiga? —Cerialis exhibía una amplia sonrisa—. Ese sí que sería un informe interesante para leerlo en el Senado. No es que lo vayan a leer, por supuesto.

—Por supuesto —asintió Claudia Enica—. No ha habido ningún intento de asesinar a Adriano… Oficialmente, al menos.

—Exacto. Se produjo una escaramuza fronteriza cerca de donde estaba el emperador. Y nuestro *princeps* actuó de forma tremendamente valiente, como era de esperar. Después de eso, la frontera se convirtió en un polvorín.

Al menos, esto último era cierto. Ya que, en cuanto se extendió la noticia de que el emperador había estado a punto de morir, las incursiones comenzaron enseguida, de forma virulenta y frecuente. Aquella noticia fomentaba el orgullo de muchos guerreros, alimentaba sus dudas acerca del poder de Roma y su desprecio por las extrañas murallas y torres de Adriano. Nepote tenía una guerra entre manos, lo que lo había llevado a reunir a casi todos los grupos de trabajo y a volver a emplearlos como soldados durante el resto de la temporada. Los romanos acabarían venciendo, porque la nueva legión y los auxiliares que venían con ella aseguraban que el ejército era mucho más fuerte de lo que lo había sido desde hacía una generación.

Y también significaba que el gran muro, el *Vallum Aelium*, tardaría mucho más en completarse. Sobre todo, porque Adriano había ordenado una serie de cambios en el diseño, añadiendo fuertes para que la guarnición asentada en las inmediaciones del muro fuera mucho más numerosa.

—He oído que está pensando en hacer algo rápido para crear una barrera en toda la línea. Algo que esté listo en un año o dos, como máximo —comentó Cerialis—. Creo que algún tipo de zanja. Como procurador, opino que eso estaría bien. Las zanjas son baratas.

—¿Y qué hay de Sosio? —preguntó Ferox.

—¿Y de la heroica vejiga de mi esposo? —añadió Claudia Enica—. ¡Sí, esta es una historia que pronto pasará a las canciones!

—¿Sosio? —preguntó Cerialis—. ¿Y ese quién es? No, no creo que haya existido nadie con ese nombre.

Claudia Enica lanzó un leve suspiro.

—Lo que yo pensaba. Entonces, ¿eso es todo?

Estaban dando un paseo por el patio de armas. La zona estaba tranquila, excepto por un puñado de reclutas que practicaban con espadas de madera y escudos de mimbre contra los postes instalados en el extremo opuesto. No había nadie cerca, pero, aun así, Cerialis miró a su alrededor para asegurarse. Ferox notó que había un *duplicarius* junto a los reclutas. No le cabía duda de que el hombre estaba furioso en su fuero interno, viendo cómo aquellos desconocidos se paseaban por su campo de entrenamiento como si tuvieran todo el derecho del mundo a estar allí. Aun así, no era probable que alguien de tan bajo rango se pusiera a gritar a un procurador ni a una dama elegante.

—Lepidina me dice que el *princeps* ya sabía buena parte de lo que estaba ocurriendo —explicó Cerialis— y tenía hombres preparados, con órdenes de actuar de inmediato. Se había dado cuenta de que Sosio era más leal a la Augusta que a él. Según parece, hay una conexión familiar. En vez de actuar de forma inteligente o capaz, Sabina se ha comportado como una tonta, lo que, por desgracia, resume su carácter. Estuvo enfadada con su esposo durante años, luego se fue calmando y después empezó a tener pensamientos peligrosos y a convencer a algunos miembros de la casa imperial. No está claro cuánto sabían realmente o hasta qué punto la tomaban en serio. Tal y como yo lo veo, el plan era que, una vez muerto Adriano, la Augusta usaría su autoridad para proclamar un nuevo emperador. Nepote era la elección obvia, porque está aquí, y al mando de tres legiones. Sabina diría que su marido tenía al legado en tan alta estima que lo había señalado como un posible sucesor, e incluso que estaba pensando en adoptarlo.

—¿Y eso habría funcionado? —preguntó Claudia.

Ferox se limitaba a escuchar, porque cuanto más oía, más dudaba de que esa fuera la verdad.

Cerialis meditó la respuesta durante unos instantes.

—Lepidina cree que sí. Pero podría haber habido una guerra civil, ¿quién sabe? Parece que la Augusta pensaba que funcionaría, y Sosio (que, por supuesto, no formaba parte del complot) era un operador político muy astuto. Podrían haber conseguido que funcionara.

—Y ahora, ¿qué va a pasar? —preguntó la reina—. Un divorcio parece algo improbable. ¿Ha habido algún *princeps* que se haya divorciado de su esposa?

Cerialis tenía la costumbre de quedarse mirando al cielo mientras cavilaba.

—Solo los que estaban locos, creo —dijo al cabo de un momento—. No recuerdo si Claudio se divorció de Mesalina antes de que la ejecutaran, ¡pero tampoco era una esposa típica! Pero no, el emperador no hará eso. Oficialmente, no ha habido ningún complot. Por lo tanto, no hay ninguna amenaza para la continuidad del gobierno del señor Adriano. Solo se ha producido un pequeño escándalo, algo vago, del que la gente hablará sin alterarse demasiado. La señora Sabina Augusta, esposa de nuestro emperador, ha sido indiscreta, o ha permitido que los miembros de la casa y el personal sean indiscretos en su entorno. Los detalles no se harán públicos, así que eso dará lugar a muchos rumores lascivos. Los involucrados, sobre todo el prefecto del pretorio y el pobre Suetonio, el secretario *abepistulis*, cargarán con la culpa. Aunque, por supuesto, dado que no se darán detalles concretos, nadie sabrá de qué tienen la culpa exactamente. A ambos se les expulsará de la carrera política, junto a otros tantos. Nadie morirá…, al menos, nadie bien

conocido. Está claro que el propio Nepote no sabía nada del complot. Sabina confiaba en que, con el emperador muerto, un ejército a su cargo y el apoyo de la propia Augusta, el legado accedería gustoso a hacer lo que le pedían.

—Así pues, Nepote sigue siendo gobernador. Adriano asusta a su esposa y demuestra públicamente que es más imprudente e incluso más estúpida de lo que todos pensaban. Pero él representa el papel de marido leal, en la mejor tradición de la *res publica*, quedándose junto a su mujer. —El tono de Claudia Enica era desdeñoso—. Típicamente romano.

—Así es como se creó el Imperio, o eso me han dicho —admitió Cerialis—. La política funciona así, supongo, y eso es mejor que la alternativa: el caos y la guerra. Bueno, y tras esta profunda reflexión, será mejor que me despida de vosotros. No olvidéis visitarnos en Londinium este invierno. Seréis la reina y el rey, pero mi esposa lo ordena, así que ¡hay que obedecer!

El procurador se acercó paseando al carruaje que lo esperaba en el camino, junto al área de entrenamiento. El día anterior, Adriano se había dirigido al oeste, a Uxelodunum, para inspeccionar el sector de tepe del muro y ayudar a organizar la respuesta a las incursiones. Después de eso, regresaría al sur de la provincia y volvería en barco a la Galia antes del otoño.

Cerialis se volvió y saludó antes de subir al carruaje, una pequeña *raeda*. Ferox se preguntó si sería la misma que el procurador y su familia habían usado muchos años atrás, cuando era el prefecto al mando de Vindolanda.

—Disfrutemos de las vistas antes de ir a ver a Bran —sugirió la reina.

Se dirigieron al lado opuesto del recinto. Desde allí, el valle se extendía hacia el oeste. No hablaron, pero la mano de Claudia Enica tomó la de su esposo. Permanecieron así durante mucho tiempo. Era un día brillante y claro. El sol podría volverse opresivo cuando avanzara la jornada, pero, de momento, era muy agradable. Les llegaron los gritos del *duplicarius*, que reñía a sus reclutas y, un poco más tarde, sonó el *cornu* que marcaba el comienzo de la segunda guardia. Ferox sonrió, pues, después de tantos años, los sonidos del ejército le resultaban tan familiares que lo reconfortaban. Adriano había anunciado que lo retiraría de su cargo de centurión, lo que permitiría que alguien de su legión tomara el puesto que él había ocupado durante tanto tiempo. Lo había nombrado prefecto, una categoría más acorde con su nuevo rango ecuestre, y le dijo que esperaba que se integrara en el personal de Nepote, y en el de todos los legados que lo sucedieran. Aunque le dolía pensar que tendría que pasar mucho tiempo lejos de su esposa, probablemente era lo mejor. La inactividad no resultaba buena para él.

—Bueno, ¿qué te parece, esposo? —preguntó la reina al final.

Él contempló con cariño los ojos verdes de Enica durante un rato, antes de responder.

—Que eres muy hermosa, y que soy el más afortunado de los hombres.

Las contusiones de la reina, incluyendo el profundo moratón de uno de sus ojos, habían desaparecido casi por completo, por lo que solo necesitaba un poco de maquillaje para ocultarlas. Ella no le había contado todo lo que había ocurrido, ni lo que Pertaco estaba a punto de hacerle cuando Bran apareció. Ferox ya tenía un temperamento bastante irascible, incluso en circunstancias favorables. Y, dado que ahora, como rey, la acompañaba en el gobierno de la tribu, tenía que comportarse de forma más juiciosa.

—Mmm… Cuando un siluro empieza a halagarte, es prudente que cojas la espada y vigiles tu espalda; o eso dice un viejo proverbio.

Ferox se echó hacia atrás y estudió el trasero de su esposa con evidente satisfacción.

—Nunca he oído decir eso —comentó.

—Porque me lo acabo de inventar. Después de todo, tampoco he dicho lo viejo que es el proverbio. Pero hay algo que te molesta, y me gustaría saber qué. Por extraño que parezca, de vez en cuando tienes razón.

Ferox se quedó pensando un rato. Ella dejó que se tomase su tiempo.

—Sosio —dijo, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Lo que hizo no tiene sentido.

—¿El complot? Pero si era un intrigante. Los dioses saben que nos hemos visto afectados por sus planes con demasiada frecuencia, sobre todo tú. Como agente de Adriano, mató, conspiró y desacreditó a muchas personas importantes, probablemente a muchas más de las que sabemos. Debió de pensar que, después de todo eso, asesinar a un emperador le resultaría bastante fácil.

—Pero ¿por qué? Era un agente de Adriano, como tú misma has dicho. ¿Y se supone que tenemos que creernos que, después de todo ese tiempo, quería matar a su amo?

—Los esclavos y los libertos tienen pocos motivos para querer a sus amos, sin importar lo benévolos que estos se consideren a sí mismos. ¿Vas a dejar de mirarme el trasero?

Ferox se enderezó y rodeó la cintura de su esposa con el brazo.

—Bien, supongamos que, en realidad, Sosio fue leal a la emperatriz durante todo ese tiempo; o que llegó a odiar a Adriano; o que creía que, pese a todos los servicios que le había prestado en el pasado, el nuevo *princeps* pensaba que era mejor deshacerse de él para que no revelara las cosas que le habían ordenado hacer. Sabía mucho, demasiado como para estar a salvo.

Su esposa se inclinó hacia él. Se suponía que no era apropiado que los romanos mostraran afecto en público, pero a ella no le importaba.

—¿Sabes? Tienes una mente tan desconfiada y retorcida como la de un senador. Incluso podrías ser un buen rey, si no fuera porque yo soy mejor reina.

Ferox la besó en la frente, antes de continuar.

—Se supone que tenemos que creer que decidió matar al emperador. Ayudó a organizar una emboscada que no funcionó.

—Casi funciona.

—¿De verdad? Aun así, tal vez eso fuera pura casualidad. Tal vez atacaron antes de estar bien preparados y, en ese sentido, Adriano sí tuvo suerte. Pero la emboscada falló. Y Adriano estaba vivo, y fuertemente custodiado allí a donde iba, incluso aquí, en la *mansio*. Primer problema: si el emperador estaba tan bien protegido, ¿cómo es que Sosio consiguió entrar?

Claudia Enica sintió que sus certezas empezaban a disiparse, pero quería seguir adelante con el razonamiento.

—Era bueno en lo que hacía, todos lo sabíamos; muy bueno, de hecho. Y conocía los hábitos y a los empleados del emperador mejor que nadie.

—Bien. Pues está ahí está el segundo problema. Este astuto espía y asesino se escabulle entre todos los guardias, aunque mata a uno de ellos, y sin que este haga ruido. Luego, le corta la garganta a un esclavo, otra vez sin el menor ruido.

—Sosio era bueno, ya lo hemos dicho. —Pero el tono de la reina era dubitativo, porque había algo que no cuadraba.

—Y el tercer problema es que, después de hacer todo eso, Sosio deja sin un rasguño al emperador, que está dormido, sale por la puerta y se topa conmigo.

—Bueno, eso sobresaltaría a cualquiera.

Ferox le pellizcó el trasero y ella lanzó un chillido exagerado. Eso atrajo la atención de un escuadrón de reclutas que corrían entrenándose, por detrás de ellos. Un hombre tropezó y cayó. Un soldado de mayor rango se inclinó sobre él, gritándole que se levantara y prestara atención.

—¡Compórtate! —le dijo Enica a su esposo—. Eres un rey, al fin y al cabo… Pero tal vez Sosio cambió de opinión en el último momento, se lo pensó mejor y comprendió que no quería que Adriano muriera.

—¿En serio?

—No —admitió ella—. Eso no parece muy probable.

—Ahora bien, si yo fuera una persona desconfiada.

—¡Los dioses nos libren!

Ferox la pellizcó de nuevo. Esta vez, ella lanzó solo una leve queja.

—Como iba diciendo. Si fuera desconfiado, podría pensar que, en realidad, Adriano no estaba dormido. Podía olerse la sangre fresca, la habitación apestaba a sangre. Cualquiera (y, sobre todo, un emperador que sabe que hay gente detrás de él) se despertaría al olerla. En aquel momento, no me pareció muy realista la forma en que se desperezó, y cómo fingió tener los ojos llorosos y estar adormilado. Parecía que estuviera actuando. Oí voces que hablaban antes de levantarme, podrían haber venido del dormitorio del *princeps*. Quizás la llegada de Sosio no le sorprendiera en absoluto, ni aunque hubiera tenido que colarse entre los guardias. Tal vez seguía siendo el agente de Adriano, trabajando en la sombra, como siempre.

Los ojos de Claudia Enica se abrieron de par en par.

—Y Adriano estaba preocupado y molesto por la lengua indiscreta de su esposa y sus interferencias en la vida política. Así pues, consiguió que alguien la convenciera para conspirar, de modo que, cuando el complot fallase, pudiera usar eso en contra de ella. Sabina está avergonzada, por lo que no es probable que vuelva a intentar nada. Y un pequeño escándalo hace que todo el mundo la tome aún menos en serio. —La reina suspiró ante la frialdad de todo aquel asunto—. Sosio podría organizar algo así, ¿verdad? Ahí están el guardia y el esclavo muertos para demostrar que ha habido un intento de asesinato. Todo eso podría esgrimirse contra la Augusta para hacer que se vuelva una mujer obediente. Y Sosio se quedaría esperando hasta oír un ruido. ¡Entonces saldría corriendo de la habitación y escaparía, como si lo hubieran sorprendido antes de que pudiera asestar el golpe fatal! Dulce Minerva, es de una crueldad brillante, ya lo creo.

—Eso es lo que sospecho —dijo Ferox—. Y, además, me pregunto si no fue una coincidencia que Adriano insistiera en que nos quedáramos en una habitación tan cercana a la suya. No pareció que le molestara encontrarse a Sosio muerto.

—Bueno, dadas las circunstancias, no podía hacer otra cosa, ¿verdad? Eso no impediría que su plan funcionara y… Oh, no, no puede ser… Así, podría deshacerse de Sosio y asegurarse de que nadie supiera la verdad, sobre este asunto y sobre todo lo que ha hecho a lo largo de los años. —La reina frunció el ceño—. Pero no podía saber que saldrías de la habitación buscando las letrinas en el momento adecuado.

—Como te he dicho, no estoy seguro. Podría haber sido por casualidad. Incluso podría estar equivocado, pero esto es lo que sospecho. Más o menos a esa misma hora, en el exterior del edificio empezaba un turno de guardia con el doble de la cantidad habitual de hombres, tanto legionarios como pretorianos. Marco estaba a cargo, y era alguien de fuera, alguien a quien Sosio

no conocía. No estoy seguro de que pudiera haber salido tan fácilmente como entró.

—¿Significa eso que lo habrían matado de todas formas?

—En aquel momento, o más tarde. En realidad, eso no importaría, ¿verdad? El liberto no podía hablar con nadie, con nadie que tenga importancia política, quiero decir. No sería fácil engañar a Sosio —prosiguió Ferox—, pero, con el pretoriano muerto, Adriano podría decir que el esclavo mató al soldado y que luego trató de apuñalar al *princeps*, pero que los dioses inmortales lo despertaron en el último momento y fue capaz de eliminar a su asesino. Y Sosio podría haberse creído que ese era el plan, si es que todavía confiaba en Adriano.

Quedaron sumidos en el silencio durante largo rato. El sol ya no parecía tan cálido.

—¿Y qué hacemos? —preguntó al fin Claudia Enica.

—Nada. Puede que me equivoque —dijo Ferox— y, de todos modos ¿qué podríamos hacer? Demostrar al mundo que Adriano es un bastardo inteligente y traicionero. Él ya se refiere a sí mismo en esos términos, ¿sabes? Y, si el *princeps* cayera, ¿qué nos esperaría? Una guerra civil y, al final, un nuevo emperador. Y quién sabe si sería una buena persona. No hay muchas probabilidades de que resulte ser más inteligente que Adriano. Y, aunque nuestro *princeps* pueda no gustarte, hay que aceptar que está haciendo un buen trabajo. Basta con que no te incluya en su lista negra.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más quieres? Adriano gobernará bien. Tú eres la reina de los brigantes, como te mereces, nuestra hija pequeña está casada con un bandido herido y las gemelas pronto se irán de casa para entrar en la sociedad elegante de Lugdunum. Todo es como debería ser.

Claudia Enica soltó una risa larga y profunda.

—Vamos a ver a Bran —dijo, cuando la risa cesó—, y puedes volver a disculparte por matar a Sosio antes que él.

—Eso es lo que uno hace por la familia —respondió Ferox.

Y se dirigieron juntos hacia la puerta principal del fuerte.

Nota histórica

El muro es una novela, igual que sus predecesoras, *El fuerte* y *La ciudad*, así como la trilogía *Vindolanda*, en la que Ferox aparece por primera vez. Es justo explicar a los lectores qué parte de la historia se basa en hechos reales y cuál es pura invención. El propio Ferox, junto a Vindex, Claudia Enica y todos los demás personajes de las tribus son ficticios. Flavio Cerialis, Sulpicia Lepidina y su familia son conocidos gracias a las tablillas de Vindolanda, pero solo a través de esta fuente, que nos permite atisbar su vida. Aunque he tratado de asegurarme de que ningún detalle de las diferentes historias entre en conflicto con la información de las tablillas, estos personajes son, en gran medida, inventados. Eso se aplica también a lo que les sucedió después de marcharse de Vindolanda. No se sabe nada de esa parte de sus vidas. Le he dado a Cerialis una carrera espléndida para un oficial ecuestre, culminando con su nombramiento como procurador de Britania en la época en laque transcurre *El muro*. De hecho, no sabemos quién era el procurador en ese momento, por lo que, a menos que surjan nuevas evidencias en los próximos años, esta conjetura no resulta imposible.

No ha sobrevivido ninguna historia detallada del Imperio romano en el siglo II d. C., lo que significa que hay incluso muchos eventos importantes que no se comprenden bien. Fue el momento del apogeo del Imperio, una época de prosperidad y optimismo, pero las dificultades de transmisión de los textos provocan que haya muchas lagunas en nuestro conocimiento. Cuando se trata de una provincia como Britania, se sabe aún menos, en cualquiera de los momentos históricos. Esto es algo frustrante para un historiador, pero ofrece una gran oportunidad para que un novelista cree una historia.

A Adriano se le recuerda como uno de los «buenos emperadores», un hombre que gobernó bien. Pero el relato más detallado de su vida está en la *Historia Augusta*, una colección de sensacionales biografías escritas en el siglo IV d. C., un momento en el que el Imperio y la sociedad habían cambiado mucho. Para dar una idea de su fiabilidad, el autor pretende que, en realidad, se trata de una compilación de varios autores, algunos de los cuales habrían escritos sus textos en períodos anteriores. En general, las vidas más antiguas parecen un poco más sobrias y dignas de confianza que muchas de los posteriores. Aun así, no es una fuente en la que se pueda confiar. Pero, sencillamente, resulta que no hay ninguna mejor. Parte de la información que nos proporciona parece plausible, aunque no se conserva en ningún otro lugar. En la época sí había muchos otros relatos, por ejemplo, la *Historia* de Dión Casio, un senador que escribió a

principios del siglo III d. C., pero de su obra solo nos han quedado epítomes muy breves.

Podemos estar seguros de cuál es el esquema básico de los eventos principales, y la novela lo sigue. Trajano nombró a Adriano gobernador —*legatus Augusti*— de Siria en la fase final de sus campañas orientales. Hacia el año 117 d. C., la salud del emperador estaba empeorando y, en el viaje de regreso a Roma, Trajano enfermó en Cilicia y murió. Se anunció, en gran parte gracias a la autoridad de su viuda, Plotina, que en sus últimas horas había adoptado a Adriano, designándolo así como sucesor, algo que, curiosamente, no había hecho hasta ese momento. Por casualidad, tenemos un memorial de Fedimo (cuyo nombre completo es Marco Ulpio Fedimo, ya que, como todos los libertos, tomó el nombre de su amo), el chambelán o mayordomo de Trajano. Murió el 12 de agosto, pocos días después que el emperador, aunque sus cenizas no fueron llevadas de Cilicia a Roma hasta doce años después. El *Epítome* de Dión Casio cuenta que Trajano creía que lo estaban envenenando. No sabemos la causa de la muerte de Fedimo, pero solo tenía veintiocho años, y parece demasiada coincidencia.

Con independencia de lo que hubiera ocurrido, Adriano actuó rápidamente, ayudado por sus aliados de Roma y de otros lugares, y pronto se lo reconoció universalmente como emperador. Hubo algunos arrestos y ejecuciones, seguidos por la supuesta conspiración de Nigrino, al año siguiente. Parece que esta tuvo lugar durante una cacería, aunque se conocen muy pocos detalles, y llevó a la muerte de Nigrino, Lusio Quieto y, tal vez, de otras personas. Matar así a varios senadores deterioró para siempre las relaciones entre Adriano y la aristocracia, y provocó que los textos que hablaban sobre él fueran, generalmente, hostiles. Sus intentos de culpar a sus subordinados fracasaron.

Si los principales acontecimientos del reinado de Adriano se conocen poco —más allá de su esquema general—, hay información muy escasa sobre lo que estaba ocurriendo en la mayoría de las provincias, incluida Britania. Las fuentes nos dicen que hubo serios problemas militares en esta provincia en los últimos tiempos del reinado de Trajano, y que continuaron bajo el de Adriano. En el curso de aquellas luchas, y de las que vinieron a continuación, se produjeron importantes pérdidas en el bando romano, lo bastante graves como para que la posteridad las recordara y se citaran como un ejemplo de combates arduos. Ese contexto provocó un refuerzo significativo de la guarnición de Britania, y un énfasis en un mayor despliegue en el norte, cuya muestra más destacada es la construcción del Muro de Adriano. Sin embargo, ninguno de los detalles se conoce bien; y, menos que nada, la cronología, la escala y la naturaleza de la lucha, ni las decisiones que los romanos tomaron a consecuencia de ella.

Escribí *Vindolanda* para sugerir cómo podría haber sido la frontera norte antes de la construcción del Muro y, en parte, para explicar por qué se creó. Los actos I y II de esta historia están ambientados en la misma era, anterior al Muro, cuya evidencia proviene principalmente de la arqueología, con la ayuda de las inscripciones, las tablillas y otras cosas, como las leyendas de las monedas. En los años ochenta, los romanos, al mando de Agrícola, habían penetrado bastante en el norte de la zona que hoy conocemos como Escocia, pero pronto se cancelaron los planes para una ocupación a largo plazo y se abandonaron las bases permanentes construidas en la región. Esta retirada se produjo en varias fases, que pueden deberse —o no— a que se necesitaban tropas en otros lugares, sobre todo, en el Danubio.

Al principio de *El muro* no había bases romanas muy al norte de la calzada romana que iba, en dirección este-oeste, desde la desembocadura del Tyne al fiordo de Solway. Esta ruta suele

denominarse el Stanegate («camino de piedra»), pero, al igual que los nombres de otras calzadas romanas de Gran Bretaña —como Fosse Way y Watling Street—, este es un nombre sajón posterior. No sabemos cómo la llamaban los romanos, ni podemos estar seguros de cuándo la ruta pasó de ser una pista bien marcada a una calzada debidamente pavimentada, aunque hay muchas posibilidades de que eso ocurriera bajo el reinado de Trajano.

Se conocen varios fuertes a lo largo del recorrido de esta calzada, incluidos Corbridge (Coria), Vindolanda, Carvoran (Magnis) y Carlisle (Luguvalium). Hay división de opiniones con respecto a si esto puede considerarse un verdadero sistema fronterizo. Al comienzo de nuestra historia, parte de la acción transcurre cerca del fuerte (*burgus*) de Haltwhistle Burn, no muy lejos del famoso y muy fotografiado castillo miliar de Cawfields, que se construyó posteriormente, como parte del Muro de Adriano. Las excavaciones de Haltwhistle Burn revelaron que fue una de las primeras instalaciones militares en Britania con un muro exterior de piedra, y que contaba con varios edificios en el interior. Hoy, los contornos de estos pueden verse en el suelo, lo que da una idea del tamaño del puesto de avanzada y de su posición sobre la zona. Aparte de esta, se conoce una instalación similar en Throp, al oeste, y puede que hubiera otras.

La torre de Haltwhistle Burn se convertiría después en la número 45 del Muro, aunque originalmente se construyó como una estructura independiente. Esta es una de las torres que, al parecer, se erigieron mucho antes del Muro de Adriano, muy probablemente con el fin de servir como estaciones de señalización para los fuertes y fortines que se extendían a lo largo de la calzada. Sin embargo, las excavaciones en curso han demostrado que una torre identificada por *Sir* Ian Richmond, cerca de lo que sería más tarde el fuerte Birdoswald (Banna), no era en realidad una torre, y que tampoco se construyó en una fecha tan temprana. Los trabajos que se están llevando a cabo actualmente en el Muro de Adriano siguen arrojando sorpresas y desafiando las teorías preexistentes.

En comparación con otros períodos más tardíos —y, de hecho, también con los anteriores—, la presencia militar romana en el norte de Britania fue menor durante estos años. A grandes rasgos, la provincia había pasado de tener cuatro legiones en el momento de la conquista, a tres y, luego, a dos. Al menos, esa es la teoría más aceptada, porque, como ocurre con tantas otras cosas, es imposible tener una certeza absoluta. Aunque la mayoría de los estudiosos suponen que la Legio VIII Hispana abandonó Britania a principios del siglo II d. C., y que en algún momento posterior de la centuria desapareció de las listas del ejército debido a un desastre o a una infamia, nadie sabe realmente qué sucedió, ni cuándo. Recientemente, un erudito ha argumentado que la evidencia podría sugerir que la legión seguía en Britania hacia el año 117 d. C., y que podría haber estado involucrada en una derrota que formaría parte de esos grandes desastres sufridos en la provincia en esa época. No afirma que esta sea la única manera —ni siquiera la mejor— de interpretar la evidencia, sino, simplemente, que se trata de una posibilidad.

Yo he optado por mandar a esta legión fuera de Britania —y los lectores de *La ciudad* sabrán que desempeña un papel central en esa historia, ambientada muy al este—. Sin embargo, también he hecho que desempeñe un papel en *El muro* una cohorte formada con los veteranos de esa legión —y otros hombres— que se quedaron en Britania. No hay duda de que, a finales del siglo I y principios del II, el ejército había abandonado todas las bases situadas sustancialmente al norte del Stanegate, y que tiene sentido pensar que debió de producirse una reducción generalizada de las guarniciones, aunque no podamos ser más precisos. Es aún más difícil saber dónde estaban la

mayoría de las unidades auxiliares en un momento dado, en comparación con las legiones más grandes. La prioridad de Trajano fueron sus guerras contra los dacios y, más tarde, sus expediciones al este y la invasión de Partia. Quizá una cuarta parte de todos los efectivos del ejército —incluso más— estuviera involucrada de una forma u otra en cada una de esas operaciones. Parece poco probable que en esos momentos se le diera mucha prioridad a Britania, en lo relativo a recursos y tropas.

Dentro de este trasfondo, la narrativa de nuestra historia es pura invención, pero resulta lógica. Espurio Ligustino, el *legatus* enfermo, es un personaje ficticio, al igual que Prisco. No sabemos quién fue gobernador de Britania antes de Falco, ni quién comandaba la Legio II Augusta en ese momento. Tincomio también es inventado, igual que mi versión de la política entre las tribus y dentro de cada una de ellas. Uno de los mayores problemas para comprender las fronteras del Imperio es que, normalmente, no sabemos nada sobre los deseos, las ambiciones y las capacidades de los pueblos que vivían más allá de ellas, por lo que nuestros debates se centran en los objetivos y las prioridades romanos, lo que da la falsa impresión de que estos eran agentes libres.

Una violenta incursión en los territorios romanos y aliados parece una causa muy plausible para un conflicto, ya que las incursiones eran comunes en la mayoría del mundo antiguo. Es probable que tales ataques provocaran represalias por parte de los romanos —en esencia, incursiones punitivas de respuesta—, lo que, a su vez, conduciría a una escalada de violencia cuando las comunidades del norte se defendieran. En muchos períodos históricos, las referencias a las fronteras sugieren que la venganza y las represalias de todos los bandos implicados tendían a recaer sobre personas que tenían poco o nada que ver con el agravio original, fomentando la expansión del conflicto. Gran parte del costo de todo esto recaía en las poblaciones civiles de cada lado.

Los brigantes eran una de las tribus o confederaciones tribales más grandes, si no la más grande, de Britania. Como siempre, nuestra evidencia de su identidad proviene principalmente de fuentes romanas o de aquellos que adoptaron aspectos de la vida romana, lo que no nos muestra el panorama completo. Por lo tanto, gran parte de mis descripciones sobre los brigantes, por no hablar de las historias de Claudia Enica y su familia, son inventadas. No sabemos qué sucedió con el linaje real de la tribu en ese período, ni cuánto duró. Las excavaciones de Aldborough —o Isurium Brigantum—, la capital tribal construida para ajustarse a las costumbres romanas, muestran que, al menos, algunos miembros de la tribu intentaron adaptarse al sistema imperial y a beneficiarse de él. Hay muchas cosas que no sabemos, pero he hecho lo posible para encajar los episodios que he ambientado allí con la evidencia procedente de las investigaciones, tal y como la presentan Rose Ferraby y Martin Millett, *Isurium Brigantum. An archaeological survey of Roman Aldborough* (2020).

El Acto II de nuestra historia se centra en Prisco y su expedición al norte. Todo eso es ficción, aunque, como siempre, he intentado representar al ejército romano en campaña con la mayor precisión posible. No hay ninguna evidencia específica sobre una posible leva de *numeri* —las unidades britanas de tropas irregulares— para combatir en la provincia en este momento, aunque algunos britanos sí sirvieron en otros lugares. Sin embargo, es bastante plausible que ocurriera así, porque era lo que romanos solían hacer cuando no contaban con suficientes tropas regulares. He sido menos específico que de costumbre sobre la identidad de la mayoría de las

unidades auxiliares dentro del ejército, porque no siempre estamos seguros de cuáles estaban presentes en este momento, y cuáles llegaron más tarde, cuando se construyó el Muro.

Las derrotas romanas en el campo de batalla fueron relativamente raras en los siglos I y II d. C., y las descripciones detalladas de esos fracasos son aún más raras. En casi todos los casos, la disciplina, el mando y el control, el equipo, el entrenamiento y las tácticas marciales daban a los romanos una gran ventaja en los enfrentamientos a campo abierto. Por lo tanto, era necesario crear una explicación convincente para una derrota grave. En nuestra historia, la reconstrucción de la batalla se basa muy, muy vagamente en la abrumadora victoria zulú sobre el ejército británico que se produjo en Isandlwana el 22 de enero de 1879, como sospecho que algunos lectores habrán notado. En *El muro* los romanos sufren varios miles de bajas en esta derrota, como recordatorio de que, en esa época, un desastre no tenía que ser a gran escala para considerarse importante. Podemos compararlo, por ejemplo, con las pérdidas contra los cimbrios y los teutones, que aniquilaron a una sucesión de legiones romanas a finales del siglo II a. C. El cenotafio de Adamclisi, en Rumanía, que podría conmemorar a los caídos en los conflictos contra los dacios y sus aliados, tiene espacio para unos tres mil ochocientos nombres.

A principios de su reinado, Adriano envió a Falco a Britania, muy probablemente para que hiciera frente a la crisis que se estaba produciendo allí. En algún momento —ya fuera entonces o después—, un tribuno llamado Tito Poncio Sabino fue enviado con tres mil legionarios de unidades procedentes de las dos Germanias y de Hispania para reforzar la guarnición de Britania. En mi historia, sitúo este hecho como consecuencia de la derrota de Prisco. Puede que se enviaran más refuerzos, pero nadie lo sabe con seguridad, ni si de verdad llegaron, ni cuándo. Parece que Adriano trajo consigo a Platorio Nepote y a la Legio VI Victrix cuando llegó a la isla, en el año 122 d. C. Falco pudo haber salido de la provincia antes de que ellos llegaran, según parece indicar un diploma: la copia en bronce de un documento que otorga el licenciamiento y la ciudadanía romana a un auxiliar que había cumplido su tiempo en el ejército. Ese texto refleja que el licenciamiento de este hombre y de otros fue concedido por Falco, pero confirmado oficialmente por Nepote. Falco fue destinado a Asia, una provincia sin destacamentos militares, pero su esposa parece haber muerto en Samos durante su mandato, o antes de que llegaran.

La visita de Adriano a Britania fue uno de los muchos viajes por las provincias que el *princeps* realizó durante el transcurso de su reinado. Viajó más y con mayor frecuencia que ningún otro emperador desde Augusto. Antes de acercarnos al Muro de Adriano, tiene sentido pensar en lo que nos cuenta la *Historia Augusta* sobre el despido de algunos altos funcionarios, incluidos el prefecto pretoriano Septicio y el alto funcionario Suetonio, al que conocemos como el autor de las biografías de los primeros doce césares, así como por otras obras. Parece que su ofensa guarda relación con su cercanía a la esposa del emperador, Sabina Augusta. En la citada obra, este incidente se sitúa inmediatamente después de la descripción de la visita de Adriano a Britania, y antes de su regreso a la Galia, lo que permite a algunos eruditos ubicar el incidente durante la visita. Por supuesto, eso justifica su inclusión en nuestra historia.

Es evidente que Adriano y Sabina no se llevaban bien y que llegaron a odiarse mutuamente. Una fuente posterior incluye la afirmación de que ella solía jactarse de que se aseguraba de que él nunca la dejara embarazada. No se divorciaron, porque eso era algo que un buen emperador no podía hacer, pero es imposible conocer los detalles sobre su relación. Cualquiera que fuera la naturaleza del escándalo —incluyendo el hecho de que la emperatriz podría ser más bien la

víctima que la causante—, imaginar que se trató de un asunto político tenía sentido para nuestra historia, a pesar de que todos los detalles, y el propio Sosio, son inventados. Se dice que, después, Adriano empezó a sospechar de Platorio Nepote, por lo que imaginar que los conspiradores planeaban nombrarlo emperador nos da una buena razón para que esa desconfianza creciera en los años posteriores.

El hito más famoso del emperador, en lo concerniente a Britania, fue ordenar que se construyera el Muro de Adriano. Una copa conmemorativa con la inscripción de *Vallum Aelium* (Aelius, o Elio, es el nombre de la familia de Adriano) sugiere que, en la realidad, el Muro llevaba su nombre, al menos en los primeros tiempos. La *Historia Augusta* afirma que el Muro tenía ochenta millas de largo y su propósito era *barbaros Romanos que divideret* —«separar (o dividir) a los bárbaros de los romanos»—, una información que no nos resulta especialmente útil, dejando aparte el hecho de la escasa fiabilidad de esta obra. El Muro de Adriano apenas se menciona en ninguna otra fuente literaria antigua que haya sobrevivido, lo que significa que su historia se conoce a partir de la arqueología, respaldada por las inscripciones. (Hasta ahora, ninguna de las tablillas legibles de Vindolanda, ni de cualquier otro lugar de la región, pueden fecharse inequívocamente en el período en el que el Muro se encontraba construido en su forma definitiva). En Vindolanda, los excavadores descubrieron un edificio de notables dimensiones fuera del muro del fuerte de aquella época, que interpretaron como una *mansio*, o estación de paso oficial, y conjeturaron que se construyó para alojar a Adriano durante su visita, de ahí que hayamos incluido este detalle en nuestra historia. Se ha encontrado allí una tabilla que, según las interpretaciones, sugiere que alguien esperaba presentar una petición al emperador durante su visita.

La mayoría de los eruditos asumen que Adriano ordenó la construcción del Muro durante su visita del año 122 d. C., aunque no todos están de acuerdo con esta suposición. En los últimos años, se ha analizado la madera utilizada para construir la empalizada fronteriza de Germania, que Adriano inspeccionó en el año 121 d. C. Se ha podido fechar y se ha demostrado que había sido talada varios años antes. Esto refuerza enormemente la hipótesis de que las obras ya habían comenzado y que algunas secciones del Muro ya eran visibles, e incluso que estaban completas, para que el emperador pudiera ver lo que se había hecho, como en nuestra historia.

Es cierto que, en un período relativamente corto de tiempo, se ordenó hacer una serie de modificaciones al diseño original. Al principio, el plan era levantar un muro de unas ochenta millas romanas de largo, realizado en tepe en el tercio occidental y en piedra en el resto de la línea. El muro de piedra iba a tener diez pies romanos —unos tres metros— de anchura. Los eruditos se refieren a esta sección como el Muro ancho. Más o menos a cada milla había una pequeña fortaleza o puerta fortificada que permitía atravesar el muro, además de los dos portones principales, a los que llegaban las vías ya existentes. Hoy en día llamamos a estos pequeños fortines castillos miliares, pero ignoramos el nombre que les dieron los romanos. Entre cada dos castillos miliares había dos torres a las que denominamos torretas, para distinguirlas de las torres exteriores.

Probablemente la primera modificación fue reducir el ancho del muro de piedra a unos siete pies y medio —entre 2,5 y 1,8 metros, según las secciones—, lo que los eruditos llaman el Muro estrecho. Se sigue debatiendo cuánto del trazado se construyó a plena altura manteniendo el ancho original, pero, en el mejor de los casos, sería una proporción muy pequeña del total. Sin

embargo, hoy en día, los cimientos del Muro ancho se siguen viendo claramente en varias zonas. Algunas torretas y castillos miliares se habían levantado con las paredes laterales calculadas para ajustarse a las dimensiones del Muro ancho y, después, tuvieron que unirse al Muro estrecho. Entre otras cosas, esto confirma que el muro y sus instalaciones no se construyeron en una secuencia simple, sino que se realizaron en secciones individuales, o se fueron completando parcialmente los diversos tramos en diferentes momentos.

La segunda decisión importante fue añadir fuertes auxiliares al propio Muro, en lugar de confiar el apoyo inmediato solo a las bases que ya existían siguiendo el trazado del Stanegate. Eso significa que, en algunos casos, se construyeron fuertes sobre torretas o castillos miliares anteriores —algo que hoy en día puede verse con facilidad en la zona norte del muro, en Housesteads—. Eso hizo que fueran necesarias muchas más tropas, y también más puertas de acceso a la línea del Muro. En algún momento, tal vez poco después de tomar esta decisión, se comenzó a trabajar en lo que los estudiosos llaman el *Vallum*, una ancha zanja que discurre al sur del muro. —El nombre se debe a un error cometido hace mucho tiempo, ya que *vallum* significa «pared», y la estructura es, esencialmente, un foso—. No comprendemos muy bien este *vallum*. En su fase inicial, tenía muy pocos lugares de paso, y cualquiera que entrase a través de la puerta de un castillo miliar tendrían que recorrer cierta distancia antes de poder superar la zanja y seguir viajando hacia el sur.

Desconocemos por qué la sección occidental del Muro se hizo de tepe. No puede haberse debido a la escasez de canteras de piedra adecuadas, porque posteriormente fue reconstruida en piedra, más avanzado el siglo II d. C. (y, en algunas áreas, el muro de piedra siguió una línea diferente, por lo que todavía podemos ver rastros del anterior muro de tepe). Una interpretación plausible es que el sector occidental era el más amenazado y, por tanto, allí el trabajo se realizó usando un método más rápido, y con el que los soldados romanos estaban muy familiarizados, utilizando tepe, tierra y madera. Los castillos miliares de este sector estaban hechos de tepe y madera, pero las torretas fueron de piedra desde el principio, lo que resulta más difícil de explicar, a no ser aceptando la teoría que de que el plan inicial incluía todas las edificaciones en piedra, y que después se abandonó porque era necesario construir más deprisa. Además, la línea de castillos miliares y torretas, sin el muro en sí, se prolongó a lo largo de la costa de Cumbria, lo que sugiere que había problemas con incursores que llegaban por mar.

En algunos estudios, se ha defendido que la prioridad era la de construir en aquellas áreas que se percibían como especialmente vulnerables, como los valles de los ríos Tyne e Irthing; o, de forma más general, empezar por las torretas y los castillos miliares —o, tal vez, solo la pared frontal de esto últimos, con una torre sobre la puerta de entrada— para crear cuanto antes una línea de puntos de observación. Pese a la aparente rigidez del diseño inicial, los hombres encargados de las obras demostraron una mayor flexibilidad sobre el terreno. Así, la distancia entre los castillos miliares varía un poco, pero cada uno de ellos está cuidadosamente posicionado para ser visible desde un fuerte o desde la línea del muro, ya sea directamente o a través de otra torre que actuaría como intermediaria. En cambio, varios tienen puertas que se abren a verdaderos precipicios y, al menos uno de ellos, ni siquiera tiene puerta de entrada. Eso sugiere que era más importante que la torre sirviera como punto de observación, y no que posibilitara que un grupo de hombres viajara a través de ella. Sin embargo, nadie está realmente seguro de quién cruzaba el Muro a través de los castillos miliares, ni con qué frecuencia, ni si se trataba de tráfico

militar o civil —ni siquiera antes de que el añadido de los fuertes y el *Vallum* complicara las cosas.

El cuadro que emerge de todo esto es que hubo partidas de trabajo activas en muchos lugares a la vez, determinadas por la mano de obra disponible, las prioridades locales y globales y otras circunstancias, como el acceso a la madera necesaria para construir los andamios. Nuestra historia se basa en la hipótesis de que parte del Muro —concretamente, una distancia de una milla más o menos entre los castillos miliares 47 y 48 (la numeración va de este a oeste, partiendo de un teórico cero en Wallsend)— se levantó a modo de muestra, para que Adriano lo inspeccionara, tal y como hace en nuestra historia. El castillo miliar en el que el emperador se detiene para subir a la torre y come y charla con los soldados es el número 48, en Poltross Burn, que bien merece una visita. Estos dos castillos miliares eran más grandes que todos sus homónimos de piedra conocidos y todos —menos uno— de los de tepe. Aun así, son significativamente más pequeños que otros fuertes romanos, por ejemplo, los de Haltwhistle Burn y Throp —este último, a poca distancia de Poltross Burn—. También están construidos según los requerimientos del Muro ancho, y los edificios internos son más grandes y lujosos que los de otros castillos, con hornos, cristales en las ventanas y escalones de piedra —los únicos escalones que sobreviven de todo el Muro de Adriano y, por tanto, la única indicación física de su altura—. Otra característica notable de Poltross Burn, y de otros puntos a lo largo del Muro, es que está construido sobre una pendiente muy pronunciada.

Al caminar hacia el oeste a lo largo de la línea del Muro —en mi última visita, esto significó dar un desvío, porque el camino bajo el terraplén del ferrocarril estaba bloqueado— nos encontramos con una sección larga de Muro ancho que posteriormente se terminó como Muro estrecho. Por eso, en nuestra historia, solo hay unas pocas hiladas de piedra construidas. La torreta en la que Adriano busca refugio es la 48a, en Willowford este. Allí se puede ver cómo las secciones del Muro ancho se unen a las del Muro estrecho, sugiriendo que la torre se construyó en toda su altura antes de que la cortina se uniese a ella. La imagen de la reconstrucción que se ve en el tablero de información de esta torreta la muestra abierta, mientras que en la 48b se representa la torreta con techo. Este es uno de los muchos misterios que guardan relación con el Muro. No sabemos si las torretas tenían la parte superior abierta o si estaban techadas —y, de ser así, qué forma tenía el techo—. Del mismo modo, no todos los estudiosos aceptan la teoría de que hubiera un paseo de ronda que recorriera por completo la parte superior de la cortina. Personalmente, creo que sí lo hubo, y que esa es la mejor interpretación posible basándonos en la evidencia que tenemos. Pero es imposible demostrarlo.

Un mito persistente sobre el Muro de Adriano, que tiene tendencia a repetirse en algunos manuales de historia romana —en los cuales, por supuesto, el autor no tiene espacio para discutir la cuestión en detalle, por lo que el fallo resulta comprensible— es que el Muro era débil desde el punto de vista militar. Esto es un sinsentido, basado en una mala comprensión de la amenaza a la que probablemente tendría que enfrentarse. No era de esperar que se produjeran asaltos en masa en largos tramos del Muro, a imagen de los capítulos del maravilloso *Puck de la colina de Pook*, de Kipling. En el caso de ataques a gran escala, el método del ejército romano era luchar en campo abierto, avanzando para hacer frente a la amenaza, al igual que Tito Cerialis lo hace en nuestra historia. El problema más inmediato eran los asaltos llevados a cabo por bandas de guerreros de tamaño pequeño o moderadamente grande. El Muro no era impenetrable ante tales ataques, pero hacía que resultara mucho más difícil cruzarlo sin ser visto. Cuando los romanos recibían la señal

de alerta, podían responder, reuniendo una fuerza para dar caza y derrotar a los asaltantes, que todavía tendrían que cruzar el Muro para volver a casa.

El Muro de Adriano no se concibió como una barrera para los romanos, como lo deja claro su abundante, incluso excesiva, cantidad de puertas. El ejército romano estaba diseñado como una fuerza móvil. Su estrategia y sus tácticas eran agresivas. Conviene señalar que una alta proporción de las tropas estacionadas en el Muro —entre una quinta y una cuarta parte de ellas— eran soldados de caballería, lo que aumentaba la movilidad inmediata del ejército acantonado allí. Esto facilitaba la localización y captura de los asaltantes, y hacía que patrullar por delante del Muro resultara mucho más fácil. Además de añadir fuertes al Muro, Adriano también creó varios fuertes nuevos como puestos de avanzada en el norte. Uno de ellos estaba en Bewcastle —Fanum Cocidi—. Aunque solo está excavado parcialmente, la inusual forma de sus murallas y sus zanjas exteriores aún es visible en el suelo hoy en día. Parece que se construyó alrededor de un santuario preexistente, encerrándolo, lo que sugeriría que los romanos deseaban supervisar y observar el culto, y, quizás, que allí se celebraban reuniones muy concurridas. Mi representación del santuario es inventada, pero explora esta posibilidad.

Hacemos lo que podemos para interpretar los vestigios del Muro, aunque solo una pequeña fracción de su estructura original se ha excavado o sigue siendo visible hoy en día. Intentar imaginar qué pretendían los romanos y hasta qué punto funcionó su planificación original resulta extraordinariamente difícil. Para complicar aún más las cosas, y como ya hemos mencionado antes, no tenemos nada proveniente del «otro lado», del punto de vista de los habitantes autóctonos, ya sean las tribus del norte —más o menos hostiles— o los campesinos que se encontraron con que se estaba construyendo una muralla en medio de sus campos.

He intentado convertir las ambiciones y rivalidades que pudieron existir dentro de las tribus y entre sus líderes en elementos centrales de la narración, haciendo que unos se alineen declaradamente a favor o en contra de los romanos, mientras que la mayoría se muestran más proclives a proteger sus propios intereses. Sin duda, algo estaba ocurriendo, algo que justificaba la construcción del Muro y el hecho de que quisiera terminarse más rápido su sector occidental. Y que, más tarde, tras la muerte de Adriano, provocaría su abandono y desmantelamiento, con el traslado del ejército más al norte y la construcción del Muro de Antonino. No tenemos idea de por qué sucedió todo eso, ni de qué había cambiado, aunque cabe la posibilidad de que los oficiales superiores, y tal vez incluso el propio Adriano, no consideraran que el Muro fuera algo que tuviera que mantenerse ni alojar guarniciones indefinidamente; aunque, de hecho, tardaron poco en volver a ocuparlo, y se mantendría en uso hasta el final de la Britania romana.

Incluso esta breve exposición debería demostrar cuántas incógnitas quedan en relación con el Muro de Adriano. Como introducción a algunos de estos puntos, sugeriría mi propio ensayo *Hadrian's Wall* (2018), así como el estudio de Nick Hodgson *Hadrian's Wall. Archaeology and History at the limit of Rome's Empire* (2017) y el de Matthew Symonds *Hadrian's Wall. Creating División* (2021), que se publicaron demasiado tarde para poder mencionarlos en mi libro, y que tratan la planificación y construcción del Muro con bastante detalle. También vale la pena echar un vistazo a la obra de David Breeze y Brian Dobson *Hadrian's Wall* (cuarta edición, 2000). Y cualquier visitante que quiera acercarse al Muro de forma seria debería ira verlo llevando en el bolsillo un ejemplar del libro de David Breeze *J. Collingwood Bruce's Handbook to the Roman Wall* (decimocuarta edición, 2006).

En las últimas décadas hemos asistido a una especie de revolución en las teorías sobre el diseño y la construcción del Muro. En este sentido, merece la pena consultar el estudio de Peter Hill *The construction of Hadrian's Wall* (2006) y el de John Poulter *The planning of Roman roads and walls in Northern Britain* (2010). El difunto Peter Hill —que, antes de ser erudito, trabajó como albañil— aportó al tema una experiencia especialmente práctica, planteando, por ejemplo, la cuestión del andamiaje como un factor importante para la velocidad de la construcción. David Wooliscroft, *Roman Military Signalling* (2001), trajo otro enfoque fresco al considerar el tema de la visibilidad hacia y desde las diferentes instalaciones, prestando especial atención a la ubicación de las torretas y los castillos miliares. La escena en la que Pertaco hace que los hombres sostengan unas banderolas altas para señalar la posición de las torres es un homenaje a los experimentos de David y su equipo, que usaron pértigas y luces.

El muro se inspira en los muchos estudiosos que han trabajado, y siguen trabajando, en el Muro de Adriano, abordando todos sus aspectos. Y en los muchísimos que estudian a los romanos —especialmente su ejército— y a las comunidades de la Edad del Hierro. Reciban todos ellos mi agradecimiento.



ADRIAN GOLDSWORTHY (Inglaterra, 1969). Se doctoró en Historia en la universidad de Oxford en 1994, y se ha convertido en un adamado historiador de la Antigua Roma. Es, además, uno de los mayores expertos en Historia militar del mundo antiguo. Ha sido catedrático en varias universidades y ha trabajado como asesor en prestigiosos documentales de History Channel. Su obra se centra en el ensayo histórico, y con *Vindolanda* se adentra por primera vez en la novela histórica de la Roma imperial. Sus obras han sido traducidas a una veintena de idiomas, incluido el español.